

y

LA TRIBU DE LOS GAZULES

MANUEL MARÍA DE PUELLES SALAS

Transcripción y anotaciones: Juan de Puelles López

ÍNDICE pg.

HISTORIA DE LA FAMILIA DE LOS PUELLES

PRIMERA PARTE: Epoca antigua **1**

Capítulo 1 *3*

Capítulo 2 *6*

Capítulo 3 *16*

Capítulo 4 *23*

Capítulo 5 *25*

Capítulo 6 *31*

Capítulo 7 *34*

Capítulo 8 *39*

Capítulo 9 *42*

Capítulo 10 *46*

Capítulo 11 *52*

Capítulo 12 *60*

Capítulo 13 *68*

Capítulo 14 *78*

Capítulo 15 *87*

Capítulo 16 *95*

Capítulo 17 *107*

Capítulo 18 *120*

SEGUNDA PARTE: Epoca moderna **131**

Capítulo 1 *133*

Capítulo 2 *151*

Capítulo 3 *161*

Capítulo 4 *177*
Capítulo 5 *188*
Capítulo 6 *192*
Capítulo 7 *206*
Capítulo 8 *209*
Capítulo 9 *219*
Capítulo 10 *230*
Capítulo 11 *234*
Capítulo 12 *238*
Capítulo 13 *245*
Capítulo 14 *253*
Capítulo 15 *257*
Capítulo 16 *265*
Capítulo 17 *271*
Capítulo 18 *281*

LA TRIBU DE LOS GAZULES **291**
Canto 1 *294*
Canto 2 *305*
Canto 3 *318*
Canto 4 *329*
Canto 5 *337*
Canto 6 *347*

oooooooooooooooooooooooooooooooooo

HISTORIA DE LA FAMILIA DE LOS PUELLES

PRIMERA PARTE: Epoca antigua

Introducción y breves precedentes que me hacen escribirla.-

No es un espíritu de vanidad y necio orgullo el que me impulsa a estos trabajos, ni tampoco, como se verá en el curso de ellos, la idea de relatar hechos gloriosos y accio-nes siempre preclaras para fascinar a los míos y hacerles creer que la sangre de su raza y las ideas de los de su linaje se diferencian de las de los demás. Nada de esto puede guiar-me, pues las glorias y las virtudes, como las faltas y los vicios, las debilidades como las acciones dignas, son inherentes a la humanidad y patrimonio de todas las familias sin que ninguna pueda contarse en que la serie de sus individuos siga constante y periódicamente un mismo camino. Las situaciones y las épocas que atraviesan dan también cierto tinte marcado a los hombres, y éstos se diferencian entre sí como los siglos que están de pormedio[1].

¿Cómo es posible, pues, asimilar ni poner en parangón las tendencias e inclinaciones de los jefes de mesnadas del siglo XIII con las modestas ideas y filantrópicos hábitos de los ciudadanos del XIX? ¿Cómo pueden juzgarse y compararse con acierto la conducta y tendencias belicosas de aquellos hombres que todo lo debían al hierro que los envolvía con la de los siglos posteriores a la Reconquista, en que se acostumbraban y ocupaban asiduamente en otras de opuesta índole y naturaleza? Por eso al ocuparme en escribir la historia de una antiquísima y guerrera familia desde la noche de los tiempos de nuestra actual historia hasta el día habré de tocar estos contrastes que las diversas épocas tienen entre sí. En ella veréis las alternativas y vicisitudes tan grandes por que han pasado sus diversos miembros hasta el punto de descender a parajes inconcebibles y mientras relate los hechos verídicos que les he de reseñar, aprenderán a juzgar de las cosas como son verdaderamente en sí, así como yo al escribir y coordinar mis noticias no me propuse otro

---

[1] Las ideas sobre historiografía que denota aquí el autor se corresponden punto por punto con las de la Ilustración, tal como las postulara en su momento Voltaire ; con esto Manuel Mª de Puelles (que no se puede describir precisamente como un 'volteriano', como más delante se verá) no se nos muestra en absoluto anacrónico, ya que, por ejemplo, el famoso tratado de Alexis de Tocqueville El Antiguo Régimen y la Revolución', que sigue básicamente las mismas directrices teóricas, se publicó en 1856, apenas siete años antes de que comenzase a ser compilado el libro a que nos estamos refiriendo. Voltaire hacía a los historiadores las siguientes propuestas:

- Depurar los mismos hechos de todas las superestructuras fantásticas con que el fanatismo, el espíritu novelesco y la credulidad los han revestido (la *filosofía* constituiría en este caso el espíritu crítico encargado de oponerse a la tradición y separar lo verdadero de lo falso).
- Escoger, entre los mismos hechos, los más importantes y significativos para delinear la historia del espíritu humano.

[ABBAGNANO, N., 1973, *Historia de la Filosofía (II)*, Barcelona, Montaner y Simón, pg. 360]

-

-

objeto que pagar un justo tributo de amor y de reverencia a la memoria de nuestros ascendentes, notables algunos por sus hechos esclarecidos, otros por su bondad y virtudes y dignos de estimación todos por su honradez y decoro, atributos inherentes a nuestra estirpe. La consecuencia y lealtad a sus compromisos, prendas tan raras de suyo, han sido casi siempre inseparables e identificadas con nuestro apellido. El presentar estos modelos y ejemplos han sido los principales móviles que me han impulsado en mi obra, y por ello creo que no debo arredrarme, pues con tan provechoso intento debo llegar con felicidad a su fin. Si algún día esta crónica se copia y extiende entre los de nuestro linaje, me harán al terminar su lectura la debida justicia de penetrar las laudables intenciones que me guíaron: no tan sólo demostrar hechos dignos de imitarse, sino también evitar caigan en el caos del olvido los nombres de sus autores.

Alcalá de los Gazules, 26 de Febrero de 1863
Manuel Mª de Puelles

-

CAPITULO I: Consideraciones particulares sobre las razas y linajes ; carácter especial del nuestro y peculiar al mismo

La especie humana, por más que los climas y las diversas temperaturas del globo puedan haberla modificado en su estructura y color, convienen todos los naturalistas que procede en su principio de una sola raíz y de un mismo tronco ; todos los hombres provienen, pues, de un origen no sólo **real** -puesto que el primero lo fue, y 'rey' por excelencia de todo el globo en toda su inconmensurable extensión, sin que nadie pudiera disputárselo ni cercenar sus derechos[2], sino, lo que es más alto y noble todavía, de un origen divino, puesto que también el mismo Dios, al soplar su hálito omnipotente sobre su hechura, le cedía parte de su esencia y supremos atributos, dándole a ese mismo espíritu que le infundió esas proporciones gigantescas que le elevan hasta su trono y pueden llevarlo y le llevan al goce del mismo Empíreo de donde procede su espíritu. Esta es una reconocida y privilegiada verdad[3], así como lo es igualmente que el mismo Dios, hermanado y entroncado con la raza humana en su nacimiento por la pura y virgen criatura con quien encarnó, enalteció y elevó de nuevo a dicho linaje, divinizándolo de nuevo con este preclaro e inmerecido privilegio.

Estas sencillas y conocidas consideraciones me las sugiere la idea de que esa subdivisión y clasificación de castas y clases, esa explotación que se ha ido obrando lenta y posteriormente, invención contraria a la naturaleza, de los fuertes contra los débiles, del poderoso sobre el abatido y del grande sobre el pequeño y tímido no da ni explica la razón que hubo para establecer la diferencia que alguien cree debe legitimarse desde su principio. Todos los hombres, pues, se hayan ligados de tal modo y se confunden fuera de las anteriores razones entre sí, que aún hoy mismo, pasado tanto tiempo, se cuidan tanto éstos en su vanidad de los deslindes que a las veinte generaciones de abuelos son éstos tantos y

---

[2] Nuestro autor confunde aquí dos acepciones totalmente distintas del vocablo polisémico *real*: (a) adj. Que tiene existencia verdadera y efectiva ; (b) adj. Relativo al rey o a la realeza. [*Enciclopedia Multimedia Durvan* CD-Rom]

[3] En la época en la que se escribió esta obra aún era bastante defendida en los medios antropológicos europeos (y especialmente en España, que adolecía, como se sabe, de un atraso de siglos en el plano científico, sobre todo en aquellos aspectos del saber que chocaban con la postura oficial de la Iglesia Católica) el *creacionismo*, una doctrina opuesta al 'evolucionismo' que afirma que las especies de seres vivos fueron creadas expresamente por Dios y no provienen por evolución unas de otras ; aplicada al ser humano, esta teoría postula que Dios crea directa y expresamente el alma de cada uno de los hombres. Afirmaciones como las que aquí se exteriorizan fueron pronto rechazadas, como es sabido, por la mayor parte de la comunidad científica occidental. [*Encarta '98* CD-Rom]

-

tan multiplicados que concluyen por ser unos mismos para todos: el rey y el gran señor se confunden siguiendo esta escala y concluyen con tener los mismos progenitores que el labriego y hasta el verdugo. No hay ni puede haber en este caos más que una sola diferencia -y a ella nos atenemos en tan enredoso laberinto-, y es el mayor número de personas notables con un mismo nombre o apellido, lo que indica que suceden a otro anterior de su clase y situación, feliz o lisonjera, y he ahí el por qué éstos tomaron un valor e importancia que fuera de esto jamás habrían alcanzado. Más claro, al crearse estos distintivos que en su principio fueron inherentes a un solo individuo, se vio ya el deseo innato en el hombre de diferenciarse de los demás, queriendo que sus hijos y descendientes lo llevaran adelante para no confundirse ni confundirlos con los que no lo eran. La serie y encadenamiento de éstos por un crecido número de individuos dio ya de sí la diferencia con los otros, y si por un accidente casual estas generaciones daban de sí hombres notables y diferentes en importancia por su valor, astucia, poderío o fuerza, producía al cabo este accidente el efecto constante y tentador de quererse singularizar y enorgullecerse aquellos individuos al ver que su linaje particular daba mayor número de hombres notables del común de las demás familias. Este afán constante de señalarse, pues, de la generalidad, y esta propensión egoísta de distinción ha sido el origen de muchos hechos buenos, pero por desgracia también de lamentables males y quebrantos, hijos todos del orgullo mal entendido y de la soberbia siempre fatal. Ofuscado el hombre por las ventajas que le reportaban las hazañas de sus mayores o las riquezas y heredamientos que éstos les dejaban, creyeron deber tener otras exenciones y ser de diverso origen que los que no alcanzaban iguales ventajas, sospechando en su ceguedad que dentro de su naturaleza y sangre había algo diferente de la de sus semejantes, sin tener en cuenta, en su ceguedad, la igualdad de procedencia.

Verdad es que cuando una familia se beneficia y atiende por cierto número de generaciones acomodadas concluyen hasta por refinarse y pulimentarse sus miembros y facciones, efecto debido a que a éstos les desgasta el trabajo material y la intemperie, pareciendo que adquieren una marcada diferencia que se trasmite de una generación a otra. Las manos y los pies se disminuyen, el color se aclara y hasta la inteligencia cultivada se enaltece, trasmitiéndose esto a los nuevos embriones, los que volverán de nuevo a ser iguales a los demás cuando se acomodan y ajusten desde luego a las condiciones de vida

de los otros. Muchísimo puede influir la educación y cuidado especial y esmerado de una serie de individuos para sobreponerlos a la raza común, a semejanza de las plantas silvestres y a la intemperie ; pero vuélvase a ponerlas bajo las mismas influencias y volverán a ser lo que en su principio fueron. Toco estas reflexiones para venir a para y contar ciertos precedentes y causas que puedan haberse obrado para estereotipar y marcar a las familias y linajes entre sí, concluyendo en su continuación por diferenciarlas de un modo especial y que las distingue grandemente en su interior o parte moral como se desvían por su exterior y fisonomía.

Así pues, al tener que hablar de nuestra familia, en cuya índole especial ha entrado por mucho y le han caracterizado esos hábitos y tendencias exclusivas a algunos linajes, deber mío es decir que las tradiciones y ejemplos que los unos se han dado a copiar de los otros han hecho que prevalezca casi constantemente como ley general de ella cierto orgullo y satisfacción que produce el obrar bien, cierto hábito instintivo de no hacer cosas in-dignas, viéndose esta misma tendencia desde el más preclaro varón de nuestro apellido, señor de una comarca entera, hasta el más humilde y abatido miembro de ella habitador (sic) de Ampudia, que en una carta que escribe para que lo coloquen y para poder a su vez alimentar a sus pobres hijos en una modesta comisión, quiere éste que le recomiende y garantice su apellido, al que antepone el don. Desde los campeones del Perú y Torrijas D. Pedro y D. Juan de Puelles hasta D. Justo de Puelles Montero al sentar plaza en un regimiento, todos, grandes y pequeños, poderosos o abatidos, obraban a impulsos iguales y al compás de un deber o espíritu hereditario y inherente a su familia.

-

-

CAPITULO II: Ojeada sobre la primitiva historia nacional. Propensión de los hombres a adoptar apellidos en todos tiempos



La raza aborigen española, esas tribus de hombres que poblaban la península de Norte a Sur entrando por las vertientes del Pirineo en los primitivos tiempos, descolgándose como los aludes de las montañas heladas de las regiones del Cáucaso donde el linaje y descendencia de Josep, segundo hijo de Noé tuvo su asiento después del diluvio y dispersión de Babel, se repartieron a su llegada el territorio, y acomodándose en sus hábitos cada cual de ellas a la naturaleza del país que poblaban, se adhirieron al suelo, atemperando sus gustos y ocupaciones a sus instintos pastoriles y frugales por demás[4]. Los Vascos,

---

[4] Como corresponde a los conocimientos etnológicos de la época en que escribía estas páginas, Manuel Mª de Puelles se refiere ahora a unos presuntos orígenes bíblicos de la población española, que supone inmigrada en nuestro país nada menos que ¡desde el Cáucaso! Como ha demostrado posteriormente la arqueología, los invasores más primitivos de España procedían en realidad del Norte de Africa y arribaron a nuestras costas mucho antes de la época bíblica, durante el Paleolítico ; a su llegada se encontraron con una población autóctona mucho más antigua (según los últimos hallazgos, ha habido seres humanos en España desde

-

Cántabros y Astures en sus fragosas serranías y montañas, derrames del Pirineo, los Celtíberos en Iligertas, en el Centro llano y espacioso, y los Bástulos, Edetanos y Lusitanos en el litoral[5]. Todas esas tribus se hubieron de adherir y connaturalizar en adelante a sus patriarcales tareas de cultivar las tierras, guardar sus rebaños y pescar en sus extensas costas y abrigadas ensenadas, cortado por completo del resto del mundo antiguo, que sólo tenía vitalidad en las regiones de Oriente, donde se edificaban y destruían los imperios de Nino, Sesostris y Semíramis.

Regidos los Iberos por sus jefes de familia y sus sencillas costumbres, vivían y se gobernaban en todo este tiempo y por el largo espacio de ocho o diez siglos, que fueron los que precedieron a las navegaciones y excursiones de los fenicios y de los griegos. En esta época fabulosa reinaron los Geriones[6], reyes pastores de estas comarcas cortados y vaciados en los moldes bíblicos de Abraham, Lot y Jacob[7], ocurriendo en el entretanto la

---

hace por lo menos un millón de años): ―*Los vestigios más antiguos del pasado aborigen de la Península Ibérica son las pinturas rupestres del País Vasco (Altamira) y de los Pirineos Occidentales ... Totalmente diferente de este desarrollo en el Norte fue la bastante posterior cultura neolítica de la región sudoriental (zona de Almería, c. 3000 a.d.C.), emparentada con pueblos del Africa prehistórica. La zona meridional fue invadida más tarde por otro grupo poblacional procedente igualmente del Norte de Africa, los Iberos, quienes hacia el año 1000 a.d.C. se habían convertido en el elemento etnológico más importante de la Península y le dieron su nombre. El pueblo que les seguía en importancia era el de los Celtas, que inmigraron masivamente desde Europa a través de los Pirineos. Los Celtas absorbieron casi por completo a la población indígena de la región central, y en menor medida a la de la zona montañosa septentrional. La mezcla subsiguiente de Celtas e Iberos dio lugar a los así llamados Celtíberos, que se distribuían sobre todo por el centro, el Norte y el Este de la Península*‖. [*Encarta '98* CD-Rom]

[5] Estos grupos poblacionales a que se refiere el autor eran en realidad los que ocupaban la Península durante la colonización fenicia y griega, en la época inmediatamente anterior a la invasión romana.

[6] En el reino semimítico de Tartessos, situado al parecer en el Valle del Guadalquivir y con el cual comerciaron tanto fenicios como griegos, el profesor Maluquer distingue dos dinastías de origen divino que se corresponden con dos etapas evolutivas de la zona demostrables a nivel arqueológico:

a) *Gerión* (principado señorial) y
b) *Gárgoris y Habis* (o 'Habidis', monarquía urbana)

[MALUQUER DE MOTES, Juan, 1970, *Tartessos*, Barcelona, Destino, pg. 9]

Gerión, mítico hijo de Chrysaor y Callirhoë (a su vez descendientes de Medusa y Océano, respectivamente), era al parecer un ser gigantesco y monstruoso con tres cabezas o tres cuerpos ; poseía una ganadería de vacas guardada por el perro Ortros y por el pastor Euritión, y dichas vacas le fueron robadas por Hércules en el curso de los enfrentamientos entre titanes y dioses, quien, para conseguirlo, dio muerte a Gerión, al perro y al pastor. [MELIDA, José Ramón, 1892, 'Gerión', en VARIOS, *Diccionario Enciclopédico Hispa-no-Americano de Literatura, Ciencias y Artes*, Barcelona, Montaner y Simón]. Los primeros habitantes del bosque de Tartessos una vez finalizada la lucha de los titanes con los dioses, por otra parte, fueron, como consigna Blázquez, los 'curetes', cuyo rey más antiguo sería el citado Gárgoris, a quien la leyenda atribuye el arte de aprovechar la miel. [BLAZQUEZ, J.Mª, 1983, *Primitivas religiones ibéricas (II)*, Madrid, Cristiandad, pp. 21-22]

[7] Algunas fuentes documentales señalan la posibilidad de una colonización oriental de la Península Ibérica anterior a la llegada de los fenicios. El principal argumento que se aduce a este respecto, aparte del hallazgo de algunas estatuillas y piezas de cerámica y de la famosa 'Estela de Nova' (en Cerdeña, en la ciudad que supuestamente fundó Norax, el hijo de Gerión), es el vocablo *Tarshish* que aparece en diferentes fuentes

-

-

gran sequía de que aún se conserva cierta oscura tradición, que dejó a Iberia desierta, volviendo a repoblarse sus páramos y soledades al fertilizarse de nuevo la tierra con la raza de sus antiguos moradores que se huyeron a las Galias y que volvieron de nuevo con-fundidos y ligados con la de los Celtas y los Galos, formándose así esa sangre y vitalidad especial que distingue a la formidable raza Celtíbera. Más este período de siglos patriarcales debió terminar como termina siempre la infamia de todos los pueblos ; debió acabarse y terminar por sacudimientos y convulsiones propias de la virilidad. De afuera y de extraño nos vino el mal que perturbó tanta quietud, y de esas regiones de Oriente de donde nos viene el sol y los aromas debía venir también el germen de los males de una precoz civilización con sus caos y sus disturbios.

Naves salidas de Tiro y Sidón que exploraban el Mediterráneo buscando puertos y mercados donde descargar los productos de sus inmensos talleres y acopiar primeras materias para sus fábricas, tropezando en su curso con las costas orientales de nuestra Península, al encontrar en sus golfos y ensenadas puertos espaciosos y abrigados rodeados de tierras fértiles y odoríferas como las de Líbano y pobladas de una población sencilla que los recibía llenos de admiración, como nos habrían de recibir a nosotros treinta siglos después los hijos inocentes de la virgen América. Estos atrevidos navegantes echaron sus anclas, plegaron sus velas y levantaron sus tiendas para comerciar con un pueblo que cambiaba gozoso los ricos y variados productos de su suelo por las telas y la quincalla del Oriente. El oro, la plata, los finos aceros, la lana apurpurada y el bermellón, desconoci-do hasta entonces, todas las materias primeras más raras y ricas y tan necesarias para abastecer al pueblo industrial de Tiro, manaban en este ignorado edén, y las naves de estos curiosos mercaderes, que no podían con la carga de tanta riqueza, se vieron descarga-

---

bíblicas. Así, en el Salmo 72 (650 A.D.C.) y en I Reyes 9:26-28, 22:49 (586 A.D.C.) se nombran las famosas ‘naves de Tarshish’ que partían rumbo a Ophir con intenciones comerciales. También se mencionan estas naves en Isaías 2:16 (730 A.D.C.), siempre en relación con la ciudad fenicia de Tiro. Unicamente a par-tir del siglo VI-V A.D.C. (Jeremías, Jonás y Génesis 10:4) se asocia este vocablo claramente a un topónimo mediterráneo ; estos textos, junto con la inscripción asiria de Asarhadon (671 A.D.C.), donde se afirma que las conquistas de este rey llegaron hacia el Oeste hasta un cierto ‘Tar-si-si’ (que no podía de ningún modo estar en España, puesto que los asirios, como se sabe, nunca tuvieron un imperio mediterráneo) son las principales pruebas aducidas por los partidarios de identificar Tarshish –que para las fuentes clásicas no era otra que Tarsos (Asia Menor)- con la hispánica Tartessos. [BLAZQUEZ, J.Mª, 1975, *Tartessos y los oríge-nes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, Universidad, pp. 21 ss.]

-

das de su lastre para sustituirlo por los ricos productos de nuestras minas o los hermosos frutos de nuestros campos.

Creció, pues, como era consiguiente a tan gran lucro el tráfico y contacto con los Sidonios, y estos ricos y pacíficos navegantes llevaron de factorías y almacenes de todo el litoral levantino, aventurándose algunos hasta doblar el cabo de la Península que forma el angosto estrecho que nos separa de Africa, arribando a las costas tartesianas donde jamás había arribado barco alguno y donde se encontró el hombre atrevido a quien llamamos Hércules[8] una playa nueva y bonancible cercada de un piélago inmenso que se creía sin límites y que se elevaba y decrecía diariamente, nuevo fenómeno que no conocían. Y fue aquí la empresa más gigantesca y atrevida de aquellos hombres, que en su entusiasmo elevaron a la altura de semidiós al que los dirigió, siguiendo una apacible costa ; mientras que nosotros en siglos más ilustrados negábamos a Colón su grandeza y le devolvíamos unos grillos cuando rompió y hendió este mismo piélago que Hércules sólo columbró y saludó por el estrecho y boquerón (*sic*) de su nombre[8].

Desde entonces empezó con el comercio la vida de estos primitivos pueblos, pero tras él vino también el mal de las necesidades que se crearon con el contacto de otros hombres y otras civilizaciones más adelantadas. Sabida es por demás nuestra historia desde que los fenicios nos dieron a conocer a griegos y cartagineses, pueblos de más ambición y perfidia que nos explotaban y burlaban. Unos vinieron tras otros, y a cada nuevo conocimiento se agravaba nuestra situación. Lo que empezó por hospedaje acabó por dominio ; lo que principió por comercio iría a concluir en impuesto. Ellos sembraron la discordia entre las diversas tribus, y como quiera que por su disciplina militar y el adelanto de su táctica triunfaban a donde se inclinaban, sacaron gran partido y ventajas del aliado a costa de vencido y del mismo vencedor. Y he aquí el por qué las costas españolas empezaron a ser dominio de Cartago, siempre pérfida, y propiedad lo que antes no era más que

---

[8] Se sospecha que la abundante literatura mitológica en lengua griega ha incorporado cierto número de elementos de origen semítico. Así, en la leyenda de Hércules, la muerte del héroe en la pira de Oeta traslada quizá un ritual tirio de regeneración del dios Melquart por el fuego. Por otro lado Hércules (‘Herakles’= La gloria de Hera), arquetipo de todos los héroes, no es desde luego el nombre de un dios, sino quizá un nombre ritual, tal vez asignado por la tradición sacerdotal a un ‘parergo’ de la gran diosa Argos. Tampoco es probable que se trata de una figura histórica heroificada, como parece suponer Manuel Mª de Puelles ; más bien parece el resultado de una vasta síntesis mítica en la cual se han unido leyendas locales, tradiciones sacerdotales y elementos prehelénicos, algunos, quizá, venidos de Siria. [VARIOS, 1982, *Mitologías*, Barcelona, Planeta, pp. 92, 150]

-

hospedería. Nuestra situación, pues, estaba fiel y sencillamente bosquejada en el cuadro que nos trazó con sus dísticos el ilustrado Isla[9]:

> “*Libre España, feliz e independiente,*
> *se unió al cartaginés incautamente ;*
> *viéronse éstos traidores*
> *fingirse amigos para ser señores*
> *y el comercio afectando*
> *entrar vendiendo por salir mandando*”.



[9] Se refiere el autor a José Francisco de Isla (1703-1781), escritor español ilustrado, conocedor de la filosofía racionalista y de la física de Galileo y Tycho Brahe. Miembro de la Compañía de Jesús, tuvo que emigrar a Italia cuando se decretó la expulsión de los jesuitas en 1787. Su obra más conocida, una aguda sátira contra cierto sector del clero español, es la novela Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes, publicada en 1784. [Enciclopedia Interactiva Santillana CD-Rom]

-

-

Del yugo cartaginés sabido es que pasamos al romano, más oneroso y pesado por más que fuera más civilizador y social. La raza romana dejó en nuestro suelo, con los huesos de sus legiones, sus monumentos, sus costumbres, sus leyes, su lengua y hasta sus nombres, llegando a identificarse tanto la colonia con la metrópoli del Tiber, que hubo época, la de la Guerra Sertoriana, en que este grande hombre dudaba dónde residía el imperio del mundo, si en Roma o donde estaban establecidos, como sucedía en España, las principales familias y el mayor número de ciudadanos[10]. El Senado y la escuela de Huesca, donde tuvo su asiento la tienda del célebre capitán, eran más romanos en su esencia que las de la capital del Lacio, al modo que hemos visto después ser más puros ingleses en costumbres y tradiciones los norteamericanos que los de la vieja Albión. Así pues, España dejó de ser, fuera de algunas comarcas inaccesibles, una nación autonómica, pasando a ser una región llena de romanos entroncados con los naturales que se jacta ban de ser tan 'civites' o ciudadanos como los que aún se reunían en aquella época en los comi-cios del Campo de Marte. Cónsules y Tribunos, Censores y Ediles españoles lo eran en Roma ; Emperadores y Emperatrices, Senadores y Pontífices iberos se habrían de asentar en el Capitolio y bañar en las termas, porque ser 'ibero' equivalía a ser romano nacido en las regiones de Occidente, en esa gran colonia donde poblaban las mejores familias patri-cias, ecuestres y plebeyas del Lacio[11].

Toco estos particulares ajenos al parecer del objeto que me propongo para venir a desentrañar el origen de los nombres y apellidos patronímicos, que como es sabido se ordenaban en este tiempo ya en Roma y empezaba a llevar cada familia desde los tiempos de Numa. Más antiguo aún que esto deberían ser, porque ya en la historia del pueblo he-

---

[10] Esto es debido a la institución típicamente romana de la 'clientela', que los aristócratas de esa civilización practicaban tanto en la metrópoli como en las colonias.

[11] Según consigna Apiano, una vez concluidas las guerras de conquista fueron envíados a Hispania diez senadores para organizar el territorio. La conquista de la Península resultaba primordial para Roma: "… *ofrecía opulentas tierras a los veteranos y a los itálicos emprendedores, que colonizaron el rico Levante y la llanura del Guadalquivir ; la explotación de las minas procuraba grandes beneficios a los hombres romanos de negocios y permitía la acuñación del denario de plata ; los indígenas pagaban tributo y suministraban excelentes tropas auxiliares. No obstante, la inmensidad del país hacía lenta su romanización y necesaria una fuerte guarnición*". Esas colonias y esos establecimientos militares fueron los núcleos a partir de los cuales fue avanzando el proceso romanizador, a un ritmo ciertamente lento, dado que durante mucho tiempo, como es sabido, coexistieron las instituciones romanas con las indígenas ; no sería hasta el siglo III D.D.C., en época del Emperador Caracalla, que Hispania hubo asimilado la lengua, la cultura y las cos-tumbres romanas en grado suficiente como para que pudiese otorgársele la ciudadanía romana en todo su territorio. [ibid., pg. 74]

-

breo, la más vetusta de todas, se ve esta distinción y nomenclatura de familias en el repartimiento de la Tierra de Promisión, y en el Exodo y en el Deuteronomio de prescriben reglas y leyes para respetar en un linaje los derechos adherentes a él sólo. Las razas de Oriente llevaban ya también el apellido de estirpe desde tiempos muy remotos, y muchos siglos después se llamaron Seléucidas a los del linaje de Seleuco, general de Alejandro, que heredó y reinó en la Siria a la muerte de éste. Ptolomeos se llamaban los de la familia real de Egipto, del donde se propiciaban las alianzas con los grupos dirigentes de los pueblos sometidos. Por ejemplo, refiriéndose a la campaña de Escipión contra la ciudad rebelde de Numancia, el historiador Plutarco dice textualmente que el general romano —… *no necesitaba dinero, ya que le bastaba el suyo y el de sus amigos*[12]. Ptolomeo fue el nombre de su progenitor, otro general legatario del gran conquistador, así como se habían llamado Faraones a los anteriores. Asmoricos fueron los miembros de la familia que rigió Judea hasta la venida del Mesías y que empezó con el primer Macabeo o en su padre Judá, fervoroso sacerdote. En Grecia todas las familias importantes llevaban su peculiar nombre o distintivo, cuyo origen se remonta a los tiempos homéricos, que éste cantó en sus inmor-tales poemas y que al igual que Moisés empezó a marcar linajes y genealogías. De modo que este orden tan particular y preciso para no tocar el caos y el vacío que sólo ofrece la individualidad cortada de su tronco y separada de sus retoños, como sería si cada hombre se perteneciera a sí sólo, nació casi con el matrimonio, creció y se desenvolvió con la familia, se fortaleció y robusteció con las hazañas y tradiciones y concluyó por asentarse donde quiera que hubo sociedad y orden de familia, subordinación y régimen, propiedad y garantías.

Tan sólo el salvaje aislado puede prescindir de tradiciones ; sólo un pueblo banal y en completa barbarie puede carecer del distintivo del nombre y del linaje. Los guerreros

---

[12] Con 'amigos' se refiere ese autor indudablemente a los clientes, ya que estas clientelas constituían, efectivamente, una de las bases del poder nobiliario romano ; además de las familias gentilicias (*domus gentiles*), las 'gentes' patricias comprendían las familias clientes, ligadas a ellas jurídicamente en virtud del *ius patronatus*. En realidad eran esos clientes quienes formaban el grueso de las tropas patricias, y las crecientes necesidades militares provocaron a la larga que las clientelas se acrecentasen con libertos y que la base jurídica de la institución acabara relajándose ; pronto se trató simplemente de individuos que se en comendaban a un patrón determinado (adoptando una parte de su apellido) mediante un compromiso que éste aceptaba y podía disolver unilateralmente a voluntad. Por otro lado, el comentario de Sertorio se debía probablemente también al hecho de que en aquellos años las guerras civiles, es decir, las pugnas por el poder romano, hacía mucho tiempo que no se libraban ya en Italia, sino en la Península Ibérica. [CHRISTOL, Michel, y NONY, Daniel, 1991, *De los orígenes de Roma a las invasiones bárbaras*, Madrid, Akal, pg. 68]

-

-

compañeros de Rómulo, al asentar las primeras piedras de Roma, llevaban cada uno sus propios y naturales nombres, y al ligarse con los de Alba, pueblo civilizado y antiguo, les dejaron a las principales y más antiguas familias de ésta huecos en el Senado que habrían de ocupar por herencia. Los Horacios y Curiacios, cuyo combate se había de hacer tan célebre[13], existían ya, y de Alba debían venir los orgullosos Apios, los esclarecidos Julios y los ricos Claudios. Luego los apellidos, por más que se hayan modificado y trastornado en su ordenación en primitivos y posteriores tiempos, nacieron con la cultura y son tan esenciales a ellos como la luz para el día y el orden para el caos. Los pueblos guerreros y feroces conservaban el distintivo de hijo de, que significaba, con la palabra *ben* entre las razas islamitas, *wit* entre las del Norte, o *mac* entre los sajones y escandinavos, y cuyas voces indican ser hijo o nieto de otro hombre que ya tenía su particular distintivo. Y se ha llevado tan adelante y tan fuera de tino este afán de perpetuar y esclarecer los linajes, que en los pueblos atrasados ha rayado este espíritu en superstición e idolatría, creyendo-los ligados con el cielo y la divinidad donde han querido ligar el entronque de estos linajes y genealogías.

Las dinastías imperiales de la China, que empezaron por la humildad y medianía como la de todos los hombres, las enlazaron supersticiosos súbditos con las divinidades de su Imperio, y no consintieron que se ligaran jamás con las demás, llevando en el tocado el color amarillo distintivo del linaje celestial de donde procedían. Igual sucede en el Japón, donde los jefes supremos comparten el poder religioso y civil al frente de un feudalismo de déspotas ; al principal, o Mikado, sacerdote superior, se le tributan homenajes divinos, pues suponen se reproduce constantemente su alma en su sucesión, variando sólo de cuerpo, y se le presentan las doncellas más hermosas del país para que se encarnen en ellas, creyendo en su ciega superstición que se ha de trasmitir aquel mismo espíritu para funcionar siempre, aunque en distintos cuerpos. Este mortal está siempre velado para sus

---

[13] Durante el siglo VII A.D.C. los Horacios, tres hermanos romanos, fueron designados por sorteo para enfrentarse a los tres hermanos Curiacios, elegidos por los albanos, en un combate en el que debía decidirse el destino de Roma y de Alba. Los tres Curiacios fueron heridos ; dos Horacios murieron, y el tercero, simulan-do huir, mató uno a uno a los tres Curiacios. Al volver y sorprender a su hermana Camila llorando la muerte de su prometido, uno de los Curiacios, la mató también. Condenado a muerte, apeló al pueblo, que lo declaró libre, pero su padre le obligó a pasar bajo el yugo. La tumba de los Horacios sigue conservándose cerca de Roma. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, pg. 4.969]

-

súbditos, y sus necesidades materiales le son servidas por sacerdotes inferiores o Dairis, arrodillados y cubiertos para no cegar sus ojos.

El linaje sacerdotal de los Brahmanes de la India dominan toda la región que fertiliza el Ganges y no se mezclan jamás con las demás familias, que le son inferiores por no haber salido de la cabeza del gran Brahma como ellos. Los Incas del Perú, en las hermosas regiones que Colón descubrió y los Pizarros conquistaron para España, eran de una familia bajada y oriunda del Sol que nada tenían de común con los demás ; se ligaba ella sola entre sí y en efecto se diferenciaba de su vasallos y siervos en el color de su cutis, más claro, y en la dimensión de sus orejas, más prolongadas. El Inca real no podía entroncar más que con la Mamacoya, o hermana de su linaje. Las tribus salvajes del Norte y Centro de América tenían la misma creencia, y los jefes de los Nachos y Delawares, que se llamaban Soles, no se ligaban jamás con las otras familias, llevando el cuidado hasta tal punto que el nuevo Sol, o príncipe heredero, tenía que ser hijo de la hija del pe-núltimo soberano, a fin de asegurar la legitimidad de la procedencia. En Egipto y en casi todo el Asia, para no desvirtuar ni ligar las razas, casaban entre sí a los hermanos ; así su-cedía con los Faraones, Ptolomeos y Seléucidas, y aún hoy día los etíopes, que se suponen descender del Profeta del Islamismo, aunque no llevan tan adelante el fanatismo por su linaje, tienen buen cuidado de que la raza permanezca pura en cada familia, principalmente la de sus príncipes, y para ello encierran a sus mayores en velados serrallos custodiados por Eumeos.

Luego, es inherente a la humana especie ese espíritu de conservación y apego a su linaje, ese afán constante de diferenciarse y de formar series ordenadas que eviten la confusión y mezcla que se produciría en todo, desde el momento que hubiera más que individualidades aisladas. La gloria y los bienes terrenales quieren los que los dejan, para unirse en el sepulcro, que se transmitan a sus descendientes, y este espíritu y afán constante de que pase todo a los que dimos el ser ha producido y acarreado al mundo inmensos y gloriosos sacrificios hechos en pro de todos, así como también por idéntica causa males incalculables. ¡¡Cuántas guerras y devastaciones han arruinado comarcas y reinos enteros teniendo su origen en estas pugnas y ambiciones de familias, que empezaron en el mundo con el derramamiento de sangre del justo Abel y duraron lo que los hombres!! Estos se hallan siempre dispuestos a sobreponerse los unos sobre los otros ; porque el individualismo es hijo de la naturaleza, es innato y lo toca uno bajo su mano al aplicarla a su piel,

-

-

mientras que el espíritu de paternidad es divino como emanación del alma, y esto no se palpa materialmente como el cuerpo , pues es preciso arrobarse y ponerse en contacto con la divinidad suprema, que es el gran foco de los espíritus.

Así pues, concluyendo esta enojosa digresión, me cumple el decir que el orden de familia, que da la claridad y exactitud a la sociedad, a la historia y a la vida orgánica y constitutiva del universo, puede producir en cambio de este bien los males de la envidia, la discordia y la guerra: que si ella ha levantado grandes imperios y edificios, también ha destruido nacionalidades, como Cartago con sus guerras a Barcas y Hamnones, la de las repúblicas italianas en sus guerras de familia, y en nuestra misma patria en las comarcas vizcaínas con sus bandos interminables y sangrientos de Oñasinos y Gamboínos y otros muchos más que por no ser prolijos no enumeramos. Amar a los suyos es natural y cristiano, pero no en daño y para el mal de los que no son nuestros.

-

CAPITULO III: Confusión de la raza romana con la indígena tras la conquista. Irrupción de los bárbaros del Norte. Leyes de Raza. Conquista de los árabes. Principios de la Reconquista. Origen del feudalismo y de la nobleza actual y hereditaria

Mezclados y confundidos quedaron por completo los linajes latinos e iberos tras los cinco siglos que se siguieron a las conquistas de aquéllos. Las dignidades y cargos públicos se repartían, a semejanza de Roma, entre los ciudadanos más poderosos e influyentes, a quienes en vez de lisonjear gravaban en su fortuna, pues en este tiempo en que no había regularización de impuestos ni tributos normales los prohombres y funcionarios públicos costeaban y subvenían a las necesidades de las ciudades y comunes, al sostenimiento de los pobres y a las fiestas y juegos públicos de que tan ávidos se mostraban los romanos y sus colonos. Las familias más ricas no eran entonces las más antiguas, puesto que el patriciado y la dignidad ecuestre, a quien estaban anexos ciertos cargos públicos, concluían por arruinarlas en honor de los Emperadores, ávidos por su parte de honores y estatuas, y de los pasatiempos de la plebe, que lo estaba siempre de juegos, espectáculos y pan.

En ese mismo tiempo empezaron a apoderarse del comercio y de las artes abandonadas por el pueblo rey y de donde brota la riqueza de las naciones, la raza hebrea, dispersa por el mundo tras la ruina de Jerusalén por el Emperador Tito y la demolición y perpetuo destierro de su amada ciudad y país que les impuso y llevó a cabo su sucesor, el ibero Adriano. Este linaje de hombres que ni se ligan ni confunden con nadie, ni se aumentan ni se disminuyen, y que existen y existirán hasta la consumación de los siglos formando un pueblo peculiar y diferente dentro de los otros para ser eterno monumento y testimonio de una solemne expiación del deicidio que cometió y el cumplimiento de grandes profecías, se apoderó a su llegada al oasis ibérico de todos los negocios y de la vida fabril, mientras que la demás población, ociosa, se entregaba, como dijimos, a incensar las estatuas de sus Emperadores, dueños del mundo y cuyas legiones sobre el Rhin contenían a duras penas a las hordas salvajes de los bárbaros. España daba a Roma magnífica caballería, la primera del Imperio, igual a la númida, y cohortes privilegiadas de pretorianos que guardaban y velaban la persona sagrada del Príncipe.

-

-

Las lenguas primitivas del país se habían perdido, y el idioma civilizado del Lacio, con su sonoro eco en fácil rima y en cultivada gramática, fue la lengua de todos, salvo de los de un pequeño rincón del Norte, en las asperezas de los Pirineos, lejos del contacto de los vencedores, que se conservó el idioma nacional de los vencidos. Los vascos, aunque dominados, conservaron su antediluviano lenguaje[14], sus trajes, armas y sus rudas y frugales costumbres. Los apellidos, o agnomen y cognomen romanos se extendieron e imitaron, y latinizados eran los distintivos de sus habitadores. Todos los apellidos y denominaciones que aún tienen raíz latina, como se deja y debemos suponer, son de raza ibera-romana, mientras que los que se derivan de esta raíz se deben tener como de procedencia gótica, alana, sueva o árabe, por los conquistadores posteriores. Y como quiera que éstos últimos se hicieron dominadores, cuidaron de hacerse y creerse superiores a los vencidos. Respetaban y tomaban de aquellos su cultura y sus costumbres, pero considerándola inferior en jerarquía y nobleza, cuando lo antiguo y venerando debía ser lo romano-ibero y lo nuevo y de poca valía, lo gótico y alano. Más en aquellos siglos en que predominaba sólo la fuerza y la pujanza de lado de la victoria quedaban igualmente la razón, el derecho y el heroísmo del lado de los vencedores, y para los vencidos el ultraje y la humillación[14]. Cada soldado godo vencedor se creía, al dar con una población inerme y afeminada, supe-rior en sangre y calidad ; de aquí el origen del predominio de las razas del Norte sobre los ibero-romanos, y he ahí explicada esa ley caprichosa y dura llamada de raza, que prohibía con grandes castigos la fusión o enlace de las familias vencedoras con las vencidas, despojándoles con violencia de lo que disfrutaban por el derecho y la herencia. Mas, ¡oh, poder de la civilización y de la ciencia! Poco a poco fue siendo domeñada esta fiera altivez, terminando por que el guerrero extraño y salvaje hubo de rendir culto y quedar vencido por la ciencia y el poder desconocido de aquella luz que se iba a extinguir en adelante para todos, quedando tan sólo las creencias puras y genuinas de la santa religión transmitida por los Apóstoles en el primer siglo del cristianismo.

[*La Península*] había suministrado a la Iglesia y al mundo romano mártires y confesores ilustres a millares, pontífices y prelados a cientos, Emperadores y grandes capita-

---

[14] Pequeño anacronismo por parte de Manuel Mª de Puelles: si, como se dice más arriba [vid. supra], la población española primitiva procedía del linaje de Josep, hijo de Noé (lo que nos resulta improbable), la lengua vasca no puede ser, ni mucho menos, ‘antediluviana’.

-

nes a decenas. En este estado, pues, se quebranta la Ley de Raza por los mismos soberano, como el rey Leovigildo, quien casó con una hermosa doncella ibera-romana, hermana de San Isidoro y de San Leandro, dos grandes luminarias de su siglo, y esta mujer convirtió a Recaredo, su sucesor e hijo de esta señora, casi salpicado aún con la sangre de su santo hermano Hermenegildo, vertida por su padre, furioso arriano[15], entrando de nuevo en completa fusión la raza de los conquistadores con la de los conquistados[16]. A aquéllos les quedó siempre el predominio de sus armas, sus trofeos, sus posesiones alodiales[17], origen del feudalismo, y el dominio de aquellos terrenos que se apropiaron: su vanidad bárbara y su orgullo de vencedores. A los antiguos hijos del país les quedó su fe instintiva y no

[15] En relación con la polémica en torno al 'arrianismo', la actitud de los visigodos fue siempre la de respetar a los obispos católicos, persiguiéndolos únicamente cuando se inmiscuían en asuntos políticos. Una vez en Hispania, no rompieron aquella línea de acción más que ante la amenaza de los bizantinos, instalados en el Sudeste, y debido al deseo de buscar la unidad confesional como base de coherencia política. La acti-tud de Leovigildo responde a este criterio ; la revuelta de su hijo católico Hermenegildo en Sevilla fue inter-pretada, ya entonces, no tanto como una rebelión de cariz religioso, sino más bien como un posicionamiento probizantino de los rebeldes. La conversión al credo católico de Recaredo algunos años más tarde obedeció igualmente a motivaciones políticas. [ibid., pg. 132] El arrianismo es una creencia cristiana no trinitaria. Afirma que Jesucristo fue creado por Dios Padre y está subordinado a él. Las enseñanzas arrianas fueron atribuidas a Arrio (c. 250-335 d. C.), un presbítero de Alejandría, Egipto, y se oponen a las llamadas ortodoxas acerca de la naturaleza divina. La cristología arriana sostiene que el Hijo de Dios no existió siempre, sino que fue creado por Dios Padre. Esta creencia se basa, entre otros textos bíblicos, en un párrafo del *Evangelio según san Juan* donde Jesús declara: "*Oyeron que yo les dije: 'Voy y vuelvo a ustedes'. Si me amaran se gozarían de que voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo*". El Primer Concilio de Nicea del 325 consideró que las doctrinas arrianas eran heréticas y el Primer Sínodo de Tiro, en el 335, exoneró a Arrio. Tras su muerte, fue anatemizado de nuevo y fue declarado herético otra vez en el Primer Concilio de Constantinopla del 381. Los emperadores romanos Constancio II (337-361) y Valente (364-378) fueron arrianos o cercanos al arrianismo.

[16] Los suevos, alanos y vándalos asdingos y silingos, que habían roto la frontera del Rhin en diciembre de 406, recorrieron Galia de Norte a Sur durante tres años, hasta forzar la entrada en Hispania por los pasos de Somport y Roncesvalles a finales de 409. La resistencia, tanto en Galia como sobre todo en Hispania, donde no había tropas romanas, fue escasa. Además dada la exigüidad numérica de los invasores (un máxi-mo de 200.000 personas en total, con sólo 56.000 guerreros útiles), más que una conquista militar y política plena, el reparto suponía una mera división del territorio hispano en zonas de aprovechamiento, con respeto a la administración civil hispano-romana. Los visigodos, establecidos a la sazón en el Sur de la Galia, entra-ron al servicio de Roma y aniquilando a los vándalos silingos y arrinconando en el Noroeste de la Península a asdingos, alanos y suevos, suscribieron en 418 un foedus con el Imperio que les permitió establecerse de manera permanente al Sur de la Galia. En 419-20 los vándalos asdingos, con restos de silingos y alanos, dejaron Gallaecia y ocuparon la Baetica, hasta que en 429 abandonaron definitivamente el territorio hispánico para dirigirse al Norte de Africa. Los visigodos, ante el vacío de poder que se produjo en Hispània y porque su supervivencia en la Galia les causaba graves dificultades, procedieron a ocupar la Península Ibérica por su cuenta y riesgo, y permanecieron en ella hasta la llegada de los árabes en 711. [LADERO QUESADA, Miguel A., 1992, Historia Universal (II: Edad Media), Barcelona, Vicens-Vives, pp. 84-85]

[17] Los alodios eran heredades libres de toda carga y derecho señorial. En la época franca el término 'alodio' sirvió para indicar los bienes hereditarios en oposición a los adquiridos, pero posteriormente significó los bienes propios o libres, porque los adquiridos eran normalmente concedidos en beneficio o precario. Esta institución, introducida en la Península a través de Cataluña, se practicó sobre todo en el valle del Duero. En los siglos XII y XIII fueron disminuyendo las tierras alodiales, para reaparecer más tarde al amparo de las ciudades, cuyo territorios municipales eran normalmente alodios. [Nueva Enciclopedia Larousse, pg. 343]

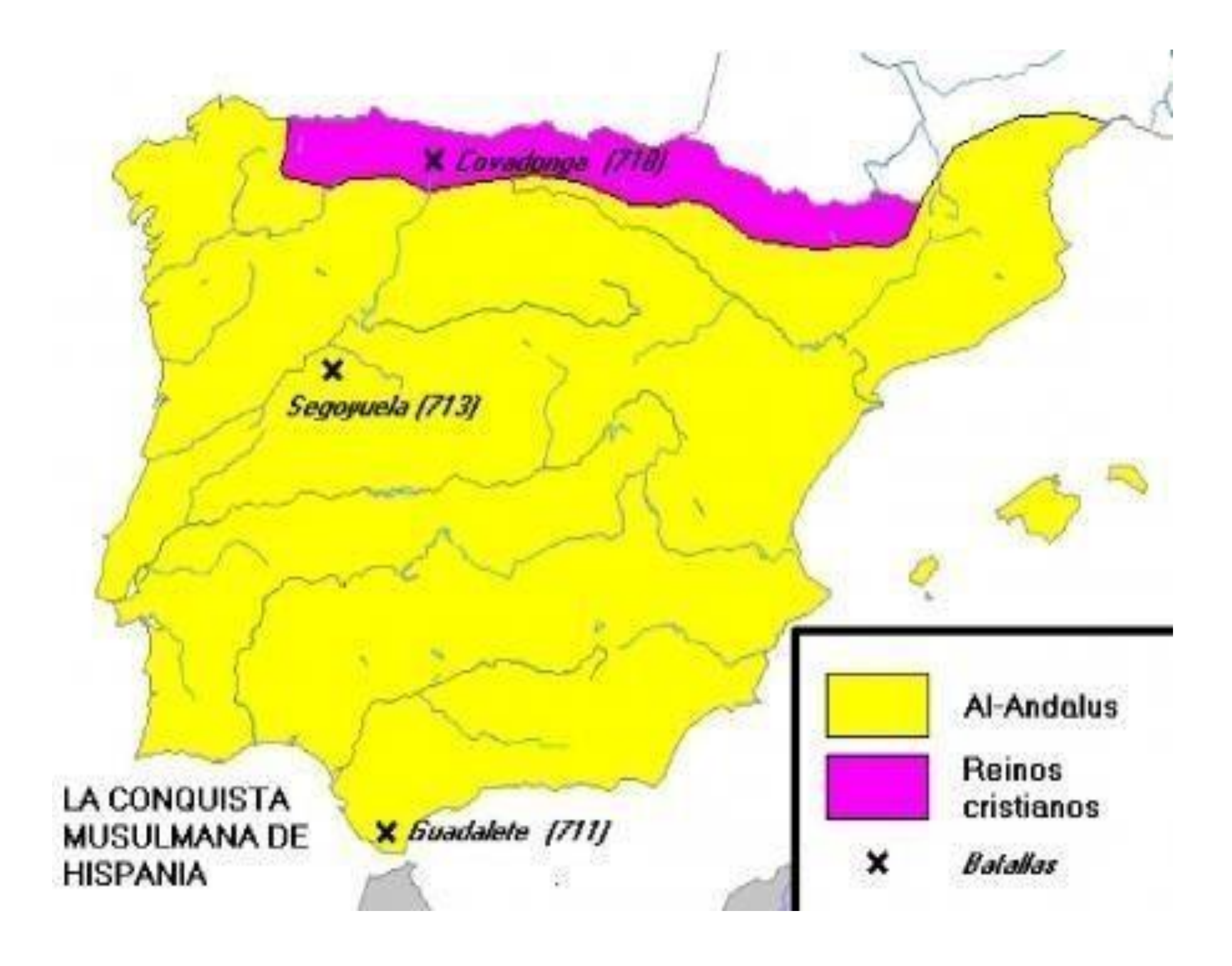
-

contaminada y todos los cargos de la Iglesia, sus tradiciones gloriosas, su modestia y resignación cristiana de vencidos. Y he aquí, por una coincidencia providencial, cómo pasó a ser estado llano y pechero el que era más antiguo y propietario del suelo, y nobles y poderosos los que descendían del antiguo bárbaro asalariado y que el romano quería y desdeñaba para siervo, lo lanzaba desnudos al Circo o lo ponía en las avanzadas de sus ejércitos reconociendo su valor y abnegación probados. ¡Triste, pero portentoso ejemplo del gran castigo aplicado a la señora del mundo por sus grandes injusticias ; cruel, pero justa represalia de la que había dejado escapar el grito desconsolador e inhumano que ella oía sonar ahora en su daño: ay de los vencidos![18]

Mezclados unos con otros y formando casi un pueblo de vencedores y vencidos, afeminados y domeñados ya los lobos del Norte con las brisas voluptuosas y las caricias tiernas de las hijas de la Iberia, apenas se van amohinando sus picas y largas espadas con las que arrojaron de las costas a los griegos bizantinos herederos del Imperio Romano, ya terminado, y extirparon las otras hordas inferiores en valor y nobleza con quienes entraron en el reino confundidos, cuando ellos a su vez caen inermes y deshechos ante las cimitarras damasquinas de los hijos de Ismael acaudillados por Tarif y Muza, dos grandes generales de fanáticos y entusiastas guerreros orientales que, llenos de fe religiosa y de un entusiasmo que rayaba en la locura por la ley de su profeta, atravesaron el Estrecho y se apoderaron en una sola y sangrienta batalla en las márgenes del Guadalete de un impe-rio y de una civilización. Las cordilleras del Pirineo y las fragosidades de Asturias fueron el asilo de los restos del ejército godo, y todas las demás comarcas quedaron sumergidas en

[18] Antes de las grandes migraciones bárbaras habían transcurrido dos siglos de contactos intensos, de pactos de diversa índole entre Roma y los germanos fronterizos, cuya alianza era empleada para combatir a otros hostiles. Se produjo, por tanto, una germanización intensa del propio ejército imperial, tanto en el fronterizo como entre los *comitatenses*, ya desde tiempos de Constantino. Hubo también áreas donde la instalación de colonos germanos (*dediticii* y *letes*) llegó a producir una cierta difuminación de las barreras étnicas y culturales ; diversos tipos de federación anunciaban a los *foedera* del siglo V. La diferencia estribaba en que en el primer caso actuaba el Imperio como parte vencedora o dominante, mientras en el segúndo se trataba meramente de una vía jurídica para encubrir la derrota romana. [LADERO QUESADA, op. cit., pp. 58-59] La frase "*vae victis!*" (¡ay de los vencidos!) fue pronunciada por el jefe galo Breno, que ha-bía sitia-do y vencido a la ciudad de Roma. En 390 a. C., tras su victoria, Breno accedió a negociar su retira-da de la ciudad a cambio del cobro de un rescate de mil libras romanas en oro (unos 327 kg). Cuando los romanos percibieron que los galos habían amañado la balanza en que se pesaba el oro, protestaron ante su jefe Breno, quien se limitó a arrojar su espada para añadirla al peso de la balanza mientras pronunciaba la conocida frase.

el diluvio musulmán, flotando tan sólo, como el Arca sobre el Ararat, la bandera de la Cruz que empuñaba Pelayo sobre Covadonga[19].



La población gótica española quedó sierva de la árabe y africana, mas con el derecho de hablar, sentir y orar como cuando era romana, denominándosela en adelante 'mozárabe', que significa dependiente de la árabe, pero llena de fervor y de virtudes, alentada con la fe y la esperanza en sus creencias. Ella pagaba tributo a los Emires que mandaban los Califas de Damasco, y posteriormente a los que pusieron los de Córdoba,

[19] En los últimos años de la dominación visigótica en Hispania, el poder de la realeza se había reducido considerablemente, básicamente a causa de las constantes luchas intestinas. ; no sabemos, sin embargo, cómo habrían evolucionado a la larga las formas políticas de aquella sociedad protofeudal de no haber ocurrido lo que ocurrió. En 710 era elegido rey Rodrigo, *dux* de la Bética, y al año siguiente sufría la aplastante derrota del Guadalete frente a los bereberes islamizados (no eran 'orientales' como afirma el autor, por tanto) que habían entrado en la Península, probablemente como aliados de los adversarios del monarca. La aceptación del nuevo dominio fue fácil por la connivencia, como decimos, de buena parte de la aristocracia y por la pasividad inicial del resto de la población, de modo similar a como había ocurrido en diversas provincias del Imperio bizantino. Entre 713 y 725 los musulmanes ocuparon toda la Península y la Septimania, quedando únicamente fuera de su dominio las zonas marginales o tradicionalmente insumisas a los anteriores dueños políticos de Hispania, en las montañas del Norte. [ibid., pg. 119]

-

-

pero siempre [se encontraba] ávida de ilusión esperando la llegada de sus hermanos Astures y Vascos de los lugares donde estaba concentrada la nacionalidad y alzado labaro (?) de sus creencias y doctrinas[20].

A la manera que el Sol dora con sus rayos primero las cúspides de las montañas, luego sus faldas, y concluye por iluminar los valles y planicies, del mismo modo la luz de la fe de sus padres habría de descender de las alturas de Cangas de Onís a las laderas de las Castillas y Aragón, para terminar al cabo de siete siglos en las vegas y valles de Andalucía y en las playas del Mediterráneo y del Algarve. Este largo período que duró la Reconquista desde el Guadalete es lo que llamamos nuestras regeneración y vida nacional, y aquí principia, por no entrar en largos y minuciosos detalles ajenos a este lugar, lo que hace relación con la historia y el origen de nuestra familia, a quien dibujaré en sombras mientras lo están los sucesos y las crónicas, clara y patente desde que se pongan éstos así, y siguiendo el curso verídico de los sucesos donde haya exactitud, quedando novelesco e inverosímil lo que no atañe o pueda descifrar. Por otro lado, ¿qué linaje habrá en el país que pueda remontarse a anteriores épocas apoyado en la verdad? Ni las casas más distinguidas e ilustres, ni aún muchas dinastías de príncipes, podrían aclarar las lobregueces y tinieblas que las envuelve en la sombría noche de los siglos medios, edad de hierro y combates en que nada se escribía ni asentaba, porque faltaba quien lo supiera hacer, y lo poco que se escribió, en los monasterios, llenos de soldados inválidos e ignorantes, no tocaba más que a lo más esencial de la historia nacional, o la cronología de la orden benedictina.

¿Quién podrá remontar su estirpe con exactitud rigurosa hasta más allá del siglo XIV y llenar el árbol de su linaje con veinte generaciones sucesivas sin ocupar muchos

[20] A mediados del siglo VIII Al-Andalus se perfilaba ya como un ámbito político peculiar, al tiempo que la generación de cristianos sometidos siguiente a la conquista tomaba conciencia de la ‘pérdida de Hispa-nia’, según se lee en la *Crónica Mozárabe* del año 754, es decir, de lo definitivo de un orden de cosas distin-to, sobre todo a partir de la institución del Emirato independiente por Abd al-Rahman I. Su sucesor, Al-Hakam I, tuvo que afrontar ya las primeras revueltas y las primeras derrotas frente al reino cristiano de Asturias. Bajo Abd al-Rahman II, tuvo lugar un proceso intenso de islamización basado en las conversiones en masa, lo que provocó un incremento de las revueltas contra el predominio de lo árabe en los planos étnico, militar y político, y también contra aspectos de la arabización cultural y contra la excesiva concentración de poder en la ciudad de Córdoba. [ibid., pg. 191]-

-

vacíos con hechuras y quimeras de su imaginación? ¿Quién? Cuando desde la irrupción de los godos y árabes hasta el siglo XIII, en que brotan los primeros detalles de luz, todo quedó en la niebla espesísima de la barbarie, cuando las ciencias enmudecieron, la ignorancia se entronizó y pasaban los reyes y príncipes, los prelados y los prohombres sin de jarnos ni aún los caracteres de sus nombres hechos de sus manos, porque éstas no sabían manejar la pluma ni conocían más ejercicio que el de la espada, la lanza, la brida de un corcel o el cuido de un halcón o gerifalte. Por eso todo lo que concierne a la historia y cronología de estos siglos es muy nueva y reciente, porque moderno y reciente fue el renacimiento de las ciencias, y la familia que en este piélago inmenso de oscuridad ha podido hacerse o conservar su peculiar historia hasta llegar al valladar o linde de las lobregueces o sombras de la Edad Media, bien puede decir con satisfacción que sabe más de su origen que la mitad de las dinastías reinantes, que no se remontan a tanto en sus principios, y que la mayor parte de las nacionalidades existentes, que son también de ayer en comparación con nuestra respectiva cronología.

El Imperio Ruso, ese coloso del mundo, y las veinte naciones de América no se remontan, repito, a la mitad de este tiempo: el uno porque las hordas eslavas del Norte eran entonces rebaños de bárbaros en continuos choques y guerras, las otras porque aún no habían nacido en el mundo los abuelos de Colón, en cuya titánica cabeza habría de concebirse la idea de la existencia de un nuevo mundo[21], y que habría de dar lugar más tarde a impulsos de su entusiasmo y fe religiosa.. Concluyo este período con el gusto y la complacencia que debe tener el que ha encontrado en este laberinto inmenso de la duda y de la ignorancia el hilo o el cable eléctrico moderno, que lo conduce, que lo lleva veloz como la imaginación, pero exacto como el guarismo, al valladar sombrío de la Edad Media, donde las familias principian a significarse, a adquirir un nombre que en adelante no se perderá, una posición segura y un crédito solo. En este favorable caso, pues, se encuentra la nuestra, como veremos, cuyo nombre principió a sonar en la historia nacional y que ya no se perdería en adelante.

[21] Como sabemos, Colón nunca llegó a vislumbrar que había descubierto un nuevo continente ; el siempre pensó que adonde había arribado era a las Indias Orientales. Correspondería en realidad a Amerigo Vespucci el reconocimiento de América (de ahí el nombre) como un mundo aparte.

-

-

CAPITULO IV: Conjeturas sobre el origen de nuestro apellido. Raíz de la línea de que procede. Sitios y lugares que lo llevan, con todo lo referente a su significado. Indicios sobre él por falta de tradiciones

Pueras y Puellas, Pueros y Puelles era y es en lengua latina, casi universal entonces, el nombre con que se distinguían y nombraban a las niñas o jóvenes adolescen-tes, y esta palabra de raíz tan cierta y concreta quedó connaturalizada y dentro de nuestro idioma para significar todo lo que tenía conexión con las niñas o jóvenes[22], y tan es así y tan evidente y probado, que aún hoy día en Cataluña se denomina así un magnífico y anti-guo monasterio de monjas a quienes antiguamente se les exigía pruebas de alto linaje para habitar en sus claustros. Las Puellas, convento de este nombre es el primero y más antiguo de su clase en el Principado. En Asturias, en la cima de la antigua monarquía y donde se reverberan [*¿veneran?*] aún en toda su pureza las antigüedades gótico-romanas sin liga árabe, existe junto a Covadonga, el Concejo y Valle de Valdediós , el primer pueblo de este valle se llama Puelles o San Bartolomé de Puelles, lo que en el lenguaje gótico-latino equivalía a Infantas o San Bartolomé de las Infantas[23]. En la provincia de Lérida y cerca de Agramunt existe otra villa de Puelles a las márgenes del río Sío. Fuera de nuestro país, dondequiera que se descubre terreno que hollaran los Roncinos esta palabra es conocida: en el Norte de la Francia, en Normandía, existe el famoso pueblo de Mosen Puelles, harto célebre en su historia por el combate que allí libraron franceses y flamencos en la Edad Media.

De todo esto se debe deducir que la familia nuestra, al adoptar esta palabra latina, fue de origen romano, y si era goda, tomó el nombre del pueblo de Asturias que lo lleva

---

[22] Los vocablos latinos a que se refiere el autor son en realidad puer, eri (muchacho de hasta 17 años ; también significó, en distintas épocas, hijo, célibe, esclavo y paje) y puella (o 'puera'), -ae (muchacha ; amada ; mujer joven). De estas palabras se derivan el verbo *puerasco* (llegar a ser un muchacho), los sustan-tivos *puerilitas, -atis* (infancia, puerilidad), *pueritia –ae* (infancia, hasta los 17 años), *puerulus,-i* (niño pe-queño), *puellula,–ae* (muchachita), *puellus,-i* (niño), *puerpera –ae* (puérpera, recién parida, parturienta) y *puerperium, -ii* (parto, puerperio), los adjetivos *puellaris, -e* (de niña o doncella ; inocente), *puerilis, -e* (in-fantil ; pueril, irreflexivo) y *puerperus, -a, -um* (del parto), y los adverbios *puellariter* (como una niña) y *pueriliter* (puerilmente, de manera infantil ; sin reflexión).

[23] San Bartolomé de Puelles: Parroquia del Ayuntamiento y partido judicial de Villaviciosa, provincia de Oviedo. Comprende el lugar de La Ribera y las aldeas de Arbazal, Puelles, San Saturnino, Valeri, Vallina-oscura, Vallarica y La Viña ; en 1896 contaba con 716 habitantes. [*Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, op. cit., XVIII, pg. 315]

-

porque sería su primitivo solar, o dio nombre al mismo cuando se retiró a las cúspides y asperezas de Asturias tras el estandarte de Pelayo. Sea ello lo que se quiera, pues se presta a todo género de interpretación, bien le dieran nuestros progenitores nombre a estos lugares o lo tomasen de él como usaba la gente de guerra y de la nobleza en esa época, al nombrarse con los distintivos de los lugares de sus dominios, así como la clase llana o pechera de sus profesiones y oficios, es lo cierto que este patronímico de familia ha sido y es el verdadero y genuino desde la existencia de nuestro linaje y del primer Puelles que se registra en los anales, en la circunstancia especial de precederle siempre el de, atributo que sólo tomaba en aquel tiempo y aún después las más calificada nobleza. En esta oscuridad, pues, atendiendo a los antecedentes y tradiciones que existen en la familia y a una ejecutoria antigua con la cual los Puelles probaban el entronque con la casa Real de Navarra por Ramiro Sánchez, uno de sus reyes, que fundó y dotó la iglesia y solar de Santa María de La Piscina, en San Vicente de la Sonsierra, junto a Labastida, para sus descendientes de varón, y los Puelles fueron y son diviseros de la dicha iglesia de la Piscina, se puede deducir que la significación de su apellido de 'infantas' o 'niñas' tiene analogía y sabor de corroborar esta tradición y engarce de descendencia real que en juicios contradictorios ellos probasen ante el Juez y Divisero de la dicha Real Casa.

En resumen, y divagando en lo que no cabe certeza alguna, debemos creer, o cuando menos pensar, que nuestros primeros ascendientes fueron [*posiblemente*] de origen íbero-romano, como lo indica su apellido, pues todos los apellidos y nombres godos tienen una raíz y terminación diversa desconocida a nuestro lenguaje antiguo ; que si fueron godos en su origen, debieron tomar el nombre de sitios o parajes de la indicada derivación y calificación latina, como le sucedió a muchos hombres de guerra en aquellos rudos tiem-pos al tomar posesión de los despojos que ellos llamaron 'conquistas' y 'trofeos', y que si se ve el primer germen del linaje en la zona Norte de la Península después de la irrupción y conquista de los árabes, pudo y debió ser, o porque se refugiaron allí como todas las familias guerreras y notables hicieron tras el arca de su fe y sus libertades, o porque eran de aquella comarca donde existían porción de colonias y conventos íberoromanos, o porque, en fin, acudieron al oír los primeros sonidos de los clarines de Pelayo, que desplegaba sobre las altas cimas el estandarte de la Cruz, y como familia mozárabe apegada a sus creencia voló a escudarse con ella y cubrirse con la sombra del santo y noble trofeo de la religión de sus mayores.

-

-

CAPITULO V: Primeros siglos de la Reconquista. Situación de la Rioja castellana y alavesa en dicha época. Aparición de los dos hermanos Puelles en la conquista de Baeza por San Fernando al lado de D. Diego López de Haro[24].

Tras el desbordamiento de los árabes, que inundaron la España y la mitad de las Galias constituidos ya en Imperio Merovingio o Reino Franco de los descendientes de Faraimundo, las espadas de los Alfonsos en Asturias, Sancho Abarca y sus hijos en Navarra, Carlos Martel, Pepino y Carlomagno en las Galias y los Berengueres en la Marca Gótica[25] y Cataluña, fueron el valladar y dique de la inundación muslímica, retirándose el torrente a su cauce bajo el segundo de los califas Abderramanes de Córdoba, aún bajo el tiempo de su gran general y caudillo Almanzor, no pudieron recabar el terreno una vez perdido ya, ni volver a ocupar el suelo que los héroes cristianos mencionados rescataron de su dominación[26]. Entonces la Rioja, esa fertilísima y risueña comarca que baña el primer río de nuestra patria, el sagrado Ebro, esa comarca y valle tan abundante y colmado de frutos y poblada de razas heroicas como la numantina[27] y calagurritana, que hicieron

[24] Se refiere a D. Lope Díez de Haro.

[25] Actualmente se la conoce como *Marca Hispánica*. Se trata de una de las zonas fronterizas con que Carlomagno rodeó su imperio, ubicándolas en aquellas regiones que consideraba más conflictivas. La frontera hispánica, que abarcaba aproximadamente toda la franja situada entre el Ebro y los Pirineos, se instituyó más que nada como una continuación de los esfuerzos pacificadores e integradores realizados en Aquítania, donde persistían, sin embargo, los elementos de inquietud y revuelta, pero asimismo sirvió para contener, con la ayuda de los condes catalanes, el avance de los musulmanes, que habían sido expulsados de tierras galas recientemente. La Marca Hispánica, al principio tierra de nadie de uso exclusivamente militar, fue repoblada muy pronto por los descendientes de antiguos emigrados hispanogodos que se habían refugiado en tierras aquitanas y en Septimania. [LADERO QUESADA, op. cit., pg. 271]

[26] Las incursiones musulmanas en regiones destinadas a permanecer cristianas se desarrollaron en dos oleadas distintas. La primera, después del hundimiento del Estado visigodo en España, no fue más que la última prolongación de las gran conquista islámica ; bien a pesar de la intención de sus promotores, no consiguió islamizar la Galia, y su dominio sobre Hispania fue sólo temporal, como sabemos. La conquista política y la conversión religiosa eran sus objetivos finales. Al contrario, la segunda oleada, llamada de los 'sarracenos' y que dio lugar a las Cruzadas, fue únicamente el resultado de acciones no coordinadas de pequeños grupos que buscaban el botín más que la sumisión de los infieles y el de empresas privadas, que sólo repercutieron en beneficio del Islam de manera supererogatoria. Ninguna de estas dos empresas, por otro lado, merece propiamente el nombre de 'árabe'. Antes del siglo XI los árabes sólo ocuparon algunos puestos de mando. Bereberes, españoles e italianos convertidos, levantinos de todas clases, desempeñaron un papel por lo menos igual. Estas diferencias, aún más avivadas entre los árabes por el odio tribal (*'asabiya*), tuvie-ron cierta influencia en el desarrollo de las incursiones. [MUSSET, Lucien, 1982, *Las invasiones (2. El se-gúndo asalto contra la Europa cristiana),* Barcelona, Labor, pg. 96]

[27] La heroica ciudad celtíbera de Numancia no era riojana, ni estaba tampoco bañada por el Ebro. Su ubicación geográfica –en el Cerro de Garray, cerca de Soria, formando un ángulo entre los ríos Tera y Duero- fue establecida por Saavedra en 1860 [antes de que se comenzara a escribir el libro de Manuel M de Puelles, por tanto], y Schulten localizó en 1905 los campamentos romanos ; comenzó acto seguido las excavaciones

-

temblar con su resistencia a los señores del mundo, conquistada en ambas orillas por los reinos convecinos de Navarra y Asturias, vino a poblarse de nuevo de briosos caballeros cristianos que cuando [no] guerreaban en la frontera dedicaban sus afanes al cultivo de su suelo privilegiado, poblado de olivos, viñas y toda clase de árboles frutales y rico en mieses y legumbres[28]. Allí, en esa bella comarca regada por seis riachuelos que se desprenden de las últimas vertientes de los Pirineos y de las montañas astures[29] y que después de fecundar todo el amenísimo valle engruesan el caudaloso Ebro, allí, cerca del solar de la antigua Numancia y próximo a Calahorra, se albergó la familia de Puelles, dedicada, como las demás de su clase, a la guerra cuando se declaraba ésta y al cultivo de sus heredades cuando dejaban de sonar las trompas cristianas y los atambores y lelilíes árabes. Allí promediaron tres siglos de completa oscuridad para nuestra historia y para ésta en general y las ciencias, en que sólo el santo monje de Silos[30] empezó su poema alejandrino y se comenzó a borronear también el célebre Poema del Cid por algún Homero desconoci-do que en tosco y nuevo lenguaje latino y español rompió a cantar las portento-sas hazañas del héroe castellano. En todo este tiempo no faltó, tras la guerra nacional y religiosa, algún cruento combate entre los mismos cristianos, que hasta se aliaban con los árabes para

---

en la acrópolis, hallando restos de la ciudad indígena debajo de un estrato urbano posterior al año 133 A.D.C., fecha de la conquista romana. a pesar de que el lugar estuvo sin duda habitado durante la Edad del Bronce y a comienzos del Hierro, la evidencia arqueológica demuestra que el primer estableci-miento urbano no se remonta más allá del siglo III A..C. ; ya desde entonces, y debido a su privilegiada situación, en el centro de una rica comarca cerealista, Numancia se convirtió en una de las poblaciones más importantes de los ‘arevacos’, así como en el centro neurálgico de la resistencia celtibera frente a la conquis-ta romana. del Bronce y a comienzos del Hierro, la evidencia arqueológica demuestra que el primer estable-cimiento urbano no se remonta más allá del siglo III A.d.C. ; ya desde entonces, y debido a su privilegiada situación, en el centro de una rica comarca cerealista, Numancia se convirtió en una de las poblaciones más importantes de los ‘arevacos’, así como en el centro neurálgico de la resistencia celtibera frente a la conquis-ta romana. [*Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, op. cit., XIII, pg. 1.170 ; *Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 7.101]

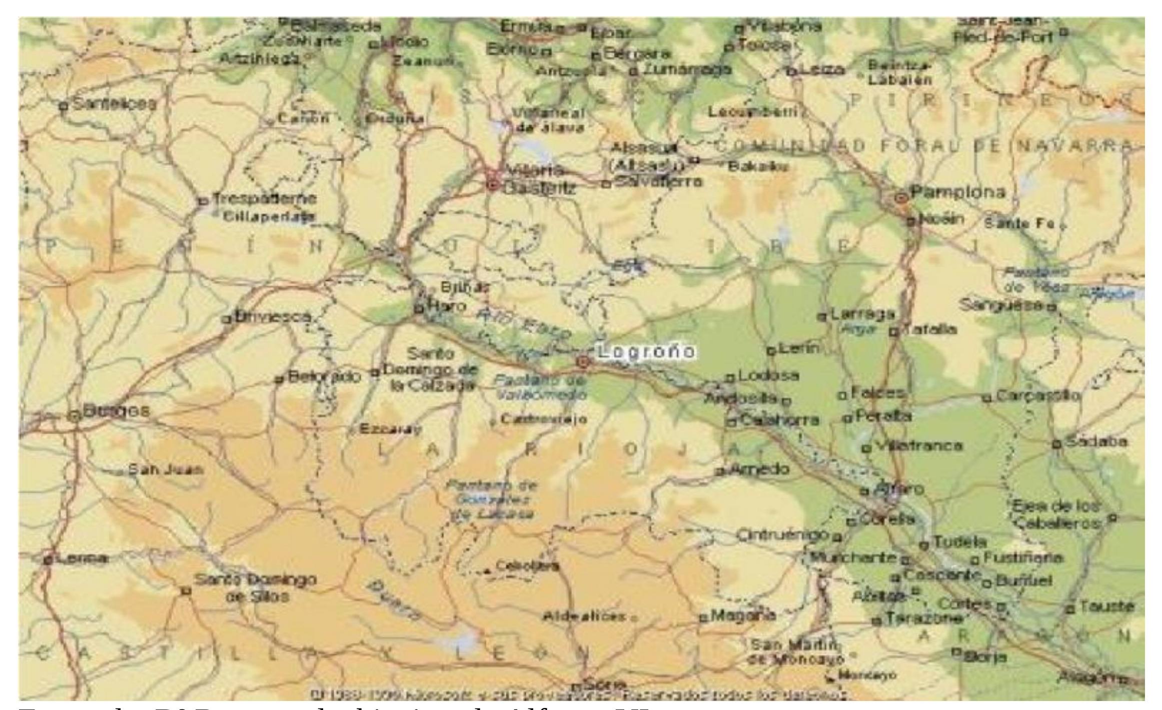
[28] Como el resto del valle del Ebro, la actual Rioja pasó a poder de los musulmanes en el año 714. En los dos siglos siguientes éstos mejoraron y ampliaron los sistemas de regadíos de época romana mediante la construcción de numerosas acequias. En esta época se la denominaba al Assiqia (‘tierra de acequias’). En el año 923 fue conquistada por Ordoño II, rey de León y, posteriormente, por Sancho Garcés de Navarra. Se produjeron en los años siguientes oleadas repobladoras de navarros y alaveses (durante un tiempo en el valle del Oja y del Tirón se habló vascuence) que convivieron con la población autóctona mozárabe. Duran-te los siglos XI y XII las tierras riojanas fueron motivo de disputa entre los reyes castellanos y navarros por lo que pasaron varias veces de unas manos a otras. En 1167 se reclamó el arbitrio de Enrique II de Ingla-terra, quien dispuso que fuera entregada definitivamente al reino de Castilla. Pese a ello, en algunas Ocasio-nes fue atacada e incluso tomada por navarros y aragoneses, como ocurrió en 1336 o en 1460, aunque, en todos los casos, volvió pronto a manos castellanas. [Encarta ’98 CD-Rom]

[29] Difícilmente puede desembocar en la Rioja ningún riachuelo nacido en las montañas asturianas. El autor debe estarse refiriendo más bien a la Cordillera Cantábrica.

[30] Se refiere, por supuesto, el autor, a Gonzalo de Berceo (1198?-1264?), primer poeta castellano de nombre conocido e iniciador del Mester de Clerecía.

-

disputarse el terreno conquistado de la Rioja, que estando en la confluencia de tres Estados cristianos, era objeto de luchas para Aragón, Navarra y Castilla, engarzada ya con el reino Leonés-Gallego-Asturiano. Alfonso VI, el conquistador de Toledo, incorporó definitivamente este rico territorio a su reino de Castilla en toda su orilla derecha, que correría en adelante siempre unido a ella, quedando por límite el Ebro, en fuerza de su brazo y de sus reconocidos derechos como descendiente de Sancho el de Navarra, conocido en la historia por El Depeñado de Peñalén. Así la heredó la célebre madre de San



Fernando, Dª Berenguela, biznieta de Alfonso VI.

En las primeras empresas del Santo Rey, su hijo, al empezar el siglo XIII, invadió éste la Andalucía, dividida en varios reyezuelos después de la caída del califato de Cór-

doba[31] y de la derrota de las Navas[32], sitiando a Ubeda y a Baeza con las mesnadas de sus 'ricos hombres'. En este ejército victorioso formaban los dos primeros varones que de nuestro linaje suenan, llamados Sancho Martín y Nuño de Puelles, acaudillados, como todos los de su país, por el célebre conde D. Diego López de Haro [*D. Lope Díez de Haro, en realidad*], de la casa señorial de Vizcaya, y que, como inmediato deudor y allegado, los llevaba tras de sí componiendo su cohorte lúcida de adalides prontos a lanzarse tras de su caudillo principal a las primeras y más arriesgadas empresas. Y en efecto, este plectoso [*sic*] varón, al frente de su gente y llevando a su lado a los dos hermanos Puelles y otros caballeros hasta un número de treinta y seis, escaló los muros de Baeza el día 30 de Noviembre de 1227 y del Santo Apóstol San Andrés, apoderándose de sus adarves y de la Torre de Olit, principal baluarte de la villa, dejando en memoria de su triunfo dentro de la galería de la célebre Torre los escudos de armas de los 36 caballeros riojanos princi-pales campeones de la empresa[33], siendo los primeros los de los hermanos Puelles. To-mando la ciudad por su abogado y patrono el Santo Apóstol, conserva el nombre de Puerta del

---

[31] Al desaparecer el califato de Córdoba (1031), Al-Andalus se fragmentó en numerosos núcleos independientes, al frente de los cuales se situaron los llamados *reyes de taifas*. Las continuas guerras entre los reinos taifas favorecieron la intervención creciente de los reyes cristianos, a través de la política de 'parias': los taifas pagaban a los cristianos tributos para no ser atacados o a cambio de ayuda militar. La constante sangría económica a la que se vieron sometidos les obligó a incrementar la presión fiscal sobre sus súbditos, lo que motivó el descontento de la población. La situación de debilidad frente a los cristianos se hizo patente en el 1085 con la conquista de Toledo por Alfonso VI. Este suceso precipitó la invasión almorávide, y con ella la desaparición de los primeros taifas. Tras el hundimiento del poder almorávide a mediados del siglo XII surgieron los segundos taifas. Su efímera existencia concluyó con la invasión almohade en 1157. La derrota almohade en la batalla de las Navas de Tolosa (1212) favoreció la aparición de los terceros taifas, pero de ellos sólo sobrevivió el reino nazarí de Granada. [*Encarta '98* CD-Rom]

[32] Baeza, municipio ubicado a 48 km de Jaén, en Andalucía, tiene una larga historia. Plinio el Viejo hablaba ya de sus habitantes, denominándoles vincienses, y Tolomeo los incluye entre los pueblos oretanos y la nombra *Biatra* (con una antigüedad de 3.500 años), derivándose su actual denominación del árabe *Biesa*. Su toma por las fuerzas cristianas se encuadró dentro de un plan general conocido por 'gran Reconquista', un rápido avance cristiano por varios frentes que terminó con el poder político islámico en la Península, excepción hecha del reino de Granada. Las circunstancias que llevaron a estos acontecimientos fueron las siguientes:

a) La descomposición del Imperio almohade y la reaparición de poderes locales en Al Andalus
b) La reunificación de Castilla y León en 1230 bajo el mando de Fernando III, que era rey castellano desde 1217
c) El fin de la política occitana catalano-aragonesa bajo Jaime I y la dedicación de este rey a las tareas conquistadoras
d) El desarrollo de las crisis internas que enfrentaron en Portugal a los reyes Sancho I a partir de 1211 y Sancho II entre 1226 y 1248
e) La extinción de la dinastía vazcona en Navarra en 1234 y la aceptación de Teobaldo de Champaña como rey. [LADERO QUESADA, op. cit., pp. 648-49]

[33] Pueden verse sobre este hecho los nombres de los treinta y seis caballeros con sus escudos de armas en la historia que compuso D. Luis Argote de Molina *Nobiliario de Andalucía* [*Nota del autor*]

-

-

Conde de Haro aquella por donde se introdujo D. Diego [*D. Lope*] con sus leo-nes riojanos.

Y aquí debemos detenernos para hablar de este esclarecido campeón que quedó en Guarda de la Ciudad por ser un personaje muy importante en el país por su nacimiento y poderío, siendo de mucha valía para la historia nacional, no sólo por su renombrado valor, sino también porque él y su familia, soberana de Vizcaya y de la Rioja Alavesa, estuvo enlazada o unida a la de nuestros reyes. Primo segundo de D. Alonso [*¿Alfonso?*] el Sabio, décimo rey de este nombre, heredó de su padre Diego Díaz [*López*] de Haro el señorío de Vizcaya, a quien sucedió su hijo D. Lope Díaz de Haro, que dejó [*la soberanía*] a su hijo D. Lope Díaz de Haro, duodécimo señor de ella , que siguió a la muerte del Sabio rey la parcialidad de su hijo Sancho IV, conocido por El Bravo, contra los Lazerdas, hijos del primogénito, y para colmo de ingratitud y perfidia fue muerto por mano del mismo rey D. Sancho en la villa de Alfaro en 1284, siéndole arrebatados sus castillos y lugares de la Rioja. Era, pues, pariente próximo de la Casa Real y no muy lejano de los hermanos Puelles, que siguieron siempre a los Lopez de Haro [*Díez de Haro*] en sus campañas como entonces se seguían a los cabezas de linaje.

Sus próximos deudos alcanzaron su misma suerte. Establecidos en el lugar de Labástida, en la orilla izquierda del Ebro y concurriendo al Solar e Iglesia de Santa María de la Piscina en San Vicente de la Sonsierra como descendientes de Ramiro Sánchez de Navarra, de los López de Haro y de la familia de Bigorza, que era la dinastía reinante en Castilla y de la nuestra, más modesta, pero ilustre familia también, que descendía, según se ha escrito, de ella y de este antiguo real Solar, gozando de la preeminencias y asiento de diviseros de ella, según lo probaron y evidenciaron. Tres siglos más tarde Pedro y Jerónimo de Puelles Alvarez, hijos de Pedro de Puelles y Amurrio y sobrinos de Juan de Puelles y Amurrio, hermanos e hijos de Pedro de Puelles Montoya, que lo fue de Francisco de Puelles ; igualmente lo habían sido de otro Pedro de Puelles y Amurrio, también descendiente de Iñigo de Puelles y de Polonia Amurrio. Esta genealogía tan larga consta en los documentos y ejecutorias que en la villa de Ampudia sacó al empezar el siglo XVI Pedro de Puelles, Alcalde de Hijosdalgo de aquella Villa, para acreditar su procedencia real y que en su lugar y siglo oportuno tocaremos, probando todo esto que los Puelles del

-

solar real de Santa María de la Piscina estaban entroncados con las familias reinantes de toda España como legítimos descendientes de Ramiro Sánchez de Navarra, fundador de dicha real casa, cuya edificación y gobierno dejó encomendado en su testamento de principios del siglo XII al abad de San Pedro de Cerdeña.

Reanudando mi relato que he cortado con esta larga digresión. Diré que establecidos los descendientes de Sancho Martín y Nuño de Puelles después y antes de sus campañas a la sombra de sus parientes los de Haro en Labástida, San Vicente de la Sonsierra y Avalos, transcurrieron los siglos XIII y XIV, de grandes guerras y disensiones por la rivalidad de los infantes Lazerda con su tío Sancho y por las guerras contra los mahometanos en los célebres sitios de Tarifa, Algeciras y Gibraltar y en la memorable batalla del Salado en este nuestro territorio, en donde jóvenes y apuestos mancebos de nuestra ya larga familia acudieron bajo los estándartes de los Haro al mando todos del célebre y bravo rey Don Alfonso el Batallador y onceno de su nombre[34]. Tal vez moraron y acamparon en esta nuestra patria hoy de Alcalá, donde se detuvo el rey y su ejército varios días sin pasarles por las mentes que cinco siglos después un descendiente suyo, el que vino también al bloqueo de Gibraltar, se había de establecer en ella y ser el tronco de otra dilatada, aunque modesta, familia.

[34] El rey que recibió el sobrenombre de ‘el Batallador’ no fue éste, sino Alfonso I de Aragón (1973-1134), hijo de Sancho I y de la reina Placencia, que sucedió a su hermano Pedro I en 1104. Su matrimonio con la reina de Castilla, Doña Urraca, terminó con la separación entre ambos reinos. Conquistó todo el Valle del Ebro, llevó sus ejércitos a Valencia, Murcia y parte de Andalucía y consolidó la dominación aragonesa en el Sur de Francia. En cuanto a Alfonso XI de Castilla (1311-1350), el monarca que menciona el texto y que recibió el sobrenombre de ‘el Justiciero’, fue hijo de Fernando IV el Emplazado y de Constanza de Portugal. Alentó la Reconquista con victorias como la de la batalla del Salado (1340) y la toma de Algeciras (1344). Robusteció la autoridad real frente a la nobleza apoyado en las Cortes. Casó con María de Portugal, que le dio al futuro Pedro I, pero tuvo varios hijos con Leonor de Guzmán, entre ellos Enrique de Trastámara, que reinaría después de matar a su hermanastro Pedro. [*Enciclopedia Multimedia Durvan* CD-Rom]

-

-

CAPITULO VI: Fin del siglo XIV y principios del XV. Los Puelles, señores de Davalillos. Historia de Diego López de Puelles, tercer señor de Autol, y de su hermano Juan, defensor de Torrijos

Al principiar y mediar el siglo XIV, después de los reinados de Fernando IV, Alfonso XI y Don Pedro I, primero conocido por El Cruel, en cuyas turbulentas guerras civiles tomó la Rioja partido por su hermano Enrique II, llamado el Bastardo de Trastámara, siguiendo en la familia el bando de éste y sirviendo en sus banderas. Existía entonces en Davalillo, conocido hoy por Avalos, junto a Labástida y San Vicente de la Sonsierra un señorío cuyo castillo se hallaba situado sobre el monte Oslima, que divide la Rioja de Alava y a cuyos pies corre el riachuelo del Solabet. En este señorío pequeño, pero importante atendiendo a su antigüedad, estuvieron los descendientes de los Puelles conquistadores de Baeza hasta que hubieron entrado en relaciones de amistad con sus vecinos comarcanos de su clase y rango. Era de entre ellos el principal. Pedro Giménez de Arnedo, primer señor de la villa de Autol por donación que el célebre Don Enrique II, el de las Mercedes, hizo al caudillo Giménez en el real sobre Toledo ; este adalid riojano se distinguió tanto en sus servicios que el rey lo hizo Jefe de la Guarda de su Cuerpo, alto honor de todos tiempos, y además le concedió el dicho señorío en 1369[35]. Habiendo muerto el Giménez de Arnedo en su castillo de Autol en 1402, le sucedió en dicho señorío su hijo Pedro Giménez, llamado el Manco por algunos para diferenciarlo de su padre, del mismo nombre y apellido, y por otros el Delgadillo. Tuvo también otros hijos, Don Gonzalo y Doña Catalina, de cuyas ramas no se vuelve a tener noticias.

Habiendo muerto Pedro Giménez hijo, segundo señor de Autol, en 1430, dejó en herencia a su única hija, Doña Beatriz Ponce de León[36], habida en su mujer Doña Teresa Ponce de León , su villa y señorío. De esta fecha parte el entronque de los Puelles con la

[35] Enrique II de Castilla (1333-1379), hijo bastardo de Alfonso XI, fue el primer rey castellano de la dinastía Trastámara. Encabezó la rebelión nobiliaria contra su hermano Pedro I el Cruel y con el apoyo de Francia y Aragón logró la victoria definitiva en 1369. Bajo su mandato nació la Audiencia y se reorganizó la Hermandad, importante instrumento del orden público. Sus partidarios durante la guerra civil fueron recompensados generosamente con las llamadas *mercedes enriqueñas*, que permitieron el enriquecimiento de familias como los Mendoza, Velasco y Manrique. El rey firmó tratados de paz con Portugal y Aragón, sentando así las bases de la hegemonía castellana en la Península Ibérica. Enrique II luchó al lado de Francia en la Guerra de los Cien Años, derrotando a la flota británica en La Rochela (1372). [*Encarta ’98* CD-Rom]

[36] Todas estas noticias están tomadas de los archivos y tradiciones de la villa de Autol, sacados por el sabio benedictino Don Florentino Bornuevo (o *Barnuevo*), cura del pueblo. [*Nota del autor*]

-

Casa de Autol, cuyo suceso proviene del casamiento de Don Diego López de Puelles, señor de Davalillo, con Doña Beatriz Ponce, señora de Autol, en 1431, reinando en Castilla Don Juan II y rigiendo los destinos del país el célebre Condestable Don Alvaro de Luna, favorito omnipotente del monarca y que de hijo bastardo de un hidalgo aragonés y de la mora María Cañete, de dudosa fama, había escalado puerto de tanta importancia[37]. Era, como dijimos, Don Diego López de Puelles ahijado del célebre también Conde de Haro y llevaba, como era costumbre de entonces de tomar los nombres de las madres y parien-tes y hasta los apellidos, el nombre y primer apellido también de su ilustre deudo, y ha-biendo seguido a éste en sus campañas de Portugal en los tiempos de Enrique III, a su re-greso de la campaña con su valeroso hermano Juan de Puelles, del que más adelante ha-blaremos, conoció y amó, concluyendo por darle la mano, a la hermosa y rica hembra Se-ñora de Autol Doña Beatriz, nieta de Pedro Giménez de Arnedo, y por ser de más impor-tancia este señorío que el suyo de Davalillo, empezó a titularse Señor de Autol y Davali-llo, comprendiéndose en él el apacible y fértil valle que riega el Cidacos, que baña y guarnece en sus orillas las casas de la villa, que tiene sobre él tres hermosos puentes. Su fuerte y elevadísimo castillo, que domina toda la abundosa comarca y valle, está fundado sobre el em-pinado monte calcáreo de Santiago, a cuyos pies se encuentra escalonado el pueblo con sus 600 casas y más de 400 cuevas excavadas en las faldas del monte y habita-das también por sus vecinos. Este vistoso castillo, pues, era el alcázar y palacio donde se albergaba esta dichosa pareja, que vivieron felices y contentos en brazos de su amor y dedicados a hacer el bien a sus vasallos, de quienes recibieron sus pechos y tributos, poseyendo las mejores alquerías que regaba con sus esclusas el caudaloso Cidacos[38]. En esta

---

[37] Hijo de un destacado servidor de Enrique III, Alvaro de Luna (1390?-1453) se convirtió en el *valido* (principal figura del gobierno y de la corte) de Juan II de Castilla. Aglutinó en su torno a los partidarios de fortalecer la monarquía, frente a los propósitos de la oligarquía de controlar el poder real. En este proyecto sus principales enemigos fueron los infantes de Aragón y la alta nobleza castellana. En 1420 Alvaro de Luna fue nombrado condestable. Las alianzas entre el partido aragonés y los grandes castellanos, que temí-an el poder del valido, provocaron su destierro de la corte en 1427 y en 1440. Finalmente, Juan II, hombre de débil carácter, presionado por su mujer, Isabel de Portugal, y por la alta nobleza, permitió la detención y ejecución de Alvaro de Luna en Valladolid (1453). [*Encarta '98* CD-Rom]

[38] Las especiales características que revistió la historia de España durante la Reconquis-ta, con los problemas que planteaba las repoblación y colonización de las tierras recién conquistadas, hizo que la estructura feudal, común desde hacía siglos en el resto de Eu-ropa, no llegase a afianzarse del todo en nuestro país, y en todo caso lo hizo con mayor suavidad que más al Norte: "*Es cierto que la aceleración de la reconquista y la caída consecuente de los precios de la tierra reforzaron la tendencia hacia la formación de grandes propiedades y señoríos. Pero la escasez de la mano de obra había favorecido al campesinado, y es ésta la situación que explica la ausencia de algunos de los rasgos fundamentales tan típicos de las economías de otros países de la Europa occidental… Por ejemplo, no cabe duda que el monasterio de San Millán de la Cogolla, al sudoeste de Logroño, había dispuesto de una reserva trabajada por unos campesi-nos obligados*

-

-

mansión de amores y felicidades pasaban sus años estos buenos señores, rodeados de sus guardias, pajes y escuderos y educando a sus cinco hijos Sancho, Pedro, Diego, Doña Mencia y Doña Mabel, el mayor de doce años, y en la lactancia el Diego, cuando un suceso inesperado y trágico del que nos da cuenta la historia en las crónicas del turbulento reinado de Don Juan II y año de gracia de 1445 puso fin a tanta dicha y ventura.

a realizar prestaciones en trabajo. Pero el rasgo más llamativo es la rapidez con que los monjes habían cambiado de este régimen de la explotación de la reserva y de prestaciones en trabajo a un sistema de arrendamientos del dominio y de tributos señoriales… En la Castilla y León del siglo XIII, a di-ferencia de Inglaterra, los señores tenían poco incentivo para aumentar la explotación de la reserva, …" [MacKAY, Angus, 1995, *La España de la Edad Media. Desde la frontera hasta el imperio. 1000-1500*, Madrid, Cátedra, pp. 83-84]

-

CAPITULO VII: Tristísima relación del fin y muerte de Don Diego López de Puelles, señor de Autol, y de su mujer Doña Beatriz Ponce de León, sacado y copiado a la letra de la Crónica de Salazar de Mendoza, y continuación de la historia de la Casa de Autol hasta nuestros días

"*En este año de 1445 medió en la Rioja una desgracia de perni-ciosas consecuencias. Porque pretendiendo la ciudad de Calahorra tener algún derecho a la villa de Autol, que poseía Diego López de Puelles en fuerza de la donación del rey Don Enrique II a Pedro Giménez de Arnedo, su vasallo y guarda de su cuerpo, en el real sobre Toledo a 24 de Marzo de 1369, hovieron modo los ciudadanos de conocer por la fidelidad de Pedro de Caseta, Diego de Morilla y Rodrigo de Arnedo, criados de Diego López de Puelles, los cuales el 13 de Agosto de 1445, estando este caballero con Doña Beatriz Ponce de León, su señora mujer, en la cama, les quitaron infelizmente las vidas y ocuparon la for-taleza de aquella villa y la de Davalillo, que era del mismo Diego López de Puelles. A las primeras noticias que tuvo nuestro Adelantado (Don Diego Gómez Manrique, Conde de Triviño y Adelantado Mayor del Reino de León por Don Juan II), cundió con sus tropas, sitió la fortaleza de Autol, la combatió con grande ardor, y después de 30 días de una profunda resistencia, la rindió e livró dar muerte infame a sus agresores. Pero no contentándose con cumplir así la obligación de su nacimiento, quiso que su piedad tuviese también ejercicio en aquel accidente, y haciéndose nombrar tutor de Sancho, Pedro, Diego, Doña María y Doña Isabel de Puelles, hijos legítimos de los difuntos señores de Autol, cuidó de sus crianzas y conservación de sus bienes todo lo que duró su vida, y al fin de ella los dejó encargados al Conde Don Pedro Manrique, su hijo, que también tuvo la tutoría de algunos de aquellos caballeros*"[39].

---

[39] *Historia de la Casa de Lara*, escrito por Salazar de Mendoza, capítulo 81 y 82. 'Crónica del reinado de D. Juan II y subsiguientes'. [*Nota del autor*] Ni el predominio social ni el *status* jurídico privilegiado de la nobleza como grupo dirigente sufrieron alteraciones sustanciales con motivo de la crisis económica de la Baja Edad Media, consecuencia más o menos directa de la Peste Negra, pero sus bases financieras y su capacidad política se transformaron a lo largo de la misma con resultados muy diferentes para unos y otros nobles. Hubo, en general, un proceso de empobrecimiento de la pequeña nobleza que en ocasiones, como en el caso castellano, fue compensado por el ascenso a los rangos aristocráticos de caballeros de las ciudades, o por la entrada al servicio de la Corona o de personajes de la alta nobleza. No faltaron casos de caballeros-bandidos o de comisión de abusos –son las *malfetrías* de Castilla- como remedio individual y transitorio contra una ruina casi inevitable. A las causas de inestabilidad social anteriormente enumeradas habría que añadir los conflictos producidos por el enfrentamiento campo-ciudad, dentro de los cuales creemos deben ubicarse los luctuosos sucesos que aquí se nos narran. [LADERO QUESADA, op. cit., pg. 753 ; ibid., pp. 791 ss.]

-

-

Hasta aquí llega la crónica ; pálido y descolorido será todo lo que se refiera después de ella para probar cuán efímera es la dicha sobre la Tierra, cuán fugaces y deleznables son los goces del mundo. ¡Cuán ajenos se encontraban en sus lechos de que iban a empaparlos con su propia sangre, confundida y derramada por aleves servidores! Unos criados colmados de beneficios asesinan dormidos a sus señores, arrojando sus calientes cuerpos por los muros altísimos de su castillo al hondo precipicio de la Conejera, perdonando sus viles puñales a los cinco tiernos infantes, estremecidos de horror y salpicados con la noble sangre de sus padres, en gracia a su tierna edad y de hallarse completamente inofensivos, en los cuales hubieron de hacer tan fuerte impresión las terribles escenas de aquella noche de asesinatos, que el más pequeño, Diego, siguió a su tutor, el noble Conde de Treviño, a su castillo de este nombre junto a Miranda de Ebro jurando no volver más a aquel castillo lúgubre y sangriento que veía siempre salpicado con la hirviente y generosa sangre de sus padres[40]. He aquí el origen y motivo de la traslación de la rama de Diego de Puelles Ponce, única que ya subsiste en el territorio de Miranda, para ser la cabeza de la estirpe actual.

Don Sancho Puelles Ponce de León, cuarto señor de Autol después del asesinato de sus padres, rigió este estado desde el año de la catástrofe, en que fue puesto en posesión de sus villas por el Adelantado de León, de quien quedó pupilo hasta el [*año*] de 1460, en que murió soltero, sucediéndole su hermano Don Pedro, quinto señor de Autol y Davalillo, casado con Doña Catalina de Torres, teniendo por hijo único y heredero de sus señoríos a Don Diego de Puelles y Torres, sexto señor de Autol en 1480. Este casó en primeras nupcias con Doña Brianda de Luna, de quien tuvo por hija a Doña Catalina de Luna, casada con García Sáinz de Alfaro, vecino de Alfaro y tronco de una noble familia por su hija única Doña Isabel de Zúñiga, que casó con Don Pedro Díaz de la Mota, del linaje y esclarecida casa de la Mota, que siguió dando en la Rioja varones eminentes en dignidad. De su segunda mujer, Doña María de Velasco de la casa alavesa de este estimado y antiguo apellido, entroncada con la de los Condestables de Castilla, hubo a Don Francisco de Puelles y Velasco, que le sucedió.

---

[40] Este Diego, según se ha visto [vid. supra], era *lactante* a la sazón. Difícilmente podía haber hecho ningún juramento, a no ser que lo hiciese con posterioridad a los hechos narrados.

-

Don Diego elevó en su iglesia señorial de San Adrián, en la capilla de Santiago, un monumento expiatorio del crimen de sus criados que atestiguaría a las generaciones venideras el trágico fin de sus abuelos, construyendo en ella los sepulcros de sus progenitores y descendientes, cuya capilla fúnebre, ornada de escudos de armas de su linaje, que es el león rojo rampante en campo de plata, orlado con las aspas de San Andrés en campo rojo, que fue la divisa y aumento que pusieron a sus armas todos los conquistadores de Baeza, incluso los Haros y los infantes hijos de San Fernando, que las mandó poner en adelante en el escudo nacional, donde subsisten en memoria de aquel suceso. Esta hermosa y decorada capilla se conservó para sepulcro de los Puelles hasta esta última época, en que desaparecieron los derechos feudales, y el historiador y sabio genealogista Luis Argote de Molina, autor del mencionado 'Nobiliario de Andalucía', la visitó en sus viajes científicos a mediados del siglo XVI, trabando gran amistad con los señores de Autol al hospedarse en su villa. Tuvo este señor, muerto en la época de los Reyes Católicos, de su segúnda mujer al dicho Don Francisco de Puelles y Velasco, que le sucedió en 1502 y fue el séptimo señor de Autol, que casó con Doña Leonor de Castejón, de la más rancia nobleza, y tuvieron por hijos a Don Diego de Puelles Castejón, su primogénito y sucesor, y a Doña Juana, casada con el caballero Rodrigo de Yanguas, tronco de otra casa ilustre, de Yanguas Puelles, que así como la de Mota Puelles, disputaron los derechos al señorío a la extinción de la rama de varón.

Murió Don Francisco de Puelles Velasco en 1560 después de haber sostenido algunos pleitos con la villa de su señorío sobre la reversión de algunos derechos, y le sucedió Don Diego de Puelles Castejón, octavo señor de Autol, que había casado con Doña Catalina de Vera, condesa de Fuentes, y por muerte sin sucesión de éste pasó el señorío de las villas a su segundo hermano, Don Pedro, décimo señor de ellas por los años de 1602. Y habiendo muerto este último señor sin descendencia, pasaron sus estados en 1614 a su hermana Doña Margarita de Puelles González, un décima señora de Autol, casada con el señor de Villagómez, Consejero de Hacienda, y madre de Don Juan de Villagómez Puelles, de éste, a Doña Casilda Villagómez de Puelles, casada con Don Francisco Guillán del Aguila, Marqués de la Lapilla, y a su hija Doña Baltasara Guillán Fonseca y Puelles, Marquesa de la Lapilla, que murió a mediados del siglo pasado, última señora de la rama de Doña Margarita de Puelles, de quien fue biznieta.

-

-

Muerta esta señora hubo grandes y ruidosos pleitos por la herencia y señorío entre los Mota Puelles, los Yanguas Puelles, el Fiscal del Consejo y la descendencia de Doña María de Puelles González, hermana de los últimos señores de este apellido, casada con Don Carlos de Liédena, del Concejo de Navarra, que había dejado de su primer matrimonio con una Larrastana a Doña Catalina de Liédena, y del de Doña María de Puelles González a Doña María de Liédena Puelles, que casó con su sobrino, hijo de su hermana Doña Catalina de Liédena Larrastana, llamado Don Caros Velasco de Medrano Liédena Larrastana, Vizconde de Azpa, hijo de la Liédena Larrastana, y del matrimonio de Velaz de Medrano Liédena Larrastana con la Liédana Puelles nació Don Alonso Velaz de Medrano y Liédena Puelles, Vizconde de Azpa, marqués de Fontellas y quinceavo señor de Autol, que casó con Doña María de Riperda Liédena y Puelles, de quien procede el actual Vizconde de Azpa y Marqués de Fontellas, decimosexto señor de Autol y Davalillo[41]. Este señor, Marqués de Fontellas, reside en la villa de este nombre junto a Tudela, distante una legua, donde tiene su palacio y una extención de territorio de media legua cuadrada abundante en pastos, con una población de 200 almas: el marquesado de Fontellas, de los Velaz de Medrano, anteriormente señorío de los Pérez de Meneses.

Y de este modo el señorío de Autol, dado a Pedro Giménez de Arnedo en 1369, ha pasado en el espacio de cinco siglos que se van a cumplir por cuatro familias señoriales, estando en los Giménes de Arnedo poco más de medio siglo y dándole dos señores, en la de los Puelles dos siglos largos, dándole nueve, en los Villagómez Guillán Puelles, marqueses de la Lapilla, descendientes de aquella Doña Margarita, otro siglo y medio dándole cinco, y en los Velaz Medrano Liédena Puelles, descendientes de Doña María, la más pequeña de las hermanas Puelles, otro siglo, hasta la fecha. Mientras tanto, la rama segunda de Diego de Puelles, el asesinado, creció fresca y numerosa, dando robustos vástagos en las tierras de Miranda de Ebro, adonde se fue su progenitor, pupilo del célebre Gómez Manrique, el Adelantado de León y Conde de Treviño, quedando rica en historia y blasones, pero pobre y modesta en bienes de fortuna. Pero antes de ocuparnos de esta numerosa

[41] D. José Velaz de Riperda (o ‘Ripalda’), decimosexto señor de Autol, tuvo un hijo que casó con Dª Antonia de Gante, señora de Fontellas y fueron los decimoséptimos señores de Autol, naciendo de este matrimonio D. José Joaquín Velaz de Riperda y Gante, decimoctavo señor de Autol, nombrado primer Marqués de Fontellas el 1 de Abril de 1793. [*A partir de aquí se lee muy mal* ; nota del autor]

-

estirpe, descendiente del infortunado Don Diego, hablaremos de un célebre hermano suyo que dejó en nuestra historia nacional una huella gloriosa y que el sabio historiador y cronista Diego de Zúñiga, en sus ‘Anales de Aragón’, califica de uno de los más célebres capitanes de su época y el más leal adalid de los reyes de Aragón y Sicilia, en cuyo servicio estuvo y murió.

-

-

CAPITULO VIII: Hazañas de Juan de Puelles, defensor de Torrijos, episodio de las guerras de Aragón. Muerte del mismo en la batalla de Gironella

Sabido es por demás que el célebre infante de Castilla Don Fernando de Antequera, regente que fue de su sobrino Enrique III por la temprana muerte de Don Juan I, pasó a reinar en los estados de Aragón por elección y preferencia que dieron a sus méritos y virtudes en el célebre Compromiso de Caspe, que presidió San Vicente Ferrer[42]. Fue este gran rey tan modesto y valeroso, que la historia ha dejado consignadas estas dos singulares prendas con la renuncia que hizo al Trono de Castilla a la muerte de su hermano y con la toma de Antequera, tan celebrada que le dio su esclarecido nombre. Por eso los ricos-hombres de Aragón y los pueblos de esos reinos, dirigidos por un santo modesto y sabio también, le ofrecieron la Corona a la muerte de su último monarca de la familia de los Berengueres y Ramírez, Don Martín el Humano ; entraron así a reinar en los dos más poderosos y ricos Estados de la Península dos nietos de Enrique de Trastámara, el dadivoso, y descendientes en línea directa de un rey sabio, que lo fue de otro santo.

Con el motivo de pasar el infante de castilla a ocupar el Trono de Aragón le siguieron muchos guerreros y hombres hábiles al servicio de Don Fernando, y se hizo costumbre y moda en aquella época el servir indistintamente los castellanos a ambos monarcas de la estirpe de sus reyes, pues la mayor parte del tiempo residían los infantes de Aragón, hijos del de Antequera, en la Corte de castilla, donde tenían sus parientes y ricos feudos ; así es y se explica que el joven Don Juan de Puelles, hermano del primer señor de su apellido en Autol, pasase al servicio de los infantes de Aragón, dejando desde muy jo-ven

[42] La muerte sin descendencia, en 1410, de Martín I el Humano, rey de Aragón, dio lugar al *Compromiso de Caspe*. La corona aragonesa fue a parar entonces, efectivamente, a manos de Fernando I de Antequera (de la casa de Trastámara), lo cual dio la supremacía a Aragón sobre Cataluña, y, a través de sus dos hijos, Alfonso V el Magnánimo (IV de Cataluña), a quien se debe la conquista de Nápoles, y Juan II (rey de Navarra con el nombre de Juan I), a Fernando II de Aragón, cuya boda con Isabel I de Castilla realizó la unidad nacional, completada en 1512 por la anexión definitiva de Navarra. No pudo lograrse por entonces, como es sabido, la anexión de Portugal. [*Enciclopedia Temática Argos Vergara: Historia Universal II* CD-Rom]. San Vicente Ferrer (1350-1419), religioso y teólogo, tuvo gran influencia en el destino de la corona de Aragón y en el desarrollo del cisma de Aviñón, por su defensa del papa Clemente VII frente al romano Urbano VI, a quien en no pocos tratados de su época consideraban como político ante todo. Fue consejero de numerosos monarcas y era respetada, y hasta temida, la influencia de sus sermones en las masas. Se le consideraba en posesión del llamado ‘don de lenguas’, puesto que en sus deposiciones empleaba la variante del catalán valenciano vulgar y era entendido por grandes masas de oyentes. [*Encarta ’98* CD-Rom]

-

el solar de Davalillo y entrando, como secundón ávido de medios fortuna [*que era*], de escudero y paje de los dichos infantes tan celebrados en las crónicas y romances de aquel tiempo, llegó a tanta la confianza que en su valor y fidelidad hicieron, que al reti-rarse hacia Aragón en sus continuas contiendas con Don Juan II, su primo, dejaron con-fiada la villa y castillo de Torrijos [*Torija*] a su fiel riojano, el cual, con 400 peones esca-sos, hizo una resistencia tan vigorosa y desesperada de ella, que se prolongó por más de un año, dando tiempo a sus príncipes para que lo socorrieran.

Tuvo a tres ejércitos [*dos en realidad*] circundando el real: el del Arzobispo de Toledo, Don Alvaro del Castillo, más aficionado al casco que a la mitra como todos los de su tiempo, y el de Don Iñigo López de Mendoza con sus mesnadas, dando por resultado el que, no pudiendo socorrerle los infantes, le ordenaron que evacuara la desmantelada plaza, y entonces, y en virtud de una defensa tan heroica y proverbial en aquel tiempo, le concedieron los sitiadores el que saliese el bravo caudillo y toda su guarnición con los honores de la guerra de atravesar el campo enemigo y retirarse a Aragón. Después de este hecho famoso siguió en la corte y en las campañas a sus príncipes, logrando el gran adalid captarse los favores de Alfonso V, que casó en este tiempo con su sobrina María, hija del rey de Castilla.

Muerto este monarca a la edad de 37 años, le sucedió el revoltoso infante Don Juan, segundo de su nombre en Aragón, que tantas revueltas había ocasionado en Castilla y que había casado por primera vez con Doña Blanca de Navarra, y siendo rey de ese Estado vino a suceder a su hermano en sus extensos dominio, imperio que, como es sabido, abarcaba los tres reinos orientales de la Península, las Baleares y Cerdeña, Sicilia y Nápoles. [*Estos dominios*] se iban a engrosar muy pronto con otros tantos florones, pues su última reina, Juana II, había nombrado al rey Alfonso de Aragón sucesor suyo. En esta situación, pues, nuestro pariente, siguiendo la suerte de sus príncipes bajo el estandarte de las barras de Aragón, continuó ocupando un gran puesto en el ejército, y cuando éste, en sus excursiones, pasó a Italia, quedó al lado de la reina consorte y del príncipe Don Fernando, que habría de hacerse tan célebre después como marido de Isabel la Católica. Bien necesitaba esta varonil señora de la ayuda de sus más fieles vasallos, pues la altiva Cataluña se había rebelado ante la muerte del príncipe primogénito, el desgraciado Carlos

-

-

de Viana[43], y en odio a su padre, a quien suponía autor de ella, nombrando rey suyo, después de otros, a Juan, Duque de Lorena, que acudió con sus vasallos a sostener una cruda guerra por las montañas del Principado.

Pero la célebre reina Doña Juana Enríquez de Castilla, revirtiéndose del valor de su guerrera estirpe, les salió al encuentro, y llevando a su lado al tierno infante Don Fernando, atacó a los revoltosos y extranjeros, venciéndolos en Gironella, cerca de Gerona, en la célebre batalla de este nombre en 1467, combate en el que se vio comprometida la vida de la reina y del príncipe, que sólo se pudieron salvar de caer prisioneros sacrificandose a su lado sus mejores caballeros y servidores, que le formaron un muro con sus cuerpos[44]. Allí fue donde nuestro héroe sucumbió y vertió toda su sangre pagando las deudas de gratitud que a la real familia debía. Allí pereció el ínclito riojano a los 60 años de su vida, dedicada toda a la gloria, pudiendo decir, como el gran Almanzor en el mismo trance, que cubriesen su cuerpo con el polvo que había recogido en cincuenta batallas. Cúpole la gloria de dejar su nombre imperecedero en la historia, mientras se nombre a Torrijos y a Gironella, teatros de sus triunfos.

---

[43] Carlos, príncipe de Viana (1421-1461), reinó en Navarra con el nombre de Carlos IV. Aunque había nombrado al futuro Juan II (su padre en realidad) lugarteniente suyo, éste asumió todo el poder a partir de 1444, por lo que en 1448 Carlos huyó de Navarra y se alió con Juan II de Castilla y su condestable, don Alvaro de Luna, en contra del usurpador, cayendo prisionero en la batalla de Aybar (1451). En 1455 su padre le desheredó y nombró como sucesora a la hermana de Carlos, Leonor. Tras su puesta en libertad, residió en Francia y en Sicilia y posteriormente se dirigió a la costa catalana. Fue detenido en Lérida (1460). Sin embargo, nuevas revueltas en Cataluña obligaron a Juan II a reconocer el derecho sucesorio de su hijo en 1461. Carlos de Viana murió ese mismo año, probablemente envenenado, lo que motivó una sublevación de los catalanes y la reanudación de la guerra civil en Navarra. [*Encarta ’98* CD-Rom]

[44] Puede verse todo lo concerniente a este acontecimiento en los *Anales de Aragón*, de Gerónimo Zurita. [*Nota del autor*]

-

CAPITULO IX: Historia de la rama de Diego de Puelles Ponce de León, pupilo del Conde de Triviño, y establecimiento de su descendencia en los estados de éste y en Miranda de Ebro. Situación de esta familia hasta principios del siglo XVI en Irzio. Principio de la Guerra de las Comunidades

Hemos visto anteriormente cómo dejó encomendado el noble Conde de Treviño a su hijo Don Pedro Gómez Manrique, su sucesor en sus ricos estados, la descendencia de Diego López de Puelles, y cumpliendo el hijo religiosamente la voluntad de su padre, no satisfecho con velar y dejar una crecida guarnición de soldados a los tiernos huérfanos puestos a su guarda en las villas de su señorío, se había llevado consigo y a su castillo de Triviño al más pequeño, Don Diego, que apenas contaba cinco años cuando la terrible catástrofe[45] y que a la muerte del viejo Conde, su tutor, rayaba en la adolescencia. Amigo irreparable y paje de su ilustre protector, le siguió a todas partes y fue uno de los que formaron la escolta del Príncipe Fernando de Aragón cuando vino éste de incógnito a ver a su prima y prometida la Infanta Isabel de Castilla, hospedándose en Haro[46] en los dominios del Conde. En este pueblo y en el de Triviño, cabeza del Condado, creció nuestro huérfano a la sombra y bajo la protección paternal de su tutor, habiendo queda-do tan grandemente grabada en su mente la escena de sangre que presenció desde su cuna, que juró no volver más al castillo y villas de sus hermanos ; veía deslizarse el sagrado Ebro apacible por delante de su morada y esto le bastaba como buen riojano para satisfacerle, cuidando sólo de que las corrientes mansas del río llevasen a su país natal, que en su curso había de bañar los recuerdos y ósculos de amor para sus hermanitos. Así se deslizaba su vida placentera, y el Conde Don Pedro, que lo vio tan decidido a no separarse más de su lado, lo casó con una parienta suya llamada Doña María Núñez de Lara, que tenía sus posesiones en las tierras de Miranda.

Este fue, pues, el tronco de donde se derivan los Puelles castellanos, y ésta la causa por la que se establecieron para siempre en ese país sin volver más a la comarca de Autol. En Miranda de Ebro murió no de mucha edad nuestro progenitor Don Diego de Puelles Ponce de León, dejando, entre otros hijos de que no tenemos noticia, a su primogénito

---

[45] No era, por tanto, un 'lactante', como se asevera más arriba.
[46] Nota al pie ilegible. La letra parece distinta de la de Manuel Mª de Puelles.

-

-

Don Alonso de Puelles Núñez de Lara, que se estableció en los últimos años del siglo XV y después de haber seguido a los Reyes Católicos a la toma de Granada, último baluarte de los árabes en España, no ya bajo el pendón de su pariente el de Treviño, cuya casa se había extinguido en este tiempo, pasando el hermoso condado con sus hijares al domi-nio del Duque de Nájera, también de la casa de Lara, aunque de rama diferente. Extingui-da esta ilustre casa, quedaron sin tutelar sombra que deudos y clientes, y ya en adelante no se cuidó cada cual más que de lo que tenía por sí o sus mayores.

Las costumbres guerreras de los siglos medios habían concluido, y los caballeros de mesnadas y de pendón y caldera no debían acaudillar en adelante sus vasallos sostenidos por sus señores, sino que los pendones de las comunidades o Concejos y Ciudades habían de llenar el ejército, y el hueco que ocupaban antes los escuderos y ballesteros señoriales de los castillos. Tropas de aventureros mercenarios poblaban los reales e iban a formar en adelante los núcleos y cuadros de los famosos Tercios castellanos del Gran Capitán, de Pedro Navarro y de Hernán Cortés[47].

Desde esta época, pues, los nobles se apartaron un tanto de la milicia, porque era llegado el tiempo en que era preciso, más que ser de antigua casa, saber obedecer y sujetarse a una nueva y rigurosa disciplina. Así es que convencidos de la revolución y trastorno que se iba obrando, los hidalgos, que tenían lo que se llamaba entonces sus ‘terrones’, se retiraron a ellos, y sólo los muy pobres y segúndones se lanzaban por el mundo. En este tiempo, pues, Don Alvaro de Puelles, casado con Doña Sancha Hurtado, natural de Irzio, lugar a media legua de Miranda, se retiró a él y se dedicó al cuidado de sus grandes haciendas, viñas, huertos y labranzas heredados unos de su mujer y otros de su madre, donde educaba y criaba a sus hijos en los últimos años del reinado de Fernando y de la

[47] La campaña granadina, que se mostró ciertamente dificultosa, comenzó en 1482 y dejó exhaustas las finanzas castellanas. Aunque algunos aspectos de la misma fueron, desde luego, medievales (como, por ejemplo, el orden de batalla), otros fueron innovadores. Isabel se interesó de manera personal por el modo en que se conducía la guerra, y al parecer fue responsable directamente de la mejora en los suministros y del establecimiento de un hospital militar. Por otra parte, el cardenal Cisneros, confesor y consejero de la reina, contribuyó decisivamente en la creación de una milicia activa, llamada ‘gente de ordenanza’ (los cuerpos disciplinados a que se refiere Manuel Mª de Puelles) y por la reorganización de ‘los lansquenetes’ alemanes. A su vez, fomentó la artillería y no descuidó la marina, sobre todo en lo referente a construcción naval. [Britannica CD-Rom]

-

regencia del gran Cardenal Giménez de Cisneros[48]. En estos años entró a reinar el célebre Emperador Carlos V, criado y detenido en los países Bajos y Flandes, herencia de su bisabuelo, el memorable Carlos el Temerario[49], y principiaron las causas que ocasionaron más tarde la Guerra de las Comunidades[50]. Los briosos castellanos, celosos de sus fueros y libertades, rechazaban con altivez y miraban de reojo la dominación y las exacciones de los favoritos y gobernadores flamencos, que el Emperador de allí los enviaba, y empe-zó la Liga Santa de los Pueblos que tantos desastres ocasionó al reino y en particular a algunas familias.

Nuestros abuelos, acudiendo a donde les llamaba su honor, tomaron partido por la causa nacional, y al perderse ésta en Villalar y Toledo, supieron los reveses y secuestros que cupieron a los revueltos, salvando por fortuna sus cabezas del hacha que segó las de Padilla, Maldonado, Bravo, Barahona y Acuña. Casi todos los bienes de Irzio y de Miranda quedaron confiscados, y los dos hijos de Don Alonso de Puelles el rico, que tomaron como jóvenes partido en la Santa Guerra, como entonces se llamaba, tuvieron que ocultarse y su pingüe patrimonio desapareció. El mayor, Francisco, corriendo grandes riesgos, quedó a la vista de su anciano padre reducido a la indigencia en un [*abrir y*] cerrar de ojos, y el segundo, Pedro, después de vagar por extraños países después de muchos años, volvió

[48] El cardenal Francisco Jiménez de Cisneros (1436-1517) no alcanzó verdadero renombre hasta que fue llamado a su lado por Isabel la Católica, la cual lo nombró arzobispo de Toledo en 1495, puesto desde el Isabel y designado como miembro de la Regencia provisional nombrada a la muerte de Felipe I el Hermoso en 1506. Entonces y desde su cargo político privilegiado, fue uno de los artífices de la vuelta, en 1507, de Fernando el Católico como rey de Castilla. En 1516 Fernando el Católico le nombró en su testamento regente y gobernador hasta la llegada a España de su nieto Carlos de Gante -futuro rey Carlos I y emperador Carlos V. Según la historiografía, éste fue uno de los momentos más brillantes de la vida pública del ilustre, y por entonces octogenario, cardenal. Cisneros, quien aplacó con habilidad algunos conatos de revuelta protagonizados por la nobleza castellana y por el partido flamenco contra el futuro emperador, manteniendo un frágil equilibrio entre los partidarios de Juana la Loca y los que apoyaban a la facción del infante Fernando de Austria. [*Encarta '98* CD-Rom] cual trató de corregir las desviadas costumbres del clero secular. Tras diversas y destacadas actuaciones políticas, recibió el capelo cardenalicio en 1507 a instancias de Fernando el Católico, siendo asimismo nombrado inquisidor general en esa misma fecha. Desde su primado fue albacea testamentario de la reina

[49] Ultimo Duque de Borgoña (1433-1477). Quiso hacer de esta región un reino independiente, por lo que sostuvo continuas luchas contra el rey de Francia Luis XI y contra otras naciones vecinas. Fue derrotado y muerto en Nancy, y Borgoña fue anexionada por Francia. [*Enciclopedia Interactiva Santillana* CD-Rom]

[50] Levantamiento de las ciudades castellanas contra la política de Carlos I en 1520. Las causas inmediatas fueron el reparto de cargos a extranjeros y la aprobación de nuevos impuestos, que dañaban los intereses de la burguesía urbana. La sublevación se inició en Toledo y a ella se unieron Segovia, Madrid, Zamora, Burgos y León, entre otras. El éxito les acompañó en los primeros meses, pero las hábiles medidas políticas que tomó Carlos I desde Alemania y la confusión entre sus propias filas debilitaron su situación. La batalla decisiva tuvo lugar en Villalar (Valladolid) y concluyó con victoria real. Al día siguiente fueron decapitados Juan Bravo, Juan de Padilla y Francisco Maldonado, dirigentes de la sublevación. [*ibid.*]

-

-

al fin de peregrino vestido a su casa para poder abrazar a su octogenario padre Don Alonso de Puelles Núñez de Lara, que murió en Irzio en brazos de sus dos hijos, dejando-les por todos bienes su bendición, su antiguo apellido y su honra inmaculada y probada por grandes infortunios.

-

CAPITULO X: Ojeada sobre la Guerra de las Comunidades. Padecimientos de los que tomaron parte en ella. Aventuras de Pedro de Puelles, comunero decidido y uno de los conquistadores del Perú. Del sangriento fin de Padilla y principales jefes de ella

Mas es conveniente y se nos hace preciso volver atrás para encadenar y ligar ciertos sucesos referentes a los hijos del Puelles Núñez, que fueron arrastra-dos y envueltos en el torbellino que se llevó tras de sí a aquella briosa generación que empezó con el siglo XVI. Era el año de gracia de 1520 y residía Don Alonso de Puelles en el lugar de Irzio, junto a Miranda, al cuidado de sus haciendas y gran caudal ayudado de sus hijos Francisco y Pedro, lejos del tumulto de las ciudades y de los peligros y acechanzas de los castillos. Los dos jóvenes finaban ya en los umbrales de la juventud, en esa edad tan animosa y exaltada en que todo se mira con el prisma dorado de la ambición y de la gloria. Soñaban en los combates y los riesgos, en vez de ocuparse en el fomento de sus haciendas y del rico patrimonio de su anciano padre. Agitada ya Castilla y la mayor parte de la nobleza por la causa de la Santa Junta que defendía sus fueros y privilegios vulnerados por los flamencos, que con descaro sin igual arrebataban el oro y las riquezas que empezaban a manar del Nuevo Mundo, señalándose en particular por sus depredaciones el ministro Xebré. Oyendo cantar a voz en grito a los niños la sabida cantinela de "*Sálveos Dios, doblón de a dos, pues Monsieur Xebré no topó con vos*", que indicaba el desarreglo y latrocinio de que éramos víctimas acudieron al llamamiento que todas las ciudades y concejos hicieron a los vecinos y nobles[51].

La villa de Miranda no fue la última en encaminar sus hijos con sus pendones en defensa de las libertades públicas[52] y de una causa general y justa en que todas las ciuda-

[51] La chispa que al parecer desencadenó el conflicto de las Comunidades fue la presión ejercida por las Cortes de Santiago y La Coruña, a instancias de los consejeros flamencos de Carlos I, para que los procuradores de las ciudades concediesen elevados subsidios. Las 'comunidades' urbanas tuvieron gran importancia en la Baja Edad Media, tanto en Castilla como en Aragón. Tuvieron su origen en la repoblación de los territorios reconquistados a los musulmanes, y sobre todo en el caso castellano se consolidaron por el hecho de tener una zona de pastos común. La concesión de fueros, cartas puebla y privilegios de villazgo a ciertos núcleos dependientes de la capital dio lugar, ya en la Edad Moderna, a la disgregación gradual de dicha tierra común, causando un descontento más o menos generalizado que desembocó a la larga en el mencionado conflicto. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 178]

[52] Más que de 'libertades públicas' podría hablarse en este caso de *privilegios privados*, que era lo que en realidad reivindicaban las ciudades sublevadas. En este momento –principios del siglo XVI- estamos aún muy lejos de la consigna de "*libertad, igualdad, fraternidad*" tremolada por los revolucionarios liberales de tres siglos más tarde. La Guerra de las Comunidades no fue en realidad más que una más de las muchas

-

-
des tomaron parte, poniéndose al frente de ella la misma reina madre, verdadera heredera de la monarquía, que residía aletargada en Tordesillas desde la muerte de su sentido esposo. La grandeza del reino y los concejos mandaron sus procuradores a esta villa, donde se instaló la Suprema Junta al lado de la soberana, custodiadas ambas por lúcidos escuadrones de clérigos esforzados, mandados por el célebre obispo de Zamora, Don Antonio de Acuña, y donde con el Sello Real y el pendón morado de Castilla que entregó el cardenal Adriano desde Burgos parecía residir el verdadero y supremo Gobierno.

Tan creídos estaban todos de ser así, que la Regencia nombrada por el Emperador desde Flandes, compuesta de un cardenal, del Condestable Don Iñigo de Velasco y del Gran Almirante de Castilla Don Fadrique Enríquez, que habían estado hasta allí con los insurrectos y que sólo halagados por el supremo poder que Carlos V les diera habían podido volver cara a la causa nacional, encerrados en la fortaleza de Simancas con una escasa guarnición no acertaban a contrarrestar la 'insurrección general y santa', como se llamaba, después de las crueles hazañas de Fonseca y del célebre Alcalde Rodrigo Ronquillo, incendiando Medina del Campo porque se negó a entregar la artillería para destruir Segovia, y de los asesinatos y despojos cometidos por éstos hasta el punto de tener que ocultarse estos sanguinarios verdugos y embarcarse para Flandes huyendo de las horcas que todas las ciudades habían alzado en sus plazas para cuando fueran habidos. El incendio de Medina con las bombas alquitranadas de Fonseca y Ronquillo, y aún más que esto los ayes de dolor y patriotismo que levantaron sus bravos habitantes sobre sus ruinas en su sentida carta a los de Burgos, avivó de tal modo el fuego patriótico de los corazones que no se oyó más que un grito en toda España: [*el*] de indignación y de rabia contra los tira-nos y sus secuaces.

Lo más florido de la nobleza, los hombres encanecidos en las ciencias, los prelados, los eclesiásticos y los monjes, todos a una desnudaron los aceros y juraron imitar el heroísmo de Medina y perecer sobre los escombros de sus ciudades antes que acceder al quebrantamiento de sus fueros y libertades. Millares de jefes de la más esclarecida nobleza se brindaron a mandar y a obedecer, y la Santa Junta, en tan gloriosa rivalidad, desai-

---

revueltas nobiliarias contra el fortalecimiento de la monarquía que se venían sucediendo en toda Europa desde hacía varios siglos.

-

rando a Padilla, Garcilaso de la Vega y Bravo, que se habían dado a conocer, eligió por general a Don Pedro Girón, de la casa de los Condes de Ureña y que se mostraba por el más entusiasta patriota. En mala hora y con funesta estrella se hizo el dicho nombramiento, pues fue origen de divisiones y disgustos, y esto principió a formar una sorda y tenebrosa trama de alevosía y traición que hacía que tomando el mando del ejército comunero, lo desviara de los lugares del combate, como sucedió en Riviero, único refugio, con Simancas, de los Regentes, que no oponían resistencia ; [*sin embargo*] Girón se retiró a Villabrajima. Los imperiales, aunque desalentados y creyéndose derrotados, atacaron a su vez, en convivencia con el desleal, y sitiaron Tordesillas, que ocuparon tras una resistencia ejemplar de los escuadrones clericales, habiendo habido eclesiástico que de once disparos de arcabuz hizo once víctimas, mientras que el fementido Girón, arma en brazo, no se movía en su defensa, estando a una jornada corta del lugar del combate.

La reina cayó en poder de los realistas, y la Junta tuvo que refugiarse en Valladolid, que se levantó como un solo hombre en defensa de la santa causa en peligro. Largo y difuso sería seguir todos los combates que en esta memorable época se libraban entre los encarnizados bandos, pero resumiendo diremos que después de dos años de correrías en que quedaron los campos por sembrar, despobladas las aldeas a causa del bandolerismo, desiertos los caminos donde desnudaban y asesinaban a los caminantes, vendidos los comuneros por sus jefes y por parte de la nobleza que los iba abandonando, minados los campamentos y las ciudades por espías que con hábitos de fraile se introducían so color de predicar la paz, como puede verse en las historias de su tiempo. Se encontraba en vísperas de perderse una santa y noble causa. Puesto de nuevo al frente el bravo Juan de Padilla con sus tenientes, y el más decidido el obispo Acuña, libró un combate en Torrelobatón apoderándose del lugar y otro en Ampudia, cuyo castillo arrasó devolviendo la villa al Conde de Salvatierra, su antiguo dueño y que seguía con sus alaveses y riojanos los pendones de la comunidad. En estos fuertes combates tronaba el célebre cañón del cardenal Jiménez de Cisneros, a quien los comuneros llamaban San Francisco y a cuyo romo eco exclamaban éstos alborozados: “*¡Guárdate de los estornudos de San Francisco!*”

Después de esto la Regencia entro en tratos con el caudillo Padilla con el fin de adormecerle sobre sus laureles y acabarlo de minar el terreno falseado de antemano. Así fue que al romperse la tregua si vio éste en la triste necesidad de librar la batalla de Villa-

-

-
lar, en que su numeroso ejército, tocando la cruz roja de las comunidades por la blanca de los imperiales, tras de una desesperada resistencia de algunos, vino a caer prisionero junto con su esclarecido general, que después de matar con su lanza a Don Pedro Bazán, señor de Valduerna, al grito de "*¡Santiago y libertad!*", sufrió, después de rendido y heri-do, la villana ofensa de herirle la cara el indigno Juan de Ulloa[53]. En la dicha población de Villalar fue decapitado este célebre adalid con los bravos caudillos de Salamanca y de Segovia, Maldonado y Bravo, vanagloríandose aquel en la carrera del patíbulo de su heroica muerte, mientras el héroe cristiano los exortaba a una cristiana resignación. Conocida es en la historia la triste carta que escribió en su último día a su digna mujer Doña María de Pacheco, del ilustre linaje de los Tendillos y Villenas, que enardeció tanto a Toledo que hizo que ésta se resistiera un año entero contra todas las fuerzas coaligadas, capitulando al fin por el célebre Convenio de Sisla y retirándose a Portugal la heroica viuda, donde murió, y Acuña a Francia, a cuya entrada fue preso y conducido a Simancas, donde tras tormentos crueles que su enemigo personal Ronquillo le hubo de dar, fue ahor-cado al fin de una almena de su célebre fortaleza.

Sembrose de sal la casa-solar de los Padillas en Toledo y fueron cortadas también las cabezas de los hombres más notables del reino, confiscados los bienes de infinitas familias, teniendo que ocultarse o emigrar los hombres de más valía. Carlos V, a su vuelta de Flandes, otorgó su perdón general en Valladolid, por lo que sus sumisos cronistas le apellidaron Clementísimo y Pío, sin tener en cuenta que había diezmado antes la población varonil, que había confiscado los bienes de multitud de familias y que a más de lo justo y santo de una revolución que siempre le dirigió homenajes y le había dirigido respetuosas misivas, había sido su buena y anciana madre la que había puesto en manos de sus caudillos el pendón y el sello real, animándolos al sostenimiento de la dignidad nacional[54]. Nada se quiso tener en cuenta, y el reinado de la Casa de Austria se inauguraba

[53] El autor censura a éste, no obstante saber que más adelante casó D. Bernardo de Puelles con Dª Margarita de Ulloa, de la familia de este D. Juan y de donde desciende precisamente D. Manuel Mª de Puelles.[*Nota de mano anónima, probablemente de la misma persona a que nos hemos referido más arriba*]

[54] Para algunos -como es el caso de Manuel Mª de Puelles- la sublevación de los comuneros fue realmente un movimiento de corte nacionalista castellano que rechazaba a los extranjeros y contemplaba con terror la pérdida de sus costumbres e identidad, mientras que para otros fue el antecedente de una revuelta social. Sin embargo, más que de un movimiento políticamente consciente se trató de una revuelta confusa y carente de toda coherencia que perdió toda su fuerza al fracasar en su intento de atraer a la reina Juana a su lado. La Proclama de 1521 acabó con sus pretensiones, pues pese a lo que aquí se dice, la mayor parte de los no-bles
-

salpicado con la más noble sangre castellana, el escabel del trono vertido por verdugos tan detestables como los Ronquillos y Zumeles[55], despoblando a Valencia, revuelta también con las Germanías[56].

Después de esta digresión que nos ha sido preciso hacer al terreno histórico para explicar la decadencia de nuestro linaje de Miranda, que tanta parte le cupo en ellos, continuaré mi relato desde el punto que lo dejé, refiriendo los sucesos y raras aventuras de los dos hijos de Don Alonso de Puelles Núñez de Lara. Siguiendo la suerte de todos los jóvenes de su edad y clase, se agruparon a la sombra del Pendón Real desplegado en Tordesillas, y batallando en Torrelobatón y Ampudia, acompañaron a Padilla a Villalar. Disperso el ejército comunero en esta villa, acordaron los dos hermanos que el mayor, Francisco, acompañara a su anciano padre, a quien le aguardaban días amargos, y el Pedro, más decidido, se refugió en Toledo con parte de los caballeros segovianos que en ella se refugiaron después de la derrota, continuando su defensa con Doña María Pacheco. Siguieron los azares de este sitio, y a su conclusión logró [*Pedro*] introducirse en Portugal formando parte del séquito de la mujer de su jefe y generala póstuma de la sacrosanta causa de la nación. En Portugal se hallaba emigrado, cuando declarada la guerra a los franceses que habían invadido Navarra, cambiando de nombre y como soldado mercenario, se alistó en las fuerzas imperiales, siguiendo el curso de la campaña de Navarra y pasando después con los tercios castellanos a hacer la guerra en Italia tras el Emperador, y comandado por Antonio de Leyva y el Marqués de Pescara se halló en la batalla de Pavía, y después de varias e interminables correrías y sucesos que le acaecieron en ocho años de campaña donde conoció a los hermanos Pizarro y al célebre Francisco de Carvajal, ardiente comunero como él y a quien le había corrido la misma suerte, volvió a su país después de la celebración de la Paz de las Damas, o Tratado de Cambrésis, que puso tregua a las eternas rivalidades entre Francisco I y Carlos V.

– sostén, en teoría al menos, del levantamiento- se unieron al ejército del rey, que así pudo derrotar definitivamente a las tropas comuneras, como se sabe, el 23 de Abril de ese mismo año

[55] También la antigua familia de los Zumel enlazó con la de Puelles al casar el Corregi-dor de Palenzuela, D. Bonifacio de Puelles, con Dª Casilda Zumel de Velasco. [*Nota escrita probablemente por la misma mano que la anterior*]

[56] Se conocen por *germanías* las hermandades de gremios valencianos de principios del siglo XVI, que se enfrentaron a la nobleza en la guerra llamada de las Germanías. La motivación de este conflicto, aunque coincidente en el tiempo con el de las Comunida-des, era fundamentalmente distinto al de aquél, ya que sus partidarios no tuvieron el apoyo de la nobleza en ningún momento. [*Enciclopedia Interactiva Santillana* CD-Rom]

-

-

Reposando estaba de sus trabajos al lado de su decrépito padre en Irzio, a quien tuvo tiempo de cerrar sus amortiguados ojos y de animar a su desalentado hermano Francisco, que había quedado tan aleccionado de los reveses y contratiempos que sobre su casa habían caído, que abjurando para siempre de la carrera y azares de la milicia, había casado en la villa de Altabel –hoy Altable- con una modesta señora llamada Catalina Sanz, dedicándose por completo al cuidado de sus labranzas. Pedro, cuyos, ímpetus y há-bitos guerreros no se avenían con este género de vida, ansiaba la ocasión de lanzarse a nuevas empresas y de restituir con su espada los bienes que le habían arrebatado a su fa-milia las discordias civiles origen de sus actuales desgracias y de que él era el principal causante. Cuenta la tradición de nuestra familia que embargado con este pensamiento llo-raba sobre el sepulcro, aún removido, de su padre y consolaba a su hermano ofreciéndole volver a restaurar lo perdido con venideras proezas. Y Francisco, que se había acomodado desde más joven a su modesto estado y que empezaba a tener familia en Altabel, le disua-día de sus intentos y le aconsejaba que renunciando a sus instintos guerreros se fijase a su lado y se dedicase al cultivo, lo que fue inútil, atendida la inquietud y sed que lo devo-raba.

-

CAPITULO XI: Continuación de la vida de Pedro de Puelles. La conquista del Perú por los Pizarros ; su gobierno y bandos que ocasionaron. Desgraciada suerte que le cupo a estos conquistadores. Reflexiones sobre esta guerra y sus caudillos

En esta situación se hallaba el ánimo de Pedro de Puelles[57], cuando cundió por los ámbitos de la Península la llegada de Hernando Pizarro, que le había presentado a Carlos V la corona aplaudida de Imperio de los Incas y los trofeos del Cuzco, su capital, ganada por los hermanos suyos. Torrentes de oro y esmeraldas arrancados de sus templos y palacios inundaron el Tesoro, enriqueciendo a las familias de los osados aventureros que habían osado llevar a cabo tan gigantesca empresa. La 'Castilla de Oro' se llamaba al imperio destruido en Cajamarca, y a tan sorprendente nueva y nombre porción de nobles y soldados retirados de sus campañas corrieron a alistarse para las ulteriores conquistas de este inmenso país. Del número de éstos fue nuestro pariente, que abrazó a su hermano y creyendo se iban a ver realizados sus sueños le ofreció a su vuelta parte de los tesoros de los Incas con que pensaba rehacer su antigua fortuna y el esplendor de su casa, sueño que había de tocar los límites de la realidad si no se le hubiera atravesado de nuevo la funesta influencia de la malhadada estrella que presidió a este hombre singular, digno de mejor suerte.

---

[57] Curioso personaje este Pedro de Puelles. Un cronista dice que fue avariento, feroz y de ánimo inquieto y novelero. Era joven cuando se trasladó a Perú (1534) con Pedro de Alvarado. A poco de haber tomado servicio en dicho país americano cometió una falta de disciplina contra Belalcázar, y éste le impuso un arresto. Guardole rencor Puelles, y cuando en la batalla de Iñaquito se vio herido y prisionero Belalcázar, tuvo el hidalgo Puelles la cobardía de insultarle. En los días en que Gonzalo Pizarro marchó al descubrimiento de la Canela, dejó en Quito por su teniente de gobernador a Puelles. Este, que ejerció el mismo cargo en Puerto Viejo, probablemente en fecha anterior, fue nombrado por Vaca de Castro, después de la batalla de las Salinas, para que acabase de fundar y poblar la ciudad de León de Huanaco. Allí vivía al llegar a Lima el virrey Blasco Núñes de Vela, que lo confirmó en el cargo ; pero correspondió a dicha merced haciendo traición al virrey y uniéndose a los revoltosos capitaneados por Gonzalo Pizarro, en cuyo servicio se mostró tan celoso como inflexible. Su ayuda inclinó por completo la balanza a favor de los revolucionarios. Estuvo Puellos en toda la campaña contra Núñez de Vela, y peleó en la batalla de Iñaquito como maestre de campo de Gonzalo Pizarro. En Quito, ejerciendo su cargo de teniente gobernador, sorprendieron a Pedro de Puelles las novedades acaecidas a la arribada de Pedro de La Gasca a Tierra Firme. Envió Puelles un emisario a Gasca ofreciéndole alzar bandera por el rey si le concedían ciertas gracias. Al mismo tiempo se preparó a marchar con tropas a Guayaquil, que se había pronunciado contra la revolución ; pero la víspera de su Salida, y con pretexto de acompañarle a misa, Rodrigo de Salazar 'el Corcovado' y otros oficiales, todos leales de última hora, entraron en el cuarto de Puelles, que aún no se había levantado de la cama, y en el lecho lo mataron a puñaladas. Luego le cortaron la cabeza y la pusieron en el mismo sitio público donde él había hecho colocar antes la de virrey Blasco Núñez de Vela. Aunque murió soltero, dejó Puelles dos hijos, uno varón cuyo nombre ignoramos y una hembra llamada Eufemia. [*Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, op. cit., XVI, pp. 554-555]

-

Una mula y sus armas, con unos pocos escudos que su hermano le franqueó, fue lo que sacó Pedro de la casa paterna, y atravesando las Castillas y la Extremadura, se le apareció en Trujillo a Hernando Pizarro, que le abrazó con efusión y que en adelante había de compartir su suerte con su camarada. Acabados los preparativos de su viaje marcharon juntos a Sevilla, donde les aguardaba el célebre Francisco de Carvajal, antiguo veterano de Italia curtido y aleccionado en la escuela del gran Gonzalo[58] y de Pedro Navarro. Este viejo y sarcástico soldado, a quien denominaron despúes, por sus proezas y crueldades, 'el diablillo de los Andes', era natural de Arévalo y se había llevado toda su azarosa vida en cuarteles y campamentos. Amigos y camaradas de Italia, los tres aventureros se holgaron mucho de verse y se solazaron grandemente en Sevilla con las excentricidades y dichos picarescos de Carvajal, que más tarde habría de recordar en su célebre testamento la deuda de medio real que le había dejado a deber en esta ocasión a una bodeguera del Arenal de Sevilla. En ella se juramentaron los tres amigos a encadenar su fortuna y su suerte en adelante.

Embarcados, pues, en la gran flota, donde encontraron, entre otros aventureros y gente de todas clase, a porción de caballeros militares conocidos suyos, como Garcilaso, Alvarado, Luque, Sotelo y Valdivia, que iban a probar fortuna también tras la pasión que les devoraba a todos. Surcaron los mares y arribaron a Nombre de Dios, y atravesando el Istmo de Panamá, llegaron al Perú, emprendiendo a su llegada aquella conquista tan extraordinaria que abruma la imaginación y duda que ésta pudiera llevarse a cabo con tan pocos y reducidos elementos[59]. Un poema magnífico podría haberse escrito si hubiera ha-

[58] Se refiere a Gonzalo Fernández de Córdoba (1453-1515), apodado 'el Gran Capitán', militar español al servicio de los Reyes Católicos. Después de intervenir señaladamente en la conquista de Granada, fue requerido en 1495 enfrentarse a las tropas francesas que habían ocupado el reino de Nápoles, sobre el que Fernando de Aragón tenía aspiraciones. Tras varios éxitos que culminaron con la expulsión de los franceses, regresó a España en 1498, donde sus triunfos le valieron el sobrenombre de *Gran Capitán* y el título de duque de Santángelo. En 1500 fue enviado a Italia por segunda vez con el encargo de aplicar, por parte española, el Tratado de Chambord-Granada (1500) que implicaba el reparto del reino de Nápoles entre los Reyes Católicos y Luis XII de Francia. Desde el principio se produjeron roces entre españoles y franceses por el reparto de Nápoles, que desembocaron en la reapertura de las hostilidades. Revolucionó la técnica militar mediante la reorganización de la infantería en *coronelías* (embrión de los futuros tercios) y el empleo táctico de la artillería. [*Encarta '98* CD-Rom]

[59] Salvador de Madariaga comenta al respecto (citamos textualmente): "*Típica hazaña de aquella era. Los hombres que explotaron y conquistaron a América llevaron a cabo sus legendarias empresas con medios materiales de la mayor indigencia. Todo lo hizo su espíritu. Ya Colón había dado el ejemplo lanzándose al mar espalda a Europa con tres carabelas cuya mayor no pasaba de ciento cuarenta toneladas. Cabeza de Vaca atravesó miles de millas de tierra inexplorada a pie y con un puñado de hombres. Cortés conquistó*

bido un Homero o un Ercilla que lo cantara, con las proezas de los castellanos en las regiones de los Andes, y por ser ajeno a nuestro relato el describir aquellos portentos de osadía que están consignados en las historias, renunciamos a describir lo que otras mejores plumas han bosquejado.

Circunscribiéndonos a nuestro pariente, debo decir que al frente de la caballería, a cuya arma conservó gran apego por ser un excelente jinete, se encontró en todos los combates y luchas de la verdadera conquista, pues hasta entonces los peruanos no habían usado de sus armas. Siguiendo a sus amigos los Pizarro y en particular a Hernando y a Carvajal, a quienes tuvo siempre particular aprecio, participó en la conquista y toma de Cuzco, donde murió Hernando, en la de Quito con Belalcázar y en la triste y memorable expedición de Gonzalo al río de las Amazonas, donde sufrieron horribles padecimientos [60]. Cuando después de la conquista se dividieron los partidarios de Almagro y los de Pizarro, fiel a su antigua amistad siguió a éstos, participando en la sangrienta batalla de Chupas contra el hijo de Almagro, y en premio por sus especiales méritos le dieron el gobierno de Guanuco. En pugna después los conquistadores con los gobernadores que le Emperador les mandó faltando a las capitulaciones, continuó en el partido de Garcilaso, Carvajal y Cepeda, no reconociendo a Blasco Núñez Vela. Quien, después de muerto Francisco Pizarro el mayor[61], trató de anular las inmunidades y repartimientos que habían hecho los primeros conquistadores.

Méjico con cuatrocientos hombres y diez y seis caballos. Pocas veces concedida, la ayuda oficial era pocas veces solicitada. Los conquistadores y exploradores preferían emprender sus aventuras sin trabas oficiales. Bien es verdad que casi siempre solicitaban sanción oficial antes de lanzarse a una empresa de exploración o de conquista ; pero lo que así buscaban en la Corte no era tanto el dinero, las armas, los navíos y los caballos, como la fuerza moral de la autoridad legítima. No entenderá la Conquista quien no otorgue todo su valor a esta característica, Voluntariosos, indisciplinados, anárquicos, eran no obstante los conquistadores hombres obsesos por la majestad de la ley, y no sólo se guardaron siempre … de enfrentarse con el rey de España, que remoto y enigmático seguía sus fabulosas aventuras con ojos distraídos y abrumados por una Europa desgarrada por Lutero, sino que además buscaban todos en la palabra real la sanción de sus hechos y el fundamento de su autoridad‖.[MADARIAGA, Salvador de, 1959, *El auge del imperio español en América*, Buenos Aires, Sudamericana, pg. 35]

[60] Se refiere probablemente el autor a la expedición en busca del legendario 'El Dorado', protagonizada por Lope de Aguirre (1511-1561), quien durante el viaje por el río Amazonas dejó de ser leal al rey de Es-paña y pretendió establecer allí un reino independiente de la metrópoli. Para conseguir su propósito asesinó a Pedro de Ursúa, el jefe de la expedición, y a su sucesor, Fernando de Guzmán. Sin embargo, cuando marchaban a través de Venezuela, sus hombres fueron derrotados por las tropas españolas, que mataron a Aguirre en Barquisimeto. [*Encarta '98* CD-Rom]

[61] El 8 de Julio de 1538 Diego de Almagro murió tras ser apresado por Hernando Pizarro en la batalla de las Salinas, en el transcurso de las llamadas 'guerras civiles' que se iniciaron a su regreso de Chile y al reclamar de nuevo la ciudad de Cuzco como parte de su gobernación. Unos años más tarde, el 26 de Junio de 1541, Francisco Pizarro fue asesinado en Lima por los partidarios de Diego de Almagro. [*ibid.*]

-

-

Asombra y pasma que a hombres a quien Carlos V debía su territorio, que en cualquiera de sus provincias era mayor que la Península, osara [*éste*] arrebatar sus sagradas concesiones después de la conquista y que oscuros aventureros que llegaron después de terminada ésta con las más increíbles hazañas quisieran compartir los fueros y las preeminencias al igual que los adalides que las llevaron a cabo. Este pensamiento, hijo de la política suspicaz y ambiciosa de Carlos V, fue causa de las discordias del Perú y de que sus primitivos héroes muriesen asesinados o en los cadalsos en premio de sus servicios. No en balde Colón quiso legar a la posteridad la memoria de la ingratitud con que le pagó Fernando V su grandeza y servicios mandando enterrar con él los grillos con que le aherrojó Bobadilla y surcó los mares abiertos por él a la navegación. No en vano también Hernán Cortés apostrofó a su nieto Carlos digno del abuelo en su última audiencia, de que salió tan pesaroso para morir de tristeza en Castillejo, cuando desconociéndole, éste le dijo que debía de sobra conocer a un hombre que le había dado a ganar más reinos que provincias heredara de sus padres. Y, no en balde repetimos, con dolor, fueron despojados, proscriptos y asesinados cobardemente en sus lechos o cortadas sus cabezas a los heroicos compañeros de Pizarro. Todos fueron segados en flor, sin que se librase tampoco la cabeza del venerable anciano Carvajal, a quien le dolía en sus últimos momentos el pesar de no haber alzado un reino para cada uno de ellos donde había extensión suficiente para que hubieran cabido holgadamente tan insignes caudillos, emancipándose 300 años antes de los que debía suceder de la metrópoli. Pero continuando mi relato de referir la historia particular de nuestro héroe, que es la de la conquista, debo decir que creyendo obrar con arreglo a su conciencia y en servicio de su rey, prefirió seguir a los Pizarro, sus más fieles servidores y de quien él era un hermano de armas y el hombre de toda su confianza. Que desdeñó los ofrecimientos del imprudente y arrebatado Blasco Núñez, que le ofrecía grandes mercados. Desde su gobierno de Quito, que le confiaron los Pizarro, los auxilió ganando para éstos la batalla de Añaquito [*Iñaquito, más bien*], donde murió Blasco Núñez en 16 de Enero de 1546, y viendo los emisarios del virrey que no lo podían ganar ni atraer a su partido, ni vencerlo por delante, sobornaron a un indigno oficial edecán de Gobernador llamado Fernando de Salazar, que dormía a sus pies, y un domingo primer día de Pascua de 1547 fue asesinado alevosamente por su ayudante Salazar a tiempo de despertarlo para la misa, según refieren todos los historiadores del Perú, y más detenida-

-

mente el sentido Garcilaso[62], hijo del capitán de este nombre compañero de Pedro de Puelles. Tendido en su lecho sangriento y desnudo, brotando humeante sangre aún, imponía temor a sus asesinos, corrieron a ampararse al campamento real temiéndole a su sombra y a su conciencia.

Sabida la muerte y asesinato de Pedro de Puelles, llenó de tal horror el cruento crimen, que sus compañeros juraron vengarle. Lo que después no pudieron cumplir Gonzalo Pizarro y Carvajal sin grandes amigos, porque desde que él faltó se debilitó su causa por faltar el más robusto peón y firme sostén, y desalentados por las continuadas defeccio-nes de Garcilaso, Cepeda y otros mil que los dejaron solos en la batalla de Xaquixaguana, al no querer exponer sus vidas y fortunas, se vieron estos últimos adalides derrotados, concluyendo con entregar sus gloriosas aunque rebeldes cabezas al hacha del verdugo. La muerte alevosa de Pedro de Puelles y la villanía de un Salazar pusieron término al glorioso episodio de los gigantes del Perú, y cuando con lágrimas en los ojos y rabia en el corazón supieron el asesinato del Gobernador de Quito, exclamó Carvajal, el experimentado y astuto veterano, admiración de su tiempo: “*Nuestra causa es perdida*”, cantando el refránsete de

Estos cabellitos, madre
Dos a dos me los lleva el aire.

Así terminaron las esperanzas y ensueños del héroe del Perú, compañero de tantos brazos y que tomó una de las más crecidas partes en sus hazañas, el cual, aposentado en su palacio de Quito, segunda Corte y capital del Imperio y el gobierno de más alta importancia de todo él, guardaba un inmenso tesoro fruto de tantos afanes y victorias para compensar y restituir a su hermano y familia los bienes perdidos en las Guerras de las

[62] Estamos hablando de Garcilaso de la Vega, ‘el Inca’ (1539-1616), nombre que adoptó en 1563 Gómez Suárez de Figueroa, hijo ilegítimo del conquistador Santiago Garcilaso de la Vega, compañero de Pedro de Puelles, y de la princesa india Isabel Chimpo Ocllo, hija del inca Hualpa Tupac. En 1560 se trasladó a España y siguió la carrera de las armas. Intervino en la rebelión de la Alpujarra y es muy probable que tomase parte en la Armada Invencible. Abandonó la carrera militar probablemente movido por la insatisfacción producida por las pocas gratificaciones que recibió. En 1590, muerto su padre, se retiró a Córdoba. Fue esencialmente un humanista. Su obra maestra es la primera parte de los *Comentarios reales* (1609), un intento de historia del Perú donde, con una prosa clara y expresiva, mezcla datos de economía política con problemas de cronología y concordancia de fuentes orales y escritas. Es veraz y en ocasiones aporta documentos de primera mano. En la segunda parte de esta obra, *Historia general del Perú*, publicada póstumamente (1617), la corrección de su estilo no llega a animar el retrato de los personajes, muchos de los cuales conoció, ni la descripción de acontecimientos. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 4.297]

Comunidades. Tal vez soñó en la última noche de su vida los goces y holganzas que le aguardaban algún día al retorno a su patria al lado de su familia. Y quién sabe la trascendencia que esta gran riqueza que atesoró y de que le despojaron sus viles asesinos y que guardaba ávido para los suyos sin quererse casar con las hijas de los príncipes incas y curacas como hicieron sus compañeros, reconciliado ya con el virrey, el prudente y sabio Lagasca, como lo fueron a poco de su muerte Hinojosa, jefe de la escuadra de los Pizarro, Belalcázar, gobernador de Popayán, Aldana, oficial de estado mayor de Gonzalo Alonso de Mejía, gobernador de Nombre de Dios, Carvajal, oidor de Lima y autor de la sedición, Pedro de Valdivia, que habría de inmortalizarse después en Arauco como conquistador de Chile, todos ellos tan decididos partidarios de los Pizarro como así mismo el mariscal Alvarado.

Poco antes de la llegada de Lagasca no había en todo el Perú más partido ni opinión que la de seguir la bandera de los Pizarro, legítimos representantes del Emperador y quienes veían todos los conquistadores su jefe natural y con quien se garantizaban sus inmunidades y preeminencias, en tanto que Blasco Núñez y sus desatinados compañeros los oidores de Lima, tratando de revocar las ordenanzas y fueros de la conquista impo-niendo otras nuevas, volviéndose un déspota exaltado que asesinaba con sus propias ma-nos, como sucedió con el oidor Carvajal cuando le hizo objeciones prudentes. Se constitu-yó desde su llegada en un bajá[63] intolerable y un instrumento torcido de una gran injusti-cia[64]. Al rey y a sus preeminencias defendían los que se llamaban ‘rebelados’ ; al rey y sus últimas disposiciones clamaban sus contrarios sin haber por medio de éstos dos ban-dos más separación que la que le era respectiva a sus derechos adquiridos y que los otros trataban de derribar. Unos los tenían de antiguo y les había costado el adquirirlos su más

---

[63] Este término designaba en Turquía a quien obtenía algún mando superior. [*Enciclopedia Multimedia Durvan* CD-Rom]

[64] Blasco Núñez Vela (muerto en 1546) fue nombrado por Carlos V primer virrey del Perú, y a su llegada a Lima el 15 de mayo de 1544 se encontró con una situación tensa debido a las discordias existentes entre el anterior gobernador Vaca de Castro, Gonzalo Pizarro y Carvajal. Para resolver este problema encarceló y desterró al primero. La puesta en práctica de las Nuevas Leyes de 1542, que significaban la corrección de abusos en las encomiendas y repartimientos de tierras, le atrajo la enemistad de los conquistadores españoles y oidores de la audiencia. Desconociendo su autoridad, la audiencia de Lima le depuso y desterró, nombrando a Gonzalo Pizarro gobernador del Perú. Núñez Vela preparó un ejército y, pese a la inferioridad de sus fuerzas, se enfrentó a Pizarro en la batalla de Añaquito o ‘Iñaquito’, en la que pereció ; su cabeza fue expuesta en una plaza pública. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., 7108]

preciosa sangre, otros estaban recién llegados y sin tener ninguno querían escatimar a los otros el precio de sus sacrificios ; he aquí las causas de la lucha que se siguió a la llegada de los virreyes, Respetados los derechos y reconocidas las ordenanzas por el sabio sacerdote Lagasca[65] a su llegada, que ganó con su breviario lo que Blasco Núñez Vela y Vaca de Castro habían perdido con sus dagas y sus espadas, debía todo terminar por un abrazo prolongado y por la deserción de Xaquixaguana y la muerte de los dos únicos rebeldes que llevaron su orgullo hasta el punto de sacrificar sus inmensos bienes y sus heroicas cabezas.

El gran soldado Carvajal, con 84 años de edad y más de sesenta de campañas y servicios en ambos hemisferios o continentes, y el bravo y gallardo Gonzalo, último de los heroicos hermanos, con 42, pero curtido también en conquistas imperecederas para la historia, estas dos cabezas tan respetadas antes se vieron porción de tiempo después en unas escarpias a las puertas de Lima, probando con este terrible ejemplo y triste desengaño cuán fugaces y efímeros son las cosas de la tierra y cuán poca clemencia suelen desplegar los reyes con sus servidores cuando llegan cuando llegan a faltarles una sola vez. Las famosas minas del Potosí, propiedad de Gonzalo Pizarro, fueron dadas a Hinojosa en premio por haber entregado su escuadra, y los repartimientos extensos de Carvajal al otro Carvajal, licenciado y oidor, causa principal de la guerra por su ruptura con Blasco Núñez. Los obispos y Cabildos, que recibían a Gonzalo con palio y tedeum, salían después al encuentro de Lagasca con cruces e incensarios. Era un juego de fortuna parecido al de los dados en el que se jugaron intereses, honra y cabezas ; las últimas jugadas y combinaciones fueron las más ciertas y decisivas. Todos fueron rebeldes y todos leales ; todos sirvieron a una misma causa y a una misma bandera, y sin dejar de ser caballeros y honrados,

[65] Pedro de Lagasca o La Gasca (1494-1565), destacado eclesiástico y político, fue nombrado presidente de la audiencia de Lima y marchó a Perú en 1545, con amplios poderes para realizar la pacificación del rei-no. Aunque contaba con escasos recursos, consiguió con habilidad apoderarse de la armada de Pizarro en Panamá, tras lo cual anunció el perdón de los culpados en pasadas contiendas, hecho que le ganó a muchos de los partidarios de Gonzalo Pizarro, y la concesión de mercedes sobre las rentas de los tributos. Poco después organizó un fuerte ejército, a cuyo frente se colocaron Belalcázar, Valdivia y Centeno, y logró vencer en Xaquixaguana a Gonzalo Pizarro y a Carvajal, que fueron ejecutados. Esta victoria puso fin a la guerra civil y le permitió establecer definitivamente la audiencia en Lima. Después del reparto de Guaynarima –que originó gran descontento- y de la visita o averiguación de las cantidades de dinero que producían los tributos de las encomiendas de indios, hizo una cuantiosa distribución de rentas entre los conquistadores, dictó medidas de protección para la población indígena y autorizó diversas expediciones, entre ellas la de Pedro de Valdivia que culminaría en la conquista de Chile. [*ibid.*, pg. 4.309]

-

como convienen todos los historiadores, a unos les tocó perder vidas y haciendas, mientras que otros encontraron las suyas con los despojos de sus hermanos[66].

El Perú, pues, fue el teatro de estas sangrientas discordias y quedó más salpicado de la sangre de sus conquistadores en sus luchas que lo fuera en su conquista con los naturales. Era preciso, pues, y estaba reservado en los inescrutables juicios y designios justicieros de la providencia el que expiaran nuestros padres su sórdida ambición y su afán de destruir y arrasar la 'Castilla del Oro' y el 'Valle de Jauja', como apodaron en aquel tiempo a la región de El Dorado, y que la raza inca y el pueblo de los hijos del Sol queda-ran, antes de la destrucción de su nacionalidad vigorosa, vengados de sus sanguinarios aunque heroicos descubridores. La sangre nuestra pagó su tributo también, pero no fue en represalia de alguna justa venganza, sino infamemente vertida por un villano servidor de oprobiosa y negra memoria, que en vez de velar el sueño de su jefe y general, lo asesinó durante él por apoderarse de sus riquezas. Mal haya de ellas, que en lugar de resguardo y conservación del que la adquiera y acumula, suelen ser la causa casi siempre de su ruina y volverse su más mortal enemigo. El oro de los incas que cupo en su parte de botín al gobernador heroico de Quito pudo haber alzado la familia de Irzio, tan abatida por las contiendas civiles de la patria, pero Dios no lo quiso, y debemos acatar sus altos designios, rogándole por el que le costó los mejores años de su vida y su más preciosa sangre el adquirirlo, regándose con esta misma y sus últimas gotas el tesoro cuando saltó tras el puñal aleve del traidor Fernando de Salazar.

---

[66] Citemos nuevamente a Salvador de Madariaga: "*La avenida histórica para acercarse a estos hombres y a sus hechos es por lo tanto la contraria de la que se suele tomar. En lugar de poner de relieve la frecuencia con que pecaron contra los cánones del orden, del derecho y de la caridad humana, hay que observar la frecuencia con que mantuvieron estos cánones de buena conducta humana en circunstancias que tan fuertemente les inducían a actuar sin fuero ni ley en un mundo inexplorado que les ofrecía campo sin trabas a su actividad. Ante todo eran poco dados a la introspección, y por lo tanto a la hipocresía. Sus vidas constituyeron una experiencia original, quizá la experiencia más original que el mundo conoció jamás. No pocas de las críticas y condenas que so-bre su memoria han acumulado historiadores cómodamente instalados en sus bien forrados gabinetes, sobre los muelles almohadones de virtudes y prejuicios que el bienestar les proporciona, proceden de esta manera poco histórica de acercarse a sus haza-ñas. Los conquistadores eran a la vez anárquicos y monárquicos, díscolos y disciplina-dos, dispersos en un nuevo mundo virgen de toda ley y empapados en la tradición de un mundo antiguo cuya esencia misma era la ley. Por lo tanto mezclaron ley y anarquía de modo tan inextricable que de sus actos de rebeldía -como el de Cortés contra Velázquez- surgieron a veces Estados perdurables ; mientras que actos cívicos -como la fun-dación de tal o cual ciudad entre pergaminos y ceremonias de ley municipal- resultaron ser a veces meros disfraces del desafuero*‖. [MADARIAGA, op. cit., pp. 36-37]

-

-

CAPITULO XII: Abatimiento de Don Francisco de Puelles Hurtado al saber el asesinato de su hermano. Medita su venganza y se retira de Altabel al lugar despoblado de Rayeses, junto a Ampudia. Muerte de éste y desaparición de su primogénito Juan. Niñez del segundo Don Diego de Puelles y viudedad de su madre ; pasan a Ampudia y sacan las ejecutorias

Un año después de la vuelta de Lagasca a España concluida su misión, que el rey premió con el obispado de Sigüenza, supo Francisco de Puelles la muerte trágica de su hermano Pedro, a quien siempre aguardaba con impaciencia, confiando en su palabra y promesa de concluir sus días a su lado, y al saber la triste nueva de su desgraciado fin con la bandera de los Pizarros, a quienes motejaban de rebeldes tras sus heroicos servicios, porque era un siglo en que después de pérdidas las libertades se había entronizado el despotismo en todo su lleno y se creía traición hasta la defensa más justa de los pactos fundamentales, creyéndose poder ser blanco de nuevas persecuciones y desgracias, abatido y desalentado por los revesas, alzó su casa de Altabel y perdiendo de vista el hermoso Ebro, en cuyas orilla había crecido él y todo su linaje, se internó tierra adentro de Castilla, y cerca de treinta leguas al Sur, en un lugar despoblado y oculto entre bosques a media legua de Fuentes de Empudia entonces y Ampudia hoy llamado Rayases. En esta misera-ble aldehuela de cinco o seis casas lejos del contacto del mundo y donde sus necesidades se satisfacían con poco sentó Don Francisco sus reales como en tiempos los patriarcas o como hacen hoy los árabes en el desierto, llevando a su mujer, sus dos hijos Juan y Diego y algunos viejos sirvientes que le quisieron seguir con sus aperos de mulas y sus carros cargados de muebles y enseres, cerrando la marcha de la caravana sus rebaños de ovejas trashumantes. Allí arrendó varias tierras y se dedicó de nuevo con ahinco a su labor y [*a la*] crianza de ganadería[67], cuidando con solicitud especial de la educación de sus hijos, a

[67] En la Meseta castellana se combinaban entonces simultáneamente el cultivo extensivo de cereales y las vastas zonas prácticamente agrestes utilizadas para pastos. En ellas las Mesta, la organización de ganaderos, apacentaba sus enormes rebaños de corderos, obteniendo de ello grandísimos beneficios, por lo menos mientras disfrutó de la protección del rey. Esa situación tocó a su fin, no obstante, en 1550-1560, cuando frente a la creciente presión de agricultores deseosos de aprovecharse del alza del precio de los cereales, provocado por la importación masiva de metales preciosos desde América a partir de 1535, fueron invadidos los pastos y transformados en tierra de labranza. Así, pues, hasta mediados del siglo XVII decayó la ganadería y au-mentaron los cultivos, con una nueva caída de los precios cerealísticos, la superficie de labranza volvió a dedicarse a pastos. El pastoreo sedentario e incontrolado de ganado lanar, enormemente dañoso para la agricultura, fue reinstituido, pero no logró dar al país los mismos beneficios que en el pasado. La introducción del cultivo del maíz, aunque en esta zona los resultados no fueron tan buenos como en otros

-

quienes en medio de su modestia enseñaba los ramos de adorno que en aquel tiempo aprendían los hidalgos pobres, por abatidos que estuvieran. El manejo de las armas y el adiestrar un caballo para la guerra era la base principal de la educación de todo caballero, por más que tuviera este noble animal que arar o arrastrar un carretón después y enmohecerse aquéllas colgadas de un granero.

Mas nuestro progenitor, que lloraba en silencio la ruina y desgracia de su familia y el asesinato vil de su hermano querido guardando en su pecho el recuerdo de la infame acción y esculpido en su corazón el nombre de su asesino, deseando saber siempre la arribada de éste a su país y pueblo natal, de que estaba muy avisado, pues era de Dueñas, antigua villa dos leguas al Norte de Rayesas y cuyas torres se divisaban desde su mansión, viendo el transcurrir de los años que lo iban encaneciendo y que lo consumía una enfermedad lenta del alma, no encontrándose tampoco con fuerzas para tomar la resolución que decididamente había pensado, llamó un día a su hijo Juan, joven de 14 años ya, arrojado y emprendedor, osado y dieztro en el manejo de las armas por su natural afición y por las lecciones que su padre, veterano en ellas, le daba de continuo, y franqueándole su pecho, diole a conocer la deuda que con nuestro linaje tenía contraída Fernando de Salazar, quien tras el asesinato de su general gozaba holgadamente en el Perú las riquezas de su tío y que desesperado de aguardarle que retornase a su país debía revelarle sus intentos. "*Mis días se acaban*", le dijo, "*y no quisiera que se dejara de saldar esta larga cuenta con el malsín y bellaco, mas si yo muero sin cobralla noble y decorosamente como corresponde a nuestro nacimiento aunque se trate de un asesino, yo espero de ti, hijo mío, que cumplas y satisfagas este asunto ; será el duelo que con él tengas un juicio de Dios que indique*

---

lugares de la Península, sirvió, no obstante, para variar la rotación de las cosechas, que todavía seguía a la sazón el sistema trienal. [DE MADDALENA, Aldo, "La Europa rural (1500-1700)", en CIPOLLA, Carlo (ed.), 1987. *Historia económica de Europa (2): Siglos XVI y XVII*, Barcelona, Ariel, pp. 257-58(69) Durante el reinado de Carlos I, la apertura de la nobleza al nuevo estilo educativo, la elevación del nivel cultural del clero y una coyuntura económica favorable propiciaron una mayor demanda cultural y un cre-ciente interés por la educación. Los ayuntamientos, las órdenes religiosas y los particulares demostraron una mayor preocupación por extender la educación al mayor número posible de ciudadanos, atendiendo al mensaje de Erasmo, de Vives y de todos los líderes del humanismo renacentista. Así, en el seno de las Cor-tes de Castilla (1527) se discutió, quizá por primera vez en España, la importancia que el magisterio prima-rio tenía en el modo de pensar de los niños a su cargo. En tiempos de Felipe II, en cambio, la realidad de Castilla (endémicas guerras en Flandes, sublevación de los moriscos, presión de los turcos en el Mediterrá-neo, guerras con Inglaterra y con Francia, etc.) era bastante delicada y se prestaba a pocos lujos en la educa-ción. La situación fue agravándose a medida que el reinado llegaba a su fin, como queda reflejado en las Actas de las Cortes reunidas en Madrid entre 1592 y 1598. [DELGADO, B., "La educación durante los rei-nados de Carlos I y Felipe II", en VARIOS, 1993, *Historia de la Educación en España y América*, II, Ma-drid, SM, pp. 33 ss.]

-

-

nuestro justo y eterno agravio". Era en aquella época y siglo tan común y admitido el satisfacer una venganza si ésta provenía de una infame acción, que hasta a Dios se apelaba para estos duelos judiciales[68] ; y en verdad que lo merecía la cuita de nuestro ascendiente[69].

Acordes el padre y el hijo en la resolución que se proponían, determinaron aguardar de nuevo la vuelta de Salazar algún tiempo más, yéndolo a buscar al teatro de su crimen el joven Juan caso de que no volviese. Yendo por momentos empeorando Don Francisco, se trasladó con su modesta familia a Ampudia para asistir con la ciencia y sus auxiliares los medicamentos al decaído anciano. A esta villa se tuvo que ir, pues, la familia en 1556, siendo inútiles cuantos esfuerzos se emplearon para volver la salud al que tenía muerto su corazón a la esperanza, y en una bóveda de la iglesia de la villa, nombrada de San Miguel, que aún no se había elevado al rango de colegiata, que años después habría de ser alzada a la dicha altura por parte del célebre Duque de Lerma, se acomodaron sus restos. Catalina Sanz, su viuda, y sus dos hijos se afincaron desde esta época en Ampudia. Escasos de bienes de fortuna y llenos de la vanidad consiguiente a los de su estado, em-

---

[68] El duelo en su concepción moderna no se practicaba en la antigüedad, ya que los combates tenían lugar en el contexto de guerras nacionales. La práctica moderna del duelo surgió en los pueblos teutónicos a principios de la Edad Media, cuando se empezó a utilizar el combate legal para decidir la culpabilidad de un crimen o la propiedad de una tierra en litigio. Este tipo de combate fue legalizado por primera vez por Gundobad, rey de Borgoña, en el año 501. La costumbre se extendió a Francia, donde encontró una gran aceptación, especialmente entre el siglo X y el XII, llegando incluso la Iglesia a autorizarlo para decidir la propiedad de tierras en caso de litigio. Los normandos introdujeron el duelo en Inglaterra en el siglo XI. No obstante, el duelo como práctica para vengar el honor de una persona no ha sido nunca totalmente legalizado y su historia ha estado marcada por una abundante legislación en contra. Este tipo de práctica se popularizó en Europa a raíz de la famosa rivalidad entre Francisco I de Francia y Carlos V, rey de España y emperador de Alemania. Cuando el monarca francés declaró la guerra a España en 1528 y derogó un tratado entre los dos países, Carlos V le acusó de conducta poco caballerosa. Francisco I, ofendido, le retó a duelo. Aunque el duelo no se llegó a celebrar por las dificultades habidas para concertar el encuentro, el incidente puso de moda esta práctica en Europa, hasta el punto que todos los caballeros se creyeron autorizados a vengar las supuestas ofensas a su honor de forma similar. [*Encarta '98* CD-Rom]

[69] Las exigencias políticas y militares supusieron para la España de la época el mantenimiento de una estructura fiscal deficitaria crónica, lo que obligaba a implantar cada vez nuevos impuestos. A mediados del siglo XVI, en la época en que se desarrolló el episodio que aquí se narra, el pueblo llano se veía gravado con los siguientes impuestos directos sobre el consumo y sobre el tráfico de mercancías: *pechos* (una especie de 'impuesto sobre la renta' que gravaba a las personas ; los eclesiásticos estaban exentos), *pedidos foreros* (aplicados entre la población en territorios forales), *escribanía* (impuesto sobre lo que registraban los notarios), *portazgos* (derechos de tráfico interior), moneda forera (cada 7 años ; sólo lo satisfacían los 'pecheros') e impuestos especiales de carácter discriminatorio (sobre los musulmanes y los judíos). Además, había impuestos indirectos (como la *alcabala*, por ejemplo, que consistía en un 10% sobre el producto de la compraventa) e impuestos de producción.

-

pezaron a disipar los dos jóvenes hermanos, al cuidado de una buena y condescendiente señora, lo poco que les quedaba sin asustarse de un porvenir proceloso.

En este tiempo aconteció un suceso de alguna importancia, según se colige de nuestras antiquísimas ejecutorias. Un receptor de los impuestos que pagaba la clase pechera, aunque existía en Ampudia padrón y asiento de hidalgos, reclamó a la nueva vecina viuda el correspondiente pecho por sus cortos bienes, y la pobre señora, que tan respetada estuvo en Altabel o Irzio en sus buenos días, se excusó el tributo alegando ser la viuda de un hidalgo que nunca los había pagado[70]. No pudiendo evidenciar esta exención por hallarse en pueblo extraño, ni queriendo en aquella época el Concejo y vecinos de Ampudia reconocerle este estado cuando se llevara adelante la ejecución en nombre del rey, su hijo Don Juan se resistió y depositando bienes suficientes para asegurar el pago, pasó a Valladolid, a una jornada de Ampudia, y solicitó ante la Sala de Hijosdalgo recientemente establecida probar en juicio contradictorio la posesión inmemorial que todos los de su linaje habían tenido y de haber sido exentos de las gabelas e impuestos de los ‘buenos hombres pecheros’, como entonces se llamaba a la clase llana. Y, en efecto, lo acreditó solemnemente con habitantes y vecinos de Altabel, Irzio y Miranda, probándose cumplidamente que todas las generaciones que de esta familia riojana habían conocido estaban reputadas y tenidas por de la más esclarecida nobleza y exentos sus bienes de toda clase de pechos. Evidenciado y testimoniado esto, tornose Don Juan a Ampudia y dio a su madre el rollo de pergaminos para que no la molestaran más y se inscribiese en adelante en el registro de los nobles de la villa.

Gran ruido causó este suceso en un ‘pueblo de behetría’[71] como era Ampudia y donde hasta entonces no se había marcado esta importante diferencia, y acatando la sobe-

---

[70] El estamento noble disfrutaba de una serie de privilegios que garantizaban el mantenimiento de un orden jurídico diferencial. No se les podía castigar cuando cometían algún delito, quedando como mucho la pena en un simple arresto domiciliario. No obstante, existía en el ambiente un cierto grado de aceptación de que debía haber algún sistema que permitiese una mayor igualdad ; esto se refleja en la relativa flexibilidad que se daba en cuanto al acceso a la hidalguía, que se podía obtener haciendo favores a los nobles, o incluso comprándola. Otro planteamiento integrador estaba constituido por los ‘estatutos de limpieza de sangre’ ; pero los árboles genealógicos, difícilmente comprobables, también podían comprarse. Por el contrario, sí que era discriminatorio el hecho de que la nobleza, por su ‘dignidad’ innata, estaba autorizada a vivir sin trabajar. La ‘hidalguía’, escalón más bajo de la nobleza (los hidalgos, nobles de ínfima categoría sin poder económico alguno, con unos títulos cada vez más desprestigiados, eran los que se arriesgaban en las guerras), había surgido como un modo de acercamiento al estamento nobiliario, y se calcula que en Castilla había a la sazón unas 133 familias hidalgas.

[71] Desde la Edad Media se denominaba *hombres de behetría* a los labradores libres pequeños propietarios potencialmente capaces de acogerse a un señor de protección incluso cuando no lo tenían. A veces alegaban -

-

rana disposición de la Chancillería, quedó sólo eximida la pobre viuda de los pechos, alcabalas y moneda forera, sin cumplirse las demás cosas inherentes al estado de los hidalgos por desconocer la práctica de estos casos. Puesta y ensalzada de nuevo la familia en su rango natural sólo por evitar un atropello, más que por el afán del orgullo, se avino Don Juan de Puelles a vivir con su madre lo poco que le podía quedar de vida, pero sin quererse casar, porque tenía presente, como Anibal[72], la promesa que le había hecho a su padre de tomar una sangrienta venganza, y apenas cerró los ojos la buena de Doña Catali-na Sanz en 1570, y partiendo con su hermano los pocos bienes que había realizó él por su parte los suyos, y abrazándolo estrechamente y dándole cuenta de su resolución, se ausen-tó una mañana de Ampudia sin que jamás se haya vuelto a saber de él. Es probable –co-mento yo- que arribase al Perú tras de Fernando de Salazar y satisficiese la justa venganza y reparación que este asesino nos debiera, si es que lo encontró con vida, y que después se confundiera en unas regiones tan vastas. Sea de ello lo que se quiera, lo cierto es que a fines del mismo siglo existía en Nueva Granada[73], según consta en un nobiliario de ese país, la viuda de un Don Juan de Puelles, caballero principal, descendiente de la casa de Autol, llamada Doña María Escobar, que casó después con otro señor de la alta nobleza, como también puede verse en el citado nobiliario, sin que en adelante se sepa más de esta rama americana.

Solo. Solo quedó en el mundo Don Diego de Puelles Sanz, que nacido en 1550, contaba 20 años escasos a la muerte de su madre ; ni un pariente paterno ni paterno tenía en toda la comarca, donde la familia estaba recién trasplantada, ni cultivaba la amistad de sus deudos los señores de Autol, que descollaban en aquella época en todo su apogeo, enlazados con los títulos de Castilla sus iguales, no tampoco con los más modestos, pero importantes del solar primitivo de Labástida y de Avalos al otro lado del Ebro. Tentado estuvo de buscar y seguir la suerte de su resuelto hermano Don Juan en su aventuresca

---

orgullosamente su condición de tales al defender procesalmente la plenitud de sus libertades y derechos. Entre ese tipo de 'behetrías' y las que aparecen en el siglo XVI media una gran distancia. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 1.100] Las behetrías vinieron a menos por la emigración de los nobles, ya en cumplimiento de una Real Cédula promulgada por el rey Juan II (1454) que les prohibía habitarlas o tener heredad en ellas, ya por habérseles disputado a más de uno -como en el caso que aquí se comenta- la nobleza por la sola circunstancia de vivir en un pueblo de behetría. Por otro lado, los pueblos deseaban verse libres de la enojosa vecindad de los hidalgos, que los perturbaban constantemente ejerciendo sobre ellos violencias difíciles de reparar. [*Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, op. cit., III, pg. 397]

-

expedición, al que nada le había quedado más que osadía si no le hubiera detenido en Ampudia lo que sujeta al hombre y le hace fijar en un sitio el resto de sus días y en las raices que brotan del corazón.

Había conocido y estaba amando en ese tiempo de su permanencia en la villa a la más hermosa y gentil doncella de toda la comarca, Doña Gerónima de Torres Cartagena, hija de una familia noble y acomodada y de antiguo establecida en la villa[72]. Este entusiasta amor que al joven hidalgo le impuso la bella ampudiana decidió y fijó su porvenir, así como el de toda su descendencia, que debía ser en delante de aquella antigua población. Aunque sin bienes algunos, bastaba ser en aquellos tiempos en que tan alto aprecio se hacía de los linajes de un antiguo apellido para que todos se consideraran honrados con su enlace. Los Torres y Cartagena, que se preciaban también de su clase hidalga, favorecieron y acogieron con distinción al mancebo, siendo la principal mediadora Doña Luisa Cartagena, madre de la doncella, que se decía sobrina de los célebres prelados de Burgos de este apellido. Objeto de envidia y de celos fue para todas las familias de la villa la preferencia de Don Diego por la hija de los Torres y su enlace con ellos al poco tiempo, pero eran tan cortos los bienes de fortuna de éste, que el nuevo matrimonio tuvo que quedarse en el nido paterno de Doña Gerónima por no tener aún caudal suficiente para sostener sus nuevos cargos.

Cuatro años pasaron tras este feliz suceso, y Don Diego de Puelles Sanz, a quien ya le había nacido el mayor de sus hijos, Francisco, emancipándose de sus suegros, puso casa de por sí, que ocupó viviendo modestamente. Nada sabemos de la clase de giro que tomaría, pero es probable que en un pueblo agrícola y ganadero como Ampudia siguiera el ejercicio de sus convecinos, instruido como estaba desde pequeño y en vida de su padre en estos ejercicios y conociendo las costumbres agrícolas del país desde que moraron en la aldehuela de Rayases. Es lo cierto que bien por dote o por herencia que Doña Gerónima tuvo o por sus muchos afanes, empezó Don Diego a fomentarse y crecer en riqueza, tanto que pudo sostener un nuevo pleito con la villa, que quería imponerle de nuevo el pago de

---

[72] Se refiere el autor probablemente a Alonso de Cartagena (1384-1456), un converso que llegó a ser deán de Santiago y obispo de Burgos. Mantuvo relación con Eneas Silvio Piccolomini y con Leonardo Aretino, y fue íntimo amigo de Pérez de Guzmán. Compuso algunas obras de carácter histórico, y en el aspecto político destaco por su actuación como conciliador en la lucha entre los infantes de Aragón, Enrique y Juan, hijos del rey Fernando de Antequera. Fue el principal artífice de la política de paz con Portugal de Alvaro de Luna y obtuvo una tregua de diez años con ese país.

-

-

los impuestos generales por ser el único que en toda ella no pechaba con ellos, así como en Valloria del Alerón, una legua distante, donde también estableció casa y hacienda.

Viendo Don Diego la tenacidad ésta y celoso de sus prerrogativas, se fue de nuevo como su hermano a Valladolid y sacó de nuevo sus ejecutorias, pues Juan se había llevado las suyas por todo caudal, no sólo ya con el objeto de poseerla y hacer valer sus derechos, sino, lo que era más, para obligar a ambas villas a darle lugar preferente en la iglesia y concejo y entrar representando a su estado como ya en aquella época se acostumbraba en otras poblaciones, de ejercer los cargos de Alcalde y Síndico de la clase y estado de hijosdalgo, novedad que planteó nuestro progenitor por primera vez en la behetría, que había sido del Conde de Salvatierra y que éste perdió por haber tomado parte en la Guerra de las Comunidades, pasando a la Casa de Lerma, como en adelante diremos. Y, en efecto, no sólo consiguió de la Chancillería su ejecutoria confirmada por la Sala de los Alcaldes de Hijosdalgo, única entonces en España, sino que éstos mandaron a un juez receptor y escribano de su cámara para darle solemne posesión en ambas villas a son de campana tañida y con asistencia de todo el vecindario que pudiera firmar el acta.

Así consta por estos documentos, que por su antigüedad y por ser de los primeros se conservan entre nosotros. De modo que otras familias hidalgas del pueblo, abierto ya el camino que Don Diego les trazó, empezaron a hacer sus probanzas al tenor de la Pragmática de Córdoba, que era la que servía de regla para estos casos. Era preciso probar la posesión inmemorial en juicio contradictorio entre el fiscal de la sala y los representantes de las villas o lugares donde se residía, alambicandose de tal modo en aquellos tiempos en que los jueces y testigos era incorruptibles y en que se hacía gala y se rendía culto a la observancia fiel de la famosa Pragmática, obra de los Reyes Católicos en su Real de Córdoba. Un juez nombrado por la Sala de Alcaldes expresamente y ad hoc y un escribano partieron para evacuar las informaciones en los puntos distantes donde residían los testigos, como sucedió en las nuestras respecto a los de la jurisdicción de Miranda, y para los próximos comparecían ante la misma Sala de Alcaldes y después de un escrupuloso examen y bajo juramento, oírlo un número crecido de éstos, los más ancianos posibles, fallaba la sala en sus decisiones. Apelándose de nuevo por el fiscal se confirmaba o revocaba por otro igual número de oidores, de modo que tras esta prolijidad salían las ejecutorias

-

de aquel primitivo tiempo de ellos, llevando todas el sello de puridad y de verdad, que andando el tiempo se perdían también.

Cuento estos pormenores porque como cosa histórica es digna de saberse todas estas particularidades, así como el que se llevaba una tirantez tan extremada en el deslinde y clasificación de los estados, que cuando la hija de una casa hidalga casaba con un pechero y pasaba por su matrimonio a la condición llana, por aquel antiguo refrán de que "*en Castilla el caballo lleva la silla*", si enviudaba y quería recobrar el rango y las prerrogativas de su linaje, tenía que pasar por la ceremonia ridícula de ponerse una albarda, y apostrofando el recuerdo de su marido sobre su sepultura, exclamaba por tres veces: "*Toma tu bajeza y daca mi nobleza*". Sólo por esta ceremonia ridícula y por este camino tan original y valiéndose de una acción indigna y baja en el fondo dicen que volvían a recupe-rar su privilegio y estado. Pero concluyendo este período que se cierra en 1610 con la muerte de Don Diego a una edad no muy provecta y dejando tres hijos, únicos frutos de su matrimonio con la bella Doña Gerónima, que fueron Don Francisco el mayor, Doña María y Don Diego el menor, que siguió con furto el estado eclesiástico, como veremos después, terminaremos su vida con una consideración que se me ocurre, y es la grande analogía y paralelo que se puede hacer con este nuestro progenitor con su nieto, nuestro padre, que dos siglos y medio más tarde, huérfano y solo al parecer en el mundo como el otro, entronco de la rama de Alcalá trasplantada de Castilla al ánimo solo de una pobre viuda que sacó sus dos hijos adelante, quedando sólo y cortado por la muerte de su herma-no y a la distancia que se encontraba de los suyos, teniendo aún más parecido todavía por lo que res-pecta a la actitud, capacidad y resolución que ambos desplegaron.

-

-

CAPITULO XIII: Trátase de Don Francisco de Puelles Torres y de sus hermanos Don Diego el canónigo y Doña María la hermo-sa. Altura a que se elevó la iglesia y el pueblo de Ampudia por la privanza del Duque su señor. Raro entronque de los Puelles de Labástida con los de Ampudia en esta época ; episodio y plei-to interesante de Don Pedro de Puelles y Alvid

En el año de gracia de 1608, siendo Ministro y favorito privado de la majestad real de Felipe III Francisco Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, pasó la villa de Ampudia por concesión que de ella libró el monarca, al dominio y señorío de este omnipotente vasallo, el cual, en gracia de sus nuevos feudatarios y por bula especial del Papa Paulo V, erigió su parroquia de San Miguel en insigne Colegiata de ese nombre, con abad mitrado y jurisdicción 'nullius', cuatro dignidades, doce canongías, ocho raciones, un curato, ocho capellanías y otra porción de piezas eclesiásticas hasta el número de 33, cuyo colegial fue trasladado de la villa de Villos, donde antes residiese, lugar del mismo Duque. Para aplicar las causas que elevaron a esta altura a una villa insignificante de Castilla, por más que fuera antigua y estuviese bien situada, es preciso que entremos aunque no sea de lleno en el terreno extenso, pero exacto de la historia nacional. [*Se trató de un*] período brillantísimo al parecer y en la exterioridad, pero triste y desconsolador en el fondo, porque al frente del Imperio más vasto y poderoso de la tierra, que abarcaba la Península entera, media Europa y todo el Nuevo Mundo con las ricas colonias portuguesas del Asia y Africa, estaba el hijo de Felipe II, el astuto diplomático que había consolidado esta inmen-sa obra, pero como él dijo en los últimos días de su largo reinado, "*Dios, que le había dado tan extensos dominios, le había negado un sucesor digno de regirlos, teniendo por desgracia uno al que 'gobernarían los demás'*".

Y, en efecto, la célebre predicción hubo de cumplirse por desgracia ; Felipe III, príncipe de buenas prendas como hombre privado, fue tan descuidado y perezoso en el gobierno de su Imperio, que a semejanza de los merovingios[73] franceses, conocidos por

---

[73] La dinastía 'merovingia', familia de reyes que gobernaron el pueblo germánico de los francos desde el año 481 hasta el 751, eran descendientes de Meroveo (o Merowig), jefe de los francos salios, quien reinó desde el año 448 hasta el 458 y dio nombre a la dinastía. El primer monarca merovingio fue Clodoveo I, que se convirtió en rey de los francos salios y de los ripuarios ; además, mediante una política agresiva de conquista apoyada por la Iglesia, extendió su reino hasta que éste llegó a abarcar casi toda la actual Francia y parte de Alemania. Tras su muerte (511) el reino fue dividido entre sus cuatro hijos en Austrasia, Neus-

-

'los haraganes', o sus progenitores los Trastámara, Juan II y Enrique IV, Estuvo siempre en manos de favoritos que fueron los verdaderos reyes de la época. El Marqués de Gandía, Sandoval y Rojas, hecho después Duque de Lerma, era el verdadero jefe de la gran monarquía de la Casa de Austria, y la inmensa herencia de los Reyes Católicos y de Carlos V era en sus manos y en las de su hijo, el Duque de Uceda, que le sucedió en la privanza, un cadáver galvanizado que con atavíos brillantes y vestiduras reales del cetro del mundo estaba en su interior devorado de gusanos: un edificio colosal que tenía que desplomarse bien pronto[74].

El desconcierto de la Hacienda, la rapiña de sus receptores, la despoblación del reino por la expulsión de los moriscos, principal nervio de la riqueza nacional, las continuas guerras de Italia y Flandes y la emigración continua de los naturales a América iban dejando al país yermo y estéril, quedando los lugares despoblados y en lastimosa miseria sus habitantes. Conventos y abadías reemplazaban las alquerías y las fábricas, y 70.000 frailes sólo de la orden de San Francisco y de la de los Dominicos, unos viviendo de las limosnas y otros posesionándose de la riqueza del país que amortizaban, se anidaban en

---

tria, Burgundia y Aquítania. Clotario I reunificó estos territorios (558), que volvieron a separarse cuando murió. Clotario II los unificó de nuevo en un solo reino. El último poderoso monarca merovingio fue el hijo de Clotario II, Dagoberto I, que gobernó desde el 629 hasta el 639. Bajo el gobierno de sus sucesores el reino franco sufrió un proceso de descentralización. El poder real pasó gradualmente a manos de familias nobiliarias que ejercieron un control feudal sobre la mayor parte del territorio. La más importante de esas familias fue la Carolingia, cuyos miembros ocuparon el cargo de mayordomo de palacio y a partir del año 639 se convirtieron en virtuales gobernantes. En el 751, uno de estos mayordomos depuso al rey Childerico III y asumió el poder real con el nombre de Pipino el Breve, poniendo fin a la dinastía merovingia. [*Encarta '98* CD-Rom]

[74] El Duque de Lerma (1553-1625), valido de Felipe III, consiguió el favor real sin ser un hombre acaudalado y pronto atesoró enormes riquezas. A él se debe la creación de Juntas que se demostraron más operativas que los Consejos para resolver asuntos de gobierno. No fue afortunada, en cambio, su elección de consejeros, destacando por sus prácticas corruptas y su mal final las figuras de don Pedro de Franqueza y don Rodrigo Calderón. En general fueron muchos los altos cargos de la administración civil y eclesiástica que dejó en manos de sus familiares. Tampoco tuvo éxito en sus pretensiones de uniformar las contribuciones fiscales de los distintos reinos. En política exterior consiguió en 1609 la firma de la Tregua de los Doce años, que supuso una paz con los holandeses, coincidiendo con una medida tan relevante en el interior como la expulsión de los moriscos. En la corte encontró oposición en la reina Margarita de Austria, en el dominico y confesor del rey, fray Luis de Aliaga, en don Baltasar de Zúñiga e incluso en su propio hijo el duque de Uceda, que le sustituiría en la privanza en 1618. Ese año se retiró de la corte y consiguió el cardenalato que tanto había ansiado y que quedaba libre tras la muerte de su tío, el arzobispo de Toledo. Su integración en el estamento clerical y en consecuencia en la jurisdicción eclesiástica, le permitió gozar de una mejor situación que la de sus dos colaboradores cuando los Sandoval fueron alejados del poder con la llegada de Felipe IV y el conde-duque de Olivares. De hecho, muerto el rey, ni el capelo cardenalicio le salvó de la actuación del nuevo valido. Fue recluido en Tordesillas, siendo luego puesto en libertad por presiones del Papa y del colegio cardenalicio. Perseguido por los tribunales, fue condenado a pagar una fuerte suma al Tesoro, además de restituir las rentas y riquezas que se estimó había robado al país durante los años de su valimiento. [*ibid.*]

-

-

los conventos. Mientras que había ciertos obispados, como el de Palencia,, con 24.000 clérigos y pocos más feligreses ; podían formarse en todas las provincias ejércitos eclesiásticos mayores que los que existían de soldados. La gangrena corruptora de la inmoralidad corroía todo el Estado, y estos gérmenes tenían que concluir y acabar con la primera monarquía del Orbe. El rey, que a merced del favorito vagaba por las posesiones de éste en saraos, fiestas y partidas de caza y que prohibía que se introdujeran en su cámara a hablarle de ninguna clase de negocios de Estado, trasladó en el primer años del siglo XVII su Corte a Valladolid, de donde se echo hacia Medina del Campo a la Chancillería y los Colegios para dar lugar a las oficinas de la Corte mientras él vagaba por los montes de Toro y Ampudia, lugares de mucha caza, tras los conejos y las zorras.

En esta última población y en el palacio de su favorito residía el monarca muy a menudo, y en ella recibió a la Diputación de Madrid, que le rogó volviese la Corte a la imperial villa, no sin haberse antes ganado al de Lerma para que aceptase palacios y casa que la villa le compraba y donaba para él y su familia. Estos móviles le decidieron a inclinar el ánimo del apocado Felipe para volver a Madrid, donde la Corte de asentó definitivamente en 1608. En conclusión de este ominoso y al parecer brillante período, cuando vio minado el favorito el Tesoro de la privanza y que su ingrato hijo el de Uceda se había apoderado del ánimo del rey autómata, se retiró de los negocios mundanales, consagrándose, con el patrocinio de Paulo V, cardenal de San Sixto, habiendo fundado durante su dominación y bajo su patronato, según refiere su admirados Vivanco, veinte y tantos conventos de frailes y monjas, amén de la colegiata de Ampudia y su convento de franciscanos.

Esta situación atravesaba y esta época alcanzó en los últimos años Don Diego de Puelles Sanz, y en los primeros Don Francisco de Puelles Torres, y la familia, que buscaba la oscuridad y el sosiego a que le habían llevado sus desgracias, casi se vio envuelta en el torbellino de la Corte del Duque de Lerma, y hasta en la del rey, que residía parte del año en la modesta Ampudia. Nada de ventajas que se sepa sacó ésta de todas estas proporciones, exceptuando un comunicado para su tío hermano Diego y una dignidad para su tío el licenciado Juan de Torres en la nueva y magníficamente dotada colegiata. Y, en efecto, en aquellos tiempo estériles sólo los cargos eclesiásticos eran los codiciados y de valía,

-

porque los civiles, atendido el estado de la Hacienda, eran inaceptables, pues sólo se cobraba una parte del sueldo cuando arribaban las flotas. De cualquier modo, la situación de las cosas parecía que mejoraba, y las prebendas en la familia debían asegurar el bien de la misma para en adelante.

Había casado Don Francisco en 1619 con Doña Catalina Santos Carpintero, de la antigua familia de Carpintero, tan conocida en Valladolid y su territorio, y entre otros hijos que murieron sólo subsistieron Don Diego y Don Bonifacio, teniendo en su compañía a su joven hermana María, doncella hermosísima y recatada, porque la hermosura de las hembras en esta familia era proverbial y venía heredada de la célebre Doña Gerónima de Torres Cartagena, su madre. El cuidado de sus hijos y el pleitear más ricas capellanías para su segundo hijo, Bonifacio, que provenía por la familia carpintero como descendiente en línea materna de los Marcos y Alonsos, fundadores de un rico mayorazgo laical que abarcaba en tierras y viñas el término de Valloria de Alcor, a media legua de Ampudia, donde se trasladaba a menúdo para su inspección y cuidado, viéndosele parte de su tiempo en Valloria desde que se nombró capellán de la colegiata a Bonifacio, que en este tiempo crecía al lado de sus tíos, personajes de cuenta en ella, pero que abrigaba muy distintos pensamientos, como adelante se verá.

Crecía en tanto también en discreción y hermosura y la celebridad de estas raras prendas su hermana María en este tiempo, produciendo rivalidades entre los jóvenes y disputándose su amor los mancebos más apuestos y bien nacidos de la comarca ; pero estaba destinada la ponderada deidad por su signo a un enlace novelero de que nos vamos a ocupar. Llegó ese año de 1630 y se alojó allí, para cubrir las guarniciones de Portugal, un tercio de soldados riojanos alaveses, que pasaban a aquel país que, mal avenido con su incorporación reciente a España, trataba de frenar la dominación castellana, y Lerma intentaba sujetarlo con numerosas huestes de sus mejores soldados[75]. Venía entre la tropa

[75] No se podía mantener un Imperio con las dimensiones del hispánico sin disponer de un ejército eficaz, sufragado por todos los reinos. Esta propuesta fue rechazada por las Cortes de Aragón, Cataluña y Valencia, aunque luego (1626) las presiones que se ejercieron en ese sentido hicieron que fuese aceptado por todos, excepto por Cataluña, que desde ese momento se vuelve hostil y rebelde contra la Corona. No obstante, todo este diseño empezó pronto a chocar con inconvenientes reales, como eran la bancarrota española y la pérdida de la flota, hecho que se complicó aún más con el intento de reformar la Iglesia en el sentido de que España se quedase con parte del dinero que iba hacia Roma. Ese mismo año se negocia con el Papa, pero pronto surgen revueltas ; en 1632 se subleva Vizcaya y se registran tumultos por causa del impuesto sobre la sal, obligando al Gobierno a negociar y a dar marcha atrás, entre 1630 y 1634 hay levantamientos en Portugal,

-

un joven alférez de reconocida valentía y de antiguo linaje llamado Pedro de Puelles y Alvid, natural de Labástida, allá en las merindades[76] de Navarra, cuyo joven, galán y apuesto por demás y amigo de novedades, al oír sonar su apellido dentro del pueblo, que él creía sólo existía en su país y en Autol, donde por aquel tiempo estaba extinguiéndose ya, picado de la curiosidad natural se presentó en casa de Don Francisco, quien a su vez se sorprendió agradablemente con el encuentro. Discurriendo sobre su entronque, pues uno y otro no habían oído hablar más que de sus parientes los señores de Autol, tuvieron que remontarse al solar primitivo de la familia en Avalos y Labástida, donde vigorizaron sus ramas, sacando en consecuencia de todo que siendo de un mismo linaje y origen no se tocaban ya nada, por haber más de dos siglos y medio que se había verificado la separación de las ramas y habiendo más de diez generaciones de por medio, de modo que siendo de la misma estirpe no era ya ni aún parientes.

Alborozado Don Francisco, presentó a Pedro su corta familia, y al ver [*éste*] a María de Puelles, su hermana, quedó tan prendado y fascinado de su rara hermosura, que decidió aquel instante de su porvenir y vida. Ciegamente enomorado pasó los cortos días que estuvo en el pueblo, y al marchar para Valladolid recabó de su hermano permiso para entrar en correspondencia con la beldad ; aquél, lejos de oponerse, se halagó en su orgullo y gusto al ver el entronque de su misma raza, del cual estaba muy satisfecho y que el destino le proporcionaba. No fue menester más para que Pedro de Puelles solicitase el retiro del servicio, dejando para siempre una carrera a la que su genio particular le llamaba y tras haber inventariado los bienes que en Labástida tenía por muerte de su padre, pasó a avecindarse en Ampudia y a incorporarse en adelante a la rama castellana por enlace con la mujer más hermosa del territorio. Recién casado estaba y ya desempeñaba [*en la familia*] un papel muy importante por haber reunido un buen caudal con lo que trajo de su país

contra el Ejército y contra el impuesto sobre el consumo, y entre 1629 y 1634 se reactivan los disturbios en los Países Bajos, coincidiendo en el tiempo con la acentuación del ya citado conflicto entre la Corona y las Cortes Catalanas (1633-34), que culmina en el levantamiento de los payeses.

[76] La merindad, llamada así por estar bajo la jurisdicción de un 'merino', era un distrito con una villa los siglos XI y XII, estuvo arraigada sobre todo en Castilla. En el reino de Navarra hubo cinco merindades: importante que defendía los intereses de los pueblos de su demarcación. La institución, que apareció en Pamplona, Estella, Tudela, Sangüesa y Ultrapuertos ; en 1407 se les incorporó Olite, y en 1530 desapareció la de Ultrapuertos, aunque no los derechos de sus habitantes. Pese a las vicisitudes del régimen foral navarro, las cinco merindades han subsistido hasta nuestros días como distritos territoriales de ámbito local. Las merindades aragonesas -que también las hubo- sólo actuaron a efectos fiscales. [Nueva Enciclopedia Larousse, op. cit., pg. 6429]

-

y la dote de su bella mujer, y ya ocupaba en 1632 las funciones de Alcalde de Hijosdalgo a que un natural lucimiento le llamaba, cuando a resultas de lo que vamos a exponer se viera en un gran compromiso.

Existía en aquel pueblo a su llegada un joven acaudalado y nieto de un tal Pedro García Herrera, un rico ampudiano que había fundado en 1455 un hermoso hospital, que aún subsiste, denominado de Santa María de la Clemencia y que como descendiente de un bienhechor distinguido en sus anales, era su nieto altamente considerado y bien visto, siendo uno de los hidalgos más halagados y favorecidos de las damas. El mozo, que era de la edad de María, prendado de su hermosura, había puesto en ella su pensamiento, y casi le halagaba la ilusión de alcanzar su mano, cuando su turbia estrella trajo al riojano a la villa. Premiado éste con el amor de María al corto tiempo, fue tal el disgusto que esto le produjo, que en su ciego despecho se tonsuró y despidió del mundo el mismo día de su casamiento. Mas como resabios naturales y cosa violenta contraria a sus hábitos guardaba en su pecho el bueno del capellán el rencor consiguiente a su antigua inclinación y el desaire recibido ; dominado por una pasión insensata para con la hermosa y honrada Doña María, la demostró de un modo harto imprudente.

Era el domingo 21 de Octubre de 1633, y dentro del recinto de la colegiata de Ampudia, donde se celebraba una fiesta en honor de la Virgen de la Arconada, patrona del pueblo, se veía todo lo más selecto y lucido de la población. Pedro de Puelles, llevando la larga vara que entonces usaban los representantes de su estado, marchaba [*al frente de*] la procesión alrededor de las naves al lado del abad mitrado, reverendo padre Don Diego de Castañeda, que iba alumbrado por un hermoso hachón por llevar las Santas Formas, cuando el capellán Herrera, que revestído de la lusática marchaba a los lados del palio llevando un incensario como es costumbre en los acólitos recién rasurados, una de las veces que se inclinó ante el prelado inciensando la majestad, como efecto de distracción o descuido dio a Pedro de Puelles con el incensario de plata un recio golpe en el rostro, regando las ascuas sobre su vestido. Pálido y tembloroso de emoción y contenido en atención a la situación del caso y a la reverencia del lugar se mordió nuestro pariente el mostacho, trémulo y descompuesto el semblante, no echando mano a la espada que al cinto llevaba por tener ese valor heroico que nos hace en solemnes ocasiones recurrir a la calma venciéndonos a nosotros mismos, que es la victoria más difícil.

-

-

Gran alboroto y escándalo produjo esta villana acción en todo el recinto sagrado, donde se levantó un murmullo de indignación contra el menguado capellán, sintiendo doblemente la ofensa la bella Doña María, que hacía poco era madre de su primera hija, Agustina. El abad, terminada la función a nombre del Cabildo, satisfizo y alabó el comedimiento del Alcalde de los Hijosdalgo, ordenando la prisión y causa para el descomedido bachiller Herrera. Pero Pedro de Puelles, que no aguardó a que ésta se verificara, dirigiéndose a la sacristía, buscó al capellán insolente, y sacándolo de una oreja al vestíbulo de la iglesia, le dio públicamente de pescozones, recibiendo él por su parte algunos golpes y puñadas del hidalgüelo aporreado y sufriendo el insulto de oírle al Herera la expresión atrevida de que "*siendo un advenedizo y oscuro soldado recién instalado en el pueblo y tal vez mal nacido, pues no se sabía su origen y clase, presidía el citado de Hijosdalgos, y habiendo fingido el apellido que llevaba para casarse con la mujer más hermosa de Ampudia*".

Rayó en furia el enojo de Pedro de Puelles, y ante la concurrencia que acudió gritó todo convulso: "*Os lo he de probar, Seor clerizonte mal hablado, no por vos, que nada valéis, sino en vindicta de mi honra y del estado a cuyo frente estoy, que soy de esclarecida estirpe y descendiente de reyes en línea recta, y antes de dos meses habéis de saber con evidencia lo que se pondrá ahora tal vez en duda*". Y, en efecto, adhiriéndose a la causa formada al capellán y tomando en ella una parte activa por lo que a su crédito tocaba, y representado por un procurador, Manuel Moro, pidió se expidieran requisitorias para compulsar documentos y examinar testigos en la villa de Labástida, de donde procedía y era natural, y siendo librados al tenor de los interrogatorios marcados en este célebre expediente, cuya copia existe en nuestro poder, y antes de que los tres meses dieran término probó y justificó plenamente con la información de los testigos más principales y ancianos de Labástida, así como por las copias de los asientos y matrículas copiadas de la Real Casa de la Piscina, situada en dicho término, que tanto él como su hermano Gerónimo de Puelles y Alvid, hijos del distinguido Pedro de Puelles y Amunio y de Clara de Alvid, nietos de Francisco de Puelles Montoya y de Teresa de Amunio y viznietos de Pedro de Puelles y Catalina Montoya, hijo que fue de Iñigo de Puelles, muerto el último en 1495. Eran todos de la raza y linaje real del rey Don Sancho el Mayor que lo fue de Nava-

-

rra, de gloriosa memoria[77], que como tales descendientes en línea recta de tan ilustre tronco, de donde procedían todos los linajes reales de España, habían sido y eran diviseros y caballeros de la dicha Real Casa de Santa María de la Piscina, donde tenían entrada y asiento según los estatutos que en su fundación le dio dicho preclaro señor, que empezó a reinar en ella en 1065 y murió en 1104[78] dejando ordenada la fundación de este Real Casa, que fue erigida por su hijo Ramiro en 1136, poniendo al frente y por primer capellán a su pariente Virila, abad de San Pedro de Cardeña.

Este voluminoso legajo vino a Ampudia y se presentó en la causa, que más que al castigo del travieso capellán tendía a instancias de Pedro de Puelles a comprobar su esclarecida ascendencia y linaje y que era digno de estar al frente de la nobleza de Ampudia y enlazado con Doña María. Hasta ese punto llevó el arrogante Alcalde la vindicación de su honra y el esclarecimiento de su prosapia, fervor y manía inherente a aquel tiempo en que se estimaba más la honra y el linaje que las riquezas, y que sin pretensiones de orgullo habría llevado a cabo cualquiera [*incluso*] en nuestros días si hubiera sido blanco de un insulto tan atroz y público. Pero hombre religioso y honrado, pasada esa circunstancia desarmó su brazo y fue el primero en interceder por su enemigo al tribunal del Abad 'nullius', que terminó la causa con la prisión que sufrió Herrera por un año y con lo que se acabó de colmar Don Pedro de lucimiento y prestigio, pues probó sobradamente no sólo con documentos, sino con su magnanimidad, que era digno descendiente de una real estirpe.

Este incidente puso en la más alta reputación el lustre de nuestra familia, que de suyo lo tenía, y quedó vinculada casi en adelante en ella el cargo honorífico de Alcalde de

[77] Sancho III el Mayor (992-1035), rey de Navarra, hijo de García Sánchez II, sucedió a su padre en el año 1000. Gustaba de autodenominarse 'Emperador de España', dado que, en efecto, bajo su mando el reino de Navarra dominó las dos vertientes de los Pirineos y, por herencia de Elvira, su esposa, los condados de Castilla, Alava y Vizcaya. En 1030 atacó militarmente a León, anexionándose también este reino. Su reinado se caracteriza también por la apertura a Europa de los reinos hispánicos, introduciendo en los mismos costumbres e instituciones europeas, como el 'feudalismo' ; esa apertura abarcó igualmente a la Iglesia romana, fundando diversos monasterios cluniacenses y potenciando la 'ruta jacobea' como unión entre los distintos reinos peninsulares. A la muerte de este monarca, su territorio quedó nuevamente dividido entre sus hijos por herencia. [*Enciclopedia Multimedia Durvan* CDRom]

[78] Aunque parece como si se estuviera hablando del mismo monarca, no se trata ya aquí de Sancho III el Mayor (no coinciden la fechas, como puede verse), sino de Sancho Ramírez (1043-94), rey de Aragón, hijo de Ramiro I, a quien sucedió en 1063. En 1076, al ser asesinado Sancho IV de Navarra, aceptó esta corona, y ambos reinos permanecieron unidos hasta 1134. [*ibid.*]

-

-

Hijosdalgo, creyéndose los demás vecinos honrarse y realzarse con sus enlaces con ella. Pedro de Puelles tuvo a poco el premio de sus generosos instintos, pues a más de la alta estimación que con sus vecinos tuvo, él y su hermosa María, así como su descenden-cia, fueron llamados diez años después a la sucesión de un rico mayorazgo que había fundado el canónigo dignidad Juan de Torres, tío materno de Doña María, consistente en casas y pingües heredades, a cuya sucesión llamó a 5 de Febrero de 1635 después de su otro sobrino Don Diego de Puelles, licenciado en Teología y canónigo de Ampudia, sucediéndole a su muerte su hermana María, mujer del dicho Pedro de Puelles, siguiendo en adelante la línea recta de ella, y al extinguirse y faltar pasaría a la descendencia de varón de su otro sobrino, Don Francisco de Puelles Torres, nuestro quinto abuelo, según todo consta en la copia legalizada del testamento de dicho Juan de Torres, que existe entre nuestros papeles. Sin embargo, por poca suerte nuestra este rico mayorazgo de Ampudia pasó a la hija mayor de Don Pedro de Puelles, Doña Agustina de Puelles y Puelles, que se enlazó con Don Juan de Morales, según consta de su testamento, que también conservamos, llamando a la sucesión del vínculo a su hija Doña Antonio Morales y Puelles, que casó con Don Alonso Villafañe, y de ésta pasó a su hijo Don Alonso Villafañe Morales y Puelles, y siguió en la generación de los Villafañes Puelles hasta mediados del siglo pasado, en que se lo disputaron los Conchas Puelles.

Antes de acabar de hablar de Doña María y de Don Pedro el de Labástida que tan dichosa y arrogante pareja fueron diremos que murieron después de la mitad del siglo XVII, dejando a más de Doña Agustina, la mayorazga casada con el Morales, otras tres hijas, llamadas Luisa, Ana y María de la Cruz, cuyas bellas y decorosas doncellas fueron tan orgullosas de su estirpe que prefirieron ser célibes o monjas a casarse, como la mayor, con hombres que no fueran de su linaje, que entonces desgraciadamente no había y después tanto abundaron, dejando al morir sus bienes a su sobrino Don Diego, como veremos más adelante. La mayor, Doña Agustina, tronco materno de los Villafañes, ricos hidalgos, lo fue también por otra hija que tuvo llamada Doña Margarita Morales y Puelles, casada con Don José Beltrán de Vedia, de otro nuevo linaje que se estableció en Villamañán, de donde procedían los Beltranes de Vedia, y de quienes no sabemos si continúan existiendo.

-

Tocamos, pues, la mediación del siglo XVII y los últimos años también de Don Francisco de Puelles Torres, que dejando las capellanías de Valloria de su hijo Bonifacio y su caudal de Ampudia a su mayor Don Diego, habidos ambos de su difunta mujer Doña Catalina Santos Carpintero, sucumbiendo él mismo en 1650 dejando dos hijos bien considerados y acomodados, el uno para que continuara su linaje, y el más chico, Bonifacio, para que abrazara el estado eclesiástico a que era muy afecto Don Francisco y entre cuyos miembros se había criado, pues era sobrino y hermano, como lo hemos visto, de dos eclesiásticos de jerarquía, contando que su hijo llegaría también algún día a tocar igual resultado, y así hubiera sido si Bonifacio no hubiese tenido otra vocación diferente.

-

-

CAPITULO XIV: Biografía de Don Diego de Puelles Santos Carpintero, que vivió a fines del siglo XVII. Sus desarreglos y prodigalidades, que fueron origen de la pobreza de sus descendientes. Suerte y aventuras de Don Bonifacio, que siguió la carrera militar. Descendencia de ambos

Acontece por desgracia en la serie y generaciones de las familias que se suceden individuos encontrados en cualidades y proporciones, originándose de aquí mil consecuencias funestas las más veces para un descendiente, y los sudores y afanes de los unos vienen a ser la ocasión de desvariar de los otros. Hemos visto, y tocamos hasta en la existente y actual generación por nuestra desgracia estos ejemplos, con harto dolor y sin poderle poner remedio, pues proviene de un sino fatal que traen de más alto para que los trabajos y sacrificios de una generación aplicada recaigan para perderse en otra haragana y de desordenados instintos ; pero como ley general y aplicada sin excepción a la especie humana, debemos considerarla más bien para poner remedio en cuanto quepa y contribuir a neutralizarla en lo posible con una severa educación en nuestra descendencia, a fin de extirpar estos gérmenes y funestas inclinaciones, origen de las vicisitudes más crueles y trascendentales.

Después de esta digresión precisa, pasemos a ocuparnos de la descendencia de Don Francisco de Puelles Torres, la que nos ha sugerido estas sentidas consideraciones, y más que nada los símiles y paralelos que tenemos a la vista, si Dios en su clemencia no los desvía de su funesto curso. Veinticinco años escasos contaba Don Diego de Puelles Santos Carpintero cuando su padre murió, dejándole si no una herencia crecida, bienes suficientes al menos para pasar holgadamente su vida con tal que hubiese tenido la suerte de no disminuirlos, ya que no tenía el acierto de aumentarlos. Su posición, además, era envidiable, pues estaba emparentado por su abolengo con las familias de más valía e influencia en la población, y era tal el brillo de su apellido, que lo hubieran codiciado todos para enlazarlo con sus hijas, pero Don Diego, que creía era interminable y duradero todo el mundo, incluso la mocedad, sin que en la senda de flores que se le abría se hubiera de tropezar con abrojos y zarzas, desentendiéndose de los buenos consejos de su tío Don Diego, que ya en su edad avanzada había alcanzado un alto puerto de dignidad también en la colegiata, y los de sus parientes los de Labástida, que de buena gana lo habrían en-

-

troncado con la mayor de sus hijas, Agustina, llamada a la sucesión del pingüe mayorazgo de los Torres, se entregó tan de lleno al libertinaje y a los vicios del juego y las francachelas que al poco tiempo dio fin a la mayor y más granada parte de su hacienda, dándole el mal ejemplo a su hermano Bonifacio el capellán, que con un modelo semejante y de tan pernicioso contagio, dejando a su vez los estudios y la asistencia del coro, se hizo compañero de su hermano Diego en los galanteos, quimeras y cenáculos de que resultaran tantas heridas, alborotos y escándalos que el uno, por no verse preso, tuvo que ocultarse en Valloria, mientras que el más pequeño, Bonifacio, que tenía más nobles instintos, pero contrarios a la carrera eclesiástica, se marchó a Valladolid, donde merced a la gentileza y buenos modales , al sentar plaza en un regimiento valón lo hicieron distinguirlo, pues entonces no se escalaban los puestos de la milicia más que por el ingreso en las filas o sacando directamente una plaza de oficial.

Dejemos a nuestro Bonifacio corriendo los azares de las guerras crueles y lejanas de aquel tiempo y volvamos a nuestro prófugo de Valloria, que cansado de estar oculto en las posesiones que eran de su padre, determinó cambiar de vida y aplicarse a alguna cosa. Vuelto a Ampudia, se presentó en casa de su tío Pedro, el pundonoroso riojano, y cual otro hijo pródigo al parecer arrepentido, le pidió su consejo y a la mayor de sus hijas, la pudorosa Agustina, que frisaba entonces en la edad propia para el fin que el primo se proponía, pero su padre, que desconfiaba de su enmienda y que no la creía durable ni cierta, por más que esta unión de ramas hubiese halagado siempre sus deseos, entre dos males que se le presentaban optó, como prudente y religioso, por el menor, pues prefirió cuerdamente no hacer desgraciada a su hija, que en su ciega obediencia de entonces se habría inmolado en aras de su amor filial llevado al colmo, como entonces -repetimos- se acostumbraba. Sin embargo, no desesperando nunca, porque lo querían, de la curación del mal, le dieron a este loco sobrino, al que amaban en el fondo, cierta promesa y palabra de darle la mano de la joven si cambiase por completo de conducta y reparaba con una vida nueva los males que a sí propio y a su mal tratada hacienda había causado.

Ilusionados con esta idea, obtuvieron por su mediación la gracia y el perdón del tío prebendado, que aunque fuertemente indignado, no teniendo más sobrino de su apelli-do que él, pues el Bonifacio había desaparecido del país, ignorándose del todo su parade-ro, le admitió de nuevo a su amistad recogiéndole en sus brazos. ¡¡Qué ocasión más propi-cia

-

-

le deparaba su suerte para realizar su esperanza y rehabilitarse por completo obtenien-do de nuevo el lugar brillante que ocupara y en [*el*] que su honrado padre le dejó!! Pero raro es que el que una vez se despeña vuelva a coger terreno firme y no se vea arrastrado como la piedra que perdiendo su nivel aumenta en su caída, cada vez mayores la violencia y el tamaño de sus vuelcos. Viéndose Don Diego de nuevo con recursos y con una heren-cia de consideración a la vista, sin tener presente ni poder aguardar más tiempo la promesa que de darle a su preciosa prima Agustina le otorgaron, se entregó de nuevo a sus disipa-ciones, concluyendo por casarse con una pobre muchacha, que aunque honrada y bien parecida, era de pobre y humilde clase y sobrina tan sólo de un canónigo. Modesta y labo-riosa [*era*] Doña Catalina Sánchez, que desde el momento de su enlace iba a ocupar la posición de hidalga, y ganando en categoría lo que perdía en bien, pues harto caro le había de costar al fin el honor de casarse con el perdido señorito ; toda su vida se la llevó la po-bre señora maltratada y abatida, pues ni tenía sosiego en su casa, ni comodidades ni abun-dancia, porque es sabido que en la casa del hombre disipado faltan a un tiempo el sosiego y los recursos. ¡¡Cuánto más le hubiera valido para su felicidad de la pobre Catali-na que se hubiera casado con un labriego sencillo a que por sus virtudes era acreedora que con un descendiente del solar real de la Iglesia de Santa María de la Piscina y un linajudo pero degenerado nieto de los señores de Autol, si éste al par de su caudal perdía su crédito y valimientos!!

[*Este*] se vio repuesto al parecer a la muerte del canónigo Don Diego de Puelles, que amando a su sobrino y a su pobre prole todo, le dejó sus bienes a su fin, compadecido de esta descendencia que con tan tristes auspicios nacían al mundo, pero duró tan poco su conducta que aún no se habían corroído los despojos mortales del bueno del prebenda-do, cuando nuestro hombre gastaba y jugaba empeñando sus fincas, pues no era de ellas más que dueño usufructuario, que estas cortapisas le hubo de poner el tío. El juego, esa pasión que embriaga y fascina al desgraciado que pierde o maltrata más que al hombre a quien halaga y sonríe, había enloquecido tanto al pobre de Don Diego, que creía encontrar en el azar de los naipes, juego ya de la época y que estaba en todo su auge, la imagen de una negra fortuna, la que cansada de maltratarle le debía dar de nuevo todo lo que le arre-bató. No pudiendo hacer [*nada*] en el pueblo de los suyos, pues lo seguían de cerca, se iba a menudo a Valladolid, que apenas dista seis leguas, y en aquella capital populosa y relajada

-

se entregaba a su pasión dominante, mientras que la pobre Doña Catalina Sán-chez, arrullando y apretando contra su pecho un tierno y demacrado niño, regaba con su llanto al heredero de tanto infortunio, al desgraciado Manuel, que en memoria de su abuelo materno, estando en oposición del todo con los suyos, le había puesto ese nombre, que no había habido en la familia hasta que se lo impuso a su primogénito su disipado padre.

Cuando nada ya tenían, y empeñadas sus rentas, se vio del todo abandonada la pobre señora, a la que socorrían y visitaban sus primas las Puelles hijas del de Labástida, las tres hermanas solteras, que en unión con la mayor, Agustina, que ya en este tiempo había casado con un rico propietario llamado Don Juan de Morales y entrado en la pose-sión del hermoso mayorazgo de Juan de Torres, perdido para siempre para la familia. De forma que lo que éste creó para lustre y esplendor de los hijos de su hermana lo había perdido el mancebo no casándose con su prima y obligando a ésta, con un marcado de-saire, a emparentarse con otra [*familia*]. Ella y sus hermanas Ana, Luisa y María de la Cruz, solteras y hermosas aún todavía, eran los ángeles custodios del niño desamparado, y juntamente las lágrimas de las hidalgas con las de la bella pedrera prometían todas a una consagrarse al tierno niño que en tanto extendía sus manecitas a sus respetables y dignas tías ajeno de las desgracias y reveses que le aguardaban. Este niño, que debiera mecerse en lujosa cuna atendida la riqueza que su abuelo y tío le habían dejado, habiendo entrado además en posesión de un pingüe vínculo que su padre no supo y tuvo en su mano el adquirir, se veía envuelto y arropado en los paños y vestidos que sus tías le mandaban, alimentándose con lo que ellas le traían.

¡¡Triste, pero ejemplar caso de los males que acarrea y lo que trastorna el bienestar de una familia una cabeza infeliz, purgando los más inocentes y puros de sus individuos los deslices de sus padres!! ¡¡Terrible y provechosa lección que a pesar de verse tan frecuentemente aplicada, nadie que nace con el signo desgraciado acierta a tomar nunca [*el camino correcto*], pues lejos de corregirse en cabeza ajena, ni aún la suya se alecciona, porque el pródigo y disipado destruye cien veces si cabe lo que a las manos le venga!! ¿[*De*] qué le habían servido a los padres y abuelos de Don Diego sus afanes y cuidados? ¿Qué había hecho éste de las extensas heredades, de los frondosos majuelos y de las unmerosas casas? Ni los muebles y alhajas vinculadas a su casa y santificadas al parecer con el contacto de las manos de sus progenitores habían sido respetadas ; todo, todo había de-

-

-
saparecido en su tiempo: los sacrificios de los Puelles, los ahorros de los Torres, los afanes de los Carpintero, todo se había disipado, y no teniendo ya qué malversar, iba a empeñar hasta el apellido ilustre de su casa. [*Ese patronímico*], que no pertenece nunca exclusivamente a un solo individuo y que no es un despojo el que se le hace a un linaje entero, estaba tal vez a punto de deslustrarse también.

Dejemos, pues, estas serias y tristes reflexiones y ocupémonos de bosquejar las raras aventuras y penalidades de Don Bonifacio, que errante y solo por el mundo en el entretanto, rehacía con sus trabajos, azares y proezas las parte que le había cabido en la gran ruina de su casa, recordando con dolor sus hogares y las viñas de Valloria que había perdido para siempre, ya habiendo llamado con su abandono a la finca de los Villalba, otra noble familia a quien por su evasión había ocasionado entrar en el goce y disfrute de esta pingües capellanías, pues no existían ya otros varones de la línea de los Marcos con cualidad de tener aptitud. Ya dijimos que habiéndose marchado a Valladolid y tomando bandera en un tercio valón que allí se alojaba en clase de distinguido, como cuadraba su clase, la que como dijimos reveló en su ademán y modales, marchó a poco a Cataluña, invadida por los franceses[79], que tenían sitiada la villa de Salses en el Rosellón al mando del célebre Príncipe de Condé[80], mandando el ejército español el Marqués de los Balbaros

---

[79] El reinado de Carlos II estuvo caracterizado por un relevo en la hegemonía europea, siendo ahora Francia la nueva víctima propiciatoria ; se supera asimismo la conflictividad religiosa con la firma de la Paz de Westfalia. Es en esta situación donde hay que enmarcar la pretensión de Luis XIV de Francia de convertirse en sucesor de la dinastía española ; a tal fin se encamina su estrategia en política exterior, con la *Guerra de la Devolución*, en el curso de la cual interviene contra los intereses españoles en Flandes, entrando en Holanda (1684) y en Luxemburgo y culminando su acción agresiva con la toma de Barcelona en 1687. La paz subsiguiente obliga a Francia a devolver Luxemburgo y Barcelona, pero este país sería desde ese mo- mento el árbitro de los asuntos europeos. Toda la política exterior de Carlos II se articula en torno al conflicto con Francia y en organizar la defensa del Imperio desde la nueva óptica geopolítica.
[80] Luis II de Condé (1621-1686), llamado 'el Gran Condé', fue uno de los más notables militares de su tiempo. Tras numerosas campañas por toda Europa, en 1647 se le envió a Cataluña y fracasó en el sitio de Lérida. En 1648 aniquiló en Lens los restos de la temible infantería española, los tercios, cuyo prestigio había debilitado ya en Rocroi ; de este modo apresuró la conclusión del Tratado de Westfalia. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 2.200] Durante la dinastía de los Austrias, Cataluña constituyó un estado autónomo dentro de la monarquía hispana, coincidiendo con la primacía que en todos los órdenes –político, cultural, económico y demográfico- ejerció Castilla dentro de España y con su proyección hegemónica en el exterior. Para Cataluña fue una etapa gris, cerrada sobre sí misma, siendo únicamente importunada por los ataques del poder central contra sus libertades y privilegios, especialmente en relación con problemas jurisdiccionales y fiscales. Todas esas cuestiones se resolvieron con relativa serenidad, exceptuando la crisis de 1640, planteada por la política asimilista, centralizador y de extorsión económica del Conde-Duque de Olivares, Ministro de Felipe IV. El episodio, involucrado en la Guerra de los Treinta Años, desembocó en la Guerra de Separación de Cataluña (*guerra dels segadors*). Esta última se canceló con un desprestigio para la monarquía, que tuvo que reconocer de nuevo las constituciones de Cataluña, y con un serio quebran-
-

y los somatenes almogávares el Conde de Santa Coloma, Don Damián de Queralt, que tan trágica muerte había de recibir después comandando el Principado y dentro de Barce-lona. Siguió la guerra extranjera, surgiendo también la civil a consecuencia de la indispo-sición de la gente del país con los castellanos por los alojamientos, guerra horrible y cruel, más terrible que la de Flandes y el Milanesado.

Dejando las ásperas vertientes de los Pirineos, tuvo la suerte nuestro Don Bonifacio, que había ya subido algunos grados en la milicia, de pasar a las llanuras de la Lombardía, donde también se libraban terribles combates entre franceses y españoles, al mando éstos del Marqués de Caracena. Desde allí pasó con una división a Flandes, donde tuvo la desgracia de recibir una herida en Rocroi, la célebre batalla ganada por Condé[82], y estropeado para el servicio y cansado de tantas correrías logró volver a su país con motivo de la célebre Paz de los Pirineos[81], en la cual se concertó la boda de la Infanta Hija de Felipe III con el que había de ser el futuro Luis XIV[82]. Interminables sucesos habían ocurrido en estos años del 40 al 60, que fueron en los que sirvió Don Bonifacio, pues desvencijada y mal parada la monarquía de Felipe IV, dominado por su favorito el Conde-Duque de Olivares, tan célebre en su privanza, y su sobrino Don Luis de Haro, Marqués del Carpio, que le sucedió en ella, habiéndose agotado para sostener esta lucha gigantesca en diez teatros diferentes.

---

to para los catalanes, cuyo territorio fue mutilado por la incorporación a Francia de los condados del Rosellón y la Cerdaña en virtud del Tratado hispanofrancés de los Pirineos, en 1659. [*ibid.*, pg. 1.822]

[81] Con este Tratado firmado en 1659 finalizó la guerra entre la Corona española y la francesa declarada en 1635 dentro de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) y la rebelión de Cataluña de 1640 o 'guerra dels Segadors'. Dibujó una nueva frontera franco-española en el Pirineo oriental, modificada por la presencia en la zona -durante 19 años- del Ejército francés, coaligado con los protagonistas de la rebelión de 1640. Fue firmado en la isla de los Faisanes por Luis Menéndez de Haro, representante de Felipe IV, rey de Es-paña, y el cardenal Jules Mazarin, representante de Luis XIV, rey de Francia. Según la Paz de Westfalia (1648), Se aprobaron cláusulas relativas a la reorganización territorial de Europa y a las relaciones comerciales y políticas entre Francia y España. En la frontera del norte Francia recibió, junto a las plazas de Metz, Toul y Verdún, algunos territorios de los Austrias españoles: el condado de Artois, Hainaut, Lu-xemburgo y Rocroi. Los franceses devolvieron a España el Charolais —en el Franco-Condado— y las con-quistas de Italia. En la frontera catalana del sur, devolvieron territorios ocupados a cambio del dominio sobre el Rosellón, el Conflent, el Vallespir y una parte de la Cerdaña. Los negociadores españoles aceptaron la mutilación de Cataluña a cambio de mantener posiciones en Flandes. La Paz de los Pirineos fue complementada por el Tratado de Llívia (1660) que acordó el paso a la soberanía francesa de 33 pueblos y lugares del valle de Querol y el Capcir, quedando el enclave de Llívia bajo dominio español pero rodeado de tierras francesas. Así se trazó de manera más precisa la división de la Cerdaña entre Francia y España. Una cláusula de trascendencia política fue el matrimonio de Luis XIV con la hija mayor de Felipe IV, María Teresa, que años más tarde abriría las puertas del trono español a los Borbones. [Encarta '98 CD- Rom]

[82] Felipe IV, en realidad, y el novio ya era Luis XIV.

-

-

Ardía la guerra civil en Cataluña, que se había rebelado y proclamado a Luis XIII Conde de Barcelona, Portugal, siempre mal avenido con nuestra dominación, había alzado a Juan IV, Duque de Braganza y marido de la ponderada Leonor de Guzmán, de la Casa de Medina-Sidonia, perdíamos el Rosellón para siempre, andaba agitado Nápoles por Massaniello y Genaro Agnese, perdíamos en Flandes y los Países Bajos batallas y provincias, se humedecían con sangre española los fértiles campos de la Lombardía, y para colmo de desgracias, perdidas las colonias portuguesas teníamos cortadas las comunicaciones con las nuestras por las flotas de Francia y Holanda juntas, que las interceptaban, no estando seguras ni aún nuestras propias costas de las incursiones y piraterías de los berberiscos. Agonizaba el gran imperio de Carlos V, mientras que su viznieto Felipe IV se entretenía en justar en la Plaza Mayor de Madrid o asistiendo a funciones teatrales, entonces en gran boga, obsequiando entre bastidores a la célebre María Calderón, de quien tuvo el bastardo Don Juan de Austria, y mientras se perdían reinos y provincias lo adulaba Melchor de Guzmán, el Conde-Duque, con el dictado de grande, dándole por escudo en un torneo el emblema de un pozo u hoyo con el mote singular de "*Mientras más agua se le saca, más grande es*", irónica, pero verdadera imagen de lo que se perdía en su reinado. Llegó a tanto su avilantez, que al alzarse el Duque de Braganza con el reino de Portugal felicitó el día que llegó la nueva al rey, que estaba en un festín, dándole la enhorabuena por encontrarse con un ducado más, el de Braganza, ganado a poca costa y doce millones de rentas que éste producía.

El desquiciamiento y la inmoralidad corroían el Estado, que amenazaba una próxima ruina, y a semejanza de un edificio viejo, por más puntales que con su sangre y su oro le ponían todas las clases, crujía y se desmoronaba. ¡¡Tristes, pero naturales y amargas consecuencias del gobierno de los favoritos, de la expulsión de los moriscos y de la conquista de inmensos territorios y lejanas provincias que no podíamos sostener!! ¡¡Lección severísima que nos daba la Providencia de nuestro ciego orgullo y proverbial jactancia!! Pues por sostener reinos distantes dejábamos desmembrar el mal unido territorio de la Península, con la pérdida de Portugal. Brillaban únicamente en este tiempo las musas en el teatro, con Calderón y Moreto y otros mil ingenios de gran fama, y la pintura nacional con Velázquez y Murillo ; todas las demás ciencias enmudecían al crujir de los cerrojos de los calabozos de la Inquisición, que estaba en todo su auge. Las costumbres, por su

-

parte, estaban tan pervertidas que el ocio y el libertinaje lo habían invadido todo. Tal fue la época que alcanzaron a conocer y a que rindieron culto los dos citados hermanos, mas si el uno se dejó arrastrar por la corriente que a todos arrebataba, al otro le hemos visto en sus campañas y correrías militares adquirir un respetable grado, cual era el de capitán, ganado entonces con proezas infinitas, y que al retirarse inválido del servicio, el Estado, que no le podía pagar, le dio, como era de costumbre a sus buenos servidores, un corregimiento[83], como a otros daba canongías.

El [*corregimiento*] de la villa de Palenzuela, junto a Burgos, fue el destinado a Bonifacio, y estando en él en 1670 conoció en Burgos a su [futura] mujer, Doña Casilda Zumel de Velasco, de una familia antigua de ella y sobrina del general de este nombre[84], con la cual casó en 24 de Febrero de aquel año en la Parroquia de San Gil, y de quien tu-vo dos hijos, Doña Teresa de Puelles, casada con Don Jacinto de la Concha, padres de Don Vicente de la Concha Puelles, que pleiteó en 1748 derechos a los mayorazgos de los Torres y Marcos en unión de su sobrino Don Lorenzo Veneras Concha Puelles, hijo de una hermana de Don Vicente. El otro hijo de Don Bonifacio, llamado Don Victoriano de Puelles y Zumel, tomó el hábito de cartujo en Miraflores, convento célebre de Burgos fundación de Don Juan II y de su hijo Enrique IV, en el que habiendo hecho para entrar una lujosa información de su alto linaje paterno, murió a principios del siglo XVIII, o sea en el año 1730, en loor de santidad. Es el único Puelles del que sabemos que vistiera la casulla, porque en esta familia ha sido siempre mayor la propensión al estruendo de las armas que a la quietud y el silencio de los claustros.

[83] La figura del Corregidor, funcionario real establecido de forma generalizada por los Reyes Católicos, había existido en la Edad Media con carácter excepcional o temporal. El corregidor tenía un papel poco preciso en la administración local del Estado, pero ejercía un amplio poder judicial, político y administrativo, que iba más allá del marco urbano al que su cargo aparecía ligado. Fue uno de los más eficaces agentes del autoritarismo regio, y en su demarcación entendía pleitos en primera y segunda instancia, intervenía en la designación de diputados a Cortes y presidía, con absoluta capacidad de decisión, los ayuntamientos. [Encarta '98 CD-Rom]

[84] Debe referirse, por las fechas, a Francisco de Velasco (muerto en 1716), militar y administrador que participó en las guerras del reinado de Carlos II y en 1697 era virrey de Cataluña cuando Barcelona fue tomada por Vendôme, lo que le valió la destitución y el destierro. Filipista, fue de nuevo virrey de Cataluña en 1704. Su incompetencia y brutalidad contribuyeron a reforzar el partido ostracista, de modo que la pobla-ción barcelonesa apoyó el desembarco aliado de 1705, que tomó la ciudad ; Velasco salvó la vida gracias a que el mando inglés le condujo a uno de sus buques. Posteriormente fue gobernador de Ceuta y de Cádiz. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 10.187]

-

-

Nos hemos adelantado medio siglo siguiendo la generación de Don Bonifacio y debemos volver de nuevo a la mitad del XVII, en que dejamos al pródigo Don Diego dejando abandonada a su familia para entregarse en Valladolid a sus hábitos de desorden. En los últimos años de su vida volvió a Ampudia en esa edad que como dice el Libro de los proverbios, "*no es el hombre el que deja los vicios, sino los vicios al hombre*", y reparando en lo posible el mal que había hecho a sus pobres hijos Manuel y Bernardo, cuidó de su educación, pues como la recibió brillante por más que no sacara de ella más que ruina, trató de iniciar a éstos, que de ella y no de sus bienes tenían que subsistir sus desgraciados descendientes, y lleno de pesadumbre y de arrepentimiento tardío murió en Am-pudia en 1680, siendo sepultado en una de las capillas del convento de San Francisco, fundación del Duque de Lerma, vestido con el humilde hábito de la orden tercera como entonces se acostumbraba y cuya mortaja era general que, como decía un francés que escribía sus viajes en aquel tiempo, —*en España no se morían más que los frailes*‖, pues él no vio enterrar más que a éstos.

-

CAPITULO XV: Particularidades de la vida de Don Manuel de Puelles Sánchez ; su sencillez y laboriosidad. Casa y tiene su matrimonio muchos hijos, que se riegan por el territorio de Valladolid y León. Historia de la rama primogénita de su hijo Don Manuel

Con tintes [?] auspicios auguraban [*en*] su vida [*a*] Don Manuel de Puelles Sánchez, que no vio en su casa durante su infancia y juventud más que lágrimas de su madre; sin embargo, llegado a la edad de la razón y comprendiendo la ruina en que estaba envuelta su gente con las prodigalidades de su padre, que lo que no había vendido lo había dejado empeñado, trató de sacar el mejor partido de su presente situación. Tentado estaba de tomar el estado eclesiástico ciñéndose el hábito de San Francisco, en cuyo convento tenía muchas simpatías por haber acudido a él desde niño a estudiar el latín, pero no encontrándose con vocación para ello, empezó a ejercitarse en otras ocupaciones, las más decorosas que podía en consideración a su clase y estado, porque es sabido de sobra que las personas de valía y alto nacimiento que vienen a menos se encuentran con una porción de escollos para buscar su subsistencia que no tienen los demás, pues temen degradarse y humillar la posición que se ilusionan aún estar, único goce, aunque sea vano, que les queda.

No nos dice la tradición de familia en qué [*se*] ocupó el pobre Don Manuel, que ya en adelante nombraremos así, porque desde mediados de ese siglo se firmaban ya así los nobles, estando antes este distintivo aplicado sólo a los reyes y príncipes, pues ni Gonzalo de Córdoba, ni Cristóbal Colón, ni Hernán Cortés ni ninguno de todos los personajes y poderosos infanzones[85] lo usaban, creyendo que su apellido notorio les bastaba, y sólo se lo dejaban a las señoras o a personajes de alcurnia real, pero desde el fin del siglo XVII se rompió la prohibición, tocando en el exceso de hasta firmarse con él. Huérfano como

---

[85] El término ‘infanzón’ designaba en León, Castilla, Navarra y Aragón a una nobleza de segunda categoría, a aquellos hijosdalgo que en sus heredamientos tenían potestad y señorío limitados. Durante el siglo VIII, en el reino astur, se utilizaba para referirse a los descendientes de los ‘hijos de los primates de palacio’ visigodos refugiados allí. En principio, en todos los reinos citados eran nobles de linaje o de abolengo, pero ya a partir del siglo X se concedió el título a hombres libres ; así, en Castilla, a los poseedores de un caballo que luchaban como *milites*. En Aragón se distinguieron los infanzones *hermunios* (los de abolengo), los *de carta* (por concesión individual del rey) y los de *población* (por concesión colectiva del rey a título de fuero de población). En Navarra existieron los de *Obanos* (de abolengo, llamados así porque se reunían en esa villa en juntas) y los *de abarca* (labriegos libres que no dependían de ningún señor). [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 5.199]

-

-

se encontraba de padres y tíos que le protegieran, sólo pudo librar su subsistencia con perseverantes ahorros y desempeñando las cortas haciendas de su tío Don Diego, que su padre le dejó empeñadas. Es lo cierto que algo más desahogado y ciegamente enamorado de Doña María Carpintero Cartagena de la Torre, doncella también pobre, pero de esclarecida parentela, como se dirá, y cuya familia había estado antes por dos veces enlazada con los Puelles, casó en 1688, teniendo a los dos años por su primogénito a Don Manuel de Puelles Carpintero, y otros muchos después, pues Dios le quiso colmar hasta en esto de [*las*] desdichas, pues al que nada le había quedado tenía prole abundante y robusta por demás: Andrés, Tomás, Prudencio, Bernardo, Eugenio, Marcela, María, Catalina, Juana, Ana, Margarita y Gerónima sabemos que existían después de su muerte, habiendo perecido en los combates de la Guerra de Sucesión otros ocho varones, que no cabiendo en su casa, se alistaron en el ejército de Felipe V, lleno, como es sabido, de toda la juventud castellana fervorosa partidaria del primer Borbón, que heredaría los despojos de la Casa de Austria, cuyo último autómata rey, Carlos II, murió en 1700, dejando al morir unos estados caducos y yermos y una guerra sucesoria y civil de trascendentales y ruinosas consecuencias[86]. Y la dinastía, que empezó por un gigante como Carlos V, fue decreciendo tan visiblemente, que acabó [*siendo regida*] por un pigmeo raquítico e impotente.

Pero ahondando nuestra cronología de familia, debemos volver a Don Manuel de Puelles Sánchez, que con más hijos que el patriarca Jacob y más pobre que Job murió en 1714 dejando una numerosísima descendencia que vertería su sangre en las batallas contra

---

[86] La progresiva convicción de que Carlos II no iba a tener descendencia activó la pugna entre los candidatos europeos para hacerse con su herencia. Inicialmente el candidato designado como heredero había sido José Fernando, hijo del elector de Baviera, pero su muerte en 1699 volvió a abrir el problema de elegir entre el archiduque Carlos, hijo del emperador Leopoldo y futuro emperador a su vez como Carlos VI, y Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV y María Teresa de Austria. Carlos II, aconsejado por el cardenal Portocarrero y el partido nacional, optó por Felipe, con dos condiciones: no reunir nunca las coronas de España y Francia en una misma persona y no enajenar parte alguna de los territorios españoles. Cuando murió este rey, el temor de que Francia, aliándose con España, iba a romper el orden europeo empujó a las potencias marítimas, In-glaterra y Holanda, a apoyar las pretensiones del archiduque de Austria, formando la Gran Alianza que en 1702 declaró la guerra a los Borbones. Hasta 1705, ésta se desarrolló especialmente fuera de España, en el Rhin, Flandes e Italia. A partir de esta fecha se convirtió en un conflicto civil azuzado por los intereses de Francia e Inglaterra. En lo que respecta a España, Castilla, aunque contó con alguna oposición, apoyó a Felipe V, mientras que Cataluña y Valencia desde 1705 y Mallorca y Aragón en 1706, temerosos del centralismo Borbónico, se declararon decididos partidarios del archiduque, que desembarcó en Barcelona, donde comenzó a ejercer como monarca efectivo, aunque por poco tiempo. En castigo por la adhesión de Aragón y Valencia al archiduque, Felipe abolió sus fueros (los de Cataluña lo fueron en 1716). [*Encarta ’98* CD-Rom]

-

el Archiduque Carlos, llamado Carlos III por sus adictos, unos pocos, y los demás se regaron por todo el territorio de Valladolid, dejándole tan sólo a sus hijos unas buenas y antiguas ejecutorias y un ancho mundo donde caben los hombres laboriosos que teniendo fe en Dios, que no deja morir en un nido a los pajaritos, no abandona tampoco jamás a la hechura de sus manos, si ésta, con su laboriosidad y ahinco, se propone alcanzar el fin de buscar su subsistencia. Don Manuel de Puelles Carpintero, el mayor de los hijos del difunto, dispersos ya sus hermanos menores y no teniendo nada en Ampudia que he-redar ni que hacer, dejando el cuidado de su madre a las niñas y niños pequeños y los cor-tos bienes que le quedaban, se pasó a Valladolid con algunas cartas y recomendaciones que de su pueblo sacó por aquel principio de que ―*a quien se muda Dios le ayuda*‖. Y, en efecto, se vio tan favorecido por las personas a quienes fue recomendado que a los pocos días le confiaron la administración y mayordomía del convento más rico y antiguo de Valladolid, titulado de Madre de Dios y de la Orden de Santo Domingo de Guzmán, llegando a tanto su valimiento con las buenas y acaudaladas señoras, que el ‗hidalgo notorio de sangre', como él se llamaba, y con razón, porque no se podía jactar de ninguna cosa más, se hizo a poco dueño del convento.

Había casado en primeras nupcias con Doña Antonia Muñiz, que murió sin sucesión, y no necesitando de más para su sostenimiento y bien estar, pues un hombre honrado como él, e instruido en la escuela de la desgracia y de las buenas tradiciones de familia, debía cumplir como tal todo el resto de su vida teniendo asegurado su porvenir. Mas habiendo cultivado en este tiempo estrechamente la amistad del abogado del convento, Don Antonio Esteban Montero, letrado de mucho crédito y valía en la ciudad, conoció de cerca y se apasionó de su joven hija Doña Angela Montero y Zouro, casándose con ella el día 19 de Julio de 1739, ya bien entrado en edad, con gusto y satisfacción de los Monte-ro y los Zouro, muy abundantes en Valladolid.

En la administración de las monjas y tomando el cargo de Notario Apostólico del Obispado que su suegro le proporcionó y el era muy capaz de desempeñar atendída su rara disposición y actividad, corrió tranquilamente sus días, habiéndole nacido a poco su hijo Marcelo o Marcelino ; Felipe de Neri y Justo le siguieron, de quienes nos ocuparemos después. En este tiempo, y habiendo muerto su tío materno Don Gaspar Carpintero en Palencia sin sucesión directa, dejándole una corta herencia, pasó a dicha ciudad, y al ocupar

-

sus bienes se encontró [*con*] que era heredero también de un riquísimo mayorazgo fundado por la familia materna de los Torres en 1658. Estos Torres, como es sabido, eran oriundos de Ampudia, y habiendo ocupado en la Corte otros puestos desde que uno de ellos desde la abadía de Ampudia había sido elevado a la dignidad de Arzobispo de Brindisi en el reino de Nápoles, donde murió, habiendo dejado la última de sus sobrinas, Doña Gerónima de Torres, mujer de Don Francisco Manuel de Lira, secretario del despacho universal del monarca, [*el mayorazgo*] a su sobrino Don Gaspar, como hijo de su hermana Doña Ana, casada con Don Santiago Carpintero y abuela común de los Puelles Carpintero y de los Vicario Carpintero, los otros opositores al riquísimo mayorazgo, consistente en el señorío de Marchamalo, un hermoso palacio en Madrid, grandes rentas en juros sobre la villa, ricos cuadros de Jordán[87] y tapicerías de gran valor, siendo los bienes tales que se calculaban en más de 100.000 reales de renta anual.

Ambicioso y tenaz como todo el que se encuentra por bajo de su natural nacimiento y queriendo volver a sus hijos y familia el bienestar que su abuelo le había quitado, se aconsejó con los mejores abogados de Valladolid, que le consideraron como el verdadero llamado. Y calculando sobre los medios de llevar a cabo un pensamiento tan atrevido como era en aquel tiempo el sostener ante el Consejo de Castilla, patrono nato de los mayorazgos con cargas pías como éste de que se trataba, un pleito tan importante, no queriendo apartar[*se*] tampoco del lado de su familia y encontrándose ya achacoso y rayano en los setenta años, pues esto pasaba en 1760, se entretenía, ya que no con otra cosa, en formar apuntes y árboles genealógicos y poner su titulación y documentos al corriente, sonriéndose con la esperanza y fe viva que tenía de que había de haber en su familia, ya que no

---

[87] Se refiere el autor a Luca Giordano (1634-1705), pintor barroco italiano nacido en Nápoles y conocido como *Luca fa presto* (el rápido) por la rapidez con que ejecutaba sus obras. Estudió con el pintor español José de Ribera, ‘el Españoleto’, y con el pintor y arquitecto italiano Pietro da Cortona, cuyo estilo, junto con el de Paolo Veronese, influyó en el suyo. Vivió y trabajó principalmente en Nápoles, aunque también llevó a cabo importantes obras en Florencia. Entre 1692 y 1700 residió en Madrid, donde trabajó para Carlos II de España. Pintó numerosos cuadros, quizá unos 5.000, cuyas características principales son la armonía de los colores y el encanto y la facilidad de invención. Entre sus frescos están los de la cúpula de la capilla Corsini de Florencia, *Cristo expulsando a los mercaderes del templo* (iglesia de San Filippo da Girolami, Nápoles), la *Batalla de San Quintín* y la *Prisión del de Memoranci* (fresco de la escalera del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, Madrid, España). Entre sus pinturas de caballete se incluyen *Venus y Marte* (Museo del Louvre, París, Francia) y el *Nacimiento de San Juan Bautista* (Museo Metropolitano de Arte, Nueva York, Estados Unidos). En el Museo del Prado (Madrid, España) hay una importante colección de su obra, como *El juicio de Salomón* o *Bethsabé en el baño*. [*ibid.*]

en él, un magnífico mayorazgo. Porque la esperanza, cuando está bien fundada, alienta y vivifica al hombre de tal modo, que goza de antemano y saborea la felicidad aún antes de alcanzarla. El honrado hidalgo casi palpaba este bien porque su derecho era incontrovertible y estaba llamado y preferido a todas las líneas aspirantes, por ser su madre Doña María, la mayor de las hermanas de Don Gaspar, a quien el Consejo declaró el derecho.

Todavía existe entre los papeles de la familia la carta original del tío Don Gaspar Carpintero desde Palencia, donde residía aún, a su sobrino Don Manuel de Puelles, su llamamiento haciéndole comprender la suerte que le cabía por ser su universal heredero ; también entre nuestros papeles los árboles que Don Manuel formaba para acreditar su indisputable derecho. En estos trabajos e ilusiones le cogió su última enfermedad, y llamando a su hijo mayor, Marcelo, que residía en Toro no sabemos por qué y que apenas tuvo tiempo de recoger las últimas palabras de su honrado padre y las instrucciones que éste le dio para lanzarlo a pleitear el mayorazgo que fundó el consejero del rey Carlos II. Marcelo, mozo de resolución y con fibra para todo, después de hacerle a su padre los últimos honores, que fue, como todo beato, enterrado en la iglesia del convento de monjas de Madre de Dios, que había administrado toda su vida, y de consolar a su madre, que quedó al cuidado de los niños Felipe de Neri, nuestro bisabuelo, nacido en 1746 y que escasamente contaba catorce años de edad a la muerte de su padre, y Justo, de diez, formó y planteó su resolución atrevida, propia de un hombre enérgico y lo juega el todo por el todo.

Y fue que auxiliado por su madre, Doña Angela, con algunos escudos y muchas cartas de recomendación de los buenos amigos de su padre, llevando en una maleta su ejecutoria y papeles, cabalgando en una buena mula a guisa de fraile jerónimo o parodiando a Gil Blas[88], cuyo tipo personificado atravesó todas las Castillas y se metió una tarde al anochecer en la Corte, alojándose en el parador de Segovia. Todavía en ese tiempo, pues era a principios del reinado de Carlos III, en cuya dominación se habían de construir

[88] Se trata de Gil Blas de Santillana, protagonista de la novela picaresca del mismo titulo original del escritor francés Alain René Lesage (1668-1747), cuyas principales obras están todas ambientadas en España, país que por lo visto conocía perfectamente. El *Gil Blas* cuenta las aventuras de un pillo y está escrito a la manera de las novelas picarescas españolas de los siglos XVI y XVII. Se la considera una obra maestra en su género y en ella el autor realiza una crítica satírica de la sociedad francesa de su época. A la vez es una interesante obra realista en un periodo de transición tan confuso como es el del paso del siglo XVIII al XIX. Generalmente, se cita a La Sage como el primer escritor, en sentido moderno, que pudo sostenerse económicamente con su producción. [*ibid.*]

-

las carreteras, era el modo de caminar de nuestros abuelos. La resolución estaba tomada con la fe y constancia que había heredado de su raza: él iba a ser su procurador, su oyente y su abogado ; contaba con su lengua para auxiliar, con sus piernas para conductores inexcusables, con su cabeza y su fibra para consejeros pertinaces. Tenía que disputar todo un señorío con una magnífica renta, y bien merecía la pena de luchar con el poderoso adversario de la obra pía, que estaba en posesión en el interregno y favorecida por el rey, [*y*] además con un pariente suyo, Don Iñigo Vicario Carpintero, de su misma línea pero de un grado más bajo por ser nieto de Doña Engracia, hermana segunda de Don Gaspar, mientras que él era el retoño de la mayor, Doña María.

Ya he dicho que aún conservamos en nuestros legajos borradores de sus escritos y minutas, y el contacto de sus manos y las de su padre aún se miran en el papel amarillo y vetusto, aquellas manos palpitantes de la emoción que forma una esperanza fundada. Pobre Don Marcelo, que no sabía que tenía al rival más poderoso del mundo en su contra, que eran los Patrones de Obras Pías, representados en Madrid por el abad de San Martín, el guardián del convento de San Francisco y uno de los regidores de la villa, y aunque existiera, como se representaba, en él el descendiente de la línea viva y llamada en la fundación, no querían éstos ya soltar su presa después del saboreo de la posesión en que se hallaban hacía porción de años, y aunque los ilustrados y concienzudos consejeros así lo declararon al llamar a Don Gaspar, sin embargo el rey Carlos III, por la influencia de la villa y del abad de San Martín, había prejuzgado la cuestión ya y violentado la ley: quería dejarlo para siempre a la obra pía como estaba, infringiendo terminantemente la Ley de Toro, 27 de la célebre colección[89], que dice que ésta no tenga entrada mientras haya parientes.

---

[89] Las *Leyes de Toro* constituyen una colección de disposiciones aprobadas en las Cortes celebradas en esa ciudad en 1505. Se trata de un conjunto de 83 Leyes en virtud de las cuales se unificaban las normas que regulaban en Castilla la sucesión: se especificaron los tipos de testamentos, sus requisitos, los derechos de cada uno de los herederos, etc. Entre otros aspectos, se dedicaron siete leyes a regular el mayorazgo, para cuya fundación se exigía el permiso del monarca, que podía concederlo a todos los súbditos, mientras que hasta entonces era una exclusiva de la nobleza. Este extremo significó en realidad una democratización de la institución del mayorazgo, y las clases burguesas pudieron crear a partir de ese momento 'mayorazgos cortos' sobre rentas o pequeños patrimonios ; las leyes ratificaban, en definitiva, la aspiración de la burguesía castellana a equipararse a la nobleza. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 9.764] [92] La sustitución en Castilla, Navarra y León del rito eclesiástico mozárabe, de origen visigótico, por el latino o romano que ya se practicaba en otras partes de Europa tuvo lugar a finales del siglo XI, después del Concilio de Burgos (1085), en tiempos del rey Alfonso VI, a instancias del Papa Gregorio VII. Previamen te se había

España ha sido el país que dijo el primero "*allá van leyes, do quieren reyes*" desde la abolición del rito mozárabe por el latino[92], porque, en efecto, [*Marcelo*] no tenía valladar ni dique ante la suprema voluntad del monarca, y era aún después de terminadas las instancias el que en aquellos menguados tiempos en que no tenían garantía alguna los ciudadanos, o 'vasallos' como se llamaban, las anulaban o destruían a su capricho en último resultado. De modo que el soberano pacífico de dos mundos no vio desa de su altura ni comprendió el daño que hizo, privando a Don Marcelo de un porvenir magnífico que su suerte y su derecho le reservaba, desheredándonos a nosotros también, pues habiendo muerto, como se verá, sin hijos, pasaban sus derechos a su hermano Felipe, nuestro bisabuelo y de quien nosotros descendemos en línea recta de varón, la que repre-sentada en mí hemos siempre llevado desde la separación con la rama de Autol.

Pero volviendo a nuestro Don Marcelo, que quedó yerto y pasmado del desenlace trágico de su ilusión y que se había roto el prisma de sus ilusiones, desalentado como el labrador al que se le queman sus mieses todas en la era, se retiró de la última audiencia en que le comunicaron la resolución del rey a despedirse de un prior del convento de jerónimos del Prado, el cual procuró consolarlo y alejarlo del intento que de embarcarse y dejar España tenía y le dio unos consejos tan sólidos, que Marcelo los tomó y planteó. Ocupaba el padre una jerarquía en Madrid igual a un grande de España, pues por un alto puesto y el prestigio que el convento tenía en la Corte le anudaban estrechas relaciones con lo más granado de ella ; y viendo en Marcelo un hombre incansable y de fe en sus propósitos, le indicó le proporcionaría un título de agente de negocios en la Corte, destino al parecer insignificante, pero en aquella época de centralización absoluta en que la vida administrativa y gubernamental del reino y sus colonias estaban reconcentradas en Madrid, y un hombre todo listo y eficaz como él y algo ducho en los negocios, con conocimientos de entradas y salidas de Consejos y Ministerios debería hacer suerte auxiliado, como estaba, por un padre de campanillas. Y en efecto, era un plan infalible y tenía que dar resultado desde el día en que se decidiera por él Don Marcelo.

---

introducido dicha liturgia en Aragón bajo Sancho Ramírez. Este hecho marcó el predominio que desde entonces comenzaron a adquirir los Pontífices, no ya sólo en los asuntos referentes a la Iglesia española, sino en los negocios del poder temporal de sus reyes y príncipes. [*Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, op. cit, II, pg. 1.020] La liturgia mozárabe fue posteriormente restaurada por el Cardenal Cisneros en la catedral de Toledo. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., 5.869]

-

Este al fin lo aceptó, y emprendiendo su nueva carrera, las agencias y comisiones les llovían de conventos y Ayuntamientos, de títulos y particulares de eclesiásticos y legos de todas las provincias ; llegó a ser el agente de una reconocida y numerosa clientela en su clase. Tres o cuatro oficiales tenía en sus mesas y dos o tres corredores sueltos para andar pasos sencilles, reservándose él lo grave y las ceremonias. Despejado cortesano y bien apuesto galán, bastante versado en la curia como nieto de abogado e hijo de un notario mayor, como dijimos se había hecho su padre después de su casamiento con Doña Angela, era el joven un portento, nadaba en la abundancia y ya se consideraba tan feliz como si hubiera estado en posesión del señoría de Marchamalo y del cual no se volvió a ocupar, reglándole toda la documentación por si podía hacer algo al Conde de Campo Alanje, nuestro pariente por la línea de [*los*] Carpintero. Pero mezclado con estas buenas cualidades tenía Don Marcelo un defecto que heredó de su bisabuelo Don Diego de Puelles Santos: el ser fastuoso y pródigo por demás, queriendo alternar con personas de alta esfera a quienes él consideraba como iguales, ciñendo un rico espadín con guarniciones de oro y piedras y con los ricos vestidos de la época ; alojado y tratado a cuerpo de rey, nada faltaba a sus comodidades. Mas como quiera que era soltero y ni aún apuraba sus entradas, empezó a emplear sus créditos sobrantes en giros y vales reales, entonces en gran estima, pues estaban estos últimos recién puestos.

A su madre le mandaba remesas de consideración y regalos abundantes mientras vivió, y al morir se hizo cargo de sus dos hermanos, que ya en esta época el mayor empezaba a ser un hombre, el Felipe que le seguía, al que consultando con su gusto le dio un empleo en rentas, y al más pequeño, Don Justo, lo mandó a Salamanca, a donde trasladó a Felipe para que le sirviese de tutor. Todo marchaba en bonanza y en buen curso natural, habiéndose casado en este tiempo Felipe en Valladolid en 1774, con 28 años de edad, con su sobrina, hija del primo Don Tomás de Puelles, llamada Doña Catalina de Puelles y Tariego, natural de Alcañices, señora tan buena y afable de genio, que la llamaban sus deudos "*la malva de olor*", verificándose dicha venturosa unción en la iglesia de San Adrian de dicha ciudad, según consta en la partida que conservamos, trasladándose enseguida la dicha pareja a Salamanca para estar a [*la*] vista de su hermano Justo y a desempeñar el destino que en ella le había proporcionado Marcelo, estando más cerca también de la familia de su prima y mujer.

-

-

CAPITULO XVI[90]: Continuación de la vida de los tres hermanos Puelles. Nacimiento de nuestro abuelo Don Francisco. Descarrío y aventuras del tío Don Justo. Suerte y gran papel que le cupo al primo Don Julián en la Corte de Carlos IV. Pintura de ella y de aquel tiempo. La Duquesa de Alba: sus extravagancias y favoritismo con María Luisa

Hemos visto en el curso de la historia de nuestra familia la propensión general de sus miembros, que tendiendo todos sin excepción a la senda de la dignidad y del honor, se inclinaban igualmente algunos a los amores y galanteos hasta rayar en el borde de la locura y el desorden, dándose cada dos o tres generaciones un ejemplar de estos casos. Si alguno de estos individuos salían heroicos y memorables como Pedro de Puelles, el go-bernador de Quito, o Don Bonifacio, el corregidor veterano de Palenzuela, salían otros infecundos para el bien y perjudiciales para los demás como Don Diego de Puelles Santos, que arruinó la casa, o su biznieto Don Justo de Puelles Montero, de quien nos vamos a ocupar, que se señaló sobre todos [los] anteriores y posteriores. Al cuidado de éste su me-nor hermano estaba nuestro progenitor, Don Felipe, recién establecido en Salamanca, y viendo el proveedor los gastos que éste ocasionaba y que el mayor, Marcelo, suministraba desde Madrid, cuando a resultas de los consejos y amonestaciones que Don Felipe le ha-cía por sus descarriados pasos y su ninguna aplicación, continuó flojamente su curso de Filosofía, y habiéndolo perdido, como era de esperar de su abandono y desarreglo, en vez de templar a su hermano, que como al más pequeño le amaba y mimaba mucho, sin más ropas que su mantón y media docena de pesetas que en su bolsillo le cogieron se salió de Salamanca una tarde, y uniéndose a una alegre y ruidos comparsa estudiantina de las mu-chas que todos los años al finalizar el curso salían y formaban los estudiantes soperos, de quienes él era grande amigo y de quienes había aprendido, en vez de a asistir al aula, el toque de pandereta, baile y canto, en cuyos ramos era sobresaliente por demás, lanzose por el mundo con sus cámaradas, internándose en las provincias fronterizas de Portugal.

Todo aquel verano lo pasó alegremente en sus excursiones entre ambos reinos sin dar acuerdos de su personal ni saberse más de él, teniendo el sentimiento y disgusto nuestro bisabuelo de escribírselo a Marcelo y la particularidad de no encontrarse el menor ras-

[90] Este capítulo figura en el original manuscrito con el número 17, a causa de un evidente error del autor.

-

tro del joven estudiante, produciéndole una alarma y desazón, como se deja suponer. Inútiles fueron todas las pesquisas que se hicieron, pues al volver sus compañeros al finalizarse las vacaciones a Salamanca, decían lo habían dejado internado en Portugal, cerca de Braga, en una compañía de cómicos de la legua de que formaba parte. No se sabe de cierto el tiempo que con los farsantes estuvo, sólo, sí, que cuando creyó ya Don Justo que habían perdido su rastro, cruzando de nuevo la frontera entró por Galicia y sentó en La Coruña plaza en un regimiento de guardias españolas de guarnición en el puerto ; esto lo hizo por no llegar a tiempo de embarcarse en una escuadra que del Ferrol había zarpado para América. Afiliado nuestro joven pariente en el regimiento con muy linda figura y gracejo singular, teniendo una buena letra ascendió a cabo a los pocos meses, llegando a ceñirse las jinetas de sargento antes de los dos años, teniendo que servir hasta ocho que duraban los enganches. Más de tres llevaba ya de servicio y rodeando guarniciones, recorriendo comarcas y pueblos diferentes, que era lo que deseaba, y cada vez se hallaba más contento y satisfecho con su vida.

Mas quiso su negra estrella que bajando a Andalucía y hallándose en Sevilla un día montando un cuerpo de guardia en un puesto corto de fuerzas del que era jefe, al que caía casi enfrente una casa de muchachas de vida airada y divertida, habiendo en el balcón asomada una graciosa y macarena jovenzuela de negros y ardientes ojos, nuestro sargento prendió en el cebo y a bromear y requebrarla desde la calle ; y tanto donaire y monadas mostró la ninfa, que viéndose el joven comprometido, le ofreció aquella noche visitarla y bromearla más de cerca. Y, en efecto, llegada ésta y dejando después de retreta la guardia sin encomendarse a Dios ni al diablo ni prevenirlo a su cabo, dispuso una buena cena y pasada de hora de la ronda se introdujo en el garito. Mozo apuesto y divertido y con muchas habilidades, tras la cena vino el canto, tras éste el baile y la bebida, y haciendo sus antiguas profesiones que de estudiante ejercitó, soltó las fornituras y uniformes, empuñó la pandereta y ebrio ya con los licores, recordando sus ensayos y ejercicio de cómico, donde por muy joven y agraciado había hecho casi siempre papeles de dama, se ciñó un traje de hembra y embadurnándose el naciente bozo, se puso a representar como una remilgada colegiala, mientras que una de las mozas con su uniforme y equipo figuraba el papel de galán.

-

-

En lo mejor se hallaban de la fiesta, cuando ésta vino a aguarse arrojándose en ella un rondín de sopetón y perturbando la escena. No es decible la algazara que se armó entre los espectadores con un cuadro semejante ; el oficial que lo mandaba y que era de su cuerpo, teniendo que contener la risa o impidiendo el que estallaran en ella él y sus subordinados, no sabiendo a quién prender, si a la manceba sargento o al sargento convertido en dama, pudo al fin contenerse y llevarse arrestados a ambos. Pero comprendiendo el Justo el ridículo que iba a recaer sobre él con aquella facha y traje, antes de salir a la calle desgarró su enagua y vestido, y acomodándose su uniforme, que arrebató a la muchacha, la dejó a ésta en ropas menores. Lo que [*en*] sí fue descortesía le valió en cambio el salvarla y que no fuera a prisión. Buscando disculpa para su ligereza y apesadumbrado el pobrecito, fue relevado al momento y sujeto a una sumaria, cayendo sin embargo tanto en gracia entre los oficiales la ocurrencia singular, que en vez del severo castigo que la ordenanza impone para el abandono de guardia, el consejo de guerra le impuso el arresto de unos días y la pérdida del grado y tiempo servido, recogiéndole la alabarda, distintivo entonces del sargento. Castigo que, como se comprende, era hasta ligero para tamaño desliz, pero era preciso cumplir con la ordenanza y disimularle al mismo tiempo al muchacho lo preciso en atención a su humor.

Salido del arresto y vuelto a las filas, era tan avieso y soberbio de suyo, que sin tener presente la triste situación a que se veía reducido por su cabeza ligera y que era preciso llevar con paciencia, se veía castigado a menudo por los cabos a quien él a su vez había golpeado de sargento, y no pudiendo soportar tan violento estado, ideó un medio para salir de él que por lo original, ya que no por otra cosa, merece que se mencione. Camarada de bromas y amigo íntimo del tambor mayor y por no estar sujeto en adelante más que a él, le pidió con encarecimiento le enseñase a tocar el tambor, saliendo tan aprovechado que sin apercibirse nadie en el cuerpo, a la media docena de días pidió al coronel el pasar a la banda. El jefe, que le compadecía y le había comprendido todo lo ligero y vano de su cabeza, le disuadió de la idea, animándole a esperar para volverle su antigua plaza. Inútiles fueron los ruegos y exortaciones de éste, y temiendo que desertara o hiciese mayores dis-parates, se avino a condescender rebajando el tiempo del aprendizaje ; mas cuál sería su sorpresa, cuando en el mismo día, ciñendo sus mandiles y con su tambor

-

colgando, se presentó nuestro Justo a la cabeza de la banda, redoblando y tocando tan bien y con tan buen gusto y compás que su caja se señalaba entre las otras.

Risas y contento causó a los oficiales y jefes la habilidad del mancebo, que llamado por el coronel para hacerle su tambor de órdenes y que no dependiera en adelante más que de él, le salió el Justo, para colmo de diablura, pidiéndole a éste el que le consistiera poner sonajas de lata en el ruedo del parche, a fin de que imitando a la perfección una pandereta, armonizara la banda con los juegos, variaciones y floreos que él se comprometía [*a*] hacer del humilde instrumento recurriendo a los dedos y palillos según el caso requiriera y sacando una pandereta que debajo del parche tenía oculta, la puso sobre la caja, cogiola con un cabo del cordel e hizo oír mil cadencias, repiqueteos y compases sorprendentes para el coro de oficiales, produciendo muevas risas del que impávido y cuadrado tocaba sones nuevos y desconocidos a la milicia. Pero el coronel, hechizado de su gracia así como de su gallardía y finas maneras, teniendo una idea de su nacimiento y antecedentes, lo quiso apartar de nuevo de su malhadada idea, más en vano fue, que Justo la llevó adelante y quedó dentro de la banda sin sujeción a nadie más que a su coronel.

Dejemos al infortunado Justo en su triste situación y ocupémonos de sus dos hermanos, que ignorantes de su existencia lo daban por muerto o por perdido para siempre. A Don Felipe le había nacido en este tiempo su primogénito, Francisco, en memoria de su tatarabuelo, el último acomodado de la familia y que tan buenas tradiciones había dejado, bautizándolo el día 9 de Abril de 1775 en la parroquia de Santa María la Antigua, siendo su padrino, según era costumbre entre la gente de la nobleza, un hermano donado de San Francisco de la dicha ciudad llamado José Alvarez ; poco después nació Doña María Josefa, continuando Felipe, Victorina y Manuel, que fueron los cinco hijos, bien desgraciados por cierto los más como veremos adelante. De Salamanca pasó en su destino de administrador de hacienda a Béjar, Pampliega, Saldaña y Barbadillo, en cuya administración y pueblo murió su joven y modesta esposa, dejando al Manuel de pecho.

Integro y puro como el diamante fue nuestro bisabuelo, dejando un noble ; modesto y religioso sin fanatismo, educaba él mismo a su familia, no habiendo adolecido más que de un orgullo o vanidad excesiva de su linaje, haciendo que en todos los pueblos donde residía, tuvieran o no padrón y asiento de nobles, se los inscribiera en ellos, que era preciso

-

crear algunas veces, como sucedió en Barbadillo, y ocupando los escaños en la iglesia él y sus hijos, llevando la tirantez hasta el extremo de que en Béjar y Pampliega sostuviera pleitos costosos, no porque se le negaran estos derechos, sino porque no tenían asiento de nobles. Y él hacía venir jueces, receptores y escribanos, como consta en los testimonios que conservamos, y que a son de campana tañida le daban el asiento y lugar en el registro que era precisa condición crear. Cuando alguno de sus hijos quiso casarse, lo primero que exigía era que fuese con hidalgas, y con esta cualidad y precisa condición se los iba concediendo, como se ve el que otorgó a nuestro abuelo, sien-do tan rigorista y exagerado en esto, que no volvió a tratar más con su hija Victoria porque casó con un hombre que él consideraba inferior, y todo su sueño dorado en las cartas a su hermano Marcelo e hijo Felipe en Madrid era el que siguieran tras la posesión del mayo-razgo de los Torres Cartagena, que tenía un señorío inherente.

Pero volviendo al Don Marcelo sin atropellar sucesos, continuando éste en Madrid solterón y regalado, sin arreglarse en sus gastos ni querer tomar estado, diciendo, como Metternich[91] después, "*tras mí, el diluvio*"[92] y empleando lo que no gastaba en vales y juros reales[93], que andando el tiempo creía él le habían de producir una buena renta. Eran

---

[91] Se refiere, por supuesto, al conde y príncipe Klemens von Metternich-Winneburg (1773-1859), una de las más importantes figuras de la política europea del periodo comprendido entre 1814 y 1848. Durante el Congreso de Viena (1814-1815), en el que se fijaron las nuevas fronteras de Europa después de la caída de Napoleón, Metternich bloqueó los planes de Rusia, que pretendía anexionarse Polonia, y los intentos de Prusia de incorporar Sajonia a su territorio. Consiguió crear una confederación de estados alemanes, la denominada Confederación Germánica, presidida por Austria, pero no pudo establecer un acuerdo similar en Italia. Tampoco logró que la Cuádruple Alianza formada por Gran Bretaña, Rusia, Prusia y Austria, se convirtiera en un instrumento para detener el avance de las revoluciones en Europa, aunque si se produjeron intervenciones militares en la década de 1820 para frenar el desarrollo del liberalismo en España y en el reino de Dos Sicilias. Metternich despreciaba igualmente el liberalismo, el nacionalismo y la revolución. Su sistema de gobierno ideal era una monarquía que compartiera el poder con las clases sociales tradicionalmente privilegiadas. [*Encarta '98* CD-Rom]

[92] Esa famosa frase no pertenece en realidad a Metternich, como indica Manuel María de Puelles, sino que fue pronunciada por Luis XV, rey de Francia. [*ibid.*]

[93] Estos 'juros' fueron en Castilla la primera forma de deuda pública. En la Edad Me- dia se denominaron así las pensiones concedidas por el rey con cargo a las rentas de la Corona. Bajo los Reyes Católicos surgieron los 'juros al quitar', equivalentes a titulos de deuda situados sobre una determinada renta fiscal, que se compraban y eran amortizables por la Real Hacienda. Su interés varió mucho, aunque habitualmente osciló entre el 7 y el 5%. Como eran negociables, se creó un mercado de compraventa en el que participaron instituciones y particulares. El problema vino cuando se emitieron en exceso. En el siglo XVII, su valor superó la cuantía de las rentas sobre las que estaban situados, lo cual obligó a arbitrar medidas reductoras de la deuda. En 1727 se rebajó su interés al 3% y, desde 1748, se procedió a la amortización o anulación de cantidades importantes. Por fin, en el siglo XIX, los juros fueron objeto del Arreglo General de la Deuda de 1851. [ibid.]

los últimos años del reinado de Carlos III, y tras la Guerra de Gibraltar[94] continuaron las marítimas con la soberana Inglaterra a resultas del célebre Pacto de Familia[98], que hacía ir a España tras su parienta Francia. Conocidos son por demás aquellos sucesos, si no fuera preciso hacer referencia a ellos, porque trajeron a nuestra aliada a un estado de premura tal en su Hacienda, que fue precursor y causa de la gran revolución que se preparaba y que obraba ya en los espíritus de todos con la lucha de la Independencia de los americanos del Norte, o colonias inglesas, la Enciclopedia y la filosofía descreída y materialista de los escritores y sabios de Francia que iban trabajando de continuo las ideas.

En una isla del Mediterráneo recién incorporada a Francia[95] y en su capital, Ajaccio, se amamantaba entonces un gigante que había de trastornar al mundo antiguo, y Dios en sus altos designios iba a ponerlo al frente de un millón de hombres para derrumbar y reducir a polvo monarcas criminales y relajados y darle a Europa otra nueva forma, esparciendo tras sus bayonetas nuevas doctrinas. En todo, pues, iba a obrarse un completo trastorno, y España, entretanto, dormitaba con su anciano y prudente monarca y seguía con curiosidad la vista de unos príncipes herederos, llenos el varón de debilidad, la mujer de desenvoltura. Muere Carlos III en 1789 y deja una nación floreciente y aún poderosa a su pobre y bondadoso hijo[96], que veremos el uso que había de hacer de ella en adelante,

---

[94] El 24 de Julio de 1704, durante la Guerra de Sucesión Española, Gibraltar fue conquistado por una fuerza combinada de ingleses y holandeses. El comandante inglés tomó posesión del peñón en nombre de la reina Ana. Nueve años más tarde la conquista se formalizó mediante el Tratado de Utrecht. Durante la fase europea de la guerra de la Independencia estadounidense, los españoles, que tomaron parte en el conflicto luchando contra los británicos, impusieron un riguroso bloqueo a Gibraltar, asedio que duró desde 1779 hasta 1783. El 14 de septiembre de 1782, los británicos destruyeron las baterías flotantes de los sitiadores franceses y españoles. En febrero de 1783 la firma de los preliminares de la paz acabó con el asedio. [*ibid.*] [98] Los Pactos de Familia, tratados de alianza ofensiva-defensiva, fueron firmados entre España y Francia en el siglo XVIII para contrarrestar el poderío británico en Europa y América. El primero y el segundo se acor-daron entre Felipe V y Luis XV, y el tercero entre éste y Carlos III. Los dos primeros eran consecuencia de la política italiana de Isabel de Farnesio, que Francia se comprometió a apoyar, en tanto que el tercero, al que se refiere concretamente el texto, estuvo básicamente dirigido a frenar la expansión británica en Améri-ca. Firmado en París en 1761 durante la Guerra de los Siete Años (conflicto colonial entre Francia y Gran Bretaña), significó para nuestro país el final de la neutralidad fernandina y el inicio de un enfrentamiento constante con Gran Bretaña. Militarmente fue un fracaso: por la Paz de París (1763), Gran Bretaña recibió Canadá y Florida, y España a cambio de ésta recibió de Francia la Luisiana. Sin embargo, la alianza franco-española perduró y presidió las relaciones internacionales durante todo el reinado de Carlos III. [*ibid.*]

[95] Córcega

[96] Carlos III (1716-1788) fue el representante más genuino del despotismo ilustrado español. Hombre de carácter sencillo y austero, estuvo bien informado de los asuntos públicos ; fue consciente de su papel político y ejerció como un auténtico jefe de Estado. Su reinado, por otro lado, se caracteriza por una profunda renovación en la vida cultural y política. De la primera cabe destacar el intento de extensión de la educación a todos los grupos de la sociedad, mediante el establecimiento de centros dependientes de los municipios o de las Reales Sociedades Económicas, la creación de Escuelas de Agricultura o el equivalente a las de Comercio en diversas ciudades, las propuestas de reforma de los estudios universitarios (1771 y 1786) y, en

-

siendo preciso ahora salirle al encuentro a nuestro Justo, que hemos dejado en Sevilla queriendo hacer también una revolución en las cajas de guerra y hacerlas instrumentos de fiesta adornándolos con sonajas. A Madrid fue llamado el regimiento donde servía para ornar la jura de Carlos IV, y el brillante tercio marchó hacia la Corte, donde se alojó en el Cuartel del Soldado.

Justo, temiendo tropezar con su hermano, se dejó crecer la barba y con su pelo empolvado, su coleta y su tricornio, que solía echarse por la nariz, vagaba por sus calles tras las manolas y las fiestas, por aquello de que lo que lo que entra con el capillo sale con la mortaja, y genio y figura hasta la sepultura. Temblaba, sin embargo, de ponerse a la vista de su hermano, pero como éste había salido de su casa cuando él estaba en la cuna, [*le*] constaba [*que*] no lo conocería. Mas el diablo, que a lo mejor tira de la manta, hubo de proporcionar una ocasión, y fue que en una revista de comisario pasada en la plazuela del cuartel y donde se agolpó mucha gente alrededor de la mesa de éste para ver desfilar al regimiento, que lucía un lujoso uniforme estrenado a su llegada. Al llegar nuestro Justo delante de la mesa con su caja colgada, "*Puelles*", exclamó el comisario, "*Justo*", contestó nuestro hombre dando dos golpes en el parche. "*Este joven tiene una historia divertida*", dijo el coronel al comisario en su oído, al cual había agradado su pos-tura y desembarazo. Un curioso, conocido íntimo de nuestro tío Marcelo, que presenciaba el desfile aguardó a la conclusión de él, y jadeando y presuroso buscó al tío Marcelo y le dio la nueva de que un joven tambor llamado Justo de Puelles se albergaba en el Cuartel del Soldado donde estaba el regimiento de guardias españolas recién llegado. La sorpresa de alegría y vergüenza fue tan grande, y tan encontradas sus emociones, que no sabía si sentirlo o alegrarse, pero por último, venciendo en él [*el*] cariño de hermano más que su pena y bochorno, acudió al cuartel, y preguntando por el travieso joven, se presentó éste con los atavíos al pecho de su profesión. Después de clavárselos en su pecho Don Marcelo de la estrechez del abrazo, retrocedió indignado y como picado de un áspid, y arrojándose sobre ellos los arrancó y pisoteó con ira, derramando gruesas lágrimas de coraje al ver aquel

fin, el estímulo de la actividad de la Real Academia Española, cuya *Gramática Castellana* (1771) se impone como texto en las escuelas. De las innovaciones políticas sobresalen: la reforma del poder municipal y las propuestas económicas, cuyas líneas más significativas son la remodelación monetaria y fiscal, los intentos de modernización de la agricultura y la liberalización de los sectores industrial y comercial. [*Encarta '98* CD-Rom]

sambenito[97] bochornoso puesto sobre un pecho hidalgo, puesto que aún no había llegado el tiempo de que llegara a ascender al puesto de Primer Mariscal de Francia, Prín-cipe de la Moscova y Duque de Elchingen el gran Ney[98], que entraba de pífano en este mismo tiempo en otro regimiento de guardias francesas en el vecino reino, y la clase de ésta hasta entonces era, o de hombres de baja esfera o de huérfanos de la inclusa.

Enterándose de las causas que le habían traído a aquellos parajes y que no eran motivos deshonrosos en el fondo, sino propios de todos los actos imprudentes de su vida, se desvió de su hermano iluminado de una feliz idea que concibió al instante. Atravesó todo Madrid y fue al Cuartel Magnífico de los Guardias de Corps. Estaba alojado entonces en él un joven recién llegado de Alcañices llamado Don Julián de Puelles y Tariego, cuyo mozo, apenas adolescente y novicio en el brillante cuerpo, estaba llamado a figurar por su extraordinaria gallardía y hermosura de facciones en el plantel de la nobleza tan favorecido de los reyes y de la grandeza. Era Don Julián, de los 500 guardias que formaban el regimiento en aquella época, el más perfecto y gentil de todos, habiéndo llamado tanto la atención desde su llegada al cuerpo tan distinguido, que se había hecho lugar en los mejores y más aristocráticos círculos de Madrid y en la Corte de la voluptuosa reina Doña María Luisa.

La célebre Duquesa de Alba, Doña María del Pilar Silva y Pimentel, casada con el Marqués de Villafranca y Duque de Medina-Sidonia, la grande más fastuosa y de moda en Madrid, amiga y confidente íntima de la reina y su compañera de aventuras y galanteos, se había prendado del arrogante mozo al presentarse en sus divertidos y fastuosos salones, y Julián desde aquel día se hizo tal lugar y tan de cerca, que era público en el cuerpo y en la Corte la influencia que su rara bizarría alcanzaba con la ilustre señora. Eran una época y unas costumbres tan alegres y corrompidas, que la bulliciosa Duquesa había

[97] Originalmente se le daba ese nombre a la especie de capote de lana amarilla, con la cruz de San Andrés y llamas de fuego, que utilizaban los inquisidores para vestir a los reos condenados por el Tribunal. Se imponía tanto a los condenados a la hoguera como a los reconciliados, penitentes que habían abjurado pú-blicamente de sus errores. También se aplicaba el término al letrero que se ponía en las iglesias con el nom-bre y castigo de los penitenciados, y más tarde, por extensión, pasó a significar -como en el texto- la mala nota, el descrédito que pesa sobre alguien. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 8.820]

[98] Michel Ney (1769-1815) se alistó como soldado de caballería en el ejército francés y fue ascendido a general en 1796. Cuando Napoleón Bonaparte proclamó el Imperio Ney fue ascendido a Mariscal de Francia, y en 1808 se le concedió el título título de duque de Elchingen. Se distinguió por su valor durante la campaña de Rusia de 1812, y tras la batalla de Borodino fue nombrado príncipe del Moskova. [*Encarta '98* CD-Rom]

-

-

enseñado a la reina su favorito doncel cuando montaba los puestos de la guardia de palacio, y la soberana, que propendía y congeniaba con su inseparable compañera, había aplaudido el tener a su servicio un hombre tan extremadamente hermoso, y según la crónica de escandalosas anécdotas del tío Felipe de Puelles, que fue el que en su juventud alcanzó a ver a este Apolo de Belvedere[99], o modelo de belleza varonil, contaba que hasta la misma reina le miraba con marcada predilección. "*Y si, lector, dijerdes ser comento, como me lo contaron te lo cuento*". No tiene de extraño que alcanzase tanto prestigio este Antínoo[100] y Narciso[101], nuestro afortunado pariente, en una Corte tan libertina y prostituída como la del bondadoso Carlos IV, cuando siendo menos galán y joven, Don Manuel Godoy, pobre guardia extremeño, subió a esfera de Príncipe y Primer Ministro, teniendo el verdadero soberano veinte años, sin que pueda atinar la historia aún la causa de tan repentina y poco fundada elevación[102].

---

[99] Apolo, hijo del dios Zeus y de Leto, hija de un titán, era también llamado Délico, de Delos, la isla de su nacimiento, y Pitio, por haber matado a Pitón, la legendaria serpiente que guardaba un santuario en las montañas del Parnaso. En la leyenda homérica, Apolo era sobre todo el dios de la profecía. Su oráculo más importante estaba en Delfos, el sitio de su victoria sobre Pitón. Solía otorgar el don de la profecía a aquellos mortales a los que amaba, como a la princesa troyana Casandra. Apolo era un músico dotado, que deleitaba a los dioses tocando la lira. Era también un arquero diestro y un atleta veloz, acreditado por haber sido el primer vencedor en los juegos olímpicos. Su hermana gemela, Artemis, era la guardiana de las muchachas, mientras que Apolo protegía de modo especial a los muchachos. También era el dios de la agricultura y de la ganadería, de la luz y de la verdad, y enseñó a los humanos el arte de la medicina. Al-gunos relatos pintan a Apolo como despiadado y cruel. Según la *Iliada* de Homero, Apolo respondió a las oraciones del sacerdote Crises para obtener la liberación de su hija del general griego Agamenón arrojando flechas ardientes y cargadas de pestilencia en el ejército griego. También raptó y violó a la joven princesa ateniense Creusa, a quien abandonó junto con el hijo nacido de su unión. Tal vez a causa de su belleza física, Apolo era representado en la iconografía artística antigua con mayor frecuencia que cualquier otra deidad. [*ibid.*] Una de las más bellas representaciones escultóricas de esta deidad griega es el famoso Apolo de Belvedere, del siglo IV A.D.C. que aquí se menciona y que tanta influencia ejerció en Miguel Angel y los artistas del Renacimiento. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 572]

[100] Joven griego de Bitinia, favorito del Emperador Adriano. Se ahogó en el Nilo para prolongar, según se dice, la vida del Emperador, quien le deificó, hizo reproducir su imagen por los artistas más famosos y fundó, el año 130, la ciudad de Antinópolis o Antínoe. Confundido a veces con Baco y Apolo, se le dedicaron numerosas estatuas. También fue representado en piedras grabadas y medallas. [*ibid.*, pg. 533]

[101] Personaje mitológico griego famoso por su belleza. La ninfa Eco, desdeñada por él, fue metamorfoseada en roca. Habiendo llegado Narciso un día al borde de una fuente, contempló su propia imagen reflejada en el agua y quedó prendado de sí mismo. Enloquecido al no poder alcanzar el objeto de su pasión, se fue consumiendo de inanición y melancolía, hasta quedar transformado en la flor que en adelante se llamó 'narciso'. Esta flor era para los antiguos símbolo de la muerte prematura. [*ibid.*, pg. 6.885]

[102] Manuel Godoy Álvarez de Faria (1767-1851), primer ministro durante el reinado de Carlos IV, debió su brillante y acelerada carrera al favor de los monarcas, en particular de la reina María Luisa de Parma: en los cuatro primeros años del reinado ascendió de cadete en el Cuerpo de la Guardia Real a consejero de Es-tado, y se le concedió el título de Duque de Alcudia. Su nombramiento como Primer Ministro en sustitución del Conde de Aranda, en Noviembre de 1792, estuvo determinado por la necesidad de contar con una perso-na desvinculada de la administración anterior y capaz de iniciar una política hostil con Francia, sobre todo después de la ejecución de Luis XVI en Enero de 1793. Su caída de Godoy se produjo a raíz del Motín de

-

Y no era achaque sólo de la dinastía de España, pues en la de Nápoles, donde reinaba Fernando, otro hijo imbécil del gran Carlos III, era su mujer, la Archiduquesa Carolina, objeto de escándalo con sus intimidades con el caballero Actón, a quien también hizo ministro. En Rusia, Catalina la Grande[103], que a la sazón la regía, traía 'a torterese' sus amantes, siendo el predilecto en aquel tiempo el polaco Poniatowski, a quien hizo rey de Polonia[104], y hasta la misma Francia no se ocupaba más que de la dudosa conducta de la reina, que tan desgraciado y heroico fin había de tener a poco, [*y*] en fin, la corrupción de la corte, que las costumbres de la Regencia y del reinado del libidinoso Luis XV[105], el más depravado de todos los reyes, se había infiltrado en todos, descendiendo de lo alto a los demás parajes, e iba contaminando al fin del siglo XVIII toda la culta y acomodada sociedad. Es lo cierto del caso, comprobado por la relación de los ancianos de hoy, que alcanzaron a conocer aquella época extraña, que se hacía más lugar en la Corte y entre aquellas filósofas y corrompidas mujeres un doncel apuesto que las mejores recomendaciones y servicios. Fuera como se quiera, nuestro Marcelo, mortificado en su vanidad, habló con su primo Julián, le explicó brevemente lo raro y hasta triste del caso y lo instó vivamente a que se interesara con su amiga ilustre para haber de reparar la afrenta. Sonrojado el halagado mancebo con lo grave de la noticia, partió a ver a la reina[106] y trémulo

---

Aranjuez, el 18 de Marzo de 1808. Después acompañó a los reyes en su exilio y murió en 1851 en París. [*Encarta '98* CD-Rom]

103 Catalina II de Rusia (1729-1776), originalmente una princesa alemana, dio un gran impulso al desarrollo de Rusia y ejerció una autoridad sin límites. Era sensual, pero poco sentimental, por lo que nunca se dejó dominar por sus numerosos amantes. Aunque de origen extranjero, se afirmó como una soberana nacional de la categoría de Pedro el Grande. Estaba persuadida de que lo que convenía al país era la autocracia -y su convicción coincidía con su ambición personal-, a pesar de aceptar un cierto liberalismo teórico, sufí-ciente para contentar a la nobleza reformista y para obtener el beneplácito de los 'filósofos' ; mantuvo una nutrida correspondencia con éstos, sobre todo con Grimm, y solicitó los consejos de Diderot, al cual invitó a su corte. Su 'despotismo ilustrado' recibió así una cierta aprobación de la élite europea. [*Nueva Enciclo-pedia Larousse,* op. cit., pg. 1.819]

104 Estanislao II Augusto Poniatowski, (1732-1798), último soberano de Polonia, miembro de una destacada familia polaca, fue elegido rey con el apoyo de Catalina II la Grande de Rusia, de quien había sido amante. Su reino estuvo marcado por los sucesivos repartos de Polonia entre Rusia, Austria y Prusia. Intentó efectuar reformas y corregir la debilidad que hizo al país vulnerable a la intervención extranjera, pero tuvo poco éxito. Con el tercer reparto en 1795 y la desaparición de Polonia como nación independiente, abdicó y se exilió en San Petersburgo, donde pasó el resto de su vida ocupado en una variada correspondencia y escribiendo sus memorias. [*Encarta '98* CD-Rom]

105 Luis XV (1710-1774), rey de Francia, con su falta de liderazgo a la hora de afrontar las reformas necesarias en su país contribuyó a la crisis que dio lugar a la Revolución Francesa. Sólo mantuvo un interés esporádico por los asuntos de Estado, y nunca siguió una política coherente, ni en asuntos de política interior, ni de política exterior. Con frecuencia se dejaba influenciar por sus amantes, siendo la marquesa de Pompadour la más poderosa de todas ellas.

106 Debe referirse a la duquesa ; en caso contrario la frase que viene a continuación no tiene sentido alguno.

-

-

y ruboroso le contó su cuita y lo que quería ; causándole [*a ésta*] gran contento lo raro de la aventura y contestando con risa lo que al guardia disgustaba, le ofreció reparar bien pronto su mal y volverle su alegría. Y, en efecto, marchose a Palacio, y hablando con la reina, su amiga, idearon complacer a su guardia dando a su pariente una ruidosa y solemne separación, pues bien lo merecía, según ellas, por el origen de su falta.

Volvió la de Alba a su palacio y le entregó a éste un pliego cerrado para el jefe del regimiento de Justo exigiéndole por todo agradecimiento el que le presentase en su tertulia particular a los dos primos, que tenía curiosidad de conocer. Sin saber lo que el pliego contenía partieron los dos primos al cuartel y lo entregaron al coronel, el que después de leerlo mandó tocar cajas, y poniéndose a la cabeza del herido regimiento, atravesó las calles principales y llegando al Salón del Prado, lo puso en orden de batalla descansando sobre las armas. En esta situación se hallaba, cando a todo escape llegó un jefe superior, Edecán del Ministro de la Guerra, al que se recibió con sombrero en mano saliendo las banderas al frente. Al pie de la batallona, colocados los dos jefes bajo ella, mandaron venir al tambor Justo, que ajeno de los podía acontecerle temblaba lleno de miedo, y quitándole un gastador la caja de guerra y atalajes, le colocó el coronel los cordones de oro al hombro, leyendo en el entretanto el Edecán su despacho del soberano por el que decía: "*que atendiendo al lustre del linaje que la familia de Don Justo de Puelles había siempre tenido y los servicios que había prestado al citado, y la Real persona, el Soberano había tenido a bien concederle la gracia de Cadete en el Segundo Regimiento de Granaderos de su guardia española*". En todo el tiempo que duró este simulacro, un coche magnífico con las libreas de la Duquesa de Alba estaba parado ante el grupo de los jefes y de los oficiales, y esta hermosa señora, asomada a su portezuela, saludaba al terminarse a su favorito recordándole con un gesto la exigencia de la presentación.

Así terminó este curioso episodio tan singular en su clase, que tal vez no tenga ejemplo, y por donde se rehabilitó el travieso mozalbete de su loca tentación. Para dar fin a este incidente concluiremos con decir que, en efecto, aquella misma noche fueron recibidos en su palacio los tres primos, y que la Duquesa holgó mucho de oír las aventuras de Justo contadas de su boca, y que después de hacerle tocar el tamborpandereta [*y*] cantar sobre esta la estudiantina, ya calientes las cabezas quiso que hiciera a lo vivo la escena de su arresto en Sevilla. Animado Justo con la bondad y excentricidades de la Grande, pi-dió

-

que le sirviesen de comparsas las doncellas de su servidumbre, las cuales, ajenas de la trama y desenlace que su señora sólo sabía, por complacerla invadieron el salón.

En él nuestro Justo, hecho el héroe de la fiesta y apoderado de la atención de todo su escogido auditorio, empezó su entremés o sainete tan a lo vivo y natural como lo representó en Sevilla, y apoderándose de un traje, un pañuelo y escofieta que tomó de grado y por fuerza de su femenil comparsa, con quien trocó su atalaje, después de representar sus papeles de dama portuguesa haciendo reír a todos, teniendo prevenidos a los guardias de corps para que hicieran de rondín, entrando éstos de pronto con sable en mano dentro del salón y en ademán de prenderlo, Justo, remontándose a toda su altura, armó el trueno gordo y echó el remate rasgando su traje, arrancándole la escofieta y apoderándose de sus piezas de uniforme, con cuyas distintas piezas estaban ataviadas las doncellas, y a la que le pareció más bonita dejó en su momento casi desnuda en medio del salón para apoderarse de su chupa galonada, que ésta ceñía, arrojándose a medio vestir fuera de los aposentos entre el más terrible estruendo de palinadas, risas y griterío, poniendo fin a la fiesta improvisada.

Grandisima fue la satisfacción de la de Alba con las bromas del Justo, con quien volvió a conversar prendada de su chiste y donaire, y repuesta de su emoción le ofreció contárselo a la reina y obtenerle una nueva gracia para el cómico tambor, el que discreto en esta ocasión como nunca, aprovechó la coyuntura y exigió la de su retiro y el destino de Administrador de Rentas de Palma del Río, pueblo delicioso junto a Sevilla, donde había dejado una novia en sus correrías, con promesa de volver y con quien seguía estrecha correspondencia, y ofreciéndoselo la Duquesa de contado, despidió a los alegres parientes diciéndoles al retirarse si era o no de familia el ser tan galanes, a lo que contestó Don Julián con desembarazo y gracia: “*Sepa vueselencia que como nuestro apellido significa ‘de las niñas o infantas’ en latín, yo me propongo por mi parte el aumentarle los amado-res, en claro castellano, en adelante para hacer bueno su dicho*”.

Con tan expresiva y discreta respuesta, propia de la galantería respetuosa de entonces, terminó esta extravagante soiré, digna de aquellos tiempos de humor y de romancescas aventuras en que el humor de Don Justo hizo el gasto por completo, valiéndole su retiro, deseado desde que estaba enamorado de una andaluza, y el sitio empleado, como fue

-

Palma del Río, donde entre naranjos, limoneros y granados de que está todo engarzado y en brazos de sus amores corrió toda su vida deslizándose apacible como lo son en aquella misma ribera las corrientes del Guadalquivir, y terminándola en la epidemia del año primero del siglo sin dejar sucesión legítima heredera de su humor y de sus calaverescos instintos.

CAPITULO XVII[107]: Revolución Francesa. Guerra del Rosellón y los Pirineos que hizo nuestro abuelo Don Francisco. El tío Joaquín, hermano de Don Julián. El tío Felipe, que lo fue de nuestro abuelo y se estableció en Madrid. Pintura que éste hacía de su siglo y de sus contemporáneos, de la Corte y de sus palaciegos. Sus opiniones e ideas

Había mediado casi el año 1790, y grandes sucesos que de precisión habremos de apuntar en la vida de nuestro abuelo, por estar su carrera ligada íntimamente a ellos, se iban desenvolviendo. En manos del Gobierno del afortunado e inepto Duque de Alcudia, que no sabía cómo conjurar la tormenta que empezaba a rugir y a vislumbrarse los relámpagos en las cumbres de los Pirineos, antes de ocuparnos del derecho huracán que se preparaba volveremos a ver al tío Don Marcelo y al brillante Don Julián, el uno ocupado en sus cuidados de profesión, mientras que el otro lucía su juventud en toda su brillantez, mimado de las damas palaciegas y de los deprabados y galantes cortesanos, sus compañeros de vida. En tanto, la familia castellana de nuestro bisabuelo Don Felipe iba creciendo en Saldaña, donde nuestro abuelo Francisco se criaba y empezaba a mozear, siendo tan aficionado a [*los*] amores que teniendo una novia en un pueblecillo inmediato y a quien había conocido en una romería, cabalgaba a media noche y cuando dormían todos en su casa, y montando en un buen caballo tordo que su padre tenía, galopaba al encuentro de la señora de su pensamiento, tornándose antes del día a su casa y su lugar, y dejándolo todo en orden se acostaba sin que le echasen de ver.

Quince años tenía ya, y su padre, que le destinaba al foro y [*a la*] magistratura, lo mandó a Salamanca, punto bien próximo a Saldaña, donde había nacido él y donde quería cortarle sus nacientes amores. En esta célebre y antigua Universidad cursó nuestro abuelo

[107] Este capítulo figura en el original manuscrito con el número 18, a causa de un evidente error del autor.

la Filosofía y dos años de Leyes[108], siendo uno de los escolares más traviesos y bien parecidos, pues era de una gran estatura, blanco y sonrosado de color, con ojos y pelo negro, fácil y cortés en la palabra, tocando sueltamente la guitarra. Mas la suerte no quiso que continuara en su carrera, a resultas de la guerra que se declaró en aquel tiempo con la vecina nación. Casi semejante a un río desbordado, Francia lanzose a esa gran revolución que trastornó al mundo, proclamando la tabla de los Derechos del Hombre en su célebre Asamblea de 1789, tomados de la Constitución Americana de Franklin y Washington[109]. En abierta pugna con Luis XVI, que quiso neutralizarla, concluyó por derribarle su solio, contituyéndose en República, y a la Europa asombrada, que la quería invadir y refrenar en su curso, arrojó el guante sangriento de las cabezas de sus reyes y principales prohombres, organizando en batallones una mole colosal de un millón de hombres armados que puso sobre sus fronteras, y amenazando a su vez de invadir e inundar, como las falanges de Gengis Khan[110], las monarquías feudales y hacer polvo los tronos y los castillos.

---

[108] En los últimos años del siglo XVIII, tomando como base la reforma apoyada desde el poder central, se observa lo que algún autor ha llegado a mostrar como auténtico renacimiento universitario salmantino. En efecto, se gesta y eclosiona una nueva etapa de florecimiento científico e intelectual, madurando nuevas ideas y emergiendo los ideales liberales. El grupo de profesores que pone en práctica las reformas influye, además, poderosamente en la configuración del sistema liberal del XIX con su activa presencia en la Constitución de Cádiz. Es ahora cuando quedan restablecidas cátedras de orientación científica experimental, durante tanto tiempo postergadas, amén de organizarse los colegios de Filosofía y Jurisprudencia bajo la dirección de profesores interesados en adherirse al espíritu dominante en toda Europa. Este despertar, sin embargo, fue pronto cortado de raíz como reacción a los sucesos de Francia, presiguiéndose mediante la Inquisición cualquier espíritu inspirado en o simpatizante con las ideas revolucionarias. [HERNANDEZ DIAZ, J.M., "La Universidad de Salamanca", en VARIOS, *Historia de la Educación en España y América*, op. cit., II, pp. 823-24]

[109] La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano fue elaborada, como bien dice el texto, por la Asamblea Nacional Constituyente en Agosto de 1789 a fin de proporcionar una marco previo a la redacción de una constitución en los primeros momentos de la Revolución Francesa, para lo cual se contó con la colaboración de uno de los autores de la Declaración de Independencia estadounidense, Thomas Jefferson, embajador en París en aquel tiempo. Esta Declaración definía los derechos naturales del hombre, entre los que consideraba básicos la libertad (individual, de pensamiento, de prensa y credo), la igualdad (que debía ser garantizada al ciudadano por el Estado en los ámbitos legislativo, judicial y fiscal), la seguirdad y la resistencia a la opresión. Aunque estos principios fundamentales constituyeron la base del liberalismo político del siglo XIX, no fueron aplicados al principio en la Francia revolucionaria: el monarca no aceptó que sus anteriores súbditos fueran ahora soberanos, y la Asamblea Legislativa aceptó el veto del rey. Al cabo de tres años se abolió la monarquía y se proclamó la República. La Declaración tuvo gran repercusión en España y en la América española y fue uno de los elementos fundamentales que estimularon la implantación de nuevas ideas. [*Encarta '98* CD-Rom]

[110] Gengis Khan (del chino *chêng-sze,* 'guerrero valeroso', y del turco *khan,* 'señor') es el nombre por el que es conocido Timuyin (c. 1167-1227), conquistador mongol cuyos ejércitos nómadas crearon un vasto Imperio bajo su poder que se extendía desde China hasta Rusia. La grandeza del khan como líder militar no sólo se debió a sus conquistas sino también a la excelente organización, disciplina y maniobrabilidad de sus ejércitos. Además, el dirigente mongol fue un admirable hombre de Estado ; su Imperio estaba tan bien organizado que, según se decía, los viajeros podían ir desde un extremo a otro de sus dominios sin ningún tipo de temor o peligro. Sin embargo, mostró un salvajismo sin límites hacia sus rivales y enemigos, y utili-zó el asesinato como arma habitual en sus conquistas. [*ibid.*]

-

-

No fue la última nuestra nación, que la había provocado imprudentemente, en verse asaltada por las dos vertientes del Pirineo, y en las crestas de su parte occidental se asomaba un ejército de conscriptos[111] con sus terribles convencionales al frente, mientras que otro, doble[*mente*] mayor se extendía por las llanuras del Rosellón y el Ampurdán, tocando con Cataluña, llevando todos en sus estandartes, que coronaba un gallo emblema del pueblo galo, los tres colores republicanos, que, como Lafayette predijo[112] darían la vuelta al mundo, y marchando sus jóvenes soldados al compás de un himno ardiente y de extraña música llamado 'La Marsellesa'[113], que infundía pavor y retaba en sus estrofas a los reyes todos, haciendo despertar a los pueblos aletargados. Estos soldados bisoños de quienes más tarde Napoleón había de hacer los mejores soldados del mundo, se batían a medio uniformar, entonando al morder sus cartuchos y embestir a la bayoneta estos patrióticos cantares, que sólo se interrumpían o quedaban ahogados por los estampidos de

---

[111] Al nombrar a los componentes del ejército revolucionario francés se hace aquí referencia a la historia de la antigua Roma, donde el título de *patres conscripti* ('padres conscriptos') designaba, según Mommsen, a dos grupos distintos dentro del estamento senatorial: los senadores patricios (padres) y los senadores plebeyos (conscriptos), que también eran admitidos por el rey, y luego por los censores, para ser inscritos en el álbum senatorial. Según otra teoría, la expresión designaba a todos los senadores del período monárquico, a causa de su inscripción común. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 2.235] Este paralelismo entre la Revolución Francesa y la antigua monarquía romana no es, ni mucho menos, casual, ya que, por ejemplo, dentro del propio movimiento revolucionario, la 'Conspiración de los Iguales' (1796), liderada por François-Noël -Gracchus- Babeuf, se inspiró declaradamente en la Roma de los Gracos, como indica el sobrenombre de su jefe. [MANUEL, Frank, y MANUEL, Fritzie P., 1991 *El pensamiento utópico en el mundo occidental (II)*, Madrid, Taurus, pp. 55 ss.]

[112] Nos referimos aquí a Marie Joseph Motier, marqués de La Fayette (1757-1834), líder militar y político francés que luchó en el bando de los rebeldes de las colonias durante la Guerra de la Independencia Estadounidense y que, más tarde, desempeñaría un papel importante en la Revolución Francesa. En 1789, pasó a ser miembro de la Asamblea Nacional, en la que se promulgó la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano. La Fayette fue un liberal moderado, partidario de una reforma social compatible con el mantenimiento del orden público. Esta actitud le supuso la enemistad de los monárquicos, que consideraron que su postura era una traición a su clase, y de los jacobinos, que creían que no era un firme defensor de las mejoras sociales. La Fayette mantuvo sus convicciones democráticas, incluso cuando sus bienes fueron confiscados durante la Revolución, y fue durante toda su vida un ferviente defensor de la igualdad social, la representación popular en el Parlamento, la tolerancia religiosa y la libertad de prensa. [Encarta '98 CD-Rom]

[113] *La Marsellesa*, con música y letra de Claude Joseph Rouget de Lisle (1792), una de las canciones más populares durante el periodo revolucionario, que luego (a partir de 1795) sería el himno de la nación, comenzó a hacerse popular con motivo de la invasión de Francia por parte de los ejércitos austríacos ; entonces la Asamblea Legislativa declaró el estado de excepción después de que Cerdeña y Prusia se unieran a la guerra contra Francia. Se enviaron fuerzas de reserva para aliviar la difícil situación en el frente, y se solicitaron voluntarios de todo el país en la capital. Cuando los refuerzos procedentes de Marsella llegaron a París, iban cantando un himno patriótico nuevo, que es el que se conoce desde entonces como *La Marsellesa*. El hecho de que a Manuel María de Puelles le resultara 'una música extraña' se debe probablemente a que esta composición tiene una estructura bastante compleja que usa una gama de una novena y saltos de hasta una sexta menor, algo no acostumbrado en la música militar española de aquella época. [*ibid.*]

-

los cañones y de la mosquetería, que formando coro majestuoso al magnífico y guerrero canto, estremecía de entusiasmo a los fervorosos jóvenes republicanos[114].

Los triunfos y los reveses de estas legiones ocupan libros enteros de la moderna historia, así como los sacrificios cruentos que Francia se impuso para consolidar sus libertades ; pero por ser ajenos a este asunto, pasaremos de largo tan brillantes páginas, viniendo a parar a nuestro abuelo, a quien separaron de las aulas de la sabia Salamanca para ofrecerle su padres en las aras de la patria amenazada. 19 años escasos tenía Don Francisco cuando el Gobierno de Godoy mandó hacer un alistamiento general de la juven-tud para poder hacer frente al terrible enemigo, que habíamos en mal hora provocado con la quema de sus naves en Tolón[119], y en la alternativa de verlo soldado forzoso a colocarlo más ventajosamente de aspirante a oficial, optó nuestro bisabuelo por colocarle los cordones e incorporarlo al Regimiento Magnífico formado y ofrecido por la ciudad de Valencia, que llamó de Voluntarios Ligeros de su propio nombre y que el rey, en premio de este servicio, se esmeró en llenar su cuadro con la oficialidad más brillante del Ejército.

Su magnífico uniforme grana y azul, su sombrero con plumas y su calzón de punto con polaina negra, o bota de charol en los oficiales, requerían un gran gasto para el equipo de éstos, pero Don Felipe no reparaba en nada con tal de que pudiera ir su primogénito en el cuerpo, donde mandaba una compañía su primo Don Joaquín de Puelles Tariego, hermano de su señora y que se hallaba en esta época en dicha altura por ser un oficial de los más entendidos y brillantes. Su hermana Catalina recomendó a su hermano a su querido hijo Francisco, y éste le ofreció a su vez llevarlo como un hijo, pues poco menos era con el doble vínculo que lo unía. Antes de pasar a su regimiento, que se estaba organizando en el pueblo de su cuna y nombre, pasó Don Francisco por Madrid, donde se detuvo

---

[114] Antes del siglo XVIII, momento de surgimiento de la idea de Estado nacional moderno, las entidades políticas estaban basadas en vínculos religiosos o dinásticos: los ciudadanos debían lealtad a la Iglesia o a la familia gobernante. Inmersos en el ámbito del clan, la tribu, el pueblo o la provincia, la población extendía en raras ocasiones sus intereses al espacio que comprendían las fronteras estatales. El gran punto de inflexión en la historia del nacionalismo en Europa fue la Revolución Francesa. Los sentimientos nacionales franceses se habían encarnado hasta ese momento en la figura de su rey. Como resultado de la Revolución, la lealtad al monarca fue sustituida por la lealtad hacia la patria. Francia alcanzó de hecho un gobierno representativo cuando la Asamblea Nacional sustituyó en 1789 a los Estados Generales, cuerpo asambleario que reunía en grado de representatividad desigual al clero, la aristocracia y el pueblo. La administración territorial, anteriormente muy regionalizada fue sustituida por otro sistema muy centralizado y que imponía instituciones y leyes comunes a todos los ciudadanos. Las tropas francesas transmitieron este espíritu nacional derivado de la Ilustración a otros países y áreas geográficas, como Latinoamérica, que impregnada de los ideales de liberación e independencia iniciaría pronto su proceso de emancipación. [*ibid.*]

-

con su tío Marcelo y su primo Julián, el que al verle tan arrogante y gentil, quiso que se quedase en la guardia, pero él, por obedecer las instrucciones de sus padres, siguió su ruta a Valencia, donde se incorporó con su seguimiento y con su tío.

Había mediado el año 1794, cuando el nuevo regimiento de Valencia, que tardó más de un año en instruirse y disciplinarse, pasó al Ampurdán, donde se batían franceses y españoles, aquellos mandados por distintos generales, pues los diputados de la Convención Nacional, ceñidos sólo de su banda tricolor, mas revestídos del poder omnímodo de Procónsules, eran los verdaderos jefes y deponían y nombraban a éstos cuando lo tenían por conveniente al triunfo de las armas de la República, victoriosa ya en este tiempo en todas sus fronteras ; nosotros éramos comandados por Ricardos, nuestro general en jefe en el Rosellón. Tras algunos ligeros triunfos al principio de la campaña que nos envanecieron por demás, habiendonos internado en un territorio cuyos habitantes, animados de un vivo entusiasmo, nos hacían la más cruel y viva guerra. Mal provistos y racionados los nuestros, aunque valientes, fueron a poco presa de la disentería y de la miseria y habían concluido por ponerse en retirada, viéndose a la vez invadido nuestro país. Del mismo modo, en los Pirineos occidentales, o séase Navarra española, los franceses habían rebasado la frontera en persecución de Caro, que se había obligado a abrigarse bajo las ruinas de Pamplona. Esta ciudad y la de Figueras al extremo de la otra línea estaban a punto de sucumbir, y el monarca confiado y su menguado favorito, que creyeron sofocar el fuego en la casa ajena, vieron la suya propia en principios de abrasarse, no sólo con la pérdida del territorio, sino con las mismas sociedades secretas[115] que, esparciendo las nuevas ideas de progreso y libertad, habían saludado la aurora de la civilización moderna que se asomaba tras las cumbres de los Pirineos y que iluminaba con sombrías tintas las lobregueces que envolvían a la Península entera, hecha presa de una reina desenfrenada y de su favorito sin talento.

[115] En los siglos XVII y XVIII se establecieron sociedades secretas con fines científicos o de subversión política. Algunas, como la orden de los rosacruces, mezclaban la ciencia con el misticismo, otras se convirtieron en importantes centros de dicensión política. La conocida como Hijos de la Libertad fue creada en las colonias estadounidenses en el siglo XVIII para hacer frente al dominio británico. En España y América Latina se tiene noticia de ese tipo de organizaciones a lo largo del siglo XVIII, establecidas para enfrentarse al absolutismo y luchar por el progreso, la libertad y en algunos casos formas republicanas de gobierno. En cuanto a la masonería se tiene noticia de una logia madrileña fundada por el duque de Wharton en 1728 y otras de escaso relieve en Gibraltar, Menorca y Cádiz. [*ibid.*]

Carlos IV, en sus cazaderos del Pardo, vagaba con su arcabuz sin dar acuerdo de su persona tras los ciervos y jabatos, cual su hermano Fernando en Nápoles con su caña de pescar, codicioso de lampreas, dejando ambos a la vez a María Luisa y Carolina entregadas por completo en las ricas herencias: florones de Carlos V, y éstas, al dar a sus validos abyectos los timones, preparaban la ruina de todos. En tanto, una generación de gigantes dominando la Francia preparaba sus conquistas, harto factibles atendida la inercia y agección (sic) de los unos, que formaba contraste con la energía patriótica y [*el*] prestigio de los otros. Nuestro abuelo, en tanto, al lado de su tío Joaquín y formando de cadete en las filas de un cuerpo, tocándose con el codo en los combates, siguió el resto de esta desastrosa campaña, en que, aunque teníamos soldados rápidos y valientes, carecíamos por completo de generales y del númen y entusiasmo que embriagaba a las falanges republicanas. Nuestros movimientos, que se concretaban a puramente defensivos, eran tardíos y desacertados ; nuestro ejército estaba por racionar y vivía merodeando sobre un país harto pobre y acotado, y vagábamos inciertos descorazonados, ateridos y hambrientos por las vertientes de los Pirineos en lo más crudo del invierno, mientras que los batallones de conscriptos, halagados de la victoria, acampaban cómodamente en nuestras poblaciones fronterizas.

Por conclusión, nuestro ejército estaba en plena derrota y desaliento en ambas líneas, más que por los ataques de los contrarios, por la pésima administración militar y por el desmayo consiguiente a continuos reveses debidos a los jefes y a la mano del Gobierno. Perdidas Figueras y Bilbao y en vísperas de abrir sus puertas Pamplona tuvo Godoy que pedir la paz humildemente, suscribiéndose ésta vergonzosamente en Basilea por mano de nuestro plenipotenciario Iriarte, por la que tuvimos que ceder la parte española de la Isla de Santo Domingo, una porción de fragatas y gran número de millones que acabaron de dejar exhausto el Tesoro ya vacío[116]. El favorito, a quien debían humillar tan tristes consecuencias, lejos de esto se creyó autor del pensamiento del Tratado y el restaurador del sosiego, dándose en premio de tantos y tales reveses y desgracias el fastuoso título de Príncipe de la Paz y entroncándose con una Infanta de Castilla.

---

[116] A partir de entonces la política exterior española quedó vinculada a los intereses franceses: por el Tratado de San Ildefonso (agosto de 1796) el Directorio francés dispuso de la flota española para luchar contra Gran Bretaña. La consecuencia más dramática fue la derrota de la Armada española en el cabo de San Vicente (1797) y el desastre de Trafalgar (1805).

-

-

Nuestros parientes, que tanto habían padecido en la campaña, pues es harto sabido que en las derrotas y retiradas es cuando los ejércitos sufren más, pasaron con su regimiento a las provincias castellanas fronterizas a Portugal, y estando cerca de sus casas y familias, pasaron a verlas, donde nuestro abuelo encontrose huérfano de su tierna madre Catalina y donde los dos se proponían descansar de sus penalidades algunos meses, y enseñando un solo grado que de la guerra traían, mostraban sus pies destrozados por falta de calzado durante ella, y sus escuálidos y demacrados semblantes a resultas de los ayunos y miserias que los envolvieron todo aquel tiempo. En este mismo [tiempo] estaba cursando nuestro tío Felipe Filosofía en Burgos ; allí vio y abrazó por última vez a su hermano Francisco, que le decía: "*No seas nunca militar, ni sirvas a Gobiernos tan rui-nes, pues las escaseces y trabajos, que nos han diezmado más que las balas enemigas, van siempre con el despotismo y la inmoralidad*". Este, que retuvo siempre las palabras últimas que oyó a Francisco, las guardó de tal modo (como me decía medio siglo después) que nunca pudo desechar de su memoria la relación que nuestro abuelo le hizo de sus padecimientos de Cataluña, que juró nunca acercarse a la milicia, a que antes se hallaba inclinado, disuadiendo también a su padre, que quería mandar al más pequeño, Manuel, a la sombra del mayor. Vuelto éste después de algún tiempo al acantonamiento de Za-mora, en ella le dejaremos, volviéndonos con el tío Felipe a Madrid, a donde su padre lo mandó para que auxiliado de su hermano Marcelo cursara la carrera de Leyes en la Uni-versidad de Alcalá de Henares, como en efecto lo hizo un año.

-

Un curso entero estuvo éste en Alcalá, en su famosa Universidad fundada por el gran Cisneros[117], arrastrando la hopalanda[118] y el manteo[119], pero viéndolo el tío tan discreto y cortesano en sus maneras, estando él ya en edad provecta y sin hijos, pues por cumplir con el mundo, como él decía, se había casado un año antes con una antigua amiga de juventud para que lo cuidase en su vejez, y de quien hasta ignoramos su nombre, le propuso asociarse a él, [*asegurándole*] que lo dejaría por heredero del repuesto de vales que ya tenía y de sus muchos y ricos clientes. Travieso y despejado, el Felipe consultó con su padre, y recibiendo una contestación favorable desde Pampliega, donde se hallaba, se acomodó con su tío, ahorcando sus manteos de estudiante.

Era nuestro tío Felipe, a quien embebido escuché muchas veces, un hombre digno por más de un concepto de estudiarse, porque todo personificaba en él su origen, sus opiniones y sus creencias, y en el gran tacto y conocimiento que había adquirido con la práctica de los hombres y de las cosas. Discernía con tal acierto y con tan buen tino como el más consumado dialéctico, y bajo su exterior cortesano y afable resaltaba en él un gran fondo de prevención contra todo y de egoísmo positivo. Incrédulo hasta tocar en el materialismo, se veía en él una encarnación de la filosofía volteriana[120], y como tal no se cuida-

---

[117] Al contrario que la de Salamanca, esta Universidad siguió en el XVIII con la crisis del siglo anterior hasta la reforma de Carlos III, aunque un informe de Floridablanca dice que en este Centro no existía interés alguno por la reforma del Plan de Estudios, a pesar de ser el único al que se le dieron unas directrices para que incorporasen las tendencias modernas. Ese grado de postración venía dado, entre otras cosas, por la mala dirección de los colegios mayores ; los catedráticos y regentes se ausentaban de las clases, entreteniendo su tiempo en labores más productivas fuera del marco universitario. Un aspecto positivo, sin embargo, fue la creación (1725-1737) de las academias de Jurisprudencia de San José y Nuestra Señora de Regla, así como la reposición en 1734 de las cátedras de Retórica y de Griego. Por las causas arriba esbozadas, a Alcalá le salió un fuerte competidor, precursor del traslado posterior a la Universidad de Madrid: los Estudios de San Isidro, un instituto aureolado de un innegable espíritu renovador. [GONZALEZ NAVARRO, R., *La Universidad de Alcalá*, en VARIOS, *Historia de la Educación en España y América*, op. cit., pp. 825 ss.]

[118] La *hopalanda* era una vestidura amplia utilizada por ambos sexos a fines del siglo XIV y durante todo el XVI y parte del XVII. Las mangas eran anchas, y el talle generalmente fruncido ; la de los hombres iba abierta por delante y por los lados, y la de las mujeres, los doctores y los colegiales universitarios solía tener además cola. Las había forradas de piel. Desde finales del siglo XVI tendió a transformarse en una casaca más o menos larga. En el siglo XVIII se llamó todavía así a veces a una especie de levitón. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 4.965]

[119] Capa larga que llevan los eclesiásticos sobre la sotana, utilizada antiguamente por los estudiantes universitarios. [*Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, op. cit., XII, pg. 309]

[120] El carácter contradictorio de Voltaire se refleja tanto en sus escritos como en las opiniones de otros. Parecía capaz de situarse en los dos polos de cualquier debate, y en opinión de algunos de sus contemporáneos era poco fiable, avaricioso y sarcástico. Para otros, sin embargo, era un hombre generoso, entusiasta y sentímental. Esencialmente, rechazó todo lo que fuera irracional e incomprensible y animó a sus contemporáneos a luchar activamente contra la intolerancia, la tiranía y la superstición. Su moral estaba fundada en la creencia en la libertad de pensamiento y el respeto a todos los individuos, y sostuvo que la literatura debía ocuparse de los problemas de su tiempo. Estas opiniones convirtieron a Voltaire en una figura clave del

-

-

ba más que del individualismo, porque donde falta la fe que nos hace filántropos entra el apego instintivo de lo que a uno sólo toca, y no se ve en los demás seres más que instrumentos que puedan ayudar al bien propio o estorbos que es preciso desechar y no tropezar en su camino. Es el mundo para estos hombres, que el siglo pasado educó en sus principios desorganizandose, un juego de ajedrez donde las personas son piezas y las situaciones las jugadas y es menester manejarlas en forma de ganar siempre y de que pier-dan los demás. Por lo demás, su claro entendimiento y su larga experiencia, que tanto le había aleccionado, le hacían hablar como un libro, pero era un volumen impreso que podía continuar la segunda parte de la célebre obra de los 'Príncipes'[121] de Maquiavelo.

Dejémosle hablar como la mejor autoridad de todas y que nos haga una pintura de los tiempo de su juventud ; oigámosle discurrir sobre ellos y veremos un bosquejo exacto del siglo que vio finar y del que había visto empezar y medianar, todo bajo el prisma de su personalidad o de lo que [le] había atañido. "*Figúrate, Manuel*", me decía, "*que yo llegúé a Madrid como un hombre vendado por las ilusiones y cansado de rezar al lado de mi padre y hermanitos, que no hablaban más que de la santidad y virtudes de mi madre recién muerta y de los trabajos y peligros que había pasado y corrido mi pobre hermano Francisco. Tan harto quedé de rezos y oraciones, que me propuse no rezar más en mi vida, calculando que toda aquella cantidad, dividida en todo el tiempo que pudiera vivir, quedaba siempre cada día con un cociente respetable y no necesitaba asegurar mi porvenir en este mundo, pues creía tener ganado por demás suficiente terreno para no perder nunca al otro. En Madrid me encontré lo que yo me proponía, un ancho campo para mis deseos y coyunturas sobradas para asegurar mi suerte con tal de que yo supiera aprovecharlas*".

"*Mi tío Marcelo, hombre machucho* (sic) *y regalón, aunque cortesano, era en su temple y propensiones de la escuela de mi padre ; me acogió bien y creyó apto para todo.*

movimiento filosófico del siglo XVIII ejemplificado en los escritores de la famosa Enciclopedia francesa. Su defensa de una literatura comprometida con los problemas sociales hace que Voltaire sea considerado como un predecesor de escritores del siglo XX como Jean-Paul Sartre y otros existencialistas franceses. [Encarta '98 CD-Rom] Esta caracterización no se corresponde en absoluto, como puede verse, con la que hace el autor de su presuntamente 'volteriano' tío, cuya ideología se parece más a la del pensador del siglo XIX Max Stirner (1806-1856), egoísta absoluto para quien, efectivamente, el 'individuo' era la única realidad y el único valor. [ABBAGNANO, op. cit., III, pp. 157 ss.]

[121] La obra en cuestión se titula en realidad 'El Príncipe'.

-

Mi primo Julián, el mayor mozo de la Corte y a quien yo le llegaba empinado a la cintura, vio en mi travesura y genio natural un motivo de entretenimiento, y tal vez un buen escudero, y yo, que comprendí toda la importancia de su papel, me trabé a los faldones de su casaca, y mientras que él obsequiaba a las grandes señoras, yo, más modesto y joven, me avenía a festejar a las doncellas y damas de honor. Armado de un precioso reloj que me regaló y cosa de mucha estima en esa época y un precioso espadín que a él no le ser-viría por corto y a mí casi me arrastraba y un buen chambergo con su gran pluma de ga-llo, teniendo asegurada mi comida, el lavado de mi ropa y una buena cama, me creía yo, y en efecto lo era, casi superior a otros más altos, pero que tuvieran cargos. El bolsillo de los dos era mi cofre, y cuando gastaba una pelucona sabía dónde había de buscar y hallar la había de remplazarla. En los primeros tiempos observaba, más que trabajaba, con mi tío ; era preciso que yo satisfaciese mi curiosidad de provinciano".

"Los reyes me parecieron poca cosa y no correspondieron a la alta idea que yo tenía formada de este linaje de hombres ; los creía más majestuosos y dignos y los hallé de cerca hasta ridículos y deslucidos. Sería tal vez porque los veía a la penumbra de Godoy, que era un buen mozo, pero infatuado por su loca fortuna. La Duquesa famosa que favorecía con sus extremos al primo era ya una mujer gastada y marchita por los deleites, pero con la dignidad y las maneras de la primera rica hembra de España. Y bien, sea por la prevención que yo tenía en contra de todo después de ver a los reyes tan pequeños, es lo cierto que al Gobierno, Consejos e Instituciones, todo lo encontraba raquítico y mucho más nulo de lo que yo me podía figurar. Y como quiera que había leí do algo sobre los prodigios que se habían obrado en la Francia con menos motivo, me parecía que aquí también el edificio se bamboleaba y que caería al menor soplo que de allí viniere. Faltaba también aquí un pueblo, porque nuestro país estaba muy atrasado por entonces, pero te-nía fe en la clase media, que era la primera en despertarse ; ninguna en la nobleza, que se daba la mano con la plebe, aunque estaban en los dos extremos".

"*La clase eclesiástica estaba tan sobrepojante y era tan numerosa que constituía un poder del Estado por sí sola con sus legiones innumerables, y que criados en la glotonería y holganza no estaban por dejar las ollas de Egipto. La parte ilustrada de los conventos era republicana y descreída ; en el fondo era la menor y tenía que ocultarse de la mayor parte y mirar a escondidas de lo más. La familia y ahíjados de Godoy ocupaban*

-

-

todos los puestos, ser de este linaje o de la comuna de Extremadura, donde nació éste ; era de la suficiente recomendación para obtener empleos y lucros. Las mujeres, alma de la sociedad, estaban como ésta, y eran fanáticas y tontas en lo general, comerciando a lo divino con los padrotes mofletudos, o filósofos despreocupados y descarados como las que cercaban a la Corte traficando también a lo humano. Unas eran de los frailes, otras, las menos pero las mejores, estaban por los militares y jóvenes a la moda. Madrid era una sentina cuyo fondo estaba aún más corrompido que la superficie, y había muy pocos hombres religiosos a corazon y de veras como el rey ; los demás, incluso los guardianes de los conventos y los más aptos dignatarios, creían que todo se reducía a una mascarada o coincidía donde era preciso representar bien el papel para que el vulgo ignorante no se escandalizara y concluyera por silvar".

"*El negocio estaba en cubrir las apariencias y en saber contener la risa al ver la falta. Ya, que traía buenas y sanas ideas, comprendí que con ellas no compondría papel y tendría que pasar al sitio de los ciegos espectadores en vez de estar en el escenario, y tan buena traza me di, que a los dos años y cuando ya conocí el terreno ya podía andar solo y sabía dónde me apretaba el zapato. Mi tío Marcelo empezaba con sus años, y su magnífica clientela de conventos y consejos, de ricos mayorazgos de Extremadura y Andalucía en continuas pretensiones y que pagaban en oro y ricos presentes me los iba yo endosando, y si los franceses no hubieran promovido la guerra ésa que nos hicieron, pues en lugar de haber mandado de lugarteniente a José I el gran Napoleón, a quien, entre paréntesis, vi varias veces y ojalá hubiera podido decírselo, a Fernandito*[122]*, que era hijo*

[122] Se refiere, naturalmente, a Fernando VII (1784-1833), rey de España, último monarca representante del absolutismo. Hijo de Carlos IV y de María Luisa de Par- ma. Durante el reinado de su padre dirigió un partido cortesano de oposición al primer ministro Manuel Godoy. Este partido aprovechó el descontento popular provocado por la entrada de las tropas francesas en España y consiguió desencadenar una revuelta popular conocida como Motín de Aranjuez (1808), que provocó la destitución de Godoy y la abdicación de Carlos IV. Fernando VII, junto a toda la familia real, fue trasladado a Bayona por Napoleón Bonaparte, quien le forzó a renunciar a la Corona española en su favor. Napoleón nombró rey de España a su hermano José, quien reinó hasta 1814 con el nombre de José I, durante la guerra de la Independencia, el Consejo de Regencia, constituido en España para oponerse al gobierno de José I, reunió Cortes en Cádiz (1810), las cuales declararon 'único y legítimo rey de la nación española' a don Fernando VII de Borbón, así como nula y sin efecto la cesión de la Corona a favor de Napoleón. Su ausencia de España durante estos años explica su sobrenombre de 'el Deseado'. En 1814, acabada la guerra, Fernando VII regresó a España. En Valencia, un grupo de diputados presidido por Mozo de Rosales le presentó un documento, el denominado Manifiesto de los Persas, en el que le aconsejaban la restauración del sistema absolutista y la derogación de la Constitución elaborada en las Cortes de Cádiz (1812), cosa que efectivamente llevó a cabo. [Encarta '98 CD-Rom]

-

de su madre, le hubiera Salido todo mejor y más barato, dándole provincias su-misas sin tener que conquistarlas palmo a palmo ; el no hubiera caído, lo que sentí por-que era un grande hombre, aunque fuera poco mayor que de mi talla. Y yo viví la guerra que se promovió y llevó los negocios a Cádiz. En vez de cómo estaban antes de su llegada, tendría hoy un barrio entero por mío y muchos millones ganados todos honradamente, porque en eso no he pasado penas por nadie, en vez de mis tres casitas y de cuatro ochavos con moho de aquellos tiempos en que los gané. Satisfecho y hubiera podido ser, más útil a mi familia, y no habría habido parientes pobres como mis sobrinos los hijos de Victorina, ni cortados de todo el mundo como los de mi hermano Francisco, en un confín de Andalucía, ni mi honrado padre habría muerto en Burgos dejando por todo su caudal sus árboles genealógicos, cuatro títeres viejos, dos hijos sin colocación y los nietos de otros dos hijos sin mayor abrigo. Todo esto nos los perdimos todo y se hubiera salvado con el filón que me dio el tío Marcelo a conocer y que él no supo explotar, si no sucede la abdicación de Bayona y la venida de Murat"[123].

Así se explicaba, y aún con mayor consciencia y elegancia, aquel diestro artesano, aquel hombre engendrado y nutrido con la filosofía del siglo XVIII y aleccionado con los desengaños y [*el*] escepticismo del presente que conoció mediar. Hablando de su tío Marcelo repetía: "*Poco o nada me dejó en bienes, pero me hizo rico con sus conocimientos ; mi empleo en juros y vales reales fueron letras que al quebrar el Gobierno y los gremios*[124] *que los habían de satisfacer fueron protestadas e inútiles, y era preciso retirarlas*

[123] Joachim Murat (1767-1815), mariscal de Francia y rey de Nápoles, era hijo de un mesonero francés y abandonó los estudios de Teología para alistarse en el ejército cuando estalló la Revolución Francesa. Fue uno de los oficiales de Napoleón Bonaparte y participó en las campañas de Italia y Egipto. Contribuyó a las victorias de Napoleón en Austerlitz (1805), Jena (1806) y Eylau (1807). Se le concedió el título de gran duque de Berg en 1806. En 1808, Napoleón le nombró general en jefe del Ejército de España. Murat, que pretendía ascender al trono español, fue el artífice de la abdicación de Fer-nando VII, rey de España, en Bayona, lo que condujo al levantamiento madrileño del 2 de mayo contra la invasión francesa. Murat la reprimió con dureza y posteriormente Napoleón le proclamó rey de Nápoles con el nombre de Joaquín I (1 de agosto de 1808). Murat reemplazó a Bonaparte en el mando del Ejército que emprendió la campaña contra Rusia (1812). Después de derrotar a los austriacos en Dresde (1813) y participar en la batalla de Leipzig (1813), firmó un tratado con Austria ; sin embargo, tan pronto como tuvo noticias de que Napoleón había huido de la isla de Elba, entabló una precipitada guerra contra los austriacos siendo derrotado en Ferrara y Torentino (1815). Se refugió en Córcega tras la caída definitiva del emperador francés y fue ejecutado después de intentar reconquistar Nápoles. [*ibid.*]

[124] Los gremios de artesanos, conocidos en Francia como corporations de métiers, artes en Italia, y Zünfte o Innungen en Alemania, surgieron a principios del siglo XII cuando grupos de artesanos pertenecientes a un mismo oficio se agruparon imitando el ejemplo de los comerciantes de la ciudad para defender sus intereses. En algunos casos la asociación tuvo en su origen una motivación religiosa, como la creación de cofradías para venerar a un santo patrón, pero al comprobar que todos sus miembros tenían el mismo oficio, em-

-

hasta de la circulación. Da la pena de ver esto y no haber gastado este dinero alegremente como el que más. Se murió lleno de años, porque si le coge joven esta quiebra, tal vez se habría tirado al canal. Su pobre mujer, que estaba hecha a contentarse con poco de toda su vida, se quedó con los muebles y alhajas y me dejó los legajos sin dejarme su clientela, porque ya ésta era mía seis años antes de morir él".

Esta última parte era en el fondo una gran verdad ; la primera tal vez una gran mentira. De todos modos, nada se le puede reprochar, porque fue su verdadero hijo y a quien dejó por heredero de todo tras los días de su mujer. Absorto me quedaba yo de aquella familia, y más que nada y sobre todo de que eran cuentas aritméticas sus apreciaciones de casi infalible resultado y aforismos de la ciencia del mundo, la más difícil de aprender de todas en la teoría. Qué lástima que aquel hombre tan pequeño de cuerpo y tan grande en inteligencia y en honradez no hubiera sido un Ministro de Hacienda o de Gobernación, por lo que es de callar en su severo carácter y en sus pocas o ningunas creencias, tal vez no lo habría advertido, pues tenía la desgracia de no creer casi en nada, defecto y escepticismo que sacó y heredó en que se educó y de la época de defecciones, miserias, debilidades y desencantos en que él había tenido que representar su papel barajándose con todas las clases y condiciones[125]. En política simpatizaba con las doctrinas del 89, el código que él admiró en su juventud y que vio copiado en el nuestro del 12, pero le causaba tal hastío la política actual, tan mezquina y problemática, que no quería

pezó a preocuparse más por las necesidades económicas de los miembros que por sus objetivos religiosos. Los miembros se dividían en tres clases: maestros, oficiales y apren-dices. Entre los siglos XIV y XVI los oficiales se fueron asociando para exigir mayores sueldos y mejores condiciones laborales, a veces declarandose en huelga. Las asociaciones de oficiales se consideran precursoras de los actuales sindicatos, debido a su defensa de los derechos de los trabajadores. Sin embargo, en el siglo XV el poder de los gremios de artesanos empezó a decaer. La causa principal de su declive y posterior desaparición fue el advenimiento de un nuevo sistema productivo, el capitalismo, que favorecía la competencia entre productores en los distintos mercados y una distribución masiva de productos. [ibid.]

[125] El *deísmo* fue una filosofía religiosa racionalista que prosperó en los siglos XVII y XVIII, de forma muy acusada en Inglaterra. Los deístas mantenían que un cierto tipo de conocimiento religioso (a veces llamada *religión natural*) es o inherente a cada persona o resulta accesible a través del ejercicio de la razón, pero negaban la validez de las afirmaciones basadas en la revelación o en las enseñanzas específicas de cualquier credo. Los deístas colaboraron mucho en configurar el clima intelectual de Europa en el siglo XVIII. Su énfasis en la razón y su oposición al fanatismo y la intolerancia influyeron de manera notable en los filósofos británicos John Locke y David Hume. En Francia, Voltaire llegó a ser un verdadero defensor del deísmo e intensificó la crítica racionalista de sus predecesores a las Escrituras. Sin embargo, mantuvo la opinión de los deístas británicos de que existe una divinidad. Otras versiones del deísmo, algunas de ellas próximas al ateísmo, fueron defendidas por varias personalidades destacadas del Siglo de las Luces. [*ibid.*]

-

ocuparse de ella, y no tenía más órgano de noticias que el Diario de Avisos de Madrid[126] para saber con fijeza dónde estaba lo mejor y más barato. Pero dejémosle ahora dormir en su sepulcro como él creía para volverlo a hallar más adelante, en que tendremos de nuevo que buscarlo.

[126] Se refiere al rotativo denominado originalmente 'Diario de Madrid', periódico publicado en esa ciudad desde 1758 a 1918. En su primera etapa fue el famoso 'Diario Noticioso' de Nipho y Lozano (1758). Cambió de título en 1784, pasando a llamarse 'Diario curioso, erudito, económico y comercial' bajo la direción de Santiago Thevin, en cuyo poder (y en el de sus sucesores) siguió hasta 1825. Desde entonces y hasta 1836 se llamó *Diario de Avisos de Madrid*, y de 1847 hasta 1918, 'Diario Oficial de Avisos de Madrid'. Hasta 1788 era un diario de noticias que contenía además informaciones eruditas con una orientación ilus-trada, lo que motivó diversas prohibiciones ; posteriormente se convirtió en un periódico meramente infor-mativo, lo que facilitó su publicación en épocas de restricción, en que sólo aparecían periódicos oficiales. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 2.923]

-

-

CAPITULO XVIII[127]*: Aspiraciones y tendencias de esta obra. Continúa el relato de la descendencia de los Puelles Sánchez de Ampudia, tronco de las actuales ramas en Castilla, León, Galicia y Cuba. Establecimiento en Tordehumos y Villabrajima de algunos de ellos y situación de los que se quedaron en su villa natal hasta mediados del siglo XVIII. Continuación de la historia de los conocidos hasta el presente. Reflexiones sobre el alejamiento y dispersión de los actuales, su situación y su porvenir respecto a su pasado*

Necesito, antes de emprender el gravísimo e imperfecto trabajo que abarcará este capítulo, en el que voy a tratar de la transplantación de la familia por los pueblos y comarcas de la antigua Castilla y reino de León siguiendo a la ligera a los cabezas de familia y perdiéndome en la oscuridad y confusión como la mayor parte de sus individuos, sin tener un nuevo Dédalo o hilo de Ariadna[128] que me sirva de guía en este laberinto y pueda sacarme de él, hacer alto y respirar explorando algunas consideraciones que creo debo hacer en este lugar. Nada me halaga, ni ninguna retribución me ha fascinado en el que me guía de escribir y esclarecer a lo sumo y en cuanto mis cortos medios han alcanzado para explanar esta materia y narrar cuanto supiera sobre lo que concierne a nuestra ascendencia, y si penosa y abrumadora es la marcha tortuosa en el camino de la historia de una familia particular, que por más antigua y esclarecida que en sus principios fuera no pasa de ser harto modesta en su posición para ver de tener cronistas o archiveros como han tenido otras más halagadas por la fortuna, doblemente dificultoso y casi rayano en lo imposible se ha hecho la compilación y ordenación de las noticias sobre sus ramas e individuos después de la dispersión de sus miembros en Ampudia a la muerte de Don Diego de Puelles Sánchez. Porque si la primera empresa ofrecía el inconveniente de seguir una marcha retrospectiva y larga sobre el origen del manantial, ofrecía en cambio la ventaja

[127] Este capítulo figura en el original manuscrito con el número 19, a causa de un evidente error del autor.

[128] Dédalo, en la mitología griega, fue el arquitecto e inventor que diseñó para el rey Minos de Creta el laberinto en el que fue aprisionado el Minotauro, un monstruo comedor de hombres que era mitad hombre y mitad toro. El laberinto fue tan hábilmente diseñado que nadie podía escapar de ese espacio intrincado o del Minotauro. Dédalo reveló el secreto del laberinto sólo a Ariadna, hija de Minos, y ella ayudó a su aman-te, el héroe ateniense Teseo, a matar al monstruo y escapar. Encolerizado por la fuga, Minos encarceló a Dédalo y a su hijo Ícaro en el laberinto. Aunque los prisioneros no podían encontrar la salida, Dédalo fabri-có alas de cera para que ambos pudieran salir volando del laberinto. Ícaro, sin embargo, voló demasiado cerca del sol ; sus alas se derritieron y cayó al mar. Dédalo voló hasta Sicilia, donde fue recibido por el rey Cócalo. Minos persiguió después a Dédalo pero las hijas de Cóca lo lo mataron. [*Encarta ’98* CD-Rom]

-

de encontrar alguna guía o foro entre los papeles de la rama segundona de Ampudia y hoy primogénita por la extinción de la de Autol, conservados aunque sin orden por nues-tro tercer abuelo Don Manuel de Puelles Carpintero las ejecutorias referentes a la época de en medio, o sea de su instalación de dicha villa sacada por Don Diego de Puelles Sánchez, que vino desde la tierra de Miranda de Ebro, y las noticias de la casa señorial de Autol respecto a lo antiguo, suministradas por el entendido Barnuevo, viejo benedictino y cura hoy de aquella villa, así como lo escrito por los autores que hemos mencionado, que se han ocupado de los varones de nuestro apellido que dejaron su rastro o huella en la historia nacional. Pero después de esto, es decir, desde que se dividieron y volaron los pajaritos del nido paterno de Don Diego de Puelles Sánchez en Ampudia, desde que la situación triste de la casa del desarreglado hidalgo hizo que sus pobres hijos salieran casi a buscar fortuna confundiéndose con la generalidad y teniendo que trabajar con sus manos o que ejercitar su ingenio para sostener su prole numerosa que Dios por lo regular envía a los que deja desheredados, entonces casi se pierde la brújula en este mar nebuloso, y en vez de apuntes y árboles, sus individuos empobrecidos no cuidan de su historia ni de nada de lo que les atañe, y sí sólo de atender a su subsistencia y la de sus hijos, que no volverán tal vez a brillar más que a fuerza de prodigios de laboriosidad, porque su posición después de su caída les hace estar a mucha más distancia del pináculo de la riqueza, el poderío y el valimiento.

¡¡Triste suerte la de los que vienen a menos sin olvidar que han sido más ; necesitan singularizarse mucho para ver de recabar un mediano nombre o una desahogada posición!! Y esta misma ley a que está sujeta la humanidad entera hace que reflexionemos bien tristemente en las alternativas y azares que todas las familias tuvieron o han de tener para mejorar su suerte, la que se alza y baja a semejanza de las olas del mar, no habiendo grande y duradero más que Dios y sus atributos celestiales. ¡¡Cuántos gigantes de honradez, laboriosidad y virtud de probidad y de numen mueren ignorados y asidos como la ostra al peñón donde nacieron o al sitio donde despertaron a la vida por no haber nacido en alta y desahogada posición donde a menos trabajo se escala el cielo del poder!! De esta misma manera han sido y son tal vez parte de los varones de nuestro apellido, pobres habitantes de las aldeas de Castilla, y también lo serán dentro de poco más de medio siglo la descendencia numerosa y modesta nuestra en este mismo país donde fuimos trasplantados. Y digo y menciono todo esto no solamente para explicar el ímprobo afán que me
-

-

ha animado en esta obra y las grandes dificultades que he tratado de vencer, que hubieran arredrado al más enérgico, sino para satisfacer de paso una objeción que alguno de los míos me ha hecho al verme luchar con esta marejada de tropiezos e inconvenientes, diciéndome: "*¿Qué gloria reportarás de esto? ¿Qué les importará a los que te sobrevivan tus afanes? ¿Qué fruto te redundará de todos ellos? ¿Cuánto mejor no fuera que hubieras emprendido, en vez de este trabajo tan molesto e improductivo, una obra clásica o general de reconocida utilidad para ti y que tú pudieras llevar a cabo atendida tu fibra y el caudal de conocimientos que tienes en la historia, en la literatura y en mucha parte de las ciencias?*"

"*¡Ay!*", debo yo contestar, por más que no me comprendan por ahora, —*pues qué, ¿debo yo ir contra mis naturales propensiones, que me llaman a este género especial de tareas, cuando yo no siento ya tampoco estímulos de ambición, ni de interés, pues veo como el viajero fatigado el horizonte último donde debo hacer alto? ¿Y por otra parte, por qué he de perder estos datos curiosos y de estima grande para nosotros, que si los dejara por coordinar y cayeran de mi mano se perderían en el abismo de olvido cuando de éste mismo los he sacado como el infatigable buzo? ¿No es casi seguro que no es fácil hallar después de mi falta y su pérdida quien se tomar el trabajo de recogerlos, cuando en adelante tan fácil es llevar a cabo este momento curioso en su clase que muy pocos tendrán por ser una obra raramente original y nueva en su género, y que todas las progenies deberían tener a la mano como se estudia el Plutarco?*"[129] Además, ¿qué [*de*] nuevo ni importante pudiera yo decir en otras cosas que ya otros genios privilegiados no hayan tratado? ¿Iba yo, pobre abeja rezagada y perezosa, a seguir el rumbo de otras de más raudo vuelo o a libar flores agotadas y exprimidas por las que precedieron con doble fortuna? Mejor prefería quedar de zángano, a cuyo género pertenece la mayor parte de la humanidad. ¿No será mejor entrar en este terreno agreste y de reducido horizonte, pero virgen y rico o para nosotros, que es lo que únicamente me importa?

---

[129] Plutarco (c. 46-125) fue un biógrafo y ensayista griego, nacido en Queronea, Beocia. La más conocida de sus obras es Vidas paralelas, una serie formada por cuatro biografías individuales y veintitrés pares de biografías. Escritas con gran conocimiento y fruto de una esmerada investigación, no son sólo obras históricas de gran valor, sino también estudios psicológicos que recurren a la anécdota y la cita para desvelar la moralidad de la persona. La primera traducción de esta obra a una lengua europea la hizo el español Juan Fernández Heredia, en el siglo XV. Shakespeare partió de una traducción inglesa de Plutarco para escribir sus obras inspiradas en la historia romana, como Coriolano, Julio César y Antonio y Cleopatra. [ibid.]

-

Porque anhelo, ya que tan adocenado pudiera ser en lo general y que concierne a todos ser único y original en lo que a nosotros solos pertenece, tanto respecto de la familia como del pueblo de mi cuna, filones ricos e intactos del azadón del minero, seguro de que si hubiese muchos con mis ideas, mucho se tendría adelantado en cada casa y lugar para tener un caudal casi completo de su historia respectiva. Y por otro lado, y es para mí lo más esencial y que congenia con mi natural propensión, ¿si dentro de un siglo o dos uno de nuestro linaje sacara por idéntica causa que yo, cosa harto común y que se ve a menudo reproducida en la naturaleza esta misma inclinación y tendencia, y recorra estas pobres páginas que yo de todo corazón en particular le dedico, porque me comprenderá tal como fui y como yo quiero se me tenga, y si goza y se satisface con mis trabajos no quedaré completamente compensado con su veneración a mi memoria? A los demás de mis lectores, que no estimaron mi relato sino como mera curiosidad o sólo por lo que les interese el saber si tiene acción a alguna herencia del linaje, a ésos sólo les exijo en pago de este afán que en nuestra historia cumple un pequeño sufragio que cabrá como flor funeraria o gota de rocío celestial sobre mi silencioso y modesto sepulcro.

En este sitio, sí es que desde él se descubre o transparenta algo de lo que pasa en el mundo, percibiré yo algo felicitaciones, no tanto por el mérito literario de mis obras, sino por el pensamiento entusiasta y puro que las produjera. ¡Generaciones que han de seguir a las actuales, gérmenes increados de otros hombres de mi estirpe aunque no hayan de ser de mi propia carne que habéis de venir a llenar los huecos que os dejemos y a firmar con nuestro antiguo y decoroso apellido, respetad éste por su antiguo decoro y lustre y [*recor*]dad también, Dios le perdone, al que estas líneas os deja trazadas, que tanto lo necesitará y tan de veras os lo pide! Quedaré con esto sólo harto pagado y retribuido de mis afanes sin que vosotros perdáis nada en ello tampoco, pues el omnipotente premia siempre los buenos deseos y aspiraciones, y éstos que gastéis en mí deseándome su misericordia y su gracia para mi eterno reposo en el seno de su inmensidad. Serían retribuidos si tal dicha alcanzara, pues podría ser un intercesor constante de mi casa y amada familia, que después del sol de la eterna justicia fue el objeto que más amé acá en la Tierra.

Tras este breve desahogo de mi alma continuaré mi trabajo histórico y novelesco, pobre en su asunto para todos, pero de importancia suma para nosotros, pues nos puede

-

-

dar aliento y fuerza en situaciones idénticas a las que describo, y sobre todo cuando más las necesitamos: en la adversidad para saber resignarse conservando la dignidad, y en la bienandanza y fortuna para no desvanecernos, pues todo es humo en el mundo que desvanece el soplo de la muerte. Ya vimos la situación triste en que quedó la familia arruinada en Ampudia por la muerte de Don Diego de Puelles Santos en las postrimerías del siglo XVII y el modo como Don Manuel, su segundo hijo y nuestro respectivo progenitor se dedicó con ardor al cuidado de su madre y hermanos, pues el mayor, Don Bonifacio, tomó plaza en el ejército, en el que tampoco ya se medraba, pues estaba expirante y sin prestigio la monarquía militar de la Casa de Austria en manos de su degenerado y último vástago, el impotente Carlos II. Bernardo, Juan y Francisco crecían y se desarrollaban, pero pobres como estaban y con sus humos tradicionales, prefirieron a la muerte de su madre, Catalina, buscar la subsistencia con su trabajo material, que era todo lo que sabían, en extrañas tierras, que servir en la propia a los que ellos miraban como inferiores, y al efecto tomando la atrevida resolución de emigrar, pasaron a la comarca fértil y dilatada de la Vega del Toral y se acomodaron como labradores desconocidos en Tordehumos y Villabrajima.

Nada sabemos de sus primeros pasos en estas poblaciones donde regaron la tierra con el sudor de sus nobles frentes, sólo sí que al poco tiempo lograron, por su apostura y gentileza, que revelaba su nacimiento, como igualmente su comportamiento, llamar la atención de aquellos entre quienes se albergaron, logrando el Bernardo, que era el más joven y apuesto en el dicho lugar de Tordehumos, casar con la rica señora Doña Margarita Ulloa de Celis y González, del antiguo linaje de este nombre e hija única de Don José y de Doña Manuela, personas muy respetadas y tenidas en la dicha población. Tenía Bernardo la particularidad notable, pero muy común en nuestra familia desde el entronque con los Torres, de ser rojo de pelo y de color, por lo que le llamaban 'el Rojo de Ampudia', circunstancia especial que aquí toco sólo para decir que este color se ha sucedido y se suele de continuo reproducir en nuestra familia de vez en cuando, siendo muy general en la descendencia larga de Don Bernardo, hoy derramada en Castilla y Galicia ; y aunque las otras ramas, y la mayor de Don Manuel, suministran menos ejemplares por ligar con familias de tez trigueña como la de nuestra madre, no por eso deja de presentarse el color rubio en todos los niños en su infancia, y hasta el rojo encendido de los Torres, como sucedió en nuestro primer hermano Antonio, particularidad que prueba lo que se graba e

-

identifica el parecido en las facciones, caracteres y propensiones de los individuos de un linaje, reproduciéndose sus tipos como si estuvieran vaciados en un solo molde aunque pasen muchas generaciones.

Mas continuando mi narración, diré que casado Don Bernardo en 13 de Febrero de 1694 en la Parroquia de Tordehumos, procreó entre otros a su hijo Don Bernardo de Puelles Villatronco, nuestro a su vez, pues por casamiento que éste hizo con Doña Isabel Martín Represa, hija de la misma villa, en 2 de Mayo de 1736 en la iglesia de Santiago, tuvieron entre sus hijos a Don Tomás, que casó en Alcañices con Doña María Tariego, padres que fueron de Doña Catalina de Puelles Tariego, nuestra bisabuela, casada con su tío Don Felipe de Puelles Montero, hijo mayor de la rama de Don Manuel de Puelles Sánchez, de cuyo tronco proceden ambos, ella por su bisabuelo Don Bernardo, hermano del anterior y del que volveremos a ocuparnos. Además de Don Tomás tuvo el segundo Vernardo a Don Juan Manuel, el mayor, que se estableció en Villabrajima con sus tíos Juan y Francisco, y troncos a su vez unos y otros de una numerosa progenie que quedó regada por Villabrajima, Tordehumos, Campazas y demás pueblos del reino de León en cantidad crecidísima y cuyas ramas y entronque nos son hoy completamente desconocidos. Tuvo, además, el Don Bernardo de Puelles Ulloa, a otro Bernardo y a Josefa, avecindados en Tordehumos, y a Don Antonio, que se estableció en León y que fue tan sumamente rojo que no le conocían en la comarca más que por ‘el Rojo de León’, el cual casó en dicha antigua ciudad con Doña Pascuala Fernández Posadilla y Vega, hija de Don Antonio y de Doña Rafaela, en 1784 en la iglesia de San Salvador del Nido, y fueron padres a su vez de otra numerosa progenie, a saber Don Juan de Puelles Fernández, que murió joven, Don Agustín, que residió y casó en León con Doña Leona Alfonso y de cuyo matrimonio existen hoy en la villa de Ponferrada Don Antonio el mayor, administrador de rentas y sordo, el que ha venido a ruina por su afición decidida al juego, herencia del Puelles Santos.

Este señor casó con Doña Antonio Prieto de Villamañán en su primer matrimonio, teniendo por hijos al joven calavera Don Vicente, que disipó su legítima [herencia] materna de más de 6.000 duros alegremente, embarcándose después para Cuba, donde hoy se halla, y del segundo matrimonio tuvo su padre a Don Donato, Don Pedro y Doña Pilar, [*ésta*] de muy corta edad actualmente. Tuvo además Don Agustín otro hijo llamado Igna-

-

-

cio, residente hoy en León, soltero y empleado, y otra hija llamada Doña Cesarea, casada con un célebre arquitecto de nombre Don Perfecto Sánchez, [*que son*] padres de una crecida familia de Sánchez Puelles, bien acomodados y con carreras científicas: Don Isidro, Don Jacinto, Don Waldo, Don José y Don Perfecto, y las niñas Luciana y Carolina, casada con abogados ; con lo que concluye la rama de Don Agustín. Otro de los hijos de Don Antonio de Puelles Martín, 'el Rojo de León', es Don Saturnino, padre de otra porción de niñas, el cual de 72 años, después de largas navegaciones siguiendo el comercio con un primo millonario llamado Don Antonio de Casas Puelles, de Privacho, casó en Valla-dolid con una señora de la familia acomodada de Santander, muy conocida por su gran comercio de libros, se estableció después en Villamañán, rico pueblo del Valle del Toral, donde tiene buenas heredades y tráfico de vinos al lado de cuatro hijas con unmerosos nietos, el cual a su edad de setenta y pico de años goza de una salud excelente, escribe con una letra hermosa y parece destinado a ser el Néstor[130] o patriarca[131] de las actuales generaciones. El es [*el*] que me ha suministrado todas las noticias referentes a las ramas de Castilla y Galicia, y dentro de mis carpetas queda su correspondencia curiosa.

Existen otros dos hermanos de Don Saturnino y de su avanzada edad en Ribadeo, donde se trasladaron de muy jóvenes y donde se fijaron al lado de sus primos, ricos comerciantes, los Casas Puelles, teniendo una multitud de hijos, nietos y biznietos dedicados a la vida del mar ; algunos de ellos son capitanes de buques mercantes, como Don Valero de Puelles, que manda la fragata 'Simón', establecido hoy con su mujer y sus hijos en el puerto de Santander, del cual tengo también correspondencia. Todos los demás están no sólo cortados de nosotros, que tan distante es ya nuestro parentesco, sino de los próximos, como los de Villamañán y León, que sólo se tratan con los de Santiago, donde se estableció otro Puelles Martín, Don Manuel, quien figuró en el comercio, formando otra nueva colonia donde figuran algunos clérigos y abogados. Otra hija del Puelles Martín casó con

---

130 Hablamos aquí del rey legendario de Pilos, en Mesenia, hijo menor de Neleo y de Cloris, que según el mito escapó a la matanza de sus 11 hermanos (los 'neleidas') perpetrada por Hércules y recibió de los dioses el privilegio de la longevidad. Intervino en muchos combates míticos y en la Guerra de Troya. En la *Ilíada* es presentado como un anciano prudente que prodiga sus consejos en largos discursos. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 6.961]

131 En la Biblia se denomina así a los caudillos de los hebreos anteriores a Moisés. En el Libro del Génesis aparecen sus nombres: Abraham, Isaac, Jacob y los hijos de Jacob, caudillos de las 12 tribus de Israel. Vivieron, según se cree, a mediados de la edad del bronce, hacia la primera mitad del 2º milenio A.D.C. [*Encarta '98* CDRom]

-

el comerciante Casas y fueron padres del Casas Puelles de Ribadeo, que juntó una fortuna de más de 14 millones de reales y cubrió con sus buques la ría de este puerto, a cuya sombra fueron a buscar fortuna los tres hermanos huérfanos de Villamañán, Saturnino, Justo y Baldomero, volviendo sólo el mayor y quedando los otros definitivamente fijados con su descendencia en dicho puerto como ya hemos dicho. Los Casas Puelles subsisten con sus cuantiosos patrimonios, casados algunas de sus hijas con hombres notables, y figuran llevando a su lado a sus primos y sobrinos los Puelles de Ribadeo, pobres de bienes.

Además de estos mencionados hijos de Don Antonio ‘el Rojo’ de León tuvo éste un Don Marcelino que se dedicó a las armas y murió de capitán. Todo este maremagnum de ramas laterales produjo sólo la de Don Bernardo de Puelles Ulloa, pudiéndose asegurar que existen, entre éstas y las de los demás Puelles Sánchez Salidos de Ampudia, en estos diversos centros y sus radios más de 300 descendientes del Puelles ‘el disipado’, sin contar la rama de Alcañices de Don Tomás, que dio a nuestra bisabuela Catalina, al tío Joaquín, que murió en el Gobierno de Caracas[132], a Don Julián, el célebre narciso de los guardias de corps, y a Don Domingo, cura de Rabanales y vicario después de Alva y Aliste, mencionado en el Diccionario de Miñano por la parte que tomó en sus trabajos, y otra porción de Puelles Tariego que residen en los alrededores de Alcañices y han mandado sus hijos a Salamanca, donde uno se hizo notable por sus galanteos, muriendo en un desafío como el célebre Don Félix de Montemar, y de donde procede Don Gregorio, jefe de artillería en el sitio de Morella por Don Carlos, que luego murió fusilado en Agramunt como jefe del ejército rebelde de Aragón[133].

---

[132] El coronel D. Joaquín de Puelles, fusilado en Caracas por las tropas independentistas, fue Gobernador de Isla Margarita.

[133] Se trata de la Primera Guerra Carlista, o guerra de los Siete Años (1833-1840). El fallecimiento de Fernando VII en 1833 entabló un pleito sucesorio que pronto se tradujo en una cruenta guerra civil entre los denominados isabelinos o cristinos, defensores de la legitimidad al trono de la regente María Cristina, madre de Isabel II, y los partidarios del infante don Carlos, aferrados a la validez de la Ley Sálica e identificados bajo la etiqueta ‘carlista’. La penuria económica y armamentista del carlismo hicieron de la voluntariedad e improvisación, junto a las contribuciones forzosas y las incautaciones al enemigo, elementos indispensables en el planteamiento cotidiano del encuentro bélico. La figura del coronel Tomás de Zumalacárregui resulta clave para entender la transformación del caótico entorno carlista en un pequeño ejército disciplinado, su rentable recurso a la desgastadora táctica de guerrillas frente a las tropas regulares y la consolidación, en definitiva, del levantamiento en el País Vasco, norte de Cataluña y el Maestrazgo. Su muerte en Junio de 1835 durante el sitio de Bilbao, cerró la página ascendente del carlismo en la región vasco-navarra. El estancamiento dio paso a un sufrido retroceso carlista, materializado en el estrepitoso fracaso de la Expedición Real en su marcha hacia Madrid y el repliegue en el norte, lo que arrastrará al Convenio de Vergara (1839), punto final de las hostilidades en esta zona y motivo del exilio a Francia del pretendiente Don Car-
-

De la rama de Alcañices salió la descendencia de Don Joaquín de Puelles Tariego, gobernador de Caracas, el que dejó tres hijos hoy establecidos ricamente en Cuba y que conoció el marino Valero en La Habana, y por uno de sus descendientes, Pérez Puelles el Joven, rico criollo que vino a educarse a Sevilla y tropezó con nuestro hermano Francisco por los años de 51, se supo de la existencia de los hijos del malogrado héroe defensor de su castillo. Si toda esta multitud ya descrita la produjo sólo Don Bernardo en un siglo escaso, ¿qué no aumentarán todos ellos a su vez en igual período de tiempo? ¿Y la misma rama mayor nuestra, tan escasa en dicha época, en esta era de paz que alcanzamos, qué no puede dar de sí? Se abruma la imaginación al repasar todo lo que puede dilatarse una familia cuando las guerras y las epidemias dan un poco de respiro. Bendígala Dios como a los hijos de Jacob y cúmplase su santo mandato de que crezca y se multiplique si ha de ser para su gloria y para producir hombres religiosos como los de Ampudia, heroicos como los del Perú y Torrijos.

Terminaremos este intrincado capítulo con la historia de las ramas colaterales de la línea mayor de Don Manuel, que quedó en la villa de Ampudia a fines del siglo XVII. Ya dijimos atrás que el desvalido Don Manuel tuvo porción de hijos de ambos sexos que cegaron en flor la mayor parte la Guerra de Sucesión de la Casa de Austria con la de Borbón a la muerte del degenerado Carlos II. Tan sólo sabemos que existían en dicha Ampudia antes de mediar el pasado siglo dos hermanos, hijos de Don Manuel, llamados Andrés y Eugenio, que vivían harto pobremente,. Tanto que en particular Don Eugenio escribía una carta que conservamos a su primo Don Vicente de la Concha Puelles, nieto de Don Bonifacio, el capitán corregidor de Palenzuela, cuando éste trató de disputar el mayorazgo de los Villafañéz y las capellanías de los Marcos, que pertenecieron a su abuelo como hijo de la hija mayor de Don Pedro de Puelles el de Labástida, en cuya carta le pide "*un puesto en que lo acomode por hallarse muy pobre y con bastante familia, con sólo la intención de ganarles de comer, porque sabía que su merced tenía muy mucho en qué poderle acomodar y que cumpliría como quien era tomando informes de su hermano Ma-*

los. La resistencia del militar Ramón Cabrera en el Maestrazgo prorrogó la lucha en tierras catalanas hasta mayo de 1840, cuando se consumó la entrada de Espartero en Morella, tomada previamente por los carlistas, y la retirada de Cabrera hacia la divisoria francesa. El cruce el 4 de Julio de esta línea fronteriza por los últimos soldados carlistas supuso una guerra oficialmente zanjada. [*ibid.*]

nuel, que se hallaba en Valladolid". Esta carta memorial se escribió en Ampudia en 20 de Noviembre de 1747 y va firmada así: Don Justo de Puelles, como sólo se firmaban en aquella época los magnates o hidalgos de horca y cuchillo.

Esos mismos humos tenía Don Andrés, y el uno y el otro, con su miseria y su larga familia, se pierden en la oscuridad para siempre, victimas tal vez de la pobreza. No así una de sus cuatro hermanas, llamada Doña Gerónima de Puelles Carpintero, bizarra y apuesta doncella que pobre y todo, merced a una hermosura que según refieren cartas de aquella época era el asombro de aquella comarca, casa con un principal caballero de To-rrelaguna llamado Don Diego de Torres, que la presenta en Madrid, donde llama la aten-ción y se establece, casando una de sus hijas llamada Doña Dionisia de Torres Puelles, con Don Pedro Garicoechea, riquísimo e importante personaje de aquella época. Estas ramas todas, bien por hembras o por falta de noticias, se pierden del todo, mientras que fructificaban la de Don Manuel en Valladolid, Don Bernardo en Tordehumos y Don Juan y Don Francisco en Villabrajima y Don Tomás en Alcañices, que son las que pueblan aquel territorio del reino de León y de donde porceden la mayor parte de los actuales miembros.

Dejémosla ya y concluyamos con las colaterales de los Puelles Carpintero y Puelles Montero, que no tuvieron más que al Marcelo, al Justo y a nuestro bisabuelo Feli-pe, los primeros sin sucesión y el último con nuestro abuelo Francisco y los tíos Felipe, Manuel, Victoria, Josefa y María, todos célibes menos Felipe, que casó en Madrid con Doña Mónica Alvarez y entre muchos hijos sólo le sobrevivieron Felipe y Encarnación, los que casaron el primero con Doña Matilde Keiser, hija de un coronel suizo, y es hoy abogado y propietario en Madrid, padre de dos preciosas niñas Puelles Keiser, y una miña de la Encarnación llamada María Castro y Puelles, cuya prole son primos segundos nues-tros. La [*descendencia*] de Doña Victorina, que casó a disgusto en Barbadillo con Don Bartolomé Regueira forman el tronco de una porción de desgraciados Regueira Puelles. Así es que nosotros, los de Alcalá, no tenemos más parientes próximos que estos últimos; los de Castilla, León, Galicia y Cuba son lo más cerca primos quintos, que canónicamente no da ya parentesco este lejano grado por más que seamos todos descendientes del tronco de Don Diego de Puelles Santos, que con su prodigalidad fue el origen de la dispersión y emigración de su linaje, por haber dejado sin abrigo el nido paterno de su progenie en Ampudia.

-

-

Termino ofreciendo rectificar o ampliar lo que sepa nuevo de las ramas actuales, sirviendo de aprendiz a la obra, para llegar a la exactitud matemática e histórica que me propuse, en la inteligencia [*de*] que es tan imparcial y concienzudo mi trabajo, que ni he aumentado por halagarme el brillo y poder de la Casa de Autol y las proezas y timbres de Don Pedro de Puelles Hurtado en el Perú, ni las glorias y distinciones que alcanzara el defensor de Torrija con los reyes de Aragón, por quien murió en Gironella, como tampoco he disminuido las calaveradas de Don Justo el tambor de los guardias, las disipaciones de Don Diego, ni los trabajos y miserias de Don Eugenio ni de Don Andrés, ni las vicisitudes que hoy tocan los de Ribadeo y Castilla, que tal vez vivan los unos con sus redes de pes-car, como los otros regando con su sudor los terrenos castellanos. Todos son dignos en su posición y son los descendientes de los conquistadores de Baeza, deudos de Lope de Haro como nacidos del tronco real de Navarra y que, después de señorear un bello territo-rio regado por el Ebro, lograron los de su estirpe dejar un rastro de gloria en Gironella y Quito, muriendo por su rey y patria como siglos después Don Joaquín y Don Gregorio en Caracas y Agramunt, siendo tipos antiguos de lealtad, valor y abnegación.

-

SEGUNDA PARTE: Epoca moderna

Introducción especial

A proporción que se acerca el tiempo y los varios sucesos que motivaron nuestra existencia, a medida que vamos llegando a los seres queridos que conocimos y que hablan a nuestro oído, teniendo fotografiadas sus imágenes en nuestra alma, quisiera yo, que los voy a evocar y ponerlos de nuevo en la escena colocandolos en esta galería de nuestros ascendientes, bosquejarlos y pintarlos en colores y tintas más brillantes para trazar la historia reciente de esas amadas personas que son los eslabones que nos enlazan con sus undos y alazadas a los que nos precedieron en los anteriores siglos, que los dividen en más de trece generaciones y cerca de cinco centenas de años. Tentado he estado al dudar de mis fuerzas para obtener el resultado que me propongo de arrojar la pluma, pues no la encuentro digna de ellos y porque los creía inútiles para los que los tenemos dentro de nuestros corazones esculpidos ; pero me temo y deploro que al desaparecer nosotros dejamos perdidas tan bellas tradiciones y noticias, borrándose por completo unos perfiles tan nobles, como desaparece el rastro de las aves por el cielo o el surco de las naves por los mares. Quiero y debo yo darles esta obra hecha a los que nos sucedan, aunque haya tal vez la desgracia casi general en las familias de olvidar su pasado y no cuidarse más que de lo presente, en tanto no se roce o tenga conexión lo antiguo con intereses mezquinos.

No, no, no son dignos nuestros padres, a quienes tanto les debemos y a quienes yo en particular les adeudo y merecí los destellos de ilustración que con todo género de sacrificios me supieron dar, los viajes que me costearon y las caricias y ternura que me Prodigaban, [*de*] no corresponder y pagar en algo la inmensa deuda de gratitud que contraje. Y ya que no pude ayudarles y serles útil en algo como yo ahora aún más que entonces, quisiera poder al menos, al biografiar sus nobles caracteres, pagar en algo y con este pequeño óbolo lo que les debo, que es todo, desde mi existencia precaria hasta las comodidades que disfruto. El pan que llevo a mi boca, la tela que ciñe mi cuerpo, el mullido lecho en que descanso, los conocimientos e ideas que bullen en mi cabeza, todo, incluso mi ser, son gotas de sangre y de sudor desprendidas de su corazón y de su frente. Quiero, pues, en su honor e imperecedero recuerdo, tejerles una sencilla guirnalda de laurel y siemprevivas ; ya que no me es dado levantar monumentos a su memoria y esculpir mármoles y bronces con sus nombres, quiero y es mi más bello ideal que éstos pasen a sus

-

-
descendientes si es posible hasta lo infinito y que las ramas y brazos de este frondoso árbol que hemos visto nosotros crecer sepan y estimen en mucho a los que fueron autores de su existencia y de los bienes que poseen.

Seca y próxima a desgajarse parece estar la rama de mi existencia, porque tal vez quiera Dios negar este consuelo a un corazón desencantado de todo, sin ilusiones y árido y marchito yo para la felicidad como los arenales del Sáhara para la vegetación, porque el autor de estas memorias, que lleva en sí la savia primogénita de la familia y del linaje, nada más podrá tal vez dar de sí que estos toscos pero sentidos renglones que a los suyos les dedica para que por indolentes y olvidadizos que sean puedan hallar, hojeando sus páginas, lecciones que les puedan servir, consejos de que se puedan llevar y, sobre todo, noticias exactas y genuinas de los varones a quienes deben su existencia y el bienestar que de ellos les haya alcanzado, parando sus mentes alguna vez en el que se los trazó en claros jeroglíficos que ninguno antes que él de nuestro linaje se había puesto a descifrar, porque este trabajo ímprobo y de gran paciencia de coordinar materiales tan desparrama-dos y cotejar fechas tan largas y de fácil equivocación me lo deberán a mí. Nuestros descendientes se lo encuentran todo hecho, y si saben conservar los sudores de nuestro común progenitor, tendrán su modesta existencia asegurada y su porvenir, casi de la misma manera que tienen asentadas estas historias de los de su linaje, que tan fácil les será continuarlas con que alguno de vez en cuando le aumente algunas páginas. ¡¡Plegue a Dios y guarde en sus arcanos que aunque no sean tan gloriosas y brillantes como las de su principio, no se vean manchadas ni enlodadas con hechos y acciones indignas de una antiquísima y siempre honrada estirpe de varones y de hembras!! Después de esta precisa digresión y desahogo de mi alma entraremos a bosquejar el idilio o égloga pastoril de los amores de nuestros abuelos.

-

CAPITULO I: Excursiones militares de Don Francisco de Puelles, nuestro abuelo. Su venida a Andalucía y sus amores en Alcalá ; su casamiento y su prole. Horfandad en que quedó ésta a su temprana muerte. El tío Joaquín de Puelles ; su embarque y glorioso fin. Niñez de los huérfanos

En Zamora dejamos de guarnición al Regimiento de Valencia en 1797, al concluir la campaña, en esta antigua ciudad de Castilla, herencia patrimonial de la infanta Doña Urraca[134] y en cuyo cerco asesinó a su hermano, el ambicioso Sancho, rey de León, el traidor Bellido Dolfos[135], en esta vetusta ciudad que nos pinta Adelardo López de Ayala tan al vivo con aquello [*de*]:

Es Zamora, que aparece
tan decaída y tan flaca,
que la gobierna, parece,
todavía Doña Urraca.

En ella [*ob*]tuvo un grado [*nuestro pariente*], el primero después de la guerra, pues el Gobierno los escatimaba aún más que los sueldos a los buenos servidores, repartiéndoselos con profusión entre los cortesanos, y [*recibió*] orden para pasar el Cuerpo a Andalucía bajando por Extremadura. En efecto, a marchas regulares se encaminó en seguida el batallón, que recibió en el camino un nuevo y elegante uniforme. A proporción que dejaban las llanuras de Castilla y los términos montuosos y [*las*] dehesas de Extremadura y se internaban en los fértiles campos de Andalucía, donde la vegetación, el cielo y el sol son más brillantes y la flora africana, con su vigor, reemplaza a la de nuestras comarcas del

---

[134] Se refiere a Urraca I (c. 1080-1126), reina de Castilla y de León, que heredó el trono a la muerte de su padre Alfonso VI (1109). Urraca, viuda de Raimundo de Borgoña, con quien había tenido al futuro Alfonso VII, se casó ese mismo año con el rey de Aragón Alfonso I el Batallador. Este matrimonio provocó una aguda crisis política que desembocó en una auténtica guerra civil entre los partidarios de la reina y los del rey aragonés. Al calor de esta agitación se desencadenaron importantes movimientos antiseñoriales como los de Santiago y Sahagún. En 1114 Alfonso I repudió a Urraca y volvió a Aragón. En Galicia, y aprovechando la situación de crisis general, se desarrolló una rebelión de carácter independentista protagonizada por el obispo Diego Gelmírez y el magnate Diego Froilaz. [*Encarta '98* CD-Rom]

[135] En 1065, al morir Fernando I, los dominios de Castilla y de León se dividieron entre sus hijos. A Sancho le correspondió el reino de Castilla, mientras que sus hermanos García y Alfonso recibieron respectivamente Galicia y León. Esta herencia llevaba aparejada la semilla de la discordia. Sancho arrebató el reino de Galicia a García (1071). Un año después derrotó a Alfonso y se coronó rey de León. Pero su victoria fue efímera. Cuando intentaba sofocar una revuelta nobiliaria en Zamora, ciudad que se encontraba bajo el señorío de su hermana Urraca, fue asesinado por Bellido Dolfos (1072). La muerte de Sancho II (apodado 'el Fuerte') permitió a Alfonso VI volver a unificar los reinos de Castilla y de León. Sospechoso de ser el instigador de la muerte de su hermano, Alfonso fue obligado a prestar juramento expurgatorio en la iglesia de Santa Gadea (Burgos) ante la presencia de Rodrigo Díaz de Vivar, 'el Cid'. [*ibid.*]

-

-

Norte, el pecho de nuestro abuelo se ensanchaba y su poética imaginación se embebía y extasiaba con la contemplación de tan bellos campos, y aspirando los aromas y azahares de nuestros olivos y naranjos, viendo columpiarse las palmeras que dejaron nuestros antepasados los árabes[136] de trecho en trecho planteadas y que le recordaban los cánticos sentidos de Abderramán el Grande[137] una de ellas, le parecía estar en un oasis del desierto. Parecía que le vaticinaba su corazón, y ya se ensanchaba, que en esta bella comarca y clima tropical había de formas el nido de sus amores, habían de correr los días mejores de su existencia al lado de una andaluza cuyo perfil creía ver en sombras, y que al pie de alguno de estos poéticos árboles le labrarían su sepulcro.

Pobre, joven de 22 años, huérfano de madre y sin más bienes que su espada, que tan poco le ofrecía, curtido en tan corta edad por una penosísima campaña, buscaba, como el soldado de fortuna, un lugar de reposo y una mujer a quien dedicar su puro y grandioso amor, y Dios se la deparó y premió en ella, como se verá más adelante, aquella fe y entusiasmo. De la feraz y opulenta Sevilla pasó a Cádiz el 98, y después de guarnecer [*durante*] año y medio a la reina de los mares, a la concha de nácar del océano, donde se anidaban entonces todos los buques que hacían su carrera a América, sirviendo de acueducto por donde se derramaban sus tesoros, habiendo conocido y sido obsequiado por un primo hermano de su madre, Don Pedro Tariego, rico comerciante de ella y que en ella había redondeado su fortuna como lo hacen otros castellanos que se dedican al comercio, pasó de nuevo su regimiento al bloqueo del Campo de Gibraltar, cuya plaza se observaba de cerca desde la alianza con Francia, que de hecho nos traía la enemistad con Inglaterra.

---

[136] La palmera datilera (*phoenix dactylifera*) es autóctona de toda la franja subtropical que se extiende desde la India hasta Canarias. No hay, por tanto, ninguna razón para pensar que las palmeras andaluzas fueran, como aquí se dice, introducidas en esa región por los árabes ; probablemente ya estarían allí cuando éstos llegaron a la Península. También es común, sobre todo en el área mediterránea de nuestro país, el „palmito", una palmera de tronco corto, ramificado, y hojas en abanico, que cultivada convenientemente puede alcanzar una altura de hasta 3 m. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pp. 7.420-22]

[137] Se trata de Abd al-Rahman III (891-961), emir y fundador del califato de Córdoba. Cuando accedió al Gobierno, al-Andalus se encontraba desintegrado en numerosos poderes autónomos. El nuevo emir consiguió restablecer el orden y la autoridad de los Omeyas. En el año 929, Abd al Rahman III se proclamó califa, sucesor del profeta y príncipe de los creyentes, lo que supuso la independencia religiosa de al-Andalus. Abd al-Rahman III ejerció un poder absoluto, auxiliado por una administración eficaz y un ejército vigoroso de mercenarios. Con él al-Andalus vivió una época de paz y prosperidad. Córdoba fue ampliada y enriquecida. Por orden suya se inició la construcción de la ciudad-palacio de Medinat al-Zahara al noreste de la capital (936). [*Encarta '98* CD-Rom]

-

Salió por su propio pie de Cádiz precediendo a su Cuerpo una jornada, y adelantándose por nuestros campos llegó una tarde bien temprano dejando a su regimiento en Medina[138], y atravesando las hermosas lomas y collados que habían de ser algún día de sus nietos y que estaban bordados en aquella estación de las flores de la zuya y del trébol por ser en los días de Abril, divisando desde ellos a la morisca villa de Alcalá de los Gazules sobre un elevado cerro que guarnecía un magnífico y blanco castillo entonces habitado por los Corregidores y a cuyos pies cruzaban mansos y susurrantes una extensa vega los ríos Barbate y Traja. Una ojeada desde el Cerro de la Mesa, por donde subía el camino, le hizo ver este extenso panorama de las Sierras Gazules al frente, y sirviendo de respaldo a lontananza, el Traja y el Barbate regando el extenso y desigual valle lleno de ganadería y de verdes sembrados, y un pueblo asentado en la cornisa de un cerro como un nido de golondrinas en el capitel de una columna, blanco y brillante, guarnecido por todas sus laderas de huertos y viñedos, le hizo ver todo lo bello del cuadro que casi presentía iba a serlo también de sus amores de blandas plumas, donde se iban a adormecer sus hijos y sus nietos.

Introducido en el [*pueblo*] por una larga calle, aunque un poco sesgada, llegó el destacamento de soldados hasta la Plaza de la Cruz, no sin alborotarse sus sencillos habitantes al ver aquel pelotón de soldados granaderos, pues nuestro abuelo era de esta compañía, que con sus enormes gorras de pelo y sus brillantes uniformes con el correaje blanco formando cruz entraba por sus calles tras de un oficial hercúleo y arrogante, pero joven por demás. Habiendo hecho alto en la Plaza Baja y preguntando por el Comandante de las Armas o Alcalde, le indicaron la Casa de las Maltesas junto al Convento formando esquina a la plaza, y, en efecto, en ella se alojaban la rica viuda del Maltés [*y*] Don José de Abansen, capitán retirado y establecido en Alcalá desde el final de la campaña de Francia, donde se había distinguido sobremanera sacando varias heridas y siendo el primer jefe que la inauguró rompiendo el fuego de guerrillas por las gargantas de Canfranc, como puede verse en las gacetas de la época. Era el capitán Abansen el que había de ser más tarde el tutor y padre cariñoso de los huérfanos Puelles, el tipo del militar aragonés más perfecto y cumplido que pudiera encontrarse, y, aunque en pequeña escala, era parecido a

[138] Medina Sidonia

-

-

Bayardo[139] en lo religioso y valiente, en lo honrado y lleno de dignidad y entereza ; aún se oyen sus elogios [*en boca*] de los ancianos que lo alcanzaron a conocer, personificado como el 'caballero sin miedo ni tacha'. Casado con Doña Josefa, casi hermana de nuestra abuela porque halló en ella una esposa digna de él, se había retirado del servicio y reposaba de sus heridas y trabajos con la familia patriarcal de su suegra, a quien obedecía como un niño mirando en la noble anciana el tipo de Sara o Abigail, de las Santas Mujeres de la Biblia[140].

En esta casa entró, pues, nuestro abuelo al mediar una calurosa tarde del mes de Abril de 1799. Un patio con flores de todas clases y en [*el*] que crecían dos naranjos jóvenes cargados de azahar y en cuyas copas venían a enredarse jazmines, madreselvas y rosales salseros formaba la entrada de la limpia y bien repartida casa, y una señora anciana rodeada de cuatro bellísimas jóvenes, con un militar algo maduro, pero de fresco semblante, formaban el cuadro y grupo que a su primera vista se le presentó al mancebo. Puesta su gorra [*en*] en antebrazo y tocando casi con la rama de los naranjos su blanca frente cubierta aún de sudor y de carmín sus rojas mejillas, se aproximó a las señoras y saludó reverente después de éstas al respetable militar, que en su aire y marcial postura llena de dignidad indicaba brillantes servicios y un grado superior al del que le hablaba. Después de mostrarle su pasaporte, le mostró en cortas y medidas palabras la misión y objeto que traía al adelantarse al regimiento, que era la de tenerle prevenido el alojamiento y [*las*] raciones, y que precediéndole poco más de una legua en un día de calor, vendría agobiado de fatiga, por lo que era preciso tenerle corriente a su llegada el hospedaje y bastimento.

---

139 Manuel de Puelles se está refiriendo aquí a Pierre Terrail, señor de Bayard (14761524), llamado, efectivamente, *el caballero sin miedo y sin tacha*. Fue paje del duque Carlos I de Saboya y pasó al servicio del rey de Francia Carlos VIII y se distinguió en diversas ocasiones durante la campaña de Italia. Con ocasión de la conquista de Nápoles, Bayard luchó contra Gonzalo Fernández de Córdoba en el sitio de Canosa (1502) ; cuenta la leyenda que en la retirada francesa defendió él solo contra 200 españoles el puente de Garellano. Tras varias otras luchas bajo Francisco I, murió en la campaña organizada por dicho monarca para recuperar el Milanesado. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 1.083]

140 Abraham se casó con su hermanastra Saray, o Sara. Abandonaron Ur junto a su sobrino Lot y su familia, por inspiración divina y se dirigieron a Harán. De allí se trasladaron a Canaán, y más tarde a Egipto, pero Abraham fue expulsado de allí por presentar a Saray, su mujer, como su hermana. En cuanto a Abigail, figura en el Antiguo Testamento como esposa de Nabal. Tras negarse éste a suministrar alimentos a David (el futuro rey de Israel y Judá) cuando éste permaneció errante en el desierto, Abigail intervino y persuadió a David para que no castigara a su marido. Su conducta sedujo tanto a David, que poco después de la repentina muerte de Nabal contrajo matrimonio con ella (1 Sam. 25). [*Encarta '98* CD-Rom]

-

Mandado sentar, y mientras Abansen se colocaba su uniforme para acompañar al joven en su cometido y saludar a un coronel que venía al frente del Cuerpo, reparó y comenzó a mirar nuestro abuelo despacio las jóvenes modestas y sencillas que acompañaban y cercaban a la respetable anciana que en medio de ellas se creía sentada en un cómodo sillón. Todas eran de poca edad y de agraciados semblantes, pero a sus ojos resaltaba una, la más alta y de negra trenza de pelo, [*con un rostro*] de color blanco y nacarado, sin matiz alguno y de expresión angelical, a quien nombraban por Clara, la que se había interesado más por ofrecerle un asiento al pie del rosal sabroso, interesada por él al verla tan fatigado.

Poco tiempo estuvo en esta situación y en conversación con la mamá y las jóvenes, que le preguntaban con interés por su familia y a quienes él contestó en sentidas palabras no haberla visto hacía más de dos años ni haber podido abrazar cuando volvió de la campaña a su joven madre, que murió durante la misma. Entusiasmado al ver aquel sencillo y patriarcal cuadro, que le recordaba su infancia, e inspirado por los ojos de la poética Clara, produjo imágenes tan vivas del cariño hacia los suyos y de la pena que es la ausen-cia y privación de los objetos queridos, expresándose con tanta fe y sentimiento que cau-tivó a su auditorio e hizo derramar lágrimas a los ojos de la joven con quien se había ins-pirado él mismo. Deslumbrado y abstraído, salió con el Jefe de las Armas a la calle, cavi-loso de la viva impresión que le produjo Clara, de quien tomó ligeros y discretos informes, como convenía a su discreción y a la situación de su respetable cuñado, que a su vez le explicó ligeramente la causa de haberse casado y establecido junto a tan buena familia al pasar también, como él, por el pueblo siguiendo el mismo itinerario con el Regimiento de Aragón. En tan sabroso diálogo llegaron a la cúspide del pueblo y a [*la*] casa del Corregidor, que residió en el castillo y era el que había de disponer de raciones y alojamientos. Introducidos en sus vastos salones, conversaron con este buen señor y su bellísima señora, hija también de la familia maltesa, y que hacía poco tiempo se había casado con Don Martín Balmaño. Curiosa y viva por demás, al oír que entraba un regimiento con el brillante uniforme que llevaba el oficial itinerario, quiso verlo y se bajó con su cuñado Abansen a la casa de su madre para verlo desfilar, mientras su marido Don Martín, acompañado del [*de*] Puelles, después de dar las órdenes convenientes para llenar tan perentorio servicio, unidos ya con Abansen se aproximaron a la entrada de San Antonio, por donde se divisaban ya los grupos y masas de la tropa y los bagajes.

-

Formado el hermoso batallón en la llanada y campo de La Ermita, cuyo barrio estaba entonces poblado de familias ganaderas, y marchando tras una banda militar de músicos, tambores, pífanos y cornetas que en unísono son y compás hacían resonar una marcha guerrera doble, muy de moda entonces y que llamaban „Marcha de la Reina‟ en honor a María Luisa, a quien se había dedicado, precedido de una escuadra de robustos gastadores y de un adornado y gigantesco tambor mayor que enarbolaba su grueso bastón ceñido de borlas y con el que marcaba los compases y tonos formando molinetes en el aire, piafando los caballos de los jefes y ayudantes excitados con el ronco batir de los parches y haciendo saltar chispas de sus herraduras en el empedrado, atravesaba el hermoso regimiento las calles del pueblo todo alborotado, haciendo alto mientras alojaban las compañías en le Plaza de la Cruz. Asomadas a los balcones las jóvenes de todas clases, miraban sorprendidas y gozosas aquel aparato y ruido bélico que también y grato suena en un pueblo pastoril. Nuestro abuelo, que venía hablando con el coronel próximo a su tío Joaquín, [*y*] el capitán de granaderos próximo también al grupo, enseñaba a éstos el balcón de las Maltesas lleno de preciosas jóvenes que a semejanza de una vistosa maceta de claveles o de rosas alzaban sus graciosas cabezas, descollando entre todas, para la opinión de Don Francisco, la de la simpática y pálida Clara. Acomodada la bandera en casa de las Ortizas, donde se alojó el coronel, lindera a la de las Maltesas, después de los honores de ordenanza, repartida la compañía por los diversos barrios y alojados tío y sobrino en la casa de Don Tomás Romero frente a las Maltesas, pues ellos siempre paraban juntos, concluyó aquella tarde en que se inició y tuvo vida el germen del amor de nuestros abuelos y que habría de decidir el nacimiento de nuestra rama en la villa.

Largo y tal vez enojoso habrá podido parecer este relato, pero era preciso que yo describiese este cuadro que le oí pintar muchas veces a nuestra abuela cuando apenas balbuceaba yo su tan precioso y fácil nombre incrustado en mi corazón. Veinte días estuvo el batallón en Alcalá, y este tiempo destinado a ejercicios, revistas y simulación fue muy breve para nuestro abuelo, que hubiese querido en su afán amoroso que en vez de los veinte que le impusieron de observación las autoridades del Campo por haber casos de epidemia en Cádiz, de donde venía, que fuese la cuarentena completa. Seducido del encuentro particular con Clara, se decidió mi abuelo ; al verse al parecer correspondido deliraba de contento. Y era para estarlo, pues no podía buscarse una mujer que igualase a la

abuela en virtudes, bondad, laboriosidad y simpatía en su familia, que Clara era, siendo una de las mayores, la más querida de todas, pues ella no se pertenecía a sí propia, sino a las hermanas y [*a su*] madre. Sin inclinación jamás de casarse, había desechado varios partidos brillantes del pueblo y habían sido inútiles las gestiones del rico labrador López, que luego casó con la otra hermana Ramona, y del indiano Durán, que deslumbraba al pueblo con el boato que había traído de América ; nada más que [*a*] su madre y hermanitas quería Clara, y sólo al oír hablar el mismo lenguaje que tanto simpatizaba, con sus afecciones y religión de familia, al joven oficial la tarde de su llegada había sentido la santa joven correr por su organismo el fluido electromagnético de los que tienen idénticas propensiones y simpatías. Así es que se encontró, sin saber cómo, en su inocente alma una nueva y desconocida emoción que le produjeron las palabras del arrogante y sensible mancebo, y era que estaba destinado *ab initio* para que la bella palmera nacida en Alcalá cambiase, confundiéndose sus olores y perfumes con los que exhalaban los pétalos de las bayas del olmo o roble de las Castillas. El tío y el sobrino, en contacto y amistad con Abansen y recibidos como se merecían en casa de las Maltesas, donde fueron en adelante bien acogidos, pasando largas horas en pláticas juiciosas y agradables con las respetables señoras, cuya madre, sentada gravemente en su asiento y con su grueso llavero en la cintura, era la jefa y monarca de aquella rica y respetable casa.

Un año escaso hacía que había muerto el padre de las niñas y todavía arrastraban éstas el luto de tan venerable varón, que aunque de una antigua y noble casa de la ciudad de Albalete[141], había salido en su juventud de ella y después de largos viajes y excursiones tras del comercio a que estos isleños levantinos se dedican, en especial todos los segundones, que según una antigua costumbre del país, se han de esparcir por el mundo por no caber en su reducida y poblada isla, ocupada, como se sabe, entonces por la primera y más arrogante orden militar del cristianismo[142]. Don Pablo Cerri y Giulai, después de va-rios

[141] Por lo que sigue, debe estarse refiriendo a la ciudad de La Valetta, capital de la isla de Malta.

[142] Tras ser expulsados de la isla de Rodas en 1522 por los otomanos, los Caballeros Hospitalarios, a quienes se refiere sin duda este pasaje, no encontraron un lugar donde radicarse hasta 1530, año en que les fue cedida la isla de Malta. Una vez convertidos en gobernantes de esa isla, los Caballeros de Malta, como comenzaron a ser llamados, dirigieron su defensa ante la invasión otomana en 1565. La Orden, que había sido fundada al final de la 1ª Cruzada junto con la de los Templarios, figuró en la historia europea hasta bastante entrado el siglo XIX. Durante la Reforma, los Caballeros de Malta perdieron sus propiedades en Inglaterra y en Alemania, y durante la Revolución Francesa, también sus bienes en Francia. A pesar de que Rusia les había prometido protección, los franceses, bajo el gobierno de Napoleón, se apoderaron de Malta. La Orden
-

viajes que duraron lo que su juventud, se había establecido definitivamente en Alcalá, donde al frente de una bien surtida casa de comercio, la única del pueblo entonces, que su crédito y honradez le ganara había ido comprando la mitad del caserío de la villa y labrado otras suntuosas y grandes en la villa de Puerto Real. Había casado y se había fijado en Alcalá, renunciando volver a Malta, en cuya isla y su historia venía figurando su familia ejerciendo cargos y funciones honoríficas de la capital y en la célebre orden, y en su religión y filas habían militado algunos de sus parientes, arraigándose definitivamente y enlazándose con una hija del pueblo, Doña Isabel Periáñez y Baó, célebre por su beldad y gran virtud, y formando tan bella pareja un hermoso caudal y una familia de ocho hijos nutridos en la escuela de sus padres y que eran, por su belleza, educación recogida y piadosa y ricas dotes, los mejores partidos del pueblo, yéndose casando todas [*sus hijas*] menos Isabel, que se había encerrado en el convento de monjas de Santa Clara: el Corregidor del pueblo, Don Martín Balmaño y Galindo, favorito del Duque de Medinaceli por sus servicios en su Casa, había casado, como hemos dicho, con Gertrudis, el capitan Don José Abansen con Josefa, el rico labrador López, pretendiente de Clara, com Ramona, un entendido médico llamado Don Lorenzo Rodríguez con Juana y un rico comerciante de familia maltesa y deudo de Don Pablo Cerri con María de los Santos, estando reservadas Clara y Leonor para otros dos militares, uno que llegó a Capitán General del Ejército, el célebre Villacampa[143], y la otra, que si no hubiera muerto nuestro abuelo tan joven, tal vez habría sido elevado también a prodigiosa altura, entendido su mérito y fina educación, su probado valor y suficiencia en la gran lucha que a poco habría de empezar y donde habría entrado de coronel, mientras que Villacampa entró en ella de alférez. Esto habría sido lo probable atendiendo a los antecedentes de este Puelles, que era un militar tras quien se veía al colegial salmantino próximo a ser abogado, al alumno de la célebre Universidad, mientras que Villacampa no pasaba de ser un fornido y gigantesco gayán que había empezado su carrera de distinguido y que más por ser sobrino de Abansen que por su des-

cambió su sede a Trieste en 1798 y a Roma en 1834. En aquel entonces, los rusos ya habían confiscado todas las propiedades que la Orden tenía en sus territorios.

[143] Se refiere con toda seguridad a Pedro Villacampa (1776-1845), que durante la Guerra de la Independencia fue ascendido a mariscal de campo. En 1820 fue nombrado capitán general de Cataluña, y en 1823 se ocupó de la defensa de Cádiz y Sevilla. Con la restauración de Fernando VII (1823) huyó a Malta y Túnez, de donde regresó a España en 1833. En 1838 fue designado capitán general de Mallorca, y en 1843 fue senador por Huesca. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 10.296]

cuidada educación y bruscos modales había entrado en la familia distinguida y rica de las Maltesas ; seis pies de altura y cuatro chistes oportunos le habían valido en su principio el amor de la hermosa Leonor cuando vino a ver por primera vez a su tío materno Aban-sen. Todo lo demás fue ornarle la suerte, y tan ajenos los de la familia estaban de ella y del destino que ésta le iba a deparar, que casi [*se*] resistieron al casamiento de ésta con el subteniente de los Ligeros de Aragón por hallar al oficial algo ligero de cascos.

Mas anudando nuestros hilos, que con estas disgresiones hemos perdido, diremos que al concluirse la media cuarentena que tuvo el Regimiento Valenciano en Alcalá y tener que marcharse a Algeciras perdió nuestro abuelo su quietud y [*al*] quedar la espalda [*vuelta*] al pueblo volvía su cara incesantemente hacia los sitios donde quedaba su bella y modesta Clara, la mayor a sus ojos, y no era ilusión de su mente repentina, pues otra más sencilla y bondadosa difícilmente pudiera hallarse. En su despedida le había ofrecido y jurado amor eterno que confirmaba en su tierna y continua correspondencia desde Algeciras, donde lo dejaremos ahora con el tío Joaquín de Puelles y Tariego, hermano de nuestra bisabuela Catalina, la célebre 'malva de olor', que al morir joven en Pampliega había dejado cinco hijos, algunos pequeños y a medio criar y a todos con escasa fortuna, y era Don Joaquín un galán de tales prendas y tan bizarro y valiente, que será preciso dedicarle algunos cortos renglones. Desde muy joven había habían emprendido él y su hermano Julián la carrera de las armas, y habiendo entrado de niños en el Colegio de Ocaña, que era la escuela de los frailes mínimos de la Victoria, al igual que la célebre Brienne en Francia, donde se educaba en este mismo tiempo el gran Napoleón.

Desde allí salieron el uno a Guardias de Corps, donde le hemos visto tan halagado, y el más pequeño, Joaquín, a servir en varios cuerpos hasta que se creó el brillante de Valencia, donde fue destinado de teniente, pues ya hemos dicho que se formó con cuadros entresacados de los oficiales más brillantes de todo el Ejército ; en él hizo la campaña de Francia junto con su sobrino, llegando a capitán primero, jerarquía que entonces existía en la milicia, y mandando la compañía de granaderos continuó siempre en él hasta el año de 1807, que ya de teniente coronel pasó a América formando parte de aquellos ejércitos, obteniendo en ellos otros grados hasta obtener en 1810 el gobierno de Caracas[144], en cuyo

[144] En realidad fue gobernador de Isla Margarita, no de Caracas. El 19 de abril de 1810 marcó el inicio de la revolución venezolana; Vicente Emparán fue destituido de su cargo de gobernador y capitán general de

-

punto, al estallar la insurrección de las colonias y resistiéndose al frente de la guarnición del castillo cuando se vio obligado a encerrarse en él el tiempo más que suficiente para que se le socorriera por parte del gobierno de la metrópoli, sin permitir entregarlo a los insurgentes, los que [*se*] apoderaron del fuerte después de un largo y tenaz sitio, asaltandolo y pasando a cuchillo [*a*] su valerosa guarnición y [*al*] heroico Brigadier Gobernador en el año de 1814, teniendo 50 años de edad empleados en el servicio de su patria[11].

Había casado antes de su malhadado gobierno con una rica señora del país, que después de la catástrofe y de [*la*] pérdida de la colonia se estableció en La Habana con cinco hijos, que viven hoy parte de ellos bien acomodados en Cuba, donde tienen sus haciendas ; un hijo de una de estos acaudalados señores del apellido Pérez Puelles vino a educarse al Colegio Real de Sevilla en 1851, sin que por hoy tengamos más noticias de esta rama de Puelles americanos, de estos hijos de un valiente tan desgraciado como galán y caballero. Su otro hermano, Don Julián, el bizarro guardia, al estallar la tormenta del año ocho siguió en su Cuerpo, que se batió en Ocaña[145], y al extinguirse [*éste*] después de la derrota siguió al Duque del Infantado, su particular e íntimo amigo, encargándose de las cajas de aquel ejército con el carácter de Comisario Ordenador e Intendente, pues en ese tiempo se pasaba indistintamente de las filas a la administración de la hacienda militar, y después de haber seguido la suerte de la guerra, al terminarse ésta quedó de cuartel en Valladolid, donde murió poco después que su hermano, sin que sepamos tam-poco si el

---

Venezuela. El primer Congreso se instaló el 2 de marzo de 1811 y nombró un triunvirato compuesto por Cristóbal Mendoza, Juan de Escalona y Baltasar Padrón. Pero esta primera república pereció por la reacción de los realistas. El 25 de julio de 1812 Miranda capituló. Simón Bolívar, que estaba en el exilio en Nueva Granada, invadió Venezuela por San Antonio del Táchira, y en la denominada 'Campaña admirable', conquistó Caracas (6 de agosto de 1813). La brutal presencia del español José Tomás Rodríguez Boves en la guerra, al frente de las tropas realistas, acabó con el esfuerzo patriota por sostener el gobierno instaurado y las reformas que se habían iniciado. En Diciembre de 1814 se perdió la II República y los patriotas se exiliaron de nuevo. [*Encarta '98* CD-Rom]

[145] La batalla de Ocaña constituyó un decisivo hecho de armas de la Guerra de la Independencia, donde el ejército español de Areizaga fue derrotado por las fuerzas del mariscal Soult el 19 de Noviembre de 1809. En Octubre de ese mismo año la Junta Central había decidido organizar un gran ejército para reconquistar la capital. Las tropas españolas, tras avanzar sobre Ocaña y atravesar el Tajo, decidieron no atacar a los franceses a causa de las malas condiciones atmosféricas ; Soult aprovechó el momento para lanzarse sobre ellos. La Junta Central quedó totalmente desprestigiada y pronto tuvo que abandonar el poder político a la primera Regencia. El camino hacia Andalucía quedaba abierto para José I, que entró en Córdoba en Enero de 1810. [*Nueva Enciclopedia Larousse,* op. cit., pp. 7.140-41]

-

hermoso y gentil guardia se avino a casarse después de haber sido el Tenorio y Lovelace[146] de su época.

Destacado en tanto nuestro abuelo, y volviéndonos a él, en la Isla Verde de la Bahía de Algeciras, suspiraba por su Clara, y revolviendo su imaginación para ver de conseguir su mano, pues simple teniente como era, ni estaba en proporción de la joven, ni alcanzaba su mezquino sueldo de 400 reales que entonces era la paga para sostener una familia naciente, y tenía que seguir a su Cuerpo. Retirarse e irse a vivir a la sombra de su suegra y sin opción a retiro alguno ni tener ejercicio ni caudal alguno le parecía bochornoso, [*y*] aguardar a ser capitán en una época en que se eternizaban las carreras era insoportable, y sin saber qué hacerse y puesta la mano en la mejilla pasaba embebido las horas sentado sobre un cañón y mirando el gigantesco Peñón que dominan los ingleses para nuestra mengua, revolviendo en su mente sombría pensamientos desesperados ; así lo escribía en sus cartas y así se concibe estuviera, atendido el gran amor que a su amada profesaba. En completa abstracción y melancolía se le iba todo el tiempo que en Algeciras estaba, llegando a tanto su mal que le corroía y su abatimiento a tanto, que su primo y [*el*] tío Joaquín, viéndole de aquel modo, y esparciéndose en aquel tiempo partidas para perseguir contrabandistas y malhechores, suplicó al coronel le destacase con una y lo mandase a Alcalá.

Ebrio de entusiasmo nuestro abuelo y sin avisarle a su amada nada, tomando veinte granaderos de su compañía lucida, se puso en marcha al instante para el pueblo deseado y al que no creía volver. Tres meses fugaces fueron los que duró su comisión, pues embebido en su amor se deslizaban los días con su angelical amada, que sin perder en nada sus hábitos y sencillas costumbres y absorbida en sus cuidados domésticos, seguía siendo la infantil criatura de candor y de inocencia. Era tal ésta, que muchas noches que tenía que hablarle a su entusiasta amador por las rejas de la calle solía quedarse dormida sobre la silla en que se sentaba, mientras que nuestro abuelo, envuelto en su capote y acompañado

[146] Richard Lovelace (1618-1657 o 1658) fue un poeta inglés, nacido en Lovelace place, en el condado de Kent. Fue uno de los poetas caballeros y un destacado realista. Apoyó al rey Carlos I durante la guerra civil, lo que le llevó a prisión en 1648. Durante su cautiverio, apoyó económicamente a las tropas realistas y murió en la más absoluta miseria poco tiempo después. Su hermano se encargó de que sus poemas fueran publicados en una recopilación póstuma. Su principal musa fue Lucy Scheverell a la que llamaba Lux Casta. A ella le dedicó sus más destacados poemas *The Lucasta poems*.

-

-

de su asistente, cansado de rondar y [*de*] dar palmadas y toses inútiles, mandaba a éste [*a*] por su guitarra, a que era gran aficionado, y después de algunos preludios que despertaban [*a*] la vecindad entera, le cantaba entre otras coplas alusivas un motete muy sabido:

Eres madre del sueño,
paloma mía :
siempre que vengo a verte
te hallo dormida.

Así y todo, el pobre de nuestro joven se lo pasaba muchas noches en claro y los días en turbio como el Ingenioso Hidalgo, pues no había forma de que su Clara dejara sus infantiles hábitos, enamorándose con esto doblemente su corazón. Sin embargo era feliz, tan dichoso como puede serlo el hombre que tropieza en su carrera [*con*] un ángel de beldad y de belleza, y tan ciegamente se apasionó de ella, que atropellando razones de conveniencia y no teniendo en mientes todas las que antes le habían sujetado, consultó con Abansen y se decidió a casarse impetrando la Real Licencia. Era precisa condición a los subalternos para obtener esta gracia el que los dotasen sus mujeres, y en un hombre de su temple no quería por más que fuese costumbre el avenirse a este terreno. Mas Abansen, que veía lo incurable y frenético de su pasión, lo convencía de que este paso no podía rebajarle tampoco, atendido a que la joven tenía su dote y caudal por la muerte de su padre y que estándo ella también en este sentido, no podía serle sino muy agradable el caso, mas [*que*] sin embargo de todo consultase con su madre, a quien le correspondía decidir en este empeño. Más que librar un combate asaltando una batería fue este paso para Don Francisco ; hubiera dado la mitad de su vida por ser capitán entonces y no suplicar a la noble matrona que accediese a sus deseos. Sin embargo se aferró en su pensamiento, y acompañado de Abansen, a quien miraba como a [*un*] padre y que luego más tarde habría de desempeñar este cargo con sus hijos, y en breves y sentidas razones mostró su petición. Tan comedido, ruboso y elocuente se mostró, que la buena señora, que comprendió su pasión, no teniendo nada que oponer a tan cabal caballero, y contando con el consentímiento de su Clarita, se avino a conceder.

Si trémulo y cortado estaba el novio, más sofocada y pudorosa estaba la prometida, que llena de rubor y de vergüenza condescendió con el silencio y ese rubor que imprime

-

al rostro el candor y la inocencia. Y fue tanta la alegría de nuestro abuelo, que creyó volverse loco. "*Nada, señora, puedo ofrecerle más*", exclamaba dirigiéndose a su madre, "*que mi corto e insignificante grado para la que tanto vale, pero si fuera general yo ofrecería mi faja y bastón a sus pies con el mismo entusiasmo, o mejor si cabe, pues me creería más aproximado a merecer el tesoro que me vais a entregar*". Desde aquel día no sosegó el joven para obtener el Real Permiso, y mientras que éste llegaba le fue preciso volver a Algeciras, mientras que Clara tenía que acompañar a su hermana Gertrudis a Cañete la Real, donde iba de Corregidora. Avenidos a este plan, transcurrieron varios meses, que parecieron siglos a nuestro progenitor, volviendo en el entretanto su regimiento de nuevo a Cádiz retornando por Vega y no tocando en Alcalá, que estaba desierto para él con la ausencia de su Clara. Próximos ya los días para efectuarse su enlace deseado vino ésta de Cañete con su hermana inseparable, mientras que se aguardaba al entusiasta galán, que escribía desde Cádiz llegar de un momento a otro. Y en efecto, una noche lluviosa y oscura como el caos de los últimos días de Abril de 1801, a una hora desusada trotaba su caballo violentado por la Calle Real abajo un gentil mancebo lleno todo de lodo, y destilando agua por todo su cuerpo se apeaba de él dándole la rienda a un hombre del país que liado a un sayal le acompañaba.

El joven era nuestro abuelo, que habiendo salido de Cádiz aquella mañana con su asistente asido a la cola de su caballo trayendo la licencia para casarse, se le había quedado apeado éste en el camino, cerrándosele la noche sin conocer las veredas, [*y*] guiándose sólo por los instintos del caballo había llegado al río Barbate avenido y cuya pasada estaba entonces por frente del Molino de los Frailes, por cuya hijuela subía ésta, y lloviendo a mares y bajando un torrente por los estrechos caminos que suben del olivar, en vez de tomar el caballo la ruta, había tomado la zanja del Vallado de la Hacienda, que también iba llena de agua, estrechándose el paso a proporción que subía, y no pudiendo ya adelantar más hubo de conocer su error, pues en balde fue, porque atracado el caballo en la gavia, no pudo revolverse y quedó tendido dentro de ella, cogiendo a su jinete debajo [*y*] pasando por encima todo un arroyo desbordado. Viendo el abuelo que le era imposible deshacerse de los estribos y salir de su cabalgadura, sintiendo que se helaba, y la presa del torrente contenida por sus cuerpos le iba a ahogar en vísperas de su enlace, invocando a su santa madre para que lo hiciera con la de Dios empezó a gritar pidiendo pronto un auxilio. En medio de estas lobregueces y desiertos, en una noche tan terrible y lluviosa, había sin em-
-

-

bargo un hombre que velaba por ventura dentro de la Casa del Molino a tiro largo de fusil de la zanja mencionada ; este hombre creyó oír lejanas voces de socorro, y en vez de atemorizarse como otros acostumbran se lanzó apresurado llevado de su buen instinto y corazón, y marchando a tientas sobre el sitio donde las oía, y cuál sería su sorpresa al encontrarse a un ser humano y a un caballo en confuso pelotón, ciegos casi con la arena y las aguas del arroyo. Haciendo un esfuerzo extraordinario e implorando la protección de la Virgen levantó al joven en sus robustos brazos y arrastró al caballero logrando sacar[*le*] de debajo de su cabalgadura, y tirándole ambos de la cola y con el agua a la rodilla lo pusieron en pie sacándolo paso a paso para atrás del estrecho y anegado callejón.

Un abrazo afectuosísimo fue por lo pronto la recompensa de esta noble acción que Don Francisco diera al joven que lo salvara, y conducido por éste a la Casa del Molino, se enjugó en su chimenea del aterimiento que sentía ; mas deseoso de llegar al pueblo montó de nuevo en el caballo y conducido por su guía llegó del modo que hemos visto a la puerta de su Clara. "*A este joven le debo mi vida*", exclamó después de verla, "*y nuestra gratitud para con él será eterna*". Y eterna fue, porque mientras vivió él y su mujer y sus hijos y sus nietos, todos le rendimos tributo de una amistad inalterable al entonces Juan Perales y a quien más tarde conocimos por Don Juan Perales, uno de los hombres más honrados y religiosos que hemos conocido y cuyas manos reverenció tanto siempre nues-tro padre que nos lo mostraba cuando niños diciéndonos: "*He ahí al hombre que salvó la vida de mi padre cuatro días antes de casarse ; he ahí al anciano a quien le debemos él y nosotros la existencia. Si no hubiera acudido a la zanja donde estaba medio ahogado vuestro abuelo y lo sacaran sus brazos, todos dormiríamos hoy el sueño de la nada. Es preciso, pues, que mientras haya Puelles en Alcalá aprecien a él y a su descendencia, pues sin él no los habría*". Albergado en casa de sus antiguos patrones y repuesto de sus trabajos a los cuatro días siguientes, el 2 de Abril de 1801 casó nuestro abuelo y se hospe-daron en la casa de su madre[147], habiendo habido la particulardad notable de que querien-do celebrar un marino de la familia de los Manzanos, de quien era grande amigo nuestro progenitor, el deseado enlace de su íntimo cámarada, mandó también al día siguiente un toro de su brava ganadería, siendo tan asombroso y fiero el dicho animal y haciendo tales prodigios, que más que toro pareció un tigre carnicero desencadenado, dejando memoria

[147] La madre de su mujer, es decir, su suegra.

-

eterna el Toro de la Cruz, o sea, el Toro Rubio de los Manzanos, que tal vez sin este motivo habría ido pacífico a cortarse al matadero de Cádiz.

En tanto que pasaron estos días felices adormidos en su amor, el regimiento había marchado a Sevilla, donde fueles preciso incorporarse a los dos recién casados, continúando para Extremadura, cuyas líneas fronterizas fueron a guarnecer. En Coria, antigua ciudad donde reside el Obispo de la parte Norte de Extremadura, nació el 24 de Marzo de 1803 nuestro tío Antonio, el hijo mayor de este dichoso matrimonio, siendo su padrino el tío Joaquín y echandole el agua en el sagrario de la catedral de la misma Don Benito Lobato Caballero. Al año siguiente nació en Badajoz una de las principales plazas de armas del Reino y capital de la Extremadura, nuestro padre en 10 de Julio de 1804, a quien tuvo en su brazos su dicho tío y lo bautizó el capellán del regimiento en la Iglesia de Santa María la Real, llamado Don Vicente Sirvent. Este segundo hijo, a quien se puso [*por nombre*] José, colmó la dicha del matrimonio, pero ¡ah!, que había de durar muy poco tanta felicidad, y llevaba ésta en sí el signo de ser muy grande para que pudiese ser duradera. ¡¡Cuán ajeno estaba la dichosa pareja cuando en brazos de su amor y teniendo los dos preciosos niños contra su pecho, el mayor que apenas se tenía de pie, y el pequeñito en mantillas, que una gran desgracia amenazaba aquella situación feliz y que iban a desvanecerse todos los sueños de oro de sus ilusiones!!

Era a mediados de Noviembre de 1804, y habiendo comisionado el coronel Don Lino Vicente a su subalterno pasase éste al pueblo de Villanueva de la Serena, [*a*] una jornada corta de Mérida, a recoger unos fardos para efectuar la paga del Cuerpo al finalizar el mes, salió nuestro abuelo con parte de su compañía para el punto indicado al día siguiente, y después de abrazar a su Clara y estrechar a sus hijos sobre su corazón. Era la primera vez que los había dejado un día de su lado desde que se casó con ella ; gruesas lágrimas brotaban de los ojos del opuesto oficial al apretar contra su pecho los objetos más tiernos y queridos a su alma, y lágrimas fervientes también corrían de los ojos de su esposa. El niño mayor de año y medio, no comprendiendo esta escena, pujaba al verlos llorar mientras al chiquito dormido cabrían las alas del angel de la inocencia. Parecía que presentian aquellos sencillos corazones la gran desgracia que sobre su cabeza se cernía y la lloraban de antemano. Animado por el tío Joaquín, que se apareció de pronto y que rompió en chistes al ver aquel cuadro tan patético, ajeno también su corazón de los presen-

-

-

timientos tristes de los jóvenes esposos, a empujones los apartó, recordándoles sus deberes y la entereza que debiera tener de hombre y militar, partiendo el destacamento a grandes pasos hacia Villanueva. Llegado éste allí con su joven oficial, se dio éste tal prisa en su cometido, que a los tres días había cumplido su objeto, y teniendo empaquetados los fondos destinados a su Cuerpo se acostó temprano la noche del 18 para emprender su marcha de madrugada ; pero era la última de su vida, porque antes de promediarse ésta se despertó con un terrible dolor, tan violento y atroz que fueron inútiles todos los auxilios que sus patronos, médicos y asistentes les prodigaron, y antes de las cuatro horas de haber empezado éste se hizo tan voraz y fiero que dio fin a aquella preciosa existencia de edad de 29 años y meses, habiéndose segado en flor una vida tan trabajada en el servicio y que tanta falta le había de hacer a sus inocentes hijos. Sus últimas palabras a su asistente Antolín fueron para ellos y su esposa, que ajena de la catástrofe que en aquella noche se obraba en un teatro diferente, dormía con el sueño del justo rodeada y ceñida por los bracitos de sus pequeñuelos.

Consternados quedaron todos los soldados, que en este tiempo se iban reuniendo al son del ronco tambor que los llamaba para la marcha, al oír que su jefe estaba agonizante, y con el afán de marchar, retirándose mudos y llorosos de nuevo a sus alojamientos al saber que había expirado. Un cabo andador partió al momento veloz a avisar la fatal noticia al coronel y familia, y antes de mediar el día recibía[*n*] la viuda y el tío Joaquín el golpe fatal de la embajada, siendo tanta la sorpresa y desolación que produjo, que en aquel mismo instante toda la pobre familia entera, escoltada por la compañía entera, se trasladó a Villanueva, donde llegaron al alba. No es posible pintar la terrible escena que se siguió al llegar nuestra abuela con sus niños del pecho y de la mano al pie del lecho mortuorio donde [*yacía*], vestido de toda gala, pálido y contraído su semblante, en cuya espaciosa y blanca frente aún se veía plegada una arruga que de continuo se le hacía al recuerdo de su esposa y de sus tiernos infantes. Terribles y nunca vistos fueron los extre-mos de la viuda, que no permitía apartarse de aquel cuerpo inanimado, haciendo llorar a los viejos granaderos que reverentes custodiaban el cadáver de su jefe con armas a la fu-nerala, mientras los demás se agrupaban a despedirse del hombre a quien habían obedeci-do tanto tiempo.

-

Puso término a esta lúgubre escena el cortejo funeral que en este tiempo acudía a darle a aquel cuerpo inanimado los últimos honores que se le tributan en el mundo al cristiano y al guerrero. Todas las clases altas de la población con toda la clarecía y pendones formaban el suntuoso entierro, llevando las cintas el féretro las personas más distinguidas y caracterizadas de la villa, afectadas con una desgracia tan grande, presidiendo el duelo las autoridades civiles y militares con el tío Joaquín al frente de su hermosa compañía, que marchaba por cuartas con sus fusiles vueltos al suelo, siguiendo en lentos y acompasados pasos el ronco sonido de los tambores enlutados. Ecos tan tristes y lúgubres que siempre le parecían estar sonando en el corazón y oído de nuestra madre Clara, que convulsa los oyó para no borrársele jamás los tristes ecos con que respondían a su llanto, los últimos gemidos del amor de su esposo. En esta forma siguió el cortejo fúnebre hasta la iglesia castrense, donde abierta una bóveda que se destinaba en ella a los militares y después de las descargas de ordenanza, dejaron el hermoso cuerpo del oficial granadero y donde descansarían sus cenizas por toda la duración que el mundo hubiese de tener. Albergada y esmeradamente cuidada la familia donde se había alojado nuestro abuelo, que apoderada de los niños los tuvieron todo el tiempo que duró el duelo que nuestra inconsolable abuela tuvo y donde las señoras del pueblo, compadecidas y afectadas de aquella lamentable situación, acudieron a acompañarla, y pasando los días de costumbre, regresaron viuda y huérfanos a la capital seguidos de sus granaderos.

Decidida a volverse a su pueblo y [*a*] acojerse de nuevo al seno de su madre, nuestra abuela fue despedida de los jefes, oficiales y señoras de éstos, ofreciéndose a acompañarla su amiga y paisana Doña Angela de Prado, que hija de Alcalá, también había casado con un capitán del Cuerpo llamado Don José Lugo y seguía igualmente como ellas la ruta del regimiento. Unida a ésta y al tío Joaquín, que con una pequeña escolta la seguía, salieron de Badajoz la pobre viuda con sus niños y asistentes, llegando a los ocho días a la casa de su madre, donde la aguardaban otras escenas tiernísimas, pues sin saber nada en ella y ajenos por completo de la desgracia, una tarde al oscurecer vieron llegar a la puerta aquel confuso tropel de bestias y de soldados, recibiendo en sus brazos la familia a la buena y desgraciada de Clara, que con sus huerfanitos venía a buscar el refugio de su madre y guarecerse bajo sus alas con sus polluelos de su infortunio y desamparo. Patética y magnífica fue la efusión de todos los corazones, pues derramando mares de llanto se abalanzaban todos sobre la viuda y [*los*] niños, y aquel heroico Abansen, que había librado

-

-

tantos combates y arrostrado tantos peligros con la serenidad del héroe cristiano, no pudiendo contener más su dolor rompió en lágrimas sentidas, y estrechando al más pequeñito de los huérfanos, nuestro padre, le levantó por encima de su cabeza exclamando dolorida y desgarrada su alma: "*Juro a Dios, niños de mi corazón, que seréis mis hijos en adelante y que os serviré de padre ; de hoy más me consagro para siempre y por completo a ustedes*".

Y lo cumplió tan religiosamente como a continuación veremos, pues en vez de retirarse a su país, donde tenía familia de hermanos (era de la ciudad de Huesca, en Aragón), después de muerta su joven esposa, renunciando volver al servicio de plazas a que tenía opción, quedó para siempre identificado a sus huérfanos como ofreció. Así ter-minó aquella epopeya e idilio pastoril de amores que seis años antes había empezado en aquella misma casa y con los mismos actores ; uno tan sólo faltaba a quien todos rendían llanto, el que caía resbalado puro y ardiente sobre los rostros de los tiernos niños, sus hi-jos, que venían a reemplazarlo. Habiendo llenado su misión el tío Joaquín pasados algunos días, repuesto de sus emociones, sufrió la última al abrazar por postrera vez a su parienta y sobrinos, regresando a su Cuerpo para no volverlos a ver más e ir a morir defendiendo a su patria en el recinto del castillo de Caracas, en cuyo torreón estuvo enarbolado hasta el instante de su muerte la roja y gualda bandera de Castilla.

-

CAPITULO II: Niñez de los huérfanos Puelles en casa de su abuela materna. Su preceptor Abansen ; raras prendas del capitán veterano y su prestigio en el pueblo. Casamiento de Villacampa, su sobrino. Nombramiento de los niños para cadetes. Guerra de la Independencia ; episodios de Alcalá. Prisioneros de Bailén

Acogidos los niños y su joven madre en la casa de la abuela pasados aquellos primeros días de emoción y de llanto y ordenada de nuevo la sencilla y patriarcal vida de la buena gente, reducida a llenar las 'niñas', como su madre las llamaba, cada una el turno de sus respectivos cargos y funciones, cuidando la Clara de sus niños, que halagados y festejados por todas y pasando de brazo en brazo sonreían inocentes haciendo las gracias de su edad, las costuras, sus reuniones de lectura piadosa o instructiva que les hacía Abansen, y un largo rezo que éste, al frente de todas, arrodillado, seguía a la casa terminaban aquellos días serenos y apacibles como sus conciencias, sencillos y puros como sus almas. La misa mayor y unos cortos paseos los días de fiesta a los Pozos o [*a la*] hermita de San José, situada en los Parrales, eran todas sus excursiones, concluyendo la tarde con una visita al locutorio de las monjas de Santa Clara a fin de ver y hablarle a su hermanita Ysabel, que, como hemos dicho, hacía ocho años que había tomado el hábito y [*el*] velo negro de la orden bajo la advocación de la hermana y madre Sor San José y que se unió estrechamente a otra monja con quien había profesado el mismo día, llamada Sor Soledad de Salas, tía de la familia con quien más tarde habría de enlazarse la nuestra, la que pasaba por sus virtudes como la santa del convento.

La monjita, que en medio de su fervor religioso echaba de menos el amor de familia tan violento [*?*] de la casa de los Cerris o [*de las*] Maltesas y el trato de su madre y hermanitas, acogía gozosa estas semanales visitas, y no pudiendo abrazarles, recibía en cambio y como de costumbre [*a*] sus dos preciosos sobrinos, que entraban por los huecos del torno y que eran agasajados por la tía y [*por la*] comunidad con besos, escapularios y dulces, trayendo sobre sus rostros al devolverlos afuera marcados los ósculos de la entusiasta monja, que los miraba con particular predilección. Así se pasaron los cuatro primeros años sin haberse interrumpido esta quietud y [*esta*] apacible vida más que por el casamiento de la hermosa Leonor, la más pequeña de todas, con Villacampa, sobrino carnal de Abansen, yéndose ésta con su marido a su regimiento de Ligeros de Aragón, y por la

-

-

llegada de Gertrudis de la villa de Espesa, donde había muerto el Corregidor Belmaño, trayéndose también al nido materno de las Maltesas dos nuevos polluelos que le habían quedado de su unión con Don Martín, Mariquita, de 10 años, y José, de 8, los que fueron acogidos igualmente que la Clara y señalándose habitaciones como a ella, pues la casa era capaz para todos, y el orden y el arreglo que en ella presidía la hacían mayor y más cómoda, que lo era ya de suyo. Todo estaba, pues, bajo la dirección de la varonil y digna abuela, y a la semejanza de una laboriosa colmena, todas y todos seguían el régimen y [*la*] marcha que les trazaba su reina, sirviéndole de asesor y cojuez el digno capitán, tan acreedor a comandar con la noble matrona, que austera y llena de dignidad no dejaba que nadie dejase [*de*] ocupar su puesto ni [*que*] la reemplazasen en sus cargos, que ella sabía llevar con sus sesenta años cumplidos con la exactitud y [*la*] entereza peculiares a su ca-rácter. La administración del centenar de sus casas del pueblo y de las hermosas de Puerto Real, percepción de sus rentas y el cuido de una bonita viña para regalo de su familia, que consumía todos sus frutos, formando un crecido fondo de reserva que destinaba al complemento de las dotes de sus hijas y del porvenir de sus nietos.. Los productos de las legítimas de éstas hacía que éstas las guardasen a su vez para sí comprando nuevas fincas con que aumentar su bienestar respectivo.

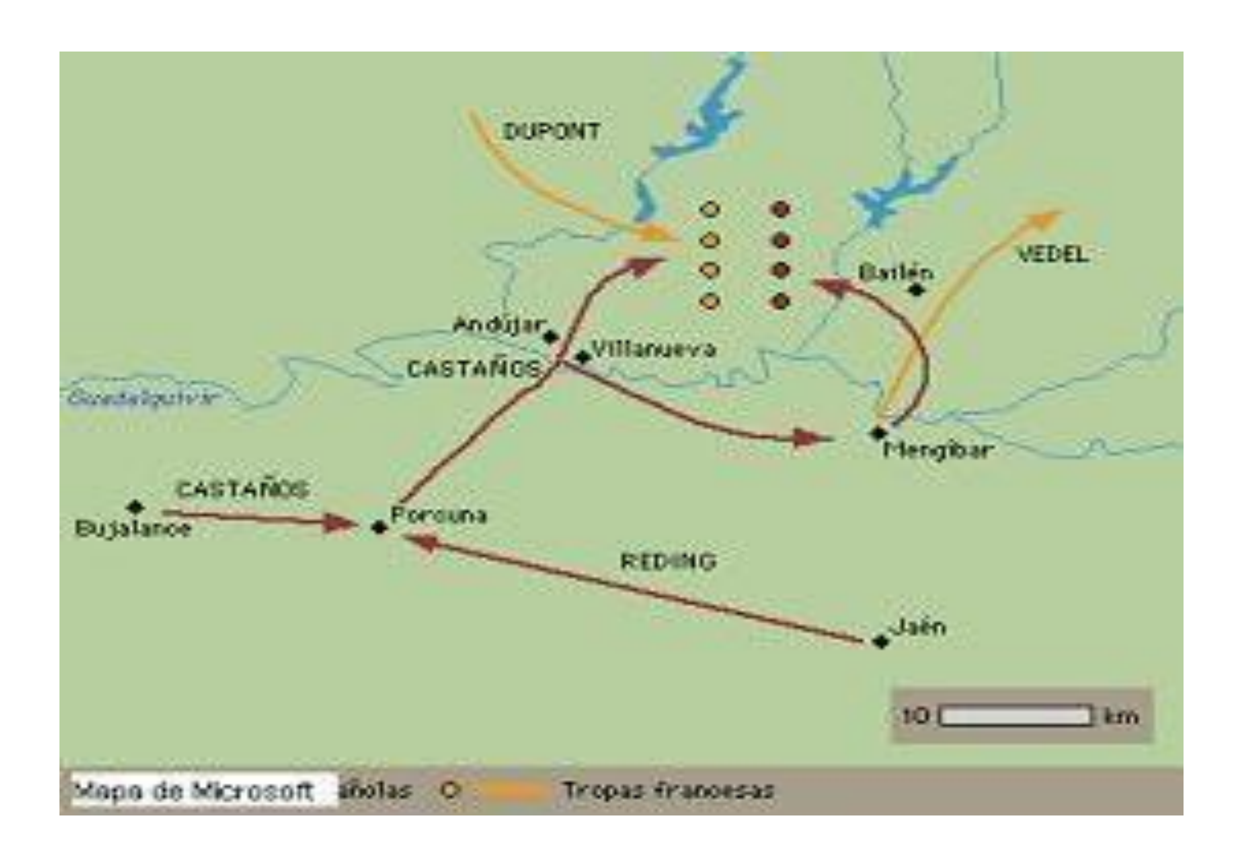
Abansen destinaba su sueldo, según él se había impuesto, a vestir y equipar a sus Puellecitos, que ya despechados y crecidos habían pasado a ocupar un sitio en su cuarto particular y al lado de su cama, donde se le pasaban días enteros gozando con sus gracias y haciéndoles pronunciar a sus balbucientes lenguas los dogmas sagrados y más sencillos de la religión y de los deberes que de hombres tenían que llevar. Y aquel varón tan austero como contento con su ejercicio privado y público de resplandecientes virtudes, no satisfecho de sí propio, contaba nuestro padre que en tiempos de Cuaresma o cuando la Iglesia vestía el luto de la penitencia, después que al parecer dejaba dormiditos a sus ángeles, arrodillado junto a un crucifijo de bronce que a la cabecera de su cama tenía, recogidos y en silencio todos los moradores de la casa, cuántas noches lo haría sin poderse dar razón de ello, azotarse cruelmente entonando versículos de Miserere y pidiendo piedad por él y por las víctimas que en sus campañas pudiera haber hecho con sus armas. Salpicada de sangre aparecía por la mañana toda su ropa y disciplina, que él se apresuraba a lavar, y los niños quedaban mudos de estupor al ver tanto fervor y virtudes religiosas.

-

Un día recordaba mi padre haberse escapado con su hermano al patio de la Victoria, donde estaban unos mozuelos medio hombres jugando a las chapas y a los naipes, que ellos no comprendían, y llegando tras [*de*] ellos y en su busca Don José Abansen, viendolos embebidos en aquellas escenas, cerró la puerta del patio del convento, y enarbolando una caña de indias que llevaba, después de haber roto las barajas de los mozalbetes, cerro con ellos a palos y cintarazos hasta que los arremolinó como una pavada, concluyendo todos por hincarse de rodillas y pedirle llorosos el perdón, ofreciendo no volver más a jugar. Abansen, teniendo a sus niños de la mano, a quienes también había dado algunos coscorrones, los dejó a todos en aquella postura continuando blandiendo el bastón sobre sus cabezas, y principió [*a*] explicarles en sentidos conceptos la ruina, miseria y crímenes a que los naipes han traído en todos tiempos y lugares a los hombres de todas clases y estados, que enviciados en ellos y empezando por un sencillo recreo habían concluido por aventurar en ellos y perder sus casas, prostituir [*a*] sus mujeres y sus hijas, y precipitándose por la escala descendente del crimen, de quien el juego es el primero y más resbaladizo escalón, concluir por llevar sus miembros a ser presa de un grillete eterno y oprobioso y otros, los más, a suicidarse o a ensartar sus cabezas en un cordel por manos del verdugo. Llanto y gemidos producía este patético discurso a los arrinconados y postrados mozuelos, bajando los frailes, que escuchaban y veían tan tierno cuadro, a terminarlo abrazando al santo veterano lleno de canas y cicatrices, que de este modo edificaba a los mismos sacerdotes.

Cuántas veces este mismo singular hombre cambiaba sus finas camisas por los trapos de los mendigos, [*y*] volviendo a casa de su madre como con placer y honor, llamaba a su suegra abrochado y embozado en su ferreruelo, no pudiendo jamás, no pudiendo jamás estar repuesto de [*la*] ropa que repartía y de la que despojaba donde quiera que hallaba un menesteroso desabrigado, llevando por doquier un cortejo de pobres que lo aclamaban por su padre y que los consolaba de sus trabajos con las celebres palabras [*de*]: "*Para vosotros, si perseveráis en la virtud y lleváis con resignación vuestros trabajos, se ha hecho el reino de los cielos ; pedidle a Dios, hijos predilectos de él, me dé a mí un corto lugar en él, aunque no tenga vuestros merecimientos*". En fin, eran tantas y tan relevantes sus virtudes y méritos, que en la villa se hacían lenguas de ellas, y fue aquel varón el más respetado y privilegiado de todos los de su tiempo. Su cana cabeza, que co-
-

ronaba un austero semblante, su postura marcial y desembarazada, su continente todo y su sencillo, pero severo y limpio traje imponían tanto, que donde quiera que se mostraba el cuáquero[148] o cristiano de la Edad de Oro no se veían más que cabezas descubiertas [*y*] rostros risueños y reverentes. Tal fue el hombre que prohijó y educó a nuestro padre a quien éste le debía su educación, su forma de letra, sus ideas y hasta sus opiniones políticas ; todo, hasta sus casas, se lo dejó al niño que envuelto en los pañales adoptó la noche de su llegada y de quien éste jamás se cansaba de hablar y bendecir, diciéndonos: “*Yo debería ser un santo, si santos deben ser los que se crían y educan con el contacto de ellos, y yo puedo asegurar que tuve parte de las corte celestial en la casa donde me crié y educaron*”.



[148] La base de la fe de la comunidad de cristianos protestantes denominada Sociedad de Amigos, más conocidos como cuáqueros, está en creer que la revelación divina es inmediata e individual y que todas las personas pueden sentir la palabra de Dios en sus almas si hacen todos los esfuerzos para oírla y actuar conforme a ella ; esta revelación puede recibir el nombre de ‘luz de adentro’, ‘Cristo dentro’ o ‘luz interior’. Los primeros cuáqueros identificaban este espíritu con el Cristo histórico. En su intento por emular a su modelo, los cuáqueros tratan de eliminar todo tipo de lu- jo y buscan la simplicidad en el vestir, en sus modales y en su hablar. Hasta los últimos años del siglo XIX mantuvieron ciertas formas de expresión más informales, cuyo empleo servía para nivelar el trato entre las distintas clases sociales, demostrando así el verdadero sentimiento de compañerismo integral que estaba impreso en las enseñanzas de los cuáqueros. [Encarta ’98 CD-Rom]

Pero dejando esta fecunda materia a un lado, porque no es posible referir todo lo que sobre ello nos hablaron nuestro padre y abuela, pasemos a contar algunos sucesos que en este tiempo acaecieron y están ligados a nuestra historia. Era el final del memora-ble año de 1808, y los cañones españoles, despertados en Bailén[149] por la felonía de Murat el día 2 de Mayo, tronaban aterradores por toda la Península, que se había levantado como un solo hombre para rechazar la injusta agresión[150], y sobre todo el vilipendio y desprecio con que Napoleón 'el Grande', por el más fatal de los errores, había tratado a la magnánima raza española, la que creyó en su ceguedad. No merecía la pena cónsultarla antes de publicar en uno de sus inmortales boletines que según el Tratado y Abdicación de Bayona la dinastía de Borbón, traspasándole su derecho, había dejado de reinar[151].

[149] La batalla de Bailén (19 de julio de 1808) fue la primera victoria española en la guerra de la Independencia. Ante el avance de los franceses por Andalucía, el general Francisco Javier Castaños improvisó un ejército con tropas enviadas por las juntas de defensa de Granada y Sevilla, campesinos mal armados y sin preparación ('garrochistas'). El Ejército francés, mandado por Dupont, tenía unos efectivos iguales, pero esta ba formado por curtidos veteranos. La estrategia española [*ver mapa*] consistió en atacar al enemigo situado en Andújar, maniobrar sobre sus laterales y cortar sus socorros. A este fin, dos divisiones se dirigieron a Bailén (Jaén), mientras la de Castaños avanzaba hacía Andújar. Dupont sufrió una gran derrota, con 2.000 muertos. Su efecto fue la salida del rey José Bonaparte de Madrid y la demostración de que los franceses no eran invencibles. [*ibid.*]

[150] ¿Qué fue realmente la Guerra de la Independencia?, un episodio más de la pugna de Inglaterra y España contra Francia, o un enfrentamiento entre estos dos últimos países? Algunos historiadores –sobre todo los extranjeros- pretenden que se trató de un capítulo inscrito en las luchas internacionales de la época, mientras que otros –los españoles particularmente- opinan que se trató de un conflicto peculiar de desprecio con que Napoleón 'el Grande', por el más fatal de los errores, había tratado a la magnánima raza española, la que creyó en su ceguedad. La realidad es que ambas posturas tienen razón a su modo, ya que Napoleón lo que quería era soslayar el bloqueo marítimo y a tal fin, al comprobar la debilidad de la monarquía española, decidió sustituir al monarca. También se ha dicho que el levantamiento contra Napoleón fue una gesta colectiva, un movimiento liderado por el pueblo en todas sus escalas sociales ; en ese sentido la pregunta es: ¿ese movimiento popular de rechazo fue espontáneo o dirigido? La respuesta es que en algunos lugares fue espontáneo y en otros no tanto ; sí lo fue, desde luego, el despliegue. Otro de los puntos en debate es el de si la guerra respondió a planteamientos exclusivamente bélicos, o más bien a razones ideológicas: ¿qué era más importante, echar al francés o instituir el liberalismo?. En relación con las posibles inducciones, se sabe, por otra parte, que los ingleses apoyaron activamente el le- vantamiento en algunas zonas como Cádiz, Sevilla, Valencia y el Levante en general, mientras que el alzamiento fue más espontáneo en Madrid, donde el pueblo estaba harto de la presencia ubicua de las tropas francesas, a las que, por si fuera poco, tenían que facilitar hospedaje.

[151] Napoleón pretendía, por supuesto, sustituir la idea de España en función de sus intereses imperiales. Quería, en definitiva, atacar a España antes de que ésta fuera atacada por Inglaterra, y asegurarse la colaboración española poniendo en el trono a uno de sus familiares. Carlos IV renunció, efectivamente, el 5 de Mayo a favor de Napoleón, y Fernando VII renunció a su vez en Bayona a sus derechos sobre el trono español, que Napoleón procedió acto seguido a ofrecer a su hermano. Al abandonar los reyes el país se constituyeron unas *Juntas de Regencia* para que gobernaran en su ausencia. Carlos IV pidió a Napoleón que la integridad del territorio español fuera respetada y que éste no fuese anexionado a Francia, escudándose para ello en razones de índole religiosa.

-

-

No eran dignos en verdad de otra cosa los Príncipes de esta degenerada y cruel familia, pero era menester, antes de recurrir a este medio, emplear otros más sagaces, y una vez equivocado el camino en el modo de tomarlo debió el gigantesco hombre, que sostenía sobre sus espaldas, como otro Atlante, el peso del mundo abarcando con sus brazos el globo[152], prodigioso meteoro que corría una órbita señalada de antemano por Dios, y quen su orgullo creía como los Titanes [*poder*] escalar el cielo amontonando montañas[153], debió, digo, haber hecho con astucia lo que a viva fuerza no habría de conseguir. Porque habían pasado [*ya*] aquellos siglos oprobiosos en que los pueblos se enajenaban y traspasaban como manadas de ovejas, y la misma Francia le había marcado a España, su hermana latina, la senda de la redención y el modo de romper el yugo de los tiranos con solo estas dos palabras que había puesto en sus banderas: "*La unión es la fuerza*". Y, en efecto, se ensayó este específico con tal virtud, que dio un resultado sorprendente[154].

Alcalá, a larga distancia de las luchas y del foco de estos acontecimientos, cuidando sus rebaños en sus extensos terrenos incultos y cubiertos de maleza, no se cuidaba tanto de ellas, y no sólo porque no las comprendía, pues dormía el sueño sosegado de la ignorancia y [*del*] quietismo, sino porque no tenían tampoco elementos para contrariarlas.

---

[152] Atlas, en la mitología griega hijo del titán Jápeto y de la ninfa Clímene y hermano de Prometeo, luchó con los titanes en la guerra contra las deidades olímpicas. Como castigo, fue condenado a cargar para siempre en sus espaldas la Tierra y el firmamento y en sus hombros la gran columna que los separaba. Como la figura de Atlas soportando el peso de la tierra solía usarse en las portadas de las primeras colecciones de mapas, su nombre acabó siendo aplicado a un volumen de mapas. Atlantes, la forma plural de Atlas, es el término clásico en arquitectura para la figura esculpida de un hombre que, usado como columna, sostiene una estructura superior. [*Encarta '98* CD-Rom]

[153] Los Titanes eran en la mitología griega los doce hijos de Urano y Gea, el Cielo y la Tierra, y algunos de sus propios hijos. A menudo llamados los 'dioses mayores', fueron durante mucho tiempo los supremos gobernadores del universo y poseían una estatura descomunal y una fuerza considerable. Cronos, el más importante de los titanes, gobernó el universo hasta que su hijo Zeus lo destronó y asumió el poder. Otros titanes y titánidas importantes eran Océano, el río que corre alrededor de la tierra; Tetis, su mujer; Mnemosine, la diosa de la memoria; Temis, la diosa de la justicia divina; Hiperión, el padre del sol, la luna y la aurora; Jápeto, el padre de Prometeo, quien creó a los seres mortales; y Atlas, que cargaba el mundo sobre sus hombros. De todos los titanes, sólo Prometeo y Océano se aliaron con Zeus contra Cronos. En consecuencia, ellos recibieron honores y se condenó a los demás a morar en el Tártaro. Sin embargo, Zeus acabó reconciliándose con los titanes, y Cronos fue rey durante la edad de oro. [*ibid.*]

[154] Los que defienden, como aquí se hace, la postura de que la Guerra de la Independencia fue una 'guerra revolucionaria' no disponen de demasiados puntos de apoyo, ya que la consideración de los hechos deja evidente que el pueblo español no luchaba por su liberación, sino por la vuelta de su monarca, por la religión y por el país, aunque está claro que en todo ello también participaron los liberales, con el objetivo común de expulsar a los franceses.

-

Sin embargo, reverente a su Gobierno, entregaba sumisa su contingente de sangre y de caudales, formando cuando estalló el movimiento nacional una Junta Patriótica a cuyo frente se hallaba Abansen, que preveía, como hombre lleno de experiencia, los grandes reveses e infortunios que nos aguardaban en expiación de nuestros delitos, por más que fuese la causa de la nación sagrada y justa: "*Yo ayudaré en lo que pueda*", decía, "*puesto que he quedado inútil para lanzarme de nuevo a los campos de batalla, y en caso de reveses, yo dulcificaré con mis esfuerzos y conocimientos de la lengua francesa los males de mi pueblo adoptivo, porque de cualquier modo a amigos y a enemigos se va a deparar la ocasión de hacer mucho bien*". Y, en efecto, aferrado a este sistema y proveyendo no habría de tardar mucho en ponerlo en práctica, cuidó de aprovechar todas las situaciones de hacerse de los medios que al logro de sus deseos le encaminaban.

Había llegado en este tiempo al pueblo un grueso pelotón de oficiales franceses [*hechos*] prisioneros en Bailén a los que se había codeado indignamente dos a dos y paseado en triunfo por los pueblos, faltando villanamente a la capitulación, en que se convino trasladarlos embarcados a Francia desde el puerto de Cádiz[155]. Tenían [*a*] estos infelices desnudos y hambrientos en los lóbregos claustros deshabitados de la parte baja de Santo Domingo, rugiendo como fiera e increpando a sus guardadores terriblemente por su inhumanidad y falta de fe. Nuestro Abansen, a quien en su escrupulosa conciencia pesaban estos excesos de las pasiones políticas, condenándolos abiertamente, compadecido y afectado de estos desgraciados y valientes caballeros, seguido de otros hombres humanos provistos de ropa y alimentos se hizo abrir la puerta de aquellas mazmorras y en puro y castizo francés saludó reverente al más condecorado superior de los prisioneros, ofreciéndole en cortas y sentidas palabras aquellas ofrendas de la población afectada en nombre de la humanidad y por el valor desgraciado. Sorprendido el general francés de aquel nuevo lenguaje que revelaba nobleza, acogió gozoso al mensajero y [*lo*] estrechó entre sus brazos agradeciendo aquel corto presente de los vecinos y de su digno representante, el capitán.

---

[155] Un convenio honroso para la repatriación de estas tropas imperiales derrotadas fue concertado, pero, so pretexto de falta de barcos, no pudo ser cumplido del todo, por lo que más de 10.000 soldados y oficiales napoleónicos quedaron prisioneros en Cádiz, para ser deportados después a la isla de Cabrera hasta el final de la guerra. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 5.148]

-

-

Desde aquel día no se pasaba uno sin que Abansen no visitase y animase a los oficiales del Imperio, distrayéndolos de sus melancólicas ideas con la animación de sus conversaciones y sus esperanzas de que se iba a verificar pronto un canje de prisioneros que les iba a proporcionar el regreso a su patria y a sus banderas, acompañando esto de cierto lenguaje sentencioso, contándole varios episodios de sus campañas, que tan del gusto eran de los que las habían hecho tan memorables, concluyendo por trabar una estrecha amistad con sus camaradas de profesión. Los que conocían su virtud y acendrado patriotismo respetaban aquellos pasos y tratos, pues comprendían eran inspirados por la compasión que debe producir siempre el valor aherrojado y en desgracia. Pero tras ir donde le conducía su noble y sentido corazón llevaba Abansen el doble fin de hacerse del reconocimiento de los prisioneros y recogerles una certificación emisora de todos donde se mostrara la gratitud a que habían quedado obligados para con su camarada y vecindario, con que poder algún día siniestro sacar gran partido de ella, como en efecto aconteció a poco, como veremos en el curso de esta verídica historia. Y fue la que dieron tan cumplida y satisfactoria que él la guardó como un tesoro y un medicamento santo por si llegaba lo que era ya de esperar, atendiendo a que el mismo Emperador había empezado aquella corta y célebre campaña en [*la*] que al frente de sus más aguerridas legiones había entrado en Madrid, con dos o tres batallas, como la de Tudela y la de Espinosa, que le habían despejado el terreno, franqueándole sus puertas. La capital misma no le opuso resistencia, y sus mejores generales y mariscales marchaban a paso redoblado a invadir las provincias andaluzas, que eran las únicas que quedaban por conquistar[156].

Pero pasemos a otra cosa que pasó en este tiempo y que no debemos dejar atrás. Habiendo la Suprema Junta de Gobierno, residente entonces en Sevilla, dado un grado general al Ejército sin exceptuar [*a*] ninguna clase por la campaña gloriosa del año 1808,

---

[156] Napoleón, sorprendido por la derrota de Bailén, que echaba por tierra el mito de su imbatibilidad, decidió emplearse a fondo. Vino personalmente a España al frente de un impresionante Ejército de 150.000 hombres. Daban comienzo las campañas de 1809, con suerte adversa para las tropas españolas y sus aliadas luso-británicas. En este contexto surgió la guerra de guerrillas, invención española a fin de hostigar continuamente y a través de los medios más diversos a los franceses. El resultado fue que buena parte del Ejército francés tuvo que emplearse en labores de policía. Era la guerra total que provocó una sofisticada guerra de nervios. [Encarta '98 CD- Rom]

-

consideró a Abansen en activo servicio por estar agregado de capitán a la Compañía de Escopeteros de Gibraltar, prestando el servicio de vigías de la plaza. Abansen, que se vio sorprendido por este nombramiento que no esperaba, hizo una exposición reverente a la Junta Suprema en [*la*] que pedía con el mayor ahinco que el grado que se había dignado ésta darle se permutase por las gracias y nombramientos de cadetes con plazas fijas en un regimiento de infantería como socorro de pan y presto a favor de sus sobrinos y ahijados Don Antonio y Don José María de Puelles y Cerri, que habían quedado huérfanos en la lactancia al cargo de una pobre viuda de un militar pundonoroso y digno, arrebatado hacía cinco años. Llamó tanto la atención de la Junta este memorial ejemplar, que avuelta de correo recibió [*Abansen*] con el alborozo mayor del mundo los nombramientos de sus jóvenes sobrinos de cadetes del Regimiento de Campo Mayor residente en Cádiz, con el presto y pan que por reglamento le correspondía como si estuviesen en servicio activo.

Lágrimas de ternura y efusión derramaba el anciano al ver que perdiendo un grado suyo iba a sentar la base de las carreras de sus amados niños, porque como él decía, "*qué le importará a mi cuerpo dentro de poco, que lo recogerá el sepulcro, que vaya adornado con galones en la manga o charreteras en el hombro, en tanto que estos dignos huérfanos de un militar mal recompensado y postergado en su carrera podrán emprender ésta con una antigüedad que debe valerles mucho*". Y porque la Gertrudis, su cuñada, se mostraba agraviada porque no había pedido igual gracia para su mayorcito. "*No seas injusta*", le decía, "*ni me hagas que me arrepienta de mi conducta, pues tu niño no es huérfano de militar, sino de un empleado del Duque ; este es un grado que le pertenecía a su padre. Ni tampoco conviene la milicia a los instintos de tu niño ; mételo a fraile o a cocinero, profesiones que están reñidas con la sobriedad y tirantez de la milicia. Déjame, que yo sé lo que me hago, y no te apartes de mi consejo, pues tendrías que sentir*". Y, en efecto, profetizaba cosas que habían de pasarle a su pobre madre, tomando[*le*] el niño con esto un rencor y envidia que le duró tanto como su vida. Pero no paró en esto la bondad de nuestro Abansen, sino que [*ya*] achacoso tomó sus haberes y pasó a Cádiz, donde empleó cinco o seis pagas a comprarle a sus queridos niños, teniendo a la vista el figurín del lujoso uniforme de los Cazadores de Campo Mayor, tres mudas de éste de gala, media gala y diario, sacando por gracia especial del Depósito de Armas del Arsenal dos diminu-tas carabinas y sus correspondientes fornituras y sables para irlos instruyendo, y gozoso

-

-

retornó a su amada casa con el equipo completo, haciendo que al domingo siguiente fueran a jurar fidelidad al rey y a la patria en el ofertorio de la misa ante el Corregidor del pueblo, sirviéndoles de padrino él mismo, recordando esta ceremonia pocas veces vista la antigua de armar caballeros y ceñirles la espada a los aspirantes a las armas[157].

[157] En la Europa medieval se denominaba 'caballero' a un guerrero a caballo que servía al rey o a otro señor feudal como contrapartida habitual por la tenencia de una parcela de tierra, aunque también por dinero, como tropa mercenaria. El caballero era por lo general un hombre de noble cuna que, habiendo servido como paje y escudero, era luego ceremonialmente ascendido por sus superiores al rango de caballero. Durante la ceremonia el aspirante solía prestar juramento de ser valiente, leal y cortés, así como de proteger a los indefensos.

-

CAPITULO III: Los franceses en Alcalá. Asesinato de los Dragones por los serranos ; saqueos y vejámenes que sufrió el pueblo. Traslación de la familia a Cádiz. Terminación de la guerra y pérdidas y gastos que ocasionó. Situación y estado de la casa

Terminaba el año 1809 y se inauguraba con funestos auspicios el de 1810 después de perdida la batalla de Ocaña habían sido franqueados los desfiladeros de Sierra Morena, y apostillándolos los ejércitos imperiales, se habían derramado por toda Andalucía, llegando con sus águilas victoriosas hasta las marismas de la Isla de León y la Península Gaditana, donde se había refugiado el Gobierno Supremo, que en tal apuro y desesperada situación había convocado Cortes Generales para resignarles el mando y que le alentasen con sus disposiciones. Soult, Victor y después Mortier, tres de los más brillantes mariscales de Francia, habían puesto sitio a Cádiz cortándola por tierra, empezando un largo y célebre bloqueo y un continuo bombardeo que hacían sobre la fortísima plaza, único refugio y baluarte de la deshecha y agonizante monarquía. El tiro de los cañones franceses resonaba claro y estrepitoso en los ámbitos del pueblo cuando corría el poniente, pues no dista éste de Puerto Real, donde estaban las baterías sitiadoras, más que siete leguas escasas, y estos lúgubres sonidos parecían, retumbar en las concavidades de nuestras montañas, lo últimos gemidos y estertores de nuestra moribunda patria[158].

Afligido como nadie, el bueno de Abansen acataba sin embargo los decretos de la Providencia, que nos había ofrecido aquel castigo de su inflexible justicia, y aguardaba resignado sus designios buscando siempre ocasión de hacer algún servicio al prójimo o una obra meritoria a los ojos del que disponía de los imperios de la tierra. Abastraído con la educación de sus niños, a quienes les enseñaba la ordenanza y el manejo de las armas, y siguiendo ocupando su puesto de Comandante de las Armas, que poca ocupación le daba, una tarde oyó tropel de caballos y los sonoros ecos de los clarines, y asomándose a la puerta de su casa vio que pasaba y formaba delante de la misma un lucido escuadrón de

---

[158] Los adversos acontecimientos de 1809 provocaron una crisis en la Junta, refugiada en Cádiz, que decidió crear una Regencia compuesta por 5 miembros, presidida por el obispo de Orense. En Enero de 1810 se hizo por fin una convocatoria de Cortes con dos cámaras, a las que la Regencia traspasó sus poderes el día 30 de ese mismo mes ; el 4 de Febrero Murat puso cerco a la ciudad de Cádiz, una situación que duraría hasta finales de 1812. La Regencia, por su parte, hizo ratificar la convocatoria de Cortes que se había hecho en Julio del año anterior, esta vez con una sola cámara ; los parlamentarios, burlando el bloqueo francés, fueron llegando durante el verano. La primera sesión se celebró el 24 de Septiembre ; en ella se les tomó juramento a los diputados, quienes se comprometieron a defender la totalidad del territorio nacional y a liberarlo de sus opresores.

-

-
gigantescos Dragones, tan imponentes y magníficos, que Abansen, apasionado a las armas y a los hombres de guerra con quien[*es*] se había criado, quedó admirado de verlos. Un bizarro jefe les dio la orden de desmonte, que en un momento ejecutaron quedando hombres, caballos y armas en pavoroso silencio, cosa rara en las formaciones de caballería. Caballos normandos de cortada cola y crin y mayores de ocho cuartos, que se podía andar por debajo de sus vientres, eran sus cabalgaduras, y rostros curtidos y poblados de espesas barbas eran los de los guerreros de la Francia. Ciegos instrumentos de una disciplina que no se ha conocido otra igual antes ni después en el mundo, aquellos gigantes armados parecían autómatas o estatuas de piedra con sus caballos petrificados como las caprichosas figuras que se ven de incrustaciones en una caverna de estalactitas.

El coronel francés, que traía informes ya de la posición y carácter de Abansen, se aproximó a éste y en mal pronunciado español le empezó a hablar deferente, mas contestándole nuestro tío respetuosamente como convenía a su grado en su propio idioma, éste le estrechó la mano con efusión y empleó con él un lenguaje animado que escuchaban los vecinos, que poblaban ya la plaza a la rara novedad. Los niños, que estaban en traje militar de diario. Con sus gorras cuarteleras, ávidos de novedad se aproximaban al jefe francés, llegándole al ribete de sus botas de montar, y miraban [*a*] aquel hombre que tocaba con el plumero de su casco los barrotes del balcón. Reparando él en tanto en los infantes, y sabiendo que eran sobrinos del anciano, se bajó a ellos como el mismo [*a*] a los suyos, que los había dejado de su misma edad en su patria, los abrazó estrechamente, y elevándolos a la altura los besaba espinándoles su caritas, mientras que el público, que veía esta tierna escena, y no viendo en los franceses a aquellos fieros salvajes que les pintaban adrede, se iba por grados aproximando a la tropa, y saciando su curiosidad excitada en alto grado, pues eran los primeros que veían armados, pues los oficiales de Bailén que habían visto desnudos tomando el sol en el cortinal de Santo Domingo no eran más que sus sombras. Viendo en el entretanto el jefe de escuadrón que los niños se iban haciendo ya a sus caricias, siguiendo con ellos sobre sus hombros los paseó por las filas de sus soldados y caballos, en cuyas guarniciones y arreos bruñidos, como igualmente los cascos y chapas amarillas de los Dragones reflejaban los rayos del sol poniente. Satisfechas que-daron las señoras con el modo ingenioso y fino que había empleado el comandante de atraerse la amistad y [*las*] simpatías, pues decían con fundamento que los hombres que miman así a
-

los niños no podían ser feroces ni sanguinarios. Por último se acomodó el escuadrón de caballería en las posadas y casas particulares, quedando los niños todos de la población tan amigos de los Dragones, que les seguían por todos lados al oír sonar sus espuelas, diciendoles a voces una palabra que empleaban los niños Puelles voceando des-de sus balcones cuando pasaban aquellos: “*Messieurs, merci donne vous*”, que equivale a las españolas “*señores, os doy las gracias*”.

Al día siguiente, reconocidas y dejadas las autoridades constituidas sin más variación que la de reconocer y jurar por Rey de España y de las Indias a José I, partió el escuadrón francés con fuerza de 200 caballos, dejando un corto destacamento de 40 soldados en el pueblo con dos oficiales, un clarín y dos sargentos. Se creían en un país amigo y en un pueblo pacífico, sin contar ni saber que estaban próximos también a una sierra poblada de cobardes asesinos[159]. Habían pasado una docena de días [*desde*] que los franceses ocupaban la población, y éstos principiaron a hacer amistad y trabar relaciones con los paisa nos, y en particular con los patronos, siendo al parecer tan grande y seria su confianza, que una guardia que al principio tuvieron a la entrada del pueblo habían concluido por retirarla, ajenos a la catástrofe que les aguardaba. Erase una mañana lluviosa y cargada de cerrazón o neblina, cuando una banda de 500 o 600 hombres con trabucos, puñales y hachas se internaron silenciosos en el pueblo, desembocando de repente por la Calle de los Pozos guiados por otros que conocían ya las calles, sucios, harapientos y en completa embriaguez, en un instante de derramaron cual banda de buitres por la población, y cercando las casas donde se alojaban los Dragones, y en especial las avenidas y puertas de las posadas donde éstos tenían los caballos, principiaron a asesinar como corderos a los

---

[159] Se trataba en realidad de *guerrilleros*. El término ‘guerrilla’ surgió, en efecto, a comienzos del siglo XIX durante la Guerra de la Independencia española cuando, junto a las fuerzas regulares de la Corona, las fuerzas irregulares y los paisanos se alzaron en armas contra los ejércitos franceses de ocupación. Entre los más famosos guerrilleros españoles de la época destacaron Xavier Mina, el cura Merino y el Empecinado, entre otros. La práctica de la guerra de guerrillas es, sin embargo, muy antigua; la Biblia cuenta, por ejemplo, cómo los israelitas conquistaron Canaán, bajo el mando de Josué, mediante el acoso y la emboscada del enemigo. Más tarde, la resistencia judía a la dominación extranjera produjo una serie de feroces operaciones guerrilleras contra los romanos durante el siglo I; el punto culminante de esa revuelta se alcanzó bajo el mando de la secta de los zelotas con el ataque a Masada y la masacre de la guarnición romana, que en el año 66 ya se encontraba allí. La historia europea da cuenta de un tipo de guerra similar a la guerrilla desde el siglo XII, en que los galeses, armados con arcos largos, defendieron sus fronteras contra los invasores normandos. A través de los siglos las revueltas campesinas contra la opresión se han caracterizado con frecuencia por la puesta en práctica de tácticas guerrilleras. Una de las guerrillas más sangrientas fue la revuelta campesina de 1793-1796 en la Vendée, en Francia occidental, contra el Gobierno revolucionario y en apoyo de la Iglesia católica romana. [*Encarta ’98* CD-Rom]

-

-

que se presentaban a medio armar en medio de [*una*] gran gritería, otros que iban saliendo de sus alojamientos se defendían como leones respaldados contra alguna pared y formando un ancho círculo con sus sables, teniendo a raya [*a*] la banda de hienas, pero éstas, disparándoles con sus trabucos a boca de jarro una rociada de balas, los despedazaban y en seguida, haciendo pedazos sus palpitantes y hercúleos [*corazones*] mientras los arrastraban por el empedrado, o ensartaban sus cabezas en las puntas de los chuzos, figurando una procesión en [*la*] que beodos entonaban un cantar bárbaro parecido a los de los entierros. El jefe principal del destacamento había cogido sus pistolas, y llevando a su asistente al lado con sus caballos en pelo, se había abierto paso por entre las turbas de forajidos derribando dos con sus certeros tiros y trastornando a otros con sus mandobles y cuchilladas, y saliendo del pueblo se había situado en el prado, donde se iban reuniendo los pocos que en el barrio alto, oída la bullanga del de abajo, podían salir por la cúspide del pueblo, donde el triste clarín tocaba en plañidero tono el botasilla y retirada. El segundo oficial, que estaba alojado en [*la*] Casa del Caballero o de la Perea, precisamente la que hoy es nuestra, y que miraba [*a*] la familia como cosa propia llamando 'madre' a la dueña, saliendo a la calle a los primeros tiros y aprecibiéndose de las escenas que se preparaban, volvió rápido sobre su casa para recoger sus caballos y encontró ésta cerrada y que sus patronos le hacían fuego desde las ventanas. Sorprendido de tan negra villanía, sacó su sable y se preparó a morir como un valiente cercado de lobos carniceros, encomendándole a su asistente al ver la felonía de sus inhosptalarios patrones que si sucumbía tomara venganza de ella. Y el tierno joven, que tal vez había dejado una madre desamparada en su país y que en estos momentos lo estaría recordando, abriendo un ancho círculo con su sable entre los 'brigantes', como ellos los llamaban, trató de abrirse camino, pero cerrado éste con los puñales de los asesinos, vino a caer a la puerta de las Maltesas, exánime y desangrado por veinte heridas, al grito de "*¡Viva el Emperador!*", palabras sublimes que arrojaban de su boca estos héroes dando con gusto por su ilustre jefe la última gota de su sangre generosa.

Abansen, sorprendido con esta gritería y ruido infernal, ciñéndose el sable y poniendose deprisa su 'petit' uniforme, trató de lanzarse a la calle, paro al ver que en vez de soldados era una horda de asesinos haraposos y beodos, comprendiendo todo lo horrible del cuadro y que sólo Dios podía poner término a aquel espantoso conflicto, sujeto y detenido por la familia, toda trémula y afligida, se volvió de nuevo, y derramando lágrimas de

-

furor se detuvo en ella, donde le aguardaban grandes peligros. Al ver caer al joven oficial en el escalón de su puerta y que después de muerto lo estaban desnudando y haciendolo pedazos, no pudiendo resistir más, asomado a una reja baja de la casa trató de excitar sentimientos generosos a favor de estos infelices que iban a ser víctima de estos caníbales. Mas nunca lo hubiera intentado, pues apodándo de traidor y afrancesado[160] al que no era más un hombre humano y generoso, trataron las turbas de introducirse en la casa, que era una de las más ricas del pueblo, para saquearla. Y, en efecto, forzado el portón y cargados con los miembros palpitantes de los Dragones se introdujeron en ella sembrando el horror y el espanto en aquel nido de palomas, que arremolinadas en la sala alta teniendo a Abansen oculto entre sus brazos y rodeado de sus niños imploraban la misericordia divina, y ésta acudió en su defensa cuando parecía que no velaba ya por los suyos.

Los frailes de la Victoria, avisados del gran peligro que corría la familia Maltesa y de los asesinatos que a sangre fría y sin resistencia se estaban perpetrando en las casas donde algunos Dragones desprevenidos o cortados se habían amparado, saliendo con sus estolas y hasta con capas pluviales, trataron de contener estos desmanes, llegando en tan buena ocasión a la casa de Abansen, que sin esto habría sido asesinado, porque en vez de acobardarse le decía a las turbas: "*Afrancesado yo, misarables, que tengo el cuerpo lleno de cicatrices y de heridas no cerradas, batiéndome con ellos en el Pirineo, mientras que vosotros, caribes inhumanos y sangrientos buitres, estaríais tal vez en los presidios y cárceles que sin duda habréis escalado para venir aquí. Vosotros, que asesináis y amedrentáis pobres mujeres, ¿por qué no váis a los ejércitos de la nación a batiros de frente, si sóis tan patriotas, en vez de asolar y destruir pueblos indefensos que abandonaréis cobardes después de haberlos saqueado y antes* [de] *que asome un escuadrón de enemigos, que no osáis mirar de cerca y que hoy estáis asesinando después de verlo rendido o batiéndoos*

[160] Se conocía como *afrancesados* a los partidarios del monarca José I, hermano de Napoleón Bonaparte y rey de España desde 1808 a 1813, tras las abdicaciones de Bayona de Carlos IV y Fernando VII en la primavera de 1808. Entre los afrancesa dos, o 'josefinos', defensores del accidentalismo dinástico, se inscribió un sector heredero de la Ilustración, convencido de la viabilidad reformista en el terreno político y socioeconómico del Estatuto de Bayona de 1808, una vía de tránsito moderado hacia el liberalismo. Junto a este grupo, en el que inicialmente se hallaban figuras políticas de la talla de Francisco Cabarrús, Azanza, Moratín, Mariano Luis de Urquijo o Francisco Javier de Burgos, aparecieron también meros oportunistas denominados 'juramentados', en su mayoría aristócratas, alto clero y personas próximas al poder sin mayores convicciones. El retorno a España de Fernando VII en 1814 supuso, contra lo prometido en el Tratado de Valençay (11 de diciembre de 1813), la depuración política de los afrancesados que no habían cruzado los Pirineos, acusados de colaboracionistas y objeto de una generalizada represión (inhabilitación pública, destierro, confiscación de bienes, etc.). [*ibid.*]

-

-

ciento contra uno? Yo moriré a vuestras manos y derramaré esta sangre bajo vuestros jiferos, sangre que tantas veces ha corrido en los campos de batalla". Y rompiendo su camisa les enseñaba la tabla de pecho, donde se veía una larga cicatriz hecha por la punta de una bayoneta. Pero no fueron sus heroicos apóstrofes ni su elocuencia bravía las que le salvaron, sino los esfuerzos y gritos de los religiosos del convento, que conminando con una excomunión y castigo visible de Dios, los hicieron desocupar la casa tan respeta da, regándose los bandidos por el resto del pueblo, saqueando [*a*] sus moradores y arrastrando los cadáveres, que amontonaron en la plaza rugiendo como fieras. Todo aquel día horrible duró la bacanal y sangrienta orgía de los serranos, y aquella noche lúgubre en que no pararon en sus cantares y aullidos, como manada de lobos bamboleándose y cargados de los despojos del saqueo y [*de*] la rapiña, temiendo el dormir dentro de la población, la abandonaron cobardes y desaparecieron en las gargantas de la sierra por donde bajaron a semejanza de la nube de langosta, que abre su vuelo y vuelve sobre el sitio de donde vino después de arrasar una comarca.

Tal fue el sangriento drama y horrible episodio con que los 'serranos' y 'jimenatos' inauguraron sus proezas en la bajada a las campiñas, perdiendo el pacífico pueblo para siempre en el concepto de los franceses, que en adelante miraban [*a*] la población con el recelo de una caverna de fieras a un nido de buitres, persiguiendo y molestando a un vecindario que temeroso de crueles represalias se huye a los montes y espesuras, donde se guarecían inocentes como estaban temiéndole al castigo, que no habría de tardar en aparecer. En efecto, a los dos días siguientes no acabados de cumplir, una división francesa al mando de un general de brigada cercó el pueblo, y encontrándolo solo y abandonado, degollaron sin piedad a los pocos hombres que tropezaron en las calles y empezaron a saquear algunas casas, entre ellas la de los Caballeros o Perea, los patrones inhumanos que cerraron sus puertas e hicieron fuego sobre su hijo asesinado en sus umbrales. Esta casa, que iban a quemar y arrasar hasta los cimientos, se salvó del justo castigo a los ruegos de Abansen y del clero, que explicaron e hicieron ver [*que*] se iba a incendiar el pueblo entero atendida la estrechez de las calles, y ya que no pudieron dar con sus viles habitadores, sacaron todas las puertas y ventanas e hicieron una hoguera en la Plaza de la Cruz con ellas y con todo lo que la casa contenía, dejando a ésta baldía y destrozada para público escarmiento.

-

Los restos de sus compañeros asesinados, conducidos a hombros de sus gastadores sobre unos trofeos hechos con lanzas cruzadas fueron después, después de hacerles los honores militares, enterrados en el cortinal del convento de Santo Domingo al pie de unas palmeras que allí había, que en su intento debían ser las coronas permanentes de gloria que les pertenecían a unos bravos que habiendo recorrido todos los campos de batalla de Europa y Egipto sin encontrar resistencia frente a sus enemigos se habían visto después asesinados, por una imprevisión de su jefe, a manos de una cuadrilla soez y cobarde. No hace muchos años que yo tuve ocasión de remover las cenizas de estos valientes, encontrando sus esqueletos gigantescos bajo el polvo donde atiende la palmera, que ha quedado en raíces, siendo para mí un motivo de lúgubre meditación el pensar que aquellos hercúleos huesos, que habían sostenido tantos combates y librado tantas batallas habían de encontrarse en un sitio donde no les cupo ni la gloria de combatir tan siquiera, último consuelo que debe satisfacer a los bravos. Recogidos religiosamente del sitio que ocupaban y era preciso remover, fueron puestos al otro lado de la palmera para que ésta siempre siguiera dándole[*s*] la umbra apetecida, y que tal vez en los arenales de la Siria[161] y del Egipto habrían dado a las sudorosas frentes de alguno de ellos. Así y casi con las mismas palabras le oí referir a mi padre y abuelo tan terrible catástrofe, que era la primera cosa que recordaba él como principal, pues contaba seis años cuando acaeció y le salpicaron con sangre, habiéndole causado tanta impresión y horror la horrible hecatombe y el miedo que ellos y su familia toda sufrieron, que desde entonces decía que le había tomado aversión y manía a los 'serranos' y 'jimenatos', factores de ellas.

Con varia suerte siguió Alcalá durante el bloqueo y sitio de Cádiz, pues tan pronto la invadían los franceses para explorar el terreno desde Medina, donde estaban permanentes y tenían un cuerpo de observación, como los partidarios o brigantes merodeadores de la Sierra, o bandas de tropa que salían del campamento formado bajo el Peñón de Gibraltar. Fortalecido el Castillo, que desde entonces se armó y municionó, fue tomado por los franceses a las tropas del coronel Abad, que lo guarnecia con el Regimiento de Carmona; allí se hicieron fuertes en adelante, encerrándose en su recinto para resguardarse de una población sospechosa y fácil de ser invadida. En él se encerraban las compañías francesas cuando el pueblo se veía inundado por doble fuerza, haciendo hogueras entonces en la

[161] Los ejércitos napoleónicos jamás pisaron el suelo de Siria ; sí que estuvieron, efectivamente, en Egipto.

-

-

plataforma para que divisados desde Medina, a donde corrían de esta manera los partes y novedades, pudieran saberlas y socorrerles. Asi lo tuvieron hasta una definitiva retirada. que con la esperanza en volver que siempre tenían contando con el númen y la estrella de Napoleón, lo volaron para no tenerlo que volver a ganar[162].

Pero dejándolos a ellos y volviendo a la familia, debemos decir que en su casa se amparaban siempre que los franceses entraban de nuevo y se retocaban de sus iras todas las mujeres y niños del pueblo, que se repartían entre esta casa y la de Villanueva cuando no cabían en las iglesias, pues se encontraban aún más seguros que en ésta. Y Abansen sacando su certificado en francés de los prisioneros de Bailén, ponía [*a*] uno de sus sobrinitos de guardia en la puerta con el papel en el baquetero de la carabina a guisa de parte de un centinela, y al llegar los franceses y ver aquel cuadro de un niño dando la guardia a las mujeres y viejos y el salvoconducto que presentando sus armas el muchacho le notaba, respetaban la casa, abrazando al centinela. De este modo ingenioso se servía Abansen para hacer un asilo sagrado de sus penates. Mas los sucesos se atropellaban en el entretanto: era el año de 1811 ; la resistencia, que al pronto parecía imposible, se iba organizando, y donde quiera que dejaban un claro los cuerpos franceses brotaba un batallón o una partida como por ensalmo. En Aragón, después de la rendición de la inmortal Zaragoza, Villacampa, escapado de una columna de prisioneros hechos en ella, unido con otros jefes, había levantado cuerpos y libraba combates y batallas con un continuo sistema de guerrallas que le valieron porción de grados y honores, llegando a formar un ejército respetable tan valiente y aguerrido como constitucional y adicto al nuevo sistema de Gobierno que

---

[162] Contra la opinión de Napoleón, que consideraba como esencial la expulsión de los británicos, el rey José I y sus generales se inclinaron por una campaña más espectacular y lucida: la invasión de Andalucía. Así, pues, entraron triunfalmente en Jaén, Córdoba y Sevilla en los primeros meses de 1810. También continuó José I su gira triunfal por Granada y Málaga, pero la proyectada toma de Cádiz por sorpresa se frustró, ya que el duque de Alburquerque se había adelantado a guarnecerla con 9.000 infantes, mientras que la escuadra británica garantizaba el aprovisionamiento por mar. Victor intentó expugnar esta ciudad, en la que se habían refugiado las autoridades españolas, como se ha visto ; su bloqueo terrestre, empero, dilatado por casi tres años, resultó infructuoso al fin. Durante ese tiempo el reducto de Cádiz si vio hostigado duramente por las fuerzas de Victor y de Soult, no pudiéndo comunicarse sino por mar con el resto de la Península. En un intento de romper el bloqueo, un numeroso contingente español (el „campamento" del Peñón a que se refiere el texto, seguramente) desembarcó en Tarifa para atacar la retaguardia de Victor, y el 3 de Marzo de 1811 se entabló la batalla de Chiclana. Soult se vio obligado a retroceder hacia el interior de Andalucía, sobre todo tras ser vencido nuevamente por Wellington en la Albufera el día 16 de Mayo de ese mismo año. A partir de entonces la iniciativa de la guerra la llevaron los británicos, y los franceses se fueron retirando poco a poco. [Nueva Enciclopedia Larousse, op. cit., pp. 5.148-49]

-

la nación, huérfana de un príncipe, se había dado[163]. En Asturias y Galicia, Valencia y Cataluña pululaban los guerrilleros, que enardecían la resistencia, y un Ejército de importancia se iba formando en el entretanto al abrigo de la plaza de Gibraltar, robustecido con otro de ingleses, con quienes marchaba de auxiliar para hacer levantar el sitio de Cádiz y que dio la acción del Pinar de Chiclana sin conseguir el objeto.

Abansen fue en este tiempo mandado llamar al Campo de Gibraltar para aleccionar reclutas, ya que su edad y achaques no le permitían seguirlos a la campaña, y cumpliendo con su deber y antes de abandonar el materno nido, quiso poner a recaudo las personas más comprometidas de la casa, que iba a quedar sin defensa faltando él, para franceses no tan terribles como las bandas insubordinadas de brigantes[164], que saqueaban el pueblo siempre que tenían coyuntura de entrar, siéndolo en primer lugar Leonor, su cuñada, que se encontraba ya casi de repente a la altura de generala, siendo digna de serlo por su bizarría y nobles prendas, y las otras niñas, no escasas de mérito y jóvenes aún todavía ; de acuerdo, pues, con su madre se determinó trasladarse toda la familia a Cádiz por Algeciras mientras durasen tan graves conflictos. Tomada esta grave resolución que la madre común sugirió y mandó poner en planta entregando a sus niñas y yerno una gruesa suma de dinero para su sostenimiento en Cádiz durante su permanencia y para que ésta se dieran un hogar proporcionado a la importancia que la suerte le había deparado a la Leonor en un pueblo en [*el*] que todo costaba oro por su situación de cercado y la aglomeración de personajes que en él había, partiendo la caravana que dirigía Abansen de señoras y niños llegaron a Algeciras, desde donde los acompañó embarcados hasta dejarlos instalados en Cádiz en

---

[163] Se refiere el autor, por supuesto, a la Constitución de Cádiz de 1812, que convirtió a España en uno de los primeros países del mundo en adentrarse por la senda del liberalismo político-constitucional, un camino abierto por Estados Unidos y Francia con sus textos pioneros de 1787 y 1791. El contexto bélico de la Guerra de la Independencia y la tenue reforma política inherente al Estatuto de Bayona de 1808, no impidieron que una minoría de españoles intentara aprovechar la delicadeza del momento para, en lugar de reclamar el retorno de Fernando VII y del Antiguo Régimen, acabar de una vez con él y dar auténtica réplica constitucional a la aludida Carta otorgada napoleónica. Estos „doceañistas", y de manera especial Agustín de Argüelles, fueron los responsables de la redacción y puesta a punto del texto aprobado por las Cortes de Cádiz el 19 de Marzo de 1812, mítico arranque del constitucionalismo en España.

[164] Los napoleónicos llamaban 'brigantes' a las guerrillas españolas (no muy apreciadas por nuestro antepasado, como puede comprobarse) que auxiliaban a las tropas de Wellington en su lucha contra el ejército francés, hostigándolo desde la retaguardia. El apelativo tiene en realidad procedencia británica y se refiere a una etnia de origen céltico que habitaba al Sur de Escocia en la época del dominio romano de Britania y que protagonizó un episodio parecido al de sus homónimos carpetovetónicos. Tras la retirada romana en el año 409 d.C., sus territorios fueron atacados sistemáticamente por los pictos, y los brigantes lograron rechazar dicha invasión con la ayuda de los sajones ; el paralelismo entre ambos acontecimientos es evidente. [*Encarta '98* CD-Rom]

-

una decente casa, volviéndose a su tarea de instructor y quedándose sola[*s*] la varonil y anciana madre y la monjita Sor Isabel, que en este tiempo le permitieron salir, pues toda la comunidad se repartió en el pueblo. Instalados los niños en Cádiz con sus madres y tias, fueron a los colegios de su edad y empezaron a ilustrarse y a ver de cerca los graves personajes históricos que en ella entonces se hallaban, así como las importantes escenas que se representaban en su recinto, siendo su casa motivo de las enhorabuenas que la ‘generalita’ tenía [*a*] cada instante por las victorias de su marido, de que se hacía lengua la prensa, un círculo frecuentado de hombres de gobierno, de la Diputación y del clero.

Cuántas veces le oímos a nuestro padre lo que le llamaba la atención [*el*] ver hablando con su tía Leonor obispos y generales, mientras que en la puerta los cuerpos del Ejército la festejaban con serenatas de sus bandas militares cuando llegaba la nueva de algún ruidoso triunfo, en tanto que la [*tan*] sencilla como hermosa alcalareña, con la dignidad y [*el*] aplomo que da la misma modestia y virtud, se ejercitaba en estos actos tan diferentes a sus infantiles costumbres. Pero esta grandeza y elevación en que se encontraban las Cerris no les ofrecía por lo pronto ventaja alguna, y por el contrario era una ocasión de sacrificios y gastos considerables, puesto que su buena madre les encargaba no dejasen de ocupar dignamente sus puestos a que la fortuna las había elevado, y siendo motivo de que se consumiesen más de 20.000 duros que ella había economizado, lo que nunca, como veremos, le fue compensado a sus demás hijas, porque el general gastaba por allá su paga cuando no pedía auxilio a su mujer. Los niños Puelles eran tan pequeños que tampoco podían sacar partido de estas circunstancias que le[*s*] rodeaban en su favor ; ellos eran todo lo que podían ser a su edad. El Bermaño fue el que pudo sacar, como sacó, otros cordones. Cuántas veces, abrazándolos a todos, la Leonor les decía: “*Hijos míos, si por algo estoy contenta con mi suerte, es porque espero con ella proporcionaros la vuestra, pues al lado de mi Pedro de Edecanes subiréis rápidamente y compensaré a vuestra madre el gasto que ocasiono en estas circunstancias a la familia*”.

Y así debiera [*de*] haber sucedido naturalmente si la desgracia que los perseguía no hubiera neutralizado tan bellas como verdaderas palabras. Concluido el sitio por la retirada y derrotas que sufrieron los franceses a resultas de otra mayor y más importante que había sufrido Napoleón en los helados bosques de la Rusia, teniendo que sacar parte de sus ejér-

citos de la Península para hacer frente al millón de hombres que seguían sus quebrantados cuadros, conoció y lloró como otro Aníbal su error de la guerra de España, que fue el gran despropósito de todas sus empresas, y posesionados los españoles de su capital, volvió la familia toda a Alcalá con los niños, donde éstos encontraron a su abuela y a su tía Isabel encartonadas y constantes en sus tareas como antes de marchar. Acomodados de nuevo a la sencillez del pueblo, esperaban grandes logros con la fortuna de Villacampa, pero hubo la negra de que habiéndose adherido éste a la causa constitucional que había jurado y de la que era sinceramente partidario, y puesta a su cargo la Capitanía General de Madrid[165], el primer mando de la época, volcado este sistema por el célebre Decreto expedido en Valencia por el rey, del 4 de Mayo, vendiéndose los jefes a la nueva causa [*y*] abjurando de su dignidad los diputados conocidos por 'persas'[166], después viendose los hombres dignos sacrificados por un rey ingrato que felicitaba a Napoleón desde su residencia en Francia cuando conseguía un triunfo de sus súbditos, vendidos y aherrojados en inmundos calabozos, cúpole a Villacampa, que permaneció siempre digno, la desgracia de que fueran sus servicios recompensados con una oscura prisión en la ciudad de Barcelona, donde lejos de necesitar edecanes y de remesar fondos para pagar a la pobre familia, que se había desgastado con su mujer, necesitaba de nuevos auxilios por parte de los mismos, como en efecto le franquearon.

Y la anciana Maltesa sacaba de la lucha gloriosa que había terminado, [*tras*] haber consumido sus ahorros de veinte años, verse con sus magníficas casas de Puerto Real demolidas ; los franceses habían establecido allí unas baterías por ser las más a propósito y cercanas para el objeto [*al*] que las destinaron, y tener por conclusión que costear en su jerarquía a un general prisionero, y a su mujer en Cádiz, donde volvió para gestionar por su marido. Más de dos millones largos calculaba la anciana tenía de menos en su caudal a

---

[165] Según nuestras fuentes, Pedro Villacampa nunca fue Capitán General de Madrid, sino de Cataluña y más tarde de Mallorca.

[166] El *Manifiesto de los Persas*, representación firmada en Madrid por 69 diputados de las Cortes ordinarias con fecha 12 de abril de 1814, fue entregado a Fernando VII en Valencia a finales de dicho mes. Bernardo Mozo de Rosales, marqués de Mataflorida, y los restantes firmantes, 34 de ellos eclesiásticos, recibieron por su alineamiento antiliberal sendas prebendas y contribuyeron a justificar el mencionado 'Decreto de Valencia' del 4 de Mayo, mediante el cual Fernando VII anulaba la obra constitucional de las Cortes de Cádiz y retornaba al más puro absolutismo monárquico. La oportunidad política del Manifiesto, cuyo exótico nombre alude a los párrafos iniciales del texto, ha suscitado cierto debate entre los investigadores sobre sus auténticas motivaciones, si bien existe un criterio unánime respecto a su endeblez teórica y nula calidad literaria. [*Encarta '98* CD-Rom]

-

-

resultas de tan deplorables sucesos, perjudicando a cada una de sus hijas en más de un cuarto de millón ; mas sin embargo éstas se mantuvieron complacidas por el amor que a Leonorcita tenían: "*Ella os compensará grandemente*", decía la madre común, "*el día que su esposo vuelva a su natural esfera*". "*Nosotras estamos contentas de cualquier modo*", decían las niñas. "*Déjele usted, madre, y señálele lo mejor como corresponde a su rango y a su desgracia, que ella es muy buena y siempre hará por nuestros hijos, mayormente cuando Leonor no tiene ninguno, y quiere a los nuestros como suyos*". En estos coloquios del cariño fraternal pasaban las hermanas y la madre viendo crecer a sus niños, que ya en este tiempo era preciso mandar a la Isla para aleccionarse en los ramos de su profesión: nuevos gastos.

-

CAPITULO IV: Ingreso de los cadetes en el Colegio de San Fernando. Retratos físicos y morales de los dos hermanos Puelles. Primeras tareas a que se dedicó nuestro padre ; muerte y herencia de su abuelo Felipe. Muerte de Abansen y de la abuela. Antecedentes de la familia de nuestra madre ; su horfandad, sus amores de niños. Ensayos de nuestro padre en los toros

A la Academia Militar de San Fernando fue el tío Antonio al cumplir los 13 años, mientras que nuestro padre, que no tenía más que 11, se quedó con la familia, siendo la alegría de la casa con su donaire y gentileza. Formando un contraste con su hermano mayor, que era de muy corta estatura, extremadamente blanco y [*con*] ojos y pelo negros como el azabache, era nuestro padre de una estatura colosal, pues llegó a alcanzar nueve pulgadas más de los cinco pies, y tan derecho y proporcionado que no se le advertía una falta: trigueño muy claro tocando en sonrrosado, [*con*] una frente alta y bruñida como el marfil, de nariz aguileña y un poquito prominente con un lugar o berruga pequeña en ella cerca del entrecejo, barba partida y una boca rimeña y graciosa por demás, presentaba un conjunto de perfección y belleza varonil ; sus ojos pardos y tocados en melados cargaditos y coronados de una negra y luciente ceja tenían tal atractivo en la expresión y brillo de su mirada, que no era fácil olvidar nunca los destellos y derrames de su vista. Unido todo esto en un corazón de paloma y una gracia sorprendente en su conversación formaban un todo tan completo, que era difícil igualar. Sentencioso y oportuno, festivo y con grandes arranques de genio, blando y juguetón como un niño, pero terrible e iracundo cuando se incomodaba, era un juego encontrado de naturaleza, de perfecciones y de arrebatos que lo caracterizaban y le hacían ser diferente de los hombres de su tiempo, a los que les llevaba aún más diferencia en valor, importancia y hermosura varonil que [*lo que*] les superaba en su talla. Y el hombre que arrebataba y ejercía la fascinación que da la superioridad y el númen sobre los demás entre sus iguales, ¿que partido y prestigio no tendría con las mujeres, que son las que más saben apreciar el conjunto de estas naturalezas privilegiadas?

Mas doblemos la hoja sobre este particular para no tocar un punto en que pudieramos incurrir en vez de elogios en el extremo de faltarle al respeto que se merece como padre y como polvo a que se encuentra el gentil y nunca bien descrito joven hoy reducido. ¡¡¡Frías cenizas veneradas que quisiéramos encerrar, como Artemisa, la reina de Caria,

-

las de su esposo, en una urna de oro[167], recibid este tributo reverente de un hijo a quien le es grata la muerte sólo por el gusto de acompañarlas y de que se confundan de nuevo con las de donde salieron!!! ¡¡¡Y tú, genio y alma imperecedera de la región de la luz y del eterno reposo donde nada bien sabes todo lo sincero y puro de ¡¡ientusiasmo!!!

Pero [*re*]anudando mi hilo, decía que quedando nuestro padre al lado de su abuela y madre, creyéndose en edad de ser útil, ideó un medio que no se le ocurre a ninguno de sus años. Y fue que viendo que se necesitaba de un recaudador para cobrar las casas numerosas y un vigilante para las continuas obras que éstas necesitaban, pidio a su abuela encargarse de todo, sin perder, como él decía, las horas de estudio. Hechizada la abuelita con aquella disposición precoz, y más que nada con sus bellos sentimientos, que le hacían comprender que era preciso servir de algo y ayudar a sus madres, accedió como por ensayo, quedando tan satisfecha con la fe y [*el*] celo que empleó, que le confirmaron su cargo todo el tiempo de su juventud. Instruyéndose perfectamente en el mecanismo de las obras de albañilería que en adelante habría de dirigir, celaba con ardoroso afán a los operarios, cuidaba de la bondad y exactitud de los materiales que se invertían, dándole a su abuela todas las noches una exacta cuenta escrita de todo, sin que por eso en el demás día le instruyera de todo lo concerniente a su cargo y dirección. Su abuela, encantada de la precoz inteligencia y laboriosidad del niño, pagaba su diligencia con algunos realillos que éste guardaba con afán con el objeto y fin que luego diremos.

En este tiempo, y eran principios de 1814, tuvo nuestra madre Clara carta en que le noticiaba su cuñado Felipe desde Madrid donde vivía la muerte de su padre y nuestro bisabuelo Don Felipe de Puelles Montero, acaecida en Burgos en el mismo año, donde tras una larga cesantía y persecuciones por su civismo a favor de la causa nacional había dejado en muebles, alhajas y dineros una corta herencia de 23.000 reales, de [*los*] que deducidos los gastos de un decente funeral y lutos, con una mejora de quinto que había dejado a favor de su hija Josefa, moza soltera, que quedaba sin abrigo en el mundo, venían

---

[167] Artemisa II, reina de Halicarnaso, fue hermana y esposa de Mausolo, sátrapa de Caria, en cuyo honor hizo construir un magnífico sepulcro el año 353 a.C. ; el monumento, conocido como *Mausoleo*, contaba entre las siete maravillas del mundo. Estaba adornado por columnas jónicas y coronado con una pirámide escalonada, en cuya cima había un carro triunfal. Los frisos, que representaban los combates de los griegos contra los centauros y las amazonas y una carrera de carros, eran obra de Escopas, Briaxis, Leócares y Timoteo, quienes trabajaron en equipo con los arquitectos Pitio y Sátiro. Destruido por un temblor de tierra, sus piedras fueron empleadas de nuevo por los caballeros de Rodas en la construcción del castillo de Bodrum. Los escasos fragmentos que quedan de esta magna obra se conservan en el Museo Británico. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pp. 723, 6.321]

a caberles a sus cinco ramas 3.000 reales escasos y un crédito de más de 600 reales contra la pobre de la tía Victoria, que había casado en Barbadillo a disgusto oposición de su padre con un tal Don Bartolomé Regnesa, de nación portuguesa, mozo apuesto y fino por demás, pero desmedrado por completo de fortuna, encontrándose la pobre de la tía lejos de su padre, que había jurado no volverla más a ver, pero que sin embargo, sabiendo su pobreza y la numerosa familia que Dios le iba concediendo, le había suministrado ocho o nuevemil reales. Una letra con su importe de la legítima de los niños y un testimonio fehaciente de la partición hecha en Burgos con las últimas bendiciones del anciano abuelo fue lo que recibieron los pobres huérfanos de su ascendencia paterna. La honrada y noble familia castellana, que a la muerte de su jefe se había dispersado por completo, pasando el Don Manuel, joven todavía por ser el último hijo de Doña Catalina, con su hermano Felipe donde luego lo encontraremos, quedando la Victoria, que de allí a poco falleció en Barbadillo con una numerosa y pobre prole de Regnesa Puelles de que también nos ocuparemos, y pasando la Doña Josefa, soltera dura, a residir a Toro, donde pasó el resto de su vida al lado de unos parientes Puelles y donde murió el año de 1830, sin que tengamos de nuevo que ocuparnos de ella. De este modo se dispersaron el caer [*el*] nido donde nuestro abuelo Francisco había nacido y que quedó desabrigado desde la muerte de su joven y bella madre.

Aunque no conocían más que de oídas nuera y nietos al bueno de su abuelo el castellano, lo sintieron en lo que cabía, y haciéndole unas honras sencillas en que invirtieron una parte de la suma recibida, y en los lutos de ordenanza que escrúpulosamente cumplieron, con el resto de la herencia insignificante hizo nuestra abuela Clara dos partecitas iguales, mandando un nuevo equipo y uniforme a su Antonio, que estaba en su Colegio, y reservándole al José su insignificante porción. Mas éste, que por instrucción natural comprendía que el dinero parado nada bueno produce, en su corta experiencia y práctica de mundo discurrió un modo de manejarlo que él mismo refería: "*Yo había visto en aquel tiempo comprar a mi abuela cargas de tablas y cuartones al por mayor o docenas para el surtido de sus obras, y de cuyo depósito sacaban de continuo los carpinteros del pueblo para su surtido y en calidad de préstamo, entonces se me ocurrió la idea de que haciendo yo un regular acopio y empleíto de estas maderas podría venderlas por piezas separadas a estos mismos con tal que mi abuela no se las prestara más. Y en efecto, decidido y conformes en que ésta se las negaría en adelante escusándose de hacer favores, tomando el fondito de mi abuelo Puelles y lo que yo tenía ahorrado de los agasa-*

jos de la otra, empecé a comprar tablas, cuartones y vigas de todas clases y tamaños, formando un depósito de alguna consideración en una cuadra o vivienda baja de la misma casa que ocupaban las gallinas, y cubriéndolas con esteras viejas para que no me las ensuciasen, instalé en ella mi almacén”.

Este ingenioso y sencillo comercio le producía casi el doble de lo que costaba, pues haciendo cada vez mayores acopios de pino, aliso y quejigo concluyeron por surtir a los carpinteros y albañiles de él, y aprovechando los madereros, de modo que de una cosa al principio insignificante el niño de doce años empezó por redoblar su corto capital en medio de los aplausos y elogios de su abuela, tías y madre, que le pronosticaban habia de ser un hombre capitalista el que sin conocimiento ni práctica de nada se inauguraba de este modo y formaba pensamientos y planes tan certeros. Estos fondos los destinaba nuestro buen padre al objeto laudable de hacerse su equipo y costearse la media pensión que tenía que pasar al Colegio donde tenía pronto que ir, y no quería apurar a la pobre de su madre, que había quedado, decía, muy atrasada con los azares de los tiempos. Crecía el manejo del niño-hombre, pues con sus doce años levantaba ya toda la cabeza sobre todos los de su edad y tiempo, y desviándose por completo de los juegos infantiles, era desde esa época uno de tantos hombres alternando con los hechos y derechos, porque aquella naturaleza estaba desarrollada casi, indicando con esto que iba a ser una exhalación o meteoro de muy corta duración, como desgraciadamente y para nosotros lo fue.

Cuidando de su casa y de su tío Abansen, que en este tiempo, atacado de reuma, no hacía más que rezar y hablar como un catedrático, iba sintiéndose y tomando el hombre-niño nociones del mundo y de las cosas emanadas de aquella boca tan autorizada y de aquellos labios que jamás se habían empañado con una mentira. Embargada la mano de su tío, nuestro padre empezó a seguir la corta correspondencia de la familia, notada al principio por el viejo capitán, pero que al ver éste que era inútil aquel trabajo, pues su niño tenía un númen especial y una oratoria y giro diferentes de lo aprendido que brotaba de su cerebro como bulle el agua de un venero o cascada, a diferencia de la nuestra, hija contrahecha del arte y de la imitación que jamás puede llegar a aquella, puesto que [*por lo que*] tiene de limada carece de [*la*] facundia y de [*la*] brillantez que tiene todo lo que es natural y emanación del genio. Y tan es así, que nosotros, sus hijos, aleccionados con los principios y reglas, no podremos nunca copiar aquella inmensa elaboración de conceptos que dejó en sus escritos y apuntes, donde como por adivinación se ven las más pulidas

frases, los más expresivos conceptos, los más enérgicos períodos. El no sabía decirnos qué maestros había seguido, ni qué nombre tenían aquellas figuras retóricas, porque no las sabía y eran emanación de su propio y fecundo númen.

¡Ah, no es ilusión ni gusto de exagerar el decir que si a nuestro padre se le hubiese dado instrucción literaria habría sido un gigante como orador y como escritor, pues sin recibir ninguna de esta clase seducía y era perfecto y brillante cuanto hacía hablar a su lengua, cuanto bosquejaba con su pluma, teniendo un talento mímico o de imitación tan prodigioso que remedaba a la perfección los gestos, expresiones y tonos de voz de todo lo que él calificaba de bueno o extravagante! Sus facciones y sus talentos especiales, como sus instintos y sus defectos, no ha podido ninguno de nosotros sacar, pudiéndose decir sin que haya en esto falsedad, porque nosotros lo reconocemos y hablamos de sobra, que repartidos entre sus hijos estas dotes naturales así como sus facciones, era menester sacar lo mejor de todos [*los*] ocho para volver a juntar una cosa parecida a lo que él solo poseía por completo. Antonio daría su eco de voz, su tersa frente y su formalidad instintiva, Aurora el perfil de su semblante y la bondad de su corazón, Emilio sus golpes de pujavante o arranques, Isidro la variedad de ideas en su cerebro y ligereza de movimientos, Francisco su sensibilidad exquisita y su caballerosidad, Juanita el gracejo de su rostro, y yo el, el más desheredado de todos, por haber sacado mayor participación de las cosas de nuestra madre, algo de mi vena y entusiasmo poéticos ; pero pálidos destellos y sombras de aquella organización tan privilegiada y poderosa que era preciso que se neutralizara y destruyera antes de llegar a la vejez, porque era de fino y elástico acero y tenían que saltar algunas de sus piezas destruyendo a las demás a la manera que estalla una caldera de vapor a medio uso dejando todos los resortes buenos y servibles por falta de respiración en la válvula.

Si algún día se leen estos toscos perfiles que les diseña el que lo siguió y vio 28 años, dudarán de la verdad de la copia, porque nunca podrán formarse una idea ni aún remota de este fénix singular, que tal vez se reproduzca en algunos de sus descendientes como suele suceder en las facciones, pero que de todo lo que alcanzamos a ver hasta ahora no se descubre un solo destello, más que. Como digo, cualidades solas, cortadas, que a semejanza de las piezas y fincas de su caudal están representando en cada uno el origen y foco de donde proceden y refluyen. Pero era tan buen padre y tan excesivamente amante de sus hijos, que en medio de conocer a fondo sus caracteres y organismos y hasta de

vaticinar de sus respectivos porvenires ; atendiendo a sus proposiciones, les parecían todos y en conjunto acabados y dignos, enorgulleciéndose de ellos y considerándolos casi como de distinta masa y procedencia de todos. Era en lo único que por un exceso de su paternal amor solía desvariar su tan sólido juicio, falta disculpable y de muy fácil aplicación si se tiene en cuenta que procedía de una exquisita sensibilidad de sus órganos del cerebro y de las vísceras del corazón tan perfectamente amoroso, dando un conjunto por resultado de un alma apasionada.

Mas volviendo a mi relato, que dejé al entusiasmarme con tan noble objeto, diré que de este modo transcurría la existencia del niño arrullada con las ternezas de su madre, abuela y tías, y ensayando sus cortas fuerzas en empresas superiores a su edad, mientras su hermano Antonio cursaba con provecho sus años en su colegio militar. Dos años pasaron, del 1815 al 1817, en esta pacífica vida, cuando por este tiempo intentó Abansen, y antes de verse del todo postrado, pasar a su país natal a despedirse de su parentela y recoger unos cortos bienes que allí tenía, y despidiéndose de su amada familia y de su querido niño, tocó sólo por abrazarlos en el Colegio a los que en él estaban, y después de recomendarles aplicación y celo en el servicio a que se habían dedicado, continuó a Cádiz, alojándose en casa de su hermana y sobrina Leonor, donde atacado de nuevo del mal que venía padeciendo, después de haber dispuesto de unas casitas y cortos bienes que tenía a favor de su amado sobrino José María de Puelles –"*Por el amor que siempre le he tenido y le tengo*" son palabras textuales del testamento- y de devolver a la masa común de la madre los bienes dotales que había recibido de su mujer Doña Josefa Cerri, que murió sin hijos a finales del siglo anterior en Madrid, donde le cogió de guarnición con su Regimiento de Aragón, y de haber preparado su alma como se previene un previsor viajero para un largo y desconocido camino, expiró la noche del 28 de Diciembre de 1817 a las 7 de la noche, llegando la noticia a Alcalá a la noche siguiente después de estar enterrado, [*lo*] que impidió que se precipitara sobre su ataúd a nuestro buen padre, donde quería haber marchado para haber vuelto a besar y regar con ardiente llanto aquella mano generosa y aquellos restos tan queridos cuya memoria quedó incrustada en su corazón toda su vida. Después de hacerle unas suntuosas honras y aplicarle multitud de misas, que oían él y toda su familia vestidos de rigurosísimo luto y que continuaron con todo el rigor y [*el*] tiempo que se prescribe para un padre como lo fue el nuestro, antes del año y de cumplirse el luto de Abansen vino a renovarse éste con la pérdida irreparable también de la anciana abuela, Doña Isabel Periáñez y Baoz, que murió de 80 años de edad dejando un vacío y

hueco en la familia que nadie podía en adelante reparar, esparciéndose con este último suceso la desolación en todos los que se anidaban en la antes tan dichosa y tranquila casa.

Pasó esta percepción que sus hermanas le hicieron a la parte de la generala, pues constaba que como era la más decente y capaz para su albergue cuando al pueblo volviera, se acomodarían entretanto todas en ella sin darle valores ni aprecios, pues buenamente creían que volvería a los hijos de todas después de su muerte. Este fue un mal grave y de mucha consideración por lo resultó después. En este tiempo del año 1819, en que nuestro padre había administrado los bienes de su abuela dándole ésta algunos cortos agasajos, que unidos al manejo y empleo de sus maderas componían alguna corta cosa, y teniendo 15 años escasos, tuvo ocasión de ver y tratar a la familia labradora de Don Francisco de Salas, que de los barrios altos donde había siempre vivido se había trasladado a habitar la casa conocida por la de la Polaca, sita en la mitad de las Calle Real y que conocemos hoy por la de Miguel el Pañero. Era entonces un bueno y extenso edificio, pues no se le habían derrumbado los cuerpos de atrás que miran al Lario. Era la familia de Salas oriunda de la villa de Benarcaz, en la Serranía, que hacia mediados del siglo pasado había venido a establecerse en ésta por no haber extensión en su limitado término natal para el cultivo, como le había sucedido a otras muchas de la misma procedencia, pues siendo nuestro término tan vasto y despoblado, alberga y admite de continuo nuevos pobladores.

Don Juan de Salas Gómez se había trasladado, como digo, a ella, y habiendo labrado el Cortijo de las Covadillas y después el del Cermeño, había terminado sus días dejando a su viuda Doña Isabel Monacho y a sus hijos Francisco y María un hermoso caudal en labor y ganadería, que ambos siguieron, aquella con su marido, Don Juan de los Ríos Morales, siendo tronco de una numerosísima parentela de Ríos Salas, mientras que Don Francisco, casado con otra, Doña María de Salas Almagro, del mismo pueblo de Benarcaz, pero [*de*] diferente familia de Salas, pues los de él eran de Málaga, mientras que los de su mujer procedían de Grazalema. Era esta señora, su mujer, de recomendables prendas y virtudes y de tan buen semblante y color que la llamaban ‘la coloradita’, siendo padres de cinco graciosas niñas, notadas en el pueblo por su buen porvenir y por su estanza honesta y recogida junto con sus atractivos naturales, siendo todas trigueñas claras y tan agraciadas y simpáticas, que al perder a su madre, que siempre las tuvo guardadas bajo sus alas, apareció aquella bandadita de niñas de gracioso semblante y angelical mirar vestidas de negro y que concurrían todas las mañanas a la iglesia de la Victoria a rezarle su-

fragios a su amada madre, llamando la atención este precioso grupo, que parecían forasteras en el barrio y se confundían entre sí. De una de ellas, la de en medio, llamada Francisca Vicenta, quedó tan prendado nuestro padre, que renunciando a sus ideas de marchar al Colegio militar, ciegamente enamorado de ella empezó a seguir sus pasos y rondar su casa, escribiéndole tiernos y conceptuosos billetes que no sabía cómo entregar.

El arrogante joven, que aún no había cumplido los quince años, y la graciosa doncella, que bordeaba los dieciséis, eran por su edad dos niños, pero unidos debían ser dos gigantes de inteligencia y laboriosidad. Nada de particular ofrecen los amores de nuestros padres, que duraron un año escaso, más que el haberse sentado en ellos la envidia y [*el*] celo de los hombres y mujeres de aquella época, pues eran ambos tipos tan bellos cada cual en su clase, que seguramente no se encontraban otros iguales en el pueblo. Nuestro padre ya lo hemos descrito, y era como hombre hermoso ; nuestra madre, como mujer, habría quien las excediese en blancura de cutis, perfección de perfil y morbidez de formas, pero nadie la igualaba en [*la*] gracia de aquel semblante trigueño rojo y aquel juego de ojos y boca, siendo tan redonda y bien proporcionada en sus formas que parecía hecha a torno. De mediana estatura y algo entregruesa, pero de breve cintura y de un pie diminuto, parecía el tipo árabe de las beldades del Icmeno de Persia. Pero más que todo tenía una gracia especial y gráfica que arrebataba a todos los que la conocieron, y la Francisca Vicenta de Salas era citada como una de las jóvenes de más mérito de su tiempo. Varios y buenos partidos se le ofrecieron a la huérfana, pero ella optó y se apasionó también de nuestro padre, porque ni el uno ni el otro habían conocido antes otro amor y porque nació éste por intuición desde que estaban en el umbral de la vida. Fueron dos al mas que al empezar a sentir sus primeras emociones se encontraron en un mismo camino y ya nunca debieron separarse más que por la muerte. Mas oigamos a nuestro padre, que es la mejor y más genuina autoridad, contarnos el principio de su amor:

"*Estaba recién muerta mi abuela y no hacía mucho tampoco de la muerte de mi querido tío Abansen, dos personas que representaban verdaderamente y fueron para mí la autoridad de padres, pues mi madre, Clara, por su bondad especial y los mimos con que me criaba, representaba el papel de hermana mayor o nodriza cariñosa. Yo afectado y verdaderamente sentido de un golpe a la vez doble y tan grande, no hacía más para buscar consuelo que asistir a todas las misas que se decían en la Victoria, donde postrado rezaba y lloraba como un chiquillo en la Capilla del Sagrario, encima del sepulcro de mi abuelo el maltés, que mi abuela me había acostumbrado a tomar por reclinatorio de mis rodillas desde muy niño ; sobre este sitio recordaba yo sus palabras y acciones, que se dibujaban en mi mente como imágenes de fuego haciéndome conocer la extensión de una*

falta. Coincidió en ese tiempo la muerte de Doña María de Salas, y la familia de aquella señora, que yo apenas conocía más que de oídas, al morir su madre se habían trasladado a nuestro barrio huyendo también de impresiones dolorosas e instalándose en la casa de la Polaca dieron en frecuentar la iglesia de la Victoria aquellas jóvenes de doce a veinte años, todas enlutadas y modestas , con una tía retirada llamada Doña María Recio, para oír misas que desde bien temprano empezaban y que oían con fervorosa devoción. El primer día que yo las vi quedé agradablemente sorprendido de la uniformidad de sus trajes, su religiosidad y [la] *compostura de las niñas, que parecían un grupo de colegialas o novicias ; gruesas lágrimas brotaban de sus ojos a los cantos de Requiem que entonaban los frailes a una misa de difuntos que aquel día se celebraba, cuyo llanto se hizo contagioso para mí también, que echaba de menos y me recordaba este lúgubre cantar personas recientemente perdidas como a ellas, estableciéndose desde aquel momento entre nosotros una corriente eléctrica de simpatía y asimilación: reparandolas más de cerca, eran tan iguales* [y] *parecidas en sus semblantes como en sus trajes, y yo las equivocaba sin saber en quién fijarme*".

"*Era la cara de su padre una cara inabordable donde no entra-ba nadie fuera de sus parientes y sirvientes de la labor, permaneciendo cerradas sus ventanas constantemente, y decidido yo a hacerme lugar en ella, la fondaba varios días en que veía salir* [a] *su padre al campo, pero todo era inútil, y no era coas de entrarme como tranquilizado por* [la] *iglesia, no teniendo más arbitrio que madrugar y aguardar en ésta todas las mañanas la llegada de las niñas con sus velitos echados. Des-pués de haber vuelto a fijar la atención en todos al darles yo el agua bendita una mañana me decidí por la más gruesita, que parecía la de en medio de edad y a la que llamaban Francisca, la que una vez encaminada la encontraba con dobles hechizos, y sobre todo con una viveza y gracia singular. Escribía retirado a mi casa perfumados y tiernos billetes, pero ni tenía valor para entregarlos, ni encontraba proporción, y hasta me parecía una inconveniencia hacerlo en la iglesia ; por último, decidido y preocupado con esta eterna idea, pasé a la casa de la tía Recio, mujer del aperador y parienta de las niñas, y ella, que comprendió y había advertido mi situación, me salió al encuentro animándome con sus palabras* [y] *manifestándome* [haber hecho] *mi causa suya, en medio de que tan terrible era por su carácter la actitud de un padre que había prohibido hablar en su casa de nada que concerniera a amores y que las velaba constantemente. Le entregué mi carta protestándole de mi entusiasmo y aguardé con la impaciencia que era de suponer ; a los pocos día me contestó mi niña con ciertas evasivas y reparos, pero esto me tocaba a mí allanarlos, y tanto insté y tan contentamente me instalé frente a su casa, que alguna que otra vez lograba el verla y recibía de la tía las contestaciones a mis largos relatos*".

"*Había yo visto que cuando venían toros solían las jóvenes asomarse a verlos, y yo, que también era aficionado a verlos de lejos, como era consiguiente atendída mi educación, y propuesto a lucirme cuando llegar el caso, tomé la resolución original de pasarme al Matadero, y dándole unos puros a Marcelo, entregado en él, le dije me ensayara en el capeo dentro del corral con un resucho cuartero bravu-cón que aquel día había entrado en el vivero y que estaba escuchando nuestra conversación, disponiéndose para morir o hacer un desavío si lo dejaban suelto. Admirado quedó el carnicero de mi pretensión, y ofreciéndome cordearlo en conciencia, dándome algunas instrucciones en su expresivo lenguaje, largó la cuerda, abrí una capichuela vieja que yo tomé del mismo, y recordando la intención que me había pro-puesto, recibí al resucho, que se lanzó furioso*

sobre mí. Tenía yo la ventaja de mis largos brazos para sacudir el lance y el aplomo y ojo de vista para calentar que mientras más dejara entrar al bicho en la capa o más se aproximase a ésta era más segura y vistosa la suerte del lance, pues [éste] *tiene que salir completamente limpio en razón a que el animal tiene que seguir una línea recta en aquella dirección y que no le es fácil cambiar una vez metida la cabeza en el trapo. Por conclusión, tan bien apliqué las reglas y lo que mi propio discurso me sugirió, que per-diendo el miedo por completo dominé al animal y lo mareé yendo y vi-niendo cuantas veces quiso, concluyendo por pararse*”. *Gritaba Marce-lo sudoroso:* ‘Bien, Don José, ya puede usted dar lecciones’, *satisfecho y creído de que yo iba a publicar la bondad y* [la] *excelencia de sus doctrinas y a celebrar a mi maestro, que casi me quería abrazar de contento, asegurándome podía haber lanceado aunque fuera al toro ru-bio de la Cruz que mandaron los Manzanos para la celebración del casamiento de mi padre y de que él se acordaba bien, pues lo había dejado cojo. Salí del Matadero hecho todo un chirlo y maestro de tauromaquia, afición que yo no perdí nunca y que me ha servido de bastan-te después, cuando emprendí la marchantería de la que entonces estaba yo muy distante y que sólo emprendí por lucirme a tus ojos, Francisca*”.

“Y en efecto, yo iba a ver bien pronto sorprendiendo a mi niña, si era querido de su corazón, lo que no había tenido ocasión de oírlo de su boca. Callé y encargué a Marcelo el secreto de mi nueva habilidad, y sabiendo traían a los dos días un toro de seis años de Don Pedro de la Corte con fama de bravo, me aposté cuando sentí la bulla que le precedía en frente de mi hechizo: salió ésta con sus hermanas al balcón, cuando el feroz toro, berreando, asomaba por la Plazuela de Blaza, y yo, que estaba decidido a lucirme y a sorprender a todo el mundo, ignorante de mi atrevimiento dejé que huyera la gente y me quedé solo en medio de la calle de cara al bicho feroz, a quien pocos se habían atrevido a mirar de cerca. En este mismo tiempo se había asomado el padre de las niñas, que sabía yo era gran aficionado y práctico, y lejos de desanimarme, creía de este modo recabar más su interés y hacerme el héroe de la fiesta. Grandes gritos oía yo de las ventanas, voceando todos asustados de ver al señorito, a quien creían distraído con su embeleso y que iba a hacer el triste papel de los muñecos o ‘judas’ que cuelgan, cuando terciando mi capa y encomendándome a la Virgen, le saqué un lance a mi toro con tanta oportunidad y acierto, que los gritos se volvieron de admiración ; rehecho el toro de nuevo, lo volvía recibir hasta cinco o seis veces, en que cansado de aquel juego siguió su calle abajo”.

“*No es describible los aplausos y vivas que me prodigaban todos sorprendidos de aquella habilidad, que yo, para más admirado, decía no haber hecho nunca, porque no podía desmentirme más que Marcelo, y* [a] *ése lo tenía yo seguro para que callase y no dijera* [que] *era yo su discípulo último, que tentado lo veía yo de publicarlo en su satisfacción y gozo, haciéndosele la boca agua por decirlo y de ensuciar lo migado* [?], *teniendo yo que llevar un dedo a la mía y hacerle una guiñada para que no me lo echara a perder con sus alabanzas. Repuesto algo de esta emoción miraba a mi balcón y veía en él a vuestra madre, que trémula, convulsa e inquieta parecía toda ojos para satisfacerse de que yo estaba ileso de los cuernos de la fiera. Mi suegro hablaba con animación y entusiasmo, y se conocía que era de mí y de mis bríos de lo que se ocupaban con elogio, y esto me satisfacía y me halagaba más que un cetro o una corona que me hubieran dado entonces*”.

"*Saludé a sus niñas con cierto embarazo, pero con disimulo, y fui a darle a la pobre de mi madre, a quien ya había llegado el rumor de las hazañas de su hijo, otras sorprendente escena. Estaba la buena señora pálida y temblando asomada a su balcón en una situación tal, que me daba lástima al verla tanto padecer:* 'Niño, niño'*, me gritaban ella y mi tía Gertrudis,* 'vente a casa, no seas loco'*, y se precipitaron a la puerta para recogerme de la calle, que era hasta donde podían manifestar su destiento y desatino, pero yo quería darles la última desazón y el convencimiento de que era práctico. Volví a llamar al toro, que rebrudeaba en nuestra puerta, y a darle otros tres o cuatro pases, cayendo después en los brazos de mi madre y tía, que estaban en el portón casi accidentadas. Era la primera vez que mi madre me pegó con su mano hueca y floja, y que al caer sobre mi espalda diciéndome* 'Tunante, retunante' *parecían nuevos halagos de su angelical amor. Así terminó mi inauguración de torero y así quedé convencido de lo que me interesaba, de que me amaba mi Francisca, y tenía su padre un buen concepto de mi disposición y soltura, como igualmente el vecindario, que sólo me había visto como un alfeñique vestido de cadetito agarrado de Abansen o* [de] *las sayas de mis tías. Desde aquel día se abría para mí la nueva era de peligros y afanes que me proponía seguir y a obrar como hombre*".

CAPITULO V: Renuncia nuestro padre a la milicia ; se ensaya en la labor, en las suertes y rancho de la Urraca. Sus manejos diplomáticos femeninos. Su casamiento y su primer peojual

Para no ser interminables manifestaremos que continuando los amores que tan bien se habían principiado, lejos nuestro padre de pensar en el Colegio a que era ya preciso acudir, disponía de un corazón de tal forma, que creyendo le hacía preciso en su pasión volver la espalda a esta carrera que la desgracia de la prisión de Villacampa presentaba menos risueña y halagadora, redoblando sus esfuerzos y soñando ser labrador y traficante de iodo, le convenía ensayarse y ver de cerca cosas que nunca había mirado más que de lejos, como era el campo. Al efecto, sin más consejero y guía que su propio ins-tinto y el númen que le aguijoneaba, trabó amistad con un vecino suyo llamado Luis Corbacho, que tenía un ranchito en el tejar o Urraca más allá de los Pozos, sitio ameno y deleitoso a un tiro de bala de éstos y en lo que hoy es el cortejito de Salinas. Decidido nuestro cadete a aprender de todo, después de consultar y tomar la venia de su madre, a quien siempre cónsultaba, se levantaba al albasear, y sin querer llevar nada de los regalos de su casa, pues quería acostumbrarse a las comidas frugales del campo, se iba con su buen vecino Luis a la Urraca, y estando aún en la época de los barbechos y escaldas, le pidió una yunta que le enseñaron a uncir, y poniéndole un arado empezó a manejarlo y a romper la tierra con la soltura y destreza que en todo él manifestaba y con la facilidad con que se ejecuta todo lo que se quiere aprender.

Enterado bien de la ará, del modo de templar y conducir la yunta y del corte y rumbo de las bezemas, del modo de tomar las tierras designales y de figura irregular y de esparcir las semillas, escardaba algunos ratos los trigos distrayendo a todos los operarios con sus chistes y oportunidades, que veían en el niño-hombre un portento de gracia y disposición ; en los huecos de los cigarros pertrechado de un manojo de palmas secas, empezó a hacer tomizas y empleitas de todas clases y dimensiones, enterándose del modo de hacer las costuras y llevando a su madre por gran finura y al cabo de algunos días una escoba y un reor o soplillo, con caireles aquella y con guarniciones negras de pluma teñidas de torvisca, siendo aún más que curioso tan largo y suelto en ellas, que volaba, y atascandose de noche en su casa, llenó ésta de espuertas, reores y ecuachos, apurando la palma de sus conocidos y asegurando hacia otro año su prevención. De aquel tiempo aún conservamos esportillitas y cucuruchos para encerrar plata gruesa tan pulidos y perfectos, que parecen obra de un anciano práctico en vez de de un niño tan joven y cuyas delicadas ma-

nos no habían calzado más que guantes, ni se habían rozado más que con los terciopelos y gasas de los trajes de sus tías.

De noche regresaba a su casa rendido de sus ensayos y montado algunas veces en la burra del vecino a los brazos de su madre y tía, que le aguardaban desoladas y teniéndoles preparados mil agasajos y primores, que nuestro labriego comía con doble apetito y gana, lanzándose después a la calle ávido de saber por su confidenta nuevas de su amada, con quien alguna que otra noche tenía la suerte de hablar, saliendo más prendado de sus dotes y en cuya conversación se tocaba y giraba sobre sus ensayos y grandes planes que pintaba aquella imaginación risueña. El bello ideal de los jóvenes amantes era una labor, ganados de todas clases y una casa donde albergarse y desde donde celaran ayudándose mutuamente aquel caudal en embrión. En estas pláticas e ilusiones se les pasaban las horas, teniendo que recogerse para volver él de nuevo a sus tareas agrícolas y dejando mientras se hallaba en ellas a cargo de su madre el despacho de sus maderas con los precios de tarifa. Vino el verano y en él se acabó de perfeccionar en su educación labradora aprendiendo a segar, que era en su juicio lo más trabajoso que se hacía en el campo por la inclinación que es menester dar al cuerpo sin fijar la posición: el atar los haces o panes al gualtrapeo, cargar la carreta, tender y volver la parva, aventarla y trincarla, concluyendo su curso agrario completo teórico-práctico con la formación de un pajar, su techa y construcción de un rancho y el modo de formar baldos y lebres con las ramas. Instruido ya competentemente, juzgó inútil las escuela y abandonando su Urraca y tejar, lo dejó para siempre, no olvidando nunca cuando pasaba por dicho lugar de mostrarnos, si íbamos con él, su academia y al catedrático que continuaba labrando aquellas tierras que él había arado y donde no había una labrada que él no hubiera pisado con su planta.

Una coincidencia favorable le había de proporcionar este mismo año de 1818 que sus dones fueran favorecidos y auxiliados por demás. Doña Gertrudis Cerri, su tía y viuda y del Corregidor Camaño, que vivía con su hermana Clara, preciosa mujer de su tiempo y de poco más de cuarenta años, fresca y de bellísimos colores, con una fama inmaculada, había sido pretendida por aquel entonces con todo ahinco por el rico viudo Don Francisco de Salas, padre de su amada, siendo esto motivo para que estrechasen más de cerca las relaciones de las dos familias y se llegara más pronto al punto deseado. Nuestro padre, que era diplomático por instinto y que comprendió todo el partido que de esta coyuntura se podía sacar, contribuía a animar a su tía, que dudaba aún todavía de su decisión, exi-

giéndole su sobrino por todo favor, caso de no admitirlo, que le ayudase por su parte para obtener la mano de la niña, que por ser demasiado jóvenes los dos temía no accediese el padre. No podían Talleyrand[168] ni Metternich haber desempeñado tan perfectamente su papel para coordinar un tratado prevaleciéndose de ciertas favorables circunstancias como lo llevó a cabo él, logrando que antes de dos meses tocas el resultado de concertarse las dos bodas, y lo que es más, al ver el talento y despejo especial del joven plenipotenciario, éste adquirió tal influencia con su futuro suegro, que duró toda la vida.

Desde ese momento el niño comenzó a frecuentar la casa, ganándose tanto partido en ella que era la alegría de todos, concluyendo en fuerza de habilidad y donosura por hacer aceptable a todas las niñas una madrasta en su bella y buena tía, y ésta unas hijas en aquellas, cosa en la práctica tan difícil, que casi raya en lo imposible ; sin embargo, encomendando este asunto al tacto de nuestro padre fue lo bastante para resolver pronto y bien este gran problema social ; hasta ese punto llegaba su talento especial, más de admirar atendiendo al carácter brusco del suegro, a lo dengoso, consentido y amigo de contemplaciones de la que había de ser su mujer, al sostenido y tirante del de las niñas, pero hecho alañador y soldador de mil dificultades y tropiezos que cada instante tenían que surgir, puso término a su empresa enlazando con el matrimonio a los dos viudos y dejándose después ir tras ellos para el suyo una vez abierto el camino.

Verificose éste de los padres a finales de 1819, y después de las diligencias y gastos de dispensas y demás, que costeó nuestro padre, se enlazó él también con su amada Francisca el día 6 de Enero de 1820, contando él la edad de 15 años y medio y ella la de 17, según consta en la primera hoja del Libro o Album Registro que conservamos escrito de su mano para el nacimiento de sus hijos, y [*que*] inauguró él con este tan deseado y feliz suceso. Y aquella mañana siguiente despertaron casados los dos niños que en vez de prepararse para ir a la escuela y academia como iban otros de su edad en aquel tiempo, tenían que emprender un curso de vida tal que los habría de dejar memorables, instalándose en casa de su madre, la casa de la tía Leonor, donde la abuela Clara residía sola ya desde que su hermana Gertrudis se había casado con el Salas y que se instalaran en la casa de junto, o de las Ortizas, que heredó de esta señoras la excorregidora, ahijada de ellas.

[168] Charles Maurice de Talleyrand-Périgord (1754-1838), famoso hombre de estado y diplomático francés, se distinguió durante la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas, siendo también, como representante de Francia, responsable de la mayoría de las resoluciones tomadas en el Congreso de Viena (181415). [*Encarta '97* CD-Rom]

El joven matrimonio, tras de los primeros días dedicados al goce de su amor y de su puro entusiasmo, emprendieron de consuno la obra que se proponían llevar a cabo. Entregado en una pequeña parte de la legítima materna de nuestra abuela Doña María de Salas, y que hasta el verano siguiente no lo habrían de realizar, ascendiendo todo a 33.000 reales, llevando de su afan labrar y dedicar sus anteriores ensayos agrícolas en su propia hacienda, emprendió, aunque ya pasado el tiempo, la siembra de un terrazgo en un terreno denominado las Escotofias, sitio frío y poco resistente al agua, deparándole un invierno crudo y lluvioso en demasía.

Enterrado en un lodazal con sus gañanes y sus yuntas, haciendo él de aperador y arriero, venía todas las noches después de recogidos éstos al sueño con una mulita que compró llamada la Coronela con su paja, llevándose por la madregada para allá sus panes y simientes, los días que veía serenos y bonancibles, en vez de montarse en ella, llevaba a su joven esposa, que cabalgaba sueltamente, yéndose él complacido tirando de su cabestro. Pero no bastando a alimentar su afán este entretenimiento, empezaron a girar sus fondos, y repartidos por cuenta de granos de la próxima recolección, en que se proponían almacenar su empleo. Así transcurrió todo aquel invierno y primavera, haciendo su escarda y todo lo que concernía a la estación, llegando al verano, donde en cambio de su penoso trajín no recogieron más que tres simientes de su desgraciado peojual. Un poco desanimados de su primer tentativa, pero sin desmayar de todo punto en sus demás empresas, empezaron a recoger sus empleos y a llenar su almacenito con el trigo que compraron, ya que el del peojual no era bastante para alfombrar su suelo.-

CAPITULO VI: Preludios del alzamiento nacional del año 1820. Origen y causas que lo prepararon. Ejército de ultramar acampado en las Correderas de Alcalá. Constitución resucitada. Muerte del tío Antonio de Puelles. Nacimiento de nuestro primer hermano. Se vuelve a entronizar el régimen absoluto por la venida de Angulema. Pasa nuestro padre a Jerez, y el tráfico que tenía. Muerte de la tía Generala

Graves y trascendentales sucesos habían ocurrido en esta época que nos es imposible dejar atrás y sin reseñar. Restituido el rey de su cautiverio, anulada la Constitución y dispersos y encadenados los jefes principales defensores de éste y de aquélla[169], cuyas causas habían unido, como le sucedía a Villacampa, roto el dique del despotismo del rey ingrato y levantadas nuestras colonias americanas en odio al tirano que nos regía y huyendo de su perfidia[170], se habían hecho grandes aprestos de buques y soldados en nuestro litoral para volverlas a someter, y aquel ejército, que echaba de menos [*a*] sus antiguos jefes y los derechos de la nación conculcados, era presa de una sorda agitación que tenía que estallar antes del embarque. Y, en efecto, preparado el movimiento y diseminados los diversos cuerpos por los pueblos de estos alrededores huyendo de la fiebre amarilla, que

---

[169] En el plazo de un mes y medio fueron restablecidas todas las instituciones antiguas, y todas las disposiciones de las Cortes quedaron asimismo derogadas. Los estamentos privilegiados recuperaron únicamente algunos de sus antiguos privilegios, ya que sólo fueron puestos en vigor aquellos que el rey podía aprovechar para sus propósitos. Los dos sectores sociales de la oposición (v.gr., *afrancesados* y *liberales*) fueron por igual objeto de represión. No obstante, el monarca se vio pronto obligado a ser más blando con los 'afrancesados' que con los 'liberales' ; el 30 de Mayo de 1814 firmó el rey el decreto de expulsión de los primeros, a quienes anteriormente había prometido no perseguir. En 1815 intentó suavizar su postura, proyectando un Decreto de Amnistía en 1816, moción que fue rechazada de plano por el pueblo, que odiaba a los afrancesados ; consiguió en cambio, dar a la luz un Decreto de Ayuda a los Familiares de los Exiliados, y éstos pudieron regresar a España en 1818, aunque siempre bajo el rechazo popular, teniendo que promulgarse en 1819 un Decreto prohibiendo se les molestase. Los liberales, en cambio, fueron tratados mucho más duramente ; algunos, como Argüelles y el Conde de Toreno, fueron condenados a muerte, pero consiguieron escapar, animando de esta forma a sus correligionarios a confabularse para intentar derrocar al rey.

[170] Los movimientos emancipadores latinoamericanos no ocurrieron de forma aislada, sino que se encuentran insertos en una serie de revoluciones y revueltas que estaban teniendo lugar a nivel planetario desde mediados del siglo XVIII. En el ámbito occidental estos acontecimientos (Independencia Norteamericana, Revolución Francesa y programas reformistas del 'despotismo ilustrado') la base ideológica se encuentra en la Ilustración, movimiento de diversas significaciones y relevancia según los distintos países que se originó en Inglaterra y se difundió por toda Europa a partir del nuevo giro político, basado en la crítica a las instituciones tradicionales, que los intelectuales franceses le impusieron. En el ámbito de las colonias americanas tanto españolas como portuguesas, las cada vez mayores restricciones económicas impuestas por la metrópoli, así como las flagrante desigualdad social existente entre *peninsulares* y *criollos* exacerbó el descontento de estos últimos hasta provocar su rebelión. De todas formas, este 'criollismo' no constituye la única explicación ; nada o casi nada se habría logrado en la Hispanoamérica en vías de emancipación sin la contribución decisiva de numerosos liberales procedentes de Europa, algunos de ellos llegados allí por contrato, y otros por mor de los avatares políticos de sus respectivos países de origen. En el caso de España se trataba, por supuesto, de aquellos liberales que, ya entrado el siglo XIX, se vieron obligados a abandonar su país por razones de persecución política y tomaron rumbo al Nuevo Mundo ; su labor resultó importantísima a la hora de difundir la ideología liberal, sobre todo a través de la educación. [RAMA, Carlos M., 1982, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina*, Madrid, Siglo XXI, pg. 67]

principiaba a hacer víctimas, estando una división entera acampada en nuestro pueblo, en el sitio del Llano de las Correderas, conocido desde entonces por el Campo de la Salud, estalló al fin la insurrección en el pueblo de las Cabezas de San Juan, donde se hallaba el Regimiento de Asturias con su célebre coronel Don Rafael del Riego, de imperecedera y gloriosa memoria, el que dando el primer grito de libertad hizo estremecerse y temblar [*a*] nuestro déspota y a todos los demás sátrapas[171], sus iguales, que se creían asegurados de sus tronos y pueblos por el célebre Tratado de Viena, llamado de la Santa Alianza, y por el cual se habían repartido como rebaños los habitantes del inmenso Imperio napoleónico al desgajarse [*éste*] por el propio peso de sus trofeos[172].

El grito de las Cabezas resonó como el clarín de Pelayo por toda España, que despertó de su letargo, y ejércitos y pueblos, sacudiendo su estupor, repitieron sus ecos[173].

[171] Se denominaba así a los gobernadores de las provincias del antiguo Imperio Persa, y por analogía recibe este nombre cualquier personaje que lleve una vida fastuosa o que ejerza una autoridad despótica. Los 'sátrapas' auténticos detentaban el poder administrativo y judicial, percibían los impuestos y gozaban de una independencia bastante grande ; eran auxiliados por consejos de persas y notables de la región y vigilados por unos emisarios llamados 'los ojos y oídos del rey'. Tenían sus propias tropas, pero normalmente no ejercían el mando de las tropas regulares. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 8.960] [177] En 1815, en el Congreso de Viena, las potencias absolutistas vencedoras de Napoleón acordaron sofocar el liberalismo allí donde apareciese, aportando las tropas necesarias. Los acuerdos y alianzas que se lograron (básicamente el principio de responsabilidad del poder político, el principio de equilibrio entre las potencias y el principio de intervención) configuraron la nueva Europa tras la reconstrucción del Continente tras la guerra, asegurando la paz futura entre los países participantes en el Congreso. Se trataba de encontrar una fórmula de compromiso que tuviera en cuenta tanto los deseos de los vencedores como las diferentes realidades nacionales, suscitadas por los acontecimientos anteriores. ; no se atendieron, no obstante, los deseos expresados por innumerables pueblos. Bélgica y Holanda llegaron a acuerdos territoriales. Austria se anexionó sin más parte de Polonia y de Italia. Rusia se apropió Finlandia y también parte de Polonia. Suecia cogió Noruega. Se estableció la neutralidad de Suiza. Inglaterra, por su parte, obtuvo ciertos enclaves marítimos, asentando de esta manera las bases de su futuro Imperio victoriano. La Santa Alianza quedó formada el 26 de Septiembre de 1815, estando constituida inicialmente por Austria, Prusia y Rusia ; más tarde se adherirían el resto de las monarquías absolutas. España firmó los acuerdos en 1817, ya que en 1815 no se podía comprometer a cumplir sus exigencias.

[172] En 1815, en el Congreso de Viena, las potencias absolutistas vencedoras de Napoleón acordaron sofocar el liberalismo allí donde apareciese, aportando las tropas necesarias. Los acuerdos y alianzas que se lograron (básicamente el principio de responsabilidad del poder político, el principio de equilibrio entre las potencias y el principio de intervención) configuraron la nueva Europa tras la reconstrucción del Continente tras la guerra, asegurando la paz futura entre los países participantes en el Congreso. Se trataba de encontrar una fórmula de compromiso que tuviera en cuenta tanto los deseos de los vencedores como las diferentes realidades nacionales, suscitadas por los acontecimientos anteriores. ; no se atendieron, no obs- tante, los deseos expresados por innumerables pueblos. Bélgica y Holanda llegaron a acuerdos territoria- les. Austria se anexionó sin más parte de Polonia y de Italia. Rusia se apropió Finlandia y también parte de Polonia. Suecia cogió Noruega. Se estableció la neutralidad de Suiza. Inglaterra, por su parte, obtuvo ciertos enclaves marítimos, asentando de esta manera las bases de su futuro Imperio victoriano. La Santa Alianza quedó formada el 26 de Septiembre de 1815, estando constituida inicialmente por Austria, Prusia y Rusia ; más tarde se adherirían el resto de las monarquías absolutas. España firmó los acuerdos en 1817, ya que en 1815 no se podía comprometer a cumplir sus exigencias.

[173] En 1815 se comenzó a organizar un contingente de tropas para ser enviadas a América en Julio de 1818. El descontento en dicho cuerpo expedicionario estaba generalizado, pues se les pretendía transportar en barcos podridos. Ese malestar fue aprovechado por los liberales, quienes procedieron a fomentar el descontento, que culminó en una rebelión en 1819 ; esta primera conspiración, sin embargo, fracasó al ser descu-

La división magnífica que acampaba en Alcalá secundó el alzamiento, y poniéndose a su frente el coronel Quiroga[174], que se hallaba preso por sospechoso de conspiración en el Convento de Santo Domingo y que tenía a su familia albergada en la casa del Olivar de Leria, donde había nacido en aquellos mismos días su hija, la célebre mujer del banquero Lafont[175], el cual se había visto sorprendido con otros oficiales en las Cuevas de la Coracha, donde se formaban los complots. Poniéndose al frente del movimiento en unión con los comandantes Arco Agüero y Odaliel, amén de Mendizábal, que habría de hacerse luego tan célebre de Ministro[176], y Beltrán de Lis, residentes todos entonces en Alcalá, destituyeron al general Freire, que se fugó, y después de algunos días trataron de incorporarse al ínclito Riego, que en este tiempo marchaba sobre Madrid, mas haciendo cara a O'Don-

---

bierta. Riego se puso al mando para organizar un nuevo complot encaminado a conseguir que se implantase en España un régimen constitucional ; triunfó en 1820. Al principio el Ejército rebelde estuvo vagando por Andalucía, perdiendo hombres y sin recibir apoyo alguno, pero pronto empezaron a levantarse las ciudades, haciendo posible el triunfo de la Revolución ; el día 6 de Marzo casi toda España estaba levantada, y el día 7 el rey aceptó por fin jurar la Constitución, nombrándose un nuevo Gobierno constituido –cosa curiosa- totalmente por expresidiarios, ya que todos sus componentes habían sido víctimas de la represión durante el período anterior.

174 Se trata de Antonio Quiroga (1784-1841), que en 1818 formaba parte como comandante del ejército expedicionario a que nos estamos refiriendo. Se le escogió para llevar a Madrid la noticia de que el conde de La Bisbal había sofocado un intento revolucionario liberal, y ello le valió el ascenso a coronel. Poco después participó él mismo en los preparativos revolucionarios, sublevándose conjuntamente con Riego en 1820. Ocupó con sus tropas la isla de León y el arsenal de la Carraca, pero fracasó en su intento de apoderarse de Cádiz. El triunfo de la revolución le valió el ascenso a mariscal de campo y el ser nombrado ayudante de campo de rey. Emigró en 1823, residiendo especialmente en Londres. No volvió a España hasta 1834, y entonces fue ascendido a teniente general, desempeñando la capitanía general de Castilla la Nueva. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 8.236]

175 No hemos encontrado noticias sobre Lafont (es posible que su nombre, aunque suene parecido, no se escriba realmente así). Tal vez su famosa esposa, presunta hija de Quiroga, no sea otra que María de los Dolores Rafaela Quiroga, llamada *Sor patrocinio* o *la monja de las llagas*, nacida, no en esos días, como dice nuestro autor, sino en 1809, y muerta en 1891. Esta mujer –caso de tratarse de la que decimos ; las fechas coinciden, desde luego- fue juzgada en 1835 por fingir haber adquirido sobrenaturalmente las llagas que evocaban la pasión de Cristo y desterrada a Talavera de la Reina ; al cabo de unos años, sin embargo, regresó a Madrid y consiguió ejercer poderosa influencia sobre Isabel II y su esposo, hasta el punto de derribar el Gobierno de Narváez. En vano la obligó éste a volver a marchar desterrada ; su viaje a Roma (1852) y la atención que le dispensó el Papa aumentaron, si cabe, su prestigio. Su influencia resistió todos los embates políticos y obligó a doblegarse al propio O'Donnell, pero al producirse la revolución de 1868 tuvo que huir al extranjero, donde vivió como seglar. [*ibid.*]

176 Juan Alvarez y Méndez (1790-1853), llamado *Mendizábal*, ayudó, efectivamente, en 1820 a la sublevación de Riego, si bien no quiso aceptar ningún premio ni cargo del régimen constitucional. Tuvo que emigrar a Inglaterra, y allí prosperó extraordinariamente. El Gobierno español, agotado por la necesidad de hacer frente a la guerra carlista, lo llamó para que pusiera orden en la Hacienda. Fue Ministro de Hacienda (1835), y más tarde Presidente del Gobierno, con facultades casi dictatoriales. La medida más importante que adoptó, y que le hizo famoso, fue la supresión de comunidades religiosas masculinas y la desamortización de sus bienes, pensada con una doble finalidad económica y política. Cayó del poder a principios de 1836, pero volvió a él en Agosto del mismo año a consecuencia del Motín de La Granja, en cuya organización intervino muy directamente. [*ibid.*, pg. 371]

nell[177], que continuaba sin pronunciarse en Cádiz, contenida por sus sicarios las guías tras la sangrienta jornada del 10 de Marzo.

Villacampa, que se hallaba incomunicado en la ciudadela de Barcelona, fue puesto a la cabeza de todo el Principado, puesto en aquel entonces de mucha importancia y peligro, atendido el espíritu realista de los montañeses de aquel país. Desde el momento de su libertad mandó por su mujer, de quien hacía porción de años estaba separado por los raros azares de su vida. Partió Doña Leonor apresuradamente para Barcelona desde Cádiz, donde se fijó en residencia llevándose a sus tres sobrinos María Belmaño y Gertrudis e Isabel López, hijas de Doña Ramona, a aposentarse en el palacio de los antiguos condes de Barcelona, morada de los Capitanes Generales, y no yendo los demás sobrinos porque estaban terminando sus cursos académicos, y nuestro padre porque ya casado no estaba más que por seguir el plan que se había formado, no dejando a su mujer y próximo hijo, que aguardaba por todas las dignidades de la tierra. Dejemos a la tía y primas instalarse en el Palacio de los Cancilleres y volvamos a tío Antonio, que habiendo terminado -su curso y preparándose para irse a Barcelona al lado de su tío, vino al pueblo despedirse de su madre y hermano ajeno de que no habría de salir tampoco más de él por lo que vamos a referir.

Había quedado en Alcalá como amante o como marido de una beldad de aquel tiempo en ella, Doña Gertrudis Durán, un joven capitán llamado Don Benito Ventura, que a la llegada de nuestro tío [*como*] alumno salido del Colegio trabó con él gran amistad ; dos días después de este conocimiento se vio atacado el Ventura de la terrible epidemia conocida por ‘fiebre amarilla’, y el tío Antonio, sin miedo ni temor alguno, a impulso[*s*] de su generoso instinto, viéndole solo en una población desconocida y que huía a tan aterrador contagio, levado, pues, de su ardiente caridad, se instaló junto a su lecho y lo cuidaba como a un hermano, no pudiendo con su celo humano, pero indiscreto, salvar al joven capitán de la muerte. Aflijido al ver aquella temprana existencia extinguirse se retiró nuestro buen tío a su casa aquella noche del suceso, no pudiéndose levantar a la

---

[177] Se trata de Enrique José O’Donnell (1769-1834), que tras apoyar la causa absolutista en 1814, recibió el mando supremo del mencionado ejército expedicionario. Entró en negociaciones con las sociedades secretas y con los jefes militares que preparaban una insurrección liberal, y poco más tarde les denunció y arrestó personalmente en el Palmar (1819), siendo condecorado por ello, aunque fue relavado del mando. Al producirse la insurrección de Riego, Fernando VII puso a sus órdenes las tropas que se estaban preparando en la Mancha ; pero O’Donnell decidió cambiar de bando y proclamó la Constitución en Ocaña, lo que le valió seguir ostentando elevados cargos durante el trienio constitucional.

mañana siguiente por haber amanecido con una fiebre [*que*] le devoraba. Llamados los médicos y atribulada la corta familia con lo terrible del mal inoculado en el joven y persuadidos de la verdad que sentaban entonces los médicos de [*que*] el agua era inmortal para este mal, oían al pobre doliente pedirla a voces porque se ardía y no podérsela dar ; este espectáculo le desgarraba a todos el alma, y más vien[*do*] que iban a ser inútiles todas las precauciones y medicamentos que le aplicaban, pues a las 12 horas de haber cerrado los ojos a un amigo, nuestro tío expiraba también víctima de su fervoroso celo. Terrible y cruel escena fue la que siguió, al ver nuestro padre y abuela que el único hermano que había tenido, y aquella el mayor de sus hijos, les era arrebatado a los 17 años y meses, renunciando a un porvenir lisonjero y quedando nuestro padre privado para siempre de un solo y único hermano.

Mas el gran espíritu y discreción de nuestra madre Francisca puso algún remedio a aquellas desgarradoras escenas en que una madre y un hijo desconsolados se disputaban un yerto cadáver. Repuestos un tanto de su emoción y después de haberle hecho unas suntuosas exequias al que nada había distraído en la misma tarde del 7 de Octubre de 1820, trasladándose en seguida toda la familia a la Ermita de los Santos, que ya en este tiempo estaba invadida de personas que huían de la peste. Siendo [*ésta*] tan intensa y voraz que al carpintero que tomó las medidas de la caja se [*le*] enterró al día siguiente que al malogrado y sentido Don Antonio. Fue este nuestro tío tan notable y juicioso en sus actos, que jamás –decía nuestra abuela- tuvo que reñirle por nada, siendo tan prudente y económico que nunca desechaba sus ropas, sino que guardando las usadas para el interior de su casa, decía: "*Con esto haré a favor de mi pobre madre algunos ahorros ; ya que nunca he podido hasta ahora ganarle ni ayudarle en nada, quiero ensayar el sistema de destruir lo menos posible, por si acaso no acierto a crear*". Este relato, confirmado por nuestra madre, a quien se le oyó siempre decir, prueba los instintos generosos de aquel pequeñito joven, que se producía ya con la lucidez y juicio de un anciano y que dejaba trazado con su sentencia el camino a aquellos, que desgraciadamente tanto abundan, que no siendo capaces de ganarlo, lo son de destruirlo todo. Así, y heroicamente, se sacrificó a la humanidad y a la amistad el vástago y generoso de nuestra familia en este pueblo, y en las celestes regiones donde su bella alma nadará debió ser en adelante el angel tutelar de un linaje, y en particular de su único hermano. Así tambien se malograron los bellos ideales del joven, que creía volar en un ancho mundo al lado de la fortuna, que por un momento

parecía sonreírle, con la elevación de su tío y [*con*] la terminación feliz de sus cursos académicos.

Pero respetemos los altos e incomprensibles juicios de Dios y volvamonos tras la huella de su familia, que se había refugiado en los Santos después de regar con flores el sepulcro del virtuoso niño. En los Santos y a la inmediación de la madre de los aflijidos, dispensadora de los consuelos, encontraron estas pobres almas calma a su dolor, dándole tregua a su llanto. Nuestra abuela, de un carácter extremadamente religioso, así como su nuera, en el camarín de nuestra patrona, donde se anidaron desde su llegada, iban recuperando su ánimo, resignándose humilde y cristianamente nuestra abuela a su muerte, y era que tenía la esperanza de volar pronto tras la parte mayor de su familia, que habitaba ya las regiones de lo ignorado y eternal. Calmada la epidemia con un centenar de víctimas y adelantándose el embarazo de nuestra madre, pasados tres meses de estancia en los Santos no cuidándose de sus negocios, que estuvieron paralizados en este tiempo, volvieron de nuevo al pueblo y se albergaron en su casa solitaria y cubierta con el polvo donde aún estaba marcada la huella del pie de su querido Antonio, y cubierta con el velo de tristeza con que se vistió desde el día en que de ella salieron.

En ella y en el día 17 de Abril de 1821, a los 16 meses de matrimonio, nació el primogénito de la familia, nuestro hermano mayor, a quien en memoria reciente de su malogrado tío, que tan vivamente tenía heridas las imaginaciones de los nuestros, pusieron Antonio también, en vez de Francisco, como correspondía y es de fórmula en el país, siendo tan admirable y nunca visto el portento de su rostro y [*el*] color de sus cabellos y dejando tan extendida fama de hermoso y gentil, que aún hoy se hacen lenguas de él los que lo conocieron y oyeron llamar ‘el rey de los niños’, porque, en efecto, era cosa fuera de lo común. Sobre una tez de nácar y de rosa de no sabemos qué procedencia, si maltesa o castellana, lucían unos ojos garzos magníficos y un pelo de un color tan especial que no se había visto otro ; era un rubio dorado y rojo, pero sin ser de ninguno de ambos, cuyo pelo, ya mayorcito, caído y rizado naturalmente sobre su nevado cuello era el pánico de todos los que lo veían, sorprendidos de una imagen patente de los ángeles que asisten al trono del Señor. Yo, que no tuve edad para haberlo conocido, y creído que sería exageración del amor de nuestros padres, he hablado sobre ello con otras mil personas que lo vieron, y tal me pintan la cosa y con tal entusiasmo hablan aún del ‘rey de los niños’, que veo se quedaron cortos y que nada exageraron. Pero era tan exageradamente hermoso y

fuera de lo común que no podía ni debía más que como muestra de las semblantes de los habitadores del Empíreo, y debía, a los 4 años y antes [*de*] que perdiese su inocencia, volver de nuevo al trono del Rey que lo creó para su gloria.

Vueltos y ocupados de nuevo en sus tareas y aún cortas empresas, se ocupaba el joven matrimonio en girar sus granos y reformar sus casas, construyendo una en la Calle Nueva. En tanto, en el pueblo de había formado una milicia ciudadana con arreglo a la Constitución, y nuestro padre, que estaba nutrido en esta ideas y doctrinas, que fueron las de Abansen y sentía circular en sus venas la sangre generosa y comunera de Pedro y Francisco de Puelles, compañeros de Padilla, y cuyo entusiasma aumentaba su suegro, ardiente doceañista, ingresó en las filas de ésta, siendo elegido por su escasa edad subteniente de caballería, saliendo en este tiempo de partida a perseguir al bandido Zaldívar, antiguo partidario mirturado, como todos los de este nombre, de ladrón y contrabandista y que hallaban una ocasión propicia para apoderarse de lo ajeno y vivir sobre el país. Un entusiasta guardia nacional de infantería del pueblo conocido por el Maestro Clavijo, al correr un parte a Algar había caído en sus manos, y atado al pie de un azebuche había exhalado su vida a fuerza de puñaladas, pero siempre gritando vivas a la libertad. Sus compañeros de todas [*las*] armas juraron vengarle, y esto les daba muy malos ratos, pues estaban de continuo de correrías y partidas. Montaba nuestro padre un magnífico caballo alazán de su suegro, que éste con gusto le daba para cumplir su servicio, y el niño, que jamás los había manejado, se daba tal forma y traza que por instinto tenía, que salió un perfecto y airoso jinete con pocas lecciones que nuestro abuelo le dio. En tanto continuaban la tía y parte de las sobrinas en Barcelona, desde donde solían mandar algunas telas y sedas que servían para la casa, y en tanto también el primo Belmaño, hastiado ya de servicio y en plena paz anocheció un día en Ronda y no volvió a dar acuerdo de su persona, metiéndose en Alcalá con su asistente, que aún vive, llamado Candelera ; uno y otro fueron baja del Cuerpo en un mismo día, el soldado por desertar, el oficial -no se sabría que calificación darle a su conducta- diremos prófugo o extraviado, porque nunca más [*a*]pareció, haciendo efímeras las esperanzas de su madre y familia, que creían había sido algo a la sombra de su tío Villacampa, por quien estaba recomendado altamente. ¡¡Se habían cumplido las profecías y vaticinios sobre él de Don José Abansen antes de los doce años!!

Pero como quiera que esto no pertenece a nuestra historia más que en cuanto tiene relación con la célebre predicción del tío inspirado, era preciso mencionarlo, dejándolo

en adelante para no volvernos a ocupar más del compañero de infancia y primo hermano de nuestro padre. Al fin de este año de 1822, y bajo el mismo techo materno de las Maltesas, nació el segundo hijo de dicho matrimonio al oscurecer de la última tarde del postrer día del año, siendo bautizado al día siguiente, primero de Enero de 1823, con el nombre de Manuel María de la Concepción ; este segundo nombre de María en reverencia a la madre de Dios era general en todos nosotros, y este niño era yo, que había de heredar la primogenitura de la familia y del linaje desde la separación de la Casa de Autol en nuestro progenitor Don Diego de Puelles Ponce de León, y había de escribir más tarde las tradiciones e historia de su estirpe. Nuestra tía, la monja Sor Isabel Cerri de San José, colmó de dulces las mesas en mi natalicio, pues por su especial gusto e indicación me pusieron en nombre que llevo y que en rigor me pertenecía de hecho y derecho, pues había nacido y sido bautizado en el día de la Circuncisión del Señor, pues sabido es que la Iglesia cuenta el día religioso y lo reza desde el medio día anterior al otro medio.

Nada de particular alteró el orden de la familia en todo aquel año siguiente, en que se obraron en la nación los célebres sucesos que produjeron el derrumbamiento del sistema constitucional, hecho por los 100.000 franceses de Angulema a resultas del Tratado de Verona, en que reanudaron los reyes sus anteriores nefandos pactos de encadenar de nuevo a las naciones[178]. Las Cortes de retiraron a Cádiz, que era siempre el último asilo de la libertad, trayéndose al rey consigo, y este ejército imberbe y que jamás se había fogueado de los franceses logró casi sin disparar un tiro apoderarse de plazas y fuertes, cuyas puertas les abría el partido clerical y realista. He ahí las consecuencias de la división de los partidos y de la supremacía de la barbarie y de los hábitos del despotismo. Vendida

[178] Aunque los liberales tuvieron algunos aciertos, su política tuvo en términos generales muy poco éxito debido, más que nada, al escaso tiempo de que se dispuso para realizarla. En efecto, pronto se produjo un levantamiento de los moderados, produciéndose revueltas en Aragón, el País Vasco, Navarra y Andalucía. El Estado no les dio mucha importancia hasta el año de 1822, fecha en que el rey se puso en contacto con las potencias extranjeras (la Santa Alianza) para pedir auxilio ; éstas, por otra parte, pensaban que el rey de España estaba cautivo de los liberales. En el verano de 1822 se reunió el Congreso de Verona para tratar, entre otros asuntos, la petición de ayuda de Fernando VII. Francia se sintió solidaria con el compromiso allí adoptado de destruir por todos los medios el sistema de gobierno representativo en todos los países de Europa y asumió la ayuda al monarca español, enviando al cuerpo expedicionario conocido como los *100.000 Hijos de San Luis*, compuesto por 92.000 franceses y un grupo de moderados españoles. Entraron en España en 1823, cruzando todo el país de Norte a Sur sin dificultades y con suma rapidez, pues no encontraron resistencia popular ni ejército inglés que se les opusiese, como le había ocurrido a Napoleón 10 años antes ; ni siquiera Cádiz resistió. Al llegar el ejército a Madrid se procedió a formar una Junta Central y una Regencia ; el rey se sintió liberado cuando los invasores llegaron a Jerez, y el 1 de Octubre de 1823 volvió a subir al trono. En una carta escrita oportunamente se desdecía de toda su actuación durante el Trienio Liberal con la justificación de que había estado cautivo y sin libertad de decisión, y exhortaba a los habitantes de España a defender la causa monárquica contra el liberalismo.

y entregada la ciudad de Alcides, que había desafiado diez años antes las iras del mayor capitán del mundo, fue por felonía entregada a un príncipe ignorante y unlo y a un ejército bizarro.

En vísperas de caer Cádiz se había retirado y vuelto allí la tía Leonor y sus sobrinas, que desde Granada pasaron a ella, y de este mismo punto pasó por Alcalá hacia Cádiz el general, su marido, que se detuvo tres días en ésta con la división de su mando y que estaba minada también, como todos los Cuerpos, por la deslealtad de los oficiales realistas. Después de haberse hospedado en nuestra casa y haberse hacho algunos cortos obsequios abrazando a sus cuñadas y sobrinos partió el personaje para marchar a la emigración y ostracismo que le aguardaban, pues había desairado y hecho un enemigo rencoroso del rey en Sevilla cuando éste le pidio su ayuda, contestándole el entero jefe: "*Soy todo vuestro si sois fiel a la Constitución que los dos hemos jurado*". "*Bárbaro*", debió decirle el rey en su interior, "*para esto no te quería yo*", y se lo guardó en sus adentros, siendo [*la del general*] una de las cabezas señaladas del verdugo. Conocidas son las tristes escenas que siguieron a la rendición de Cádiz, en que faltando el rey a su fe jurada como tenía de costumbre ; dioles desde el Puerto de Santa María, a donde lo condujeron los constitucionales en vez de haberlo sumergido en la travesía del canal, un Decreto derogando todo lo obrado y manifestando entraba de nuevo en el uso de su soberanía absoluta, entregandole el Gobierno al partido rabioso apostólico, el más cruel y rencoroso de todos los bandos y cuya personificación era Calomarde[179], oscuro abogado aragonés que había subido a las alturas en alas del sistema que predicaba de sangre y exterminio. Nuevas y numerosas víctimas fueron inmoladas en las aras del tirano, emigrando u ocultándose en las guaridas de las fieras en los montes todos los que se habían señalado. Riego, el inmortal caudillo del alzamiento y Presidente de las Cor tes, y otra porción de militares y diputados fueron ahorcados villanamente ; el bravo Martín Díaz 'el Empecinado' fue enjaulado

[179] Francisco Tadeo Calomarde (1773-1842), tras una carrera ascendente basada en la intriga y la adulación, llegó en 1823 al cargo de Secretario de la Regencia y a ser nombrado Ministro de Gracia y Justicia por Fernando VII una vez integrado éste en el disfrute del poder absoluto. Desempeñó este cargo durante nueve años, en los cuales fue el alma del Gobierno, hasta el punto de que su nombre aparece siempre ligado al de la llamada 'década ominosa'. Basó su fuerza política en la confianza personal del rey, que toleraba su nepotismo (colocó a sus amigos en todos los cargos civiles y eclesiásticos disponibles) porque le consideraba leal ; pero parece haber tenido contactos con los grupos ultrarrealistas que se proponían derrocar a Fernando VII a favor de su hermano Carlos, si bien luego acompañó al rey a Cataluña para ayudar a sofocar el movimiento de 'los agraviados'.

como una hiena[180], y, en fin, la venganza y las persecuciones más atroces se desplegaron sobre todos los que habían servido o acogido bien las ideas liberales.

Cuatro años duró tan recia persecución en toda su tirantez, siendo innúmerables las víctimas y teniendo nuestro joven padre que ocultarse muchas veces para no verse hecho blanco de los esbirros que visitaban el pueblo y de sus enemigos, que en nuestra villa no escaseaban. Tentado estuvo de haber emigrado o tomado parte activa en las conspiraciones que se urdían contra aquel horror de cosas, pero le contenía la idea triste de no abandonar y exponer la muerte de sus tres niños, pues le había nacido nuestra hermana Aurora al finalizar el año 1824, a su anciana madre y joven esposa, sin más arrimos todos que él en la tierra. En este tiempo el bello niño primogénito, que había llevado a Cádiz para vacunarse y que sorprendió en ella [*a*] cuantos lo vieron y fue festejado grandemente por la tía exgenerala, que de disgustos y penas se hallaba postrada y en incompleta inacción, vuelto de un viaje y cuando se creía salvado, fue atacado de una viruela maligna que le arrebató la vida, volando el angel de nuevo a unirse a los coros de querubes de donde Dios, para muestra de su magnificencia, lo tuvo cinco años separado peregrinando por la tierra. Con esto se renovaron las escenas de luto y de tristeza, que el niño, con su gracia y bizarría, había oscurecido y hecho olvidar. Nuestra abuela Clara, con quien dormía y en cuyo santo seno se arrullaba como todos nosotros, estuvo a punto de morir de sentímiento, porque su alma se iba ya gastando a fuerzas de golpes. Por fin, restablecida, volvió, con su hermosa Aurora y su travieso Manuel y otro nuevo Antoñito que apareció a fines del año 26, a emprender de nuevo su descaminada carrera.

Los negocios de la joven pareja se resintieron también de estos trastornos, y desmayaban en ello nuestro buen padre, a quien se le hacía el tiro por los Corregidores de aranceles una terrible contribución, pues entonces ésta era arbitral a los peritos y cerraba las puertas a la justicia si alguna vez recurría a ella para cobrar sus granos, dados generalmente al fiado ; esto envalentonó a sus deudores, y sabiendo que tenían boleto

---

[180] Juan Martín Díaz (1775-1825), llamado *el Empecinado*, fue el primero que en 1808 organizó una guerralla a gran escala y se atrevió a operaciones de importancia contra los invasores franceses. La Regencia le nombró mariscal de campo, pero la fama de sus ideas liberales hizo que Fernando VII le postergara. En 1820 secundó la sublevación de Riego y desempeñó diversos cargos durante el Trienio Constitucional. Luchó contra la invasión absolutista, y capturado en Roa en 1823, fue sometido a un terrible cautiverio durante dos años, llegándose a exhibirlo en un tablado o en una jaula para exponerlo a los insultos de los absolutistas. Por fin fue condenado a la horca en 1825, pero cuando era conducido al patíbulo rompió las esposas que lo sujetaban y tuvieron que matarle a bayonetazos ; su cadáver fue colgado de la horca de todas formas. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 3.278]

para no pagarle por haber sido 'negro', como entonces de llamaban, se alzaron con algunas cantidades o daban igual número de fanegas a las prestadas cuando éstas valían la mitad del precio en que las recibían, diciéndole con insolencia que eran quiebras del oficio, porque en todas partes y ocasiones pululan hombres bajos que sacan partido de todo lo más abyecto y que se alimentan, como los gusanos, de la podredumbre de la sociedad, y si viles eran los Corregidores, que no administraban justicia, velada su estatua por los rencores de los partidos, más infames eran los que, contando con que estaba entronizada la iniquidad por sistema, se quedaban a las claras con lo ajeno.

Todas estas cosas le disgustaron tanto a nuestro padre, que trató de trasladarse a Jerez y dejar una pocilga de tunos, y al efecto, adelantándose a la familia, se estableció en ella y principio a girar en granos y aceites, que era lo que más hacedero hallaba. No tenía en un principio más relaciones que las de su tío Don Hipólito Abela, el comerciante maltés que había casado con Doña María de los Santos Cerri, tía de nuestro padre, y que habiendo enviudado tenía otra familia de su segunda mujer, la de Echarri. Hombre raro y tacaño Don Hipólito, según nos lo pintaba tan vivamente nuestro padre en la correspondencia de aquel tiempo, no simpatizó con él y buscó en el círculo que frecuentaba de labradores y propietarios con quien negociaba otros hombres más en consonancia con su genio y sus ideas, y los halló, mereciendo la particular predilección, en su pariente, o sea de su mujer, Don Manuel Almagro, establecido en Jerez y en cuyo término labraba tres cortijos de Don Ramón Llorente, otro rico labrador oriundo de la montaña, y el marqués de Campo Real, con quien simpatizó concurriendo al picadero, al que este joven señor era muy aficionado ; de estas relaciones provino más tarde el arrendarle nuestro padre sus cortijos en ésta.

Ocupado en sus tareas de expender los granos que las dos señoras compraban en ésta y que conducía la arriería de Paterna, por ser un año en que había una gran desnivelación de los precios de Alcalá a Jerez por haberse ajeñado en aquél los trigos, continuó todo el año de 1827 concurriendo a este mismo tiempo a Cádiz, a donde fue a ver el cadáver de su tía Doña Leonor, que murió el 24 de Noviembre de 1826 de 45 años de edad dejando por herederas a las sobrinas María Belmaño y Gertrudis López con la condición de sustituirse, quedando en estas dos ramas todos los derechos de las hermanas que sobrevivieron y que lo habían dotado grandemente de lo suyo propio. Hay que tener en cuenta también que era el dueño usufructuario el emigrado general, pero éste, que se hallaba en Orán cor-

tado de toda comunicación, no se cuidó de nada ni hizo caso, según él decía después, de lo que perteneciera a su mujer, y dejando a las dos niñas hechas dueñas absolutas de una porción de hermosas casas, entre ellas las maternas, de los muebles y joyas de la tía y un grueso depósito de consideración en dinero que Doña Leonor tenía en poder de su cuñado y cajero, el maltés Don Hipólito. Tal fue el fin de una señora tan virtuosa como desgraciada, que elevada a una grande altura, no le proporcionó ésta más que azares y disgustos toda su vida, pues las campañas de su marido, sus prisiones y emigraciones, y la triste enfermedad que la privó de movimiento llenaron el período corto de su existencia.

No se le oscureció al claro entendimiento de nuestro padre, que sabía la situación y disgustos de la tía con sus revueltas sobrinas, efecto de sus pasos impremeditados y de la íntima unión de éstas con Abela, habiéndose muerto casi de repente que podía haber habido duende en el negocio ; su corazón, que nunca le engañaba, le indicaba, atendida la conciencia y [*el*] deber que la tía tenía contraído con sus hermanas, que aquí se encerraba algún misterio, pero cubierto y resguardado por los tres interesados y partícipes, [*con lo que*] llenadas las formalidades de su testamento, nada se podía hacer. Lo que era verdad [*era*] que, como decía muy bien nuestro padre, a haber sabido algo de su última dolencia, él se hubiera presentado a recordarle a su buena tía algo de su pobre hermana Clara, que había sido la principal y única víctima, pues sobre su rama recaía una deheredación manifiesta, y estaba seguro, decía, [*de*] que tal vez no hubieran cargado las sobrinitas tan festejadas y divertidas con el zorro viejo de Don Hipólito. Sea de ello lo que se quiera, sus presentimientos era muy fundados, y en este negocio se encerraba algún misterio, pues no se puede explicar de otro modo, tratándose de la recta conciencia de la tía. Con todo, como hombre prudente y religioso respetó la voluntad de su tía, sintiéndola doblemente más que sus herederas, que continuaron viviendo holgadamente y sin razón que lo motivara, pues eran hijas de familia y vivían, sin madre en Alcalá, en la dicha ciudad de Cádiz entregadas a la molicie, fiestas y relaciones que cultivaban, siendo objeto de crítica. Cerrando este período, que sólo hemos tocado para hablar de una gran duda que siempre tuvo nuestro padre y que cada cual es árbitro de creer a su gusto, debemos decir que por lo que fuera, el testamento de nuestra tía no[*s*] perjudicaba en cuatro o cinco mil pesos fuertes, tercera parte escasa de lo que entonces debía tener, y éstos no volverán más a nuestra rama, sin los que podremos pasar, como pasó nuestro padre ; pero quede esto sentado como él lo consignó también.

De Jerez se trasladaba [*nuestro padre*] a Alcalá, donde seguía nuestra madre comprando un grano por medio de corredores y viniéndose para trasladarla a aquel punto. Tanto pudieron los ruegos de su madre en él, que no quería, decía, llevar sus huesos a otra parte, que cedió a su pesar, y de luego siempre se arrepentía, porque decía, y con razón, que con sus relaciones y genio particular, que le llamaba a un gran escenario si se queda[*ba*] en Jerez en aquella época, tal vez haría en ella el gran papel que otros hombres que fueron tras de él y sin sus elementos llegaron a alcanzar. Y era de esperar, atendida la rara familia y disposiciones del que casi hablaba, que llevado del ciego amor filial no quiso separarse de su buena y anciana madre, pavesita descolorida y tenue que aguardaba pronto verla volar hacia el cielo. Desde esta época de su vida son mis primeras ideas, y me acuerdo [*de*] haber vestido mis sacos de luto por nuestra tía Leonor, y sobre todo de los dulces y confituras que de Jerez nos traía nuestro padre de las monjas de madre de Dios, que Aurora y yo guardábamos ávidos bajo las almohadas de nuestras camas.

Yo en adelante podré ser y seré el testimonio vivo de todo cuanto acontezca, pues están tan fijas en mi memoria todo lo que se subsiguió, que lo recuerdo mejor y lo veo con más exactitud que las escenas actuales, que por la confusión de la cabeza y los decantos del corazón, que no toma parte como entonces, parece que no se graban y vuelan fugaces por ella para olvidarlos de seguida también. Las impresiones en nuestra actual edad son parecidas a las huellas o estampaciones que marcan buriles o caracteres ya gastados, que apenas se señalan, mientras que entonces, o la infancia, al estrenarse éstos graban sempiternamente tanto en la cabeza como en el corazón cualquier cosa, por insignificante que sea. Esto y el polvo de la marcha del camino de la vida, que deteniendo[*se*] en mi cabeza, estas canas que bullen antes de tiempo me indican que pronto llegaré al término de mi peregrinación, a donde no llegó nuestra abuela ni nuestro tío y a cuyos umbrales se quedó nuestro padre, que de esta misma edad mía se encontraba como yo cansado y sin ilusiones, aunque le sobraba la fuerza de voluntad y el buen temple propios de su alma. Pero volviendo a éste, que dejamos persuadiendo a la familia a marchar a Jerez, quedando él a la postre conquistado para quedarse en Alcalá por los llantos de su madre, y no pudiendo vivir sin este objeto que tanto podía para él, comprendió que iba a renunciar a una suerte brillante, pero se resignó obediente a la que únicamente le gobernaba en el mundo, y partiendo de nuevo para ella, realizó sus negócios y granos y se volvió a su casa trayendo su manejo en metálico y parte considerable de él en hermosas vacas de la ganadería

de Llorente, que le hizo pago con ellas de sus créditos de trigos que le tomó durante la cala-midad de la ajeña.

CAPITULO VII: Nuestro padre vuelve y fija en Alcalá. Principia su ganadería y su ejercicio de merchantería ; trabajos y azares de su vida en este tiempo. Se retira de ella y emprende la labor de nuevo

Teniendo un plantel de hermosas vacas jerezanas y comprendiendo que el ramo de ganadería vacuna, atendida la inmensidad de baldíos y tierras abiertas que entonces en Alcalá había podía dar un gran resultado, se fue [*nuestro padre*] a Algar, villa próxima, y compró en ella hasta el completo de un magnífico rebaño de ganado, todo talluelo y de una marca diferente a la del país, y tomando abrigo y dormida en la Dehesa de los Aguijones, se situó en ella y en todo el monte de abajo, pintando en ganado todos los terrenos limítrofes, tan abundantes y despoblados de ganadería. Me acuerdo [*de*] haber ido muchas veces en sus brazos, él a ver sus vacas y yo mis burritos, en que los niños ponen todo su contento, y montados en nuestra mula Coronela, entonces también en la flor de su edad, me mostraba él todas las cosas que a esa edad tanto nos sorprende. Contaba él con mucha risa, que aún me producía mucha vergüenza que en una de esas excursiones se desempeñó de llevarme más, pues yo hube de hacer una gracia de las que hacen los niños de esa edad, y sin prevenirlo, y tuvo él mismo que lavarme y enjugarme al borde de un cristalino arroyuelo bordado con las galas de la primavera.

Mas nuestro padre, [*re*]anudando mi relato, no quiso permanecer inactivo ocupado sólo en visitar su rebaño y sin atreverse a emprender en la labor por no tener tierras a su gusto, y mientras estaba en la expectativa de ellas, seducido por los relatos que nuestro abuelo Salas le hacía de cuando siguió un poco de tiempo en su juventud la merchantería y el tráfico de las piaras, viendo a otro caballero que había sido militar llamado Don Luis Rienda dedicado a este trajín, lo puso en planta, y comprando un magnífico caballo de Don Pedro de la Corte llamado ‘el Gallardo’, apostando un tajo de rebaño se lanzó a probar fortuna armado de su garrocha y de sus piareros a la plaza de Cádiz, donde sorprendió a sus petimetres primas con la novedad de su aparición en su nuevo tráfico: “*Qué queréis, hijas mías*”, les dijo, “*es preciso volverle a buscar a mis hijos lo que el escribano que hizo el testamento de tía Leonor le*[s] *ha quitado con sus plumadas*”. Palabras amargas en tono festivo dichas y que revelaban la íntima persuasión en que siempre vivió de haber sido un enjuague éste de enciales y albaceas ; pero expresiones que ellas manifestaron no comprender, porque eran harto duras y severas para sus conciencias.

Al ver en el matadero a un joven tan gallardo y fino, que era asimismo sobrino carnal de una señora que tanto había figurado en Cádiz, seducidos de su rara inteligencia y [*de*] su sólido juicio, se mereció las atenciones de todos los empleados del Ayuntamiento, dándole un asiento de preferencia en el salón durante el repeso de los cuartos y hechizando con sus chistosas y oportunas observaciones la atención de todos, llegando a tanto su valor que le cosultaba[*n*] para establecer bases y reglas, que entonces se iban a plantear en el establecimiento mejor montado de su clase en España. Había en aquella época la rara manía de echar al mar al bicho que aparecía con poco sebo, y tomando la defensa nuestro padre contra este abuso ignorante, hizo comprender palpablemente que los animales están sujetos a la demagración sin necesidad de estar enfermos, unas veces por la escasez de las estaciones y el trabajo de la ara, otras por la muda de los dientes lechales, o por estar recién destetados o cansados de criar, sin que por eso dejen de estar sanos y vigorosos, en tanto que puede haber muchos casos de presentarse animales gordos con la sangre dañada o la epidermis [*con*] las picadas que llaman de 'mogaño', que siempre deben desecharse. Hizo tales argumentos y adujo tantas pruebas con la elocuencia de la verdad, que arrebatado con su expresión dictó él mismo, porque la facultación parte de las disposiciones sanitarias que habían de seguir[*se*] en adelante. Saliendo de su matadero se vestía como convenía a sus antecedentes y clase y se barajaba en su círculo de amigos de importancia, donde era mirado el joven militar [*?*] como lo que realmente era.

Así y en tan azarosa y trabajada vida se llevó todo el tiempo que duró el puerto franco[181] que empezó el siguiente año, aumentándose sensiblemente su capital. Cuántas veces nos decía: "*Salía yo de Cádiz al cerrar puertas y creyéndeme más seguro a aquella hora atravesaba los pinares a media noche sin más armas que mi garrocha, que recogía de los ventorrillos donde la dejaba al entrar, y mojado y salpicado de lodo, con el pensamiento embriagador de abrazar a mis hijos, venía a amanecer en Alcalá sobre uno de los caballos más valientes que se han conocido en este trajín. Y descansando apenas unas horas volvía a emprender mi viaje, avído de aprovechar los precios y teniendo yo mismo*

---

[181] Se llama *puerto franco* aquel en el que entran y salen las naves de cualquier nación sin pagar derechos ellas ni sus mercaderías, con tal que no las introduzcan en el país. [*Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, op. cit., XVI, pg. 582] Las 'franquicias' o exención de impuestos en general, o bien de aranceles aduaneros en el caso de determinados puertos (como Cádiz, por ejemplo) o ciudades fronterizas, aparecieron en Europa desde el siglo XI, y en la Península Ibérica a partir del siglo XIII. Su difusión coincidió con el auge económico de las ciudades y se relaciona con los esfuerzos de los burgueses para eliminar las trabas feudales al comercio, a la propiedad y a la circulación ; la roturación de tierras vírgenes, así como la repoblación de los territorios conquistados, solía ir acompañada de franquicias que los reyes o los señores territoriales concedían para atraer a los nuevos pobladores. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 4.143]

que garrochear y apiasar mis vacas, que levantarlas si caían y hasta de ayudar a desollar las que se me desgraciaban, envolviendo el pellejo en mi grupa". Y así pasaban los inviernos, y los días más crudos eran los que aprovechaba mejor para realizar sus negocios, mientras que los antiguos marchantes no se atrevían a moverse y arrostrar tantos quebrantos: "*Hijos de mi alma*", decía, "*mirad por lo que os pueda dejar, que son gotas de sangre y de sudor congeladas de mi cuerpo, y que no debéis, acordándoos de vuestro padre, que no tiene un real no sea una almorzada del jugo de mi frente*". Pero esta vida tan trabajada y dura no podía durar mucho ; así lo comprendió él cuando se vio atacado de un fuerte dolor de oído que lo puso a los bordes del sepulcro y que tuvo su origen en un somatismo que cogió ese órgano con tantas alboradas frías y rocíos abundantes.-

CAPITULO VIII: Un ahorcado en Alcalá. Conspiraciones de este tiempo ; riesgo que corrió en ellas. Continuación de sus viajes a Cádiz de tarde en tarde. Lance pesado con el oficial Ibarrola. Nueva enfermedad. Toma el Cortijo del Prado. Episodios tiernos de nuestra niñez

Pasó en este trajín en el año de 1830, y no fue tanto por lo penoso del ejercicio, sino por haber quebrado algo las ventajas que producía, que no compensaban afanes y riesgos tan crueles. En este tiempo había nacido nuestro Pepito, contándonos ya cuatro hijos y siete de familia, teniendo por única moza una muchacha de poca edad llamada Candelaria para que hiciera los mandados y todo lo que era exterior, llevando nuestra madre por dentro la mayor parte de la labriega, y nuestra abuela el cuidado de los niños, pues todos de consuno se prestaban gustosos para el bien de estar en adelante, que era toda la ilusión que los halagaba y presidía. Rayaba tan alto la sensibilidad nerviosa y orgánica de nuestro padre, excitada en su niñez tal vez con la carnicería que vio de los dragones, que no quiero dejar de consignar sus ideas sobre el particular. *Decía que la vida del hombre era tan preciosa y estimable, que no encontraba en el mundo razón ni motivo alguno fuera de los que tuviera Dios para disponer de ella, pues a él sólo, que la daba, era a quien competía el derecho de quitarla, y que sería el mayor tormento que un hombre pudiese sufrir el de verse manchada su mano de sangre de otro hombre.*

Habiendo ocurrido en aquel tiempo un asesinato de un pobre soldado, a quien mató sin defensa un campesino llamado Diego Pérea Infante, ‘el remellado’ a los lastimosos acentos y desgarrados ayes que el soldado echaba saltó nuestro padre de su lecho y acudió en su auxilio, que fue inútil, pues era tarde y murió en los brazos de nuestro padre. Impresionado fuertemente del lance, corrió tras el asesinato por todo Rioverde, creyéndose con fe y fuerza suficiente para detenerlo y prenderlo, lo que no pudo, pero cogido a poco y abierta una breve causa que lo condenó al patíbulo, que levantaron en la Plaza de la Cruz, el día memorable de la ejecución, al premediar Enero en un día frío y cruel, mi padre, que tan hondamente se había impresionado en su contra, al ver pasar al reo por [*de*]bajo de sus balcones, trémulo y desfallecido, en brazos de los sacerdotes, no pudiendo contener su dolor y afectado terriblemente, fue preciso retirarlo y darle consuelos como si fuera algo del desgraciado. El asistió a su entierro, lo acompaño a su sepultura y hasta le pesaba haberle deseado el castigo la noche del asesinato. Desde entonces se fortaleció en su idea, que elevó a dogma, de que la vida del hombre es sólo de Dios, y que éste se

arroga sin deber ni poder un derecho que no tiene cuando fríamente sentencia o hiere al hombre, si ya rendido.

Sin embargo, esta persona tan impresionable a la muerte corrió cien veces este azar en alas de su entusiasmo o de los arrebatos de su genio: los potros más fogosos se complacía en domarlos arrastrándolos algunos en sus caídas, los toros más bravos los derribaba con su garrocha o los capeaba ; o había riñas ni cuestiones donde él no se apareciera para promediar entre los puñales, y lo que es lo último, cuando se fusilaba atrozmente por causas políticas se asoció e inscribió en una conspiración que se fraguó en Tarifa con ramificaciones en Alcalá[182], porque además de ser éstas sus ideas y que su alma se llenaba de emoción al oír la sola palabra de 'patria', estaba sin embargo aterrado de leer en los periódicos las matanzas o asesinatos en masa de Málaga con Torrijos y sus sesenta compañeros[183], la entrega de Manzanares, el degüello de Chapalangarra[184], la horca de

[182] A partir de 1824 volvió a activarse la resistencia por parte de los liberales, aunque fueron intentos bastante desorganizados dirigidos desde Inglaterra y Francia ; tales escaramuzas se recrudecieron sensiblemente en 1830 al socaire de los levantamientos liberales que se estaban produciendo por aquel entonces en toda Europa. Tenemos, así, el Levantamiento de la Mina (el que se menciona en el texto) y el de Madrid, y varios focos revoltosos más en Octubre y al finalizar el año.
[183] José María de Torrijos (1791-1831), militar que se había distinguido durante la Guerra de la Independencia y por su lucha contra el absolutismo, tuvo que exiliarse a Londres tras la invasión de los 100.000 Hijos de San Luis. Regresó a España en 1830 para ponerse al frente de un levantamiento que organizó desde Gibraltar. En 1831 cayó en una celada de los realistas , él y sus compañeros fueron hechos prisioneros y trasladados a Málaga, donde fueron fusilados sin proceso ni condena el día 11 de Diciembre de ese mismo año por orden expresa de Fernando VII. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 9.774]
[184] Sobrenombre de Joaquín de Pablo, guerrillero durante la Guerra de la Indepen- dencia. Al restaurarse el absolutismo en 1823 emigró a Londres, donde se opuso al intento de la Junta de Bayona de poner a Mina al frente de los emigrados (1830). En Octubre de ese año pasó la frontera española con un grupo de éstos entre los que se encontraba el poeta José de Espronceda ; al topar con el batallón de Eraso, invitó sin éxito a los soldados a que se unieran a su causa. Fue herido y, trasladado a Francia, murió poco después. [ibid., pg. 7.356]

Márquez. [*de*] Miyar[185] y de Mariana Pineda[186], los fusilamientos de Valdés[187], Porlier[188] y Lacy[189], y envidiando [*a*] estos mártires memorables de la tiranía, sólo le detenía el no seguir sus huellas el amor de su familia.

Corramos, pues, con un velo o crespón negro esta terrible época y pasemos a otra, pero no sin mencionar la gran enfermedad y [*el*] ataque cerebral que tuvo en esta época que lo puso a las puertas de la muerte y que lo dejó un tanto sordo del oído derecho. Pasada la conspiración de Tarifa, en cuya trama estaba nuestro padre asociado, y que hizo tantas víctimas compañeras del coronel Valdés[190], había pasado un cuerpo de ejército por Alcalá que mandaba Don Vicente Quesada[191], General de Andalucía para atajar la sedi-

---

[185] Antonio de Miyar, librero madrileño, fue detenido el 17 de Marzo de 1831 al caer en manos de los agentes de Calomarde una carta dirigida a un emigrado en que éste se lamentaba de las proscripciones del reino. Encarcelado don otros acusados de conspirar, fue condenado de la horca y ejecutado el 11 de Abril del mismo año pese a las peticiones de clemencia que se dirigieron al rey. [ibid., pg. 8.616]

[186] Mariana Pineda (1804-1831), heroína liberal inmortalizada por Federico García Lorca, viuda de un rico propietario, de quien tenía dos hijos de corta edad, fue denunciada por haber bordado una bandera morada con las palabras 'Ley, Libertad, Igualdad', que se supuso destinada a alguna conspiración liberal. Pedrosa, miembro de la Chancillería de Granada, al parecer enamorado de ella, trató de que delatara a sus compinches, ofreciéndole el perdón, pero al no conseguirlo, la encarceló y posteriormente la condenó a muerte. La bandera que había bordado fue quemada ante ella por el verdugo, y luego fue agarrotada (no ahorcada, como afirma el texto) en medio de la reprobación del pueblo granadino. [ibid., pg. 7.790]

[187] Cayetano Valdés (1767-1834), tras tomar parte en la batalla del Cabo de San Vicente (1797), en la defensa de Cádiz (1800) y en Trafalgar (1805) fue nombrado capitán general y Gobernador de Cádiz (1812). En 1814 fue encarcelado por su liberalismo, pero recuperó la libertad tras la revolución de 1820. Ocupó el Ministerio de Guerra, y en 1823 fue miembro de la Regencia de Sevilla que depuso a Fernando VII. Restablecido el absolutismo, fue condenado a muerte, pero huyó a Gran Bretaña (no fue fusilado, por lo tanto, como afirma el texto). Regresó tras la amnistía de 1832. [*ibid.*, pg. 10.071]

[188] Juan Díaz Porlier, llamado *el Marquesito* (1788-1815), se encontraba en Madrid al producirse el alzamiento del 2 de Mayo de 1808, y desde los primeros momentos tomó parte en la lucha contra los franceses. Desde la restauración absolutista comenzó a militar a favor del restablecimiento de la Constitución de 1812, por lo que fue detenido y confinado en el castillo de San Antón, en La Coruña, desde donde organizó el pronunciamiento de Septiembre de 1815, que alcanzó fácil éxito en La Coruña y El Ferrol debido al apoyo de la burguesía mercantil y de buena parte del ejército. Cuando avanzaba sobre Santiago, algunos de sus soldados, comprados tal vez por las autoridades y el clero de esa ciudad, se apoderaron de él a traición y lo entregaron a los absolutistas, quienes lo ahorcaron (tampoco fue fusilado, pues). [*ibid.*, pg. 7.956]

[189] Luis de Lacy (1775-1817), en un principio miembro del ejército invasor francés, cambió de bando al ver lo que estaba sucediendo en el país, distinguiéndose hasta el punto de ser nombrado, terminado el conflicto, Capitán General de Cataluña, y más tarde de Galicia. Al regresar Fernando VII fue destituido. En 1817, de vuelta en Cataluña, se puso en relación con los hermanos Milans del Bosch para sublevarse contra la camarilla absolutista y proclamar la Constitución. Al ser denunciado por ello, se entregó a las autoridades y fue acto seguido condenado a muerte, siendo fusilado en Madrid poco después. Al producirse el triunfo de los liberales en 1820, Lacy fue honrado solemnemente como un héroe nacional. [*ibid.*, pg. 5.621]

[190] Posiblemente nos encontremos ante un error del autor. Por las fechas, no puede tratarse del Cayetano Valdés, mencionado más arriba, y más bien parece estarse refiriendo a José María de Torrijos, el cual, efectivamente, fue fusilado junto con 60 de sus compañeros en 1831, como se ha visto.

[191] Vicente Jenaro de Quesada (1782-1836), tras distinguirse durante la Guerra de la Independencia, fue nombrado mariscal de campo por Fernando VII en 1814. Durante la revolución de 1820 fue detenido, pero logró huir a Francia, desde donde trabajó a favor de la restauración del absolutismo. Después de pasar a España como general en jefe del Ejército de Navarra (1821-22), regresó a París. Tras la reacción de 1823 ocupó diversas capitanías generales, entre ellas la de Andalucía concidiendo con el pronunciamiento de Torrijos ; mientras ostentaba la de Castilla la Nueva se produjo el Motín de La Granja (1836). Quesada,

ción de los batallones de infantería de marina que, saliéndose de la isla, se habían pronunciado en Véger. Extirpada y dispersa la columna de los marinos, tornaba Quesada para Sevilla volviendo por Alcalá. Alojado en casa de los Mendoza, cuyo yerno, Martínez, era Corregidor, se le presentó este oficioso varón con una larga lista sacada de yo no sé qué correspondencia donde aparecían apuntados cerca de 100 vecinos de los más lúcidos y granados de la población, entre ellos nuestro abuelo y [*nuestro*] padre. Mas el general, magnánimo, comprendiendo lo que era en sí este sencillo delito y cansado de ver derramar tanta sangre, mostrándose sorprendido y viendo en la lista a un sobrino y concuñado de su camarada Villacampa, pues con estos sanbenitos le habían colgado con la idea de fijarle más la atención, y fue el ancla de su salvación, pues enterándose de la juventud y larga prole del uno y de la ancianidad del otro, se mostró de pronto alterado y díjole al bueno del Corregidor: "*que eran muchos más muchos más, que los que aparecían en esas listas*", y rasgando ésta con el fingido enfado, volviole la espalda todo iracundo al bendito de nuestro amigo.

Después de haber salvado a nuestro pueblo con este acto propio de un Marco Aurelio[192] o un Antonino[193] y habiéndose marchado dejó en el pueblo un corto destacamento de soldados del Regimiento del Rey con un subalterno llamado Don Felipe de Ibarrola, sobrino del Ministro de la Guerra de aquella época, [*el*] Marqués de Zambrano. Joven y amistoso en su trato, trabó nuestro padre amistad con él en el Villar de Chasorro, donde concurrían y en que nuestro padre era uno de los primeros tacos, pues heredó esta afición de Abansen, que había formado una mesita en su casa para la instrucción de sus amados niños. Del Villar, pues, salió un conocimiento que había de tener fatales consecuencias para nuestro padre, pues es de saber que habiéndose éste ido a Cádiz con una de sus piaras, le siguió a poco después el Ibarrola para parar en ella, donde estaba el Regimiento las fiestas de la Semana Santa, y al despedirse de su patrón, nuestro abuelo Salas, en cuya casa lo había alojado el Corregidorcito para vigilarlo más de cerca, se le brindó,

---

destituido, intentó huir, pero fue detenido y asesinado por un grupo de personas que asaltaron la casa en la que estaba preso. [*ibid.*, pg. 8.207]

[192] Emperador romano de origen ibérico, muy influido por el pensamiento filosófico de los estoicos. Su actitud para con los cristianos, que es a lo que se está refiriendo nuestro autor, fue bastante ambigua: aunque no tomó ninguna medida cualificada contra ellos, dejó siempre libre curso a la ley cuando manifestaban públicamente su fe, permitiendo las persecuciones de Roma (163) y de Lyon (177). Se le puede comparar, por tanto, con el general Quesada. [*ibid.*, pg. 6.196]

[193] Se trata de Antonino Pío, emperador romano y padre adoptivo de su sucesor, Marco Aurelio. Su vida privada fue de una gran sencillez. Otorgó generosamente el derecho de ciudadanía, creó nuevas instituciones alimenticias e intervino directamente en la aplicación de la ley con un criterio liberal.

por si algo se le ofrecía que hacer en Cádiz y teniendo que girar a ella nuestro abuelo 6.000 reales, creyéndolos más seguros de este modo para salvar el camino del pinar, se los entregó para que se los diese a su yerno Puelles, al que encontraría en casa de sus primas.

Esto quedó así, y volviéndose el Ibarrola antes de concluirse la Semana Santa, el oficial, cabizbajo, dijo haber entregado a nuestro padre el dinero al encontrarlo en las esquinas de Porriño, y que no le había recogido recibo por creerlo censado atendida su amistad. Satisfecho quedó el abuelo, y al volver nuestro padre a los pocos días, le preguntó su suegro si había colocado el dinero recibido por Ibarrola. Sorprendido quedó éste de la pregunta, pues no lo había visto tan siquiera, ni aún tenía idea de que hubiese estado en Cádiz, tomándolo a broma del joven oficial, pero mandado llamar éste, con el descaro y la avilantez mayor del mundo, como gran práctico que era, sostuvo frente del que llamaba su amigo Pepe que, en efecto, tropezándolo en la Calle del Sacramento junto a las esquinas de Porriño se los había entregado. Ciego y frenético de ira, nuestro padre, al oír semejante superchería, le apodó de infame y mal nacido, expresándose con tal calor que iban a andar a las manos si no los contienen y produciéndole esto tal sofocación, que atacado de nuevo del terrible dolor de oído, cayó en la cama desplomado, viéndose de nuevo en grave peligro. Su naturaleza joven le salvó, pero quedó tan tenue y delicado, que echó muchos meses en restablecerse. El Ibarrola se marchó a poco del pueblo, y aquejado del remordimiento de su mala acción o calumnia, que le podía costar la vida a un joven generoso y padre de una larga familia, confesó al coronel su desacierto de haberse entrado en una casa de juego y haber perdido la suma que le confiaron, que ofreció descontar con la tercera parte del sueldo que nuestro abuelo estaba recibiendo, hasta que a poco, y con motivo de haber surgido la Guerra Civil, el oficial calavera y perdido pasó al campo de Don Carlos, donde se hizo más tarde célebre por sus proezas, sumiendo al cabo en aquella guerra civil y coronando con su muerte descentrada una vida tan desastrada.

Me acuerdo que íbamos muchos días a ver desde el Cerro de las Peñas Pardas nuestros cuatro araditos, pareciéndonos los 16 que tenía Don Pedro en Los Canchales de Bobeda una cosa sorprendente y digna de toda envidia, diciéndonos nuestro padre: "*¿Ven ustedes esa casa en ruina y que se viene abajo irremisiblemente como la piedra de gran peso que se desgaja de la altura donde se encontraba? Pues tiene aún todavía diez veces más caudal y recursos que la nuestra, y si emprendiera ese padre al frente de sus hijos,*

que va a ver pronto sirviendo amo, el sistema que nosotros tenemos, a vuelta de dos o tres años de buen gobierno se volverían a rehacer. Pero como quiera que no lo harán, porque no es susceptible Don Pedro de estas ideas, porque no sabe ganarlo y todo se le ha entrado por la puerta con la muerte de los Guardias, sin saber cómo se ganan las cosas ; crée es su ilusión [de] *que le será fácil volver a ser rico y sigue en su curso tan ciego del resultado como imprevisto le fue el enriquecerse. Esos caudales que se heredan de chiripa y falseados duran poco*". Y, en efecto, al año siguiente entramos en el cortijo del que ya debía porción de rentas, y nuestros cuatro arados se hicieron los 16, mientras que los 16 se desvanecieron.

En este mismo tiempo murió nuestra tía, la monja Sor San José, dejando a sus tres hermanos las casas que poseía y que administró siempre la Clara ; restablecido en tanto nuestro enfermo, pero siempre [*re*]sintiéndose del oído, se dedicó aquel verano a recoger una sementerite que tenía en las Utreras, y decidido a emprender desde luego una labor que tan de gusto era de nuestra madre, que no había visto otra cosa en su casa, arrendaron aquel año la media de las tierras de Barnate, que entonces pertenecían a las monjas de Santa Clara, y saliendo de alto a bajo del Monte de Maina a la Cañada de Mocaylén. Era el bello ideal de nuestro padre el labrar algún día el Cortijo de este nombre, que llevaba entonces en renta Don Pedro de La Corte del Marqués de Camporeal, y viendo que según el manejo y traza de éste iba a ver pronto logrado su intento, se aproximaban a él contando con entrar pronto en el resto, pues cumplía al año siguiente.

Lloraba yo un día porque nuestro primo José Belmaño había estrenado una rica capota con vuelta de terciopelo y trencillas de seda, mientras que yo tenía una raidita con embozos de bayeta, y para consolarme me decía: "*Anda, tonto, no llores ; echa tú también tu parte en la alcancía que estamos haciendo, que según vamos unos y otros, cuando tú seas hombre, serás el primero del pueblo, que es para lo que se dirigen nuestros afanes, y tus hijos lo mismo, mientras que él, si sigue como va, será el último tal vez*". Vaticinio que también se cumplió a los veinte años escasos. Porque era tal su tacto y su buen ojo de vista, que en su claro entendímiento todo lo resolvía con aforismos y sentencias. Y era que, además de disposición natural, seguía de cerca y se embebía con el trato de los hombres que él juzgaba dignos de imitar. De esta clase fue el Corregidor Legorburu, que en este año vino al pueblo y que ha dejado renombre en Alcalá, trayendo una recomendación expresa del tío Felipe, que corrió en Madrid con sacarle un destino, vino a ésta y cultivó

la amistad de nuestro padre, único que le trataba con confianza, porque simpatizaban aquellas dos almas jóvenes y del mismo temple e ideas. Al sucumbir aquel bello mancebo vizcaíno de 27 años de edad víctima de la tisis pulmonar perdió en él nuestro padre un amigo querido de quien siempre hablaba con respeto. Era aquella desgracia un desencanto más de su vida.

Terminaba el año de 1832 ; nuestra labor ocupaba el Cortijo de Mocaylén, que entonces no hacía más que tres caballonás escasas perteneciendo al Marqués y siendo la hoja pequeña para las miras y [*la*] ambición de nuestro padre, tomó todas las suertes del prado bajo que entonces se subastaban por ser la Dehesa de Potros y que también se avecinan con la hoja del Cortijo, y ocho suertes más en la Moraleja o Dehesa de las Yeguas, subastadas igualmente. Como había pocos bueyes y muchas vacas de la casta jerezana, apartó éste cuarenta de las mejores de novilladas, y potreadas en cuatro o cinco días de trabajo se incorporaron a los bueyes y formaron un apero de 20 arados, que compartió, y pasaron uno a la Dehesa de las Yeguas, y otro se quedó en el prado, donde habiéndose quemado los ranchos de los La Corte, fue preciso levantar una chocita en la que es hoy Casa del Corral Viejo ; éste se levantó tambièn una pierna, y comprando nuestro padre 34 puercas a tío Nicolás, labrador de la Algarrobosa, emprendió este ramo de ganadería tan preciso al labrador para recoger sus desperdicios y tan ventajoso en este pueblo, donde la bellota en aquella época se repartía entre los criadores por un valor insignificante. Una manadita de cabras que nuestra abuela heredó de la Maltesa y tenía en renta a un hijo de tío Nicolás se lo recogieron y se armó una cabreriza en la cabeza del servicio de las Alcabalas, lindando con los manchorros del Canchal de Bobeda.

Una fe ciega y una decisión marcada para hacerlo lo arrastraba a emprender este trabajo en que tuvo que desplegar todos sus recursos y algunos que buscó entre sus amigos. Pero Dios compensó grandemente tanto afán y perseverancia, pues con tiempo templado y bonancible se acabaron de sembrar cerca de 300 fanegas de todas [*las*] semillas y granos, entrando las vacas en un manchón que les tenía reservado con la idea que había formado de ponerse una lechería de esta especie, que hasta entonces no se había planteado en el pueblo. Y en efecto, aquella primavera se vieron sesenta vacas amarradas delae del corral viejo en la cañada dando un río de leche, que puesta al mínimo y desconocido precio de 3 cuartos el cuartillo, no se podía apurar y se tenía que cuajar parte ligada con la de cabra, que bajaban de la loma a unirla con la otra para producir el efecto. El año se

presentaba admirable y abundantísimo de hierbas los prados, y los sembrados crecían asombrosos bajo el influjo de una primavera templada, y bajando todos los domingos la familia, comíamos todos en el cortijo lo que se había de gustar en la casa. Y era de verse aquel grupo de los jóvenes esposo, la anciana abuela y cinco niños de todas edades, algunos llevados en brazos de las sirvientas, bajar las laderas de la Zorrera, o Mesa de San Antonio, para ir a sentarse alrededor de una tosca mesa de corcha, comiendo en puchera la nata amarilla y azucarada de la leche, triscando después los niños con los becerritos que balaban amarrados a los rejos, o persiguiendo los gorrinillos que se bañaban en el dornajo de la calle del corral, o regándose por entre las adelfales del río que bordeaba estos parajes del rejil, en cuyas cristalinas corrientes se miraban alegres, cortando en sus orillas crecidos manojos de juneta para formar zurriagos o tejer guirnaldas con las flores de su ribera con que adornar a la rubia Aurora, volviéndose al oscurecer toda la familia montada en las burras de la lechería a entregarse de nuevo a sus ordinarias tareas después de bendecir a Dios con los sencillos rezos que su abuela les hacía balbucear dándole gracias por sus beneficios.

¡¡¡Bellos y fugaces días de nuestra niñez, que pasasteis para nunca más volver, no dejando de todo más que los sitios que fueron un teatro, hoy mudos y áridos a nuestros ojos, y estos recuerdos imperecederos en nuestro corazón, habiendo arrebatado la corriente del tiempo a todos los demás de los principales actores de tan tiernas escenas, debiendo decir, como el sentido Jorge Manrique:

Despierte el alma adormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte,
tan callando.!!!

El Omnipotente colmó grandemente todos aquellos afanes, pues fue tan pingüe la cosecha, que salió a más de doce, llenándose nuestros graneros de la casa y algunos más que se buscaron por fuera. En la entreda de aquel mismo verano había comprado [*nuestro padre*] una yeguadita de una labradora de Medina, Doña Teresa Montero, para trillar sus mieses, y pasando a Chiclana, donde se remataban los diezmos[194], puso el de su casa

[194] El *diezmo* era una prestación en frutos y ganados que los fieles abonaban a la Iglesia, y que consistía en una décima parte (o en una fracción variable) del producto bruto de las cosechas. El aumento de las pro-

como censada y el del partido de la Moraleja, o Dehesa de Yeguas, donde tenía su labor, trayéndose también el de anojos, borregos y puercos, pues le tenía particular predilección a este ramo, y el de las ovejas quería también plantearlo, viéndonos al fin del dichoso verano con nuestros trajes rebozando, y poblada de toda clase de ganadería la extensión de nuestra tierras, en las que ya estábamos estrechos, y fue preciso tomar la Dehesa de los Santos. Aquel mismo San Miguel entró también labrando el Cortijo de Pelagallos, extenso por demás y propio de la misma manera de Campo Real. Sorprendida la población de unos adelantos tan rápidos y sorprendentes, atribuían a legados de la Generala o al hallazgo de un tesoro lo que no era más los frutos que produce la actividad y la economía, recompensados abundantemente por Dios. Y era tanta la codicia y emulación que por él delante de su casa se tomaba, que habiendo habido en aquel tiempo una quiebra escandalosa en los caudales del común, se los ofrecieron a nuestro padre, y aceptando éste, pasaron así seguida[*mente*] a nuestra casa las arcas de los fondos públicos, el de propio y el de contribuciones, ordenando sus cosas de tal modo y repartiendo sus horas con tal pulcritud, que después de despachar estas oficinas y recaudaciones con su complicada contabilidad le quedaba tiempo para atender a sus cosas peculiares y hasta labor, sin que ninguno de nosotros pudiéramos ayudarle en nada, y menos que todos nuestra madre y abuela, que harto hacían con cuidar de sus cargos interiores.

Yo, que era el mayor, solía acompañarle algunos días a sus vueltas al campo montado en una jaquita pequeña y rabicana e imponiéndome de todo con la franqueza y amabilidad que como nadie poseía. Cuántas veces me hablaba de su proyectos para el porvenir y de sus trabajos del pasado sin que mi inteligencia, que se estaba desarrollando, pudiera seguir aquel vuelo de aguila. En este tiempo iba yo a la clase de Latín de los padres mínimos de la Victoria con la idea de apremiar mis conocimientos para mandarme a cursar a Salamanca, a donde en aquel tiempo se trasladaba un amigo suyo, que era administrador

ducción agrícola y su creciente comercialización hicieron nacer una fuerte oposición a los diezmos, que fueron abolidos por la reforma protestante, mientras que el Concilio de Trento respondió excomulgando a los que no los pagasen en España. El reformismo ilustrado intentó en algunos casos su abolición, pero ésta no se inició en los países católicos hasta que Francia lo hizo en 1789. En España no se hizo ninguna modificación en este sentido hasta 1821, cuando los diezmos y las primicias fueron reducidos a la mitad, renunciando el Estado a la parte que percibía de los mismos ; pero en 1823, al caer el régimen constitucional, se volvió a la percepción íntegra, e incluso hubo eclesiásticos que pretendían cobrar los atrasos de los años en que sólo se había pagado la mitad. La opinión era generalmente hostil al diezmo, y en 1837 se acordó su supresión, aunque los apuros de la Hacienda obligaron a diferirla una y otra vez hasta 1841, cuando fueron remplazados por una contribución de culto y clero, preocupándose el Estado de indemnizar a los partícipes legos, ya que no se consideraba justo perjudicar a quienes podían haber adquirido sus derechos por compra. [*ibid.*, pp. 2.947-48]

de rentas de esta población, llamado Don Antonio de la Mota, y hubiera ido atendída la fijeza de sus ideas, aunque no contaba más que diez años, si no se hubieran cerrado en este tiempo las Universidades por el Gobierno, que las creía centro de sociedades revolú-cionarias, y por el cólera y [*la*] guerra civil, cuyas mortíferas plagas iban a aparecer.

CAPITULO IX: Principios de la Guerra Civil ; invasión del cólera. Vuelta del Partido Liberal del ostracismo al Gobierno. Influencia de este cambio en Alcalá hasta principios del 36

Ya hemos visto al fin del capítulo precedente que a un tiempo casi aparecieron en nuestra Península estas dos calamidades terribles, que son los azotes que Dios manda a las naciones cuando quiere que expíen sus delitos. Había precedido a esto la muerte del sanguinario Fernando, que falleció en fin de Septiembre del año 1833, quedando por heredera su hija mayor, nuestra actual reina Isabel, y creyendose el infante Don Carlos con un derecho anterior basado en la Ley Sálica[195], que había importado de Francia y querido aclimatar en nuestro país Felipe V, el primero de los Borbones, a quien le había[*n*] valido este derecho las leyes del país, contrarias a las francesas, excluyendo a la Casa de Austria, que quería fundar en ella su derecho, ley, como decimos, contraria a nuestras tradiciones y venerandos fueros, que había llamado en casos iguales a las Urracas, Berenguelas e Isabeles, tan memorables las últimas ; surgió, pues, una división profunda que ya de atrás se había iniciado entre los dos partidos en que estábamos formados, tomando el Realista Apostólico por bandera al Infante, que era su jefe, y el Liberal e Ilustrado, a cuyo frente se puso la reina viuda regente, a su hija, la huérfana de tres años, e Isabel, segunda de su nombre. Don Carlos, llamado a jurar el nuevo orden de cosas, se excusó y se marchó de la Corte a alzar su bandera, como ya en el año 20 lo había intentado en Cataluña.

La Regenta, viendo formarse la tempestad, no tanto por simpatica como por diplomacia y necesidad, llamó del extranjero a los hombres emigrantes por la libertad, desarmó los cuerpos realistas, y dando una fórmula o remedo de Constitución con el nom-

---

[195] La *Lex Salica* originaria se aplicaba en la época de los grandes invasiones bárbaras a todos los francos situados entre el 'Bosque carbonero' y el Loira, es decir, a todos exceptuando a los francos del Rhin, los camavos y otras pequeñas tribus. Había sido promulgada por los *salios*, el más importante grupo de los francos, que aparece nombrado por vez primera en un discurso de Juliano a los atenienses, y más tarde como denominación de diversos cuerpos auxiliares del ejército romano en la *Notitia dignitatum*. [MUSSET, Lucien, 1967, *Las invasiones (1. Las oleadas germánicas)*, Barcelona Labor, pg. 68] La versión posterior de este texto legal, que excluía del trono de Francia a las hembras y sus descendientes, fue introducida, con algunas variaciones, por Felipe V en España mediante el auto acordado de 10 de Mayo de 1713, modificando de esta manera la ley sucesoria de las Partidas, vigente hasta ese momento, con el fin de evitar las posibilidad de que la Corona española volviera a manos de la dinastía de los Habsburgo. Aunque la nobleza se mostró contraria al cambio, las Cortes accedieron, estableciéndose que las mujeres sólo serían llama das a suceder en el caso de faltar heredero varón en línea directa o colateral. las Cortes General de 1789, convocadas por Carlos IV, acordaron derogar dicha disposición y restablecer la sucesión de acuerdo con las Partidas. El rey ordenó expedir la Pragmática Sanción correspondiente, pero ésta no pudo hacerse pública hasta que Fernando VII la promulgó por fin el 29 de Marzo de 1830. Los intentos del Infante Carlos y sus partidarios por conseguir su derogación fracasaron, planteándose a consecuencia de ello un conflicto dinástico que dio origen a las Guerras Carlistas. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 8.806]

bre de Estatuto[196], creación de momento del conocido doceañista Martínez de la Rosa[197], convocó a la nación por estamentos o Cortes antiguas para la jura de la heredera. Ya en este tiempo se libraban combates y batallas entre 'carlistas' y 'constitucionales' en las fronteras de Portugal, donde se acogió el Infante en una de sus derrotas, pasando a Londres y volviendo por Francia a ganar la del Pirineo, se instaló en las Provincias Vascas[198], que se habían levantado por su causa creyéndola identificada con sus fueros y antiguas inmunidades[199], que esperaban ver vulneradas por los constitucionales para igualar los derechos de las demás provincias. Fieras y furibundas batallas se iban a librar en adelante entre padre e hijos, entre hermanos y hermanos y entre los moradores de una misma co-

---

[196] Para poder convocar las Cortes se redactó, como Constitución provisional, el *Estatuto Real* de 1834, que en realidad no era más que una 'carta otorgada' en 50 Artículos y que estuvo vigente hasta 1836 ; aunque fue duramente criticado por no constituir propiamente una Constitución, este texto fue en realidad, según muchos analistas, la base que permitió echar a andar al sistema liberal en España, poniendo fin de manera definitiva al absolutismo en nuestro país. El mismo, aunque timido, introdujo la representación institucional mediante unas estructuras semejantes a las que ya funcionaban a la sazón en toda Europa ('liberalismo doctrinario'), con un Gobierno bicameral que hizo posible a partir de entonces la contestación y el examen serio de los Presupuestos gracias al mecanismo del *voto de confíanza* y el *voto de censura*. El Estatuto fue contestado, como decimos, por los liberales, y uno de ellos presentó a la Cámara una Tabla de Derechos en la que se exigía igualdad ante la ley, libertad de imprenta, libertad en la milicia, etc., y sus puntos fueron aceptados mayoritariamente ; sin embargo, la propuesta no podía ser aprobada sin más en el marco del Estatuto, y María Cristina, la Regente, se negó a firmarla. Como consecuencia se presentó un voto de censura contra el Ministro Martínez de la Rosa, que presento la dimisión en 1835.]

[197] Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862), se distinguió por su liberalismo moderado en las Cortes de Cádiz y durante el Trienio Constitucional. El restablecimiento del absolutismo le obligó a abandonar el país, trasladándose a París. De nuevo en España (1831), le fue encargada la formación de Gobierno en 1834, e intentó llevar a la práctica su programa político, caracterizado por un intento de mantener las instituciones tradicionales con una aparente modernidad, pero que, de hecho, significó el usufructo del poder por las oligarquías tradicionales, Se esforzó en consolidar el nuevo régimen mediante la firma de tratados con las potencias europeas, y terminar con la guerra civil. Pero esta política de conciliación fue atacada por liberales y absolutistas, que le dieron el sobrenombre de 'Rosita la Pastelera'. Los fracasos en el frente, los ataques en las Cortes y las insurrecciones populares le obligaron a dimitir. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 6.265]

[198] La primera fase del conflicto se caracterizó por la dispersión de las partidas alzadas, su desorganización y falta de sincronía y la rápida reacción del Gobierno, que desarticuló sin demasiada dificultad a los principales grupos conspiradores. Esta primera fase constituyó un auténtico fracaso para el bando carlista en todos los frentes, salvo en Navarra, donde ya estaba formada la correspondientes Junta de Gobierno. Allí se reorganizaría el ejército insurrecto bajo el mando del coronel Tomás Zumalacárregui, quien se haría cargo de la zona Norte el 14 de Noviembre de 1833, siendo reconocido su cargo por Don Carlos en Marzo de 1834. El ejército reconstituido, con base estratégica en el Valle de Amézcoas, donde los isabelinos sufrieron un grave descalabro, inició a partir de entonces el hostigamiento de dichas tropas, pasando a la ofensiva. Don Carlos llegó a España en Julio de ese mismo año, perdiendo Zumalacárregui parte de su poder a favor de la camarilla del pretendiente. Contra la opinión de aquél se decidió poner sitio a Bilbao (la *tumba del carlismo*, según Unamuno). Zumalacárregui murió el 24 de Junio de 1835, y los carlistas se vieron obligados a levantar el sitio el 1 de Julio ante la operación de socorro dirigida por Espartero.

[199] El término *fuero* (del latín, 'forum'= plaza pública, tribunal de justicia) designa los derechos o privilegios que se concedían a un territorio, ciudad o persona durante la Reconquista en los reinos cristianos españoles ; al principio se trataba de ratificar costumbres y derechos locales, y con posterioridad (siglo XIII) se aplicaron igualmente al derecho territorial. La redacción se solía basar en textos consuetudinarios, decisiones judiciales o 'fazañas', y a veces privilegios y disposiciones legales. En el caso de los fueros de Vizcaya se conoce una primera redacción de 1452, el llamado 'fuero viejo de Vizcaya', y otra de tiempos de Carlos I (1527). [*ibid*. pg. 4.187-88]

marca y país, siendo esta lucha la peor y más temible de todas, porque los odios se exasperan más si cabe a pro porción de la antigua amistad y de los vínculos y recuerdos que enlazaran antes, y debía ser por consecuencia dura y cruel y sin cuartel como entre las hordas de Africa.

Para colmar esta situación angustiosa, el cólera, ese terrible viajero que avanza a jornadas cortas como si fuera un peregrino y cuyo raro y cuyo raro y marcado curso ha motivado las tradiciones y ecos vulgares de que es el judío errante[200] a quien le siguen las pestes y desolaciones, ese aire mefítico que salido de los efluvios del Ganges se extendió por el Indostán, y avanzando como un fuego lento en dos alas pavorosas, con una abrasaba el Asia hasta la parte oriental de la China y el Japón, mientras la otra, recorriendo la Persia y la Siria, salvando el Mar Negro y [*el*] Caspio se introdujo en Europa de Nordeste a Sur desolando las comarcas y dejando sembrado de cadáveres el vasto campo de los dos continentes[201]. Ese horrible y misterioso enemigo se introdujo siguiendo su curso en nuestra Península, cebándose en las principales ciudades sin dejar atrás tampoco la pobre aldea ni la aislada cabaña del pastor en el más cortado desierto.

En esta situación tan triste y rodeado de tantas calamidades se entronizó el nuevo reinado y se inauguraba también la entrada de nuestra familia en Pelogallo, a cuyo cortijo se amparó huyendo del azote del cielo. En dicha posesión se acomodaron y en sus distintas viviendas y chozas, no sólo nuestra familia, que ya en este tiempo constaba de nueve individuos, sino la de los Belmaños, compuesta también de otra porción de niños de nues-

---

[200] Este personaje legendario está condenado a la inmortalidad y a caminar hasta el día del Juicio Final por haber maltratado a Jesucristo en el camino del Calvario. A partir del siglo XIII esta leyenda adquirió tres formas distintas:

a) *José Cartafilus*, portero de Poncio Pilato, cuya historia refieren Roger de Wendover, Mattieu Paris y Philippe Mouskes
b) *Buttadeo*, conocido principalmente en Italia
c) *Malco* o *Malchus*, personaje de los misterios dramáticos.

En el siglo XVII un autor alemán lo presentó como un judío, el 'judío eterno', llamado Ahasverus o Asuero (1602), que en traducción francesa de 1609 se convirtió en el 'judío errante'. A partir de aquel momento la leyenda se extendió con gran rapidez a través de las imágenes populares, las estampas y los romances. El judío errante, personificación del destino del pueblo judío después de la muerte de Cristo, ha inspirado a escritores como Schiller, Goethe, Chamisso, Shelley, Borges, y especialmente a Eugenio Sué que con su novela *El judío errante*, continuación de *Los misterios de París*, ha sido el escritor que más ha contribuido a la difusión de este mito en el mundo actual. [*ibid*. pg. 5.488]

[201] El *cólera* es una enfermedad endémica en la India y epidémica en Europa. Desde Marzo a Octubre de 1832 causó en París 18.400 muertos ; en los años 1848, 1851, 1865, 1884 y 1892 invadió a Europa entera, propagándose en el seno de las grandes aglomeraciones urbanas. En Africa no apareció más que la forma pandémica de los años 1832, 1848 y 1865 y solamente en Egipto, Etiopía y Mogreb. América del Norte y Central sufrió las mismas pandemias que Europa occidental de 1832 a 1892. [*ibid*., pg. 2.090]

tra edad, pues debemos decir que al dejar la milicia nuestro tío había casado con la viuda del capitán Ventura cuya muerte originó las de nuestro tío Antonio. Y además, otras cinco familias numerosas de sirvientes completaban el vecindario del caserío, que se transformó en una poblada aldehuela llena de niños y de gente de todas edades y sexos, volviendose aquel solitario paraje una colonia bulliciosa y animada donde reinaba la alegría y la ciega fe y confianza en la Providencia que velaba por ella, pues invadiendo la epidemia al pueblo y a otros caseríos llenos de gente, entresacó porción de víctimas, saliendo nosotros ilesos de todo mal y desgracia. Más de tres meses permanecimos en el campo, tres meses placenteros y felices, pues aquellas escenas patriarcales y sencillas de rústica vida, al par que satisfacían nuestros tiernos corazones, dejaban un recuerdo im perecedero en nuestra imaginación.

Sin embargo, un día hubo en estos cientos agradables de recuerdo y de impresión dolorosa. Jugábamos los niños en los alrededores del cortijo, situado, como es sabido, a orillas del río Alamo, que atraviesa todas sus tierras, y habiendo los mayores construido un hornito entre los tarajales del río a imitación del que funcionaba y abastecía el cortijo, solían en sus juegos encenderlo y cocer en él panecillos pequeños que hacían con pedazos de masa tomados del amasijo. Uno de aquellos días y veces en que corría un fuerte levante se escaparon unas ascuas a los más pequeños, que querían encender el horno sobre unos asientos de pastos que estaban prevenidos para los retechos de las chozas, y levantándose un voraz incendio que se apoderó de las alas de los ranchos, puso en un momento en confusión y espanto a las pacíficas familias que estaban ocupadas en las comidas del mediodía, pues a esta hora se apoderó el fuego del cortijo. No es decible el espanto y griterío que armarían 30 niños llorosos que había habitando dentro y más de 50 personas mayores que aumentaban la confusión sacando muebles y camas a las afueras del patio. Los caballos y los asnos se ahogaban en las cuadras con el humo y el calor, y en este aturdimiento nadie se acordaba de abrirles las puertas y echarlos fuera. Por último, después de salvados los niños y las personas mayores, que era lo esencial, ordenando nuestro padre los trabajos y presidiendo esta lúgubre escena, cuidó de bestias y aves, de pertrechos y de muebles, cortándose el fuego en la bóveda del horno hasta donde llegó y quedando destruido y hecho humeantes casarones el lado del río por donde el fuego se introdujo. Más que la pérdida de intereses fue el sobresalto que a todos aquel suceso produjo por las desgracias personales que por suerte se pudieron evitar, tratándose de cerca de cien personas desprevenidas que dentro de un recinto se albergaban.

Tras de aquel día único de malandanza volvieron, una vez restablecida la calma y el sosiego, a ocuparse todos de nuevo en sus tareas, ocupándose operarios y albañiles en traer materiales y construir de nuevo la parte quemada, quedando antes del mes del incendio todo de nuevo en su lugar ; entonces todos contribuimos a reparar nuestra inocente falta ocupándonos gustosos en la tarea de construcción, pues dirigiendo nuestro padre los trabajos aprendimos los niños a hacer jiscar o cuerda de tornica de esparto para el punto de las techumbres y encañados, saliendo todos oficiales aprovechados de aquel maestro tan largo y superior como era nuestro jefe ; otros dábamos los puntos o cañas para culatar, estando todo en continuo movimiento y en agitado servicio con el gusto y [*la*] alegría que se tiene a esa edad cuando uno se crée que va siendo útil en algo. Así transcurrió todo el otoño, y emprendida la sementera y faenas propias de la estación más seductora y bella de todo el año, teniendo nuestra cabreriza en los cerros de Matabueyes con más de mil bichos cabríos que se extendían de día por el perímetro grande del donadío y la gran extensión de baldíos de Los Jardales, poblado entonces de monte bajo, un hato de puercos crecido y numerosos rebaños de ovejas, vacas y yeguas que se habían comprado en más número, llenos los almacenes y trojes y repuestas de numerario las arcas, nada parecía hacer falta a nuestra felicidad, pues salía[*mos*] del cólera ya acabado ilesos.

Mas la ambición de extenderse que devoraba a nuestro padre a proporción que crecía la familia y de darle a ésta la solidez de una brillante educación por si faltaban los frágiles y deleznables bienes le hizo pensar en mandarme a mí a Sevilla, cuya Universidad se abría de nuevo a las carreras mayores, y soñando darme la de Abogado, pues en su cariño paternal creía ver tras ella una toga o corregimiento, objeto de sus ensueños para su primogénito, hizo que preparándome mi equipaje y unido a otro joven del pueblo que seguía allí su carrera, marchase yo a él unido e incorporado, estando bajo su cargo, a cursar en aquellas aulas. Y, en efecto, dispuesto lo conveniente, una mañana al promediar el otoño dejé yo, acompañado de nuestro padre y del joven estudiante con los mozos a mi querida familia, que agrupados a la puerta del cortijo me despedían entre abrazos y sollozos de la buena de mi abuela y de los chiquitos, que se abalanzaban a mí sin saberse aún dar cuenta de aquella extraña variación en la vida del que presidía sus juegos. Para mí, que jamás me había apartado del seno de aquella buena familia, y sin tener una idea remota de nada del mundo fuera de los horizontes que abarcaban mi mirada, era aquella variación y cambio de costumbres y de vida una revolución completa que se iba a obrar en mis ideas.

Pero quedando yo en mi curso de Colegial de Santo Tomás de Aquino, en que tuvieron que inscribirme pues no estaba aún corriente en la lengua latina, cualidad precisa para entrar en la Universidad de Filósofo[202], diré que nuestro padre en Sevilla no sólo se cuidó de dejarme acomodado y pertrechado de cuanto necesitaba, sino es que también puso en planta una idea y un pensamiento que le embargaba hacía mucho tiempo, y era que quería hacer pujar y proposiciones al gran Cortijo, objeto de todos sus ensueños, de Las Cobatillas, propio entonces del Conde de Monteagudo, residente en Sevilla, cuya posición, por la extensión y fertilidad de sus terrenos, por la variedad y abundancia de éstos y sus aguas y abrigos, se considera por el primer cortijo de España, y al cual habían labrado anteriormente y dividido en pedazos de a más de 1.500 fanegas cada uno nuestro abuelo y bisabuelo maternos los Salas, y su yerno y cuñado prior a la muerte de nuestro bisabuelo.

Era la labor que a nuestro padre convenía, pues había beranas donde podían andar 60 arados tres meses para remover una de sus hojas. [*Estaban, además,*] sus chaparrales y monte bajo, donde cabían cómodamente cuatro o cincomil cabezas de todas clases de ganado. Este inmenso y magnífico cuadro de tierra, que toca con la Hermita de los Santos por un lado y toda la mojonera de Medina a poniente, que atraviesa el manso Alamo en toda su extensión y que le corta en todas direcciones, estaba arrendado en 30.000 reales, que salía a poco más de medio duro por fanega, y nuestro padre lo puso en 45.000, es decir, a 15, ofreciéndole el mismo Conde, su dueño, entregárselo al cumplir el riquísimo y preponderante Varela, que había sucedido en su labranza a nuestra familia en él. Confiado en esta palabra y lleno de ilusiones con la idea de entronizar una labor digna de

---

[202] Citemos lo que comenta Don Marcelino Menéndez y Pelayo de las Universidades españolas de la época que aquí estamos tratando: "*En estudiar nadie pensaba ; las cátedras estaban desiertas ; dos o tres universidades tenían rentas cuantiosas, dada la pobreza de los tiempos y del país, pero los doctores de las restantes vegetaban en la miseria. El título de catedrático solía ser puramente honorífico y servir de título o mérito para más altos empleos de toga o de administración. Por amor a la ciencia, nadie se consideraba obligado a enseñar ni a aprender. La enseñanza era una pura farsa, un convenio tácito entre maestros y discípulos, fundado en la mutua ignorancia, dejadez y abandono casi criminal. Olvidadas las ciencias experimentales, aprendíase física sin ver una máquina ni un aparato, o más bien no se aprendía nada de modo alguno porque los estudiantes solían cortar por lo sano, no presentándose en la universidad sino el día de la matrícula y del examen. Si algo quedaba de lo antiguo, era la indisciplina, el desorden, los cohechos de las votaciones y de las oposiciones. Y no se crea que las universidades eran antros del viejo oscurantismo; en realidad no eran antros de nada, sino de barbarie y desidia. Durante la guerra civil predominaron en ellas los liberales. Hubo rectores que se pusieron al frente de la Milicia Nacional, y era caso frecuente que los catedráticos, para conciliarse la popularidad del su auditorio, explicasen con morrión y fornituras, así como, por el extremo contrario, solía verse a los jefes políticos y a los coroneles presidiendo consejos de disciplina o salas de claustros*". [MENENDEZ y PELAYO, Marcelino, 1967, *Historia de los heterodoxos españoles (II),* Madrid, BAC, pg. 868] Esto es más o menos lo que se encontró en Sevilla nuestro antepasado.

él, que hubiera llenado en todo caso con la ayuda de nuestro abuelo, partícipe en el pensamiento y admirador decidido, que labró él y su padre toda su vida, se volvió a Alcalá al cabo de unos días con la satisfacción de dejar a su hijo mayor en el principio del camino de una carrera honrosa y de traerle a los demás los gérmenes de una gran riqueza que quería crear para su bienestar e importancia.

Llegado a su cortijo, ordenó la vuelta de la familia al pueblo y extendió su hoja de barbechos a parte de los terrenos del abuelo en la campiña, ordenando redoblar las crías de ovejas y puercos, cosa que, como es sabido, se hace con el beneficio y echando los padres muy temprano y muy tarde para lograr dos gestaciones y pariciones en el año en los ganados menudos. Así transcurrió todo el año de 1835, harto abundante, por cierto, no sólo en cosechas, sino en sucesos políticos, pues durante él entró de lleno a funcionar el Partido Liberal y un grande hombre, Mendizábal, como Ministro de Hacienda. Este bueno y esclarecido patricio no sólo llenó el Ejército de combatientes con su gran quinta de 100.000 hombres[203], sino que abasteció el Erario de recursos con sus trascendentales y sabias medidas desamortizadoras, que abrieron las fuentes, ciegas hasta entonces, de la riqueza naciónal, que era exclusivo patrimonio en manos muertas y envejecidas en un quietismo fatal[204]. Todo tomó vida y vigor bajo su mando, y despertándose a su voz el espíritu público desalentado, hasta los hombres más apáticos o indiferentes tomaron sitio entre las filas de los defensores de la huérfana regia y de las instituciones que robustecieron sus derechos al trono ; los que no por patriotismo, por el cebo del interés. Los conventos de regulares se cerraron, quedando los de monjas, siempre dignas de más respeto

---

[203] La convocatoria de esta leva enfrentó a Mendizábal con el Ministro de la Gobernación, ya que no se disponía de medios para equipar a dichas tropas ; se decidió en consecuencia eximir del pago de impuestos a quien aportase dinero o caballos, con lo que los pudientes podían librarse de ir a la guerra beneficiándose de una ‘redención por dinero’.

[204] Como preámbulo a las medidas desamortizadoras de Mendizábal, el 25 de 1835 fueron suprimidos los monasterios y conventos con menos de 12 profesos, con excepción de los escolapios y de los colegios misioneros para América ; el 11 de Octubre se publicó un Decreto suprimiendo todos los monasterios de órdenes monacales, los de canónigos regulares, de San Beniro, San Agustín y premonstratenses. La famosa *Ley Mendizábal* de 19 de Febrero de 1936 ponía en venta todos los bienes de las corporaciones religiosas suprimidas ; el 8 de marzo, una nueva disposición suprimía todas las comunidades, conventos, colegios y demás casas de comunidad o de instituto religioso de varones, incluidos los de clérigos regulares y los de las cuatro órdenes militares de la Península, islas adyacentes y posesiones de ultramar, reduciendo sensiblemente el número de conventos de monjas. Sin embargo, aunque ese mismo año se vendieron un total de 727 fincas, las ventas no tomaron verdadero impulso hasta el año siguiente. En 1841, bajo la Regencia de Espartero, por fin, se pusieron en venta todas las fincas, derechos y acciones del clero secular, llegándose a un total de 9.741 fincas vendidas ese año. En 1844 el Gobierno de Narváez suspendió la venta de bienes del clero secular y la de las comunidades religiosas de monjas. [OJEDA QUINTANA, José Juan, 1977, *La Desamortización en Canarias, 1836 y 1855*, Cuadernos Canarios de Ciencias Sociales, Nº 3, Las Palmas de Gran Canaria, Caja Insular de Ahorros, pp. 20 ss.]

y consideración, dotados como las demás clases del Estado de los fondos del Erario, y ésto iba a subvenir en adelante a sus necesidades mundanales, formando con sus bienes un venero inagotable de riqueza a los particulares y de productos al Erario, que hasta entonces casi nada le reditaban o contribuían esas inmensas e innumerables posesiones.

Alcalá era un pueblo en que toda la mayor parte de su riqueza estaba amortizada; la que no pertenecía a la Iglesia era de propios o de magnates poderosos, y los terratenientes o cultivadores del suelo no eran más que unos pobres colonos, siempre amenazados del lanzamiento de los terrenos que regaban con su sudor, así es que, no teniendo apego a un suelo que miraban como prestado y de posesión efímera y sedentaria, a usanza de los árabes y tártaros nómadas, que adolecen en sus continuas etapas y correrías de esta falta de dominio y fijeza, se dedicaban únicamente y en su mayor parte a la ganadería, que podían llevar tras de sí el día que los lanzasen de sus tierras. Esta ganadería, privilegiada en exceso por las vetustas ordenanzas de la Mesta que las regía[205], asolaba y destruía todos los pastos, no estándole nada reservado ni prohibido fuera de algunos escasos terrenos llamados 'donadíos'[211], destruyendo con esto el fervor del agricultor, a quien los ganaderos hacían levantar sus mal maduradas mieses para aprovechar los rastrojos y despojarlos hasta de las espigas, reservadas por la costumbre al dueño que las producía, y si no teníamos como las provincias del Centro la oruga del ganado merino de cabañas trashumantes, teníamos en cambio la langosta de los rebaños de Paterna, lugarejo próximo alimentado con pobladores y término de Alcalá en su principio, y que ya crecido y desarrollado de su primer embrión, alentado por los Ribera, sus fundadores, señores feudales del suelo, concluyeron por volverse vivoreznos, que trataban de privar a su madre, que los concibió, de la vida que de ella habían recibido. Así es que al decretarse la [*des*]amortización civil y eclesiástica, la desvinculación de mayorazgos y el cerramiento de propiedades poniéndole coto a las inmunidades de la ganadería, el pueblo acogió con entusiasmo estos adelantos y oteó ya de lejos las ventajas que le iba a reportar con estas saludables medidas[206].

[205] Hacia 1685 la Mesta, en franca decadencia, estaba amenazada de una bancarrota inminente. Con Felipe V se extendieron sus atribuciones a Aragón (1726), pero la crisis no tenía remedio. En 1758 se suprimió el impuesto de servicio y montazgo. Campomanes, presidente de la Mesta, la destruyó desde dentro. En las Cortes de Cádiz (1812) se reconoció el derecho de todos los pueblos a acotar sus predios comunales. Aunque Fernando VII aún restauró la Mesta en 1814, no pudo evitar su muerte: en 1836 quedaba completamente extinguida y fue sustituida por la denominada Asociación General de Ganaderos del Reino. [211] En algunas partes, heredad o hacienda que trae origen de donaciones reales. [*ibid*., pg. 3.053]
[206] Las consecuencias de la desamortización no fueron en todos los rincones del pais tan halagüeñas como las pinta Manuel María de Puelles para Alcalá de los Gazules. En las Islas Canarias, por ejemplo, y visto

En tanto también y con los frailes se habían proscrito también los Corregidores, pues organizados los municipios con arreglo a la Constitución de 1812, éstos debían ser nombrados por los pueblos en adelante, y de ellos los Alcaldes con las atribuciones gubernativas y administrativas de los Corregidores. Lástima no le hubieran dejado las [*competencias*] judiciales también con auxilio de Asesores, que habría librado a este pueblo de verse explotado como lo iba a ser en adelante por el de Medina, a donde como cabeza de partido fue a despacharse todo lo judiciable a cargo de un Juez de Primera Instancia. En este mismo tiempo se organizaba de nuevo la Milicia Nacional, siendo nombrado Segundo Jefe de ella en la Caballería nuestro padre, no siendo el Primero por la etiqueta y deferencia que se le guardó a un coronel del Ejército que se alistó en ella, y [*que*] era preciso darle por su grado la primacía. Era éste nuestro amigo Don Vicente Valcárcel, hombre cortesano y entrometido, y que vino a esta población como administrador de Medinaceli, tomando grande amistad con nuestro padre, con quien se tuteaba, y hasta trató de enlazarse a la familia haciéndose pretendiente de la hermana más pequeña de nuestra madre, tía Juana Ramona, que era en aquella época la joven más agraciada y de mejor porvenir del pueblo, reuniendo a estas buenas cualidades las inestimables de una virtud ejemplar y un talento sin rival a su edad y [*teniendo en cuenta la*] educación que en Alcalá se recibía entonces. Pero continuando diremos que se inauguró el año de 1836 con estos auspicios para nuestra familia, no sin haber hecho un viaje nuestros padres a Sevilla a fines del anterior, donde me dejaron ya dentro de la Universidad cursando Filosofía, y para adornarme con las demás ramas de una privilegiada educación que querían darnos a todos me pusieron de alumno interno del Colegio de San Diego, donde alterné con la juventud más escogida y brillante de Andalucía y Extremadura, que en este Instituto acreditado se educaba entonces[207].

---

desde una óptica actual, la situación final después de los años de desamortización no arroja, según Ojeda, un balance positivo en lo que se refiere a un reparto más equitativo de la propiedad, tanto agraria como urbana ; la masa de los jornaleros siguió estando sometida a sus exiguos salarios y no pasó, ni mucho menos, a la categoría de propietarios. Por otra parte, la forma de vender las fincas forzó a los compradores a obtener mejores arrendamientos de sus colonos, causando dificultades a éstos a la hora de pagar las nuevas tasas. Además la ocupación directa de varias fincas, monopolizando el trabajo, que antes sestaba más repartido, llevó a dejar sin trabajo a un número considerable de agricultores. La beneficiencia, anteriormente a cargo de las órdenes monásticas, al depender ahora de fuentes externas de financiación, atravesó un miserable estado de abandono y necesidades, empeorando en términos generales su funcionamiento. [OJEDA, op. cit., pp. 178 ss.]

[207] En la Edad Media los *colegios* eran las residencias destinadas a acoger a los estudiantes pobres que acudían a las Universidades. Como éstas no poseían, al principio, establecimientos propios, los profesores iban a dar sus clases a los ‘colegios’, que así se fueron convirtiendo en centros de enseñanza. En España, los más importantes eran los llamados *colegios mayores*, que podían conferir los grados superiores. Estos colegios mayores fueron reorganizados por Carlos III, pero perdieron sus bienes y rentas en la desamortización llevada a cabo por Godoy en 1798. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 2.089]

Al promediar el verano de 1836 vine a Alcalá de vacaciones y lo encontré todo cambiado ; en los dos años cortos que de él falté habían surgido mil variaciones [*a*] mis ojos. Viniendo de Sevilla, donde me había yo aclimatado, nada extraño es que todo me pareciera chico y angosto, calles, plazas y edificios, pobres y de mala forma. Sin embargo, la casa nuestra, reedificada y casi de nueva planta sacada y que era la de los Caballeros o de la Perea que habían desmantelado los franceses. Comprada por nuestro padre, habíase exornado con [*un*] hermoso balcón y cierre de cristales, que aunque no sea gran cosa, era de gran novedad entonces por ser el primero y único. Pinturas, cristales y decoración de la casa eran del mejor gusto, y todo en su clase revelaba al hombre, que debía mejorar y retocar todo lo que [*le*] concernía. El aspecto de la población parecía también haber variado, pues no se veían hábitos de frailes de día, ni rosarios de noche, ocupando su lugar los uniformes de los milicianos y la retreta con banda de música. Los terrenos que antes ocupaban los prados poutriles y dehesas boyales y de yeguas se empezaban a repartir, siempre con alguna rémora, porque aún había muchos que [*se*] lucraban con los abusos y [*estaban*] interesados en sostenerlos. Mas a los dos meses quedaron vencidos todos los inconvenientes, pues a resultas de la revolución de la Granja que habían iniciado todas las capitales de provincia[208], tuvo la Regente, mal de su grado, que avenirse a dar a la nación lo que ésta en cambio de su sangre y sus tesoros le pedía, que era simplemente la Constitución del año 1812, arca y labaro santo por el que el pueblo español había hecho tantos prodigios, pagado siempre con la alevosía y las traiciones por parte de la Corona.

El último Alcalde constitucional del año 23, el fervoroso capitán Don José Lugo, compañero de nuestro abuelo en los Ligeros de Valencia y que se había retirado a Alcalá, de donde era su mujer, fue puesto al frente del Ayuntamiento y de la Milicia Nacional de Caballería, siendo el Jefe de la Infantería Don Diego del Manzano, joven mayorazgo de bríos y escalor de la charango militar. Principiaron a medirse y deslindarse las tierras pertenecientes al Común para hacerlas huertos, suprimiendose desde aquel día también el

[208] El llamado *Motín de La Granja* se inició en el real sitio de ese nombre en la noche del 12 al 13 de Agosto de 1836 y provocó, como se refleja en el texto, la caída del régimen del Estatuto Real y la reinstauración de la Constitución de 1812. El descontento suscitado por la sustitución de Mendizábal por Istúriz y por el viraje a la derecha de la política de la Regente María Cristina dio origen a una cadena de pronunciamientos que se extendieron por gran parte de España. En la citada noche la agitación se trasmitió a los soldados de guarnición en La Granja, residencia de la Corte en aquellos meses de verano, que se pronunciaron unánimemente, enviando una comisión a entrevistarse con la Regente. Los intentos de ésta de ganar tiempo con la promesa de presentar un proyecto constitucional a las Cortes fueron rechazados por los soldados. Por fin, ante el temor de la evidencia, María Cristina capituló y firmó aquella madrugada el Decreto que se le solicitaba. [*ibid*., pg. 4.635]

repartimiento de bellotas que hasta entonces y en su beneficio habían tenido los criadores, teniendo éstos que pagar en adelante los montos con arreglo a los tipos de subasta, que debían naturalmente aumentar los rendimientos de la caja de propios. El año, en su cosecha, había sido insignificante, cubriéndose escasamente los gastos del labrador, porque [*éste*], como es regla sabida, necesita más de cinco simientes para que, cubierto el gasto, pueda obtener alguna ganancia, y taradamente a esto había llegado a nuestra sementera una magnífica cría de agostones de 800 gorrinos [*que*] después de salidos de tapeo se morían a montones al soplo de las primeras brisas del otoño, y una secía prolongada retardaba los trabajos y labores de esta estación.

CAPITULO X: Paso y estancia de la facción de Gómez en Alcalá. Peligro en que se vio nuestro padre. Estado de nuestra casa

En este tiempo una avalancha de batallones facciosos se descolgó de las provincias del Norte bajo el mando de su caudillo Don Miguel Gómez[209], el que unido a Cabrera[210], Quiles y Serrador, jefes de las facciones aragonesas, en la confluencia de Castilla con el antiguo reino, dejando a un lado la Corte de encaminaron hacia las hermosas Andalucías, vírgenes de los destrozos de la guerra y que alimentaba ella sola por todas las demás provincias de hombres, dinero, vestuario y caballos a los ejércitos de la reina[211]. En este rico y feraz territorio se extendió aquella horda, que arrastraba tras de sí la escoria de las cárceles y presidios y todo género de hombres perdidos, que se arrojaban a aquel cauce o turbión que arrasaba, como las huellas de Atila, todo lo que pisaba. Sorprendida[*s*] Córdoba y Almadén, después de dar un rodeo por las hermosas villas que esta provincia tiene en su centro, en donde se separó Cabrera con parte de la facción aragonesa[212], se dirigió

---

[209] Miguel Gómez Damas (1785-1849) luchó en las campañas realistas del Trienio Constitucional y en la 1ª Guerra Carlista, a las órdenes de Zumalacárregui, de quien fue Jefe de Estado Mayor. En 1834 fue nombrado Comandante General de Vizcaya. El 26 de Junio de 1836 dio comienzo a su célebre „expedición", que le iba a llevar, en un período de unos seis meses, por tierras de Asturias, Galicia, Extremadura, Andalucía y La Mancha, en una audaz correría que, pese a su espectacularidad, no tuvo la menor utilidad práctica. Emigró a Francia al término de la guerra, y en 1847, al comienzo de la 2ª Guerra Carlista penetró en Andalucía desde Gibraltar, intentando en vano promover una insurrección. [*ibid*., pg. 4.453]

[210] Ramón Cabrera y Griñó (1806-1877), conocido como 'el tigre del Maestrazgo' por su extrema crueldad, se sumó a las partidas carlistas que actuaban en dicha comarca en 1833. Se unió a la expedición del general Gómez en 1836 y le acompañó en sus correrías por Andalucía y Extremadura, hasta que, al llegar a Cáceres, Gómez le ordenó regresar sin más que una pequeña escolta. Tras haber sido sorprendido y herido en el camino, pudo llegar de vuelta al Maestrazgo, donde recomenzó su labor ; en esta nueva etapa de su actuación se produjeron dos de los hechos más sanguinarios de su carrera: la muerte a bayonetazos de los prisioneros de San Mateo y los fusilamientos de Burjasot, que se dice fueron contemplados por Cabrera en medio de una orgía. [*ibid*., pg. 1.494]

[211] A pesar de que los liberales, de los cuales sin duda formaba parte nuestro antepasado, llamaban a los carlistas 'hordas de miserables', 'populacho excitado y fanatizado', y a Don Carlos se le denominaba 'pretendido soberano de los barrios bajos', la composición de sus fuerzas militares no era en realidad tan patibularia como aquí se intenta reflejar, ni muchísimo menos. La bandera del 'legitimismo' aglutinó en realidad (las listas de las levas así lo demuestran) a diversos sectores sociales que se sentían –con razón o sin ella- más o menos amenazados negativamente por la implantación del liberalismo en nuestro país:

a) Grupos en vías de proletarización (artesanos y pequeños propietarios rurales)
b) Grupos ya proletarizados (jornaleros)
c) Sectores que no habían podido o no habían sabido adaptarse a la nueva realidad económica (pequeña nobleza, sectores del bajo clero afectados por la desamortización, etc.)
d) Algunos miembros de la nobleza, militares de grado medio e intelectuales antiilustrados.

La alta nobleza, salvo un grupo muy minoritario, no apoyó en términos generales la causa carlista, porque, similarmente a lo ocurrido en el caso alemán (alianza entre los 'junker' y ciertos sectores de la burguesía) y a diferencia de la aristocracia francesa, se sintió favorecida en el plano económico y en el político durante el cambio de régimen. [FONTANA, Josep, 1980, "Crisi camperola i revolta carlina", en Recerques, Nº 10, Barcelona, pp. 7-17]

[212] Cabrera –que, dicho sea de paso, no era aragonés, sino catalán- se había separado, según nuestras fuentes, en Cáceres y no en la provincia de Córdoba, como aquí se indica.

Gómez a Ronda y su serranía, donde creía encontrar antiguos parciales, y haciendo un círculo en su marcha igual al que forma la situación del Campo de Gibraltar, detenido un día en Algeciras y rodeado de fuertes divisiones que se le habían acercado mientras que se metía en este embudo y que casi le iban a cerrar la salida, se encaminó, ya dudoso del resultado de su expedición y después de embarcar a la Junta de Córdoba en la bahía de Gibraltar, donde fue hecha prisionera, metiéndose por el hueco que le dejaban dos divisiones que de cerca le seguían de lo más florido del Ejército nacional, por las Sierras de los Barrios cayó sobre Alcalá con un inmenso batir e infinita impedimenta en la madrugada del 20 de Noviembre de 1836.

Aunque alarmados sus habitantes y principales vecinos de la marcha que llevaba la facción, fue tal y tan sorprendente el efecto que les produjo el parte que les llegó de estar cerca las avanzadas facciosas, que apenas tuvieron sus más comprometidos habitantes tiempo de dejarse caer sobre las sillas de sus caballos prevenidos y enfrenados toda la noche, era preciso escapar de aquella horda de enemigos, en número de 15.000 hombres, que iban a inundar la población a los pocos momentos. Hacía una niebla tan cerrada y espesa que no se distinguían las personas a tiro de pistola, no oyéndose más que las pisadas de los caballos y los crujidos de los arneses. Al llegar nuestro padre con más de 20 fugitivos a la Cruz o Puerto del Prado se pararon en la loma por ver si oían o divisaban algo de lo que en el pueblo pasaba, imprudente curiosidad, porque abrigados y cubiertos con la niebla, se vieron pronto rodeados y envueltos por una avanzada facciosa de Caballería de más de 40 hombres, que arrojándose sobre los incautos paisanos lanza en ristre, los acosaron largo tiempo y alcanzaron y mataron a un pobre anciano de los linderos del Prado, rico labrador a quien todos conocíamos llamado Don Antonio Alvarez, salvándose nuestro padre, abuelo y el que había de ser más tarde nuestro cuñado Mariano Delgado de Mendoza y Simó mediante un gran esfuerzo hecho por sus caballos, que se metieron en el curso del río Fraja, mientras que un osado nacional llamado Alonso Marchante les disparó un tiro y les hizo cara de nuevo con su escopeta recién cargada.

Dispersos, en entretanto fueron reuniéndose en grupos aislados hasta que, seguros de que la facción se había quedado todo aquel día en el pueblo, se tranquilizaron tras del gran susto que habían llevado, estando más en agitación por lo que el pueblo podía alcanzar, donde habían permanecido los objetos más queridos. En él habían quedado solas las pobres señoras y mujeres con los mozos viejos de confianza, ancianos en su mayor parte,

pues los jóvenes, temerosos de ser arrastrados a la guerra, se habían fugado a los montes. Todo aquel día estuvo entrando la facción carlista, compuesta de 12 batallones disciplinados y 14 o 16 bandas o turbas sin ordenar, viniendo sin uniformes y con chuzos y escopetas de todas clases y calibres. Los escuadrones de Caballería, fuera de tres o cuatro navarros, eran pelotones de caballos en pelo o con albardas, formando los estribos con soguijos y llevando por lanzas parrochas o palos con clavos y por cascos pañuelos atados. Tras de éstos venía después una cola de tunos sin armas, algunos recién sacados de las cárceles y presidios o incorporados por el afán del latrocinio. En nuestra casa, que se había quedado a cargo del hacedor o jefe de la labor José Antonio del Puerto, se había alojado el Intendente de Ejército y encargado de las cajas, depositándose en ella 20 o 30 millones de reales que en cofre y arcones llevaban sacados de Córdoba y demás poblaciones de importancia donde habían echado grandes contribuciones, y como la tropa no apercibía más que lo que ella se apropiaba, iban intactas y en estado ascendente. El general, conocido de la familia por haber estado alojado en nuestra casa cuando era comandante del rey, estaba aposentado en casa del clérigo Villamieta, a cuyo resguardo se pusieron las principales señoras del pueblo ; de alli, con un salvoconducto que Gómez les diera y acompañadas de su principal ayudante, Don Juan Paradas, su cuñado, bajaron éstas de nuevo a su casa, donde las recibió placentero el ya insinuado intendente, el viejo Marqués de Bobeda. Las demás casas fueron invadidas por compañías enteras, quedando caballos, mulas y equipajes en medio de las calles por ser imposible alojarse dentro de las casas del pueblo.

24 horas ocupó la facción la población, pues aquella mañana siguiente desapareció de madrugada yéndose hacia Arcos, y entrándose casi pisándole la retaguardia el general Rivero con una magnífica división de la Guardia Real de todas [*las*] armas, el Regimiento de Húsares, y otra porción de cuerpos escogidos. Asombro causaba el contraste que formaban los harapos de los defensores del absolutismo con los brillantes atavíos de arneses, corazas y bruñidos cascos de los defensores de la libertad, sujetos al llegar al pueblo por el general Rivero, que se alojó en nuestra casa, impidiendo que 3.000 hermosos y briosos caballos no hubieran cortado en toda la extensión el Valle del Fraja, por donde aún se veía arrastrarse la masa facciosa, que hubiera sido envuelta y despedazada, habiéndose dado dos combates en el mismo día del de Majaceite, el uno cortando la retirada de la salida de Alcalá, donde su hubiera deshecho la retaguardia, y otro en el mismo día a la cabeza o vanguardia, que hubiera sujetado Narváez desde las lomas que ciñe el Majaceite, donde los aguardaba. Es lo cierto que se perdió la ocasión de haber desbandado y aniqui-

lado [*a*] la facción, estrujada por delante y por detrás por dos cuerpos numerosos y brillantes que la tuvieron cercada, sin que se hubiera escapado por el flanco a dormir a Villamartín, y de allí, corriéndose por Osuna, Alcaudete y la Mancha Real, otra vez a sus gusridas del Norte, donde Gómez, cargado de despojos, fue preso a su llegada en el castillo de Guevara por haberse hecho sospechoso de entregar su ejército al dejarse acorralar en el Campo de Gibraltar.

Mas volviendo a nuestro pueblo, que quedó desprovisto y asolado de todo con el paso de 30.000 hombres hambrientos en dos días, recuperada ya su quietud volvió a entregarse a sus ordinarias tareas, entrando nuestro padre y familia de nuevo en sus afanes y cuidados, principiando en seco para no dilatar más una sementera que tenía que ser doble de larga por el tiro y dureza de la tierra, la pequeñez de los días y la corta fuerza del ganado. En aquel mismo año había nacido nuestro hermano Francisco de Asís, componiendose en un todo de una familia de siete hijos, o sea, cinco varones y dos hembras.

CAPITULO XI: Año de 1837. Alcaldía de nuestro padre, memorable por todos conceptos. Lo indican para diputado provincial; retira su candidatura. De la vida pública a la privada

Al terminarse el año de 1836, notable por la venida y excursión de las facciones, el Partido Liberal, que lo componía el inmenso pueblo de Alcalá, puso la vista desde luego en un joven patriota, Jefe de la Milicia de Caballería desde la retirada de Valcárcel, ardiente liberal y de raras prendas para el mando, como lo mostraba en el manejo de su casa[213] ; y al efecto convocado a son de campana todo el pueblo elector[214], pues era la primera elección que se había de hacer con arreglo a la Constitución del año 1812, designó por aclamación la Junta nombrada, porque estaba en el pensamiento y alma de todos la elección del joven labrador, que contaba entonces 33 años escasos, pero que era anciano y harto experimentado ya en todas clases de cosas y cuidados ; se hizo una exigencia general y pública. Protestada la elección por una corta y envidiosa bandería realista que aún no quería avenirse a dejar los antiguos abusos, [*nuevamente se distinguieron los electores*] por la rareza de ser unánimes, volviéndose a hacer de nuevo y más uniforme y compacta, apareciendo en su consecuencia entregado el mando al joven liberal, que asociado a otros 14 compañeros, de su edad algunos y de reconocida probidad todos, entre ellos el Don Juan Perales que salvó a nuestro abuelo la vida y Luis Corbacho ; formaron una pléyade de concejales unidos y compactos para el bien, que nunca llevaron más pen-

---

[213] Sócrates, citado por Jenofonte, dijo algo que tiene mucho que ver con ésto: "*No se es ni siquiera capaz de gobernar la propia casa si no se conocen todas las necesidades y los medios de satisfacerlas ; y puesto que la Ciudad tiene más de diez mil casas, y dado que no es cosa fácil ocuparse a la vez de tantas fami lias, ¿por qué no has probado de comenzar a hacerlo con una sola, ... Y después de que hu bieres llegado a buen término con ella, puedes comenzar a meterte con más... Porque si un hombre no es capaz de llevar un talento, ¿cómo podrá emprender el llevar muchos*?" Y más adelante continúa: "*Cuida, pues, Glaucón, no sea que, deseando la gloria llegues a lo contrario. ¿No ves qué peligroso resulta decir o hacer lo que uno no sabe? Da una mirada entre tus conocidos que se meten a hablar o a hacer sin saber, y considera si, por tal razón, estarán cosechando elogios o reproches, son admirados o criticados. Considera, por el contrarío, a los hombres que saben lo que dicen y lo que hacen ; y verás, creo, que, en todas las circunstancias, se llevan los votos populares precisamente los que saben, mientras que oprobio y desdén corresponden a los ignorantes. Además, puesto que amas la honra y quieres hacerte admirar en tu Ciudad, esfuérzate en llegar a saber lo que te propones hacer, porque si llegaras a desbancar en esto a los demás y a tomar las riendas de la Ciudad, nada me admiraría de que obtuvieras fácilmente lo que desearas*". [JENOFONTE, 1986, *Recuerdos de Sócrates,* Barcelona, Edicomunicación, pp. 111-12]

[214] La Constitución de Cádiz (1812) instituía el sufragio universal a cuatro niveles: parroquial, provincial, regional y estatal, sin nigún requisito censitario de riqueza o capacidad (cosa que sí establecerían, como se sabe, posteriores textos constitucionales). El Estado dejaba de ser feudal y corporativo para hacerse nacional e individualista. Si por un lado las Constitución pretendía restablecer la monarquía templada y las antiguas Cortes, la obra constituyente revolucionaria, abstracta y apriorista ponía las bases del moderno liberalismo, con una nítida separación de poderes y una reforma constitucional muy rígida. Se consolidaba el derecho de propiedad y la igualdad ante la ley. Se buscaba la centralización, pero se respetaba el espíritu de las Juntas de la Guerra de la Independencia ; aunque las provincias y municipios se viesen regidos por jefes superiores o jefes políticos, las Milicias Nacionales eran independientes del rey. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op.cit., pg. 2.252]

samiento que el bien de la clase pobre, harto desheredada hasta entonces, y las mejoras de la población abandonada a sí misma[215].

Y en efecto, no sólo se repartieron e hicieron suertes de braceros, o séase de dos o tres fanegas de cabida, todos los campos de las dehesas concejiles próximas al pueblo, dándoles dos a cada vecino para la alternativa de sus preojuales, sino que se plantearon obras de cabradas y fuentes públicas, que se reconstituyeron las más por estar en punible abandono, suministrando al Gobierno también más de 2.000 duros que éste acogió como donativo para el equipo y organización del Ejército de reserva que formaba Narváez en Jaén y que había casi forzosamente invitado a los pueblos. Pero no era esto sólo lo que apremiaba al pueblo y traía a sus fondos apurados, sino es que, siguiéndose un expediente ejecutivo del Ayuntamiento de Cádiz contra el de Alcalá como patrono aquél del censo del capitán Chinton Fantoni, que pesa sobre éste por un valor anual de una fuerte suma de reales que aquel piadoso varón impuso sobre los fondos comunes de este vecindario a favor de dotes de doncellas pobres, y habiendo porción de decursos, caída que ascendía a más de dos mil duros su importe, se había acordado por la Diputación Provincial para su enjugo la venta de la próxima Dehesa del Pradillo, que toca casi con sus márgenes a la salida de San Antonio y donde estaban situadas las suertes de 50 braceros, por tener en ella hechos sus repartimientos.

Nuestro padre, que comprendió todo el mal de la trascendencia de esta venta, y que iba a caer en manos de la casa de Varela la preciosa finca y llegar con sus ganados a las casas del pueblo trastornando el bien de aquellos pobres a quien[*es*] les cupo, se presentó en Cádiz ya en días de la subasta, y pidiendo la palabra en una sesión de la Diputación de Provincia, hizo ver los males que esta enagenación iba a causar y pidió con resolución que se le concediese un arbitrio sobre leñas para salvar la venta de la finca. Autorizado al efecto, mandó señalar limpia y entresaco unos cuantos montes, que subastados al instante dieron sobrado y beneficiosamente una crecida cantidad con que se rescató la Dehesa y dejó de nuevo repuestos los fondos apurados por el coste de las obras y de las

---

[215] Las constituyentes de Cádiz querían hacer ante todo una *reforma social*. Entre los Decretos más importantes está el de 1811, promulgado, como se vé, antes de que lo fuese la propia Constitución ; instituye la abolición de los señoríos, afirmando la igualdad ante la ley de todas las personas. Fue la primera operación seria encaminada a desmontar el Antiguo Régimen. También quedaba abolida la palabra 'vasallo', supri miéndose todos los privilegios al estar todos los ciudadanos obligados a rendir al Estado una serie de servicios y a pagar los impuestos en función de su capacidad económica. Cualquier atisbo de Reforma Agraria, por otra parte –todo hay que decirlo- brilló por su ausencia.

obligaciones atrasadas y corrientes, que se pagaban religiosamente y como jamás se ha vuelto a ver. La educación pública recibió impulso y auxilio, suministrando a las escuelas y beaterío útiles y libros para los alumnos pobres[216], [*a*] la Milicia Nacional armas y algunos uniformes, y [*a*] todos los ramos las mejoras de que eran susceptibles ; nada, pues, quedó olvidado, y fue un corto período tan bien aprovechado y tan prolífico de bienes,que se cita aún hoy en día como modelo.

Antes de terminarse se instituyó o dio principio [*a*] un pleito contra el Duque en reivindicación que debía hacer la villa del suelo de los Aguijones, cuyo arbolado era de ella, y éste de había apropiado aquél, así como los cáno[*nes*] que percibe de 200 y pico de caballerías grabadas con él, mientras que él, por su parte, no cumplía ninguna de las obligaciones y cargas que aceptó en las célebres transacciones en que funda su derecho. La Compañía de Caballería de la Milicia Nacional se elevó al número de Escuadra, siendo elegido para Jefe o comandante el joven que estaba al frente de todo y que gozaba de tanto prestigio que se despertó la idea de nombrarlo diputado provincial en la nueva elección de esta clase que se preparaba, y estándo todo arreglado y casi decidido en unión con Medina, donde los Manises trabajaban la candidatura, habiendo sido estos traviesos hermanos ganados a última hora por Valcárcel, el administrador del Duque, en pugna ya con

---

[216] De acuerdo con sus principios liberales, la Constitución gaditana, en sus Artículos 366 a 370, incluía declaraciones programáticos o de compromiso, tales como el establecimiento de escuelas de primeras letras "*en todos los pueblos de la monarquía*" para la enseñanza de la lectura, escritura y cálculo, así como del "*catecismo de la religión católica, que comprenderá también una breve exposición de las obligaciones civiles*", o la creación del "*número competente de universidades*" y "*otros establecimientos de instrucción*", junto a otras de índole organizativa, tales como la uniformidad (formación de un plan general de enseñanza) y la centralización (atribución a las Cortes de la competencia máxima en materia educativa y creación de una Dirección General de Estudios). En 1836 todas esas buenas intenciones se plasmaron en el *Plan Pidal*, que reformando en algunos puntos el *Reglamento* de 1821, abarcaba todo el sistema educativo y nunca llegó a ser aplicado en su totaldad ; propugnaba más o menos lo siguiente:

a) Abandono del 'principio de gratuidad'
b) División de la Enseñanza Primaria en dos niveles: elemental y superior ; creación de escuelas normales para la formación de maestros
c) Ordenación de la Enseñanza Secundario en dos niveles (elemental y superior) a cargo de Institutos de diferente categoría
d) Institución de la Tercera Enseñanza, que comprendía Facultades, Escuelas Especiales y Estudios de Erudición
e) Disposiciones comunes a la Segunda y Tercera Enseñanzas referentes a la carrera docente, métodos, libros de texto, grados y organización académica
f) Administración educativa según un criterio de reparto territorial en cascada
g) Proclamación expresa del principio de 'libertad de enseñanza', aunque fijando unos requisitos mínimos de titulación para el nivel Secundario.

[VIÑAO, A., 1994, "Política educativa", en *Historia de la Educación en España y América*, op. cit., III, pp. 41 ss.]

nuestro padre desde que se promovió el pelito contra su dueño. Viendo éste[217] ya que podían falsearle aquel punto, aunque tenía éste compacto, retiró su candidatura antes que verla derrotada por intrigantes, formando en su justo despecho la idea de retirarse del servicio público y hastiado de andar en tan resbaladizo terreno, sin dejar ni cejar un ápice de sus ideas liberales se retiró por completo a su casa al terminarse el año de su Alcaldía, de donde nunca jamás se proponía salir, ni de su círculo de primer contribuyente, a cuya altura había llegado desde el año anterior.

Así, por un desengaño harto duro y provechoso para un hombre de su delicadeza, se cortó para siempre el vuelo de águila de aquel joven, que hubiera sido un portento en la Diputación Provincial y hasta en la de Cortes si a ella su suerte lo hubiera llevado, dejando luminoso con sus exacciones y singulares hechos, atendído su particular númen y organismo de estadista y genio creador para arroyar dificultades y desembarazar tropiezos, malográndose por este capricho de la suerte grandes cosas y bienes para la población de su cuna, pues era en figura, talla, arranques y honradez un hijo casi idéntico al del Ministro célebre de la época Don Juan Alvarez y Mendizábal. Todo se perdió y trastornó al ponerlo en parangón con una medianía sin tacto ni conocimiento alguno de necesidades de pueblos ni de su régimen ni organización, como lo fue el dependiente del Duque, que sólo pudo lucir en los salones de los padres de provincia la casaca galoneada de plata de Comandante de la Guardia Real, que cubría con su brillante atavío la librea servil de la Casa de Medinaceli, cuyos intereses defendía y trató de pone a cubierto desde el puesto que escaló con intrigas el redomado cortesano, que era en lo que siempre se manifestaba ducho y ágil.

[217] Nuestro padre

CAPITULO XII: Período de tres años que se siguen hasta el Pronunciamiento del año 40. Conclusión de la guerra. Muerte de la tía Juana. Nacimiento de los últimos hijos. Casamiento de nuestra hermana mayor y varios sucesos y avatares de la labor

Debilitado y sin ilusiones hemos dicho que quedó aquel brío varonil de nuestro padre al tocar el vacío de la ingratitud y la amargura de los desengaños al terminarse su Alcaldía, y aunque tranquilo con su conciencia y [*con*] su honra inmaculada, ofreció no separarse más en delante de la crianza de sus hijos y los cuidados que sus propias cosas requerían para no volverse a ver abrumado con ajenos cuidados y tocar después desencantos y disgustos que casi siempre le acompañan. Había quedado en el pueblo entre la hez y [*el*] canallaje un partido ambicioso y medio socialista que, no queriendo avenirse con las garantías y lugar que la Constitución de pronto le había dado, quería aún llevar más adelante sus quiméricos ensueños e irrealizables utopías[218] ; esta turba de ignorantes ambiciosos, capitaneados por un revoltoso sargento, licenciado y casado en ésta con una linda labradora, llamado Don Manuel Luna, hombre avieso que había servido al despotismo y a todos los poderes y dispuesto a todo por figurar, no siendo más que una triste medianía, como lo veremos en su caso, y el que ayudado de un revoltoso zapatero de perversa intención llamado Juan Redondo se habían propuesto desde la más baja y nauseabunda hez flotar con sus adeptos sobre el río revuelto de la política y entronizar con los suyos el mando para dominar el pueblo.

---

[218] En España las primeras formulaciones de *socialismo utópico*, influidas por pensadores europeos de ideas semejantes (fouríeristas, cabetistas, saint-simonianos) coincidieron con un clima de efervescencia en el que se mezclaban muy variadas circunstancias: el apogeo de la guerra civil carlista, el proceso de consolidación del sistema liberal con desamortización incluida, los primeros pasos de maquinización intensiva en la industria textil catalana, etc. [ABELLAN, José Luis, 1984, *Historia crítica del pensamiento español, (IV),* Madrid, Espasa-Calpe, pp. 604 ss.] Todos los socialistas utópicos españoles, por otro lado, compartían una serie de características que no eran necesariamente las que describe nuestro autor:

a) Una evidente dependencia teórica de los primeros socialistas franceses, lo que les conducía a una enorme falta de originalidad en sus planteamientos.
b) Una lucidez muy marcada, que les llevó a adaptar al caso español las reflexiones teóricas ajenas con aguda conciencia crítica del hondo proceso de transformación que estaban viviendo y de la conflictovidad inherente al mismo.
c) Esta misma conciencia crítica les llevó a matizar la dimensión utópica de sus propuestas, llevándoles hacia el reformismo social más que hacia la revolución.

[ELORZA, Antonio, 1970, “Introducción”, en VARIOS, *Socialismo utópico español*, Madrid, Alianza, pp. 7 ss.] En el período que estamos tratando, el saint-simonismo tuvo un núcleo importante de difusión en Barcelona gracias a los escritos de Fontcuberta y de Raüll ; al mismo tiempo, Ribot y Fontsere difundió las ideas de Lamennais. El fourierismo, por su parte, tuvo un fuerte núcleo inicial en Cádiz alrededor de Abreu y Orta, Alonso, Huarte y Sagrario de Beloy. El primero de ellos impulsó, además, la formación de otro importante grupo fourierista en Madrid. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 9.228]

Habiendo ingresado en la Milicia Nacional so capa de un mentido patriotismo, habían revuelto y quebrantado la disciplina de esta pacífica institución, llegando al caso de rebelarse contra su capitán, el digno caballero Manzano, que ciego de furor echó mano a la espada contra el chavacano y marmullero sargento, que fue sentenciado por consejo de disciplina apoyado por el Alcalde a ser lanzado de las filas, donde jamás debió haber entrado el que se avino a sus fines, [*y*] a una plaza de calabozo en la cárcel, que murió desempeñándolo. Lanzado del benemérito cuerpo, [*éste*] fue el foco en delante de conspiración permanente de ambiciosos y disgustados, dándose la mano, como sucede siempre, en los partidos extremos con la facción realista desechada del mando y que veía en él un instrumento de sus miras y de traer en jaque al vecindario. Infatuado de verse hecho pendón de un corto, aunque despreciable, bando, llegó a faltarle un día al respeto a nuestro padre, que tenia, sin necesidad de ser Alcalde, humos muy altos y no se avenía a estas cosas, el que mandó lo llevasen atrincado a la cárcel para formarlo la oportuna causa.

Juró el vengativo sargento tomar una ruidosa venganza y guardó dentro de su mezquino pecho su calor, dándose o haciéndose el mortecino todo el año que se siguió a la Alcaldía de nuestro padre, que fue reemplazado por el honrado Ulloa. Aprobó el Ayuntamiento de aquél al de nuestro padre sus voluminosas y variadas cuentas, dándole de todo oportuna y laudatoria terminación, que fue confirmada, como entonces se usaba, por la Diputacion Provincial, y descuidado y seguro de todo nuestro padre por él y por sus compañeros, desviándose por completo de la candente lucha de los partidos alto y bajo que al fin de la Alcaldía de Ulloa, en 1838, se empezó a formar con los hombres sensatos y arraigados de un lado y las masas deslumbradas por Luna y Redondo por otro, los que le ofrecían el Jauja[219] del comunismo[220]. Amena[*za*]do de cerca y viéndose hecho blanco del tiro de aquellos dos hombres a quien[*es*] jamás había dañado, fuele preciso apoyar con su influjo y con sus sirvientes el partido del justo medio y de la razón a que era preciso

[219] Se conoce por Jauja un país imaginario donde se supone reina la felicidad, la prosperidad y la abundancia. La leyenda acerca de este mítico territorio procede de la interpretación popular de las primeras relaciones de Pizarro (datadas en un lugar llamado *Xauxa*, conquistado en 1533), que identificó el nombre de esta ciudad con toda la supuesta riqueza del Perú. En el Imperio Inca serían otras tantas 'jaujas' los lugares donde se repartía entre el pueblo el sobrante del impuesto asignado al soberano una vez satisfechos los gastos de los ejércitos en guerra y de los incapacitados para el trabajo. Fue en Francia (*pays de cocagne*) y en Italia (*paese di cuccagna*) donde apareció por primera vez la leyenda acerca de una jauja rebosante de leche, vino y miel, y de árboles de cuyas ramas pendían lechones asados. [*ibid*., pg. 5.414]

[220] No se trataba todavía del comunismo prometido por el *marxismo*, ya que éste, como es sabido, no se daría a conocer en Europa hasta 1848, fecha de publicación del Manifiesto Comunista, obra de Karl Marx y Friedrich Engels. Eran simplemente manifestaciones de 'socialismo utópico'.

someterse[221], pues hasta el supremo Gobierno giraba en este período de hombres moderados a la caída de Mendizábal a resultas de las manifestaciones del Ejército en Pozuelo de Aravaca, donde éste, reducido y minado por el moderatismo, se negó a marchar sobre la facción, todo esto en connivencia con la Regenta, declarada partidaria de esta bandera, la que en aquel acontecimiento preparado por ella misma se apresuró a aceptar las dimisiones del Ministerio progresista[222]. En este mismo tiempo estaba la guerra en todo su período álgido, pues además de las provincias del Norte y Centro incluía [*a*] Cataluña, y las facciones pululaban por La Mancha[223].

Pero volviendo a Alcalá, donde nuestro padre seguía en sus tareas disgustado también por el mal año que fue de cosechas el 1838 y por la falta de contraste y promesa que le habían dado del Cortijo de las Covadillas objeto de sus ensueños, que Varela había renovado aceptando la puja y suscribiendo el arrendamiento por indeterminado número de años, quedando de este modo frustrada una esperanza que ilusionó toda su vida. Por este mismo tiempo nos aquejó también el gran disgusto de la pérdida de nuestra querida tía Doña Juana Ramona de Salas, que en vísperas de casarse con su antiguo prometido Don Vicente Valcárcel, el administrador del Duque, coronel y diputado provincial, había enfermado de tisis, siéndonos arrebatada en flor a los 27 años de su edad, empleados to-

---

[221] El bien (o la felicidad, definida como ‘actividad de acuerdo con la razón’,), según Aristóteles, consiste en una mezcla lo más equilibrada posible de virtudes ‘dianoéticas’ (intelectuales) y ‘eticas’ (morales) y se podría resumir en el concepto de *perfeccion en el obrar*, cuyas características serían el hábito de elección y el ‘justo medio’, que daría lugar a los conceptos de *justicia* y de *amistad*.

[222] La Constitución de 1837, propuesta por el Ministro Calatrava, era un texto basado en el consenso, ya que incluía las propuestas tanto de los progresistas como de los moderados, quienes posteriormente la retocarían según sus intereses, dando lugar a la Constitución de 1848. Se continuaba con el bicameralismo y se aceptaba a Isabel II como futura monarca legítima y a la Casa de Borbón como dinastía reinante Una vez proclamada la Constitución, se otorgó una amplia amnistía que permitió la vuelta de los emigrados, y su regreso contribuyó a reforzar la oposición, que era apoyada desde la clandestinidad por las sociedades secretas, El Gobierno de Calatrava (no el de Mendizábal, como afirma el texto ; éste Ministro había dimitido un año antes) cayó a causa de la rebelión de oficiales d*e Pozuelo de Alarcón* (no de Aravaca como dice el texto) que aquí se menciona. A partir de este momento se sucedieron, efectivamente, una serie de Gobiernos moderados de importancia relativa, coincidiendo con la decadencia de la Regencia de María Cristina. Una ulterior convocatoria de Cortes (1848) trajo consigo la salida de los moderados, que habían accedido al poder a consecuencia del hastío popular ante la continua tensión política.

[223] Tras el fracaso de Gómez en su famosa ‘expedición’ se planeó la llamada *expedíción real*, que pretendía reavivar la moral de los combatientes, obtener, quizás, apoyo efectivo por parte de Austria y Prusia e intentar alcanzar un pacto con la Regente. La expedición salió de Estella el 15 de Mayo de 1837 y consiguió llegar hasta las afueras de Madrid, aunque no está claro si hubo o no contactos con las Regente ; sí se sabe, en cambio, que los carlistas no llegaron a atacar Madrid y que la presión de Espartero les hizo retirarse sin ofrecer combate, regresando a Navarra en Octubre. Fue precisamente este fracaso el que convenció tanto a liberales como a carlistas de que no existía una solución militar a corto plazo ; además, el carlismo había perdido gran parte de su credibilidad a nivel internacional. Algunos sectores del mismo comenzaron a plantearse la posibilidad de pactar la paz, sobre todo a partir de la llegada de Rafael Maroto desde Francia en Junio de 1838 para asumir el mando militar.

dos en el bien de sus semejantes y en amarnos a nosotros, sus sobrinos y hermana Francisca, de cuya casa no salía, teniendo particular preferencia conmigo, a quien llamaba su sobrino predilecto. Así y tan fugaz se desapareció aquella joven que arrulló y meció nuestras camas y cuyos ecos y gritos suenan en nuestro oído, pues pasaba las tres cuartas partes de su tiempo al lado de su inseparable hermana, llamando Mamá Clara a la que nosotros llamábamos así. Este lúgubre suceso nubló nuestros corazones, que aún la recuerdan enternecidos. Vino a reemplazar la gran pedida y a mitigarla algún tanto el nacimiento de una niña a los 20 días de la pérdida de la tía, y a quien se le puso en su memoria Juana Ramona, que vino a formar el noveno hijo de nuestra ya crecida familia. Concluidas aquellas vacaciones regresé a Sevilla, marchando otros tres niños, Antonio, José María y Joaquín, a un Colegio de Humanidades establecido en Ronda, pues el único afán de nuestros padres era el de darles unas carreras brillantes y útiles. Cuatro hijos estaban ya en comienzo de tomarlas, y todos [*los*] demás varones habían de inaugurarlas también, pues era un empeño y su ahinco todo, sin reparar en sacrificios que se iban a ocasionar.

En tanto se aprestaba a batallar el partido de Luna, que entró en combate con un haz de pueblo y masa ignorante seducido con sus promesas contra la parte cuerda, siendo tan dudoso el resultado y tan encarnizada la lucha que se anularon por tres veces las elecciones, sosteniéndose batallas en las naves de la Parroquia, cuyos dos lados ocupaban los partidos, pues sólo en este sitio podía evitarse el que vinieran a las manos ; por último triunfó el bando ignorante por corto número de votos y fue entronizado casi a mediados del año el partido del sargento, siendo éste elevado a Alcalde y su discípulo, o mejor dicho, maestro o remendón, el anarquista síndico, los que no pudiendo ni allanar propiedades ni ampliar los repartimientos, que estaban ya hechos, se entretuvieron en despojar de terrenos a unos para dárselos a otros y en hacer ellos mismos la guerra divididos por un travieso Secretario llamado Sánchez Prado, mientras que el zapatero, que mandó su banquilla y [*sus*] hormas apolilladas una noche de San Juan, se puso al frente de otros, concluyendo todos por encontrarse unos a otros y andar a las manos en el mismo Salón de las Sesiones, alzándose algunos con fondos y documentos de gran interés, pues hasta el Libro de Actas de aquel año desapareció.

No desperdició el sargento el corto tiempo que estuvo en paz con su gente para arrostrar sus iras engreídas contra el hombre a quien odiaba, y constituyendose él sólo en juez y fiscal, quiso residenciar y abrirle de nuevo las cuentas del célebre Ayuntamiento

del 37, llegando su avilantez hasta el extremo de que porque nuestro padre no quiso presentarse a su autoridad y a sus repetidas [*e*] insultantes órdenes, trató de reducirlo a prisión teniendo nuestro jefe que eludir la persecución y ponerse al abrigo del juez de Medina, de quien trajo un salvoconducto para librarse de sus tiros en adelante. Después de esto el célebre sargento transigió y entregó la causa del pueblo en el pleito que éste había incoado y en vísperas de ganar en Sevilla, retirándose al postre su casa escupido a la cara por todos sus parciales, y su corta dominación terminó como la comedia de Ubrique y como suele terminar siempre esos fatales períodos en que la hez demagógica se sobrepone por un acaso a la razón, a la mayoría. En este tiempo la guerra civil estaba agonizando por el célebre Convenio de Vergara, que había hecho abrazarse en el memorable campo de esta villa [*a*] los dos ejércitos contrarios, hartos de carnicería tras cinco años de rudos combates ; la causa del alzamiento de las Provincias Vascas se había disipado, pues los fueros les fueron reconocidos[224]. El pretendiente, seguido de una corta fuerza, se había fugado desde Estella a Bourges en Francia, donde el Gobierno de Luis Felipe se había situado. Sólo en Aragón Cabrera, y en Cataluña algunos otros jefes sucesores del Conde de España sostenían el negro pendón. La[*s*] plaza[*s*] de Morella y Cantavieja y otra docena de fuertes eran los únicos que habían de oponer una resistencia desesperada y digna de mayor causa[225].

En tanto nuestros niños en sus colegios y Universidad y sus padres en el centro de su casa pasaban bonancibles y tranquilos días esperando siempre ver compensados sus esfuerzos y afanes, que tenían por objeto y noble fin el de hacer de ellos un plantel de hombres entendidos y útiles a sí propios y a su familia. Antes de terminar este año de 1839 habíase casado a mediados del mes de Octubre y al cumplir los 14 años nuestra hermana mayor Aurora, que a un rostro hermoso y gentil cuerpo reunía un alma aún más

---

[224] Maroto centró las discusiones de paz en dos elementos centrales: los fueros y las compensaciones a los combatientes. En Febrero-Marzo de 1839 se planteó como posible solución el enlace del heredero del pretendiente con Dª Isabel, futura Isabel II ; a tal fin sondeó la opinión al respecto de Francia e Inglaterra. Esta última pidió la renuncia de Don Carlos y que se aceptase el Estatuto Real. El 31 de Agosto del mismo año los marotistas, representándose a sí mismos, firmaron el *Convenio de Vergara* concluyendo de esta forma la guerra en el Norte. El Convenio no creó en realidad las bases de una paz duradera, ya que simplemente se limitó a ofrecer una vaga promesa con respecto a los fueros para tranquilizar a la población vasco-navarra y asegurar el reconocimiento de los grados militares del ejército de Maroto ; sus condiciones no lograron, por tanto, satisfacer a muchos carlistas, 6.000 de los cuales pasaron a Francia sin suscribir el acuerdo. Antes de la firma de este Tratado hubo otros intentos de encontrar una solución pacífica, los cuales se vieron abortados, tanto por la actitud de Don Carlos y los 'apostólicos' de un lado como de Espartero por otro. [2]

[225] Don Carlos cruzó la frontera el 14 de Septiembre de 1839, aunque, como comenta el texto, todavía el frente del Maestrazgo estaba activo, pero el ejército isabelino, libre de las cargas que representaba la guerra en el Norte, reconcentró sus fuerzas y ocupó Morella el 30 de Mayo de 1840, retirándose Cabrera hacia el Norte, cruzando los Pirineos el 4 de Julio de ese mismo año.

bella y digna de su belleza, nutrida y educada en la escuela de virtudes de su madre y abuela, de quien[*es*] nunca se había separado más que unos cortos meses que en su niñez había pasado al lado de sus tías en Cádiz, las herederas de tía Leonor. Ya hemos dicho que era de alta talla y ademán aseñorado, descollando entre todas las jóvenes de su edad por su bizarría, así como por su modestia, y los que el Beaterío donde se educa-ra le había suministrado. Heredera de la gentileza de aquellas célebres señoras que en Ampudia de habían señalado de nuestra familia, iba a ser capaz, como buena esposa, de dejarse asesinar y arrastrar a un precipicio como nuestro ilustre y desgraciado progenitora Doña Beatriz Ponce de León, señora de Autol y Davalillo, siguiendo la suerte de su esposo. Al enlazarse con el joven Delgado de Mendoza, de una familia noble y antigua de Medina establecida en Alcalá le hizo comprender nuestro padre a su yerno que sin dejar de llevar su apellido, tan noble y antiguo como el que más, por su constancia y esfuerzo se hallaba en aquella cómoda situación y en pasaje de enlazar bien a sus hijos, por lo que debía comprender que en adelante, lejos de mirar con disgusto el verlo laborioso y emprendedor, se complacería en sus adelantos y auxiliado sus consejos y ejemplo daba cima a arduas empresas ; entonces le contó con gran donaire y gracejo sus pasajes de una vida muy alusiva al caso y que retrataba al vivo el carácter y [*la*] nobleza de sus sentimientos y dijo:

"*Tenía yo el año de 31 una laborcita pequeña en las Itieras, que estaban, como es sabido, a espaldas y en la dirección del Cortijo del Alamo, de tu familia, y teniendo yo que venirme al pueblo, pues era un sábado en que la gente se había venido y no había quedado en éste más que el aperador y yo ; y teniendo en la era un montón de trigo de consideración, llevado de mi natural genio y contando con una hermosa luna, llenamos nuestras jergas y costales, reunimos unas burritas que tenía, y dejando al cargo del temporil la era, me encaminé yo con mis bestias y mi caballo, al que coloqué una albarda, cargados todos de trigo para Alcalá. Había anochecido, y una clara luna llena había venido a reemplazar la falta del día, pareciendo la noche en lo luminosa un día nublado, venía yo tras mis bestias cargadas paso entre paso, cuando al llegar con ellas cerca del Palmar de Notares a un lleno del monte, sentí a mi espalda un gran tropel de caballos y mulos con gran zambra de un holgadero, y éralo en efecto tal, pues tu Mamá, hermanos, tu cuñado y* [el] *entonces Corregidor Martínez, rodeados de montaraces y sirvientes de la casa, venían en confuso tropel y algazara hacia donde yo iba con su festiva cabalgata, que en redoblado paso se adelantaba. Francamente, con la claridad y mi cuerpo tan marcado me iban a conocer andando a pie tras mis burros en pelo, y tal vez a burlarse por lo pronto del asendescado caballero, que de este modo caminaba, y sobrino que era de un célebre capitán por quien tu madre, como nos lo ha dicho por su propia boca, medio perdío la chabola mi tío Don Joaquín de Puelles. No me dejó de dar un poquito de bochorno ; ¿y qué hice? Enderezando las cargas, arreé las bestias, y echándome a un lado del camino y tapándome tras de un matón mientras que pasó la comitiva, me estuve adobiado hasta que dejé de oír el tropel, que dejó sin apercibirlo atrás a mis burras, a quien*[es] *volví yo a arrear cuando pasó la unbe. Yo me libré de mi propio escozorcillo,*

y aquellas cosas y otras parecidas nos han traído al pasaje de que pueda uno estar en adelante al nivel de su clase. Si yo hubiera sido un niño haragán como hay muchos, no tendría si acaso más que las cuatro casitas de mi madre, pues sabido es que mi padre no me dejó más que su antiguo apellido”.

Así y con otros apólogos y anécdotas instructivas recreaba y enseñaba mi padre al auditorio, que admiraba no sólo su bella frase como profundo talento. Tras el casamiento de Aurora, que quedó viviendo dentro de la misma casa, pasé yo aquel año a cursar a Granada, abrazando en mi viaje a los otros niños en Grazalema, cuyo Colegio de había trasladado desde Ronda a este punto, instalándose en un basto convento de esta industriosa población, llegando yo a la morisca ciudad cercada de eternos vergeles y que domina una extensa vega una tarde de Todos [*los*] Santos, donde hube de pasar todo aquel curso siguiente, produciéndole esto a nuestro padre dobles gastos. Sin saber nuestra labor dentro del área de nuestras tierras iba redoblando sus ganados, que pastaban entre éstas y las dehesas que iba tomando cada año. No he mencionado hasta ahora un negocio que explotó nuestro padre en este mismo tiempo y que le dio grandes resultados. Hablo de la instalación de unos billares que él mismo dispuso y encomendó a sus mozos, siendo con tal acierto y fortuna, porque hacía muchos años que había quitado el viejo Génova Chasaro los suyos, y que le produjo al poner hasta tres mesas en la casa que heredamos de la monja casi frente a la nuestra, un río de plata con el que se sostenían las carreras de los niños, desquitándose los valores de casa y mesa antes de los dos años de su instalación. Tal estrella y numen guiaba y conducía a nuestro progenitor con tal seguridad a la fortuna como la de los Magos al Portal.

CAPITULO XIII: Año de 1840, en que se termina la guerra de Aragón ; se señala en el sitio de Morella un pariente nuestro. Pronunciamiento de Septiembre. Compra de los donadíos y traspaso de la labor de Villanueva. Situación de todo hasta el año de 1843. Pronunciamiento de este año, y mi viaje a Madrid, donde conocí a la familia del tío Felipe

Al empezar el año 1840 debemos ocuparnos de la feliz terminación de la Guerra Civil de los 7 Años[226], que en éste mismo finó, no tan sólo por lo que se merece la importancia del suceso como por haberse aparecido dentro del recinto de la terrible Morella[227] un Coronel del arma de Artillería que se señaló en el mando de esta fuerza, oficial facultativo de relevante mérito y de una fidelidad ejemplar a esta desgraciada causa que entonces tantos abandonaron, siguiendo a su jefe a la emigración, de los pocos que lograron evadirse cuando se apostillaron los muros y abrieron las brechas de la desesperada y pertinaz plaza, llamado Don Gregorio de Puelles, sin que podamos aún todavía tener averiguado si era de las ramas que se esparcieron por el territorio de Valladolid, hermanas de nuestro tatarabuelo, o del tronío frondoso de los de Labástida, retoño brioso de donde han provenido todas. Séa de donde quiera que fuese este mismo brillante oficial, lo vemos más adelante aparecer de nuevo con un alto empleo que le condujo a ser víctima de su causa en el servicio del príncipe a quien se adhirió.

Tomada Morella y Cantavieja con los demás fuertes del Maestrazgo, se retiró Cabrera hacia Cataluña, donde le quedaban aún algunas plazas y batallones, mas dispersos éstos y tomadas aquellas por 100.000 hombres, aguerridos soldados que mandaba Espartero, hecho ya en este tiempo Duque de la Victoria y de Morella y Generalísimo, terminó la campaña pasando el denodado caudillo a Barcelona, donde se hallaba la Real

---

[226] La 1ª Guerra Carlista (1833-1840).

[227] Debido a su situación geográfica, dominando las vías de comunicación entre el Bajo Aragón y el Mediterráneo, Morella (prov. de Castellón de la Plana) ha sido plaza de gran importancia militar. Conquistada en 1114 por Alfonso I, que la abandonó muy pronto, pasó definitivamente a los cristianos al ser tomada por Blasco de Alagón (1232, pasando a ser señorío real bajo Jaime I en 1250. En 1414 se reunieron en ella Benedicto XIII y Fernando de Antequera para intentar solucionar el cisma. En las disputas internas se mantuvo siempre al lado de los reyes, teniendo una activa participación en la Guerra de las Germanías, a quienes apoyaban las aldeas dependientes de esta ciudad. En 1685 se produjo un levantamiento de los campesinos, que consiguieron apoderarse de la población. Durante la Guerra de Sucesión fue conquistada por el bando del Archiduque Carlos en 1710 y recuperada por los Borbones al año siguiente. En la 1ª Guerra Carlista, por fin, desempeñó un papel de gran importancia militar: en 1833, gracias a la traición del gobernador de la plaza, fue tomada por los facciosos, que se vieron obligados a abandonarla a los pocos días. Cabrera la ocupó, tras un largo asedio, en 1838, y la convirtió en su cuartel general ; el general Oraa fracasó en su intento de recuperarla, lo que logró finalmente Espartero en 1840. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 6.731]

Familia y la artera Regenta, que contaba con un general niño mimado de la fortuna para destituir la libertad o amenguarla, ya que no se necesitaba de los esfuerzos de la nación para que quedara afianzado el trono de su hija[228]. Era una idea digna de una Borbona de pura raza y de la familia de Nápoles, que también habían ensayado estos cambios[97] ; mas Espartero rechazó la tiranía pérfida y previno a su Ejército y a la noble nación del lazo que se le tendía, jurándole con este motivo odio eterno la Regenta.

Rotas las hostilidades entre la Corte y la nación, no era dudosa la victoria, atendído al lado que favorecía el liberal Ejército y su entusiasta caudillo, pero faltaba un motivo para el rompimiento, y éste vino al cabo. Al tratarse de plantear una nueva Ley de Ayuntamientos barrenando y destruyendo la popular doceañista, el pueblo, la Milicia Nacional y el Municipio de Madrid se alzaron proclamando los sagrados principios que se querían cercenar tras los peligros y sacrificios cruentos hechos por la nación. Todas las demás capitales de España la imitaron, y la Regente, en su despecho, renunciando a su cargo se embarcó en Valencia, arribando a Marsella y apostrofando de ingratos y desleales a los que debían llamárselo a ella[229]. La Regencia provisional que la sustituyó, [*estaba*] compuesta del mismo Ministerio que heredó el poder, convocó nuevas Cortes donde estuviesen en toda su plenitud representados todos los partidos, y que al reunirse habrían de elegir al caudillo victorioso y modesto Regente, al popular Espartero[230], y tutor y guardador

---

[228] Tras la derrota de Aranzueque decidió Cabrera regresar al maestrazgo, apoderándose por sorpresa de Morella (1838) y la convirtió en capital de su pequeño feudo montañés, donde trató de organizar los rudimentos de un Estado y de una Administración. Derrotó a Oraa, que intentaba reconquistar la plaza y fue recompensado con el ascenso a teniente general y el título de Conde de Morella. El fin de la guerra del Norte, con el 'abrazo de Vergara', permitió al Gobierno concentrar sus tropas contra Cabrera, quien enfermo de gravedad en estos momentos tuvo que ver cómo Espartero tomaba Morella, y hubo de marchar con sus hombres hacia el norte, tratando de refugiarse primero en Berga y acabando por atravesar la frontera francesa (6 de Julio de 1840). [*ibid*., pg. 1.494]

[229] Por la Convención de Calasanza (20 de Mayo de 1815) el reino de Napoles fue restituido a los Borbones tras las guerras napoleónicas. Tras su segunda restauración, Fernando IV decidió suprimir la autonomía siciliano y se tituló Fernando I de las Dos Sicilias, reino que se había establecido oficialmente tras el Congreso de Viena. En los 40 años que duró el nuevo reino se agudizaron el movimiento autonomista siciliano y el liberal frente al absolutismo centralizador de la monarquía. Fernando no pudo dominar la revolución de 1820 y se vio obligado a prometer una Constitución. Pero al año siguiente, con la ayuda de la Santa Alianza, impuso su autoridad. Su hijo Francisco I (1825-1830) restableció la Constitución liberal que él mismo había promulgado en 1812 como Regente y que su padre había abolido en 1816. Esta carta Magna sería nuevamente abolida por su sucesor, Fernando II (1830-1859) en 1848, continuando el absolutismo en Nápoles hasta que la capital fue conquistada por Garibaldi en 1860. [*ibid*., pg. 6.882]

[230] En su Gobierno, Espartero colocó a personas de segunda fila ; él era ante todo un militar y necesitaba a gente a la que pudiera mandar, cosa que los líderes progresistas nunca habría aceptado. Se produjo, a consecuencia de ello, una escisión en las filas progresistas ; Espartero se ganó, asimismo, el odio de todos los demás sectores, y al final optó por trabajar con una coalición moderado-progresista. Como Presidente del Gobierno elegió a Antonio González, y Mendizábal le apoyó hasta el final de su mandato. Quitó, además, de Palacio a los grandes que habían rodeado a María Cristina y colocó a sus hombres en torno a la futura reina, mientras que aquélla seguía intrigando en París.

de las regias huérfanas al sublime orador y puro patriota Don Agustín Argüelles, llamado ya en esta época el 'patriarca de la libertad', pues fueron los ecos de su majestuosa elocuencia los que se oyeron primero resonar en la tribuna de San Felipe de Cádiz y responder a los de los cañones franceses de Puerto Real[231].

En nuestro Alcalá fue acogido este pronunciamiento con entusiasmo, entrando de nuevo el partido sensato liberal y tomando las riendas de la municipalidad el verdadero y genuino que la había representado, tomando ensanche todo lo que eran inmunidades para el ciudadano. Nuestro padre, que simpatizaba con todo lo que era grande y digno, y así comprendía [*a*] todos los movimientos nacionales, aferrado a su sistema no quiso tomar parte tampoco en la nueva era que se inauguraba, aunque sin dejar de armonizar con su alma entusiasta y juvenil, y cuando se veía excitado por algunos, contestaba a los que le hablaban sobre el particular: "*Aró quien aró ; ya en adelante no estoy bueno más que para gruñir*". Esto lo decía a los 36 años de su edad, cuando muchos principian a figurar y a ambicionar. Pero aquella naturaleza había sido muy precoz y se resentía de cansada y envejecida en la primavera de sus más bellos días. Concluyó el año 1840 y empezó el siguiente con [*la*] compra que principió a hacer tanto éste como nuestro abuelo Salas de fincas de [*des*]amortización, que hasta aquella época no se habían empezado las ventas y operaciones ; casas y tierras se compraban por los dos, pues los demás de la población o no querían o no se atrevían, creyendo aventurar en su resultado[232].

---

[231] Agustín Argüelles (1776-1843) fue diputado en las Cortes de Cádiz, en las que tuvo papel muy destacado. Su elocuencia le valió el calificativo de 'divino'. Fernando VII ordenó que se le apresara en 1814 y le condenó a ocho años de encarcelamiento en el penal de Ceuta. La revolución de 1820 lo puso en libertad y lo elevó al cargo de Ministro de la Gobernación. Al caer el régimen constitucional en 1823 tuvo que emigrar a Gran Bretaña, donde permaneció hasta que la muerte de Fernando VII le permitió regresar y reemprender su carrera política. Se pensó en él como candidato a la Regencia, que al fin fue confiada a Espartero ; entretanto se nombró a Argüelles tutor de la futura reina Isabel II y de su hermana, ambas menores de edad. Desempeñó este cometido con singular honradez, sin percibir la remuneración fijada, y murió pobre como había vivido. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 671]

[232] La economía del país iba cada vez peor, y la solución que intentó Espartero fue la de proceder a la venta de los bienes desamortizados: obras pías, capellanías y órdenes catedralicias. Suprimió también a las órdenes de misioneros, que habían sido respetadas por Mendizábal, y exigió que los clérigos jurasen fidelidad al Gobierno ; todas estas medidas venían detalladas en un *Proyecto de Jurisdicción de la Iglesia*. En 1841 el Ministro de Gracia y Justicia, Alonso Martínez, protestó por las irregularidades que se estaban cometiendo con la institución eclesiástica, y el Papa, por su parte, denunció a su vez la situación de la Iglesia española. Durante el Gobierno Espartero se intensificó asimismo, bajo presión de Inglaterra, la tendencia hacia el librecambismo, aunque con la oposición declarada de la burguesía catalana, más partidaria del proteccionismo, mientras que la gaditana, dedicada más que nada al comercio, secundaba la política económica gubernamental, como se refleja en el texto. De acuerdo con esto, en 1841 se aplicó un arancel que variaba según los diferentes tipos de productos ; el resultado de esta medida no pudo ser más desastroso: dos años más tarde, en 1843, de 60 factorías sederas sólo quedaban 16 (todos los telares de Reus, por ejemplo, tuvieron que cerrar), lo cual explica la renuencia de los industriales catalanes, a los que se unieron pronto los progresistas, que se sentían marginados, los moderados, que habían sido apartados del poder y la Iglesia, por las razones antes mencionadas.

Pero otro proyecto mayor maduraba éste en su cerebro: quería recogerse en ganadería, que no le cabía ya en su terreno, y comprar los dos cortijos que labraba y que habían pasado al dominio de su verdadera dueña, la viuda de Arriaga, señora acaudalada de Sevilla, cuyo marido los había comprado al viejo marqués el año de 1822, y al caer aquel Gobierno, el régimen que le sucedió, que quiso deshacer el curso del tiempo, en una de sus bárbaras e inquisitoriales disposiciones trató de derribar todo lo construido, y aprovechándose de esta monstruosidad el nuevo Marqués se incautó otra vez de los bienes y hasta de las rentas que había cobrado Arriaga, quedándose de esta forma con tierras y valores. Así estuvieron estas posesiones hasta que su viuda, al restablecerse la Ley de Desvinculación, reclamó sus cortijos, entrando en posesiòn de ellos, apresurándose a ofrecerlos en venta al colono actual. Fue una suerte que le proporcionaba su estrella a nuestro padre el que se le deparase esta ocasión de hacerse con 18 caballerías de tierra cercadas, que hacían más de 200 años que habían salido del dominio de sus vecinos. Llevado de esta gran idea se apareció en Sevilla antes de finalizarse aquel año de 1841, y sorprendiendo a sus dos hijos Manuel y Antonio, que estaban en ella estudiando, les dijo: "*Vengo a compraros dos cortijos que eran de Campo Real, y vengo a comprarlos sin dinero*". Y en efecto, sin él los compró y se trajo para acá el poder para venderse por un vecino del pueblo a quien la señora apoderó, pues la bondadosa viuda, prendada del despejo y honradez de su colono, le recogió pagarés por valor de 10.000 duros, en que precisamente los compró, pagaderos en cuatro años y con el módico interés de un 6% mientras no se realizaran los pagos.

Pero no paró en esto solo su gran paso, sino que ocultando su secreto, que traía en una maleta, haciendo una marcha de 17 leguas conmigo y un mozo que nos acompañaba llegamos a Alcalá el día 20 de Diciembre a las 11 de la noche, y sorprendiendo agradablemente a la familia con la novedad de saber estaba asegurado en adelante el bienestar y porvenir de sus hijos con la compra de las tierras, y teniendo que pagarse por los derechos de 2% al Estado más de 10.000 reales, cuyo derecho subastaba el Ayuntamiento en aquella época de un año para otro, era preciso tomarlo en el año entrante por los dos o tresmil reales en que se subastaba, y de este modo quedaba una ganancia líquida visible en esta sola negociación de más de 10.000 reales, habiendo de realizar en el entretanto un pago de 2.000 duros de entrada. Para todo esto se necesitaba un genio y [*una*] organización especial que no ha tenido ni tendrá ninguno de nosotros, pues los inconvenientes y dificultades para él eran un incentivo poderoso que lo enardecía aún más para arrostrarlos, pero

todo esto cegaba las fuentes de su organismo y vitalidad y relajaba y reblandecía las fibras de su cerebro, a punto de estallar o trastornarse. En fin, tales trazas se dio, tantos sacrificios se impuso, que en los primeros días del año tenía asegurada su compra y hecho el pago de su primer plazo y [*de*] su derecho del 2% que él mismo se dató al quedarse con la renta, vendiendo hasta el último grano de trigo existente y quedando todo el gasto y el tráfago sobre las ventas aventuradas de hierbas y de ganados.

En todo este año de 1842 que siguió continuó comprando y haciendo los pagos de las fincas de [*des*]amortización, entre ellas algunas casas, no pudiendo todavía hacerse con las liazas que rodeaban sus dos nuevos cortijos, por estar detenidos estos expedientes por interés del mismo colono, y para apremiarla ideó al finar aquel año otro proyecto grande y que asombra en medio de sus ahogos, pues las cosechas venían escasas. Había una labor lindera a la suya en el Prado de Don Fernando Villanueva, que abarcando todas las liazas de [*des*]amortización que a ella tocan subía a cerca de cinco caballerías, las que le rodeaban y no lo dejaban bien extenderse. Detenidas de venderse por lo que ya hemos indicado, eran un verdadero tropiezo que no se podía rebasar por ningún lado, estando las tierras de Mocaylén circundadas en su mayor parte y la Caballería del Puerto de los Yesos, que nuestro padre había comprado dos años antes a Don Leandro Muñoz, vecino de Medina, siendo la cabida de este cortijo con estas agregaciones de tres caballerías y media, y dejando dentro de su perímetro un cuadro de tierras de otras dos caballerías y media de [*des*]amortización, que formaban el cerro gordo de Las Salinillas y del Algarrobillo, procedentes de monjas y capellanías.

Otras dos medias en las Cuestas de los Santos y 40 fanegas del Mayorazgo de Milla formaban cinco caballerías largas que como tablero de damas atravesaban en todas direcciones y estaban interpoladas con las tierras del donadío, y era donde Villanueva tenía parte de su labor, teniendo las otras dos partes en el rancho de Tablada, situado [*a*] un tiro largo de bala de las tierras de Mocaylén sobre el río del Alamo y compuesto de otras dos caballerías, y por último, otro cortijito lindando con el término de Jerez, de tres largas caballerías, o cerca de 200 fanegas, de primera o superior calidad llamado La Garganta de la Horadada, y que habiendo sido de la fábrica parroquial, dependían también entonces de la [*des*]amortización. Todos estos terrenos era preciso traspasar con sus pertrechos, enseres y ganadería para ver de recabar el pensamiento de cuadrar las tierras de Mocaylén en tanto que no salían a subasta.

Pues, sin embargo de las dificultades que esto ofrecía, decidido nuestro padre a arrostrarlas, logró avenirse con Villanueva, a quien por medio de peritos aforados se le apreció su labor y dotación de ganados, logrando cerrar y formalizar una escritura de traspaso en virtud de la cual nuestro padre en el hueco de dos años debía satisfacerle la suma que el traspaso montaba, dándole en el entretanto el 8% de utilidad a estos valores. Así pudo redondear en el año de 1842 una labor de tres cortijos grandes y dos ranchos, pues ya tenía tomado en este tiempo el de Casa Blanca, en el centro de la campiña, con dos caballerías y media, y queriendo redondearse por completo y habiendo dejado en este mismo tiempo nuestro abuelo Salas su labor, dedicándose al reposo después de 50 años de una vida azarosa y trabajada en su ejercicio, en el que había sido incansable, logrando redondear un caudal de más de un millón de reales en hermosas fincas rústicas y urbanas y dedicándose exclusivamente al laboreo de una viña extensa que había plantado y cultivaba al uso y con sirvientes de Jerez, reuniendo nuestro padre dos cortijos más, el de La Joya y La Campiña, con 12 caballerías largas, formando el todo una extensión de 30 caballerías, o séanse una cabida de 2.000 fanegas de tierra de labor, la tercera parte propietaria y las otras dos renteras, pagando por su arrendamiento más de 3.000 duros por los dichos cortijos, dehesas y majadas de bellotas, pero abarcando una décima parte de lo mejor de los terrenos de la labor del término y de los más bien acondicionados ranchos.

De los siete cortijos se hicieron tres grandes grupos de cerca de 700 fanegas cada uno con su guarda a caballo y su casero donde debían estar las tres hojas que harían cerca de 1.000 fanegas de simiente. Uno era de La Campiña, que constaba del cortijo de este nombre con los dos ranchos de la Ora y Casa Blanca, el segundo, Pelagallos con sus tierras, las de La Joya y la dehesa de Las Correderas, y el último, Mocaylén, con Tablada y la dehesa del Pradillo. Por separado teniamos majadas de bellotas en la sierra y monte bajo con pastos y ramones para las cabras en el Torero y Peso. Estas hojas de labor necesitaban 200 bueyes, que se habían reunido con el traspaso de Villanueva, pero los 1.500 puercos y cerca de 2.000 ovejas con más de 100 vacas que por separado había era preciso realizarlos para hacer los pagos a proporción que fueran viniendo, y sólo sostener los bueyes, las 80 yeguas y la borricada y riatas de mulos para la labor y expendición de los granos al mercado de Algeciras, no podía desearse otra cosa, vendiéndose los manchones, entonces ya muy procurados en Alcalá, mientras que no se reponía de nuevo la ganadería pequeña y el ganado vacuno. Para ver de suministrar y dotar esta labor se necesitaban 40 temporiles al menos y 60 jornaleros casi de continuo, que representaban un desembolso diario de 400 reales próximos, o séanse más de 8.000 duros al año, cuya regla viene bien con la que nuestro padre echaba de que se necesitaba un gasto de 200 reales próximos para costear cada fanega de trigo que se siembra.

Si toco y hablo de estas minuciosidades y datos es para dar una corta idea del gran tráfago y gasto que ocasionaba el planteamiento y sostén de una labor de esta importancia,

en una casa donde se costeaban cuatro carreras y en un pueblo donde no se conocían los recursos que proporciona el crédito bien adquirido y representado y donde en conclusión no se había desarrollado el tráfico ni el comercio, apartado y cortado como se encuentra de la zona de los negocios y de la vida. La venta de manchones y la de ganado, los productos de las lecherías y de los alquileres de las casas era preciso que subviniesen a estas necesidades, pues todo el trigo se necesitaba para la simiente y para el pan de tanto sirviente. Pues a todo este conjunto y a cada cosa en particular atendía aquella gran cabeza que sólo se paraba algunas horas de la noche en este mismo sitio donde yo ahora escribo y reseño sus exacciones gigantescas, desvelándose por la madrugada y levantándose con los pájaros para recorrer el extenso círculo que abarcaba su labor, volviéndose al pueblo temprano después de revistarlo todo para despachar una crecida correspondencia y darle movimiento al todas las ruedas de la máquina.

En el hueco de la prima noche venía el hacedor, que estaba constantemente a caballo, a dar el parte de lo que hubiera ocurrido tras la requisa de la mañana y a listar cosas y tomar instrucciones para el siguiente día ; durante la prima noche no se vaciaba el despacho o escritorio de sirvientes, arrieros y corredores. Y nuestra madre, al frente de este gran arsenal de amasijos, almacenes, batías y ruido, dirigía por su parte el régimen interior, sin dejar por eso de atender al cuidado de sus hijos. Tres mozas y dos amasadores y caballericeros podían humanamente llevar el trabajo material de la casa, y sin embargo ésta, a semejanza de una gran nave a quien el viento hincha sus velas por la popa, bogaba majestuosa por el proceloso mar ayudada de la Providencia y del ojo y tacto de mano de su timonel. Los plazos se iban pagando, los jornales de los sirvientes eran satisfechos y las carreras de los cuatro niños, dos en la Universidad y otros dos en el Colegio Militar de Madrid ; todo se continuaba sin que los años pasaran de medianos y el precio de los ganados inferior, y sin que hubiese en ocasiones en la caja de la casa 50 duros de reserva. Pero nuestro padre, como todo hombre inspirado, contaba con su estrella, que no le había de faltar.

En este año de 1843 nació nuestra primera sobrina y nieta suya, María Delgado y Puelles, siendo objeto de gran contento y broma para nuestro padre de verse abuelo a los 38 años y sirviéndole de gran pena a poco la muerte de su hijo Ramón, que de 9 años escasos sucumbió [*por*] efecto de la más terrible de las enfermedades, el mal de piedra u orina, que le hizo pasar infinitos tormentos de 6 años continuos y antes de concluir con

aquella temprana existencia, siendo de una inteligencia y alcances sorprendentes. Debía terminarse ese año 43 con la revolución moderada o pronunciamiento López[233], en que tras una mentida ilusión de concordia los más exaltados del Partido Progresista tendieron la mano a los del bando moderado para combatir la Regencia del Duque, dando por resultado tan imprudente alianza que el partido retrógrado, auxiliado de la Camarilla, tras de volcar al Regente, se apoderase del mando y dispersase y persiguiese a muerte a los mismos que le habían tendido la mano. A los cuatro meses de la traición de Ardoz[234], que abrió las puertas de Madrid a la coalición y que obligó a Espartero a embarcarse en el 'Malabar', estaban López y Olózaga, los jefes reconocidos de los Ministerios que se siguieron, el uno preso y el otro prófugo, mientras que Narváez y todo lo más reaccionario del Partido Moderado ahogaban en sangre cualquier movimiento liberal que estallaba, como los de Alicante, Cartagena o Zaragoza[235]. Había sido una verdadera zancadilla que si no hubiera sido tan villana como de sangrientas consecuencias para los incautos que se dejaron celar, era digna de risa y de eterno ejemplo de imprecisión y poco tacto. Al irse a terminar aquel año, que nada trastornó en nuestro pueblo, fui a cursar el último año de mi carrera a Madrid, donde debía recibirme de Abogado y conocer una rama de parientes que nunca habíamos tratado más que por carta.

---

[233] Joaquín María López (1802.1855) fue Ministro de la Gobernación en el Gobierno Calatrava y figuró entre los miembros avanzados del progresismo que se opusieron a Espartero. Presidió el 'Gobierno de 10 días' de Mayo de 1843, en que figuraban Fermín Caballero y el general Serrano, que agravó la posición del Regente. Encabezó la coalición de progresistas y moderados que derribó a Espartero y fue encargado de presidir el Gobierno provisional (Julio-Noviembre de 1843) que anticipó la mayoría de edad de Isabel II. Cedió el poder a Olózaga, pero éste cayó a los pocos días víctima de una conjura palaciega, y el progresismo quedó apartado del poder para un largo período. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit. pg. 5.908]

[234] Se trata en realidad de la localidad de Torrejón de Ardoz., donde el 22 de Julio de 1843 se produjo un choque decisivo entre las tropas gubernamentales y las de la coalición antiesparterista. Triunfante el levantamiento contra Espartero en Cataluña y en otras ciudades del resto de España, Narváez se puso al frente de un cuerpo de ejército y se dirigió hacia Madrid. En Torrejón de Ardoz entró en contacto con las tropas espartieristas, mandadas por Seoane, que tras un breve tiroteo se pasaron a los insurrectos. Este choque precipitó la caída de Espartero, que a los pocos días se vio forzado a abandonar el país. Le sustituyó un Gobierno de coalición, simple compás de espera al advenimiento de los moderados, como bien refleja nuestro autor. [*ibid*., pp. 9.768-69]

[235] La economía del país, como ya hemos apuntado, iba de mal en peor ; sin embargo, lo que realmente colmó el vaso fueron las revueltas catalanas del otoño de 1842, motivadas por el sentimiento foralista, por el cierre de las fábricas y por cierto asociacionismo obrero inspirado en el „socialismo utópico‟. Espartero mandó bombardear Barcelona en 1843, y esto equivalió a firmar su propia sentencia. En Madrid, mientras tanto, había entrado a formar Gobierno Juan Ignacio López, quien de entrada puso la condición de que se instituyese una Administración sin favoritismos (neutralidad en las elecciones y libertad de prensa) y que se eliminase a los militares que controlaban el Gobierno. Espartero se negó de plano, y López presentó acto seguido la dimisión ; su sucesor en el cargo no pudo hacer nada y se vio obligado a disolver las Cortes, que estuvieron sin funcionar los meses de Mayo y Junio de ese año. Los militares opuestos a Espartero se sublevaron en Barcelona y en Sevilla, organizándose, junto con los moderados y los progresistas, bajo el mando de Narváez, O'Donnell y Serrano. Espartero se vio incapaz sofocar la rebelión, viéndose obligado a huir a Inglaterra en el mes de Julio.

CAPITULO XIV: Año de 1844. Recibimiento de Abogado y estáncia mía en Madrid. Accidente que sucedió a nuestro padre. Muerte de nuestra abuela Doña Clara Cerri. Compra de tierras

Si minucioso y prolijos parecen ser todos estos datos y pasos que tras el hombre notable que nos dio el ser vamos dando, reflexionemos que no podemos excusarlo tampoco si hemos de retratarlos, aunque sea ligeramente, para una posteridad que no alcanzó a ver este portento y a quien es menester explicar el origen y causa que lo fue su bienestar; además, entre nosotros mismos los más pequeños apenas alcanzaron a vislumbrar este año en su curso, teniendo sólo una imperfecta idea de todo. Por esta razón yo, que lo alcancé a ver y que me empapé al par del mismo que lo creara, les debo estas noticias, que son en conclusión más fáciles de leer que de escribirse y ordenarse con exactitud. Continuando mi narración, debo decir que antes de finalizar el año y al principiar el Curso de 1843 al 44 nuestro buen padre me mandó a terminar la carrera de Abogado a Madrid, donde estaban de cadetes José María y Joaquín Eusebio, quedando Antonio en Sevilla. Al abrazar[*la*] en mi despedida hallé muy enflaquecidos y demacrados los brazos de nuestra abuela Clara, que contaba ya más de 76 años y a quien habían minado su naturaleza de acero las continuas penas y disgustos que las pérdidas de los objetos más queridos a su alma le prodigaron. Un presentimiento triste de que iba a ser el último abrazo que iba a recibir estrechando aquel pecho con quien yo me había apoyado toda mi confianza me asaltó de repente y me hizo derramar lágrimas, y no eran infundados mis temores, porque no debía volverla a ver más.

Puesto en marcha para la Corte, llegué a ella en los últimos días de Octubre de 1843, cuando todavía estaba el Partido progresista en el poder y le ocupaba de Presidente el elocuentísimo López, bandera con su programa decantado de aquel descabellado pronunciamiento. Vi de cerca en la tribuna y en la calle [*a*] aquellos hombres, que de lejos me parecían gigantes y que menguaba su talla mientras de más cerca se veían y los hombreaba uno. Madrid era un Babel que me aturdía los primeros días, hasta que me acostumbré a su peculiar ruido y a ese movimiento continuo que agita la población, que pasa su vida en las plazas y en los cafés. No hablaré de un personaje de entonces, monumentos, costumbre y fisonomía, porque todo varía en ella cada año y se renueva, no siendo nada estable, ni edificios, ni aún los empedrados, que se reedifican y renuevan cada lustro. Aquel es un mar agitado cuya superficie presenta siempre diferente forma y vista, y allí

se encuentra, además de los hombres, el oro de toda España, que refluye como a su centro como la sangre de las arterias al corazón.

Visité a mi parentela o familia del tío Felipe, encontrando en él a un anciano lleno de años y de conocimientos de mundo ocupado en el sibaritismo de su vida, que él trataba lo mejor posible de prolongar y de rodear de comodidades ; era, como yo anteriormente he manifestado, un verdadero discípulo del siglo XVIII, lleno de oro y de caprichos. Su hermano Manuel, solterón y ya también caduco, era un santo varón limitado en ideas y que no sabía hacer más que lo que su hermano le ordenaba ; era su secretario y el verdadero agente de los negocios y pasos que le encomendaba el hermano, a quien ya por este tiempo se le iban retirando sus grandes comisiones por la descentralización de los negócios. Nuestra tía María, la mujer de Don Felipe, era una vieja currutaca y presumida que había sido bella en su juventud y que había perdido el pelo, o de vieja o de habérselo peinado demasíado ; no probándole Madrid, pasaba la mayor parte del tiempo en una hacienda que tenía en Pozuelo de Alarcón. Felipe, su hijo, abogado y simpático por su viveza y el despego, era un mozo duro a quien su padre, antes de morir y dejarle una inmensa fortuna en casas y numerario, quería verlo de por sí y no [*le*] daba más que lo que se ganaba con sus créditos e informes en la Audiencia, donde concurría diariamente, no atreviéndose el muchacho a casar con una joven bellísima de quien estaba prendado llamada Matilde Quiser, hija de un coronel de la antigua Guardia Suiza, por no [*con*]fiar en su padre para atenderlo en sus nuevas necesidades. Encarnación de Puelles estaba recién casada con Don Eugenio de Castro, joven empleado en Loterías dentro de la dirección del ramo, y era una buena muchacha, pero de escaso mérito personal. La otra hija, Teresa, estaba recién muerta y la lloraba un novio que aún visitaba la casa llamado Rodríguez, que desde Burgos, de donde era, había venido a casarse, encontrándose en vez de un tálamo de flores un féretro sombrío con los restos de su amada.

Tal era el cuadro que presentaba nuestra rama de familia y cuya vida y costumbres eran en un todo diferentes a las que yo había visto en mi hogar. Eran seres con distintas propensiones y apegos que los nuestros ; tal vez sea esto achaque de los hábitos de la Corte, ello es que a mi no me gustaba tan frío egoísmo, tan mezquino y marcado escepticismo. En brazos de mis hermanos, los alumnos del Colegio Militar, que se alojaban en el antiguo Cuartel de Guardias, hallé el rastro de nuestro peculiar cariño y la distinta atmósfera en que nos habíamos criado, y hablando de nuestra casa y del cariño de nuestros

padres y hermanos hablábamos casi siempre cuando nos reuníamos. Desde aquel año, siguiendo mis cursos en la Universidad y estudiando al par la Corte, me decidí yo a indagar y reunir todos los datos y noticias que pudiera juntar sobre nuestra familia, estudio a[*l*] que ya desde pequeño me encontraba yo inclinado, y no quise perder la buena ocasión que se ofrecía, los legajos y antiguos papeles del tío y las bibliotecas y archivos de la Corte. Nuestro tío conservaba del suyo anterior Don Marcelo una porción de carpetas que estaban enterradas en el polvo y que él no se había tomado el trabajo de desatar, pues sólo sabía la historia incompleta de dos o tres generaciones a quien casi había dado con su mano ; de lo demás no se cuidaba para nada, en medio de ser muy orgulloso y estar envanecido con su origen y teniendo su escudo de armas junto a la puerta con un rotulón que decía: "*Este escudo que ves de los señores de Puelles es*". Yo, pues, que quería saber de dónde veníamos y qué habíamos sido antes de ahora, por lo mismo que habíamos estado cortados siempre de toda la familia, me iba a poner en camino de saberlo, y he aquí el origen de este historia ; si yo no hubiera tropezado con los legajos de tío Marcelo, no habría podido jamás ordenar las generaciones de Ampudia, como no pude clarificar las de Autol hasta que [*el*] sabio benedictino Bermejo me suministró los materiales. De allí y con prolijos afanes me traje yo todos los materiales que en su construcción he empleado, que serán en buen hora de poco provecho, pero que son de indubitado origen, de comprobación exacta y de escrupulosa verdad, y si no tienen el mérito de su narración, tienen el del trabajo de la ordenación, que desafío pueda ninguna otra familia presentar una historia completa de 12 generaciones fijas y otras anteriores probables.

Pero concretándome de nuevo al año que mencionamos, debo decir que durante él siguió nuestro padre sus graves tareas y cuidados acudiendo solícito al pago de sus plazos y obligaciones y a subvenir con decoro a nuestra manutención y equipo de tres en Madrid y uno en Sevilla, dándole no tanto su caudal sino su fecunda imaginación y fuerza de voluntad abundantes recursos para todo. Una buena cosecha le compensó aquel año sin afanes y le libró de vender parte de su ganadería, a que se veía obligado para llevar sus compromisos. Al mediar aquel verano, en que yo quedé en Madrid para recibirme, tuvo la desgracia de que se le rompiera una pierna de la coz de un caballo grande que teníamos para la cubrición de las yeguas al acercarse a él con el suyo a la salida del Palmar de Notares, donde alcanzó a las recuas y donde venía el padre cargado de trigo, pues en eso se ocupaba el semental durante el verano. Roto el hueso por completo, tuvo que venir en una camilla hecha al efecto y rodeado de toda la familia, que acudió a la fatal nueva cerca

de una legua de donde sucedió, echando más de 80 días en su cura y restablecimiento, encontrándolo yo con muletas a mi vuelta.

Al terminar su cura acaeció la muerte de nuestra santa abuela, que sintiendose un poco indispuesta una mañana, se quedó contra su voluntad en la cama, y queriendo que la preparasen y medicinasen más del alma que del cuerpo y después de prevenirse cristianamente como el santo viajero que sale en busca de la Jerusalén celestial, sin molestar ni dar ruido alguno se sumergió a los tres días en un profundo sueño tranquilo y apacible como el de los justos del que no volvió más a despertar, quedándose con el color y [*la*] sonrisa de dormida su angelical fisonomía. Así voló para siempre al Empíreo la que no tuvo en el mundo más culto que el de la religión y el del cariño de su familia, sin cuidarse de nada par su persona, dejando en su modestia dos o tres vestiditos sencillos y un pequeñísimo ajuar de cosas que nos repartimos como si fuesen reliquias de una santa. Acaeció su muerte el 11 de Octubre de 1844 y contando la buena señora con 76 años no cumplidos de una existencia dedicada en tan largo período a llenar cumplidamente sus deberes religiosos y sociales, criando a sus pechos a dos hijos, bregando y cuidando de diez nietos y ocho sobrinos, pues como digo fue toda su vida por su índole y carácter especial la llueca cariñosa y nodriza que abrigaba bajo sus alas toda su prole y la de sus hermanas. Sobrevivió a su amado esposo, a quien roció con lágrimas en Villanueva de la Serena, 40 años menos dos meses, y los recuerdos de su acendrada caridad fueron tan durables, que 12 o 14 niños y ancianos que acudían a la puerta por la limosna que ella acostumbraba a dar [*continuaron*] nombrando e implorando a Doña Clara en sus súplicas, por el hábito que ya tenían contraído.

Tres días después de este triste suceso me recibía yo de Abogado en Madrid ajeno al luto y tristeza en que nuestra casa estaba sumida. Recogido mi título y listo mi equipaje regresé a los brazos de mi amada familia, a quien encontré sumida en el dolor y cubierta de luto, hallando a nuestro padre apoyado sobre sus muletas y encanecido y seco con sus penas y sus trabajos. Empezaba a declinar visiblemente a aquella encina robusta, que parecía se encorvaba de 40 años aquella cabeza digna de una corona y resplandeciente de belleza y de numen que, agobiada y todo, aún bosquejaba y abrigaba grandes pensamientos y empresas en germen o embrión.-

CAPITULO XV: Años de 1845 a 1848. Marcha de los negocios, compra de tierras y ganados. Se edifica el barrio de la Salada. Revolución del 48. Venta de las dehesas del pueblo y sus funestos resultados

Se inauguraba el año de 1845, lluvioso por demás, y ya en él me asociaba yo a los trabajos de nuestro padre, que estaba algo retraído de ir al campo por la poca firmeza de su pierna, con una sementera sarposa y larga por demás, pues se sembraron cerca de 1.500 fanegas de todos [*los*] granos y semillas, habiéndose realizado la compra sucesiva de las tierras de la Oraa y los demás terrenos de [*des*]amortización que en esta época se subastaron, y no dando las vacas el surtido de 200 bueyes que necesitábamos, fue preciso comprar novillos y muchos bueyes vencidos, que después de hacernos la sementera engordabamos y vendíamos después de manchoneados en lo mismo o más que costaban. Aquel año, visto el extraordinario esfuerzo que se hizo, debió habernos dado para salir de todos nuestros plazos, dejándonos redondeada y sin deuda una labor magnífica y bien repuesta de enseres que abarcaba los terrenos más pingües y hermosos del término ; pero la suerte no quiso compensar tantos afanes, y en vez de ser colmado el año, fue tan escaso con las excesivas lluvias del invierno y primavera, que se quedó parte de la hoja por segar y salió escasamente de a tres, perdiéndose más de 3.000 duros del capital invertido.

Abrumado nuestro padre con tantas rentas, soltó aquel mismo año los dos cortijos del abuelo, La Hoya y La Campiña, y el de Casa Blanca de Campo Real, circunscribiéndose sólo a sus tierras propias y a Tablada, que aún no estaba cumplido por entonces. Comprendiendo lo frágil y venturera –o aventurada- que es la labor, se propuso un plan que en adelante lo pusiera a cubierto de los caprichos de la variable fortuna, y era irse acortando de labor y ganadería y hacerse cada vez más de fincas ; decía con mucha exactitud y oportunidad que "*los bienes de la labor y la ganadería estaban, como la leche, expuestos a hacedarse y malearse, y que enajenándola o haciéndola queso, que son las fincas, aguanta y resiste como aquél petrificando las vicisitudes de los tiempos*". Todavía suspiraba por su traslación a Jerez, y desde que había desaparecido su madre, que fue la rémora y obstáculo que siempre le había sujetado, le daban nuevos impulsos, y ahora más que sus hijos podían sacar gran partido de las carreras científicas que habían terminado y de que no sacarían ninguno en el pueblo de su naturaleza.

En esta duda se hallaba cuando se empezó la siembra o sementera del 46, y habiéndose elevado el precio del trigo a 100 reales por la gran escasez y alarma que produjo la falta de cosecha anterior, aún cuando en nuestros almacenes no faltaba, y habiéndose repartido la clase jornalera, a quien le aquejaba el hambre y la desnudez consiguiente al tener que enajenar sus ropas para la compra del pan, encontrándose nuestro padre con 40 hombres repentidos y sin tener durante la lluvia en qué ocuparlos, ideó otro gran proyecto que tenía en su imaginación llevarlo a cabo en aquella ocasión. Existía a la salida del pueblo por el lado de La Salada, cuyas casas llegaban hasta el nicho o capilla de la Virgen de los Santos, una gran pared o muro cimental que se prolongaba hasta cerca de los pilares de la fuente conteniendo el terreno por allí tajado y elevado de una ladera que se prolonga hasta el Cerro de la Coracha. El sitio de la calle es llano, resguardado de los vientos y con cara al sol naciente ; la entrada, la principal y más concurrida durante la gran feria de esta villa, y por último, reunía todas las condiciones para la edificación de casas de pobre, tan escasas y mal compartidas en nuestro pueblo. Pues bien, nuestro padre pidió la concesión de ambos lados de la calzada con la idea de hacer en él, como construyó en efecto, una barriada de pobres que se denominaría Barrio de la Virgen. Los albañiles pedían limosna, los jornaleros hemos dicho que estaban repartidos por la comida, y los niños vagaban hambrientos por las calles y comían la mitad de ellos en los calderos que en nuestra cocina se llenaban de garbanzos y menestras, que se repartía con cucharones como sopa de convento ; sólo, pues, con abrir y emprender aquella obra podía nuestro padre dar vida y animación a tanta calamidad, excitando el ejemplo de otros que pudieran tener los mismos generosos instintos.

Y en efecto, concedido el terreno, doscientos niños con esportilla y 50 hombres llenándoselas empezaron el desmonte del terreno para dar hueco a las casas, y 10 colleras de albañiles las construían y cien bestias de la casa y alquiladas arrimaban piedras, maderas y cañas con todos los demás materiales, invirtiendo el activo jefe sus días rodeado de este enjambre de operarios y sacando del invierno penoso que se atravesó 200 familias que en él encontraron pan, construyéndose al cabo 20 casas cómodas de un piso y 6 de dos, todas con sus alcobas y cuadras y poniendo al pueblo cerca de los pilares de la fuente, al que dando otro empujón podía bajar al prado, que es su verdadero y más oportuno sitio. El alto valor del trigo, que le sobró de su valor, y cuatro cargas de leche que diariamente se traían sostenían todo este gasto, que dio por resultado la construcción de 20 casas que constarían 25.000 reales y que se habían de desquitar antes de los cinco años. Este fue el

origen noble y principio utilitario que tuvo el Barrio de la Salada, que fue creación de un genio lleno de inspiración y de una idea que le envolvía llena de caridad, porque esos dos motivos fueron los únicos que le guiaron en aquella empresa. Iba a ser una de sus últimas creaciones y quería que fuese de indisputables resultados en su benéfico origen y en sus óptimos fines. En ella nos ocupamos todos ; él era el ingeniero y principal aparejador, [*y*] nosotros los capataces, que tan pronto pelábamos cañas en el cuartel donde se recogían los materiales como hacíamos jiscal para los techos, apresurando de camino a los juguetones muchachos y niñas que vaciaban la tierra [*en*]cima de los pretiles de la cabrada.

Aquel año compensó Dios con una buena cosecha tan prólijos afanes y se acabaron de realizar los pagos del traspaso de Villanueva, sobreponiéndose la ganadería, en que también había habido mortandad el año antes. En tanto, se continuaban los estudios forenses y militares de los niños y entraba las más pequeña de las niñas, Juana Ramona, de pupila interna en el Beaterío de esta villa, creación insigne de un santo sacerdote de esta villa, Don Diego Angel de Vera, que a fines del pasado siglo creó y edificó esta santa casa dotándola con sus bienes con destino [*a*] sus hermanas, profesas de educar [*a*] las niñas pobres y [*de*] asistir seis camas de enfermas de esta villa, y el que desde su creación ha sido el ornato y orgullo de la población, no sólo por los frutos que de él todo el sexo bello reporta en su esmerada educación, sino es que también por ser un modelo de hospital en su género y clase. Ocupose nuestro padre todo el año de 1847 en acabar su barrio y en satisfacer pagos de sus tierras y cortijos, quedando éstos definitivamente por nuestros por no deberse ya nada en el mismo año, y el año de 1848, en que éste iba al parecer a descansar de sus grandes trabajos y empresas, lo puso en especulativa de nuevos sacrificios; una idea que columbró se preparaba para negociar la gran riqueza del pueblo y con la que él no estuvo nunca conforme.

Habían estado en el Ayuntamiento de este año de[*l*] 48 algunos hombres ambiciosos que meditaban hacía algún tiempo el proyecto de apoderarse de una riqueza inmensa, cual eran las fincas del pueblo, o propios, de las que se susurraba y propalaba se iban a vender por el Gobierno. Un plan al parecer muy sencillo y beneficioso, pero de unas consecuencias las más desastrosas y terribles era el que se preparaba, y era y decían que así como las clases braceras y pelentrinas se habían quedado con el terreno de las suertes para sus labores, asimismo los labradores y ganaderos crecidos, que nada habían sacado del común caudal, debían repartirse las 20 y más dehesas que había por medir de un canon

de enfiteusis proporcionado a sus actuales rentas, y quedándose de esta sencilla manera estos inmensos y mal apreciados bienes dentro de la masa de los vecinos, evitándose el que el Gobierno pudiera incautarse de ellos. Este plan, divulgado y presentado bajo este dorado prisma, adobándose ciertos sujetos de aviesa y dañada intención, se presentó, deslumbrando a la ignorancia de los ganaderos y labradores, clase muy poco civilizada y bastante ambiciosa en general. De esta base deslumbrante principiaron a formarse expedientes, pidiendo cada uno la dehesa o terreno que llevaba en renta o cuadraba más a su deseo, las que con una facilidad asombrosa ni se medían ni se cortaba ni apreciaba su arbolado, pero se figuraba y llenaban estas ritualidades dentro del expediente que era un contento el verlos.

Llamado nuestro padre para que pidiera tres que entonces tenía, Pradillo, Corredera y Torero, manifestó no entrar en el plan y oponerse, entre otras muchas cosas por tres razones de gran fuerza. Era la primera porque era injusto y monstruoso en la esencia el repartirse buenamente esta inmensa propiedad que era la vida y recurso del pueblo en sus ahogos y calamidades, no encontrando facultado al Ayuntamiento y vecinos para hacerlo, y sí sólo el supremo Gobierno. Segunda, porque el repartimiento, además de ser ilegal, era desigual y anómalo, pues el rico por serlo se llevaba mil veces más valor que se había llevado el pobre, y esto no sólo en terreno, sino en árboles hermosos, que eran dinero efectivo, sin tener todos más que el mismo derecho y parte como vecino[*s*]. Y tercera, porque preveía y husmeaba que al llenar la formalidad de la subasta que era preciso figurar se iba a desentrañar un plan oculto e iba a venir una mano negra extraña a cargar con este inmenso tesoro, sin poder adivinar quién sería todavía. Fue el resultado que franca y paladinamente se excusó y negó a firmar y sancionar con su rúbrica de primer contribuyente un hecho tan escandaloso y criminal y que su leal corazón le predecía iba a ser la ruina de este pueblo. Si hubiera tomado una parte activa en él, era tal la sombra y poderío de nuestro padre en aquella época, que hubiera sacado un montón de millones de tantos como se iban a regalar.

Y en efecto, tal como lo profetizó sucedió, llegado el día de la subasta, los expedientes aparecieron con la condición de pagar al contado y en el término de tercer día del remate el valor del arbolado, cosa que no estaba ni hablada ni prevista y que era sólo un ardid que se tendía para asustar y retraer a los solicitadores, que huyeron todos de la subasta como una banda de gorriones cobardes cuando ven sólo la sombra de un milano,

que se apareció de Cádiz el célebre y nunca bien ponderado caballero de industria Sánchez Mendoza, farsante político y de gran habilidad que después de haber escalado un alto puesto por sus tramoyas y manejos vendiendo y adulando [*a*] todos los partidos, iba por complementos de gloria a realizar una gran fortuna a costa de la riqueza inmensa de este pueblo, a quien iba en adelante a tener en un feudalismo del peor género de todos, vendiéndoles la protección que le dispensa el carnicero a la res que degüella cuando la tiende y coloca, y en connivencia con dos o tres paniagudos que por las 30 monedas de Judas iban a entregarle al pueblo atado de pies y manos. En cien páginas no podría escribirse todo lo infame y menguado del proyecto parricida, ni las consecuencias y males que había de traer al desgraciado pueblo a quien mataron aquel día la gallina de los huevos de oro cuatro o cinco hijos espúreos que participaron de los despojos de la víctima y una docena de imbéciles y ambiciosos que la entregaron atada.

Nuestro padre, que vio aquella negra tromba que se venía encima y no teniendo fondos para pagar arbolados al contado, aunque fuera en un céntimo de su valor, que era en lo que estaban, pues se atravesaban cincuenta millones casi en el lance, arremetió sin embargo con las que no tenían árboles y se las disputó al común enemigo, sacando una, y habiéndole éste [*prometido*] respetarle y cederle la del Torero, a lo que faltó después villanamente, se retiró desolado de un acto que era la oración fúnebre de los últimos funerales del cadáver de la población, estrangulada por mano de algunos viles. Era preciso en adelante dejarla también, pues íbamos a entrar con el nuevo señor que nos imponían en el cautiverio amargo y desastroso de Babilonia las libreas del venal y menguado diputadillo, que sin sacar un cuarto de su bolsa entró hambriento derribando chaparros y arebuitres, y eran los que en adelante nos habían de mandar. Para haber consolidado aquel despojo y a semejanza de [*los*] indios íbamos a ser no sólo privados de nuestro suelo, sino sometidos en repartimiento a un cacique Corregidor a hechura de nuestro dueño que nos aherrojaría y nos impondría hasta su propio pensamiento.

Era un feudalismo en pleno siglo XIX, de peor clase que el de los Riveras y sus descendientes, que por su favor con los Enriques se habían repartido este suelo, guardandole sin embargo a sus vecinos y moradores algunas inmunidades, y que sin embargo había obligado a la flor de la población a emigrar y desamparar este suelo a principios del siglo XVI antes que ceñirse la coyunida y ajustarse el yugo sobre su cuello. Esta conquista bursátil nauseabunda y villana llevaba en sí todas las felonías y maldades juntas ; había

empezado por el dolo y el engaño y era preciso que siguiese y terminase con la opresión y los martirios contra todo lo que fuera digno y honrado en adelante, y en abierta oposición con una obra tan criminal y nefanda y con sus autores tan bajos y traidores. Apesadumbrado y dolorido como si aquel inmenso despojo se le hubiese hecho a él quedó aquel hombre de organización tan privilegiada y de corazón y sentimientos tan nobles, suscribiendo el primero las protestas tardías y exposiciones sentidas que hiciera el vecindario, apercibido ya de tan villana trama, expresándose en las reuniones y juntas que al efecto se celebraron para conjurar el mal que ya nos corroía con un fervor y entusiasmo tal, que parece[*n*] aún vibrar en nuestros oídos aquellas sonoras frases y aquellos terribles apóstrofes terminados con sentidos y elocuentes conceptos.

El Gobierno, a quien se recurrió, en connivencia y tal vez llevado de la parte que algunos de sus miembros, como públicamente se decía, tenía en la torta, y como más claramente se manifestaba en otros mil ajíos que se veían hacerse por su mano, a cara descubierta, no sólo se apresuró a aprobarlo desoyendo la autorizada voz de Cortina, que tronaba contra el escándalo, sino el que también nos mandó de mordaza un Corregidor necio y supeditado a su patrono, el Sánchez Mendoza, y cuya misión se reducía a sancionar los hechos consumados, dándose carácter de legalidad a lo que hubiese quedado sin ella o mal cosido e hilvanado deprisa en los expedientes, dándole de entrada a éstos de solapa a otros tantos terrenos y arbolados que circunvalaban las Delicias y que con el titulo de ‘agregados’ se incorporaron a lo subastado y en cuyo conjunto presentaba una obra informe que hacía dueño de 30.000 fanegas de tierra y más de tres millones de árboles a un hombre que nada había dado, y que lo poco que diera a los seis años no componía ni el rédito de los destrozos que en el arbolado hizo. En este inmenso terreno cabían holgadamente 500 familias y podían en él librar su subsistencia. Tal fue la obra de ruina que se consumó a nuestros ojos, pero que [*la*] que tuvo satisfacción nuestro padre de no haber puesto una piedra, habiendo dado el alerta previsor para conjurarla, sacando nosotros del inmenso despojo la mitad de la Dehesilla de los Santos, que partimos con Villanueva, o séanse dos caballerías y media de tierra escasas y montuosas y donde habría de recibir yo más tarde parte de mi hijuela, trozo que salió muy disputado y alto en el canon y cien acebuches que tenía y que era en conjunto más chica que cualquiera de los repartimientos que se hicieron después en su linde de los Jardales, pero tampoco interés e importancia tuvo esto siempre para nosotros, que varias veces intentamos devolverlo antes de su roturación a la masa común de los vecinos.

En aquel memorable año [*en*] que se consumó la ruina de Alcalá había acontecido la grandiosa y pacífica Revolución de Febrero, que arrojó de Francia a la rama segunda de los Borbones representada por Luis Felipe, proclamando la gran nación la República con los hermosos lemas de *Libertad, Igualdad y Fraternidad*[236]. Aquella revolución conmovió e hizo temblar todos los tronos de Europa, derribando algunos[237], escapando el nuestro de sus embates por los terribles fusilamientos, deportaciones y persecuciones que cayeron sobre el Partido Liberal, alejado por completo del poder y entregado sin rival al más abyecto y corrompido de todos los pandillajes, sostenido por la espada de Narváez y 200.000 bayonetas que nos tenían apuntadas al pecho[238]. Sin embargo, arroyos de sangre

---

[236] La Revolución Francesa de 1848 se desató los días 22, 23 y 24 de Febrero de ese año y se prolongó hasta el 26 de Junio, fecha de la derrota de las fuerzas revolucionarias. El final de la monarquía de Julio se vio señalado por un vasto movimiento reformista centrado en banquetes y sociedades secretas. El rey se mostró inflexible, prohibiendo un banquete previsto para el 22 de febrero ; los republicanos, como respuesta, convocaron un desfile y se produjeron choques. Por la noche se organizó la sublevación. El día 23 la formación de barricada obligó al rey a destituir al Gui-zot, pero las manifestaciones prosiguieron, y cuando los soldados dispararon, París se sublevó. El 24 el rey llamó a Thiers, pero el mismo día se vio obligado a abdicar, organizándose acto seguido un Gobierno provisional que proclamó la república y el derecho al trabajo, creó los Talleres nacionales, instituyó la Comisión del Luxemburgo para los trabajadores, estableció el sufragio universal, proclamó la abolición de la esclavitud en las colonias, estableció la libertad de reunión y de prensa y convocó elecciones para una Asamblea Constituyente para el 9 de Abril. De todos modos persistía el descontento por la mala situación económica, y el miedo al socialesmo dio la mayoría a los moderados, que derogaron muchas de las disposiciones anteriormente mencionadas. La respuesta obrera durante las Jornadas de Junio fracasó en medio de la sangre (1.500 muertos) y de la represión (12.000 detenciones). En Noviembre se proclamó la Constitución, el 10 de Diciembre Luis Napoleón fue elegido presidente por sufragio universal, apoyado por el Partido del Orden de Thiers. [Nueva Enciclopedia Larousse, op. cit., pg. 8.507]

[237] Las revueltas de 1848 han sido llamadas 'la primavera de los pueblos' ; en pocas semanas una violenta oleada revolucionaria sacudió Europa, intentando combinar en todas parte los ideales liberal-democráticos con los nacionalismos. Los movimientos en cuestión se frustraron en todas partes, afectando especialmente a países con problemática nacionalista, como Italia, Alemania, Hungría y Bohemia, a los gobernados de manera autocrática, como Austria o a aquellos con una intensa tradición revolucionaria que chocaba con monarquías titubeantes, como fue el caso de Francia. A otros países, como España, les afectaron menos estos acontecimientos ; sin embargo, las ondas de la gran convulsión llegaron realmente a todas partes. El balance, sin embargo, no fue de fracaso total. En Francia, por ejemplo, Luis Napoleón acabó restableciendo el sufragio universal, una reivindicación básica de los demócratas ; en Italia, el Piamonte se configuró como un 'reino constitucional y liberal' en torno al cual se estructuraría la futura unificación del país ; en Alemania, por fin, se llegó a la incontrovertible conclusión de que sería Prusia, y no Austria, el único Estado que en el futuro sería capaz de conseguir la unidad nacional.

[238] Una nueva venta de bienes eclesiásticos hizo aumentar en 1847 las insurrecciones carlistas, que se vieron acompañadas esta vez de algarabías populares (tal vez el episodio de Alcalá narrado por Manuel de Puelles tenga que ver con esto) , en consecuencia de ello, las Cortes fueron disueltas y el Ministro dimitió. Le sucedió Salamanca, que presidió un Gobierno de coalición en el que entraban componentes de los tres sectores del espectro político y que duró desde el 12 de Septiembre de 1847 hasta el 5 de Octubre de ese mismo año, ya que Serrano, viendo el peligroso giro a la izquierda que se estaba produciendo, avisó a Narváez, quien dio fin a la situación mediante un oportuno golpe de Estado. De esta forma, al estallar las revueltas de 1848 en toda Europa, Narváez estaba de nuevo en el poder en España ; por eso en nuestro país no hubo apenas revolución, sino apenas dos intentos sin éxito, el 26 de Marzo y el 7 de Mayo respectivamente. Narváez consiguió impedir las revueltas pactando con los progresistas ; esto defraudó al ala más joven de esa formación política, que se desgajó creando el Partido Demócrata. La política seguida por Narváez, por otro lado, fue muy apreciada en Europa. El Papa, por ejemplo, había sido expulsado de Roma, y el hecho de

y de lágrimas corrían en Villanueva de la Serena, 40 años menos dos meses, y los recuerdos de su acendrada caridad fueron tan durables, que 12 o 14 niños y ancianos que acudían a la puerta por la limosna que ella acostumbraba a dar [continuaron] nombrando e implorando a Doña Clara en sus súplicas, por el hábito que ya tenían contraído. Tres días después de este triste suceso me recibía yo de Abogado en Madrid ajeno al luto y tristeza en que nuestra casa estaba sumida. Recogido mi título y lis- to mi equipaje regresé a los brazos de mi amada familia, a quien encontré sumida en el dolor y cubierta de luto, hallando a nuestro padre apoyado sobre sus muletas y encanecido y seco con sus penas y sus trabajos. Empezaba a declinar visiblemente a aquella encina robusta, que parecía se encorvaba de 40 años aquella cabeza digna de una corona y resplandeciente de belleza y de numen que, agobiada y todo, aún bosquejaba y abrigaba grandes pensamientos y empresas en germen o embrión.-

que el Gobierno español lo apoyara en todo momento lo decidió a reconocer a Isabel II en 1849 y a comenzar las gestiones preparatorias con vistas a la firma de un futuro Concordato.

CAPITULO XVI: Ultimo año de la vida de nuestro padre. Casamiento de Antonio. Vuelta mía a Madrid. Muerte de nuestro hermano José. Compra última hecha por nuestro padre ; extraña enfermedad y su muerte. Sus funerales, su sepulcro

Al mediar este año de 1848 y a la vuelta de Antonio de vacaciones de Sevilla se prendó de una rica huérfana, hija del fuerte labrador Don Juan Dalmau, de procedencia y raza catalana ; nuestro padre, que además de la bondad de la joven encontraba que era un buen porvenir para su hijo y para la descendencia que pudiera tener, lejos de oponerse le apoyó, pues contaba [*con*] que si alterar el curso natural de los sucesos, éste le había de proporcionar, así como a su prole, una existencia cómoda e importante sin que tuviera que pasar por las alternativas y trabajos que a él le había costado los mejores días de su vida para recabar su logro. Y tan decidido se mostró a favor de este enlace, que se le consintió aún antes de terminar su carrera, que hasta los dos años no debía terminar para que tampoco tuviera nunca que servir a un Gobierno miserable y desleal al que quería que yo, en vez de acatar, le hiciese cruda guerra, e indicándole a mí otro casamiento que luego más tarde había yo de hacer con una bella y modesta prima hermana nuestra, también de gran porvenir. Tras todo se develaba y ocupaba aquella cabeza tan firme y aquel corazón tan sensible y amante de sus hijos: "*Nosotros vamos para viejos, Francisca*", decía a nuestra madre, "*y es menester ver antes de morir a nuestros niños que tal ensayan las lecciones que le*[s] *hemos dado y mirarlos volar por sus propias alas para alcanzar su bien y el de los otros más chicos, que tal vez no logren alcanzarnos*". Eran puntales previsores y salvos, hijos de su ternura, que querían dar y poner [*a*] aquella descendencia por cuyo bienestar se habían sacrificado y precipitado sus dos existencias, agotadas y marchitas al mediar su vida.

Al principio del 1849 fui yo a Madrid a probar y ensayar mis fuerzas en el estudio de la prensa, a que me arrastraba mi numen y particular inclinación, volviendo en el mismo los cadetes del Colegio de Toledo, pues tanto José María como Joaquín Eusebio habían enfermado, o cuando menos estaban propensos a adquirir una dolencia inherente a la familia de mi madre y que la clareado y segado en flor de continuo. Nuestro padre acogió bien a sus dos hijos estrechándolos entre sus brazos y llorando anticipadamente al José, en cuyo semblante demacrado se veían impresas ya las huellas del mal que le devoraba y que iba a arrebatar a aquel hermoso joven, que estaba terminando su carrera y que [*con*] una talla gigantesca y un carácter el más parecido al suyo iba a extinguirse tan precoz

existencia. El Joaquín, temeroso de que no incurriera en el mismo mal a que por su constitución se hallaba propenso también, se propuso seguir la labor, a la que mostraba gran afición. Yo de nuevo volví a Madrid, donde me proponía, lejos de servir a un Gobierno que aborrecía, hacerle la guerra y la oposición en la prensa y asociarme de camino a una comisión que los vecinos del pueblo mandaron para gestionar ante el Consejo Real la unlidad de las ventas de las dehesas. Y en efecto, yo logré mi natural deseo y entré escribiendo en el periódico avanzado La Reforma, que dirigía en aquella época Don Mariano Pérez Lázaro, pero sin darme esto fruto ni ventaja positiva, como sucede regularmente a los redactores de los periódicos de oposición. Un poco de himno y oropel de gloria era todo lo que podía sacar, pues sus empresas, breadas y explotadas a fuerza de multas, no pueden ofrecer otra cosa, al revés de los del Gobierno, harto lujosamente subvencionados[239]. En este palenque hice yo una guerra cruda e incesante al poder y a su satélite Sánchez Mendoza, que resguardado y en connivencia con él nos había despojado de nuestro hermoso patrimonio, como a Esaú, por un plato de lentejas.

En la familia de Madrid encontré las novedades de la muerte de Doña Mónica, la mujer del tío Felipe, y las dos ancianas estaban ya caducando, pero sin dejar sus peculiares costumbres, [*y*] el Manuel yendo a su Café de Levante todas las noches, donde se habla[*ba*] constantemente de alzas y bajas del papel y de las oscilaciones de la política y del Gobierno, de que los corredores que allí concurrían se ocupaban de continuo. El tío Felipe [*seguía*] sin dejar su sillón de brazos y su velador por delante, donde tenía siempre desplegados el Diario de Madrid, sin gafas, y su caja de rapé superior ; allí le servían los más exquisitos manjares en platos y vajilla de masilla y relumbrante plata y [*un*] chocolate hermano del que también tomaban en Palacio. Cerca de su mano estaba un armario y [*una*] taquilla llena de extrañas cerraduras donde tendría sus juros, sus numerosas acciones de banco y de mina. En lo demás, al cabo de los cuatro años la casa permanecía sorda y estacionaria ; parecía que la había dejado de ver la noche antes y que Doña Mónica esta-

---

[239] Los periodistas españoles protestaron reiteradamente contra las limitaciones de la libertad de prensa reconocida en la Constitución. Con todo, y a pesar de la legislación restrictiva, se mantuvo en general una tolerancia para la expresión del pensamiento. La leyes, por otra parte, recelosas y llenas de cautelas frente al creciente poder de penetración de la prensa, pudieron frenar, pero no impedir, su tendencia a la expansión, que tiene como causa, entre otros factores, el aumento de alfabetización y consiguientemente de público lector y la politización creciente y cada vez más diversificada de éste. Todos los partidos, fracciones o disidencias aspiraban a tener un órgano en la prensa. A completar este complejo panorama ideológico venían los periódicos de ideología obrerista, asociacionista y socialista utópica, con los cuales se ensañaba especialmente la política represiva. [SEOANE, María Cruz, 1989, *Historia del periodismo en España (2. El siglo XIX)*, Madrid, Alianza, pg. 199]

ba en Pozuelo como acostumbraba. Felipito, ya enseñando canas, suspirando por realizar sus ensueños con la rubia Matilde ; Encarnación había muerto también, y su única hija, una pequeña niña de tres años, estaba a cargo de su suegra o abuela paterna, pues su padre, Eugenio de Castro, se había ido con un empleo a Cuba. Allí encontré también a Blas Reguera, hijo de la poco afortunada tía nuestra Doña Victoria, que casó en Barbadillo, el cual, como todos sus hermanos, había corrido una suerte muy azarosa y desgraciada, sirviendo después de mil aventuras una plaza de oficial de Correos con un escaso sueldo que no alcanzaba a cubrir las necesidades de una crecida familia que había dejado en Zaragoza, donde había casado. Al tío Felipe lo vi mal inclinado hacia la nieta Castro Puelles, a quien decía no podía mirar nunca como a Felipe, y hablaba a las claras de favorecer a éste en lo que pudiera y mejorarlo también en lo visible, porque él no consideraba en sus ex-traña conciencia pudieran tener iguales derechos. No sé lo que habrá pasado después de su muerte, acaecida un año después, pero es probable que éste cargar al sucederle con el santo y la limosna, porque entraba esto en las ideas de su padre, que estaba muy poco por las hembras y muy mucho por los varones de su apellido. Al morir el tío Manuel dos años después que su hermano supimos que había partido sus ahorrillo entre sus dos sobrinos presentes Felipe y Blas Reguera, acabándose en este último la generación de los Puelles y Puelles, hermanos de nuestro abuelo.

A fin de Mayo de aquel año recibí yo en Madrid la desagradable nueva de la muerte de mi querido hermano José. Moría el tercer varón de la familia víctima de la tisis que sacó del Colegio Militar ; murió de 19 años y diez meses después de inocularse en la terrible enfermedad que estaba segando las ramas de la hermana de nuestra madre, los Sánchez Salas, que habían sucumbido la mitad y habían de perecer casi todos en lo más florido de su edad. Con la pena que esto me produjo estuve a punto de haberme incorporado en clase cronista por el mismo periódico donde yo escribía en la expedición española que pasaba a Italia comandada por el general Fernández de Córdova[240], a quien fui recomendado por Valcárcel, el amigo de nuestro padre, que estaba al frente de la casa del Duque de Medinaceli y a cuya casa y tertulia asistía yo diariamente. Mi padre, y en particular mi

---

[240] Fernando Fernández de Córdova, marqués de Mendigorria (1809-1883), ingresó en el ejército en 1824 y comenzó a destacar en la 1ª Guerra Carlista. Se sublevó contra Espartero en 1843, aplastó unos incidentes populares en Madrid (1845) y fue Ministro de la Guerra en 1847. En 1848 fue nombrado Capitán General de Cataluña, pero la dureza de las represiones practicadas, con gran número de fusilamientos, aconsejó relevarle, confiándosele el mando de la expedición militar española que en 1849 acudió a Roma en auxilio de Pío IX, que había sido expulsado por Mazzini, quien instauró la república en aquella ciudad.

madre, me disuadieron del proyecto ; parecía que uno preveía que era preciso me abrazara por última vez, y la otra que iba a necesitar de mis consuelos y ayuda. Habiéndo-me yo también sentido malo y algo lleno de aprensión, con toses e insomnios, me volví a Alcalá a principios de Septiembre, donde hallé a nuestro padre muy decaído y viejo y llo-rando a menudo como un niño recordando a su hijo José, que decía no poder desechar un momento de su memoria. Contaba mi madre que de noche le oía sollozar entre sueños y exclamar: "*Este hijo me quita la vida*".

A pesar de todo, por su natural propensión a hacer algo útil, compraba las dos haces que le faltaban para cuadrar su predilecto cortijo de Barbate, y eran el Algarrobillo, o séanse las 44 fanegas del vínculo de Juan de mesa, no parando hasta que se trajo él mismo a su amo, Martín Giménez, de Medina a las ancas de una hermosa burra negra que había dado en montar desde que se rompió la pierna, y celebró su escritura. El otro haz, de igual cabida, era de un mayorazgo de Málaga llamado Milla, a quien también se le escrituró y tenía que pagar aquellas pascuas. Solía bajar los más de los días al Prado, donde estaba la hoja de la sementera de aquel año muy adelantada, pues se auguraba magnífico, como lo fue después, en efecto, y de día se entretenía comprando puercos gordos a los gataneros a sacar el dinero, trayendo un comercio y entretenimiento más que productivo, recreativo para él, pues era su paseo, donde constantemente tenía 30 o 40 puercos ; puesto en la esquina de Santo Domingo se pasaba los ratos entretenidos con la gente que le rodeaba, y siempre le escuchaban con interés y respeto.

A mí, entretanto, me había [*encargado*] el hato de cabras y había hablado con el abuelo Salas para que me arrendase una manada de ovejas, que yo mismo pasé a comprar a Lebrija, y que unido esto al olivar de Valdegamas que yo tenía arrendado del abuelo y que sembré con una yunta que me prestó mi padre, componían mi entretenimiento por entonces. Tomaba tanto interés por mis cosas, que todas las noches me preguntaba por el adelanto de la siembra en mi preojual, y cuando me traían ovejas muertas de barquilla decía: "*Cuánto más valiera que fueran de las de acá*". Aquel año antes había formado en una de nuestras casas de la Plaza de la Cruz una posadilla decente con cuartoe y buenas camas, que hasta entonces no había habido, ni [*ha*] vuelto a haber en aquel pueblo, y de la que sacó en sus principios regulares productos. Aunque meditabundo y triste, alimentaba su imaginación, nunca en calma, con grandes proyectos y hablaba de que habiendo redondeado sus tierras, necesitaba irle[*s*] haciendo caseríos y almacenes, pues los frágiles

chozos que formaba le salían más caros por causa del peligro de los fuegos y los continuos levantes que se las desbarataban, humedeciéndose mucho trigo cuando los llenaba de granos, y con este objeto había principiado a acopiar vigas y tablas, cuando a los tres días de haber venido nuestro hermano Antonio de Sevilla a pasar las vacaciones de Pascua del 49 se sintió de pronto atacado de un fuerte dolor de cabeza, y en particular de oído, que nosotros, que estábamos hechos a verle padecer continuamente de estos órganos, no le dimos toda la importancia que tenía.

Mas el dolor, lejos de amenguar, crecía más y más, subiendo aquella marejada terrible que le hizo dar en cama al siguiente día. Nuestra madre lloraba a mares que se derretía, pues decía que preveía una horrible desgracia que él mismo se había vaticinado noches antes. Los médicos todos del pueblo le asistían, y no creyéndolos bastante, yo mismo fui a Medina y traje al más entendido de sus profesores, sin que tampoco acertara a disminuirle su dolor, que sólo pudieron acallar propinándole una dosis crecida de opio, pero la calma que le produjo al pronto le hizo romper de seguido en un continuado delirio. Tres días con sus noches de invierno estuvo articulando frases y períodos interrumpidos, pero ordenados y exactos en su principio, pero que se entrecortaban y confundían cada vez más, a semejanza de las vueltas que da un minutero o péndulo que va a perder el arreglo de su marcha y tras largas y variadas sacudidas cae en la paralización absoluta. En los tres días de delirio habló y vació de aquella cabeza todos los pensamientos e ideas que allí se encontraban esculpidas y aglomeradas en desordenado montón. Tan pronto rompía con todo dolor y contricción haciendo una confesión contrita de culpas y pecados como se pasaba a hablar de sus hijos y su madre, de su labor y sirvientes, de sus empresas y proyectos, y era que se dibujaban en aquella majestuosa imaginación como en una linterna mágica las últimas penumbras de las ideas que le asaltaron siempre y que el ya roto timón de la voluntad, que da el orden para encadenarlas, se había destruido por completo y era incapaz de obrar.

Por último, debilitándose por grados y al modo que se aminora y extingue la luz de una bujía, cayó en un estupor completo que duró otros dos días, y al punto de las ánimas de la noche memorable del 15 de Diciembre de 1849, sábado, abriendo sus rasgados ojos, que velaban dos gruesas lágrimas, expiró y lanzó a su Dios aquella grande y vigorosa alma que le había hecho ser el gigante de los hombres de su tiempo, aquel Napoleón y prodigio de inteligencia y actividad, aquel varón, en fin, sin igual en honradez, ternura y

amor sin igual para sus hijos, dejando un caudal de cerca de dos millones que con un corto pie o base él solo había formado, ocho hijos criados y dos con sus carreras terminadas y una aureola gloriosa e imperecedera de honor y de actitud y laboriosidad pocas veces vista. Anonadados y como en profundo estupor quedamos del peso de nuestro dolor; de tal modo de las lágrimas y ayes desgarradores pasamos a la insensibilidad y casi al idiotismo, porque los grandes sentimientos y emociones ofuscan y anonadan la razón. Un magnífico entierro, y brillante cual cabía, se le dispuso ; en él se vieron todos los niños de las escuelas, todas las hermandades, rodeando su féretro, los sirvientes enlutados, que alternaban en su conducción, y todos los pobres con sus humildes andrajos, hombreándose con los más ricos labradores, que conducían las cristas, precedidos[241] todos después por un inmenso pueblo de todas clases y condiciones que al seguir su cadáver comprendía la extensión de la falta del primer prócer de la población y hacía justicia a aquel hombre eminente como patricio sin tacha y como pàdre y jefe de la familia sin igual. Un sepulcro provisional al lado del de su hijo José María, recientemente construido también, le cubrió provisionalmente, levantando nosotros a poco sobre aquellas dos tumbas o cañones, que no nos atrevimos a que se le tocara, una sencilla pero alta y elegante bóveda coronada por una delgada aguja incrustada de azulejos que reflejan bruñidos los rayos del sol y que nos indica desde cualquier punto que la divisemos, que bajo ella y su cruz enlutada duermen todos los seres queridos de la familia y que su jefe principal, desde las alturas, reflejará también sus miradas sobre nosotros también. Dos cipreses jóvenes se levantan a sus lados, cerrando este enterramiento una reja de hierro que resguarda una lápìda donde yo inscribí esta leyenda que me sugirió la idea de su muerte:

Yedra y encina asidas fuertemente
crecieron en la selva de la vida,
y al secarse la yedra prontamente
secó la encina do nació prendida.
Tal es la imagen fiel que aquí la gente
hallará en estos huesos esculpida:
un hijo fue la yedra, que al secarse
hizo al padre, o la encina, desgajarse.

19 de Mayo y 15 de Diciembre 1849.

[241] La única forma de 'preceder' es antes, y no después ; la palabra, por tanto, no puede ser otra que *seguidos*.

CAPITULO XVII: Viudedad y dolor de nuestra madre. Gran cosecha de aquel año. Construcción del Corral y Cortijo de Mocaylén. Año seco que se siguió y morriña en los ganados. Luchas con la autoridad y causas que nos siguieron. Más casamientos nuestros. Revolución y cólera del 54. Muerte de nuestro abuelo y repartición de su caudal hecho en los Santos

Quiero y ofrezco ser breve y compendioso en lo que nos resta que escribir tras la muerte de nuestro padre, que nos dejó como a la sombra, pues nuestro sol se había hundido para siempre en el océano de la muerte, y esto lo hago por varias cosas: primera, porque todo el período de poesía ha terminado ; en adelante, faltó de su numen sobrehumano para acertar a dirigir nuestra casa ; segundo, porque tengo que hablar de mis propias obras, bien tenues y pequeñas en proporción de los gigantescos pasos de nuestro padre, y última y principal, porque de aquí en adelante todos los elementos que tendieron a la unión y aglomeración de habían de trocar ahora en contrario[*s*], inclinandose estos mismos a la división y separación, desmembrando la gran casa, pues roto el lazo o anillo que unía al haz, éste por su propio peso debía tender a caer sobre los lados y dividirse. Nuestra madre, que debió volver a anudar y empalmar en lo posible la rotura del 15 de Diciembre, no quiso desde esa fecha más que el retiro y la quietud donde entregarse a sus oraciones y largas abstracciones de lo que pasaba en el suelo y a su lado, hasta tal punto, que si no hubiera sido por el cuido y asistencia de los dos últimos niños pequeños, Francisco e Isidro, que apenas llegaban a los 12 años el mayor y a los 9 el más pequeño, se hubiera retirado a las monjas o al menos al Beaterío donde estaba nuestra Juanita, y concluyendo por someterse a su pesar a seguir en el siglo por no contribuir al desmembramiento por completo del caudal, a que era muy opuesta siguiendo las tradiciones de nuestro padre, que predicaba de continuo una bella y patriarcal utopía de unión de humanos bajo un solo jefe y régimen siguiendo el orden natural irrealizable en la forma por más que hermoso y seductor en la esencia.

Nuestra madre, ciega entusiasta de esta idea, creyó en conciencia y con arreglo a estos principios declinar en mí como su hijo mayor la dirección que de derecho le pertenecía, y creía en su fervoroso anhelo por seguir este noble principio que apartarse un ápice de él era menoscabar sus prerrogativas, y sobre todo y más sensible para su enamorado, aunque yerto corazón, separarse de la senda ordenada por nuestro padre, que decía siempre: "*Mis hijos a nuestra muerte unidos y todos unos para su bien o para su mal*". Pero esto era irrealizable, [*como*] he dicho antes ; había yernos e hijos casados que se podían

creer ofendidos o postergados siendo tal vez más capaces o cuando menos más afortunados en sus empresas, y aunque al principio se prestaban todos a la idea, habría de concluir por llamarse a su lado, y si, lo que era de prever, nuestra santa madre faltaba pronto para nuestra mayor desgracia, porque estaba padecida del cuerpo y minada de dolor y amargura su alma con el doble golpe de su esposo e hijo José, iba a venirse por completo a tierra la obra de la recomendada y útil unidad e iba a convertirse en otra Babel o Campo de Agramonte[242] la constitución y organismo de nuestra casa. Sin embargo, decididos por lo pronto a continuar unidos, hicimos por pura fórmula la partición, de donde resultaba cerca de un millón a nuestra madre y más de medio [*a*] nosotros, apreciado todo con ligeros valores, en lo que no se alcanzaba prejuicio, pues eran iguales todas las bases y repartidas en proporción a su mole: casas, tierras, ganados y granos.

Para manifestar la idea de unión que nos presidía quisimos levantar monumentos que la recordasen ; uno era el sepulcro de nuestra familia sobre los huesos calientes de nuestro padre y hermano, destinado para todos, el otro la construcción de un corral para 200 puercos que necesitaba la casa y cuyas crías se estaban desgraciando por falta de un local espacioso y ventilado y que no estuviese plagado, como el viejo, de chinchorros y humedades. Este último edificio se comprende sería casi reusado el día que se partiese el caudal, pero entonces en vez de extenso corral, pasarían algunas de sus cuatro piezas a otros usos. Habiéndose concluido la sementera dos días después de la muerte de nuestro padre y presentándose el campo magnífico y poco costoso de escardar por ser un invierno seco, nos dedicamos Antonio, que tenía que terminar su carrera, que debía darle el caudal concluida, y Mariano, nuestro cuñado, y yo como mayores a cuidar del campo y del despacho de los negocios. Habíanse partido las casas, y estos dos hermanos entraron en la participación de las suyas desde luego para subvencionarse el gasto que no nos hacían de manutención y vestidos ; todo lo demás debía quedar y producir incorporado.

Pagamos aquel mismo año las tierras de Milla, los plazos que faltaban de [*des*]amortización y algunas otras cosas, acabando la construcción del Baroto,, en donde queda-

---

[242] El partido de los *agramonteses*, antiguo bando nobiliario de Navarra bajo la jefatura del señor de Agramont, disputó la hegemonía de dicho reino a los beamonteses. Sus rivalidades condujeron en 1438 a una guerra civil de extraordinaria crueldad. Los agramonteses fueron, por otro lado, el principal sostén de Juan II en sus luchas contra Castilla ; también le apoyaron en la guerra civil contra su hijo, el Príncipe de Viana, e intervinieron a su favor al producirse el levantamiento de Cataluña (1462-1472). Durante el reinado de Fernando el Católico, la ayuda prestada por los agramonteses fue decisiva para la anexión de Navarra a la corona castellana. [*Nueva Enciclopedia Larousse,* op. cit., pg. 171]

ron 6 casas en alberca, reedificando la casa de la Calle de los Pozos y la de enfrente a la nuestra, que dedicábamos a Antonio para que se viniera también a vivir junto a nosotros. Alquilamos también la Silla decimal, pues se venía encima una cosecha pocas veces vista de abundante, aunque los trigos estaban, a resultas de esto, por menos de 35 reales. Empezó Agosto y nosotros a llenar los almacenes de la Silla, pues 1.500 carretadas de haces que había dado la hoja debían producir 8.000 fanegas de trigo próximamente ; cerca de 7.000 teníamos ya almacenadas, cuando a la conclusión de unos fuertísimos levantes que vinieron en fin de dicho mes y cuyos días se perdieron de trillar y aventar, quedando ya tan sólo las granzas y los suelos, empezó a llover tan reciamente al empezar Septiembre, estando 10 días lloviendo a mares y saliéndose de madre todos los ríos y arroyos, que la era no se podía levantar porque con la humedad y [*el*] calor se echó a nacer, salvandose sólo 400 fanegas de trigo hinchado de las granzas que sirvieron para el pan, perdiéndose el suelo, que sólo disfrutaron los puercos, en que comieron dos meses, saliendo hechos de carne ; se puede evaluar en más de 500 fanegas de trigo las que se perdieron del todo, y un hermoso pajar que le cogió en alberca.

Nuestro padre había tenido en esta parte mejor suerte, pues era raro el año que en sus muchas eras no se le mojaban algunas, pero hacía tiempo bueno para enjugarlas después y levantarlas del todo, hinchándose algo el trigo, pero la mojada nuestra fue un diluvio desconocido ; no nos cupo igual fortuna. Se hizo cuanto humanamente fue posible, pues yo no salí de la era desde el primer día que llovió hasta su final, rodeado de sirvientes a docenas, pero al enjugarse por un lado cuando volvíamos las granzas, volvió a llover con más furia, perdiéndose lo migado. Quedamos después de todo tranquilos, aunque disgustados, como el que ha cumplido con su deber por más que el azar le haya contrariado ; si nosotros hubieramos previsto aquello, se hubiese trillado y aventado los días de recio levante, como siempre después continuamos haciendo, y no que no estorbamos que los aperadores, por espíritu de rutina y creyendo hacer un acierto, disponían a la gente y dejaban la era sola, ocupándolos en otras faenas de menos interés.

A resultas de esto y en medio de que debíamos pedirle a Dios que siempre nos las mojara si habían de seguir viniendo años tan feraces, surgieron algunos disgustos, y Mariano, nuestro cuñado, dejándonos arrendadas sus tierras, que se señalaron en Pelagallos, apartó yeguas, ovejas y trigo hasta la parte que le había cabido en su acción de socio. Al año siguiente se emprendió y llevó a cabo la obra del Cortijo, teniendo ya el corral con-

cluido, porque nuestra madre, a quien gustaba mucho el campo y que disfrutaba algunas temporadas [*allí*], quería una casa cómoda y decente. Unido esto a que tenía que ser el almacén general de los demás cortijos, que estaban por hacer los que no estaban en ruinas, y el refugio y hospital de bueyes y yeguas, juntamente con la borricada y reatas de mulos, se le hubieron de dar las vastas y grandes proporciones que hoy tiene y que se merecía por ser el cuadro más hermoso de tierra que hay en Alcalá después de las célebres Covatillas ; era la puerta del caudal, como le llamaba nuestro malogrado padre, que la engarzó a él, así como el cortijito de La Oraa era el diamante o rubí.

Ambos le habían cabido a nuestra madre, y dentro de la parte de ésta había sobrado dinero para que se le pudiera hacer sus joyas todas las obras que se quisieran, además [*de*] que ella quería una cosa buena, así es que las cales, maderas y todos los materiales que se emplearon fueron excelentes, pero sin dejar de ser todo lo económico posible, pues echabamos las caleras a jornal, saliendo la dicha a menos de 12 reales el casi, cuando vale el doble al menos, clareando los caudales de Bobeda y La Salinilla de piedra parecida a cantería, y traían nuestras dos reatas de mulos las vigas y tablas del término de Jimena, en Los Hoyos de Buenas Noches, donde teníamos concertada una sierra, comprándolo por la tercera parte de su valor hoy, siendo los albañiles muchachos que yo había sacado de los peones dieztros, y las tejas y ladrillos de una fábrica que yo también había planteado; sólo así se concibe que se hubieran hecho paredes para cubrirse con más de 40.000 tejas que cobijaban el cortijo y [*los*] corrales, sin incluir las casas que habíamos concluido en el Barrio y que nosotros concluimos en aquellos dos años escasos, invirtiendo 3.000 duros en lo que de seguro se debieran gastar ocho, pues todo es de cal y canto y debía de petrificarse como ésta. Al terminar el año de 1851, que fue regular, pero que se despedía con una seca y sin que hubiera otoño, cojiéndole a los ganados muy flacos, casó nuestro hermano Joaquín Ensebio con nuestra prima Eloísa Centeno, nieta, como él, de nuestro bisabuelo Don Juan de Salas Gómez, tomando éste su casa y parte de su legítima para labor de sostenerse, pero sin dejar de estar en lo demás unido a la familia.

Continuando nosotros con muestra oposición a las parcialidades de Don Rafael Sánchez Mendoza, que se sucedía en el mando, choqué yo con el Alcalde de aquel año, ingrato a muchos favores que de nuestra familia había recibido y que se complacía en atormentarnos con abrir una vereda por medio de la inmensa extensión de las tierras de Barbate, de incalculable perjuicio, llegando su ojeriza hasta el punto de privarnos también

del voto electoral cuando yo representaba la casa, primera contribuyente, y Antonio una décuple cantidad de la marcada, pagando entre los dos más del 1.000 duros, o séanse, una décima parte de lo que pagaba el conjunto del cuerpo electoral todo. De sus resultas tuvimos una gresca en una reunión en que nos hallábamos juntos dentro de la Botica junto a nuestra casa, y echándo[*se*]la[*s*] el Alcalde de tal, recurrió al desconocido medio de suponer que le habíamos cometido desacato, cuando en aquellos momentos no podía ser Alcalde el que estaba jugando con los naipes jugadas de azar y envite, formándonos una ruidosa causa y queriéndonos prender públicamente con la fuerza de la Guardia Civil, por lo que tuvimos que refugiarnos en Medina, donde estuvimos más de dos meses detenidos y con el carácter de presos, de donde nos volvimos absueltos, pero habiendonos gastado seis o sietemil reales y quedando nuestro enemigo colmado de ridículo y de rabia, que después le habríamos de pagar con una generosidad poco común.

En este tiempo, en que estuvimos en Sevilla para defender nuestra causa, hablamos y nos ofreció Las Covatillas la misma condesa viuda, que al poco tiempo tuvo necesidad de vender a la misma casa de Varela, que había venido poseyéndola en arrendamiento desde los últimos de nuestra familia materna. Vueltos de nuestro destierro asistimos a una morriña de los ganados menudos y parte del vacuno y yeguar, que perecía por falta de hierbas y bellotas, siendo tal el decaimiento de los ganados que tuvimos que acabar la sementera que habíamos empezado con 50 yuntas rebeseras y seis de mulos y cuatro de bueyes, pues los animales todos no podían tenerse en pie. Antonio en este mismo año, que había plantado una bonita labor en Fraja en los dos ranchos de las Cortinas y Fieles venidos, a resultas de la quema de los pastos de su dehesa del Buho había padecido mucho en sus ganados, quedándose sin yeguas y casi sin ganado vacuno y traspasándonos al año siguiente su labor, aburrido con los desastres y reveses que en su principio tuviera. Al fin de este año de 1853 pasó nuestra madre a Cádiz y Sevilla para distraer a Aurora, que echaba esputos de sangre y que estaba llena de aprensión de la enfermedad hereditaria en la línea materna ; llevaba también la idea de encargarse de la educación de los tres niños pequeños, uno, el Francisco, que estaba en Sevilla en el Colegio Real desde el año 50, instalándose definitivamente en Cádiz nuestra familia con Juana, Isidro y María de los Santos, quedando la casa conmigo y mi amada prima Belén, con quien me había yo casado al finarse aquel año con breve costos, pues era prima hermana nuestra y nieta, como nosotros, del abuelo Francisco.

Esta joven estaba indicada por nuestro padre para mí, enamorado de sus bellas prendas del físico, y además de su angelical y bello semblante le recomendaba aún más su acendrada virtud y una educación religiosa ejemplar que nos decidieron a engarzarla en nuestro linaje, donde también había de durar poco, pues llevaba ya en sí el germen de la tisis, hereditaria, como hemos dicho, en la familia. Esta indicación marcada de casarnos sin salir de nuestro linaje, que ya venía de muy atrás en la familia, nos valió el oportuno nombre de la Casa de Austria. De nuestros estados y balances, hechos con fidelidad cada año, resultaba que a pesar de la división que se iba obrando, de las morriñas por que pasamos y de las alternativas de dos años endebles y costosos estábamos en bonanza y alza e íbamos creciendo a toda prisa. Teníamos una unión envidiable, y siguiendo el camino que nos trazó nuestro padre de economía y orden, creíamos que a vuelta de algunos años nuestra madre sola volvería a reunir de por sí, como tenía, todo el caudal en conjunto.

No habíamos comprado más nuevas fincas que la roza del Pradillo, pero habíamos acabado de pagar todo lo que se debía, reconstruido y ensanchado la casa materna, preparando obras en las demás y los cortijos otros, que estaban destruidos por completo, cuando acaeció el célebre Pronunciamiento del 54[243], en que nos pusimos al frente del pueblo, y corriendo el peligro de ser fusilados, pues nos anticipamos a todos los pueblos de la provincia, quedando yo al frente de dicho alzamiento con el carácter de Presidente, y Antonio en la Junta de Provincia con el carácter de diputado representante de ella[244].

No caben en cortos renglones todos los azares y sobresaltos que nos ocasionó y tuvo que pasar nuestra pobre familia en todo el tiempo que duró el [*pronunciamiento*] y

---

[243] La Revolución de 1854, liderada por O'Donnell, fue motivada entre otras causas por la corrupción que se registró en torno al *Plan de Ferrocarriles* ; resulta que las compañías que supuestamente iban a ceder al Estado dinero a fondo perdido para extender las líneas sobre suelo estatal o eran ilegales, o no existían. O'Donnell, un puritano, convenció a otros progresistas de la necesidad de organizar un levantamiento. El resultado inmediato del Pronunciamiento de O'Donnell fue el llamado *Bienio progresista*, una época interesante para el país, ya que los cambios que se produjeron en el transcurso de la misma fueron irreversibles. La nueva Constitución de 1856 establecía la libertad religiosa sin consultar previamente a la Santa Sede, rompiéndose las relaciones Iglesia-Estado, ocasión que aprovechó Madoz para presentar una nueva Ley de Desamortización, publicando simultáneamente un documento del Gobierno en el que se afirmaba que era el Papado quien había roto las relaciones unilateralmente.

[244] El *Manifiesto de Manzaneros*, que ofrecía restablecer la Milicia Nacional, consiguió levantar a la gente. El Ministro Sartorius se vio obligado a dimitir, decisión en la que seguramente influyeron también los cónsules de los países extranjeros, sobre todo británicos y franceses. La reina encargó al Duque de Rivas y a Fernández de Córdova formar Gobierno ; como consecuencia de ello, en Madrid comenzaron a prender fuego a diversos establecimientos. Se formó entonces una Junta de Salvación Nacional mayoritariamente progresista y una *Junta del Sur* (la mencionada en el texto) de mayoría demócrata, y las dos no consiguieron ponerse de acuerdo ; fue entonces cuando la reina decidió volver a llamar a Espartero, quien expulsó a la reina madre. El Bienio Progresista acababa de comenzar.

en el cual salvamos las vidas e intereses de nuestros más marcados enemigos, que tanta guerra nos habían hecho, porque éramos inmaculados en vida y honra y enérgicos, resueltos y lúcidos en nuestros actos y palabras, sin sacar de todo más que la satisfacción de vernos siempre honrados y aplaudidos, como igualmente premiados por el Gobierno liberal que se entronizó con el ínclito Espartero a su frente con las Cruces de Caballero de Carlos III con que decoró nuestros pechos llenos hasta entonces y rebozando de patriotismo y honor, y el verme indicado yo para Diputado de las Constituyentes, en que sin trabajar ni poner yo [*de*] mi partenada alcancé 1.300 y pico votos por la provincia, quedando en el lugar inmediato y próximo después de los que salieron elegidos, y sobre todo y lo que nos halagaba más, el que nuestra madre, que vivía en el cariño de sus hijos, se manifestase, como la de los Gracos, enorgullecida de ellos y asegurara para animarnos y llenarnos de noble emulación el que también lo estaría nuestro padre si viviera al ver lo bien que imitábamos y seguíamos sus pasos.

Tras el pronunciamiento vino el cólera, aterrador y mortífero como nunca, en el que Antonio, hecho Alcalde apenas cumplidos los 25 años, al frente de un pueblo abandonado de sus moradores, que huían medrosos al campo, y contagiado grandemente del terrible mal, que hacía víctimas a montones, sucumbiendo en el corto período cerca de 500, desplegase un celo, una eficacia y un valor tan sorprendentes, que admiraba en un joven de su edad. Yo era el Jefe de la Milicia Nacional de ambas armas y me había propuesto ayudarle y no dejar su lado ; me fue preciso por mandato terminante de mi madre trasladarme con ella y toda la familia a Los Santos, donde se había refugiado toda ella y las principales del pueblo. Estando nosotros allí, y Antonio haciendo heroicidades en la villa, nos vimos envueltos y atacados de nuevo por los enemigos nuestros y de la población, que parecían amilanados y que asaltaron aquella situación tan digna urdiendo una trama infernal de que habíamos hecho fuego a la persona y escolta de un agente de elecciones que había mandado el infame y alevoso Gobernador Don Francisco Ríos Rosas[245], hombre sin conciencia ni pudor que arrastrándose a los pies de un Gobierno liberal, estaba tramando su ruina y maleando una elección que en aquel sentido se estaba preparando.

---

[245] Antonio (no Francisco, como pone en el texto) de los Ríos Rosas (1812-1873) militó desde 1837 en las filas de los moderados, pero sin sujetarse a la dirección de un jefe de fila, puesto que una exigencia de honradez le hizo mantenerse alejado de la habitual corrupción administrativa. Fue Ministro de Gobernación en el fugaz Gobierno del Duque de Rivas y proporcionó a O'Donnell la base política sobre la que se constituyó la Unión Liberal. Tras el golpe de Estado que puso fin al Bienio Progresista volvió a ser Minis-tro de Gobernación, esta vez bajo la presidencia de O'Donnell. Como Embajador en Roma gestionó los acuerdos entre el Vaticano y el Gobierno español. [*Nueva Enciclopedia Larousse*, op. cit., pg. 8.562]

Dio por resultado la negra alevosía de los farsantes que aquella vil intriga surtió efecto y que fuimos destituidos en el pleno triunfo de nuestras ideas por los hombres de las contrarias, barajados y amalgamados ya entre nosotros con los uniformes de la Milicia y con los mandos más importantes, siendo envueltos y encausados los miembros más dignos de aquel municipio de héroes que luchaban con el cólera y de aquella Milicia modelo que vigilaba y rondaba el pueblo de noche, haciendose, más que instituto militar, orden hospitalaria y religiosa, sustituyéndonos con los sectarios de nuestro cacique feudal, camarada de Ríos Rosas y que había dado el santo y seña a los suyos de acogerse a la bandera progresista y trabajar como si hubieran sido constructores de barricadas para alzarse con el mando.

No quiero en escritos que han de leer otras generaciones dejar sembrados odios y rencores que los sepulcros deben olvidar y apartar de sí, porque nuestra descendencia crea oír desde estos religiosos sitios ecos que despierten la discordia entre los que nos han de suceder, que les sobrarán con los suyos propios ocasión para enturbiar la paz de sus hogares, pero quede consignado como testimonio solemne que tanto a nuestro padre como a nosotros se nos hizo siempre cruda guerra e injusto y aleve tiro por los peores hombres de nuestra época, marcados por haber sido los que más daño hicieron al vecindario. Bajamos del poder popular de Real Orden por tres meses escasos que se nos siguió una causa militar de peor género que las civiles, pues está la vida y el crédito de cualquier honrada persona sujeta al dictamen de un fiscal visionario y de unos jueces ignorantes y rígidos que en su ciega obediencia y ningún criterio se ciñen ciegamente a la observancia de un Código mucho más fuerte en sus disposiciones que el de Dracón[246]. Antes de tres meses éramos alzados de nuevo ambos sobre el pavés por 2.000 votos de una población agradecida y entusiasta que miraba en nosotros a los dignos hijos de nuestro padre. Aquél les había repartido las suertes ; nosotros les íbamos a dar los terrenos montuosos con el nombre de rozas, no reservándonos ni entonces ni ahora una perlojada de terreno, pues todo el que tenemos ha sido comprado con gotas de sangre de ambas generaciones.

---

[246] Antes de este legislador ateniense (fines del siglo VII A.D.C.) el pueblo se hallaba a merced de la nobleza (los *eupátridas*), la cual administraba justicia en nombre del derecho consuetudinario de la época heroica, interpretado a la medida de sus intereses. Dracón, que ostentaba la dignidad de 'tesmoteta', se encargó de redactar un código de leyes que restableciera la calma en la república. No modificó la forma de Gobierno, y la celebridad de su código se debe sobre todo al rigor de las penas. Representó, sin embargo, un gran progreso en relación con la barbarie de la justicia primitiva ; así, dejó de ser punible el homicidio involuntario. Se esforzó, sobre todo, por suprimir las guerras privadas entre familias y las venganzas a favor del poder judicial del Estado. [*ibid*., pg. 3.073]

A principios del cólera había muerto nuestro abuelo Don Francisco de Salas, dejándonos a los 80 años dedicados a una vida laboriosa y lleno siempre de los más generosos pensamientos e ideas, un apellido y un caudal muy respetable que mal apreciado ascendía a un millón de reales, fruto de sus afanes y de los de su padre, y entrando nosotros en la participación de una tercera parte que a nuestra madre le cupo y que no debía tampoco disfrutar ella. Cerró sus ojos, y resignada a los decretos de Dios, que le arrebataba unas tras otras las prendas más queridas a su alma, aguardaba por su parte el golpe último que le era respectivo, no teniendo más ejercicio que sus tareas religiosas, a que se dedicó de lleno, y el bien de sus hijos, de quien[*es*] veía se iba a separar muy pronto, pues la minaba una terrible enfermedad de un cáncer uterino que la demacraba visiblemente. En los Santos, y mientras ella, en el camarín suntuoso de la Virgen, se abstraía del mundo y de sus quimeras, que presentía iba pronto a dejar, nosotros hacíamos buena y pacíficamente las partes de aquella honrosa herencia, donde no había un real que no fuera el fruto de afanes y de trabajos, dejando nuestro abuelo, además, salpicado el suelo del vecindario de sus beneficios y caridades, siendo el último la dotación a perpetuo de la misa de la aurora, conocida por la de Jesús, para la cual dejó su hermosa huerta de Fraja en la administración de la rama de su sobrino Salas, casado con la menor de sus nietas, Francisca Arriola y Salas, tocándose la rareza de que el hombre, que estuvo siempre contra los principios amortizadores, dejara una disposición de este género, contraria y en oposición de la Ley, y que respetaremos los actuales descendientes no sólo por su noble y religiosa mira, sino también porque para nosotros es sagrado e inviolable su último pensamiento, pero no tardará probablemente mucho tiempo en que otras generaciones nacidas de las actuales destruyan este fideicomiso laical, debiendo tener presente, si llega este caso, [*que*] pertenece la hermosa finca *pro indiviso* a las tres ramas de Puelles Salas, Sánchez Salas y Arriola Salas, que fueron sus genuinos y naturales descendientes como hijos de sus tres hijas Francisca, María Antonio e Ysabel, muerta a poco de casarse y madre de dos niñas que son los troncos de los Franco Arriola y de los Salas Arriola.

Dividido su caudal en tres lotes iguales entre nuestra madre, nuestra tía María Antonia, madre de mi esposa Belén, y las dos huérfanas hijas de la hermana mayor, Isabel, casadas ya entonces, fue llamada ésta para que sacase su lote respectivo, y tomando una papeleta al azar, se volvió a sus rezos y oraciones sin cuidarse de lo demás. Esta parte, providencialmente, iba favorecida en 2.000 duros en que nuestro abuelo por mi error había perjudicado a nuestra madre sin desearlo, únicamente porque le parecía habia saca-

do mejor partido de sus préstamos, mientras que a los otros nada le había suplido, habiendo nosotros pagádole éstos, mientras que los demás se lo quedaron a deber ; era un castigo por un lamentable error que se le imponía al laborioso y exacto y que redundaba en beneficio de las nietas, cuyo padre ni lo había sabido conservar y había malversado su primitivo dote ; pero en esa parte, apreciada a ciencia, conciencia y voluntad de todos, que no sabían a quíen podía tocar, llevaba en sus dos molinos, valuados en 45.000 reales y 30.000 más que ellos valían ; los otros 10.000 más iban en las tierras de Mansera, apreciadas en 20 y que valian más de 30.000 reales. A nosotros nos tocaron olivares, molinos, casas, viñas, el Cortijo de Fraja y parte del de la Campiña, con la caballería suelta de Mansera, valuado todo en unos 15.000 duros, pero que subían de 20 al igual de las otras, porque se habían valuado en su primitivo aprecio, y éstos casi habían doblado su valor. Así y con este orden y satisfacción de todos se terminó una partición modelo, no tanto por el vasto caudal que se repartía, sino por los acordes, unidos y satisfechos que salieron los cuatro partícipes. En ellas me cupo, como en otros anteriores, de ordenar las bases y gradaciones, y fueron breves, justas y sencillas ; era cierto don especial que yo había heredado de mi padre.

CAPITULO XVIII: Enfermedad y muerte de nuestra madre en Cádiz. Particiones definitivas. Muerte de Belén y de María de los Santos. Situación triste de la casa. Nuevos casamientos de los niños. Epílogo y suspensión de la historia

Terminada [*la partición*] y puestos en posesión de los bienes de la testamentaria las hijas y nietas del finado, nuestro abuelo, agravándose en tanto nuestra madre cada vez más, nos fue preciso llevarla a Cádiz con la idea de someterla a la curación por los célebres y entendidos profesores que en el dicho Colegio hay. ¡Ojalá nunca lo hubiéramos intentado!, pues es una enfermedad incurable que se debe dejar rodar y someterse sólo a cierto régimen higiénico, precipitándose y agravandose cuando se adopta la curación, como así sucedió, pues a poco de llegar a ella se postró y agravó de tal manera que ya no podía tenerse en pie y tenía que estar en cama o en silla de brazos, queriendo, aunque tarde, volverse al lado de sus hijos y a su 'casita', como ella decía, para poder juntar sus huesos con los de los objetos queridos a su corazón. Todo había de ser inútil, pues no se [*la*] podía trasladar más que del modo indicado, estando tan débil y estancada por la carencia completa de apetito, que llegó éste a extinguirse del todo, quedando inerte y sin fuerzas. Un mes antes de su fatal postración había casado nuestra hermana segunda María, que la acompañaba de continuo, con Don Manuel Espinosa Ramos, joven médico que esperaba, en su celo por su futura suegra, curarla. A Cádiz concurririamos semanalmente unos y otros a consolar y abrazar [*a*] aquella santa señora, que estaba resignada ya a su muerte y nos bendecía a los bordes de su entreabierto sepulcro, que sólo repugnaba por no ser el de su esposo y sus hijos.

Reunidos por su expreso mandato todos cuatro días antes de su muerte, apoyada sobre las almohadas de su lecho con la entereza y unción que da solamente una vida intachable y sembrada de buenas y laboriosas obras, nos dijo a todos, que llorábamos rodeando su lecho: "*Quiero que ustedes sean los que hagan mi testamento ; pesad y tened en cuenta, lo que debiera hacer yo, sobre la mayor o menor ventaja que cada cual pueda haber reportado de lo que a todos pertenece por igual y repartidlo dándome a mí solamente un humildísimo entierro, que es, y vuestras oraciones y ruegos por mí a Dios, lo que sólo necesito. Tomad, hijos míos, esos bienes perecederos y mezquinos que solamente nos han proporcionado a vuestros abuelos, padres y a mí medio siglo de quebrantos y de desvelos, y hacedlos partes entre vosotros y disfrutadlos lo mejor y más santamente que podáis con la bendición de ellos y mía. Sacad en adelante sin disiparlos en loanas, pues*

son gotas de sangre y de sudor congeladas, el mejor fruto que podáis de ellos en bien, sobre todo, de vuestras almas y de todo el que podáis hacer por vuestros semejantes. Yo no he sacado de ellos más que amarguras y la triste satisfacción de daros buenos consejos para que no os afanéis más que lo preciso para una prudente administración, sin cargar jamás vuestra conciencia, porque la vida es un pequeño período que se nos va anhelando, y en [el] *dintel del sepulcro donde me encuentro es donde se ve con la luz de la verdad lo poco que es y vale todo lo mundano. Os prohibo y ruego que no me toquéis más ni me habléis de las cosas terrenales, que ya no me pertenecen y que con tanto gusto me desprendo de ellas para sólo ocuparme de lo que más me interesa, que es coger una tablita en el piélago insondable de la muerte que me sostenga y me arribe al puerto deseado de mi eterna salvación y ventura, donde espero hallar* [a] *mis padres, mis hermanas, mis hijos, mi esposo y madre Clara, a quien me parece he visto esta noche abriendome sitio junto a sí*". Y después de abrazarnos y besarnos repetidas veces como quien se va a despedir para un eterno viaje, inundándonos con sus lágrimas se encomendó al cuidado de un sacerdote para que la auxiliara y no la dejara un momento hasta volar su alma de aquella prisión terrenal por donde pugnaba en salir.

A la una de la tarde del 13 de Marzo de 1855 se exaló aquel espíritu puro, quedando sus ojos entreabiertos y como dormidos en un éxtasis. Este fue el término envidiable de la madre de nuestro corazón, de la compañera fiel y prudente que desvivió toda su vida por su esposo y por sus hijos ; así debia acabar santa y cristianamente la que vivió 52 años sembrados todos de las flores de sus virtudes y de su modestía. Tres vestidos dejó por todo ajuar, y unos zapatillos que se apresuró a recoger nuestra buena hermana Aurora como se recogen las reliquias de una santa, la que dejaba terrenos y bienes para formar una aldea. Su suntuoso entierro, que no pudimos acompañar y que fuimos acordes en hacerle aún infringiendo sus órdenes, entierro donde iba representada la Diputación Provincial por nuestro tío Matías, uno de sus miembros, y otra porción de personas notables, se verificó la tarde del dicho día, dándole un abrigo provisional en el cementerio de Extramuros, que ella no quiso ni apeteció nunca porque no era el mismo del de su esposo, hijos y familia. Pronto le daremos lado y hueco junto a los nuestros aquí para cumplir su última voluntad, para nosotros soberana, de un pecho que a todos nos alimentó o lactó y que necesitamos tener a nuestro lado en el sueño de la muerte como lo tuvimos en el de la infancia y sima [*?*]. Concluido[*s*] sus funerales y duelo voló aquella bandaditas de palomas amedrantadas por el tiro del cazador que deja yerta a su común madre hacia nuestra casa y

tierra natal, donde hallamos mudos y sin voz los sitios donde se albergaban antes los objetos más queridos. Nos era imposible reponernos de un dolor tan acerbo y de un pesar que debe durar en nosotros lo que nuestra existencia, ligada a la suya como las ramas del árbol de quien recogió su savia ; todos sin distinción, hijos y yernos, quedamos sumidos en una especie de atonía que nos hacía mirar con indiferencia bienes y cosas que nos representaban tan lúgubres recuerdos.

Pasados muchos meses de nuestra vuelta empezamos, porque era absolutamente preciso, a ocuparnos de una partición definitiva que no se podía retardar, pues no nos era posible continuar en adelante cinco casas de familia con sus instintos y hábitos particulares cada una, por más que fuésemos modelos de buenos hermanos, porque de esto a ser socios en un caudal de labor hay un paso y distancia inconmensurables. Así es que de común acuerdo, concluido Agosto, que fue harto menguado por cierto, pues un año excesivamente húmedo neutralizó la esperanza de una buena cosecha que tuvimos en su nacimiento a la vista, apreciando y dando a todo unos valores proporcionados y bajos, como después se ha podido ver, pero tan iguales entre sí que dudamos si hacer los lotes a la suerte o atender cada uno al que más cuadrase a sus deseos y gustos. Para hacer la definitiva partición se rehizo la antigua y aportó de nuevo cada parte todo lo que había tomado, y teniendo por base el testamento de nuestra madre y el *ab intestato* de nuestro padre fuimos llenando las hijuelas de cada cual en proporción de las ventajas que cada cual reportara ; las niñas sacaban unas más y otras menos en relación también de los beneficios que tuvieran a los rayos del sol del cariño de nuestros padres, y los varones, los mayores con carrera concluida se les graduaba mil duros de ventaja percibidos en la parte de libros, matrículas y costos de grado, pues los alimentos o mesadas natural era el que los percibieran en sus casas a no haberlos seguido, [*y*] los más pequeños eran subsanados en esta proporción y según a la altura en que les alcanzaba en su educación respectiva. Todos los nietos eran llamados a un legado de una baquita pequeña, y a las antiguas sirvientes sus ajuares respectivos. En fin, en San Miguel de aquel mismo año quedó corriente y terminada la partición, que debía ser judicial y aprobada después por el Juzgado por haber cuatro menores, dando por resultado el que partimos dos millones aproximadamente, saliendo cada uno con más de 10.000 duros y algunos con 12, pues los aprecios eran todos susceptibles de mejora, que no se hicieron por estar todos equiparados y abultar la importancia de los bienes.

Aurora, nuestra hermana mayor, tomó la tercera parte del Cortijo de Pelagallos, o séase el cerro de este nombre y los Granujales con su gran era empedrada, componiendo cerca de tres caballerías de tierra de primer orden, porción de casas y granos, con las Alegrías, y una manada de ovejas. Antonio, la mitad del Cortijo de Barbate, o séase toda la parte que queda a un lado de la cañada que va al Puerto de los Yeros por la linde del Arroyo de la Alcornoquera, con tres y media caballerías, mitad del hermoso caserío y corral, su casa del pueblo y otras más chicas, con la misma adición de ganadería y granos. Joaquín Eusebio, la tercera parte de Pelagallos que toca con Peña Arpada, llamada Arcojola y Alamillo, con cerca de tres caballerías el rancho y cercado de Pelagallos con iguales añadidos de buenas casas y ganados, granos y enseres. María de los Santos llevó el Cortijo de Fraja, recién heredado del abuelo, con tres y media caballerías de tierra y su caserío, casa principal donde estuvo la posada, otras varias, ganados, muebles y enseres. Francisco de Asís, que no había terminado su carrera, el diamante del caudal, o séase el Cortijo de la Oraa, con cerca de 200 fanegas de tierra, y su cortijo nuevo que se le hizo, mitad de la casa principal y algunas otras, con su dotación de ganados, granos y enseres. Juana Ramona, favorecida con mejora, la parte de Pelagallos llamada Matabueyes y el hato con tres caballerías y otra más en los retamales del verdugo de pasto y monte, con sus casas y demás. El más beneficiado de todos, Isidro, sacó el cuadro hermoso del Cortijo de Mocaylén de la cañada arriba hasta La Loma, con tres caballerías y media de primera clase, mitad del caserío y corral a medias con Antonio, y de la casa principal con Francisco y sus añadidos, y mi parte, que fue la más desparramada y deslucida, se compuso de la mitad de la Dehesa de los Santos, por desmontar entonces, compuesta de cerca de tres caballerías, los dos molinos herencia del abuelo, que vendía poco a Aurora invirtiendo en viñas, el olivar de Valdegomar, la roza del Pradillo, la parte de viña del abuelo y una casa en pleito que debían todos subsanarme, caso de perderse, con los ganados, granos y crecidísimos enseres de toda la labor.

Tal fue en compendio la obra que nosotros hicimos, y deshicimos por otro lado, y que había sido el trabajo de dos generaciones aplicadas y constantes en su formación ; si como nosotros fuimos muchos, hubiéramos sido pocos, se habrían quedado caudales de fundamento, mas así y todo teníamos unos con otros cerca de un doblón de rentas cada uno para poder vivir y sostener nuestras cargas holgadamente en razón a los gastos que ofrece la población. Nosotros, no malgastando y llevando adelante el régimen que habíamos visto ensayarse entre nosotros con tanto acierto, debíamos todos merced a aquellos

esfuerzos tener asegurada para siempre nuestra subsistencia, y con doble más motivo en cuanto a que todo lo que tomábamos tenía y debía de ir acreciendo en valor por grados, como después se ha visto. Una sola cosa quedó indivisible y lo estará par siempre mientras subsista, y era el monumento o bóveda que encierra las cenizas de nuestros padres y donde todos tenemos el derecho de depositar las nuestras hasta que el viento de los siglos o generaciones descuidadas que nos sucedan las avienten o remuevan todas juntas, como debemos y queremos estar.

Terminado todo lo que concernía a particiones y aprobadas éstas en Medina por una gruesa suma importó todo el expediente y asientos en la oficina de hipotecas, aunque lo dimos listo y acabado en borrador todo el trabajo sin tener más que ponerlo en limpio y protocolizarlo. Cada cual se ocupó en sus propios negocios en adelante, quedando yo al frente de tres niños como tutor y guardador de ellos nombrado por mi madre, y habiendo pasado el Francisco a continuar sus estudios a un colegio de Cádiz en clave de externo, habiendo pedido la gracia de Cadete para Isidro en el Regimiento de Murcia, de guarnición en el mismo punto, después de haberse aburrido de estar en otro colegio de Sevilla, quedé yo con mi hermana Juana, de quince años, al frente de la casa, que de tantas personas como contenía antes había quedado desierta y vacía, viviéndola solamente dos hermanos y mi mujer y prima, que ya en este tiempo, declarada también su enfermedad, fue preciso llevar fuera, trasladándola a Cádiz, Sanlúcar y Puerto Real en un año memorable por sus interminables lluvias, que fue el fin de 1855 y todo el principio de 1856, que nos hizo trabajar doble en una sementera costosísima e interminable, dando por resultado perderse las simientes que llegaron a salir a luz y enfermar sus raices, concluyendo por quedar hechos manchones que no se pudieron segar.

Aquejado yo de una gran dolencia o enfermedad a resultas de una gran mojada, estuve en la cama también sin poder atender en sus viajes a mi buena prima y consorte, que desahuciada del todo se vino al fin a Alcalá en un claro que dejó de llover. Ambos en nuestros lechos con un leve tabique de por medio, estábamos consumiéndonos, ella con una enfermedad incurable que la arrastraba por días al sepulcro, yo con un padecimiento y fatigas extrañas que me hacían arrojar lo poco que comía y que me dejó tan consumido como a ella. En 25 de Mayo de aquel año de 1856 ella, con la paz y sueño de los justos, voló al cielo, de donde procedía, de 30 años de edad y tres y medio de casada, si haber dejado fruto de una unión tan igual y feliz en el corto tiempo que duró. Todo iba, pues,

desapareciendo para nosotros, y las piedras que constituían el edificio sólido al parecer se desmoronaban y caían. Fue tan angelical y amante de las flores, que siempre estuvo rodeada de ellas, teniendo a su lado ramilletes sinnúmero o ciñéndoselas para dormir a sus sienes, y cuando murió, no sabiendo qué atributos darle a tanta virtud y belleza cegada en flor, también coronamos su lecho fúnebre y todo lo que le rodeaba de olorosas flores que la primavera en toda su lozanía le brindaba también. Encerrada dentro de la bóveda, se le puso a sus cenizas esta sencilla composición que me inspiró su primer amor y que comprendía su breve carrera y vida:

Palmera hermosa exalando olores,
cándido cisne en la región del hielo,
casta y tierna paloma en tus amores,
ángel más que mujer fuiste en el suelo.
Apasionada amante de las flores,
te creó el Hacedor y desde el cielo
antes que te agostases mejor quiso
trasplantarte ¡oh flor bella! al paraíso.

25 de Mayo de 1856.

Un lúcido acompañamiento segúia su entierro sustuoso que cerraba la Milicia Nacional en pelotón y sin armas, despidiendo y honrando a la que había sido su bella comandante. Todo cuanto en nuestras manos estuvo se hizo para salvarla ; todo se agotó, no pudiendo revocar el Decreto que la Providencia había dado sobre ella, ni variar el organismo peculiar y hereditario con que la dotó el Altísimo. ¡¡¡Oh, tal vez al remontarse al cielo, que su candor y piedad natural tenía merecido, fue para gozar de dichas anticipadas que nada del mundo puede comparar!!!

Aquel verano, o séanse dos meses después, fue ametrallada y dispersa la Asamblea Nacional, desarmada la Milicia en todo el reino a consecuencia del triunfo de la reacción militar contra el desprevenido e incauto Gobierno liberal del Duque de la Victoria. Siempre el Partido Liberal a quien el trono miraba de mal ojo, era víctima generosa de éste por su credulidad y confianza. Por revoluciones necesarias y en [*las*] que se mostraba siempre magnánimo subía, y por reacciones del Ejército en que se desplegaba toda la tirantez y [*el*] encono propios del partido retrógrado bajaba y se derrumbaba sin escarmentar ni aprender nunca[247]. En Alcalá se entronizó de nuevo el partido de Don Rafael, que tuvo la

---

[247] La radicalización del movimiento revolucionario de 1854 hizo que Isabel II decidiera llamar al Gobierno a Espartero, pensando que los sublevados considerarían el regreso del jefe progresista como una victoria

degradación de votar a su corifeo por diputado porque ya no le querían en su distrito de Arcos. Hasta ese punto se llevaba la bajeza y la deslealtad al suelo patrio, y nosotros, aunque retirados de la política, votamos con fervor a su contrario, fuera el que fuera y aunque hubieramos de perder. porque no nos importaba el ganar, sino el mostrarnos dignos de nuestra raza, principios y de nuestro pueblo.

Al año siguiente, en que hubo una gran carestía efecto de la ruina de las cosechas en el anterior, nos asociamos Antonio y yo en la labor por no tener fuerza ni granos para poder yo empañar la hoja, y fue regular, cubriendo el gasto que la simiente y los panes hechos con trigo extranjero que tuvimos todo el año que comprar nos había costado. En el mismo año, el día 9 de Junio y al cumplirse poco más de uno de la muerte de Belén, nuestra hermana María de los Santos, atacada de mismo mal o parecido, fue víctima también de él, dejando un tierno niño de dos años escasos, Don Francisco Espinosa y Puelles, heredero por su desgracia de aquella rama y bonito caudal. 24 años justos y un mes llevaba de vida, siendo también, sin que sea visto el exagerarlo, otro modelo digno de copiar de virtudes y de gracias y otra víctima inocente del nuestro hereditario mal. Nosotros, que estabamos ya petrificados de padecer estos sentimientos del alma, no hicimos más que aumentar el raudal de lágrimas que sin consuelo habíamos ya vertido en tan corto tiempo ; su pobre niño, a quien tanto lloraba ella presintiendo su muerte cercana, nos pone por delante cada vez que le vemos el semblante o recuerdo imperecedero de las prenda e infortunios de una hermana tan querida. ¡¡Quiera Dios que ella vele por él desde la gloria y lo haga más feliz que fue la que libró tan corta existencia, interrumpida por el dolor y la desgracia que nos envolvía como un fúnebre sudario!! Con ella ha terminado por ahora el catálogo de nuestras pérdidas, y plegue a Dios también que yo no vuelva a escribir más; antes mi nombre sea el primero que se inscribe en adelante en el negro álbum de la muerte.

Continuando, pues, en mis males, que me tenían casi postrado, convalecí algo de ellos a fines de 1858 de una manera casi milagrosa, habiéndome quemado los segadores en aquel verano una hermosa sementera que aquel año tenía, y al mediar aquel mismo año casó Juanita Ramona con su primo o pariente retirado Don Juan de Salas Vázquez,

---

propia y que ello permitiría contener y desarmar a los revolucionarios. Así ocurrió, y Espartero se mantuvo en el poder (mediatizado por O'Donnell y su Unión Liberal) hasta que Isabel II, considerando alejado el peligro, decidió prescindir de él y confiar el Gobierno directamente a O'Donnell. [*ibid*., pg. 1.185] El moderado O'Donnell, por otra parte, que se había hecho con el poder, como decimos, el 14 de Julio de 1856 con el control del Ejército y el apoyo de Isabel II, tuvo que ceder poco después su cargo a Narváez al negarse a acceder a las exigencias clericales de la reina. [*ibid*., pg. 7.159]

abogado y entonces fiscal del Juzgado de Medina, hijo del primo Don Matías, diputado provincial, joven y con un gran porvenir si tiene la suerte de lograrlo. Nuestro pequeño Isidro dejó también sus cordones y el servicio, donde atendido su organismo debía haber privado ; después de haber hecho grandes gastos y dispendios se vino al pueblo desde Málaga, casándose con una bella aunque pobre niña de allí llamada Doña Rosalía Pastor, ajena de tal enlace, y a los que Dios quiera dar la suficiente luz para dirigir su hacienda, fruto de tantos sudores y que nadie podrá restablecer una vez perdida, pues también tiene una hija, como van teniendo los demás. Francisco y yo, viéndonos solos del todo, buscamos compañeras de esta vida tan enojosa y desierta. El encontró por su parte una bellísima y juiciosa consorte en una hija del grande amigo que tuvo nuestro padre el entendido y acomodado abogado y labrador Don Pedro de Castro, avecindado en Villamartín, huérfana ya también, y se instaló al lado de su suegra viuda, teniendo al año una preciosa niña, Francisca de Puelles y Castro, cabeza de otra nueva estirpe. Yo me asocié en mi suerte a una huerfanita bella y honrada que había conocido en Cádiz y que debe restañecer con sus manos delicadas y con su bondad y ternura las grandes heridas que en mi pobre corazón están abiertas … Dudo que lo consiga, porque sólo Dios y la muerte pueden curarlas, porque él es la sola fuente del consuelo y de la esperanza que se va acabando en mí con la juventud …

He llegado por fin a las últimas páginas de esta obra que he trazado de los sucesos que nos han traído a la situación actual desde el siglo XIII, en que brotamos de un linaje real, o cuando menos quitando la parte de sombras que envuelven la genealogía de aquel tiempo de una raza de guerreros riojanos alaveses. Siglo a siglo he seguido sus pasos amojonando el camino tan largo y molesto de andar con los fitos o mojones de piedra de los hechos más evidenciados y dignos ; me han faltado las fuerzas algunas veces, pero he querido continuarlo porque no podía avenirme a que perdieran noticias tan genuinas y puras que tanto trabajo me han costado recoger y que son de mucha valía para nosotros, dígase lo que se quiera, porque pocas familias pueden presentarlas tan completas y correctas y porque enseñan y muestran al par las variaciones y alternativas por que pasan los linajes en el transcurso de los siglos. ¿Quién sabe el que continuará esta crónica, o si se relegará al olvido? Si alguno de nuestros descendientes la tropieza y la desenvuelve y sacude del polvo para aumentarla algunas páginas, ya que no sean gloriosas, plegue a Dios al menos que nunca sean indignas de sus progenitores y de hombres que tuvieron en tanta estima el honor y el crédito de su raza. Es un sello distinto el que hasta aquí nos ha

caracterizado, y quiera Dios, repito, que nunca se pierda aunque desaparezcan los bienes todos, que ya por dos o tres veces se han disipado por desgracias y reveses de los tiempos o por prodigalidades de alguno de sus individuos.

Si hemos dejado de tener el señorío de una bella comarca, de poseer dos ricos mayorazgos y un marquesado en los primeros y medios siglos de nuestra existencia, que no perdamos también el decoro y la dignidad, prendas de inestimable precio. Si se confiscaron las heredades de Ircio. Miranda y Altavel por seguir las Guerras de las Comunidades y se disiparon en prodigalidades los bienes de Ampudia y los viñedos de Valloria por Don Diego Puelles Santos, que se conserve inmaculada la honra que éstos siempre supieron sostener, y si por último se han de derogar y agotar sin fruto los sudores del gigante que nos procreó y su santa compañera, que sepamos grabar al menos en sus metas las nociones de sus virtudes y el ejemplo de su limpia fama, ya que no podemos transmitirles sus heredades y campos regados con su sudor y su sangre, que a semejanza de tiernos pelícanos, nos las daban puras y a costa de su propia vida, que abreviaron, los que nos miran desde la región de los sepulcros, entreabiertos también para nosotros. Su apellido y su crédito no nos pertenecen ; es una cosa usufructuaria como quedan las más ricas joyas, y debemos conservarlas limpias y guardadas como ellos las llevaron y no las hubieron de transmitir. Pobres o ricos, en altas o modestas situaciones, animémosnos siempre con su ejemplo y el nombre inmaculado de un antiguo y preclaro linaje para enaltecer estos timbres. Ocho ramas han brotado en este suelo tan trabajado por sus pasos y sudores; algunas no germinarán y quedarán secas e infecundas, como la mía, pero las que florezcan tal vez lean en este libro y aprendan a respetarse y a seguir la senda que les trazó y a copiar los modelos que les esculpo en todas las situaciones iguales o parecidas que ellos a su vez alcanzaron a tener también. Tengan sobre todo la hermandad y caridad que debe unir a todos los hombres entre sí y doble y particularmente los que descienden de su linaje, y si acaso algún día las ramas de Castilla, Galicia y Madrid tropiezan con la nuestra, como Don Pedro de Puelles y Alviel, el de Labástida con la de Doña María de Puelles Torres en Ampudia, que no se rehusen de nuestro entronque y digan [*que*] hemos bastardeado, juzgándonos indignos de llamarnos por el común apellido.

Poseamos los tesoros de los Incas, como el desgraciado Pedro de Puelles Hurtado, el gobernador de Quito, o la modesta pobreza de Ribadeo o Campasas actualmente, seamos favoritos de príncipes, como el defensor de Torrijas, o sirvamos en un Regimiento

de simples voluntarios, como Don Bonifacio y el Don Justo de Puelles, que llegó al colmo de la locura, en particular, permanezcamos siempre dignos y puros de esas manchas indelebles que imprimen carácter y que se expían o labran en los cadalsos y presidios. Las riquezas Dios las da y quita, así como las posiciones , sólo suele dejar y conservar por un arcano de su sabiduría muchas veces los caracteres y rasgos de las razas y linajes ; el modo de conservar puro este tipo es el de elegir en los enlaces mujeres, porque ellas traen en sus vientres las virtudes y los vicios de sus descendientes, como suelen reproducir los vicios y defectos físicos, la belleza, robustez y hasta el virus de las enfermedades. Cuidemos, pues, de estas cualidades e imbuyan también a sus hijos en conservar estas honrosas tradiciones y doctrinas. Las ramas más afortunadas y los individuos más favorecidos por la fortuna, creo que cuidarán por su propio honor y nombre del interés de las que estén menos halagadas. Y así como preveemos que los hombres han de llegar al punto, efecto de la cultura y de la bondad de la doctrina evangélica, de estrechar sus vínculos de santa fraternidad, con cuánta mayor razón la de los miembros de un linaje que proceden de un tronco que, como Jacob al expirar, predecía para sus hijos y nietos, siguiendo el impulso que les dio días largos y venturosos, y por el contrario, breves y nefastos si se apartaban de su doctrina evangélica: "*Y es el amor que se deben tener todos, y en particular los que son de un linaje*".

1

LA TRIBU DE LOS GAZULES o Conquista de Alcalá

Á MI RESPETADO AMIGO EL SR. D. FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA, Pro. Capellán Real en la de S. Fernando de Sevilla, y Catedrático propietario de Retórica y Poética por oposición en el Instituto agregado a la Universidad literaria de la misma.

No creo que podais dispensaros, bondadoso y entendido maestro, de admitir esta insignificante y pobre producción, que concebí y empecé, cuando de niño escuchaba ávido vuestra voz y me inspiraba con vuestro fervor y con vuestros escritos ; porque á vuestro lado se despertó en mi alma hace veinte y tres años, y se inoculó en mí el entusiasmo y culto, que rendia la vuestra á los objetos dignos y sublimes.

Vos habeis sido el águila, que habeis tocado en las altas regiones sin fatigar vuestras alas, mientras que yo me complacia desde el suelo en veros entre las unbes, sin atreverme a desplegar las mias, que creo cortadas y sin fuerzas. Pero había yo bosquejado, en sus primeras lecciones y ejemplos, una idea, que fluctuaba en mi cabeza, de recoger las tradiciones de mi cuna: habia borroneado todo el primer canto de este poemita, en esa edad en que todo nos sonrie y nos parece hacedero ; pero arredrado más tarde al tocar los desencantos y empañarse el prisma de las juveniles ilusiones, asustado de mi empresa la abandoné por completo al promediar el segundo, relegando al olvido mi quimera. Hace dos meses que, revolviendo apuntes y papeles de mi mocedad, los tropecé ya casi borrados, pues habian pasado cuatro lustros largos sobre ellos ; los empecé a descifrar, y se rejuveneció de nuevo mi corazón, aunque mi cabeza había encanecido en ese tiempo y quise seguirlos para dedicároslos y daros una prueba respetuosa de filial cariño, sabiendo por demás lo indulgente y cariñosa que es vuestra natural bondad. Ahí os envío mi obra, mi querido amigo, mi respetado maestro. Leed eso que os dedico ; es pobre y pequeña, pero es histórica y sentida y muy poco tiene de novelesca. Por lo que debereis verla con doble interés, que es lo que deseo, á fin de si debe y puede conservarse, y no devolverla al lugar donde yo la tenia en gérmen y en embrión. Si la creeis susceptible de vuestro prohijamiento, hacedlo ; conservadla en tosco y pulimentadla con vuestra sana y justa crítica, sondeándola con el escalpelo de vuestra amistad é indulgencia, y mandadme después esos retoques y limaduras para abrigarlos obre mi corazón, al modo de cómo recoje ávido las del rico joyero el mendigo ó el de escasa fortuna, si las tropieza en su camino. Por último, si ni aún de esto es digna, miradla como una enojosa carta, y una relación prolija de un ensueño de mi acalorado espíritu, que tuvo el que os la escribe, y que se debe acabar de leer, por ser de un amigo sincero de la juventud, y un apasionado admirador, tras veinte años de ausencia y de contrarias vicisitudes, en que han desaparecido parte de los

actores y hasta el escenario mismo ; pero en que hémos sentido, sin embargo, una necesidad, y era la de estrechar nuestros corazones. Sabe bien que fue siempre suyo el de

Manuel María de Puelles

Alcalá de los Gazules 28 de Mayo de 1863

BREVE PRECEDENTE

Nacido en el istmo que forma el campo célebre de Gibraltar, en una población antiquísima y árabe de nombre, de fisonomía, de costumbres y tradiciones, y desde cuyas eminencias se divisan el Estrecho y los dos mares, el pequeño Atlas y la sierra de Anghera y de Tánger y aspirando de continuo las áuras africanas y el impetuoso viento del Sudeste, que pasa por Berbería y el Tremesén, y que riega y salpica nuestro suelo con sus perfumes y con las semillas de su hermosa Flora, así como nos empuja las bandadas de tórtolas y golondrinas al terminarse su corto invierno ; natural era que me viese siempre arrastrado ó impelido por instinto y desconocida fuerza á grandes simpatías y caras afecciones hacia los orientales, nuestros antiguos y más benignos y tolerantes de aquellos osados conquistadores, que se hicieron y habían de ser españoles también tras siete siglos de dominación, en que nos dejaron sus monumentos, sus monedas, sus gana-dos, su cultura y parte de su idioma y sus escritos, como legaron y quedaron esparcidos sus sepulcros, sus acequias y sus palmeras. Con doble razón sería esto en una comarca, en que se conservan vivas y frescas las creencias de que estamos emparentados con ellos, como descendiendo de familias mozárabes en plena fusión y paz con los vencedores, ó de moriscos conversos, que se libraron de la expulsión de Felipe IV ; no teniendo esto más fondo de verdad en sí, atendida la intolerancia y rigidez que se desplegara en su definitiva expulsión, sino el entusiasmo que nos producen las baladas y cuentos, que oimos en nuestra niñez, y los cantos romancescos, con que somos arrullados en nuestras cunas, de imágenes orientales ó sucesos granadinos versificados por el popular Pérez de Hita. Así como así, no se debe censurar esta tendencia, que vemos aplaudir en las comarcas del Norte, de creerse oriundos de la sangre Goda y Alana, que no pasa de ser aún más exótica y distante de la nuestra, que la de nuestros vecinos.

Pero concretamente, diré, que aunque mi linaje principal es Riojano, siempre he sentido yo una viva satisfacción de creer podía tener sangre árabe por el apellido de Venegas, uno de los de mi madre, que siendo toda una piadosa cristiana rancia, no se desdeñaba, ni disgustaba en creer, que descendía del añejo tronco de esta familia tan conocida en la costa de los Alhamares. Hé ahí explicado también, tras esta precisa digresión, el origen y motivo, que tal vez me ha impulsado y ha tenido mi obra. En ella, tras los rasgos de mi pobre y desaliñada fantasía, está una una cosa digna de respeto, la historia genuina, con las tradiciones más puras y posibles de mi pátria. Hé consultado para lo que he escrito cuanto hé podido hallar y comprender en autores de conocido crédito, árabes y cristianos, como Durán, Mármol, Conde, Admed-Almakari, Ben-Hasid-el-Casir, el Conde Gremberg de Hemsó, Dozy, Ébn-Abden, Risco, Romey, Adolfo de Castro, Lafuente Alcántara, Argote, Pablo Espinosa y Ortiz de Zúñiga ; y para lo que no me pudieron ilustrar estos, la mina de

tradiciones grabadas en mi memoria, como las figuras de los ancianos á quienes se las oia, y mi propia inspiración, que me arrastraba á lo novelesco, terreno único para indicarme lo que debió de haber sido, cuando desconocía la causa, ó la verdad de lo que fuera.

No tengo pretensiones en mi pequeño y frívolo trabajo, de nada que sea á trate de ponerme en pugna ú oposición con plumas autorizadas, que yo envidio y respeto, como el musulman la Sumna ó Tradición. Mi obra es sólo producto del entusiasmo de mi corazon, y há salido de él á borbotones, como el agua de los manantiales, por lo que tal vez sea fantástica, poco ordenada y correcta, como lo que es efecto de tal origen. Si fuera hija de la mente y de ideas elaboradas por la reflexion y la calma, tal vez no adoleceria de estos lunares. Ello es un sentimiento puro de mi alma, no una manifestación ó síntesis del mis ideas, y como á tal, la someto á los que, no hallando nada que aprender en sus paginas, tengan algo que sentir. Por esto yo suplico a mis lectores y críticos, que comprendiendo mi idea, disculpen mi osadia en gracia de la fé y entusiasmo por los árabes, que se despertó en mi corazon desde la infancia.

CANTO I (Introducción)

Del Barbate los campos olorosos,
Dó se meció mi cuna recorría,
Del ruiseñor los cantos melodiosos
Oculto entre azahares percibía.
Los prados de mi patria tan hermosos
Respiraban Francia y ambrosía,
Y turbaban tan solo estos placeres
Mi funesto pesar, mis padeceres.

Vagaba, cual el ángel maldecido
En el Edén, que Adán un dia viviera,
Cuando en astuta sierpe convertido
Nuestra dicha eternal perder hiciera,
De solitaria tórtola el quejido
Interrumpe el concierto en la pradera
Apagando, al oirlo y por momentos
De mi ulcerado pecho los tormentos.

El manso rio siempre coronado
De adelfas, arrayanes y laureles,
En eco sordo, dulce, acompasado,
Se deslizaba claro entre vergeles;
Besando sus corrientes de aquel lado
Allí el morado lirio, allá claveles,
Y siguiendo su curso entre cantares,
Iba á perderse en los inmensos mares.

Mi tarda planta junto a él moria,
Indiferente al mundo y aún al cielo:
La flor que hollaba yo languidecía
Cual si la hiriese el cierzo ó crudo hielo;
Y errante, pesaroso me veía
Sin admirar tan delicioso suelo,
Cual si pisase panteon desierto,
Temiendo interrumpir la paz del muerto.

Al pie de un verde fresno me reclino,
Del insomnio y cansancio ya agobiado,
Sobre su tronco la cabeza inclino
Por las brisas de Mayo perfumado;
Deplorando mi suerte y mi destino,
Que me asedian y oprimen malhadado,
Y envidio al jilguerillo y á su amada,
Que trinan en la próxima enramada.

Extiendo mi mirada lentamente,
Y hácia un lado descubro bella y pura
El Aljib, que le ofrece eterna fuente
Al Barbate, que riega la llanura.
Por su nombre se alza refulgente
Ese Sol sin igual en hermosura:

Mil cascadas se lanzan de su seno,
Y cruzan la extensión del prado ameno.

Miro al frente a Alcalá señorearse
Con su parda muralla y su castillo,
Y entre las altas nubes reflejarse
De sus férreas veletas claro brillo.
Sobre escarpada roca la veo alzarse,
Cual erguido ciprés sobre el tomillo:
"*Salve, antigua Regina, y de un rey moro*
Alcazar de su estirpe y su tesoro.

Tú ves hundirse en el sepulcro frío
Con rapidez tus Reyes y Señores,
Y tú sola impertérrita, tu brío
Conservas tan lozana cual tus flores,
Y alzando tu cabeza ¡oh pueblo mio!
Provocas de los siglos los rigores …
Tambien tu caërás, y mústias plantas
Crecerán donde osada te levantas.

Desolada viüda, vés perdida
La raza de tus Reyes mahometanos.
¡Ay, por eso te muestras dolorida,
y lloras á tus hijos africanos!
Hoy tu gloria se mira reducida
A féudo de un magnate castellano …
Tú, señora de pueblos algun dia,
Gimes esclava ahora ¡oh patria mia!

¿Dónde están esos fieros paladines,
que en tus muros un tiempo se albergaban,
los que en danzad alegres y festines
los triunfos de su estirpe celebraban,
y bravos en la lid ricos botines
en tu fuerte recinto amontonaban?
Sus huesos estos campos blanquearon,
Y el nombre de su tribu nos legaron.

¡Quién pudiera contar, solar querido,
tus glorias y proezas ya olvidadas,
al rumor de este lúgubre sonido
de las aguas que bullen agitadas,
recordando al que duerme e el olvido,
en fogosas canciones inspiradas;
que aunque yaces postrada en abandono,
tres siglos te asentastes en un trono!"

Dije, y al punto cási se cerraron
Mis ojos soñolientos, fatigosos;
Mis miembros por el suelo desmayaron
Lánguidos, abatidos, perezosos;
Mis oidos á poco no escucharon

De los aires los trinos armoniosos;
Y ceñidos mis sienes de beleño,
Se apoderó de mí pesado sueño.

Mi acalorado espíritu vagaba
En brazos del no ser, en que yacia;
Lo amargo del vivir yo recordaba
Y á la vida y al mundo aborrecia:
La imagen de la muerte me extasiaba,
Y ese instante dichoso apetecia,
En que, rota la traba que la oprime,
Se lance á la region dó no se gime.

Soñara, que mirando tristemente
Un sepulcro, me hallaba embelecido:
De su seno salió lúgubremente
Prolongado y sonoro un gran gemido;
Y rompiendo la losa diligente,
Aparece á mi vista convertido
En guerrero, con casco que brillaba,
El que en el mudo polvo descansaba.

"*Tus votos he escuchado en las mansiones,*
dó reposa mi espíritu", me dice.
"*Quieres cantar las belicas acciones*
del Edrís, porque siempre se eternice?
Imita estos valientes campeones,
Y que el miedo jamás te atemorice …
¡Muéstrate valeroso, y sin recelo
siguiendo tu destino, por tí velo!"

Y me miré de pronto transportado
En carro, que los aires penetrando,
Se remonta súbito y alado
Por las esferas rapido girando;
Y hendiendo los espacios, el nublado
Bajo mis piés miraba yo flotando.
Aún no para en su curso, y aún más sube
Hasta perder de vista la alta nube.

Del sol la claridad ya no alcanzaba
A las regiones, por dó yo corria;
Mas otro más brillante reemplazaba
Al que en la cuna sonreir me hacia,
Y á este en mi vuelo atrás tambien dejaba
Y otro más adelante descubria;
Y buscando de nuevo al rey del mundo,
Entre débiles astros lo confundo.

Y siguiendo su cúrso diligente,
Impelido de móvil prodigioso,
Cual cometa veloz y refulgente,
Que cruza entre los orbes silencioso
Y se pierde de vista de repente,
Al surcar por su elipse presuroso;
Así mi lado carro se perdía
Entre los soles de la láctea via.

Al fin penetra y rompe la barrera,
Que a lo creado sirve de linderos,
Dó el tenebroso y mudo caos espera
Recuperar sus ámbitos primeros.
Allí detiene su fugas carrera
El que guió entre soles y luceros,
Y descendiendo á un suelo de su asiento,
El carro desaparece en el momento.

Una inmensa llanura ante mis ojos
Cubierta de trofeos aparece,
Allí ni rosas, ni claveles rojos …
Ni áun musgo, ni ciprés germina y crece.
Solo se ven dó quier yertos despojos
Con que aquella mansión más se entristece:
Diadema, que en la tierra tanto llena,
Allí miro revuelta en vil arena.

En medio de estas lúgubres regiones
Un trono solitario se levanta,
Un solio que domina las naciones;
Que al orbe entero su poder quebranta.
Tan solo a él se rinden oblaciones,
Y su imperio eternal al hombre espanta:
En él sentado, aterrador y fuerte,
Miraba el gran espectro de la muerte.

De súbito terror apoderado,
Mis vacilantes pasos á este guïo:
Todo mi ser lo siento aletargado,
Por mi frente resbala sudor frío.
Espirante, medroso, acongojado,
Oigo su voz, que me apellida impío,
Y cayendo postrado ante su planta,
La descarada Parca se levanta.

"*¿Qué buscas en mi reino*", me gritaba,
"*Dó nunca se ha estampado humana huella?*"
Y su feroz guadaña levantaba,
Asestando á mi cuello en su querella.
"*Infeliz criatura, ya de esclava*
Quedarás, por seguir tu negra estrella;

Para que aprenda el hombre de esta suerte
A respetar el reino de la muerte",

"*Señora de los míseros mortales,*
Árbitra de la tierra y de la vida,
No me aterran á mi decretos tales,
Y abre en mi cuello prolongada herida.
Terminarán mis cuitas y mis males,
Concluyendo en mi muerte apetecida
La inquietud, la desgracia y el quebranto,
Libres mis ojos de continuo llanto.

Dale impulso a tu brazo poderoso,
Blandiendo tu segur fuerte y cortante,
Rompe de un solo golpe vigoroso
El hilo de mi ser en este instante;
Yo envidio de tus siervos del reposo,
Y lo anhela mi pecho delirante:
Apura en mí tu encono y justa saña,
Y siegue ya mi cuello tu guadaña".

Frunció su rostro la sangrienta sombra,
Cesando de esgrimir su cetro impío:
"*Mortal*", me dice, "*pues que no te asombra*
Habitar en el mudo imperio mio,
Y aquí en la tierra con fervor me nombra
Tu voz en lastimero desvario:
No quiero arrebatarte los alientos,
Para poder vengarme en tus tormentos.

De Tántalo el suplicio irresistible
Vás a sufrir ¡oh joven imprudente!
Tú, que envidias sosiego apetecible
Lo verás, sin gozarlo, prontamente;
É incierta eternidad ardientemente;
Verás de mi mansión los bienes ciertos,
Sin poderte contar entre los muertos".

Y alzando el rudo cetro, hirió al acaso
La tierra, que lanzo sordo sonido,
Saliendo de su seno en tardo paso,
Sombra tras sombra sin mover ruïdo;
Y extendiendo mi vista las repaso,
Y miro un mundo en sombras convertido,
Y áun brotan más del suelo en niebla oscura,
Cubriendo en breve espacio la llanura.

Pasan una tras otra, silenciosas,
Cual las olas del mar, generaciones:
Sus miradas errantes, pavorosas,
Reprenden mis sagradas intenciones.
Allí miro los reyes sin carrozas,

Sin incienso, ni bajas postraciones;
Que los que al pueblo aquí tiranizaron,
Sin esclavos y trono allí quedaron.

Y en lenta marcha junto a mí pasaban
Los que el mundo llenaron algun dia;
Millares de cabezas se agitaban
Y más atrás áun más yo descubria.
Al pasar, a su Reina saludaban,
Que desdeñosa y fiera sonreia;
Y desfilaban mil y mil naciones,
Formadas en inmensos batallones.

Un grupo de guerreros se levanta
Hasta nosotros con andar brioso:
Su gallardía y su donaire encanta,
Su mirar altanero y belicoso;
En unísono son mueven su planta,
Mostrando áun más su continente airoso;
Se mira en su pendon, que el viento inclina:
Aquesta fue la tribu Gazulina.

Capitanea la fogosa gente
Noomán-Ben-Edrís el Bassorano,
Del Profeta de Arabia descendiente,
El Xeque de su tribu más anciano.
Del Duque Eudón el vencedor demente
Vuelve su cetro al príncipe Aquitano;
Y llenando de gloria el occidente,
De la antigua Alcalá fue el rey clemente.

El nieto de Mahoma impetuoso,
Compañero de Ambiza en sus empresas,
Empuña en su derecha majestoso
La espada, que segó tantas cabezas;
Cuando venciendo al galo belicoso,
Tan memorable fue por sus proezas,
Que el pendon blanco alzó de las Ommiadas
De Narbona en las torres elevadas.

Estos fueron los triunfos, porque ofrece
Valid el Ben-Iesid un féudo entero
A Nooman-Ben-Edrís, que se merece
La margen del Barbate placentero;
Y en su Cora ó comarca se establece
De Alí el descendiente postrimero,
Siendo su estado corto una barrera
Del Estrecho, que el Hércules rompiera.

Él alzó nuevos muros y bastiones
A aquel pueblo romano decaido,
Y rindiendo tributo en ricos dones
Al Califa en Damasco establecido;
Conservó siempre fiel las tradiciones
De lealtad, que al Vicario había ofrecido,
Acatando sumiso y tributario
A los Ommiadas, siendo feudatario.

Barceráh, de tan noble descendencia,
Fue leal y obediente á aquel libage;
Y al bajar de su altura y preeminencia
La raza de Moevia, el vasallaje
Negó al Abás cruel y la obediencia,
Ofreciéndole tierno un hospedage
Al gran Abderramén, que en la matanza
Se escapa del tirano á la acechanza.

Su hijo Abén-Zahir fue el que siguiera
Al príncipe imperial trás su arribada,
Aquel héroe poeta á quien oyera
Cantar la triste endecha celebrada
De la palmera airosa, que extranjera
Se mira de su clima trasplantada,
Y que regaba él mismo por su mano
En Córdoba, la patria de Lucano.

Así tuvo su suerte encadenada
La familia de Edrís al gran Califa;
Sirviéndole a esta estirpe entronizada
Desde el alto Pirene hasta Tarifa.
Y Almanzor, de memoria eternizada,
Que hijo fue de Abadía y de Jarifa,
naciera en Alcalá del regio lecho
Del estado Gazul, junto al Estrecho.

Siendo divisa noble y timbre claro
Con fé servir á los Vicarios Santos,
Que creyeron de Alá bajo el amparo,
Sin que jamás recuerden entretanto,
Que ellos eran los nietos del preclaro
Varon, que legislara imperio tanto;
Y acatando de Dios los justos fallos
Sirven a los Omeyas de vasallos.

Raro portento, pues, que maravilla,
Dio esta tribu Gazul de alto renombre,
Y esta virtud tan solo por sí brilla,
Para dejar en mármoles su nombre;
Que pudiendo ocupar el sólio o silla
De su abuelo, se adhiere á otro gran hombre,

A quien juzga más digno, y que merece
El puesto, que á ella sola pertenece.

Así la dinastía esclarecida
Del tronco de Noomán, asaz prudente,
Pasó por nuestra patria adormecida,
Con un yugo de flores en su frente;
Que jamás envidió del Abassida,
Del Ommiada y Almohade prepotente
El imperio, al ver de Alí la grey,
Nunca darle un tirano como rey.

En tanto Noomán, el gran guerrero,
Fija la vista en su linaje ufano;
Y mira de sus nietos al postrero,
Despojado del cetro soberano
La frente oculta en su despecho fiero,
Y una lágrima brota al noble anciano.
"*Abomelic*", le grita en voz de trueno:
"*¿Qué has hecho de tu reino sarraceno?*

¿Qué es de mi tribu, dí? ¿Dó está la fuerte
Posteridad ilustre de Fatima?
¿Acaso la ha agotado ya la muerte,
La que jamás se sácia, ni lastima?
¿Qué fue del Al-Keblad? ¿Cuál es su suerte?
¿Yace esclavo tal vez su hermoso clima?
¿Aún revuelve el Barbate en sus cristales
De sangre de Gazul anchos caudales?"

Bajó su vista Abomelic en tanto,
Y un suspiro se escapa de su seno:
Descíñese confuso el negro manto,
De dolor y amargura el pecho lleno.
"*¡Suframos*", exclamó, "*nuestro quebranto,*
Y gima ya por siempre el agareno;
Que dó las medias lunas tremolaban,
En mi muerte las cruces ocupaban!

Un Fernando tercero y cien legiones
De sus llanuras despidió Castilla,
Que alzando furibunda los pendones
De Cristo en el Alcázar de Sevilla,
Rápidos á volcar su regia silla;
No sin correr su sangre en mil torrentes
Que el Barbate mezcló con sus corrientes.

Los prados, que en su cúrso el manso río
Refresca con sus ondas cristalinas,
Donde se alza Alcalá con señorío,
Coronada de nubes purpurinas,
Se cubren con despojos del impío;
Y cascos y aceradas jaquerinas
Se miraban dó quier hechas pedazos
Al impulso y vigor de nuestro brazos.

Mas inútil nos fue tanto corage:
Nuestro rencor y furia todo junto,
Las ansias de vengar antiguo ultrage
Animan a su ejército en un punto;
Y gritando; 'Rendid a vasallaje
Vuestro Alcalá' '¡Jamás! ¡Otra Sagunto
Antes será', contestan mis soldados,
'Y entre escombros quedemos sepultados!'

Y lo cumplimos, sí: dos mil hogueras
Encendimos veloces, que se alzaron
Devorantes, flamígeras, ligeras,
Y aquel campo de muerte iluminaron.
Remolinos de humo en las esferas
Se agolpaban y al punto la ocultaron,
Tornando de los cielo la alegría
En horror, vuelto noche el claro dia.

Sus minarés y torres elevadas
Antorchas funerarias se volvían,
Que por súbitos vientos agitadas,
Tétricas llamaradas despedían.
El fragor de las piedras desplomadas
Los ecos de los montes repetían;
Y solo vén los príncipes triunfantes
Montones de ceniza, aún humeantes".

Así habló, y á los aires levantaron
De amargura y dolor agudo grito,
Y á una voz los guerreros exclamaron:
"*¡Gloria a Alá y al Profeta! Estaba escrito:*
'Sobre imperios humanos nos alzaron,
Y al hijo de Ismael por su delito
Los perderá, y al cabo errante, incierto,
No volverá á salir de su desierto'".

En tanto Noomán se adelantaba,
Y hacia mí se dirige acelerado;
Un laud en su mano él estrechaba,
Con funerarias gasas enlutado.
"*Canta con él ¡oh joven!*", me gritaba,
"*Las glorias de este pueblo desgraciado,*

Y que suenen al menos las acciones
De sus bravos y nobles campeones.

Púlsalo tú, y el doloroso canto
Resuene del Aljib en los confines,
Derramando abundoso y tierno llanto
Sobre el sepulcro de estos paladines;
Y coronas de adelfas y amaranto,
De ciprés, siemprevivas y jazmines
Ciña Alcalá, cantando los loores
De los que un tiempo fueron sus señores".

Y mi mano se acerca temblorosa
Y toca del Edrís la suya fría,
Aquella mano fuerte y vigorosa,
Que la sangre aquitana vertería
Y recojo el laud; y perezosa
Levanto mi cabeza a la armonía
De los arpados dulces ruiseñores,
Que cantan del Barbate entre las flores.

"*¡Un sueño todo ha sido!*", yo exclamaba,
al mirarme sí el fresno recortado,
en rededor mi vista derramaba,
y por dó quiera hallaba el verde prado.
Si al frente la estendia, contemplaba
A Alcalá con su muro derrocado;
Y el oido aplicando percibía,
El agua del Barbate que corría.

"*Ilusión pasajera, que mi mente,*
En brazos de los sueños agitada,
Há formado con ímpetu vehemente,
Del mundo y de los hombres olvidad.
¡Oh cuán grato le fuera eternamente,
En delirios tan dulces abismada,
Vagar, cual suele roja mariposa,
Libando el fresco lirio y la alba rosa!

¡Sí, lo juro mil veces, noble sombra
De Noom,an, Xerife esclarecido!
Nada, nada me impone, ni me asombra
Para romper mi canto dolorido
En loor de vuestros hechos. Pues me nombra
Tu voz, y mi destino lo ha querido,
Templaré mi laud, y que él relate
Vuestra fama en los campos de Barbate.

Sirvan de coro el funeral ruïdo
De sus aguas, que al mar se precipitan:
Vuele de mis cantares el sonido
Y sus selvas y grutas los repitan:

Únanse de los truenos el rugido,
Con los silbos del Ábreyo compitan;
Y traspasando el éter azulado,
Vaguen en las regiones del nublado.

Que los ecos del Lario temblorosos
Aojan del laud las pulsaciones,
Y horodando sus senos cavernosos
Imiten de mi voz las vibraciones
Y acudan de este suelo presurosos
Sus hijos á rendir sus oblaciones
A los manes augustos, sacrosantos,
De Alcalá los señores siglos tantos.

Corramos a sus tumbas, compatriotas
Llevando en nuestras manos de laureles
Guirnaldas, é invocándolos propicios
Porque guardan los lares beneficios
De este cielo en los plácidos vergeles:
Resuenen del Gazul las limpias glorias,
Porque eternas se hagan sus historias.

Canten Camoëns, Taso, Dante, Homero,
Virgilio y Ariosto á héroes gigantes,
Los dioses de Ilión, á Enéas guerrero,
Á los Cruzados fuertes y arrogantes,
De la Tabla Redonda al Caballero,
A recios, a egrégios navegantes;
Que yo humilde y pequeño, cual mi villa,
Canto á ignorada tribu, como Ercilla.

Yo no hablaré de pompas, ni grandeza,
Que corto fue su regio poderío.
Mas ninguno le iguala en su nobleza,
En creciente valor y osado brio,
En la piedad sublime, en la entereza
Al linaje real del pueblo mio;
Y si esta fue razon de no olvidarlo,
Me obliga a ello tambien para cantarlo.

Cantaré sus virtudes, su denuedo,
Sus hábitos sencillos, su fé pura:
Ya que de su fortuna hablar no puedo
Cantaré en vez de triunfos desventura;
Que el héroe portentoso infunde miedo,
Y requiere un cantor de su estatura …
Mientras mi débil voz le corresponde,
Load a la modestia, que se esconde”.

CANTO II

De selvas y vergeles rodeada,
Alza Al-calat su coronada frente:
El agua del Barbate plateada
Sus plantas vá besando humildemente:
En sus ondas se mira retratada
Su muralla almenada fuertemente;
Y en su claro cristal los pececillos
Se mecen sobre torres y castillos.

A sus lados se extienden olorosas
Praderas esmaltadas de mil flores:
Morados lirios, blancas zarzarrosas
Y azucenas confunden sus olores;
Y del silvestre olivo las frondosas
Parras prendidas, templan los sudores
De los viajeros, que á su pie en estío
Encuentran sombra y delicioso frío.

Por dó quiera resuenan melodiosos
Del jilguero y la alondra los cantares,
Que enajenan el alma deliciosas,
Desentrañando de ella los pesares.
Allí jamás se escuchan temblorosos
Los eternos mugidos de los mares;
Todo el luz en su suelo y alegría,
Y más brillante y claro es allí el dia.

Domina estos edenes encantados,
Asentada, cual reina desdeñosa,
La corte de Gazules celebrados,
Tribu valiente, ilustre y poderosa.
Sus minarés reflejan los dorados
Rayos del sol, que agota su carrera,
Invadiendo veloz en los espacios
Las agujas de torres y palacios.

Tras la conquista y triunfo prodigioso
Del Guadalete, que derriba al Godo,
Asma el Ben-Dhirar Wali famoso
Le reparte a su gente el pais todo.
A los Arabes sirios dio el hermoso
Territorio, que tenia en su recodo
El mar, que el múslim llama gran estrecho,
Por que lleva a Filistiin en su pecho.

En efecto la nueva Palestina
Sonriente sus ojos con su cielo,
Sus montes olorosos de resina,
Parecidos al Líbano y Carmelo.
El gran Wada-Barbat, el que fascina
Semejante al Jordan, riega su suelo;

Formando una laguna, en vez de puerto,
Y en su curso parécese al mar Muerto.

Valles ostenta, cerros y laderas,
Riachuelos y grandes esplanadas,
Un mar azul que baña sus riberas,
Ciudades bellas, ricas y pobladas,
Vegetación robusta y torrenteras,
Frutas sabrosas, dulces, sazonadas,
Mariscos, aves, peces regalados,
Tropical primavera y verdes prados.

Los árabes de Gaza la poblaron,
Ribus de Hedjá y el Yémen procedentes,
Que al gran Amrú á Siria acompañaron;
Poblando el Filistiín con bravas gentes.
Allí estas razas nobles acamparon;
Y pasando al Mogreb sus combatientes,
Tras Edrís, su Xerif, con Zama quedan,
Y en el estrecho de Hércules se hospedan.

Así por esta á su comarca ó Cora,
Parecida á la Siria en su estructura,
El Filistiin ó Gaza encantadora,
La llaman por su clima y áura pura.
A Asta, que nombran la Jerez de ahora,
Dicen Keréz el Chobat por su hermosura.
A su sierra el Aldji, Calaát su villa,
Recuerdos de su cuna a opuesta orilla.

Gazalis ó Gazules pobladores
Se nombran desde entonces sus guerreros,
Y si hay opinión en los autores
De ser Almorávides caballeros,
Estraviada fue por los errores,
Que dan siglos oscuros y groseros;
Pues no hay en el Mogreb ni un solo hombre,
Pueblo, ni tribu, que Gazul se nombre.

Verdad que se ignoró, y no es notoria
Con este patronímico brillante
Hasta Yusúf Tadifin, de alta memoria,
Que el Estrecho de Alcid pasó triunfante;
Más fue, porque ya entonces cetro e historia,
Separados de Córdoba espirante,
Existiendo por sí, como aliados,
Marcharon tras Yusúf con sus soldados.

Es deber mio avalorar un hecho,
Contrariado en erradas opiniones;
Que el alma, que se alberga aquí en mi pecho,
Tiene de la verdad rectas nociones,
Y no puede atacar este derecho,
Que otros nieguen á aquestos campeones,
De no haberlos por árabes de cunas,
Y hacerlos africanos ó Lantunas.

Y á anudar mi relato yo volviendo,
Diré que los de Gaza, árabes puros,
Les tocan las regiones, que ciñendo
Vá el mar de Atlante hasta tocar los muros
De Gadés con sus ondas, yá creyendo,
Señores de Andalú, gozar seguros
La mejor, más feraz y rica parte
Como a Canaán en tiempos se reparte.

Tal es el don que el árabe recoge,
Gobierno que al Edrís se le confía,
Perpetuo en su linaje, y que él acoge
Con efusión de amor y de alegría.
La llave de este Edén él guarda y coge,
Y, cual Cervero astuto, desconfia,
Que el jardin de la Hespéride, que mira,
Le roben, y se instala en la Algecira.

En ella vela el mar el gran Tebano,
Por la parte oriental de sus regiones,
Y acecha receloso al Mogreviano,
No asuele su Oaisí en excursiones;
Y al Almagin Normando, que inhumano
Podrá talar su costa en ocasiones,
Y él guarda codicioso este tesoro,
Cual avaro que teme por su oro.

Acaece en su tiempo la sequía,
Que tres años duró, y que padece
La población, que hambrienta se veía
Vagar por la comarca, dó fenece.
Abén-Nooman-ben-Edris socorría
Sus tribus, y solícito él ofrece
Blanco pan; que sus joyas ha trocado
Por trigo, que el Egipto le há mandado.

Los pueblos se presentan desalados
A embarcarse al Barbat aquellos años;
que por esto tal vez fueron nombrados
Los tristes del Barbate; pues rebaños
Parecen de animales descarnados,
Que buscan otros climas, aunque estraños,
Los que acosados de espantosas hambres,
Semejan de la abeja á los enjambres.

Clemente y dadivoso, cual su abuelo,
Asám el Ben-Alí, asesinado,
Cifra toda su dicha y gran anhelo
En socorrer al pobre desgraciado.
El reparte sus dones y el consuelo
Al anciano y al niño abandonado;
Y al morir, deja un rastro de su gloria
Con los timbres, que evoca su memoria.

Su hijo Braceráh muere temprano,
Y Abén-Zahir, su nieto, le sucede;
Fué en su edad el suceso, que inhumano
Marcó á Abbás, que en el furor se excede;
Degollando al linaje soberano
De Meovia, que á su convite accede,
Librando su existencia solamente
El grande Abderramén, que se halla ausente.

Amparado en la tribu Ben-Zenete,
Se oculta en el desierto silencioso,
Y allí se muestra sin igual ginete,
Más que todos gentil e impetuoso.
Si tropieza al leon, sólo acomete,
Ó sigue al avestruz, y con su lanza
Lo traspasa certero, si le alcanza.

Allí se enlaza con la bella Hovaran
Y aguarda resignado su destino;
Mas la España, que en tanto deseara
Hallar á su sosiego algun camino,
Del Ommiada proscripto se acordara,
Y aclamándolo, busca al peregrino
Comisionando á Abén-Zahir de Asido
A que traiga al Califa esclarecido.

Navega el Edresita presuroso,
Arriesgando su Estado y su cabeza,
Y tocando en Orán, corre anheloso,
Y atravesando la árida maleza,
A encontrar al Omeya valeroso,
Postrándose á sus pies con gran presteza;
Y le dice: "Señor, Alá potente
Os ofrece un imperio en occidente"

Yo en nombre de los hijos de aquel suelo
Os brindo con el cetro y la diadema:
Mire que és la inspiración del cielo,
Y con su fuerte ayuda nada tema.
Alza, Cisne rëal, tu ráudo vuelo,
Y el gran nombre de Dios sea nuestro lema;
Que ahir, de sangre Fatimita,
A aceptarla, Señor, pronto os invita".

Y abrazados los jóvenes al punto,
Juran morir en la arriesgada empresa;
Y el aduar Zenete, á él adjunto,
Mil ginetes le dá de gran braveza.
Desembarcaron en la playa, junto
A Almería, dó aguardan con gran priesa
Los Muslimes, que acata el ommiada,
Y su blanca bandera se vé izada.

Tras el gran fundador de aquel linaje,
En sus campañas todas siguió osado
Aben-Zahiz, que le llevó el mensaje,
Y que al llegar, su Halgid fuera nombrado;

Confirmando el gobierno o vasallaje
De la Cora, que el padre le há dejado,
Del Filistiin hermoso, pues no ansía
Aben-Zahir más tierra que tenia.

Junto á Hirém se criaron piadosos
Alakem y Abén-Gamri, que herederos,
O Alhadies de estados tan hermosos
Eran, y sus consejos postrimeros
Oyen, cuando sus padres fervorosos
Volaban á los campos hechiceros,
Donde estiende la Tuba sus ramages,
Y ofrece el Israfil á Alá homenages.

Así se liga con estrecho nudo
El modesto Edrisita al soberano,
Y amoroso este acoge su saludo,
Cuando el Gamri lo nombra por hermano.
Y al morir Alakém tan solo pudo
Mostrarle á Abderramén la noble mano
Del amigo, á quien deja confiado
El hijo, que llamara al Califado.

Régio tutor Gamri del grande hombre,
Que alzó la Aljama tan famosa un día,
Sus madrisas ó escuelas de gran nombre
Y el palacio Meruan de librería,
Que conquistó el dictado de prohombre,
Y de Sofián la raza ennoblecía;
En él junta á los sabios orientales,
Tratándolos cual príncipes reales.

Y la Academia siempre terminaba
Con entonar sus músicos famosos
Baladas, que el Califa recitaba,
De versos agradables é ingeniosos,
Y que la Córte entera acompañaba,
Dó se ensalza en conceptos fervorosos
A Dios, á la virtud, á la fé pura,
Al talento, al amor y á la hermosura.

Abderramén, el grande, esclarecido,
Que á Alakém, el primero sucediera,
Guiado de Aben Gámri, el instruido
En las ciencias y letras, prefiriera
El trato de este Emir esclarecido,
Con quien partidas de ajedrez siguiera;
Del que estuvo pendiente de los lábios,
Cual Rey de los poetas y los sabios.

Así siguió engarzada por sus días
La amistad de esta estirpe diferente,
Y de contrario origen dinastías
Se enlazan y se unen noblemente,
Despertándose fuertes simpatías,
Que la modestia inspira al prepotente;

Pues es más noble hacerse de sí dueño,
Que optar á grande el que nació pequeño.

Tras seis generaciones, que de Ommiadas
Dieron jefes notables para el mando,
Y que nuevas provincias conquistadas
Dán a Córdoba, el reino acrecentando,
De Abderramén se ofrece a las miradas
Un mancebo gallardo, procurando
Servir en el ejército al Califa …
Edriís era, y nacido hácia Tarifa.

Mohamad-Ben-Abdalá se nominaba,
Nieto de Abi-Ahmer y del linaje,
Que reina en Algecira; el que eclipsaba
A todos por su edad y por su trage
De príncipe Gazul, que le adornaba:
Este joven halló régio hospedage
En el palacio del Omeya atlante,
Que adivina en el niño otro gigante.

Era Almanzor …, y frívolo sería
Lo que añadirle yo pueda á su gloria;
Pues fué su fama tal y nombradía,
Que no caben sus hechos en la historia:
Siendo el hombre más grande y de valía,
Que tuvo el Islamismo, y su memoria
Conocida es del mudo en cualquier parte,
E igual á la que deja Bonaparte.

Del segundo Alakém la gran sultana
Sobheya, su viuda esclarecida
Y prima de Almanzor, pues era hermana
De Asma-Emir de la ciudad Asida,
Al verlo tan capaz, le entrega ufana
El timon del imperio al Edrisida;
Porque ella enagenada presentía
El astro, que brillante aparecia.

El y Giafár-Algid, favorecido,
Compartiendo los argos adunados,
Publican el Alghied, y á su ruido
Se reunen millares de soldados.
El dispersa al cristiano adormecido,
Y en cincuenta combates celebrados
Destruye victorioso sus confines,
Y á Córdoba se trae ricos botines.

Su hijo Abdemelic el continente
Africana somete á su monarca,
Y se mira el Califa de repente
Dueño de todo lo que el Átla abarca,
Y Señor del Mogreb el Kasa ardiente
Desde el Moncayo al arenal de Barca
Teniendo al Sur los fines de Etiopia,
Y al Norte el reino Alfran, region umbría.

Almanzor y sus hijos los pilares
Fueron del sólio hermoso de Occidente,
Que abarcaba la zona de dos mares
Llegando del Pirene á la vertiente.
De ellos son los peligros, los azares,
Dejando á Hixém el cetro refulgente;
Y al morir en Medina este guerrero,
Queda en mudo estupor el orbe entero.

Que las sombras, que ocupan aquel trono,
Embebidas en ócio y en festines,
Solo autómatas son, que en abandono
Vagan de la A-Zahara en los jardines.
Tratados por la suerte con encono
Se vieron de sus dias en los fines;
Siendo al cabo quitados de la vista,
Desapareciendo como leve arista.

Si el grande capitan, que á su cuidado
Tuviera la progenie Ommiada aquella,
Y hubiera como arbusto suplantado,
A su pupilo, cual cumplió a su estrella,
Tal es la sábia de Almanzor osado
Dejara al Califato rastro y huella
De gloria inextinguible, como á Francia
De un Martel sin segundo la arrogancia.

Mas sumiso y leal, como conviene
Á la sangre de Alí, que lo ennoblece,
Á ver su curador sólo se aviene,
Dejando el sólio á quien le pertenece.
El su orgullo y contento y solaz tiene
En enseñar feliz, que así obedece;
Concretándose parco en sus victorias
Á recoger destellos de sus glorias.

Y á preparar sudario, que abriría,
Según en su creencia él aguardaba,
La puerta del Edén, que merecia,
El que por Dios y el Alcoram luchaba.
Polvo tan sólo fue lo que cogía
De sus batallas y ávido guardaba;
Llevando esto tan solo á sus destino,
Como el lienzo que enseña Saladino.

Lejos de conseguir más prepotencia,
El Wali de Algecira, allá en su estado
Tuvo que presentarse, y reverencia
Rinde al Califa Hixém; que muy airado
Le reprende Almanzor su negligencia,
Por no ir Algheid apresurado;
Pues á la guerra santa, que pregona,
Puede escusarse nunca su persona.

Él le dobló el azaque ó diezmo entero,
Que al Califa pagaban los creyentes,
Mandando que su primo sea el primero,
Que apronte su tributo y contingentes.
"Pues yo", dijo, "mi sangre no prefiero,
Y solo premiaré los más fervientes
En servicio de Alá y del profeta,
A que mi estirpe toda está sujeta.

Tras el brillo fugaz de Abderraménes,
Príncipes opulentos Meövianos,
Que dieron dos benéficos Hixénes
Y pléyade de grandes soberanos,
Almondrires, Abdálases y Alhakenes;
Vino otra descendencia de tiranos,
Imbéciles, ineptos y holgazanes,
Que tiemblan de empuñar los yataganes.

Al faltar Almanzor y su linage,
Del imperio los jefes principales,
Sin ejes se quedára, en vasallage
De Almeries y Slavos desleales.
Estos niegan tambien el homenage,
Debido a los Emires orientales,
Y los Califas sólo son nombrados
De la Chobba en los cantos consagrados.

Muriendo Abdemelic entra Abde-Ráman,
Que de Almanzor fue el vástago postrero,
Y él se muestra en su puesto harto severo.
Voces aleves su ambicion disfaman,
Y cäe de su altura este guerrero,
Teñid de traicion, para que asombre,
Degollando a ese hijo del gran hombre.

Tal era el triste estado, á que llegara
La muslímica córte celebrada,
Y aquel imperio, que Almanzor ligara
Con el Mogreb del Africa abrasada,
Y que bajo sumando lo acatara,
Con la Europa, Bisancio ponderada;
Recibiendo homenages soberanos
De cien reyes y príncipes cristianos.

En tanto la familia poderosa,
Que en el rincon domina del Estrecho,
Adquiere en su ruina desastrosa
Un trono en el Mogreb, que es de derecho;
Pues sangre de Fatima, perla hermosa,
Corre pura y sin liga allá en su pecho,
Y de Cairvan el cetro solicita
Cherife Ben-Hassán, cual Edrisita.

Modesta la demás sigue en su estado
Del Filistiin ó Arcadia la florida;
Y al caer el imperio agigantado,
Málaga alza un príncipe Hassanida.

Y de Córdoba viene apresurado
En tanto Hairán, su Aljib, y en su venida
Anuncia á Alí el Amud osado y fiero,
Que el Califa lo nombra su heredero.

Parte allí de Algecira, y los traidores,
Que inmolaron á Hixém duro extermina,
Y hereda á los Califas sus mayores,
Sus deudos por su madre, y predomina
Dos años. Mas de nuevo los horrores
De las revueltas arden; su ruïna
Previendo yá el Edrís y su abandono,
Llama á Al-Casim, porque sostenga el trono.

Los dos hermanos parten las regiones
Del reino occidental en tan mal hora,
Que hierven por dó quier las sediciones
Y en sangre inundan á la raza mora.
Alí sucumbe ahogado, y sus pendones
Junta Al-Casim, y lucha hasta en su Cora;
Yahya Ben-Alí, que es su sobrino,
Le sucede en su reino Gazulino.

Vuelto de nuevo el Califato a hundirse,
Lo asaltan y pretenden ambiciosos,
Y Yahya se alienta, y vá a ceñirse
De Califa brocados peligrosos.
Cayó otra vez, y vuelven a partirse
Sus despojos Walíes codiciosos;
Y termina el gran drama el pueblo mismo,
Que condena á un Hixém al ostracismo.

A este, que de su nombre fue el tercero,
El ministro Gehwár fiel le aconseja,
Ceda, y es el Ommiada postrimero,
Y á Lérida se vá, cuando se aleja,
Feliz al parecer y placentero:
Grande, cual un omeya, ni aun se queja.
El Califat con Hixém fenece,
Que tres siglos á Córdoba enaltece.

Mahomed-Ben-Casim, envejecido,
En contiendas civiles tan crüeles,
De la amarga experiencia fué instruido
Lo que cuestan los triunfos y laureles.
Por eso en sus estados retraïdo,
Se ocupa solo en preces con sus fieles;
Y dá gracias a Alá, al que invocara,
Porque de horrores tantos lo librara.

A aqueste sigue Ayúb, feroz guerrero,
Que en guerra sempiterna se mantuvo
Con Bén-Abéd-Motáhdi el altanero,
Que de Rey en Sevilla ambicion tuvo:
Gran refuerzo del Africa, ligero,
Trajo de guardia negra, y se sostuvo

Guerreando sin tregua la Sevillano
Con la ayuda del Édris, primo hermano.

Mas llamado por este de repente,
En la lucha tenaz de los Marines,
Pasa el Estrecho con su osada gente
De negros y Gazules paladines;
Y envuelto en un combate heroicamente,
Perece batallando en los confines
De Féz, y el heredero de su estado
Fue Adméd-el-Ayúb, el deseado.

Treguas y paces el Motádhid suscribe,
Al chocar con su yerno el de Castilla,
Y un mensaje harto célebre se escribe
Por los dos a Yusúf, que está en Arsilla.
En él con tintas lobregas describe
El insulto del Godo, que mancilla,
Y que promete pronto y amenaza,
Irá tras el Muslim á Mogreb-el-Rasa.

Presagiando sumirse en guerra cruda,
Se alía con los reyes más cercanos,
Y entonces á Sidonia el sólio muda,
Cediendo su Algecira al Zabaguano,
Yusúf el Ben-Tachfin, cuando este escuda
Con su ejército grande almoraviano
Los restos del imperio, y él ataca
En Udés, Almodóvar y en Zalaca.

El hijo de Yusúf, el aliado,
Despoja con orgullo y con violencia
Á los Reyes, por quienes fue llamado,
Costándoles sus reinos la imprudencia.
Y el triste Motahid vé realizado
Su dicho, que pasara á ser sentencia;
Que mejor camellero ser prefiere
De Yusuf en Numidia, donde muere.

Mientras Admed-Edrís, que zozobrando
Vio su estado pequeño en tal tormenta,
Cual piloto que el lastre va arrojando,
Halaga al Moravid, y lo contenta.
El á Alcalá su corte trasladando.
Al cederle su costa, en él se asienta,
Exclamando sufrido y fervoroso:
"*Yo no quiero a mi edad más que reposo*".

El Ahadhíl ó benigno le pregonan
Sus Taílas de Zahbits, monges guerreros:
Sus virtudes con cánticos pregonan
Sus almérios y siervos lisonjeros;
Que as bondades rinden y apasionan
A los hombres más pésimos y arteros.
Así el hijo de Ayub, rey de Algecira,
Finar vió el quinto de la Egira.

Reduciendo su fasto y pompa vana,
Alienta entre sus súbditos sin brillo,
Y abdicará tal vez de buena gana,
A no estorbárselo al Sheriff sencillo
Su tribu que le adora, y que se afana
Por rendir oblación a su caudillo;
Mirándose dichosa aquella grey
Con acatar al Ahadhíl por rey.

En sus días se mueve nueva guerra
De Almohades sectarios, que ligeros,
Al ganar el Mogreb, toman la tierra
De Algeciras, y cruzan sus aceros
Con los Lamtunas, que en agreste sierra,
Derrotados se vén y prisioneros,
Siendo Almumén, Gefe de Almöades,
Poseedor desde el Ebro á nuestra Gades.

Y sus pueblos volviendo al Edrisita,
Tan solo la Algecira se reserva,
Formando una alianza á que le invita:
Grande amistad con Bén-Amed conserva
Y sus buenos ginetes solicita.
Deja á Hegiab su hijo, el cual observa,
Y cuida e sus víveres y barcos,
Mientras que él se hace célebre en Alarcos.

Rota terrible fue para el cristiano
Alfonso octavo, que se expone en ella
Á perder su gran reino castellano,
Si el Almohade sigue tras su huella.
Mas este vuelve á Féz, y corre en vano
Á ver a su heredero, que se estrella
En brazos de la muerte, y entretanto
La España se repone a su quebranto.

Almed sigue aliado buenamente
Al Almohade con la fé sincera,
Con que de Alí procura el descendiente
Cumplir las alianzas que tuviera,
Logrando de este modo dignamente
Conservar el estado, que rigiera;
Y tal favor con Almumén tenía,
Que á Hegiab-Calis su ejército confia.

Malhadada fortuna á este mancebo
Cupo al verse cercado en Calatrava;
Pues por más que resiste a sangre y fuego,
Falto de todo, por rendirlo acaba,
Mas el Visir Gamëa en furor ciego
El cuello de aquel joven cercenaba:
Terrible crueldad, causa imprudente
De división en la Muslime gente.

Pues tascando de ira y de despecho
La hueste de la raza árabe pura,
Jura vengar el sanguinario hecho
De inmolar á un valiente sin ventura;
Y tras esta intencion en el acecho
Se ponen á aguardar la coyuntura;
En las Navas de pronto se le ofrece,
Dó el africano ejército perece.

Dispersos en las Navas de Tolosa
Los Almöades por la gran Castilla,
Y yá Mahoméd, el Verde, en presurosa
Fuga penetra en la oriental Sevilla.
En ella una matanza desastrosa
Hace en Válies y Xeques su cuchilla:
Los despoja después de sus estados,
Pues les achaca el verse derrotados.

Solo Acmét, que provecto se encontraba,
Se escapa á la venganza del tirano:
Morir más que ninguno deseaba,
Al perder á Hagiab-Cális y a otro hermano,
Y en su despecho y pena así exclamaba:
"*Devuélveme á mi hijo ¡oh Rey inhumano!*
Y toma en cambio de él todo mi reino:
El era mi delicia y mi amor tierno".

Es su nieto Abejúc quien le sucede,
Al morir Bén-Alméd el dolorido,
Y feudatario de Yaced accede
Á pagarle tributo harto crecido:
A este precio tan sólo aquel concede
El no dejarlo al fin desposeido.
En este tiempo nace el gran Fernando,
Que ha de dar fin á su gobierno y mando.

La cronología es esta, que han dejado
Los Reyes de tan clara dinastía;
Veinte leguas abarca de cuadrado
Su reino de pasmosa fecundía;
Medio millon de súbditos contados
De varias razas l catastro haría;
Diez mil bravos á pié, mil en caballos
Tiene el rey Abenjúc por sus vasallos.

Cuatro sectas de gente se albergaban
En estos territorios placenteros:
Los árabes de Siria que imperaban;
Mozárabes cristianos, los primeros
Aborígenes del suelo que labraban;
Hebréos comerciantes, sierre arteros;
Y a los negros de Cús es confiada
La persona del Rey, tan respetada.

Grandes rebaños sus pensiles pastan,
Sus selvas y sus montes escabrosos,
Dó la zuya y trevól sólos les bastan
Para hacerlos lozanos y sabrosos:
Con moruecos del Africa se encastan,
Al par que sus caballos poderosos,
Para ostentar gentil ganaderia,
Que aún hoy luce en la hermosa Andalucia.

Sus tributos y azaques se recogen
Sin fuerza ni molestia á los labriegos,
Que pagan con los frutos, que se cojen
De los campos secanos y de riegos.
Muchos de ellos se ordena que se entrojen,
Para atender á enfermos, pobres, ciegos,
Inválidos, ancianos y leprosos,
A que atienden sus reyes cuidadosos.

CANTO III

Recostado en alfombras blandamente
Abenjúc dormitaba sosegado
En un régio salon, bello, esplendente,
De oro, gualda y azul artesonado.
Á la voz del Muecín alza la frente,
Y reza el aldozar arrodillado:
"*No hay más que un Dios, autor de tierra y cielo,*
Y su profeta santo fue mi Abuelo".

De los Edrís la sangre por sus venas
Corre altiva, valiente y generosa,
Señores de las plácidas y amenas
Ciudades de Medina, la vistosa,
De Arcos tajada, donde cabe apenas,
De la fértil Vejer, y poderosa
Sidón, que otea los extensos mares
De Castellar en bosques seculares.

Á sus pies se respalda embebecida
Una joven beldad con trenzas de oro,
Y que sujeta de su sien prendida
Diadema, donde brilla un gran tesoro,
De rubíes y perlas guarnecida,
Con un grueso zafir, que dona el moro
Á su hija Zulema, al dar la mano
Á Abomelic, el hijo de su hermano.

Esta princesa bella es la heredera
De su padre, mas nunca de su estado,
Porque es ley del Corán fuerte y severa
Excluir á las hembras del reinado;
Y por esto Abenjúc la prometiera
Al hijo de su hermano, el arrogado,
A fin de darle en su postrer destino
Hija, tesoro y cetro a su Sobrino.

Huérfanos los dos primos y criados
En el palacio del Emír potente,
Fueron sus corazones instigados
Á amarse desde niños con fe ardiente;
Que el uno y otro estaban designados
Á unirse en doblo lazo estrechamente;
Y Abomelic se casa con su prima,
Por sér del tronco mismo de Fatima.

De este modo la ilustre dinastía
Los nietos del profeta conservaban,
Creyendo que su raza se extinguía,
Si con otros linajes procreaban;
Y dando en todo, pues, la primacía
A la estirpe de Alí, á quien miraban
Única y sola digna del imperio
Del Universo en todo el hemisferio.

Al lado de sus hijos el anciano
Espera terminar sus cortos días,
En paz con el caudillo castellano:
Mas le inquietan continuas correrías,
Que en el próximo reino sevillano
Hace, talando campos y alquerías,
La Órden militar de Calatrava,
Con quien jamás la tregua se ajustaba.

Esta Milicia fuerte y arrogante,
Dó se miraba al monge hecho guerrero,
Que vistiendo cogulla só brillante
Cota de malla de templado acero,
El segar las cabezas con turbantes
Era en su institución deber primero;
Y á un Dios de paz en ciego fanatismo
Las ofrece después el Freire mismo.

Resguardado se cree del ancho muro
Del imperio almoäde de Sevilla,
Y Abenjúc se ilusiona estar seguro
En los cortos estados de su villa;
Esperando vivir feliz y oscuro,
Y morir por dejar su régia silla
Á sus hijos, que en paz cierren sus ojos,
Cuando la muerte acoja sus despojos.

Gran ruido y clamor llegan en tanto
Á su oido, que escucha presuroso;
Y siente voces de terror y espanto
Al pié de su palacio suntuoso.
Ciñéndose á sus hombros rojo manto,
Manda inquirir la causa, receloso,
No sea trama cobarde de traidores
Para hollar á sus fieles servidores.

Cierra la puerta del salon del trono
Su guardia armada, en reverente paso:
Mas el Rey, que en molicie y abandono,
Parecia adormirse en el acaso,
Esgrimiendo un alfanje con encono,
Quiere arrostrar el riesgo en todo caso;
Y manda abrir las puertas á sus gentes,
Que se postran, al verlo, reverentes.

"*¿Qué ocurre entre vosotros*", alto grita,
"*Que de este modo á vuestro Emir buscais?*
¿Qué suceso á mis pies os precipita,
Demostrando lo mucho que me amais?
Decidme, pués, la causa que os excita
Á ese terror, que así manifestais".
"*Señor*", claman, "*oid al mensajero,*
Que de Córdoba os manda Hernán tercero".

"*Álzate, pueblo mio, y consejero*
Hazte en esta ocasión, que se presenta:
Hagamos, pues, entrar á ese guerrero,
Ya que tanta arrogancia Hernán alienta:
Su mensaje escuchémos lo primero,
Por ver lo que su Rey con nos intenta;
Y una respuesta digna desearia
Diésemos á su orgullo y osadía".

Dijo, los grupos de jóvenes briosos
Á los lados del trono se plegaron,
Y mudos, reverentes, presurosos
De su Rey los mandatos acataron.
Entonces negros guardias, silenciosos,
Á un paladín lujoso presentaron
Ante Abenjúc, que en ademan guerrero
Esto escucha al altivo mensajero:

"*Mi Señor, el gran Rey de las Españas,*
Que heredó de los Godos, sus abuelos,
Estos reinos, que en célebres campañas
Vá recobrando tras reñidos duelos;
De nuevo intenta hoy con sus hazañas
El borrar para siempre de estos suelos
Los rastros, que de sangre el rey Rodrigo
Dejára en Guadalete á su enemigo.

Así, pues, de Tarif los descendientes
Han de dejar los campos, que invadieron,
Y tornar otra vez á las ardientes
Regiones del Oriente, dó salieron;
Volviendo á los cristianos prepotentes
Esta tierra, que libres poseyeron.
Un año se os concede, si yo os muevo,
Para arribar al Africa de nuevo.

De lo contrario, os digo yo en su nombre,
Que ántes que acabe el reducido plazo,
Vuestro reino será, y no os asombre,
Un troféo sangriento á nuestro paso,
Sin que en él quedar pueda un solo hombre,
Capaz de producirnos embarazo;
Y hémos de ver desiertas sus regiones,
Al pasar nuestras bélicas legiones".

Esto dijo el heraldo, que arrogante
Se mostrára en su voz y en su relato,
Y del trono á los pies arrojó el guante,
Quedando en suspensión un breve rato.
Entonces Aben-júc con voz tonante,
Al mirar tan solemne desacato,
Grita ronco de ira y de coraje:
"*Yo lavaré con sangre vuestro ultraje.*

Decid a vuestro Rey envanecido,
Que bajo de las cuevas de su Astúria,
Cual el oso, que hambriento y aterido
Sale á talar campiñas en su fúria,
El creyente de Aláh, que aquí ha nacido,
Castigará bien pronto aquesta injuria;
Y que ántes de volver á Berbería,
Ha de hundirle en su pecho la gumía.

Idos pronto de aquí, y sálveos solo
El venir indefenso á nuestra villa,
Que por eso aquí mismo no os inmolo
En las gradas del trono que mancilla;
Siendo este paso digo por su dolo
De ese Rey, que á vosotros acaudilla,
Al que podria por respuesta urgente
Mandar vuestra cabeza de repente.

Corto es mi reino, sí; pero avanzada
Sómos del gran imperio de la tierra
Que fundára mi estirpe con su espada
Y que del globo la mitad encierra.
Díle, pues, á tu Rey, que ya acampada
Queda mi tribu toda en esta sierra
Aguardando á sus fieros castellanos,
Por teñir con su sangre nuestras manos".

Tres dias después se marchan anhelosas
Doscientas lanzas, que a su ayuda envia
Aben-júc, las más fuertes y briosas,
Á Axatáf, el Walí de Andalucía.
Á este ciudad de razas belicosas
Hernando amenazada la tenía,
Y el Rey Gazul le manda aquesta gente
Con Avéntu Arraéz, Gefe valiente.

Él en tanto convoca á sus guerreros,
Que á más de doce mil ellos llegaron,
Y desnudando sus gumías ligeros,
Hácia Jerez de prisa caminaron;
Pues saben, que ya en él los caballeros
De Calatrava por su campo entraron,
Arrasando cabañas y aduares,
Y talando sembrados y olivares.

A su esposo y su padre la Princesa
Después en tiernas lágrimas bañada,
Y al mirar su cabeza blanca y gruesa,
Ceñida con el casco y la celada,
Presintiendo en su lúgubre tristeza,
Que tal vez de su tronco sea segada,
Hiere con gritos lánguidos é inciertos
Los salones reales, ya desiertos:

Y mira de la torre de homenaje,
Que coronan aún las medias lunas,
Perderse entre los montes el bagaje
De las tribus Gazules y Lamtúnas;
Y teme que no vuelvan al paraje
De aquel suelo feliz, en que sus cunas
Rodaron arrulladas dulcemente
Del Barbate apacible á la corriente.

Y la noble Zulema abandonada,
Sola casi se queda en su castillo,
Y cuida de su guardia descuidada,
De sus adarves, foso y rastrillo;
Ascendiendo á su cima apresurada,
Cuando cree distinguir de lejos brillo
De cascos, ó de arma relumbrante,
Que traigan á su padre y á su amante.

Viene la hueste en tanto, y se encamina
Hácia Jerez en marcha presurosa,
Y llegando á la vega de Caulina,
Al pie del Guadalbín, sierra fragosa,
Se acampa, y al infante de Molina,
Que dirige la opuesta valerosa,
Aguarda con denuedo y bizarría
En su campo, de antigua nombradía.

Era el lugar famoso en los anales
Del mundo, y á batallas destinado:
En él César sentára sus reäles,
Y vence á otro Pompeyo malhadado;
Dejando aún las huellas inmortales
En este sitio, pués, tan memorado,
Donde la antigua Munda un tiempo fuera,
Y donde hoy Gibalbín altivo impera.

Que averiguado está sin duda alguna,
Que allí reposa la ciudad lozana,
Célebre y desgraciada, cual ninguna,
Y parcial de la causa Pompeyana.
Su hecatombe fue el colmo de fortuna
Del que mató la libertad romana:
Sus ruinas ilustres y sagradas
Distan del mar Carteyo dos jornadas.

Y si el mundo latino decidiera
Su suerte en este campo venerado,
Siete siglos después se produjéra
Igual destino para el Godo estado;
Que en él la rota de Rodrigo fuera,
En las ondas del Lete sepultado.
Cinco más al pasar, vá a disputarse
De nuevo, si es la Cruz quien debe alzarse.

Manda la ruda armada castellana
Don Alfonso, el infante ya nombrado;
La España allí muslímica y cristiana
Ostenta lo mejor y más preciado:
Alvar Perez, con gente toledana;
Los Vargas, los Gaitanes, Nuño Hurtado,
Y un escuadron ferrado allí se hallaba
De la aguerrida hueste Calatrava.

En el contrario opuesto campamento
Se vén nobles Gazules esforzados,
De Murcia el Rey, que viene en seguimiento
Del que dejó sus pueblos arrasados;
Y lleno de valor y de ardimiento,
Espera ver los suyos ensalzados,
Yá resuenan las trompas y lelíes
Y atacan con ardor los dos Walíes.

Se encuentran en el centro de la vega,
Y se estremece la dormida Munda:
La muerte, en tanto, despiadada siega
Cabezas, y con sangre el campo inunda,
Sin blanda trégua en la feroz refriega;
Y el osario romano, que allí abunda,
Al mirarse de sangre salpicado,
De nuevo quiere alzarse denodado.

Caen jinetes contrarios y pëones,
Envueltos con caballos y armaduras,
Y aún se baten y rujen cual lëones,
Desgarrando sus mismas sepulturas,
Dó van a confundirse con legiones
Pompeyanas y Godas, que seguras
Se creen bajo las plantas y las flores
De la implacables guerra en los horrores.

Trece siglos allí sus eslabones
Unen, y nueva capa en sus terrenos
Forman, fructificando los terrones
Con sangre de romanos y agarenos;
De godos, cuyos huesos en montones
Aún blanquean dó quier prados amenos;
Siendo leccion de triste desengaño,
Perdía sin embargo en nuestro daño.

Y volviendo al combate encarnizado,
Diré que en él, trás de lidiar un dia
Con heróico valor, fue derrotado
El ejército moro, que se via
En ciega confusion roto y diezmado;
Marchando hácia Jeréz dó se acojia,
Quedando aquellos campos todos llenos
De armas, corceles y hombres sarracenos.

De trecho en trecho envueltos los caftanes
Se miran con las cota milanesa,
Rebujados con sables yataganes,
Y junto al blanco rostro se ve espesa
Guedeja de etiópicos Fulanes,
Y los rostros Gazules, que fiereza
Aün despiden en pálidos semblantes
De aguileñas facciones arrogantes.

Todo se ha envuelto allí y se ha mezclado,
Sin atinar, pasado aquel momento,
Quién de los muertos es el derrotado,
Y si venció tal vez el que un lamento
Exhala de su pecho desgarrado,
Al despedir fugaz su último aliento;
Que la muerte maltrata en sus furores
Á vencidos al par que á vencedores.

Tan rudo fue el combate de ambos lados,
Y fue tan empeñada la porfía,
Que al terminar, se miran destrozados
Sus cuadros con la atroz carnicería,
Sus caudillos más bravos y alentados
No se encuentran, ni al pronto se sabía,
Si eran muertos, ó heridos. Desfallecen
En la nefasta Munda, en que perecen.

El Infante español en retirada
Se pone, aún coronado de laureles;
Y su hueste se mira circundada
De enemigos tenaces y crüeles.
Así á la Extremadura suspirada
Alcanza á guarecerse, y sus cuarteles
De invierno en ella ocupa, y se rehace
Del combate, que célebre lo hace.

El de Murcia á sus reinos vá marchando
Sin aquellos lucidos campeones,
Que tras él ántes viéronse formando
Su escolta con cerrados escuadrones;
Y las Tailas Gazules resguardando
Un féretro tan solo en sus regiones,
Vuelven en lenta marcha hácia su suelo ;
Que más que tropas asemejan duelo.

En tanto la Princesa pesarosa
Desde el erguido torreon percibe
Una tocata triste y angustiosa,
Que pompa funeral mueve y describe;
Abrir manda las puertas presurosa,
Y desalada, exánime recibe
¡Ay! El cadáver de su padre anciano,
Cuyo cráneo truncó brazo cristiano.

El cuerpo de Aben-júc, lleno de heridas,
Aún empapa la sangre derramada:
Se miran sus facciones contrăidas
Y su frente espaciosa magullada:
Su mano, que aún parece guia la brida
Del fogoso corcel, está crispada,
Al recibir el golpe, que descarga
Sobre su sien el valeroso Varga.

Era un tronco de encina, que ligero
Desgajára, al mirarse desarmado,
Y con el cual arremetiera fiero
Al anciano Aben-júc, que vá cansado
En esa lidia, que rompió el primero,
Donde queda sin fuerza y desangrado;
Y viéndole perdido, le arremete
Y parte la cabeza del ginete.

Vargas Machuca llaman al que hacía
Tal portento, y osára tal empresa
Con el tronco de encina, que blandía,
Machacando de Reyes la cabeza.
Esta hazaña costó a la pátria mia
Su Emir, cuya memoria guarda impresa;
Y lo que sirve á Vargas de apellido,
A los Gazules cáusa un rey perdido.

Mas entrando la fúnebre y guerrera
Cabalgata, se pára junto al foso;
Y Zulema Gazúl es la primera,
Que esquivando los brazos de su esposo,
Al mirar la nevada cabellera,
Y la sien de su padre hecha destrozo,
Sobre el cuerpo sangriento se abalanza,
Y grandes gritos de su pecho lanza.

"*Contadnos*", dice en lastimeras voces,
"*cómo un guerrero tal fuera vencido,*
Y qué manos crueles y feroces
Derribar á este alcid hayan podido,
Sin que vosotros bravos y veloces
Del campo de Jerez hayais venido,
Sin vengarle, trayendo sólo inerte
Este despojo triste de la muerte.

Quiero ceñirme ahora la cimera,
El peto y la coraza del anciano,
Y trasladarme despiadada y fiera,
Con mis déudos, en busca del cristiano;
Quiero, cual tigre hircano o cual pantera,
Bañar en sangre mi certera mano;
De la sangre del hombre despiadado
Que su padre a Zulema ha arrebatado".

Dijo, y suelta sus túnicas reales,
Que trata de arrojar; mas sus doncellas
Le cercan cual un coro de vestales,
Y la ofrecen seguirla todas ellas,
Y la alucinan con razones tales,
Que hacen aplaque un tanto sus querellas;
Trocando al fin el desvarío en llanto,
Que mitiga y alivia su quebranto.

En tanto los guerreros, doloridos,
Descargan el cadáver presurosos,
En medio de los gritos y alaridos
De mujeres y niños, que llorosos
Le arrullan con sus fúnebres quejidos,
Que resuenan en bóvedas y fosos,
Y cuyo éco triste y funerario
Se repite y modula allá en el Lario.

Tal fuera de Aben-júc, su amado Rey,
El triste fin y duelo, que produce
Amor en sus vasallos y fiel grey,
Y este ejemplo á ser uno nos seduce.
Tal fue al Muslin, como suprema ley,
Honrar el astro, que apagado aún luce,
Del nieto de Fatima, la preclara,
Que padre de su tribu se llamára.

Luego después en hombros de escuderos
Y pages le conducen por la mina,
Que bajo del castillo sus senderos
Abre, y por su seno se encamina,
Calando la Coracha y sus veneros,
Que sus aguas recoje, cual piscina;
Saltando de su falda aquella fuente
Copiosa, que fascina nuestra mente.

Este acueducto hermoso é ignorado,
Que arroja de su ántro aquel portento,
Tiene su nacimiento socavado
Del castillo romano en el cimiento.
Su paso principal está cegado
Con escombros, que es ora impedimiento
Para ver el sepulcro del monarca,
Incrustado en la roca, como un arca.

Allí existen en ancha galería
Sarcófagos, que encierran los reales
Restos de la gloriosa dinastía
De aquellos nuestros reyes orientales;
Brotando de sus piés límpida y fria
El agua de los grandes manantiales,
Que al salir por el caño murmurando,
Parecen de Aben-júc el eco blando.

Tras esto Abomelic es proclamado
Rey de Gazules con su prima hermana,
Que no deja su lúgubre tocado
Por la áurea diadema soberana,
Y desvía la púrpura y brocado,
Prefiriendo el crespón á regia grana;
Y ordena en vez de justas y festines,
Que el Aljiéh yá proclamen sus muezzines.

Los Jeques de los pueblos de su reino
Lo acatan y le doblan la rodilla;
Y confirmando en ellos su gobierno,
Prepara la defensa de la villa.
Estas tribus llevadas de amor tierno
Al real linaje, que en su trono brilla,
Juran morir por ellos, peleando
Contra las huestes del infiel Fernando.

La población mozárabe, que abunda,
Creyéndola contraria en tal apuro,
Antes que más la alarma en ella cunda,
Y ayude al castellano de seguro;
Por la razon de estado, en que se funda,
Manda el Emir, que desaloje el muro;
Pasándose á habitar pueblos abiertos,
Y dejando á los árabes cubiertos.

Convócanse al efecto sus varones,
Y Abomelic les dice en blando tono:
"*No ignorais yá que en todas ocasiones,*
En vez de perseguiros con encono,
Os dejamos riqueza y tradiciones,
Concediendo franquicia en vuestro abono,
Vuestro trage adoptando y vuestras leyes
Respetados del pueblo y de sus Reyes.

Pero llegado és trance funesto,
En que empeñada está vuestra conciencia;
Y es muy laudable, y ejemplar y honesto,
Que pueda más en vos vuestra creencia.
Considerad, hermano, que en aquesto,
Que os sucede, no es dura mi sentencia;
En vez de condenaros a Numidia,
Cual hizo el Almohade con perfidia,

Yo os dejaré en la pátria, dó nacimos;
Pero hacednos lugar par el combate:
Todo el demás terreno, que tuvimos,
Os cedemos sin pago ni rescate;
Y todo cuanto aquí juntos hubimos,
Os legamos. Mas quiero que se acate,
Mi voz, que os pide el suelo amurallado,
Que pueda sérnos paladín sagrado".

Y al mirar tal dulzura y patriotismo,
Resignados se muestran sin quejarse,
Y marchan satisfechos de esto mismo,
Mirando á su Alcalá ya despoblarse,
Y que ocupa el que fiel al islamismo,
Anhela en sus bastiones sepultarse;
Y vierte tierno llanto aquella gente,
Al cerrarse su templo á San Vicente.

Templo, que se fundó en la edad primera
Del cristianismo; que cundió en Regina,
Y que alcanzó de mártires la era,
Sujeto al obispado de Medina,
Que Asidonense titulado hubiera;
El que dio á la moderna Palestina
Cinco siglos de paz, en que Prelados
Fueron Miro y Esteban venerados.

CANTO IV

En tanto, en la lejana y fértil vega,
Que circuye los muros de Sevilla,
Se mira un grande ejército, que llega,
Saliendo de los campos de Castilla,
Y al acercarse á ella el campo siega;
Y en vez de ricas mieses, sólo brilla
La lanza, que reemplaza á las espigas,
Y al olivo y naranjo, las lorigas.

Manda la hueste, que el pensil asuela
Y lo inunda, cual rio desbordado,
El hijo de la grande Berenguela;
Que ella el impulso de la empresa ha dado:
Y al morir, santa idea la consuela
De lanzar al muslim al otro lado
Del Estrecho, y espira encomendando
Este postrer mandato á San Fernando.

Su hijo reverente é inspirado,
Cree del cielo en su madre este deseo,
Y besando su mano arrodillado,
Enarbola el gran lábaro y trofeo
Esplendente, en que fue crucificado
El Hombre-Dios, Jesús el Galileo,
Y promete, al fijárselo en su pecho,
Digno cumplir con el mandato estrecho.

Súbito suenan trompas y atambores
Y gritos de combate en las montañas,
Y bajan por dó quier sus moradores
Para empezar de nuevo las campañas,
Y vencer á sus fieros invasores;
Renovando gloriosas las hazañas,
Que en las Navas se hicieron en un día,
Cuando Alfonso el Octavo los regía.

Los ricos-homes arman sus mesnadas,
Dejando solitarios sus castillos:
En las villas se miran levantadas
Las banderas, y acuden los caudillos

De pendon y caldera, y despobladas
Quedan las fortalezas: sus rastrillos
Se alzan, pues se miran sin soldados,
Que marchan tras Hernando desalados.

Era cruzada igual á la que antaño
Saliera de la Europa á Palestina,
Tras las huellas de Pedro el Ermitaño,
Que con su voz y túnica fascina
El mundo, el que á guisa de rebaño
Ante el bordón del Auvernés se inclina;
Y poniendo cruz roja á su costado,
Marcha a Siria en lágrima bañado.

¡Quién pudiera cantar en este dia
Los triunfos del ejército cristiano,
Cuando invade y conquista á Andalucía,
Lanzando de su seno al mahometano,
Y bosquejar el brillo y gallardía
De aquellos jefes del imperio hispano,
Dó se vieron pobladas sus regiones
Con gente de otros reinos y naciones!

Allí la córte toda castellana
Lució sus paramentos y cimeras,
Iluminando el solo por la mañana
De Tablada el collado y las praderas,
Dó se mira brillar la filigrana
Y el brocado de tiendas altaneras,
Donde moran los Reyes caballeros,
Envueltos entre púrpura y aceros.

Los Prelados y Fréires militantes
De religiosas órdenes se miran,
Cubiertos de broqueles deslumbrantes,
Y que al martirio combatiendo aspiran:
Allí se ven las huestes arrogantes,
Que en ordenados escuadrones giran,
Y hasta ¡oh dolor! Se miran mil ginetes
De tribu granadina de Zenetes.

La politica astuta de su Rey
Hace marchar su guardia trás él mismo,
Cual se pactó en Jaen, contra su grey,
Creyendo conjurar el cataclismo
De sus estados huella rito y ley,
Abriendo por sus manos el abismo;
Y sombríos se ven á sus guerreros,
Que creyentes de Aláh són verdaderos.

En sorda agitación bullen sus tropas
Granadinas, bramando de coraje.
"*No queremos*", exclaman, "*cual Don Ópas,*
echar sobre nosotros el ultraje
y baldón de Jerez, y que las ropas
de las tribus Zenete y Bencerraje
se manchen con la sangre sevillana,
que es nuestra misma sangre mahometana.

Sigamos los Azules esforzados,
Que animan á la plaza con su aliento,
Y más vale morir en ella honrados,
Que triunfar en aqueste campamento".
Y corren á Alhamar, y prosternados
Le piden, que los guie allá al momento,
A reforzar la plaza yá sitiada,
Ó al menos, que los vuelva á su Granada.

Abú-Béka-Selák, bravo rondino,
Fue el Alcaide motor de aquel alarde;
Y tan grabado estuvo este destino
En su vida, que escribe allá más tarde
Un poema sentido y peregrino,
Dó por su pátria y Dios de amor se arde.
Era el adiós dulcísimo, que tierno
Entona el cisne en el hogar paterno.

El Santo Rey acude apresurado,
Y el Príncipe rëal, que abre su lábio,
Aprobando por bueno, de contado,
Su noble proceder, que es justo y sábio;
Y lo apláuden, que es visto estar grabado
En el alma, y afrenta y causa agravio
El volver los aceros inhumanos
Contra el pecho de padres y de hermanos.

Y de este modo Abenhamar de Arjona,
Primer rey Nazerida, que los guia,
Sufrió dura leccion en su persona,
Que humillada se viera en este dia;
Tornándose con ellos á Archidona,
Y de allí van á Baza y Almeria,
Dó se albergan los nobles granadinos,
Para esquivar el golpe de asesinos.

Dejémos, pues, ahora el celebrado
Sitio, en que tanta gloria se alcanzára,
Por el Rey, que por Santo fue aclamado,
Y á quien la Iglesia culto consagrára,
Para su hijo su hijo Alfonso, que marcado,
Con el nombre de Sábio se quedára,

Perez de Vargas, Suarez Gallinato;
Y otra pluma mejor siga el relato:

Que yo cronista soy de aquel linaje,
Que dio á mi noble villa gran renombre,
Y aunque justicia rinda y homenaje
Al Santo Rey, y á Alfonso, el grande hombre,
No puedo tributarle vasallaje,
Que no en vano Gazul me diera el nombre;
Pero es preciso ir tras sus aceros,
Que rindieron mi pátria los primeros.

Un recuerdo tan sólo debo darle
A los doscientos jóvenes, que entraron
En la ciudad sitiada á auxiliarle,
Y que en la misma su sepulcro hallaron;
Y tan justa alabanza tributarle
A estos bravos Gazules, que lidiaron
Hasta verse pasados a cuchillo
Con Aventúc Arráez, fuerte caudillo.

Ni uno tan sólo vuelve á ver la orilla
Del Barbate apacible, en que nacieron:
Nuevos Leonidas de su fé sencilla,
De Termópila el nombre allí trajeron;
Y ántes que doblegarle la rodilla,
Al vencedor cristiano, prefirieron
Finar todos, haciendo el sacrificio
De morir de su ley en el servicio.

Los dispersos y errantes sevillanos,
Cuando cayó su patria se regaban
Por la costa de Andalús, por los llanos
De Jerez y Alcalá, dó se amparaban.
En ella dán noticia á sus hermanos
Moradores, de aquestos que finaban;
Su muerte ellos codician y heroísmo
En su glorioso y ciego fanatismo.

É imitarles procuran, acojiendo
En sus terrenos á la tribu entera:
Vasto acopio de víveres reuniendo,
Determinan segar su sementera,
Y salazón con su ganado haciendo,
Toda la población yá el sitio espera,
Á los hebreos lanzando, y de igual suerte
Al que no ose batirse hasta la muerte.

Sus infantes y ancianos depositan
Del elevado Aljib en la aspereza,
Y ampararse á Granada los invitan,
Cuando vean á Alcalá hecha pavesa.
En tanto forjan armas, y meditan
Ejercitar su gente con presteza;
Formando de doncellas la cohorte,
Que rodée á la Reina y á su córte.

Fosos y parapeto han construido
Delante de las puertas, que allí habia,
Y unas piedras enormes han subido
Par arrojarlas, cuando llegue el dia.
Abomelic prudente ha concebido,
Que el cristiano no ceje en su porfía;
Y al Africa dirije mensajeros,
Para que mande sus Lamtunas fieros.

Cubre Zulema en tanto su persona
De luciente armadura, y arrogante
Cabalga, cual intrépida amazona,
El corcel, que á su padre sirvió ánte;
Y tan solo le aflije y desazona
La suerte de Abdilvár, su amado Infante,
Al que solo le espera sér cautivo,
Si acaso en el asalto queda vivo.

Y abrigándolo tierna contra el pecho,
Le dirije palabras de cariño,
Ó reclinada sobre el régio lecho,
Donde duerme tranquilo el bello niño,
Al despertarlo con abrazo estrecho,
Arrópalo y envuélvelo en su armiño,
Diciendo: "*Por si cambia tu fortuna,*
Reina, Abdilvar, al menos en tu cuna.

Vástago desgraciado de Fatima,
Nuestra Abuela, y de Alí, de infausta suerte,
Léjos de aquel feliz y hermoso clima
De Arábia, en que el Profeta yace inerte;
Esclavo del infiel acaso gima,
Sufriendo el peso de su yugo fuerte,
Cual leon pequeñuelo é impotente,
Á quien matan sus padres crudamente.

Si escrito está en el libro del destino,
Que ha de acabarse ya nuestra valía,
Y tal vez en incierto y duro sino
Vagar por la abrasada Berbería;
No temas, no, que al pronto éste camino
Te depáre, que al cabo te alzaría

Nuevo trono en el África, que inquieta
Quiere Emires con sangre del profeta".

Y velando su rostro cariñosa,
Deja al Infante régio así arrullado;
Y se marcha Zulema presurosa
En busca de su esposo idolatrado,
Que aprestando su gente belicosa,
Aguarda la embestida resignado;
Confiando tan sólo en su bravura
Labrarse en su castillo sepultura.

Al finar ya la hermosa primavera,
Siete meses después que cae la silla
De Axafat, cuarenta y nueve e la Era
Del siglo XIII, que al muslim humilla,
Por las conquistas, que á estos les hiciera
San Fernando; á éste, que acaudilla
Sus legiones, allá en los horizontes
Se vé marchando á los Gazules montes.

Las llanuras de Fraja y de Pagana
Se inundan con veloz caballería,
Que forrajéa y tala en ira insana
Los crecidos sembrados, que allí había;
Y aquella fuerte juventud hispana
Se extiende en su excursión y correría,
Cercando en rededor con ciego encono
El pueblo, en que Zulema tiene el trono.

Y en las praderas, donde forma asiento
El lecho del Barbate y Fraja unidos,
Levantando sus tiendas al momento,
Se descubren dó quier grupos crecidos,
Que rodean inmensos campamentos.
Míranse allí con lucidez unidos,
Caballos, carros, picos y guiones,
Arneses mil y cascos y pendones.

Allí están y descuellan por su brillo
La Órden militar, de alta braveza,
De Calatrava, Ordóñez, su caudillo;
Con su Maestre Sanchez del Castillo;
San Jorge, que será despues Montesa,
Santiago, de todas la cabeza,
Con el suyo Don Frey Perez Correa,
Y Alcántara con Yañez de Gadea.

Los Templarios, famosos caballeros,
Los de Uclés, y San Juan preponderantes,
Se vén escuadronados los primeros,
Con sus Prïores Gómez Villasante,

Fernán Ruiz, García de Ontiveros;
Sus Maestres faltando en el instante,
Pues cumpliendo su voto y su destino,
En Siria están batiendo a Saladino.

Sigue el Conde de Urgél con sus bridones,
De la rëal familia Aragonesa,
Con sus pajes, donceles é infanzones
Y otro Infante de sangre portuguesa:
Marcha después, y luce en sus blasones
El Prócer más antiguo en la grandeza,
Que es Don Nuño Gonzalez, el de Lara,
Señor de aquesta Casa tan preclara.

Tras estos vá Rodrigo de Giron,
Tronco de ilustre estirpe celebrada,
Y sigue Ruiz Gonzalez Don Simon,
Señor de los Cameros; que enlazada
Se encuentra su mujer al campeon,
Que se sienta del solio en la alta grada;
Y vá al lado de dos ricos pro-hombres,
Que Lope y Gomez de Olmo traen de nombres.

Don Alonso de Tellez y Meneses,
Señor de Monte-Alegre y de Villalba,
Se vé con sus vasallos montañeses
Tras Rodrigo Floraz, Señor de Alba.
Al de Cifuentes fieles sus leoneses
Siuen, y á los señores de Torralba;
Y tras estos después viene centúrias
De Señores Gallegos y de Asturias.

Los dos inseparables camaradas
Garci Perez de Vargas de Toledo
Y Suarez Gallinato, con mesnadas
De Osa, Sahelises y Robledo,
Prosiguen, y formando en avanzadas
En las luchas, se llaman los sin miedo;
Que respaldados ambos desafían
Á un escuadron entero, si le envian.

Almoadenes, ó brava infantería
Acampa por el centro y por los lados,
Y Almogávares, tipos de osadía,
Cubren la retaguardia y los costados;
Quedando un hueco en medio, dó se via
Mesnada de escuderos, bien armados,
Del gran Señor de Álava y Vizcaya,
Que con sus váscos fieles hace raya.

Y es que temen y aguardan con recelo
Ver el mar del Estrecho brotar gente,
Que inunde esta region, cual si del cielo
Se arrojase una tromba de repente,
Y anegando furiosa aqueste suelo,
Lo ocultára en su rápida corriente:
Es que la Libia toda desembarcos
Vá á hacer, como en Zalaca y en Alarcos.

Que emisarios hebréos han venido
Á anunciar, que las tribus Bereberes,
Lamtunas y Amarzigas se han corrido
Sobre Tánger, con hijos y mujeres;
Y en su ardiente fervor han ofrecido,
Al dejar de sus campos los quehaceres,
Reconquistar tras una escaramuza
La tierra, que ganó Tarif con Muza.

Por eso el gran Fernando ha prevenido
Ejército doblado en esta empresa,
Á fin de nunca verse desvalido
Á tan larga distancia, y con presteza
Sobreponerse pronto al atrevido,
Que intentara atajarle en su proeza;
Mandando alzar más fuerza apresurado,
Por si acaso se viera derrotado.

De este modo discurre, y al instante
Un grueso cuerpo pone de avanzada
Sobre el campo, que mira hacia Levante
De Alcalá, y que forma una llanada,
Que viene del Estrecho del Atlante,
El que atraviese la crecida armada;
Y por dó encuentre, caso que brotára,
La Morisma, que el África mandára.

Y tranquilo y seguro el Rey ahora
Por la causa de Dios, á quien se ofrece
En su servicio, su socorro implora,
Que á Él sólo y á su Madre se guarece;
É invocándola á esta protectora,
Su cabeza reclina y adormece,
Y cubierto de acero cae en su lecho,
Y ensancha el sueño su animoso pecho.

CANTO V

Un dia sucede: al otro un parlamento
En fogoso caballo cabalgando,
Saliendo del rëal ó campamento,
Se vé subir la cuesta jadeando;
Y toca al fuerte muro y pavimento
De la puerta Vig-Guada, y voceando
Con grande anhelo pide en lengua mora,
Que á su Emir lo presenten sin demora.

Abre la puerta su ferrada boca,
Y recibe al cristiano caballero,
Al que vendan los ojos con la toca,
O turbante, que cubre otro guerrero;
Y yá vencida la escarpada roca,
Que conduce al castillo su sendero,
Lo introducen al fin más cautamente,
Quitándole la venda de repente.

Un inmenso salon abovedado,
Lleno todo e tropa silenciosa,
Descubre, y en su frente levantado
Un sólio, donde vé la magestosa
Persona del Emir, que tiene al lado,
Armada, como él, su bella esposa;
El que le dice en árabe lenguaje,
Que le exponga y declare su mensaje.

"*Señor*", dice el heraldo castellano,
"*El Rey, á quien le sirvo, aquí me envía*
Para rogaros con amor de hermano,
Le rindais homenage en este dia,
Él en cambio os promete, y no es en vano,
Grandes honras y rentas de cuantía;
Y os dará el Ducado de Gazules,
Y por blason corona sobre gules.

Os pide en recompensa le entregueis
La llave de esta antigua fortaleza,
Y que con agua del Jordan regueis
Su augusta, venerable y real cabeza.
De otro modo, Señor, ya no espereis
Más que el ataque al muro con presteza;
Destruyendo tal vez en corto espacio
Vuestro reino, y tambien vuestro palacio".

"*Vuelve*", interrumpe Abomelic con brio,
"*Á tu Rey á dar gracias por sus dones,*
Y dile que no acepto lo que es mio
Ni admito su ducado y sus blasones;
Que prefiero quedar sin señorío
Á dejar mi creencia y tradiciones,
Que perderá mi reino ciertamente,
Pero jamás de Aláh sér un creyente.

Que si Alí fue el primero, que aclamára
En Medina al Profeta por divino,
Y en su celo y fervor á él consagrára
Su brazo vigoroso y su destino;
Logrando por su celo lo enlazára
Con su hija, la Perla, de quien vino
Nuestra raza rëal, es torpe ultraje
El querer, que á la Cruz rinda homenaje.

Mi pueblo, y Yo, su Emir, hémos votado
Resistir vuestro ataque con firmeza:
Él conmigo se halla emparentado,
Y no desdecirá de mi entereza.
Lo que el dedo de Aláh haya trazado
Acatémos, narrando su grandeza;
Morirémos, siguiendo nuestro rito,
Y exclamando con fé: '¡Ya estaba escrito!'"

Así termina, y todos prosternados
Ante el nieto de Alí, tan elocuente,
Exclaman fervorosos é inspirados:
"*¡Gloria a Dios y á su diestra omnipotente,*
Que hoy abate á sus hijos desdichados,
Tal vez para ensalzarlos de repente,
Y darles nuevos reinos y regiones,
Y el dominio de imperios y naciones!

Disponed ¡oh Señor! De nuestras vidas,
Que gustosos rendimos á tus leyes,
Y abrid en nuestro pecho cien heridas,
Por dó brote la sangre, con que selles
Nuestra fé, que tal vez restañecidas
Se vean por tu mano; y que á estos reyes
Del linage escogido otros imperios
Les dés en tus celestes hemisferios".

Y mostrando la reina al tierno infante,
Que aún se alimenta de su níveo seno,
Á aquella multitud, ya delirante,
De lealtad y de ardor a pecho lleno,
Riega con llanto puro y abundante
El suelo, prorrumpiendo en voz de trueno:
"*¡Vástago hermoso de la ilustre grey,*
Moriremos contigo y nuestro rey!"

"Marcha, y dile al monarca Hernan tercero
Lo que este pueblo digno se propone",
Abomelic le dice al mensajero,
Y éste para partir ya se dispone.
Y lo conducen, cual entró primero,
Vendado con el lienzo, que se pone;
Y monta en su caballo á rienda suelta,
Y á los reales torna y dá la vuelta.

En tanto noche lóbrega se extiende,
Cubriendo el horizonte en denso velo,
Y el relámpago cruza y veloz hiende
Las pardas nubes en su ráudo vuelo;
Y con su llama fúlgida se enciende,
Y se ilumina la region del cielo;
Y zumba el trueno pavoroso y rudo,
Y á su voz se estremece el orbe mudo.

Las hogueras del campo de Fernando
Se apagan con la lluvia y el granizo,
Y poco á poco aqueste vá quedando
En densa oscuridad. Sólo el aviso,
Ó grito del soldado, que velando,
Se oye, cumpliendo su deber sumiso;
Y envuelto en niebla y humo, cerro y llano,
Se oculta el campamento del cristiano.

Y entonces silenciosa se deslizan
Sombras cubiertas de albos alquiceles,
Y trepan por las lomas, que entapizan
Sembrados, olivares y vergeles,
Que mudos atraviesan y los pisan,
Sin asentase apenas sus corceles;
Y cruzan y traspasan por sus faldas,
Dejando ya el real á sus espaldas.

Y eran los mil jinetes, que tenía
Abomelic, que al frente los guiaba,
Y que deja su brava infantería
En la villa, que á ésta encomendaba.
Con sus jinetes sólo pretendía
Vencer al poderoso, que intentaba
Arrebatarle su diadema hermosa,
Su hijo, su pátria, religión y esposa.

Es su plan atacar á su adversario
Por detrás y del lado, que no espera;
Pues vigilas tan sólo el monte Lario,
Y seguros, no piensan tan siquiera,
Que puede dar la vuelta su contrario
Por la parte, que linda á Corredera,
Donde llega marchando por el flanco,
Y se oculta del monte en un barranco.

Allí aguarda el momento, en que se acalle
La sorda agitación de los rëales,
Y cuando siente silencioso el valle,
Sale de su celada á pasos tales,
Que llega al campamento, sin que halle
Un tropiezo siquiera, y los leales
Siguen callados de su rey la huella,
Que sorprendiendo un puesto, lo degüella.

Y entran, cual huracán bravo y furioso,
Esparciendo la muerte por dó quiera,
Y arrollan en su paso victorioso
Al osado, que frente les hiciera;
Oyéndose un murmullo estrepitoso,
Y el grito aterrador que el Emir diera:
"*Morid, hijos de Islám, pero matando*
A los infieles y á su rey Hernando".

Y asalta el campo aquel con sus guerreros,
Que esparcen el espanto en su camino;
Y derriban á todos los primeros,
Que se arman con prisa y desatino.
Tan sólo los cruzados Caballeros,
Que velando observaban su destino,
Se arrojan desalados de repente
A servirle de dique á aquel torrente.

Y cruzan sus aceros penetrantes
Con los alfanjes curvos sarracenos;
Y dán tiempo á las huestes militantes
Á que se armen, lo preciso al ménos;
Estrechando á los árabes pujantes,
Que de golpes y heridas están llenos;
Y que cercados se verán al cabo,
Por más que su furor produzca estrago.

Envueltos con su Rey entre el gentío
De hombres, que les estrechan la distancia,
S aprestan a morir todos con brío
En su ciego fervor y en su arrogancia;
Y caen, cual espigas en estío
Segadas por la hoz, y en su jactancia,
Los preclaros Gazules belicosos
Despiden sus alientos generosos.

Allí recibe Várgas el valiente,
Que Machuca apodó, cuando su maza
Magulló de Aben-Júc la altiva frente,
Una herida mortal que le traspasa:
Yá exánime este fiero combatiente,
Resiste con su espada, que rechaza
Á Abomelic, que al cabo es desplomado,
Y le arrastra el caballo desbocado.

"Muere, y paga la deuda contrita
Con nuestra estirpe, Várgas orgulloso;
Extíngase arrastrada aquesa vida,
Que nos privó de un padre cariñoso;
Y salga para siempre por la herida,
Que te abriera mi brazo rencoroso,
Ese tu aliento, que gozára un dia,
Al ver de mi ascendiente la agonía".

Así gritó el Gazul, y sigue hendiendo
Petos, corazas, jazerinas, fuerte;
Y ancho espacio su yatagán vá abriendo,
Precedido en sus pasos por la muerte,
Y por el hueco que esta le vá haciendo.
Veloz la escolta sigue de esta suerte
Tras de su Rey, que galopa con presteza,
Y el campo todo entero lo atraviesa.

Sale de él jadeante y mal herido,
Como un lëon de la africana zona;
Y volviendo su rostro contraïdo
Al escuadron que guarda su persona,
Tan escaso lo ve y desfallecido,
Que se abate algun tanto y desazona;
Porque en vez de seguir contra el cristiano,
Se ve obligado á abandonar el llano.

Y trepa de su villa el gran collado,
Y se interna y la mira desolada,
Porque cuenta su ejército mermado
Y de heridas su gente acribillada:
Abomelic se mira salpicado
De sangre, y su armadura destrozada;
Pero sereno, impávido, arrogante,
Y lívido el color de su semblante.

Zulema se presenta placentera,
Al saber que vengado está su intento,
Y que sangre de Várgas la pradera
Del Barbate colora aquel momento;
Sirviéndole de huesa al que vertiera
La de Aben-Júc, y siendo un monumento
De la expiación del Várgas celebrado,
Junto á su régia víctima inmolado.

Entre tanto el ejército cristiano
Sus heridos recoge, y se mantiene
En vela, no soltando de la mano
Las armas, pues temor le sobreviene
De que vuelva de nuevo el mahometano,
Y así toda la noche se sostiene;
Denominando al sitio de la escena
La llanura fatal de Caracena.

Así transcurren de la noche aquella
Las horas, sin oirse en adelante
Más que alertas, que suenan toda ella,
El soldado, que escucha vigilante,
Álzase á poco la esplendente estrella
Por el Aljib soberbio y descollante,
Que de luz en riquísimo tesoro
La sierra de Gazul tiñe de oro.

Y luego el horizonte se ilumina,
Y suenan los clarines y atambores,
Relinchan los caballos, y rechinan
Las armas de los bravos sitiadores,
Asustando á las aves, que no trinan
Al despertar del alba á los fulgores;
La que alumbra á la vega y presta brillo,
Colorando la mole del castillo.

Y entonces se percibe con gran duelo
La sangre y los destrozos del combate:
Al encontrar sembrado todo el suelo
De muertos, y las aguas del Barbate
Enrojecidas, todos con anhelo
Juran vengarla, pues que no se abate
Su rey Hernan, que espera temerario
Cobrarle la pasada á su adversario.

Mas apénas se apresa para el lance
De asolar la famosa fortaleza,
Un adalid veloz corre á su alcance
Á anunciarle, que el África a gran priesa
Auxilios anda ya, y á todo trance,
Al Gazul, y un ejército la empresa
Se propone arrostrar, de furor lleno,
Arrollando el pendon del Nazareno.

Entonces el caudillo se adelanta,
Dejando una cohorte allí acampando,
Á vista de la plaza, que levanta
Su cabeza soberbia, y caminando
Hácia Tarifa, sus rëales planta
En la vega frondosa, que regando
Vá en su curso el Patute, hoy Rosinejo,
Y allí Fernando cita un gran consejo.

En él expone el caso, en que se halla,
De retirar su hueste y su conquista,
Si se pierde la próxima batalla,
Sin tener un refuerzo que le asista,
Ni una plaza á la mano, que de valla
Ó antemural le sirva, en que resista;
Evitando una rota con su esfuerzo,
En tánto que no manden más refuerzo.

Todos los capitanes y adalides
Opinan resistir con todas véras,
Y luchar esforzados como Alcides
A dó lleguen sus fuerzas postrimeras;
Pues prefieren morir en estas lides,
Á que el muslim penetre en las fronteras,
Y arrebatando á Córdoba y Sevilla,
Se derramen de nuevo por Castilla.

El príncipe rëal queda encarado
De estrechar y rendir al Emir fiero,
En tánto que el ejército ordenado
Forma á su frente antemural de acero;
Y luchando en el uno y otro lado,
Protegido por Dios, el verdadero
Rey de reyes, Señor de las naciones,
Esperan domeñar gruesas legiones.

Aún dura la asamblea de guerreros,
Cuando resuenan bélicos clarines;
Y se miran cubrirse los oteros,
Y la vega en sus últimos confines,
De escuadrones cerrados y ligeros,
De rudos feroces paladines
Con marlotas, turbantes, capellares,
Que se alzan á cientos y á millares.

Era una nube larga, borrascosa,
Que sale de la playa de Algecira,
Y atraviesa la selva presurosa
De Jautol, y se extiende, cruza y gira
La vega de Patute deleitosa,
Talando los sembrados; y se mira
Negro turbion, que al derramarse, agosta
Cuanto halla, y lo arrasa cual langosta.

Vénse allí los Kilöes y Riffeños,
Almarzigas, Nubíos y Argelinos,
Los que corren los yermos Zahareños,
Con los rostros enjutos y cetrinos;
Vénse tambien los Númidos cenceños
Y Bereberes hoy, los Tunecinos,
Revueltos los camellos, que aguijonan,
Con bagajes, que en ellos amontonan.

Relinchan los corceles del desierto,
Al divisar los rios que recorren,
Un campo de palmitos bien cubierto,
Y á beber de sus aguas ellos corren:
Los árabes su triunfo miran cierto
Y sus tiendas ó jaimas se descorren,
Alegres sonriendo y placenteros,
Al ver cubrir palmeras los oteros.

Ellos comprenden yá, por qué no vuelven
Al África los que, llegando apénas
A quedarse por siempre se resuelven,
Sin acordarse más de sus arenas;
Que es un país Ibéria, dó se envuelven
Perfumes de Rabát y Fez amenas,
Sin que el Sol carbonice sus semblantes,
Ni se agosten las flores más fragantes.

Y creen en su ignorancia y fé sencilla,
Que este suelo les toca y pertenece,
Pues la region de Andaluz, que aquí brilla,
Es el Edén que por Mahomét se ofrece
En sus Sura, dó obró la maravilla
Con la yegua Borák, que se guarece
En aqueste país, y los cristianos
Degüellan por gozarlo a sus hermanos.

Esto les arrebata y les incita
Á mostrar más rencor y ódio al contrario
De su creencia, que le pide y grita.
Que sangre infiel humée en su incensario;
Y que después la Súmna lo acredita,
Al hacer al Corán el corolario,
Mostrando, que la llave reservada
Del verde paraíso era la espada.

Por esto el combatiente Mahometano
Se lanzará animoso a la pelea,
Porque dispone del Edén su mano,
Dó tras la muerte en sus regiones vea
Una hurí con semblante sobrehumano,
Que en curar sus heridas se recrea,
Y que, ciñendo el brazo por sus sienes,
Lo deleite y le sirva en sus harenes.

Que en campos de eternales primaveras,
En que fuentes se cruzan á millares,
Y saltan por cascadas hechiceras,
Se embelese con trinos y cantares
De pájaros, que alegran sus praderas,
Y saltan entre vallas y azahares
Y forman nido en árboles, que pican
Los rojos frutos, que al mover salpican.

Y á cuya sombra ténue y deleitosa,
Recostado en cojines recamados,
Pase una vida blanda y amorosa
De aquella hurí en los brazos torneados;
La que defienda de otras recelosa
La posesión de goces codiciados,
Y que postrada al pié de amante y dueño,
Arrulle con sus ósculos su sueño.

Tras este desvarío de su mente,
El musulman, cual mariposa vaga,
Y muy léjos de huir, ardientemente
Desea tocar esa ilusion que halaga:
La vida es para él tienda moviente,
Que á desplomarse de continuo amaga,
Para alzarla después, dó no se plegue,
Cuando al oaisis eternal él llegue.

Así tascan el freno, deseando
Empezar la batalla, que le ofrece
Ancho campo, dó puedan peleando
Mostrarse dignos del destino aquese;
Y se oyen sus dientes rechinando,
Y su vista se agita y enfurece,
Y modulan sus lenguas voces várias,
Que pueden sér denuestos ó plegárias.

Gritos salvajes de su pecho lanzan,
Mezclados con relinchos prolongados,
Y en tropel numeroso se abalanzan,
Blandiendo sus alfanjes encorvados.
Á los cristianos puestos cási alcanzan,
Cuando estos, formando sus soldados,
Dejan entrar furiosa la morisma,
Que se envuelve y aprieta por sí misma.

Y cercando la hueste Mogreviana,
Principia la matanza y gritería,
Mezclándose la sangre castellana
Con la de Sús, el Rhiff y Berbería;
Y se cubren los campos de Pagana
De muertos y de heridos aquel dia,
Quedándole por nombre, porque sea
Memorable, el lugar de la Pelea.

Mas después de lidiar mañana y tarde,
É inundar con despojos la pradera,
Se retira la armada, que hizo alarde
De romper y empezar la lucha fiera;
Siguiendo la cristiana, que en fé arde,
Y en ella tal destrozo cometiera,
Que el cerro, que el lugar éste domina,
De la Matanza hoy se denomina.

Y dejando regada la campaña
De trofeos, cadáveres y arneses;
El generoso Hernando, rey de España,
Sintiendo del contrario los reveses,
Manda que cese el exterminio y saña
A sus bravos soldados montañeses,
Y alza sus tiendas junto al mismo rio,
En la loma que llaman del Judío.

Palabra corrompida torpemente
De aquel primer origen, que traia;
Pues se llamó al principio propiamente
La loma del Huido, que debia
Aún así conservarse eternamente,
Para mostrar la causa, que movia
Á dejar este nombre en la memoria
De Alcalá, que es un timbre en nuestra historia.

Así finó este triunfo portentoso,
Que Patute en la crónica se llama;
En él venció á un ejército orgulloso
Que intentaba volver por gloria y fama;
Recuperando el territorio hermoso,
Que adquiriera Tarif, y partió Záma
En el octavo siglo, que perdido
Se miró en un combate tan sentido.

CANTO VI

En tanto que el ejército cristiano
Con sus crecidas huestes peleaba
Derrotando al osado mahometano,
El Príncipe rëal se preparaba
Para atacar la villa, y por su mano
Reducir al Emir, que la guardaba,
El bravo Abomelic é ilustre Prima,
Últimos descendientes de Fatima.

Al efecto evitando, que saliese
Este atacando á Hernando por la espalda
Durante la batalla, que se diese,
Encamina á su gente por la falda
Del elevado cerro y se guarece,
En el Lário y sus selvas se respalda;
No sin lanzar de flechas una nube
Hácia Alcalá, cuando su cuesta sube.

Y cubierto entretanto en la maleza,
Que tiene el Lário, que á los muros toca,
Observa desde allí la fortaleza,
Por ver si encuentra en la elevada roca
Un sitio, por dó pueda con presteza
Escalar, y á este fin pone y coloca
La órden de San Jorge á alto trecho,
Y dentro de un barranco muy estrecho.

Llámase aqueste sitio el verde rio,
Y Guad-alger en árabe nombrado,
Donde los caballeros de más brio
Disponen del asalto deseado;
É invocando del Santo el poderío,
Que con su fé alcanzara el gran soldado,
Le prometen alzarle un régio trono,
Nombrándole del pueblo por Patrono.

Y armando las escalas presurosos,
Á los muros, que tocan con bravura,
Intentan yá subir los más fogosos;
Pero son despeñados de su altura,
Y una lluvia de dardos peligrosos
Los envuelve, y entolda la llanura,
Dó la hueste cristiana se veia
Impávida mostrar su bizarria.

Y el mismo Alfonso al lado de su gente
Disponia el asalto contra el muro,
En tanto que el Emir resueltamente,
Arrojando su manto mal seguro,
Trepa sobre el adarve, y de repente
Gruesas piedras desploma en tal apuro;
Aplastando la escala, y el que en ella
Sube, contra las rocas cae y se estrella.

Repítese de nuevo el ciego intento
De asaltar la muralla de aquel lado;
Y se miran de nuevo en el momento
Morder el polvo en sangre salpicado,
Sin que puedan lo pies tomar asiento
Del que sube, que vuelca despeñado,
Sin que haya un valiente, que á la cima
Logre trepar del muro, á que se arrima

Viendo inútil la sangre derramada,
En su empresa el infante no desmaya;
Y ordena, se aproxime la mesnada
De Don Lope de Haro, el de Vizcaya,
Al cual manda conduzca á la callada
Su gente, y á batir el muro vaya
Del lado opuesto, sometiendo en tanto
De Santiago y San Jorge el grito santo.

Y entonces el de Haro se desvía,
Y trepa por la falda de la altura,
Donde cabra montés no subiría;
Llegando a aquella parte más segura.
Y allí una puerta que en descuido habia,
Sorprende, y con las hachas se apresura
Á romperla, abriéndose un portillo,
Por donde entra el alavés caudillo.

Los dos gemelos déudos, cual leales
Le siguen, y otros treinta caballeros;
Y blandiendo sus sables, golpes tales
Los de Rioja dán a los primeros,
Que se oponen, y luchan desiguales,
Que le abren camino sus aceros;
Teniendo tiempo acaso el gazalino
De gritar, que está dentro el vizcaino.

Revuélvanse ajitados batallando
Por las calles y plazas todos juntos;
Y en tanto los demás, que van llegando,
Se apoderan luchando de otros puntos.
Prosigue la pelea; y ya mirando
Mezclados los cristianos y conjuntos,
Manda y espide órdenes postreras
De prender voraz fuego a las hogueras.

Y al momento se ven iluminados
Los ámbitos del pueblo en alta llama:
Crujen los artesones y techados,

Y el elemento aterrador rebrama,
Alumbrando semblantes demudados
De la raza infeliz, que á voces clama:
"*Hoy sucumbe Alcalá, fiel á su rito;*
¡Gloria á Aláh y al Profeta! ***Estaba escrito***".

Sigue en tanto la lucha encarnizada,
Al rumor de los ayes y lamentos;
Mirándose la sangre coagulada
De las calles bañar los pavimentos.
Ya la densa humareda sulfurada
Todo lo invade, ahogando los acentos
De exterminio y dolor, que dan los pechos
Heridos, desgarrados y deshechos.

El Alcázar, en tanto, que esplendente
Alzaba sus agujas hasta el cielo,
Lo entolda el humo, y mírase candente,
Envuelto en llamas, que en su rudo vuelo
Lo invaden y rodean velozmente,
Hundiendo capiteles por el suelo;
Y á la reina Zulema allí espirante,
Que áun brilla en majestad bella y radiante.

Una piedra, que cae sobre sus sienes,
La desangra del golpe despiadado;
Y yá privada de sus caros bienes,
Brotan sus ojos llanto emponzoñado.
En intenso dolor á sus harenes
Se encamina con paso apresurado;
Y tomando á Abdilvár, que no se explica,
Con su preciosa sangre lo salpica.

Y lo besa y estrecha en desvarío,
Y se aleja y revuelve enajenada;
Y exclama en su estupor: "*Pobre hijo mio;*
Sálvate al menos tú, prenda adorada;
Y ampare tu orfandad sin poderío
La bella y preclarísima Granada:
Sálvale, sólo a él: yo, Aláh, te imploro;
Que él es el sólo bien, que yá atesoro".

Y manda alzar poterna envejecida
Donde se abre un camino tenebroso
Que entre la roca, que se mira hendida,
Serpentéa tajado y peligroso.
Por él se encuentra embarazosa huida,
Sin saber á dó guia tortüoso:
De romanos es obra aquella via,
Que ninguno presente conocia.

En su entrada la Reina se presenta,
Cargada con sus joyas y el Infante;
Y al page Maza, cuyo pecho alienta
Ciega fidelidad, en el instante
Le entrega los tesoros, que él sustenta
Sobre su pecho fuerte y arrogante;

É hincando su rodilla con presteza,
Jura llevar á cabo esta proeza.

"*Dos Súsdanes, que sigan mis pisadas*",
Dice Abén-Maza en vigoroso acento;
"*Que os ofrezco, Prinesa venerada,*
Salvar el régio Vástago en mi intento,
Ó sumirme en la sima socavada,
Siendo de lealtad raro portento:
Mas si tiene salida, como infiero,
En salvo o á tu hijo considero".

Dijo, y tomando carga tan preciosa,
Seguido de dos negros, que le alumbran,
Se lanza por la senda nebulosa
Y angosta, cuyo fin nunca vislumbran.
Y atacan á Zulema temblorosa
Vértigos, que la ciegan y deslumbran;
Y manda echar la trampa, que se cierra,
Y e su seno á Abdilvar tímida encierra.

En tanto que el incendio y la matanza
Se aproximan, y mujen adunados,
Y su estrago se extiende, á todo alcanza,
É invade los salones decorados;
Por ellos, entre el humo se abalanza
El Rey, á cuya vista prosternados
Caen los negros guardias, y hasta un page,
Que le queda tan sólo al real linaje.

"*Cierren las puertas*", dice este caudillo,
"*Del Alcázar, que el fuego ya rodea,*
Y mejor que pasados a cuchillo,
¡Oh! nuestros cuerpos calcinados vea,
Con valor sucumbamos; el castillo
De Alcalá monumento eterno sea,
Que de Gazul señale aquí la gloria
Aunque suya no fuese la victoria".

Así habló, y postrados en el suelo,
Cánticos orientales proferían;
En tanto que el incendio con anhelo
Se cebaba voraz, y ya crujían
Los techos: estendiéndose en su vuelo,
Los hunde, y volcanes se entreabrian
De fuego, que se traga en hondo seno,
La corte y al Monarca sarraceno.

Así termina la hecatombe triste
De la raza rëal de nuestra villa,
Que valerosa y grande se resiste,
Sin doblar la cerviz á la cuchilla;
Y que, creyente sin igual persiste
En morir por su fé, mas sin mancilla,
Á su pátria dejando ilustre nombre,
Y en la historia del mundo gran renombre.

¡Todo pereció allí! Tan sólo hallaron
Los castellanos con asombro en ella,
Del fuego y de la sangre, que manaron
Los cuerpos de Gazules, roja huella.
Su Mezquita mayor la consagraron,
Fieles guardando su portada bella;
Restos de otras grandezas, que aún ahumadas
Se miran por el suelo destrozadas.

El Rey cristiano y su hijo allí se hallan,
Al consagrarse el templo sacrosanto;
Y prosternados en silencio callan,
Y admiran del Gazul denuedo tanto.
Con la piedad su ejército avasallan;
Y de Obispos el coro alza el canto
Al Hombre-Dios en la Judéa inmolado,
Y por Patron San Jorge es proclamado.

Y el antiguo Solar, dó se albergára
Por tanto tiempo el Edrís piadoso,
Cinco siglos más tarde en él se alzára
Un Templo con su cláustro silencioso.
En él la vírgen pura ante aquel ara
Dirige su oracion á Dios, su Esposo;
Velando á las enfermas impotentes,
Y educando á las niñas inocentes.

¡Santo Rosario, que respeto impones,
Con las que humildes en tu espacio habitan;
Tus Walíes generosos en sus dones,
Tus vestales de hoy, que á la fé excitan,
Ganando siempre fueron corazones
Con las grandes virtudes, que ejercitan;
Y donde crece el fruto sazonado
Del árbol celestial, en él plantado!

¡Bendígate el Señor, sacro recinto,
Tierra sembrada de esplendor y bienes!
¡Logre el tiempo en su curso, asáz distinto,
Respetar el asilo, que contienes;
Y es perla preciada ese Jacinto,
Gala de un pueblo, que ciñó sus sienes
Con diadema rëal, que le pusieron
Los árabes de Gáza, que la hubieron!

Si Alméd-Edris clemente te adornára
Con mármoles y jaspes veteados,
Haciendo de su trono, que en ti alzára,
Amparo de dolientes, y cuitados;
Un santo Sacerdote te imitára.
Y estos hombres de cultos encontrados
Se copian y asemejan con sus hechos,
Dándo espansion á sus humanos pechos.

Diego de Viéra humilde reconstruye
Aqueste Alcázar de los Reyes moros,
Y Escuela y Hospital en él construye,

Del justo siendo altísimos tesoros:
En él la tierna juventud se instruye,
Que alegre forma angelicales coros,
Loando á Alméd el Noble, que lo funda,
Y á Viéra que lo imita y lo fecunda.

Así acabó la célebre campaña,
Que en Sevilla empezó fuerte y sañuda,
Y que volviera á nuestra hermosa España
Grandes comarcas tras contienda ruda.
En ella se mostró la fiera saña
Del árabe y del godo, y con la ayuda
De Dios tan sólo e llevará á cabo,
Quedando el pueblo de Ismaél esclavo.

Refugiados algunos en Patría,
Pueblo fuerte y feraz junto á Barbate,
Disparan su veloz caballería
En la Frontera, dó al cristiano abate;
Y talan en su larga correría,
Demostrando su ódio en el combate,
Montados en blanquísimos corceles
Con sus rojas marlotas y alquiceles.

Así campéa el resto de esta gente,
Que se queda á la orilla de su rio,
Cuando hundiéra Alcalá su altiva frente
En ceniza y escombro, en fiero brio
Mas vencidos al fin completamente,
Arrasan su castillo y caserío;
Quedando al fin los bravos campeones
Sin familia, ni hogares, ni bridones.

Mas volviendo de nuevo á los reales
Del pueblo, por su nombre duradero,
Tornamos á buscar á los leales
Servidores, que siguen el sendero
Desconocido y de peligros tales,
Que arredran al más ciego aventurero,
Sólo al mirarse en vida sepultado
En un abismo lóbrego, ignorado.

El jóven, que la carga sostenia,
Puesto en Aláh su espíritu, marchaba,
Y sin mirar atrás se dirigia,
Bajando una pendiente, que formaba
Especie de escalón ó gradería,
Donde su osada planta resbalaba,
Seguido de sus negros servidores,
Que le alumbran los largos corredores.

Más de tres horas yá durado habia
La marcha por las peñas y quebradas,
Y rendidos de andar la galería,
Se detienen al pie de sus arcadas,
Por donde miran que penetra el día,
Sin saber á qué parte situadas

Se encuentran las salidas de la mina,
Y que alegre el fiel Maza ya examina.

Y removiendo con su fuerte brazo
Unas piedras, que cierran la abertura,
Se encuentran en el fondo de un ribazo
Ó cueva, que del Lario en la espesura
Se oculta, y llevando en su antebrazo
Á la inocente y bella criatura,
Se esconde entre las breñas al instante
Con su fardo rëal del tierno Infante.

Despierta, en tanto, el niño adormecido,
Y al contacto del aire gime y llora,
Y parece que mira sorprendido
El sol de estio, que su frente dora ;
Y extendiendo su cuello entumecido,
Parece ser que protección implora,
Y que exige á su madre el alimento,
Y al no encontrarla, suelta su lamento.

Buscan sus siervos, de emoción temblando,
Un manjar para el niño respetado,
Y por más que discurren, no encontrando,
Más que el tesoro inútil y pesado ;
Prosténanse de hinojos, implorando
Un auxilio de Dios, el que á su lado
Hace, que se presente en la maleza
Una cabra saltando con presteza.

La cual, perdida entre la breña, bala
Tras cabrito que el águila ha prendido,
Y dolorosa queja ardiente exhala
Por el hijo, que busca ya perdido.
Que enantes fuera su ternura y gala,
Contestando amoroso á su bramido:
Abén-Maza la vé, y alborozado
La sorprende de pronto y trae á su lado.

Y allí la obliga y pone contra el suelo,
Haciendo, que le acerquen al Infante,
Y gracias dando al bondadoso cielo,
Consigue, que á su Príncipe amamante,
Y el dulce néctar sorba con anhelo,
Ciñendo con sus brazos al instante
A la rëal nodriza, que una pierna
Tocando de Abdilvár, le lame tierna.

Oyen, en tánto, gritos y alaridos,
Que resuenan en toda la espesura:
Son los últimos ecos doloridos
De la tribu Gazul, la sin ventura,
Que suenan en los bosques encendidos
Del Lario ó Geba-Alger y su llanura,
Y acosados del humo y del estruendo,
Atraviesan la selva, que está ardiendo.

Ván con Maza cargados del tesoro
Los esclavos y cabra jadeando,
Y sin parar de huir el noble moro,
Precipicios y tajos fue salvando,
En tánto que el Infante tierno lloro
Despide, y su nodriza en pos saltando,
Responde complaciente á sus quejidos
Con amoroso anhelo y con balidos.

Así recorren sierra y llano al punto,
Rodeados de fuego y polvareda,
Que sofocan y ocultan todo junto
El grupo interesante en la arboleda ;
Y miran á la nueva y gran Sagunto
Abrasarse á su espalda, y que se queda
Hecha montón de escombros y humeante
Para pasmo de todo caminante.

Y encuentran una choza, dó llegando,
No hallan humano ser en su morada:
Tan sólo en derredor se vé pastando
Una yeguada sola abandonada ;
Y en tres de ellas en pelo cabalgando,
Se internan en la ruda y erizada
Sierra de Algib, á donde coligieron
Hallar los de su tribu, que allí huyeron.

Panorama grandioso se presenta
En la explanada del gigante monte,
Dó una atalaya ó torre en el se asienta,
Que domina un vastísimo horizonte ;
Y en cuyo altivo muro aún fiel se ostenta
Verde pendón, que acaso yá no afronte
Las récias iras del morado hispano,
Y por última vez se agita ufano.

Y es tradición constante en la comarca,
Que el famoso Almanzor allí naciera
De Tarifa, la hermana de un Monarca
Ó Emir Gazul, que en ella residiera ;
Mirando de su cúspide, que abarca
Cien leguas en redondo de la esfera,
Dó de España de vén mares y puertos,
Y África con su Átlas y desiertos.

Que en ella el niño, que creció en su altura,
Se arrobaba también desde su cima,
Presintiendo tal vez, que su estatura
Era el emblema de él ; y esto le anima
Á lanzarse á la lid sangrienta y ruda,
Yá de la Europa, del Mogréb al clima,
Que alcanzó á descubrir con alborozo:
Fue un digno pedestal de tal coloso.

Y como Haljíb perpétuo fue nombrado
Del Califado Cordobés, es fama,
Que de esto Géba-Aljid fue apellidado

Este monte, que hoy así se llama ;
Y siempre de este modo fuera honrado
El recuerdo del héroe que aún aclama
La España musulmana por caudillo,
Alzándole un altar grande y sencillo.

Allá, pues, en su altura ó monumento,
Que recuerda a Almanzor, el victorioso,
Se presenta Abén-Maza en seguimiento
Del resto del linaje tan glorioso ;
Y levantando el varonil acento,
Convoca á aquel concurso lagrimoso
De ancianos respetables, confiados,
Que le miran con ojos asombrados.

Todos acuden á admirar á Maza,
Que les muestra pendiente de sus brazos
El Vástago rëal de aquella raza,
Con quien le uniéran tan estrechos lazos.
Entonces les refiere y fiel les traza
La muerte de su estirpe y los acasos,
Que le aguardan dó quier en esta tierra,
Que las cenizas de su estirpe encierra.

"*Sólo nos dá*", les dice con sonrojo,
"*Un asilo en Granada, nuestro hermano*
El rëy de Arjona, Alhamár el Rojo,
Que allí tiene su trono soberano.
Allá tal vez nuestro mortal despojo
Alumbre, al espirar, el solo hispano …
Los que quieran seguir otra carrera,
África, nuestra madre, les espera.

Hoy cesaron los lazos de obediencia,
Que á la estirpe de Alí hémos jurado ;
Este Niño infeliz en la inclemencia,
Como vosotros, queda abandonado ;
Vuestro voto os devuelve, y la clemencia
Pide obtengais en el Nasir estado ;
Que halle el huérfano real allí un asilo,
Aúnque quede vasallo y por pupilo.

Tal vez llegue algún día y no lejano,
Que, extinguida la casa del Profeta,
Las tribus del imperio Mogrebiano,
Sin hallar en su suelo aquella meta,
Buscarán, y á Aláh dolido no sea en vano,
La estirpe de Fatima y la real veta
De su sangre, viniendo á hallarla pura,
Dó se albergue esta ilustre Criatura".

Esto dijo, y le besan blandamente
Al príncipe Abdilvár mano y cabeza,
En tanto que Abén-Maza diligente
Propone dár un término á su empresa ;
Y seguido de aquel grupo impotente,
Bajan del alto Aljib por la aspereza,

Y atravesando á Ronda, la Tajada,
Marchan en lento paso hácia Granada.

Allí Alhamár recibe al Heredero
Del linaje escojido y lo prohija ;
Y premiando á Abén-Maza, el Caballero,
Deja que casa y bienes allí elija.
Es tronco de la tribu este guerrero
De los Mazas, que en ella asienta y fija,
Fiel siempre en venerandas tradiciones
De la estirpe Gazul á sus varones.

Allí viven en larga descendencia
Los Mazas y Gazules largos dias ;
Unidos, como estuvo su ascendencia
Por los lazos de amor y simpatías.
Desechando Abdilvár falsa tendencia,
Acató de Nasir las dinastías,
Y con ellas tambien al que en la cuna
Le asociára á su casa y su fortuna.

Sus nietos en su empeño persistieron
De obedecer la ley, que yá obligaba,
Sirviendo á los que asilo concedieron
Á su abuelo Abdilvár, cuando vagaba
Huérfano y sin abrigo, y que siguieron
Á Boabdil al desierto, que esperaba,
Volviendo á la region de África unidos,
Y á Tetüan construyen los vencidos.

Allí la raza esclarecida nuestra
Se extiende y vigoriza, cual portento
Del sagrado destino, que demuestra
La noble procedencia de su aliento ;
Y trás largos azares ella muestra
Su preclaro valor, su sufrimiento
En triunfos y reveses del combate,
Dó nunca su valor mengua ni abate.

Perseguidos después abiertamente
Del Mogreb por la odiosa dinastía,
Quien ciego encono abriga de repente,
La raza al contemplar, dó procedian ;
Se ausentan, y atraviesan el ardiente
Desierto del Anquéd y Berbería,
Y se alojan de nuevo allá en la tierra,
Que yá el sepulcro de su abuelo encierra.

En Témbo, población junto a Medina,
Modesto se establece este linaje ;
Y á sus sencillos hábitos se inclina,
Sin desear grandeza, ni homenaje.
Mas en vano esto fue ; que le destina
La suerte nuevo trono, y vasallaje
Le ofrecen peregrinos Mogrebianos,
Que buscan de su estirpe Soberanos.

Alí-Bén-Mahomád-Bén-Yusúf viene
De tan larga region, y es aclamado
En la tribu Fileli, que conviene
Con las demás kabilas ; y aclamado
Es en todo el Mogréb, que fiel se aviene
A alzarlo de Occidente al Califado ;
Que es un Xerife, pues de Alí desciende,
Y esto el fervor y el entusiasmo enciende.

Y reinan en las tierras, perfumadas
Por una eterna y verde primavera,
Y que se miran todas salpicadas,
Como la piel de su feroz pantera,
Por oaisis de arenas rodëadas,
Y dó crecen el mirto y la palmera ;
Region, que en dulce paz tal vez seria
Fértil y hermosa, cual la pátria mia.

Allí impera el linaje Cherifiano,
Dueño del gran Imperio en este instante ;
Cumpliendo el vaticinio sobrehumano,
Que le hizo Zulema al tierno Infante.
De él desciende ese Príncipe africano
Muley-el Abbas, sóbrio y arrogante,
Que al visitar la España, saludaba
El Algib del Gazul, y suspiraba.

El cual desde Alcázar, sitüada
De Tánger su ciudad, sobre una altura,
Mira la sierra enfrente coloreada
Del tibio resplandor de rosa pura,
Que el Sol dora en su cúspide elevada ;
Y palabras cortadas él murmura …
Fervoroso tal vez pida a los Cielos,
Le vuelvan al Solar de sus Abuelos.